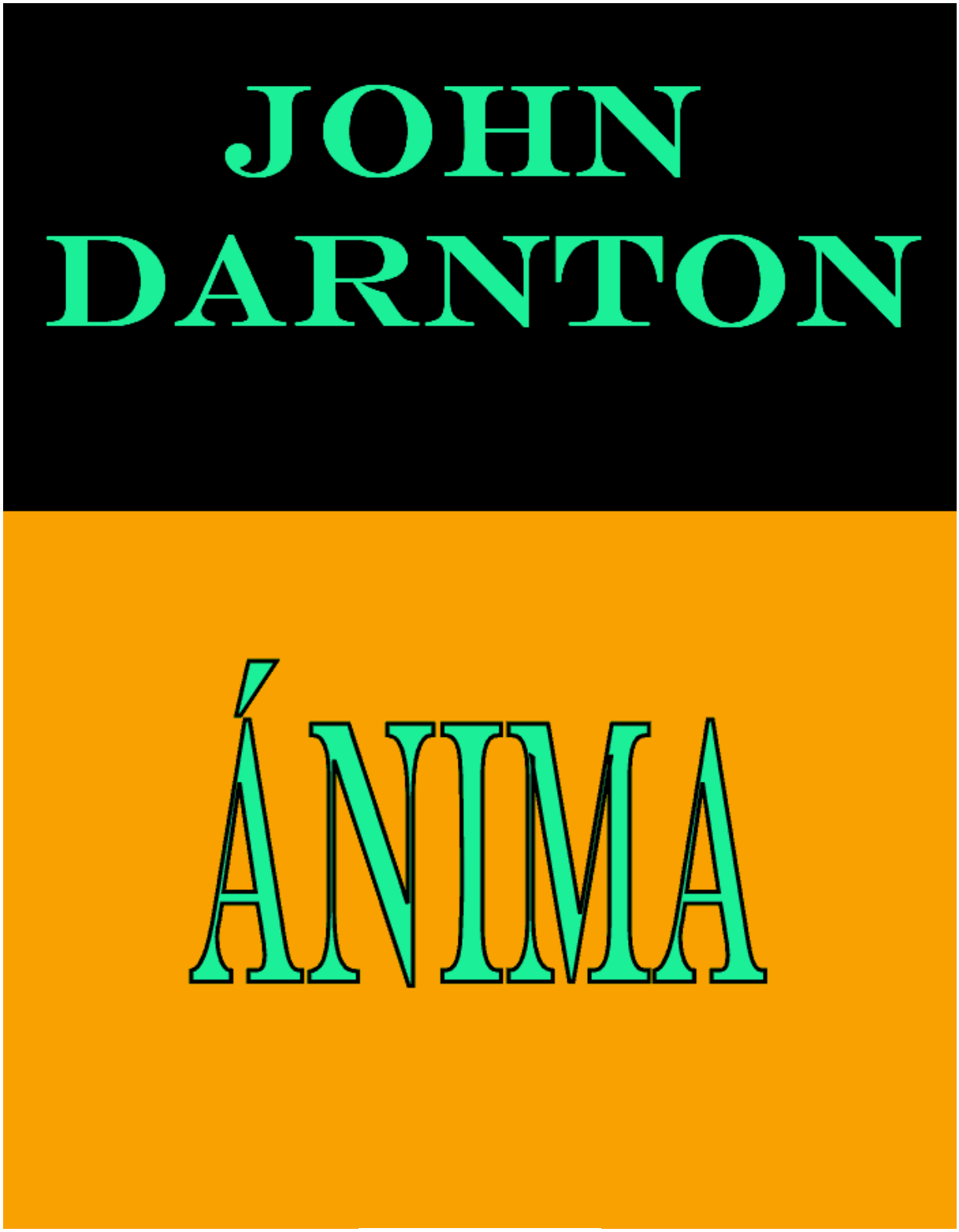
ÁNIMA
JOHN DARNTON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A la memoria de mi padre, Byron Darnton, quien murió en Nueva Guinea durante la Segunda Guerra Mundial.

Y a la memoria de mi madre, Eleanor Choate Darnton, quien dijo que supo de su muerte en el instante en que se produjo.

Agradecimientos

Son muchas las personas que me ayudaron en la preparación de este libro. Entre aquellas a las que quiero agradecer personalmente su colaboración se encuentran las siguientes:

Jason Carmel, Howard Hugues Medical Student Fellow en el W. M. Keck Center, Universidad de Rutgers, por su valiosa investigación en la cirugía de la epilepsia, el trasplante de células madre y un sistema informático eminentemente teórico para el mantenimiento de la vida cerebral.

Mi sobrino, el doctor Daniel Lieberman, neurocirujano en el Neurological Surgeons de Phoenix, Arizona, y profesor asociado en investigación en la Universidad Estatal de Arizona, por permitirme estar presente cuando practicaba la cirugía cerebral y por haber aplicado un escalpelo editorial en mi manuscrito.

Matt Stallcup, de la Universidad del Sur de California, por su excelente resumen de la obra de Stuart Kauffman, y al señor Kauffman, un pensador visionario, por haberme autorizado a utilizar su concepto del «adyacente posible».

El doctor Nick Barbaro y el personal del Departamento de Neurocirugía en la Universidad de California, San Francisco, por su hospitalidad, que he retribuido pobremente a través de una referencia a un cirujano anónimo, egocéntrico, completamente ficticio, de ese lugar.

La Fundación para las Comunicaciones Americanas, por invitarme a una conferencia sobre avances biotecnológicos, donde pude reunir un valioso material procedente de los trabajos del doctor David Cooper, del Centro de Investigación de Biología de Trasplantes en el Massachusetts General Hospital East, y a John D. Gearhart, del Departamento de Obstetricia y Ginecología, de la Universidad Johns Hopkins.

El doctor Donald Reis, quien hasta su muerte fue director del laboratorio de neurobiología de la Facultad de Medicina de Weill Cornell, en el New York Hospital, por una explicación en la que hizo la observación de que la ruta más rápida para llegar al cerebro es el nervio óptico. El doctor Alexander Berenstein, del Beth Israel, por compartir su entusiasmo e información acerca de cualquier tema, desde las células madre hasta la neurocirugía, y su socio, el doctor Fred Epstein, quien practicó una intervención perfecta en mi columna vertebral hace varios años y que hoy está demostrando coraje y capacidad de adaptación durante el proceso de rehabilitación después de haber sufrido un grave accidente.

Arthur Ochs Sulzberger, hijo, por compartir, afortunadamente en tierra, su experiencia y pericia en la escalada.

Neil Nyren, de Penguin Putnam, por sus incomparables habilidades en la edición y Kathy Robbins, mi agente, por su apoyo y sus valiosos consejos.

Mis hijas, Kyra Darnton Grann, por sus valiosas sugerencias, y Liza Darnton, por sus correcciones escrupulosas, sustantivas y detalladas, y a Jamie, mi modélico hijo.

Y, sobre todo, a mi esposa, Nina, por sus interminables horas de trabajo y, no casualmente, su inspiración, amor, inteligencia, sabiduría y compañerismo en la aventura.

Prólogo

Tyler tiró de la manta hasta que ésta le rozó la barbilla, como si fuese un babero, y trató de arrellanarse más profundamente en el colchón. Se volvió de lado, después se colocó boca abajo, y luego sobre el costado otra vez. Nada lo ayudaba; aún se sentía tenso. Tenía los nervios crispados. Y también tenía calor. Hizo un movimiento brusco con las piernas para liberarlas de las sábanas. La manta era demasiado pesada, se volvió de espaldas y la empujó hasta debajo de las rodillas; permaneció allí, sudando, exasperado y, como siempre, paralizado por el miedo.

Para él, con sólo seis años, el sueño era un monstruo. Lo esperaba pacientemente todas las noches y le tendía una emboscada. Siempre lo pillaba desprevenido, con la guardia baja, aunque ya hacía mucho tiempo que había aprendido a esperarlo; la espera traía su propia clase de aterradora anticipación, lo cual empeoraba aún más la situación. El monstruo y él se trababan en una dura lucha, de la que el primero siempre salía victorioso, arrastrándolo hacia un mar de miedo y oscuridad. Instantes después Tyler se despertaba, irrumpiendo en la superficie y buscando desesperadamente un poco de aire, como si una mano gigante lo hubiese mantenido debajo del agua. Un agua fría, una mano cruel.

Sus padres lo llamaban «terrores nocturnos» -los había oído hablando de ello en una ocasión, en la sala de estar-, y le habían asegurado que ya se le pasaría. Ambos se quedaban en su cuarto haciéndole compañía, le leían cuentos hasta que sus voces se volvían roncas y lejanas, y encendían una luz de noche que se suponía que mitigaría sus temores, pero cuyo brillo espectral arrojaba sombras inquietantes y convertía en engendros los caballos del papel pintado. Nada lo ayudaba. El monstruo lo esperaba todas las noches, en la oscuridad que reinaba debajo de su cama.

Y esta noche era peor. Su madre se había marchado en viaje de negocios. Él ignoraba adónde había ido, sólo sabía que debía coger un avión. El hecho de que ella estuviese lejos de casa le producía una sensación horrible; el universo estaba en completo desorden. Creaba un vacío tan grande que él lo sentía como si le doliese algo, como un bulto doloroso. Aferró su koala, que ella le había traído de regalo en su último viaje, frotó la mejilla contra la piel suave, ya gastada en varias zonas, y aspiró la cálida fragancia a almizcle.

Al menos su padre estaba allí. Eso lo ayudaba un poco, era un pensamiento reconfortante. Antes, como todas las noches, él lo había acostado y arropado, y luego se había sentado en el borde de la cama para contarle una historia de Jingo. Las historias siempre comenzaban del mismo modo. Jingo, un niño «muy parecido a ti», estaba aburrido. Entonces buscaba debajo de su cama y allí encontraba su piedra mágica. Y la frotaba:

Y entonces sucedió algo muy extraño. Al principio sintió calor y luego frío. Y después el calor disminuyó y el frío también. Y, finalmente, se sintió bien. Luego abrió los ojos y se encontró delante de una enorme mansión blanca. Subió la escalera que llevaba a la entrada principal, abrió la puerta y frente a él había un largo corredor que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era «la casa de las mil habitaciones». Entonces Jingo comenzó a caminar por el largo corredor y abrió una de las puertas...

Todas las noches, una nueva habitación, una nueva aventura. Leones, tigres, casas en los árboles, circos, coches que chocaban, huracanes y tormentas de arena. A veces, Jingo se encogía hasta alcanzar el tamaño de una hormiga y, otras veces, se volvía alto como una casa y, en ocasiones, era un caballero o un indio, y otras veces era un astronauta o un hombre de las cavernas. Pero las historias siempre acababan de la misma manera: justo cuando la situación se volvía imposible, cuando el peligro se tornaba demasiado amenazador o el nerviosismo era insoportable, Jingo descubría una pequeña puerta blanca. La abría y entonces, por arte de magia, allí estaba, nuevamente en su cama.

A Tyler le encantaba ese ritual. Le gustaba tanto que no le decía a su padre que él se inventaba sus propias historias y que algunas de ellas le asustaban. Había una que le asustaba mucho más que todas las demás. Jingo estaba acostado en su cama y no podía moverse, y

había gente por todas partes, adultos que susurraban con expresión preocupada. Todo era blanco. Y luego sentía que se levantaba y abandonaba su propio cuerpo, pero la gente no se daba cuenta, y cuando llegaba al techo miraba hacia abajo y se veía a sí mismo acostado en la cama, con la gente a su alrededor. Y, finalmente, descubría la puerta de emergencia, pero no era blanca; era oscura, gris, casi negra. Y él sabía que cualquier cosa que hubiese al otro lado de esa puerta sería lo más terrorífico del mundo. Sabía que no debía abrir esa puerta, pero no podía evitarlo. Apoyaba la mano en el pomo y comenzaba a hacerlo gibar y, de pronto, oía un sonido horrible: un sonido fuerte, intenso, aterrador, como si la habitación se estuviese derrumbando tras de sí y todo fuese absorbido a través de la estrecha abertura. Y la puerta comenzaba a abrirse cada vez más. En ese momento siempre sucedía algo: él se sobresaltaba o, si había estado durmiendo, se despertaba rápidamente, justo a tiempo. Y así jamás alcanzaba a ver lo que había al otro lado de la puerta, aunque en el fondo sabía que era algo horrible.

Tyler trataba de pensar en otras cosas.

Su madre se había marchado de viaje. Eso era malo; le provocaba un gran vacío. No obstante, pensar en un avión le emocionaba. El año anterior había viajado en avión a Florida. Se le subían los colores cuando recordaba el miedo que había sentido cuando su padre le había dicho que iban a «volar», porque él no sabía volar, y cómo se había escondido detrás del sofá cuando llevaron las maletas al vestíbulo. Entonces su madre lo encontró y, cuando finalmente admitió los motivos de su miedo, su padre se echó a reír y Tyler se sintió avergonzado de su comportamiento. Pero su madre lo abrazó con tanta fuerza que casi le hizo daño; le cogió el rostro con las manos y besó las lágrimas cálidas que bañaban sus mejillas. Y él aspiró su olor, esa indescriptible fragancia que siempre le llegaba al corazón porque significaba que todo iba bien, que todo iba a salir bien porque ella estaba a su lado.

El viaje en avión resultó ser una experiencia divertida: lápices de colores y cuadernos para colorear, nubes blancas al otro lado de la ventanilla hasta donde alcanzaba a ver, y el piloto con un uniforme inmaculado caminando por el pasillo y apoyando una mano sobre su hombro. Tyler era hijo único pero no se sentía solo. Su mundo era una confortable casa de madera y un cuidado jardín trasero en Westport, Connecticut, que él poblaba con toda clase de criaturas imaginarias. En su habitación había una estantería llena de juguetes; su cómoda estaba cubierta de adhesivos con los personajes de Disney. Fuera, debajo de unos matorrales que abrazaban la casa, en un espacio donde sólo él cabía, había creado una ciudad en miniatura; había trazado caminos en la tierra con el canto de la mano, había apilado pequeñas ramas como si fuesen montones de leña junto a las puertas de las diminutas casas que había hecho su padre y, a veces, maniobraba los coches Matchbox de metal hasta provocar unos atascos fabulosos. Le encantaba subirse a los árboles, especialmente a un viejo pino que se alzaba en el centro del terreno, y sentarse en las ramas más altas para contemplar el vecindario y balancearse con la brisa.

Luego estaban la escuela y los amigos que allí había hecho: Johnny, alto, flaco, con la nariz que le goteaba permanentemente; Tim y Craig, los mellizos pelirrojos, y Lovett, un chico callado que coleccionaba cómics. Tyler era muy guapo, con la tez aceitunada, el pelo negro y los ojos brillantes debajo de las largas pestañas negras. En los recreos, rápido para inventar juegos y veloz como una liebre, era el centro de atención. Los otros chicos se acercaban a él, caían naturalmente bajo su hechizo. La señora Spangler, la maestra de primer grado, lo llamaba a menudo para que leyese las palabras escritas con grandes letras debajo de los dibujos salpicados de colores.

Su vida -si alguna vez se había parado a pensar en ella en esos términos- era perfecta... excepto por las noches, las horribles noches.

Tyler volvió a subirse la manta hasta la barbilla y cambió de posición hasta quedar apoyado sobre el estómago. Hundió la cara en la almohada hasta que le resultó difícil respirar. Acercó un extremo de la almohada con la mano hasta formar un pequeño montículo debajo de la mejilla izquierda. Podía oír a su padre en la habitación contigua y fragmentos de música.

Eso hizo que se sintiera mejor, menos solo. Pero, aun así, no era lo mismo con su madre ausente. No tenía idea de dónde se encontraba o cuándo regresaría o incluso, y eso era lo que lo aterraba, si regresaría. Cuando se había inclinado para abrazarlo y despedirse con su traje gris, la larga cabellera cayendo sobre los hombros mientras lo cogía entre los brazos y la fragancia de su perfume cubriendo cada uno de sus poros, ella le había dicho que estaría de regreso «antes de que lo sepas». Pero él supo, mientras*la observaba a través de la ventana, apurando el paso por el camino empedrado del jardín, que sólo era una de esas cosas absurdas que suelen decir los adultos.

De pronto, se quedó paralizado. Levantó la cabeza de la almohada. Allí había algo. Él había oído algo.

No sabía qué era. Pero no estaba dormido, no estaba soñando. En su habitación había algo.

Tyler contuvo el aliento. Podía sentir una presencia. Podía sentir que lo sentía a él. Sus oídos estaban inundados de silencio y su corazón golpeaba contra las costillas. ¿Se atrevería a darse la vuelta? Apoyó lentamente los brazos contra la cama, separó el pecho del colchón y volvió la cabeza. Se giró de cara a la puerta y abrió los ojos, de par en par, en la penumbra de la habitación.

¡Estaba allí!

De pie en el vano, todavía con el traje gris. ¡Mamá! La luz procedía de detrás de ella, la envolvía en una especie de aura, de modo que resultaba difícil verla. Pero supo al instante que era ella. Y su madre lo estaba mirando, con anhelo, con una expresión tan intensa que él jamás había visto antes. En su mirada había una mezcla de amor y dolor.

La parte inferior de su rostro estaba en penumbra. No podía decir si le estaba sonriendo. Pero había algo en ella, en su postura enmarcada en el halo de luz, ligeramente hundida, que hacía que pareciera diferente... distante, triste.

Tyler tenía miedo. Estaba inmóvil. Quería esconderse de ella y, al mismo tiempo, levantarse de la cama y correr hacia su madre. Los sentimientos se agolpaban en su interior.

Y entonces la figura que estaba en la puerta de la habitación se movió ligeramente, cambió el peso del cuerpo hacia un lado. Alzó el brazo derecho con lentitud. Tenía los dedos extendidos; se movían. Tyler comprendió que ese momento era muy importante. ¿Su madre le estaba haciendo señas para que la siguiera? ¿O estaba haciendo un gesto de despedida?

El momento quedó detenido en el tiempo, para siempre. Luego ella se volvió lentamente, se alejó un par de pasos y miró por encima del hombro. Y luego desapareció.

Tyler parpadeó. Cerró los ojos con fuerza, los mantuvo cerrados durante un segundo y luego volvió a abrirlos. Allí no había nada, ningún vestigio, ni siquiera una sombra. Miró en derredor: nada había cambiado; nada se había movido. Y la puerta... ¡la puerta estaba cerrada!

La mañana siguiente transcurrió a cámara lenta. Permaneció en su habitación la mayor parte del tiempo. El teléfono no paraba de sonar y los vecinos acudieron a la casa, hablando en voz baja. Oyó a un presentador de noticias que hablaba con tono solemne en la televisión. Oyó que su padre hablaba, un sollozo ahogado, tan quedo que no pudo creer que viniese de él.

Y luego, después de un rato, cuando oyó los pasos de su padre en el corredor, acercándose pesadamente a su habitación, en algún lugar de su interior supo lo que su padre venía a decirle. Sabía que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. En la confusión de emociones que sentía en ese momento se preguntó por qué era capaz de mantenerse de pie, por qué su mente seguía funcionando, por qué era capaz de discernir los dibujos del papel pintado. Y se preguntó, mientras aferraba su koala y veía cómo comenzaba a girar el pomo de la puerta, cómo se lo iba a decir su padre exactamente; y, por alguna razón que ignoraba, se preparó para fingir sorpresa.

El accidente

Cleaver se inclinó sobre la cama de hospital para estirar las sábanas del anciano y le tocó suavemente el dorso de la mano. Pensó en enjugarle la frente, pero eso no tenía sentido. Estaba inconsciente, probablemente ni siquiera lo sentiría. Y, además, con el casco encajado en la cabeza y los cables y alambres que salían de él y se conectaban al aparato que había junto a la cama, sólo se alcanzaba a ver una pequeña porción de la frente; una fina banda de piel, arrugada y blanquecina, gris como un pescado.

Comprobó la respiración. Era trabajosa y ronca, como si tuviese el pecho lleno de guijarros.

Ahora que el momento había llega, lo, Cleaver apenas era capaz de reprimir su nerviosismo. Sé sentía agradablemente, sorprendentemente joven. ¿Quién sabe lo que habría hecho si hubiera estado solo? ¿Empezar a dar vueltas con su capa de médico? ¿Chocar los tacones en el aire? -Ya no debería de faltar mucho.

El que había hablado era Félix, su joven ayudante, que le estaba tomando el pulso al anciano al otro lado de la cama, sosteniendo con dos dedos la débil muñeca en un cuadro que parecía haber sido preparado ex profeso: Médico junto al lecho de un paciente moribundo. Era absurdo que le tomase el pulso al anciano con el monitor cardíaco emitiendo su señal luminosa en una esquina de la habitación. -

Cleaver respondió con un gruñido.

-Iré a ver a su esposa -dijo, volviéndose y alejándose hacia la puerta.

Tenía necesidad de estar solo. Un momento como ése requería algo especial, un poco de introspección... un sentido de la historia.

Una vez en el corredor, Cleaver se desvió hacia la antigua galería para fumadores. Estaba débilmente iluminada, pero conocía el mobiliario de memoria: dos sofás destartalados, media docena de sillas plegables de metal, una mesa de bridge cuyo tapiz de fieltro tenía un corte de diez centímetros. El linóleo estaba marcado con quemaduras de cigarrillo y, en una zona del suelo, faltaban las baldosas, cuadrados oscuros con garabatos de cola seca que parecían serpientes.

Cleaver nunca dejaba de asombrarse por la forma en que el estado había permitido que Pinegrove alcanzara esa condición ruinosa. Allí estaba, en plena ciudad de Nueva York, irguiéndose en la península más meridional de Roosevelt Island, en el East River. Remolcadores y barcazas pasaban a veinte metros del edificio y cientos de miles de ventanas daban al mismo; sin embargo, muy poca gente podía decir de qué edificio se trataba. A este respecto, podría haber estado trabajando en un manicomio medieval.

Pinegrove había sido construido en la década de 1930, una época en la que la gente aún utilizaba esa palabra -manicomio- y la literatura contemporánea hablaba del centro como una institución progresista. Pero los tiempos habían cambiado; el tratamiento de los pacientes había dado paso a su reclusión en una suerte de depósito, y luego, con la llegada de los fármacos psicoactivos, a su puesta en libertad. En la década de los sesenta se habían cerrado tres pabellones completos de esquizofrénicos confusos. El sindicato de trabajadores del hospital ejerció la suficiente presión en Albany para mantener dos plantas abiertas, con su correspondiente personal, pero la administración proporcionaba muy poco dinero para su mantenimiento.

Con el paso de los años, el lugar se fue deteriorando irremediablemente. El jardín inglés que había sido el orgullo de los primeros gerentes estaba invadido de malezas. Árboles que necesitaban una buena poda dejaban caer sus ramas muertas sobre el tejado, y en dos ocasiones cayeron al suelo trozos de tejas que habrían resultado mortales de haber alcanzado a alguien. En el último piso desierto, Cleaver había encontrado manchas de humedad en el techo.

Ahora Pinegrove era un último reducto. Sus cuarenta camas estaban reservadas a los casos más graves e incurables de trastornos mentales y deterioro cerebral. «Si puedes andar,

hablar o levantar un tenedor sin matar a alguien, tu lugar no está aquí», solía bromear el ayudante principal.

Pero, al mismo tiempo, el abandono había proporcionado un manto de anonimato al trabajo de Cleaver, algo que a él le venía de maravilla. No había que lidiar con ningún burócrata.

Se acercó a la pared de gruesos cristales entretejidos con lazos de alambre, protegidos por una rejilla metálica que se extendía del suelo al techo, y contempló la tarde que caía sobre Manhattan. Los coches que circulaban velozmente por la autopista Franklin D. Roosevelt llevaban los faros encendidos, y las luces que se veían en las torres residenciales, brillando trémulamente en el atardecer, hacían que parecieran más cercanas.

Su ojo captó su propio reflejo. La bata blanca de laboratorio le devolvió el destello en el cristal oscuro como si fuese un fantasma, y pudo ver su rostro: la frente amplia, la coronilla calva, el pelo largo a los lados que ya comenzaba a mostrar vetas grises. Tenía cuarenta y dos años y estaba preparado para la fama.

Sabía que el experimento con la pareja de ancianos funcionaría. Le habían conmovido: marido y mujer, juntos durante treinta o cuarenta años, abandonados a su suerte, sin un lugar donde vivir. Pero había tenido que dejar la compasión a un lado. El anciano estaba preparado para morir, y ahora el hecho de esperar su muerte era como estar esperando a que el sol se escondiera en el horizonte. No era más personal que eso.

Cleaver miró hacia fuera. Pequeñas olas lamían la orilla; las rocas estaban brillantes de limo y despedían reflejos dorados bajo la luz del crepúsculo. Un viejo desagüe llegaba hasta el borde del agua. Estuvo a punto de sacudir la cabeza. ¡Pinegrove! Qué lugar para un experimento que barrería las fronteras de la neurociencia. ¿Por qué la ciencia demostraba tan poco interés en el escenario para sus momentos elegidos? Todos esos humildes telones de fondo... El Proyecto Manhattan: los cimientos para un estadio de fútbol en Chicago; la bomba-A: una cabaña en el desierto de Nevada. Y ahora allí, ese lugar...

Miró a través de la línea del cielo de Manhattan, vio el hospital St. Catherine y frunció el ceño. Saramaggio estaba allí; el mundialmente famoso Leopoldo Saramaggio, jefe de neurocirugía. Aquellos médicos, lo bastante talentosos como para formar parte del equipo del célebre cirujano, disfrutaban de la gloria que él les aportaba, y la adulación molestaba a Cleaver. Había trabajado codo con codo con él; su experiencia en el campo de los ordenadores era esencial para el trabajo de quirófano. Saramaggio lo necesitaba más que él a Saramaggio. Eso era algo que Saramaggio aún no había comprendido, pero algún día lo haría.

Apartó ese pensamiento de su mente. En Pinegrove, él era el jefe. Podía ser un edificio ruinoso y parcialmente abandonado, pero era todo suyo. ¡Y mira lo que había hecho con él! Había implorado para conseguir seis millones de dólares de fundaciones médicas, y con ese dinero había instalado un laboratorio. Todo el equipamiento que necesitaba permanecía a salvo de la vista de los curiosos en el sótano del edificio. Y lo que era aún más importante, disponía de un suministro regular de pacientes para su estudio. Esos pacientes representaban el núcleo duro, los olvidados y rechazados que no tenían esperanza alguna de ver nuevamente la luz del día: el paranoico que jamás recuperaría la razón, el individuo con disfunción que padecía un síndrome tan extraño que carecía de nombre, el niño nacido sin hemisferio izquierdo en el cerebro. Algunos de ellos habían sido abandonados en la calle, otros habían sido enviados por padres que estaban desesperados. Si alguna vez habían tenido familias que se preocupaban por ellos, los visitaron durante un tiempo y luego dejaron de venir. Porque, había que reconocerlo, el lugar era deprimente.

Todo eso significaba que Cleaver disfrutaba de cierta libertad necesaria en su trabajo. Eso formaba parte de una larga y venerable tradición en neuroanatomía: el trabajo de Paul Broca con epilépticos en el hospital Bicétre de París en la década de 1860, los experimentos de Carl Wernicke sobre el centro receptor del lenguaje en el cerebro en la Alemania de la década de 1870, Wilder Penfield realizando intervenciones quirúrgicas en el cerebro con anestesia local para trazar su mapa de las sensaciones corporales en los años cuarenta y

cincuenta. Ninguno de ellos había sufrido coerciones en su trabajo.

Y, después de todo, no se podía obtener nada del estudio de personas normales. Los avances científicos se conseguían a través de los heridos y los chiflados, aunque pudiera parecer cruel. Los grandes avances eran el producto de grandes hombres que no se amedrentaban en el momento de operar: cortaban la carne y serraban el cráneo; separaban los cerebros de los monos e insertaban electrodos en los cerebros de los gatos. Pensaba en Friedrich Goltz, el joven profesor de fisiología que insistió en la localización de la función cerebral en el Séptimo Congreso Internacional de Medicina celebrado en Londres en 1881; en cómo había abierto su maletín para extraer la cabeza ensangrentada de un perro que había sufrido cuatro operaciones en el cerebro. Goltz había sido un verdadero científico.

Algún día, tal vez, el nombre de Cleaver se uniría al de todos ellos. Él se encargaría de terminar lo que ellos habían empezado. Porque él estaba tratando nada menos que de delinear y medir el más esquivo de los conceptos teóricos: la propia mente. Se puede llamar como se quiera: conciencia humana, psique, razón, lo que los antiguos llamaban «el asiento del alma», o lo que los teólogos llamaban alma. Constituía el primer y último gran misterio. Porque, ¿cómo podía la mente humana examinarse a sí misma? Eso sería como un ojo que tratara de verse sin la ayuda de un espejo.

Pero nosotros sabemos que existe. Lo sabemos de una manera intuitiva porque lo experimentamos desde nuestro interior. Sócrates, que ni siquiera sabía que el cerebro era el centro del funcionamiento mental, que creía que el corazón era el órgano encargado de la facultad de pensar, sabía sin embargo que había algo que nos gobernaba que no podía explicarse sólo en términos físicos.

Cleaver lo llamaba ánima, la quintaesencia de la conciencia, esa parte de nosotros que nos hace ser conscientes de nosotros mismos y nos separa de todo lo demás. Era una palabra que procedía del latín, el femenino de animus, la mente o el espíritu; un vocablo con un extenso y honorable linaje, incluyendo a Carl Jung, quien la describió como el verdadero yo interno. Pero Jung simplemente había teorizado con respecto a su existencia. Cleaver estaba dispuesto a demostrarla. Y lo haría esa misma noche preparando una trampa. Si el ánima existe en vida, entonces debe liberarse en la muerte. Y si es liberada en la muerte y, como reza el folclore, viaja a través del espacio para establecer contacto con un ser amado en el preciso momento del fallecimiento, ¿por qué no tratar de registrarlo a través de neuroimágenes? Y registrarlo no sólo en la persona que muere -uno esperaría ver dislocaciones en la actividad cerebral en ese caso-, sino en la persona viva, en el receptor. ¿Por qué no ver si la persona viva registra una extraordinaria actividad cerebral en el momento exacto en que la otra persona muere?

Cleaver abandonó su fantasía y regresó por el corredor. Pasó junto al pabellón y echó un vistazo a través del grueso cristal de la pequeña ventana de la puerta. Vio a una docena de pacientes: algunos yacían inmóviles en sus camas, otros vagaban por la habitación, y alcanzó a oír el apagado susurro de los monólogos y el altisonante y agudo discurso. Continuó su camino pasando junto a la sala de enfermeras y el corredor que se bifurcaba hasta llegar a la habitación que buscaba.

Al igual que la habitación del anciano, ésta también daba al río. Lo había dispuesto deliberadamente cuando organizó el experimento: por qué no ofrecerles al menos una vista agradable, había pensado entonces, algo etéreo, algo trascendente. Entró sin llamar y miró fijamente a la mujer mayor. Ella no estaba interesada en el paisaje que se extendía fuera de la ventana. Estaba sentada en la cama, apoyada en las almohadas, el casco colocado en su lugar desde arriba, de modo que, bajo la tenue luz de la habitación, por un momento dio la impresión de ser hidrocefálica. Tenía los ojos cerrados como si estuviese dormitando. Felicity, su otra ayudante, estaba ocupada con las máquinas, comprobando los cuadrantes y tomando lecturas.

- ¿Cómo va todo? -preguntó Cleaver.

Felicity se sobresaltó ante el sonido de su voz. No lo había oído entrar.

-Bien -dijo ella, ocupada con los aparatos.

Tenía una tablilla con sujetapapeles, aunque no era necesaria; los datos que emitían las máquinas quedaban registrados automáticamente.

- ¿Y el RMT? -preguntó, mirando el casco que se ajustaba alrededor del cráneo de la mujer.

El acrónimo significaba «receptor magnético transcranéál», un aparato que registraba los impulsos eléctricos de la actividad cerebral. Era casi tan eficaz como recogerlos en forma de tomografía de emisión de positrones, y presentaba la ventaja de ser un instrumento portátil. La información era enviada a un ordenador y mediante la manipulación de un botón podía llevar el corte transversal de cualquier parte del cerebro a una pantalla de sesenta centímetros de ancho.

-Parece que está bien. Por el momento está tranquila. -Por supuesto que está tranquila -dijo una voz áspera, agresiva, procedente de la cama-. Usted me dijo que descansara.

A Cleaver le divertía el ánimo de la anciana. Ella siempre había parecido más fuerte que su esposo. Se acercó a la cama y apoyó una mano sobre su hombro, del mismo modo que le había visto hacer a un profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York durante sus rondas con los estudiantes. Como respuesta, la mujer se irguió en la cama, de modo que una de las almohadas cayó en el estrecho espacio que había detrás de su espalda. Alzó la vista y miró a Cleaver.

-Elmore-dijo, ahora con voz quejumbrosa y el rostro surcado de profundas arrugas de preocupación-. ¿Cómo está él?

Cleaver reflexionó sobre la respuesta. No tenía sentido darle demasiada información. No quería ponerla sobre aviso, podía echarlo todo a perder, aunque eso era bastante improbable. Además, tampoco tenía sentido mentirle.

-Está cerca del final. No siente ningún dolor y yace tranquilo en su cama. Pero no creo que le quede mucho. La mujer se mordió el labio y volvió la cabeza, fijando la vista en el río. Cleaver se acercó a la máquina e hizo girar un botón. La pantalla se llenó con una imagen exterior de su cerebro, elevándose como un puño deforme en el extremo de la muñeca: los pliegues de la corteza cerebral, la pequeña y ceñida protuberancia del cerebelo, el tronco cerebral. Manipuló otros dos botones y en la pantalla aparecieron secciones transversales, finos cortes a lo largo de los planos sagital, coronal y axial.

A partir de esos datos pudo leer inmediatamente cuál era su estado. Las emociones de la mujer estaban provocando pequeños estallidos de actividad que quedaban registrados en brillantes colores debido a la sustancia colorante que había ingerido. A él siempre le recordaba una tormenta, rayos y relámpagos iluminando un manto de nubes sobre el océano.

Era una buena señal. Era exactamente lo que quería ver. En cualquier momento, sin duda dentro de una o dos horas, llegaría el momento.

Pero, tal como se fueron sucediendo los acontecimientos, Cleaver tuvo que esperar mucho más. Habría tenido tiempo suficiente para acudir a su despacho, quitarse los zapatos y echar una cabezada en el sofá de cuero, si no hubiese estado demasiado nervioso para dormir. Incluso tiempo suficiente para haber caminado hasta el puente de Queensboro y haber cogido el tren elevado a Manhattan para una cena solitaria, si la perspectiva de estar tan lejos del hospital no lo hubiese llenado de ansiedad. Cleaver intentó leer algo pero no podía concentrarse. Estuvo mirando la televisión durante un rato y luego salió a dar un paseo nocturno.

Estaba caminando por la zona de la isla que correspondía a Queens cuando recibió la llamada. Había estado recorriendo el descuidado paseo y aspirando el olor que llegaba del río. Una brisa impregnada de sal pasó junto al cartel rojo de Pepsi-Cola y pudo oír cómo silbaba levemente al cruzar por debajo del puente hacia el norte. Entonces, su busca comenzó a zumbar con una estridencia que lo sobresaltó. Echó a correr de regreso al edificio, y en el primer escalón resbaló y se golpeó la espinilla izquierda, lo que le hizo proferir un insulto.

Llegó a la tercera planta sin aliento.

- ¿Y bien? -le dijo a Félix en tono acusatorio, como si hubiese sido su ayudante quien hubiera estado dando un paseo por la oscuridad.

-Sus signos vitales se debilitan rápidamente. Se acerca el final.

..-Muy bien. Voy a la otra habitación. Ya sabes lo que debes hacer. Recuerda, vigila la actividad cerebral y envía una señal en el momento exacto de la muerte tan precisamente como puedas determinarlo, ni un instante antes ni un instante después.

Félix asintió.

Cleaver corrió por el pasillo, la bata agitándose detrás de él. Cuando llegó a la habitación no dio crédito a lo que veía: la anciana estaba durmiendo.

-Despiértala -ordenó, con mayor severidad de la que pretendía.

Felicity se levantó de un salto de la silla y corrió hacia la cama, pero la mujer ya había abierto un ojo pequeño y brillante.

-No hay necesidad de gritar -dijo-. Estoy despierta. Cleaver estuvo tentado de disculparse, pero se mantuvo en silencio, porque ya había percibido algo. El otro ojo de la anciana se había abierto y ahora ambos ojos aumentaban súbitamente de tamaño y ella miraba hacia un rincón lejano como si estuviese viendo algo terrible. Le temblaba el labio inferior.

Miró detrás de la cama. La pequeña luz que estaba situada detrás de la mujer y fuera de su vista estaba encendida. Félix había enviado la señal. Cleaver volvió ligeramente la cabeza y vio que la pantalla estaba registrando todos los impulsos eléctricos que ella estaba produciendo. Estallidos de color por todas partes rebotaban como fuegos artificiales, pero él ya podía notar que se estaban concentrando debajo de la corteza cerebral, cerca del hipotálamo. La señal enviada por Félix también estaba registrada en la pantalla como una línea ondulada; ahora se produciría un registro cronológico de las actividades de ambos cerebros, perfectamente sincronizadas. Las videocámaras instaladas en las dos habitaciones también estaban funcionando.

Los temblores aumentaron en los labios de la mujer y formaron un agujero negro y tenso. Comenzó a hablar con un sonido de asombro bajo, casi gutural.

-Elmore -dijo-. Elmore.

Repitió el nombre una y otra vez. Ahora miraba hacia el rincón de la habitación, inclinándose hacia allí como si la empujase una poderosa fuerza magnética.

-Puedo verte, puedo verte -dijo ella-. ¿Qué sucede? ¿Qué sucede, querido?

Se había olvidado de ellos, estaba completamente absorta en la visión, perdida en otro mundo.

Cleaver sintió que se le aceleraba el pulso. Todo funcionaba a las mil maravillas. Estaba registrando todo el proceso, unos datos que serían clasificados y analizados hasta que tuvieran sentido.

La anciana continuó con la vista fija en el rincón de la habitación durante varios minutos, pero dejó de hablar, sólo asentía. Luego se hundió nuevamente en la almohada, los ojos aún abiertos pero ya no fijos en la aparición. Era difícil leer la expresión de su rostro: perturbada pero, al mismo tiempo, casi extasiada. Cualquiera que fuese el secreto que le había sido revelado, lo guardaba para sí. Cleaver podía ver en la pantalla que Elmore estaba clínicamente muerto.

Todo había terminado.

Se recompuso, inspiró hondo y miró de modo portentoso a Felicity, que parecía atontada. Tosió ligeramente como para obligarse a volver a la realidad.

-Bien -dijo Cleaver-, acabas de ser testigo de algo realmente extraordinario. ¿Tienes idea de lo que has visto? Felicity lo miró y negó con lentitud con la cabeza. -Contacto psíquico en el momento exacto de la muerte, totalmente registrado por primera vez. ¿Qué dices a eso?

- ¡Dios mío! -dijo Felicity con la boca abierta. Cleaver desvió la mirada. «Dios mío»,

repitió para sí. Acto seguido, apartó el pensamiento de su mente. «Había sido un gran experimento», pensó. Y como todos los grandes experimentos, engañosamente simple. Era como una nuez dentro de la cáscara. Durante siglos, probablemente milenios, la gente había hablado de los fenómenos de visitas de la muerte: todas esas historias de viejas que hablan de la visión de un ser querido en el momento de morir, sobre gente separada por enormes distancias que se reúnen en el instante final, sobre experiencias de muerte en las que la gente sale de sus propios cuerpos y se dirigen hacia una luz cegadora. Tenía que haber algo en esas historias. Pero sólo Cleaver había pensado en intentar medir el fenómeno, la neurobiología del alma, y en crear un medio para lograrlo.

Hasta donde Cleaver era capaz de recordar, su vida intelectual había estado impulsada por dos conceptos. Uno era la idea de que la mente era capaz de existir fuera del cuerpo, de que los pensamientos, los temores, los sueños,

Las pesadillas y las emociones tenían una existencia independiente. El otro era la idea de que las máquinas y el hombre podían fundirse, a través de esa mente desposeída de cuerpo, para crear el nuevo hombre del futuro. Porque si la mente podía ser medida de alguna manera, si existía como algo que viajaba de un punto a otro, entonces se la podía capturar. Y si era posible capturarla, podía ser unida al potencial infinito que proporcionaban las máquinas, una especie de chispa divina de inteligencia dirigida que haría que la Creación pareciera un juego de niños.

Cleaver miró a Felicity y suspiró. Era una lástima que no tuviese una ayudante de laboratorio que supiera valorar aquel momento.

Kate Willet había resistido el impulso de colocar el adhesivo con su nombre sobre el bolsillo superior de su recién estrenado traje de chaqueta de rayas finas. La verdad era que nunca se le habían dado bien las visitas guiadas, nunca le habían gustado las multitudes.

De hecho, no pertenecía a esa multitud. Miró a su alrededor mientras subían en fila al autobús, en su mayoría mujeres con el pelo rizado que eran demasiado mayores para llevar esas faldas tan cortas, y hombres cuyo exagerado acicalamiento (uno de ellos llevaba una perilla negra sin un pelo fuera de lugar) sugería una vanidosa satisfacción. Todos ellos eran miembros activos de la American Psichological Association.

Un hombre joven y delgado de su edad, treinta y pocos años, se sentó junto a ella. Le sonrió fugazmente, sólo una media sonrisa para mostrarse amable. Era su educación provinciana.

-Menudo viaje, ¿eh? -dijo el hombre, señalando hacia la ventanilla con la barbilla. ,

Ella se tomó el comentario como una referencia a la visita previa a South Bronx. El día era caluroso y las bocas de incendios estaban abiertas; pequeños cuerpos negros corrían, gritando, delante de los chorros de agua.

Kate asintió evasivamente. Sólo llevaba tres semanas viviendo en la ciudad y le estaba costando adaptarse. Hasta el momento, lo que más le gustaba era la vida en las calles. Además, los niños hacían que añorase la normalidad de su pequeña ciudad natal: cuando uno los miraba, ellos devolvían la mirada.

Una mano grande se extendió por encima de su regazo, abierta y ansiosa.

-Butterworth -dijo el hombre-. Fred Butterworth. Ella tuvo que volverse hacia él para estrecharla. -Kate Willet.

Hubo una breve pausa.

-Bien, Kate. ¿Dónde tienes tu consulta?

-Me temo que no tengo ninguna -contestó-. No soy psicóloga, ni psiquiatra. Sólo aprovecho el viaje.

-Oh, ¿y a qué te dedicas? -Soy neurocirujana. -Oh.

Pudo reconocer la decepción en su voz. Su profesión tendía a hacer que la gente clavase los frenos, especialmente los hombres. Hacía que se pusieran a la defensiva.

-Me han trasladado a Nueva York hace algunas semanas, después de hacer mi

residencia en California. Estoy en el St. Catherine.

Él pareció animarse.

-Con el famoso Saramaggio, -Así es.

Él soltó un débil silbido.

- ¿Qué piensas de él? -preguntó el hombre.

-Bueno, no hay duda de que es un médico brillante. Buenas manos, como suele decirse. Me sentiré satisfecha si algún día llego a ser la mitad de buena que él.

Su compañero de viaje asintió y ella se quedó en silencio. La verdad era que estaba nerviosa ante la perspectiva de encontrarse nuevamente con Saramaggio. La primera entrevista había ido bien -de hecho, él había estado encantador-, pero su reputación de perfeccionista implacable era pavorosa. Ella amaba la medicina y lo que más deseaba era sobresalir en el ejercicio de su profesión. Por ese motivo había ido al este a trabajar con uno de los mejores equipos de neurocirugía que había en el país. Pero había algo en Saramaggio que resultaba inquietante, un soplo del complejo de dios que afectaba a tantos neurocirujanos. Ella había llegado a detestar a su anterior jefe de cirugía en San Francisco, un hombre técnicamente brillante, pero que tenía un ego del tamaño de una pelota de playa. Cuando todo había acabado, no parecía preocuparse por sus pacientes. Raramente volvía a verlos después de la operación y ellos, a su vez, raramente le enviaban fotografías una vez recuperados. Era decepcionante pensar que el genio podía reducirse a una cuestión de destreza manual.

Obviamente, ella no compartió nada de todo eso con el señor Butterworth. Lo miró de reojo. No era feo, pero sus ojos parecían aburridos. Como muchas mujeres, incluyendo su homónima shakesperiana, Catalina de Aragón, Kate era exigente: sólo podía interesarle un hombre que estuviese a la altura de su inteligencia. Necesitaba que él tuviese esa agudeza juguetona tan propia de ella, de modo que no fuese necesario tener que decirlo todo. Ésa era la chispa que encendía el flirteo en ella.

Sus exigencias eran elevadas; no, según ella, exageradas. En una o dos ocasiones había estado cerca del amor, lo bastante cerca como para sentir algo sin que las llamas la abrasaran, y ya estaba empezando a perder la esperanza de encontrar al hombre adecuado. Su soledad se había visto acentuada por Nueva York, una ciudad que la abrumaba. La gente caminaba tan deprisa por las aceras que parecían dejarla inmóvil, y una o dos veces al anochecer, mientras se masajeaba los pies después de un día de exploración, le preocupaba la posibilidad de que hubiese cometido un error al ir allí. En San Francisco había dejado a un buen hombre, Harry. Era una persona ingeniosa y amable, tan presentable que sus amigas bromeaban diciendo que querían ser informadas cuando la ruptura fuese inminente. Pero hacía algún tiempo había comenzado a sospechar que no era el hombre adecuado para ella, y ahora la separación le confirmaba que no se había equivocado.

-Este lugar que vamos a visitar, Pinegrove, se supone que es realmente algo serio -dijo Butterworth-. Una especie de casa del terror.

Su rostro se ensombreció.

-Oh, lo siento -continuó-. El lugar donde trabajas,

St. Catherine, ¿no está asociado a Pinegrove?

-Sí -dijo ella-. Ésa es precisamente la razón de que esté aquí. Quiero verlo.

-Bien. Eso tiene sentido. Oye, te dejaré mi tarjeta.

Se incorporó a medias en el asiento y buscó en uno de sus bolsillos. Sacó una tarjeta y se la tendió. Ella le echó un vistazo.

FREDERICK BUTTERWORTH Corporación de suministros para hospitales Flushing, Queens, NY

Desde ambulancias hasta máquinas de rayos X. Si no lo tenemos, sabemos dónde encontrarlo.

-Gracias -dijo ella.

Guardó la tarjeta en su bolso y volvió a mirar a través de la ventanilla, tratando de imaginarse la ruta. Cuando se volvió para hablar con su acompañante no pudo evitar una

sonrisa. El señor Butterworth se había dormido, y no se despertó hasta media hora más tarde, cuando el autobús giró en una esquina alrededor de un almacén en Queens y el conductor redujo la velocidad a segunda para cruzar el estrecho puente que conducía a Roosevelt Island.

Después de la excursión, los visitantes entraron en una gran sala pintada de verde hospital, con sillas dispuestas en filas irregulares. Todos estaban callados como niños en una ejecución. Tal vez estaban conmocionados por los pabellones que acababan de visitar: el olor a antiséptico que asaltaba la nariz, los farfulleos y los sonidos chirriantes de las sillas al ser arrastradas por el suelo, los pacientes que vagaban sin rumbo o permanecían sentados en sus camas, meciéndose. Uno de los enfermos, un hombre con el pelo cortado al cero, con una sonrisa vacía y unos ojos que no cesaban de moverse, tenía llagas abiertas en la cabeza.

Como psicólogos y psiquiatras, todos ellos habían pasado mucho tiempo en pabellones que alojaban a enfermos mentales, y eran inmunes a la visión de individuos que susurraban continuamente sus propias alucinaciones. Muchos de esos pacientes eran como los que estaban ingresados en las instituciones estatales. Pero era todo en conjunto lo que resultaba difícil de asumir: el antiguo edificio de piedra, las plantas desiertas que resonaban con el sonido de sus pasos y, finalmente, los propios pabellones.

Kate se sentó cerca del fondo en una silla de madera cuyo brazo derecho se extendía ante ella, una silla de examen. Estaba furiosa por lo que había visto. No era que pareciera que los pacientes fuesen maltratados, sino que habían sido claramente enviados hacia un lugar donde podían olvidarse de ellos. Los imaginó viviendo sus vidas un largo día tras otro en aquel horrible lugar, sin sentido alguno y para siempre, sin hallar alivio.

Butterworth estaba sentado a su derecha; Kate comprobó que la breve visita guiada por el edificio lo había afectado. Ambos se miraron y él alzó las cejas y sacudió lentamente la cabeza de un lado a otro.

Presentaron a un hombre que llevaba bata de médico, el doctor Warren Cleaver. Kate reconoció el nombre. Trabajaba con Saramaggio y decían que era un médico brillante, licenciado en inteligencia artificial y neurología. Los rumores lo perseguían -decían que era más autómata que sus ordenadores-, pero ella los había atribuido a la envidia, porque era evidente que Cleaver tenía éxito. ¿Por qué estaba trabajando con enfermos mentales?, se preguntó. Lo observó detenidamente: un hombre bajo y robusto, con una cabeza grande y una calva en la coronilla, como Lenin, pensó.

La auxiliar administrativa, una mujer de pelo cano con gafas gruesas, se encargó de la mayor parte de la conferencia. Describió la historia de Pinegrove, habló del presupuesto y de lo difícil que resultaba conseguir más dinero de las arcas del estado y encontrar enfermeras y ayudantes que fuesen realmente competentes. No cabía duda de que el dinero era difícil de conseguir; estaba claro que la administración del hospital se enfrentaba a obstáculos enormes. Su retahíla de quejas se desgranó con una monotonía absolutamente desapasionada.

La mujer mencionó que Pinegrove había recibido una beca de investigación. De entre las primeras filas se alzó una mano y un hombre se puso en pie para formular una pregunta.

- ¿Qué clase de investigación se realiza aquí? ¿Están especializados en algo en concreto?

La mujer miró a Cleaver.

-Creo que es justo decir que nuestro programa ha sido preparado por el doctor Cleaver y se ajusta perfectamente a sus intereses.

- ¿Y qué es lo que le interesa a usted, doctor Cleaver? -preguntó el hombre.

Cleaver se adelantó hasta quedar frente al grupo, las manos cruzadas detrás de la espalda.

-En primer lugar, permítanme decir que percibo que algunos de ustedes se sienten un tanto conmocionados por lo que han tenido ocasión de ver hoy durante su visita. Espero que así sea. Es la razón por la que deseo que vengan a visitarnos. Quiero que vean con sus propios ojos lo que le sucede a una institución cuando los únicos que se preocupan por ella son

quienes trabajan allí. Lo que han visto hoy aquí es el emblema de la negligencia de la sociedad.

Miró las caras del grupo.

-Ahora contestaré a su pregunta. ¿Qué es lo que me interesa? Me interesa la mente humana, pura y simplemente, en todos sus aspectos: cómo crece, cómo se desarrolla, cómo progresa y cómo se derrumba. En especial, cómo se derrumba. La enfermedad y las desgracias son grandes maestras.

Qué cosa tan extraña había dicho, pensó Kate, pero era verdad.

Cleaver volvió a pasear la mirada por los presentes y continuó hablando.

-Ésa es la razón por la que estoy aquí, para ayudar a algunas de estas pobres almas y para trabajar con ellos para ayudar a los demás. Hasta el momento, mi trabajo me ha enseñado dos cosas. Una: el estudio de la anormalidad es el camino que nos conducirá a comprender la normalidad. Al mirar algo que se ha roto, podemos comprender cómo funciona cuando está completo. Dos: la mente es una verdadera maravilla; es capaz de muchas más cosas de las que podemos llegar a imaginar.

Una mujer de la última fila levantó la mano.

- ¿Puede decirnos en qué parte del cerebro está trabajando ahora?

-No, no, el cerebro, no -dijo-. Yo no he dicho en ningún momento que estuviera trabajando en el cerebro. La mujer pareció desconcertada.

Cleaver se dirigió a la pared y desenrolló una lámina que describía un corte transversal del cerebro. De modo que esa habitación era una sala de clases, después de todo, pensó Kate. Cleaver miró a su alrededor, buscando aparentemente un puntero y, al no encontrar ninguno, se volvió nuevamente hacia la lámina y le dio unos golpecitos con el índice. Cuando habló, las palabras brotaron de su boca con un tono de urgencia.

-Éste es el cerebro. El sistema límbico, el tronco cerebral, el cerebro superior, la corteza cerebral, el cerebelo, todos los presentes lo conocen muy bien; pueden verlo, nombrarlo, hablar de él. Es algo que se puede plasmar en un trozo de papel, algo que se puede cortar. Eso no es lo que yo hago.

Tiró de una cuerda y envió nuevamente la lámina hacia arriba.

-Lo que yo examino es la mente. Y examino la diferencia entre ambos: mente y cerebro. Ahí reside toda la cuestión, en la diferencia. La gente habla del problema mente-cuerpo, pero es un error. Pensemos en el problema mente-cerebro. ¿Dónde acaba una y comienza el otro? -Los miró como si buscara una respuesta-. ¿Qué es lo que forma la conciencia? ¿Qué es lo que nos hace conscientes?

Ahora hablaba como un profesor de universidad. -Descartes. Cogito ergo sum, pienso, luego existo. ¿Qué significa eso exactamente? La mayoría de las personas lo interpretan de un modo erróneo. No significa que pensar es en sí mismo una prueba de que existimos. Significa que el conocimiento de que estamos pensando es una prueba de que existimos.

La clave no es que nosotros pensemos. La clave es que sepamos que estamos pensando. Los animales piensan, hasta cierto punto. Dejen un trozo de carne sobre una mesa, abandonen la habitación, y un perro ideará una manera de conseguirla. Una rata puede superar un laberinto. Eso es pensamiento, una forma rudimentaria de pensamiento, pero pensamiento al fin y al cabo. Aunque es limitado: cuando un ser humano concibe un plan o se implica en una actividad determinada, no sólo está pensando, sino que, simultáneamente, es consciente del hecho de que está pensando. ¿Lo comprenden?

La mujer que había hecho la pregunta asintió. Cleaver comenzó a pasearse por el frente de la sala.

-El cerebro no es nada del otro mundo. Podemos deducir su funcionamiento. La sangre que suministra alimentos a las células, neurotransmisores activados a través de las sinapsis... Pero ¿qué nos dice eso? No mucho. ¿Cómo puede toda esta actividad producir una colección

uniforme de pensamiento superior que puede ser separada y examinada? ¿Cómo origina la conciencia? En otras palabras, ¿cómo llega a existir la mente? Porque la mente está formada de conciencia. Y la existencia de la conciencia no se deriva de las leyes físicas.

Era evidente que Cleaver se estaba dejando llevar por sus propios pensamientos.

-Es ese sentido de la conciencia, o como quieran llamarlo, lo que crea a un ser consciente. Es lo que hace que tú comprendas que eres tú y nadie más, y que cuando mañana te despiertes sigas siendo tú. Porque, de otro modo, no serías nada, solamente una sombra. Vivirías en el momento exacto, el presente justo. No habría pasado ni futuro. Habría miles de tús, cientos de miles de tús, cada uno para un momento diferente. La conciencia es lo que nos lleva de un momento al siguiente. Es nuestro modo de existencia. Es la concha que nos mantiene intactos; sin ella sólo duraríamos lo que un caracol desnudo en una playa.

Volvió a la tierra. La mujer de la última fila insistió: -Pensaba que su interés se centraba en la inteligencia artificial -dijo-. ¿Por qué se dedica a hacer que las máquinas sean inteligentes si cree que solamente los seres humanos son capaces de desarrollar un pensamiento consciente?

Cleaver aguardó un momento antes de contestar, luego dijo:

-Yo no he dicho que sólo los seres humanos sean capaces de hacerlo; he dicho que los seres humanos son los únicos que tienen esa capacidad ahora.

- ¿O sea que está trabajando para incorporar ese proceso a las máquinas? ¿Cree que algún día las máquinas llegarán a ser tan inteligentes como nosotros... o más inteligentes incluso?

- ¿Tan inteligentes como nosotros? Es difícil de decir. No lo creo. ¿Y usted?

Era una pregunta retórica y no esperó una respuesta. - ¿Alguna otra pregunta?

Kate levantó la mano.

-Me preguntaba por los pacientes que están ingresados aquí. ¿Tienen algún programa para ayudarlos? ¿Pueden hacer algo para aliviar su sufrimiento?

Cleaver dudó un momento, luego sacudió la cabeza con pesar.

-Me gustaría que pudiéramos hacer algo por ellos. Pero si hay algo que hemos aprendido como científicos es que debemos elegir nuestras prioridades. Debemos llevar a cabo aquello que podemos hacer, lo que es realista. No se puede ayudar a estas personas; no con nuestros conocimientos actuales. Ésa es la dolorosa verdad. De modo que lo que debemos hacer es pensar en los pacientes del futuro, y en cómo podemos ayudarlos. Antes les hemos prometido que examinaríamos detenidamente los casos más inusuales que tenemos aquí. Es lo que haremos ahora.

Estas palabras dieron inicio a un desfile de pacientes con síntomas extraños. Llegaron acompañados de la auxiliar administrativa, quien hizo que se sentaran delante del grupo. La mujer tenía el mismo sentido del tiempo que un maestro de ceremonias, y la misma sensibilidad también, pensó Kate. Algunos de los pacientes parecían estar bajo los efectos de fármacos muy potentes, otros se mostraban claramente confusos ponla experiencia.

El primero era un hombre de alrededor de cincuenta años, con aspecto ratonil, el pelo muy largo y ojos que no dejaban de moverse. Fue presentado como un paranoico típico. El hombre, según se supo, había matado a su familia: esposa, un hijo de siete años y una hija de tres. Según él, «las voces» le habían ordenado que lo hiciera.

La ayudante de Cleaver lo interrogó. ¿Cuándo comenzaron esas voces? Hacía muchos, muchos años. ¿Y habían cesado? El hombre dudó, luego asintió, sí. Tenía saliva en las comisuras de los labios.

- ¿De verdad? ¿Han cesado por completo? -lo presionó la mujer.

-Sí. Casi siempre. Excepto... excepto cuando uso las gafas protectoras.

Cleaver tomó la palabra y se extendió sobre «el sistema cerrado» del razonamiento paranoide, cómo la mente buscaba una explicación, no importa cuán absurda, para dar cuenta de algo profundamente inquietante como las alucinaciones auditivas. Una vez que esa extravagante premisa era aceptada y explicada, todo lo demás continuaba en un orden lógico.

La casa era sólida; los cimientos eran los que se encontraban en mal estado.

-En este caso nos hallamos ante una anomalía en el centro de la audición localizado en la corteza cerebral. El paranoico lo incorpora en un esquema de racionalización mayor, lo atribuye a unas gafas de protección inexistentes y procede a actuar como si fuese una verdad incontrovertible. Él sigue ese delirio allí donde lo lleve, incluso al asesinato.

A Kate no le gustaba que estuviesen hablando del paciente delante de él, como si el hombre no existiera. Lo miró, pero tras devolverle la mirada él bajó rápidamente los ojos y ella apartó la vista.

A continuación pasaron otra media docena de pacientes con pérdida grave de memoria, personalidades múltiples, lobotomías frontales y diversos trastornos de personalidad.

Una mujer de unos treinta años, con una larga cabellera rubia, habría sido muy bella si no hubiese sido por la absoluta falta de expresión en su rostro. No respondía a las preguntas y permanecía inmóvil en su silla, aunque sus ojos se movían y estudiaban lentamente al grupo que tenía delante.

-Mutismo acinético -explicó Cleaver-. Un trastorno muy poco frecuente que, en ocasiones, se diagnostica erróneamente como catatonia. Sus ojos pueden seguir el movimiento. Ella está alerta, en el sentido de que es consciente de su entorno, pero no reacciona ante él. Es indolente y permanecerá acostada durante horas sin moverse. Se encuentra en lo que llamamos un coma vigile.

-Los pacientes que consiguen recuperarse (algo extremadamente raro) describen este estado como de apatía eterna. Nada les afecta. La espontaneidad no existe. La vida pasa ante ellos como una película.

La mujer fue acompañada lentamente fuera de la sala y un joven locuaz ocupó su sitio. Se presentó como Bruce y parecía tratarse de un individuo normal en todo sentido. Entonces comenzó el interrogatorio. Había crecido, explicó, en una pequeña ciudad de Michigan, pero no la echaba de menos y no quería regresar allí «porque mis padres han desaparecido».

-Pero Bruce, ¿cómo puedes decir que han desaparecido? -Preguntó la auxiliar administrativa-. Los dos te acompañaron el año pasado cuando ingresaste aquí, y te visitaron hace dos meses. -No, ellos no eran mis padres -contestó él casi con indiferencia-. Son personas muy agradables, pero no son mis padres. Son unos impostores.

Cleaver se adelantó para dirigirse a los visitantes. -«Impostores» es la palabra clave -dijo-. Ocurre continuamente con los pacientes afectados por el síndrome de Capgras. Bruce no está siendo paranoide en este caso. En muchos aspectos es un adulto joven y normal. Lo que sucede simplemente es que está convencido de que se han llevado a la gente más próxima a él y la han reemplazado por personas que sólo se parecen a ellas.

Mi opinión es que este trastorno tiene su origen en un funcionamiento anómalo de las amígdalas cerebelosas. Cuando Bruce se encuentra con un ser, querido carece de una respuesta emocional; literalmente, no siente nada. El centro de sus vínculos emocionales ha sufrido un cortocircuito. Y en un plano intelectual, sin embargo, él sabe que debería estar sintiendo algo. ¿Cómo es posible que mires a tu madre y a tu padre y no sientas absolutamente nada? La mente debe encontrar una explicación. De modo que la explicación es que no se trata realmente de tus padres, sino que son dobles, impostores.

Lo que están viendo es una patología del yo emocional. Creo que está provocada por un daño en el sistema límbico. ¿De qué otro modo podría estar tan minuciosamente especializada la anormalidad? Bruce sólo reconoce a un impostor cuando está mirando un rostro humano. Si habla con su padre por teléfono no tiene ninguna duda de que está hablando con su verdadero padre. En mi opinión, eso indica una interrupción en los caminos que unen el área visual de la corteza cerebral y las amígdalas cerebelosas.

El hombre que había hecho la primera pregunta lo interrumpió:

-Freud no estaría de acuerdo con esa interpretación mecanicista -dijo-. Él tenía una visión de la personalidad humana que se basaba en las relaciones sociales. Era, por así decirlo, un enfoque más complicado, más sofisticado.

-La navaja de Occam -replicó Cleaver-. En el terreno de la ciencia, cuanto más complicada es la teoría, menos correcta tiende a ser. Me pregunto qué habría hecho Freud en el caso de Phineas Gage.

Su interlocutor pareció sentirse arrepentido. Kate conocía ese nombre; era uno de los casos más famosos de trastorno de la personalidad. En 1848, Gage, un trabajador del ferrocarril de Vermont, había sido víctima de un accidente con dinamita, que hizo que una barra de hierro entrase por su mejilla izquierda y saliera por la parte superior de la cabeza. Gage había conseguido sobrevivir a ese terrible trance, pero su corteza cerebral prefrontal quedó dañada, lo cual provocó en él una misteriosa metamorfosis. De ser un hombre religioso, respetuoso con la ley y buen padre de familia, pasó a ser un individuo mentiroso, bebedor y depravado.

- ¿Puedo preguntarle si cree en Dios? -continuó Warren Cleaver, con sus ojos oscuros fijos en su interlocutor. -Bueno, sí, creo en Dios.

-Me siento tentado de apostar que, si pudiese llevarlo a mi mesa de operaciones, podría escoger una diminuta porción de su lóbulo frontal izquierdo y quitarla, y, cuando despertase, descubriría que su fe había desaparecido. Y Buién sabe, tal vez incluso su creencia en Freud.

Este último comentario suscitó las risas de los visitantes. Cleaver miró a su alrededor y añadió:

-Y ahora, si no hay más preguntas...

Dicho lo cual, agradeció a todos su presencia y se marchó de la sala.

Pocos minutos después, la auxiliar administrativa acompañó a los visitantes a la salida pero, en el camino, un pequeño grupo se apiñó en torno a la ventana de una puerta, atisbando al interior de la habitación. Kate se reunió con ellos y no pudo contener un leve sobresalto. -Por Dios -dijo el hombre que estaba a su lado-. ¿Qué le pasa a ese hombre?

La habitación estaba débilmente iluminada y ella no alcanzaba a ver bien lo que había en su interior, pero no se molestó en conseguir una visión mejor. En la habitación había una cama y un hombre joven acostado en posición supina. Las muñecas y los tobillos estaban sujetos a los lados de la cama con gruesas correas blancas, y el joven permanecía completamente rígido, como si fuese un trozo de madera. Tenía los ojos abiertos e inmóviles, y la mirada fija en el techo. Tampoco parecía parpadear. Su piel era de un color gris ceniciento. No llevaba camisa y, cuando Kate miró con más detenimiento, pudo apreciar que la parte superior del torso, los brazos, los tobillos y la cara estaban cubiertos de heridas. Estrías profundas y rojas que corrían en líneas paralelas. Era evidente que se las había hecho él mismo con las uñas.

La auxiliar administrativa se acercó al grupo. Cuando habló, Kate dio un respingo.

-Es un hombre muy desgraciado -explicó la mujer-. Padece una enfermedad extremadamente rara llamada síndrome de Cotard. El doctor Cleaver cree que se trata de un trastorno relacionado con el síndrome de Capgras que han podido ver antes, sólo que una variante mucho más severa. En este caso, el paciente carece de toda emoción. Está completamente vacío de afecto.

Está privado de todos los signos vitales. De hecho, tiene el convencimiento de que está muerto y es imposible conseguir que salga de ese delirio. En ocasiones huele su propia carne descompuesta. Y, en otros momentos, se convence de que los gusanos se arrastran sobre su cuerpo putrefacto y se rasca sin cesar. Por esa razón debemos inmovilizarlo de vez en cuando.

Kate no podía esperar un minuto más para abandonar aquel lugar. Butterworth la estaba esperando en la sala de enfermeras.

-Bastante siniestro, ¿verdad?

Ella asintió, con evidente preocupación. Miraba por encima del hombro como si estuviese buscando a alguien.

-Disculpa -dijo-. Sólo será un minuto.

Se dirigió a donde se encontraba la auxiliar y la llevó aparte. Ambas hablaron

brevemente y la mujer frunció el ceño; luego Kate regresó y el grupo se volvió a reunir en el vestíbulo para marcharse.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Butterworth.

-Nada, en realidad -dijo Kate-. Me he dado cuenta de que ese hombre tenía una llaga que parecía haberse infectado. Se lo he dicho a la auxiliar y ella me ha asegurado que se encargaría de solucionarlo.

-No parecía muy feliz.

-No -dijo Kate, preocupada.

A lo largo del corredor, incluso a través de la pesada puerta que se cerraba herméticamente con un leve sonido succionador, Saramaggio podía oír el craneótomo. Agudo y penetrante, el aparato producía un característico sonido apagado en el material que cortaba con su broca rotatoria: el resistente hueso del cráneo humano. El sonido era inconfundible, incluso, aunque resultara extraño, para aquellas personas que jamás lo habían oído antes.

Saramaggio era tristemente famoso por hacer que le pasaran las llamadas de negocios al quirófano durante las operaciones. Una de las enfermeras sostenía el aparato junto a su oreja mientras él mantenía los brazos extendidos, enfundados en guantes estériles como si fuese un sonámbulo. Entretanto, a dos metros de distancia, el cirujano ayudante estaba abriendo una pequeña tapa de hueso en el cráneo, de pie junto al paciente, cuya cabeza estaba envuelta en vendas verdes estériles que cubrían el rostro como si fuese una tienda. Luego trasladaría el trozo cuadrado de piel desde el cráneo hasta el soporte. Posteriormente, su pie accionaría el pedal, elevaría el gran taladro negro, lo bajaría con sumo cuidado y ese sonido estridente atravesaría las paredes como si fuese un alarido. Tarde o temprano, la persona que se encontraba en el otro extremo de la línea -el representante de una tarjeta de crédito o un empleado de banco o un corredor de Bolsa- preguntaría: «Por cierto, ¿qué es eso que se oye de fondo?». «No quiera saberlo», respondía Saramaggio, realmente encantado.

A Leopoldo Saramaggio, Leo para sus amigos, le encantaba ser dramático. Le gustaba que hablaran de él, ser el ombligo del mundo, tener el control de todo. Desde el principio había sido bendecido con las facilidades que concede el privilegio. Hijo de una familia que poseía un rancho en Nebraska, que él llamaba Huna granja» para dar un matiz de «hombre que se ha hecho a sí mismo» al relato de su vida, había asistido a Yale, a la Facultad de Medicina de Harvard y al Johns Hopkins para hacer la residencia casi sin pestañear. Era un buen cirujano, muy bueno, y probablemente habría ascendido igual de rápido, aunque no hubiera estado en todos los buenos clubes, desde Skull & Bones hasta Knickerbocker. Ya de mediana edad, corría el peligro de convertirse en un cliché, el neurocirujano elegante que lleva una vida lujosa. Conducía un Ferrari negro, aunque sin matrícula personalizada, que consideraba vulgar. Tenía licencia de piloto y disponía de un avión para utilizarlo cuando le apeteciera, cortesía de un importante ejecutivo a quien había tratado un aneurisma. En Nueva York había muchos lugares que le abrían alegremente las puertas: restaurantes donde jamás le permitían pagar la cuenta, palcos preferentes en el Metropolitan Opera House, asientos a pie de pista para ver los partidos de los Knicks en el Madison...

Resultaba realmente asombroso cuántos hombres ricos y bien relacionados requerían tarde o temprano la intervención de un famoso neurocirujano en alguna urgencia médica. Leopoldo -«por favor, puede llamarme Leo», respondía al instante- aceptaba esos tributos como si se tratara de un derecho. No eran sobornos, sino muestras de estima. Era muy importante comprender la diferencia, porque lo que motivaba a Leo Saramaggio no era el dinero, aunque no carecía de él, sino la mirada en los ojos de una persona a quien le había salvado la vida. O la forma en que un marido o una esposa saltaban prácticamente de su asiento en la sala de espera para correr hacia él, ansiosos pero llenos de esperanza. No existía ninguna otra experiencia comparable a ésa; el propio Zeus no podría haber sentido un placer más profundo.

En el St. Catherine era un secreto a voces que Saramaggio tenía el poder. Si alguna vez

se producía una confrontación entre él y Calvin Brewster, el administrador del hospital, no cabía absolutamente ninguna duda acerca de quién saldría victorioso. Pero una confrontación era una situación altamente improbable dadas las circunstancias; Brewster jamás permitiría que eso sucediese, sin importar lo que hiciera Saramaggio. Y el jefe de neurocirugía podía ser un hombre exigente y arrogante. Sólo quería trabajar con el mejor equipamiento del mundo, olvidarse de los costes, contar con los mejores cirujanos a sus órdenes y que los salarios estuviesen en relación directa con el talento. No le importaba irrumpir intempestivamente en el despacho de Brewster para quejarse porque en el lavabo de los residentes el dispensador de papel higiénico estaba vacío.

En la vida de Saramaggio había una única nube negra. Por el momento se encontraba en el horizonte lejano y no era mayor que la mano de un hombre, pero él sabía muy bien que su tamaño aumentaría. Había cumplido los cincuenta y cinco hacía dos semanas, y aunque estaba en buena forma física y jugaba al tenis (dos veces por semana con un espíritu competitivo realmente salvaje), comenzaba a sentir el peso de la edad. No tanto física como psicológicamente. Adquiría la forma de una silenciosa desesperación, como si alguien le estuviese pisando los talones. Sí, era un cirujano consumado y famoso, pero lo que él necesitaba, lo que anhelaba, era algo por lo que la gente siempre lo recordase: un acto de grandeza médica. Y estaba trabajando en pos de ese objetivo con cada fibra de su ser. Tenía la idea, y con la ayuda de Cleaver, tenía el equipo. Ahora lo único que necesitaba era tiempo para investigar y realizar experimentos y luego, un día, el paciente apropiado.

Zeus nació inmortal; el resto de nosotros tenemos que trabajar en ello.

-En muy poco tiempo se pondrá al corriente de todo -dijo Saramaggio, hablando por encima del hombro. Hablaba con la nueva cirujana residente, Kate Willet, mientras le mostraba las instalaciones.

Entraron en su despacho, las paredes cubiertas con diplomas, medallas, premios y fotografías en compañía de personajes famosos.

Él, por supuesto, lo sabía todo acerca de ella. Su currículum, de varios centímetros de grosor y lleno de excelentes informes, había permanecido en una esquina de su escritorio durante semanas, y la había entrevistado personalmente tras lograr el premio al residente del año en el hospital Moffitt de San Francisco. Pero, esa mañana, cuando ella se presentó para empezar su trabajo, él se había mostrado inusualmente reservado y frío, casi como si nunca se hubieran conocido. Tal vez actuaba de ese modo porque ella era joven y atractiva. El hecho de tenerla a su alrededor sería muy agradable, pero también perturbador.

Saramaggio tenía una gran reputación de seductor. Estaba casado con una sufrida mujer llamada Joy, y su centenaria mansión estilo colonial, situada en Round Hill Road, en la zona residencial de Greenwich, Connecticut, era el hogar que ambos compartían con sus tres hijos. No obstante, nadie podía esperar que alguien de su nivel y su temperamento creativo fuese esclavo de la monogamia. Se acostaba con muchas de las enfermeras y de las internas, pero raramente mantenía largos romances con alguna mujer. Tan pronto como vio a Kate, cuando entró en su despacho para mantener aquella primera entrevista, supo que la contrataría y que, tarde o temprano, tendría que hacerle una proposición amorosa. Pero, en verdad, ahora no se sentía con ánimo para ello empezaba a preguntarse si los asuntos del corazón, con toda la expectación y la emoción añadidas, no acababan por hundirle a uno. Comenzaba a pensar que las mujeres se llevaban más de lo que dejaban.

-Hoy, naturalmente, puede limitarse a observar. Me gusta que mi equipo se vaya acostumbrando a mi ritmo. Si tiene alguna pregunta, dispare... siempre, claro está, que elija el momento oportuno.

Ella asintió.

-Dejaré que elija la música que acompañará a la operación de hoy -dijo, alzando una mano con la palma hacia arriba-. Siempre que no se le ocurra escoger uno de esos mantras californianos. Me vuelven loco.

«¿Qué me dice de un rap?», pensó ella subversivamente. En cambio, se limitó a preguntar:

- ¿De qué operación se trata? -Una lobotomía. - ¿Epilepsia?

-Sí. - ¿Grave? -Bueno, vamos a operarle, ¿no?

Ella se sonrojó intensamente. La pregunta le había sonado estúpida en el mismo instante en que las palabras salían de su boca. Pero la había hecho sólo para mantener la conversación; quería impresionarlo y demostrarle que no se había equivocado al contratarla. Ahora se sentía ridículamente torpe. Él ya no era el hombre encantador que la había entrevistado.

Saramaggio se disculpó -tenía que hacer una llamada y ella abandonó su despacho. Esperar en el corredor sin nada que hacer no hizo más que aumentar su sensación de incomodidad. Fingió estudiar un gran plano de Manhattan y parte de Queens que estaba clavado en un tablón de anuncios. Estaba cubierto de chinchetas rojas y blancas. Advirtió que las chinchetas estaban agrupadas alrededor de los barrios de viviendas protegidas de East Harlem. - ¿Buscas apartamento?

La voz la sobresaltó y, cuando se dio la vuelta, vio a un hombre joven, de hombros anchos, vestido con una bata verde. Su piel era cetrina; era indio o pakistaní, y a través de la zona abierta de la bata se veía una mata de pelo negro; como un pequeño jardín de arbustos en un parque, se descubrió pensando.

-No... yo... -Sintió que sus mejillas volvían a encenderse-. Sólo me preguntaba...

-Es un plano de nuestros casos urgentes. La información se obtiene de la sala de urgencias. Las chinchetas rojas corresponden a trauma agudo, y las blancas a trauma contuso.

-Entiendo.

-Sólo Dios sabe por qué lo conservamos. Supongo que algún día servirá para obtener un doctorado en salud pública.

-Y te dice qué vecindarios debes evitar. -Sí. Eso podría ser.

Él sonrió y le tendió la mano con una calidez que parecía auténtica. Tenía un acento apenas perceptible. -Singh. Gulchaman Singh. Puedes llamarme Gully. -Yo soy Kate Willet.

-Lo sé. Aquí las noticias vuelan. Bienvenida a nuestro equipo. Hoy estoy de ayudante.

Finalmente una cara amistosa, pensó ella.

Gully la acompañó a un gran tablero dividido por quirófanos; había previstas una docena de operaciones: la hora, el paciente, el procedimiento, el cirujano, el anestesista, la enfermera instrumentista y la enfermera circulante. Encontraron el quirófano que le correspondía al doctor Saramaggio. Sala 7.

-Podríamos ir a hacer una visita -dijo Gully-. A Saramaggio le gusta entrar en el último momento, justo cuando el paciente está abierto y se necesita su toque experto. A veces ya se ha marchado antes de que te hayas enterado. Kate aguzó el oído para detectar un tono de crítica en sus palabras, pero no lo había.

Ambos se vistieron y entraron en el quirófano. La enfermera instrumentista ya estaba allí y había extendido el instrumental sobre la mesa de Gerhardt, encima de la mesa de operaciones. La mujer bajó de la plataforma para ayudar a Singh con sus guantes estériles e hizo lo propio con otro hombre. Llegó el anestesista y comprobó la disposición de los aparatos que mantenían un registro de los signos vitales. Por último, el paciente, una mujer de rasgos hispanos que rondaba la treintena, llegó en una camilla. Había sido sedada con Valium, pero el miedo era evidente en sus ojos al ser transferida a la mesa de operaciones bajo la potente luz de las lámparas. Se le aplicó un goteo intravenoso para completar la sedación con una infusión de propofol, o «leche de amnesia», como lo llamaban los residentes. Se la sometió a ventilación asistida y quedó sujeta con una correa mientras un hombro quedaba levantado con la ayuda de un cojín.

La música, elegida por otra persona, era Las cuatro estaciones de Vivaldi.

Los cirujanos ayudantes trabajaban deprisa. Esterilizaron la cabeza rasurada de la mujer con yodo, tiñendo la piel de un brillante color naranja y luego colocaron los paños verdes estériles a través de una barra retenedora que le rodeaba la frente; el rostro desapareció dentro

de una tienda de tres lados, abierta para que el anestesista pudiese trabajar. Procedieron a cortar a través de la piel. El olor a quemado se extendió por la sala cuando cauterizaron el músculo frontal y lo separaron del cráneo. Luego utilizaron el taladro chirriante para cortar un trozo regular de cráneo, que fue extraído y entregado a la enfermera, quien lo depositó sobre las almohadillas estériles que tenía sobre la mesa. Ampliaron la ventana ósea separando los bordes con pinzas afiladas y luego cortaron a través de la duramadre, con lo que dejaron expuesto el cerebro, una masa de protuberancias azules y rojas y vasos sanguíneos, ligeramente palpitantes. El monitor mostraba tres líneas: latidos cardíacos, ritmo respiratorio y temperatura. Uno de los cirujanos cortaba profundamente mientras el otro succionaba la sangre y limpiaba los vasos de vez en cuando con una solución salina.

Kate permanecía a un lado. Muy pronto se le unieron otros dos observadores, un chico y una mujer joven, que lo miraban todo con los ojos muy abiertos y hablaban en voz baja, como si estuviesen en la iglesia. Ella supuso que se trataba de invitados del doctor Saramaggio, y tomó su presencia en la sala de operaciones como otro signo de su habilidad para actuar sin hacer caso de las reglas.

Dos horas más tarde, los cirujanos comenzaron a explorar una porción de la corteza cerebral. El anestesista hizo que la paciente recuperara la conciencia, y Gully colocó una corona esterilizada con dieciséis electrodos suspendidos en el cráneo a través de finos alambres revestidos. Insertó uno de los electrodos en la amígdala cerebelosa y otro en el hipocampo, y el otro ayudante le pidió a la paciente que contara. Una voz vacilante salió del interior de la tienda. La mujer llegó a doce y luego permaneció en silencio durante varios segundos antes de continuar hasta veinte. El cirujano le mostró la imagen de una granja y le pidió que nombrase a los animales uno por uno. La mujer abrió la boca varias veces, pero de ella no salió ningún sonido; los cirujanos detuvieron la pequeña prueba y tomaron nota.

-Esto es para preservar el centro del lenguaje -explicó Gully a los asombrados visitantes-. Esta mujer es epiléptica, de modo que eliminaremos la parte de su cerebro que provoca los ataques. Si el electrodo estimula ese punto y ella no puede hablar, sabemos que debemos salvarlo. Saramaggio entró en el quirófano como una exhalación, con una gruesa lente microscópica en un ojo, lo que le confería un aspecto llamativo. Saludó a los visitantes con una leve inclinación de la cabeza, lo ayudaron a enfundarse la bata quirúrgica y echó un vistazo al cerebro de la paciente. Luego se irguió y examinó las placas de resonancia magnética sujetas a un tablero electrónico.

-El área donde la paciente sufre los ataques es muy interesante en este caso -anunció, dirigiéndose a sus jóvenes invitados-. Padece lo que denominamos «ataques de ausencia», lo que significa una suspensión total de la conciencia. Hace dos semanas sufrió uno de esos ataques en mi despacho. Estaba sentada delante de mí y, de pronto, se quedó sin expresión, su rostro era una máscara, sin el más mínimo rastro de emoción. Luego se levantó, abrió la puerta, salió al corredor y se sentó en la sala de espera. Todo ello sin tener la más remota idea de lo que estaba haciendo; sin ser en absoluto consciente de su comportamiento. Cuando despertó, varios minutos más tarde, no recordaba nada de lo sucedido.

-Tío Leo -dijo el chico-. Está despierta. ¿Cómo puede soportar el dolor?

-No siente dolor alguno. En el cerebro no hay terminaciones nerviosas. Eso tiene sentido, del modo en que las cosas que suceden en el cuerpo habitualmente lo tienen: los nervios existen para avisar al cerebro de la existencia de un peligro en otra parte. No hay ninguna razón para que lleguen hasta aquí; si algo llega tan lejos, se acabó la fiesta.

-Pero ¿quedará bien sin esa parte de cerebro que le han quitado?

-No puedo prometer que no muestre alguna diferencia. Pero tratamos de reducirla al máximo. Para eso sirve la exploración previa. Tratamos, sobre todo, de conservar el lenguaje. En este caso específico, la paciente es latina y su lengua madre es el español. Hemos decidido preservar el inglés, que es su segunda lengua. Está localizado en un área diferente, en la parte posterior de la corteza cerebral.

- ¿Por qué el inglés y no el español?

-Necesita el inglés para su trabajo -contestó Saramaggio-. Naturalmente, lo consultamos con ella antes de operarla.

- ¿A qué se dedica? -preguntó la mujer joven. Saramaggio miró a Gully, quien se encargó de contestar a la pregunta.

-Es programadora informática en White Plains. -Pero ¿será diferente a partir de ahora? ¿Será capaz de funcionar como antes?

-Nunca se sabe -contestó Saramaggio-. He visto cosas realmente asombrosas. He visto a pacientes que habían perdido la mitad del lóbulo temporal y, si te sientas junto a ellos en una cena, no te darías cuenta de nada. Otros... apenas un trozo diminuto y cambian para siempre.

A Kate la desconcertó el hecho de que hablase de ese modo en el preciso momento en que estaba utilizando un Penfíeld del n.° 4 para tantear el tejido cerebral blando, con su consistencia de batido de leche. Estaba buscando un camino para entrar más profundamente en el área afectada. Kate podía comprobar la destreza de sus manos; se movían lentamente, pero de forma continua y eficaz.

-Solíamos hacer muchas de estas operaciones, abriendo el cerebro. Cuando la epilepsia es tan grave y se halla tan extendida, hay que separar ambos hemisferios, lo que se hace separando el cuerpo calloso, el haz de fibras nerviosas que las conecta. El cerebro izquierdo, como saben, se especializa en el lenguaje, y el derecho, en ciertas tareas preceptúales, pero no siempre es tan estricto. En ocasiones, y esto es realmente extraño; los dos hemisferios luchan. Tuve una paciente cuyos brazos se golpeaban entre sí.

-No bromees -dijo la chica, súbitamente interesada-. ¿Qué le pasó?

-Afortunadamente para ella, la situación no se prolongó durante mucho tiempo. La mano derecha ganó. Habitualmente, el cerebro resuelve la situación y una de las partes implicadas se vuelve dominante. Pero, en ocasiones, siguen luchando de forma apenas perceptible, como una mano que siempre abrirá el grifo para que, a continuación, la otra lo cierre. Esa clase de cosas. Como dos personas tirando de los extremos de una cuerda.

Le dijo algo a Gully y señaló el cerebro con la otra mano. Luego retrocedió y observó mientras Gully cortaba pequeñas láminas, que luego eran colocadas en una bandeja esterilizada y entregadas a la enfermera.

-Como pueden ver, no se trata de una elegante pieza de ingeniería -continuó-. Es de construcción barata: miles de millones de neuronas unidas de forma casual y billones de conexiones sinápticas tratando de salir del paso a duras penas. Los caminos se encienden unas veces y fallan otras; se producen defectos eléctricos, pequeños ataques. Unas partes se derraman sobre otras. Unas áreas se saturan de humedad o sufren un cortocircuito y dejan de funcionar, y otras continúan funcionando. A veces lo hacen bastante bien y otras no, se sobrecargan y estallan. Y entonces, de pronto, empiezas a oír voces que salen de los radiadores de la calefacción, y antes de que puedas darte cuenta, los radiadores te están diciendo que hagas algo; tienes la misión de llevar a cabo una tarea heroica, como asesinar al presidente.

Kate estaba impresionada por su elocuencia y decidió disculparlo por la brusquedad que había mostrado en su despacho.

En el quirófano reinaba el silencio, excepto por el sonido regular de los monitores, hasta que Gully dijo: -Doctor Saramaggio, estamos listos.

El cirujano se colocó en posición, se ajustó las gafas y comenzó a recibir el instrumental. Ahora sus manos se movían muy deprisa, pero dando la misma sensación de certeza.

En un momento dado, la sonda se hundió profundamente y la mujer reaccionó aspirando con rapidez una bocanada de aire. Luego lanzó un breve sollozo.

-No quiero seguir con esto -exclamó abruptamente. La voz, que salía de debajo de la tienda, sobresaltó a todo el mundo.

Saramaggio movió ligeramente la mano y la mujer se calló al instante.

-Esa reacción -dijo con calma-, la he provocado yo. ¿Han visto lo que puede conseguir una pequeña estimulación? He tocado la amígdala cerebelosa; es la puerta de entrada a las emociones. Luchar o huir. Todos los sentidos: vista, gusto, tacto, oído, alimentan el sistema límbico. Pero el olfato es el más poderoso de todos ellos, el sentido que activa la agresión, la sexualidad y la defensa territorial. Y el olfato se encuentra conectado firmemente con la amígdala cerebelosa. -Hizo una pausa, luego señaló una fina manguera de plástico-. Señorita Willet, ¿le importaría?

Kate limpió el cerebro con la solución salina. Estaba tan concentrada en su trabajo que no prestó atención a la nueva figura que había aparecido en el quirófano, vestido con una bata verde y con mascarilla. Sólo cuando el recién llegado se colocó justo delante de ella y pudo mirarlo a los ojos que asomaban por encima de la mascarilla descubrió quién era: Cleaver.

Había traído una serie de máquinas que ella nunca había visto antes. ¿Qué estaba haciendo?

Saramaggio se apartó, se sentó y se quitó la mascarilla, que quedó colgando debajo de la barbilla como una pequeña hamaca. Luego hizo un gesto para que sus invitados abandonaran la sala de operaciones.

Cleaver colocó otra corona, ésta provista de veinticuatro electrodos, y comenzó a instalarlos metódicamente en puntos clave del cerebro de la paciente.

- ¿Qué está pasando? -preguntó Kate.

-Sólo un pequeño desvío -dijo Saramaggio desde su silla-. Experimentación rutinaria.

Ella observó, escéptica, mientras Cleaver terminaba de conectar los electrodos y volvía a sus máquinas, ajustando botones y leyendo los cuadrantes. La pantalla de un ordenador lanzó un destello. El segundo cirujano ayudante le administró una inyección a la paciente.

- ¿Qué es eso? -preguntó Kate.

Cleaver permaneció en silencio, de modo que Saramaggio contestó por él.

Dos-deoxiglucosa. Es como la glucosa, pero no puede ser descompuesta por la actividad metabólica.

Kate pensó un momento, luego reunió las distintas piezas de información.

-Y puesto que las células consumen glucosa para disponer de energía, la absorben. Cuanta más actividad desarrolla la célula, más glucosa incorpora. Y si no puede ser descompuesta, se acumulará. Y, de ese modo, se puede hacer una lectura.

-Exactamente -dijo Saramaggio con una pizca de admiración en la voz-. Autorradiografia avanzada. Es usted muy rápida.

-Pero sólo se aplica en animales, y hay que matarlos para hacer esa lectura.

-No, disponemos de un sensor para ello.

-Pero ¿para qué quiere esos datos?

-Para esto -interrumpió Cleaver, sosteniendo un fino estimulador.

Introdujo profundamente el estimulador debajo de la corteza cerebral. Luego otro y otro, hasta haber colocado siete en su sitio. Comprobó las máquinas y le hizo una seña al segundo cirujano ayudante, quien le administró a la paciente otra inyección. La pantalla del ordenador cobró vida con una cascada de latidos. Cleaver y Saramaggio miraron la pantalla sin pestañear, fascinados. Transcurrieron dos minutos. -Suficiente -dijo Saramaggio. -Un minuto más. Saramaggio suspiró.

Pasó un minuto y Cleaver le hizo una señal a la enfermera, que alzó los reanimadores cardíacos, los apoyó sobre el pecho de la mujer y gritó: « ¡Despejado!». Al recibir la descarga eléctrica, el cuerpo de la paciente se sacudió violentamente. La pantalla se normalizó.

-Perfecto -declaró Cleaver, y comenzó a quitar los estimuladores.

-Así es -dijo Saramaggio. Se levantó, examinó el cráneo abierto, luego se volvió hacia Kate y dijo-: Ya puede cerrarla.

Cinco minutos más tarde, los dos hombres abandonaron la sala de operaciones.

Kate ocupó su puesto y trabajó deprisa para taponar la herida, cerrándola lentamente

con una costura. Gully la ayudó.

-Muy bien -dijo ella-. Quiero que me expliques qué ha sucedido aquí exactamente.

Gully sonrió con cierta vacilación.

-Tal como ha dicho... experimentación. Ambos lo hacen a menudo en casos como éste, en los que las sondas se hunden profundamente y el cerebro inferior está expuesto.

-Pero ¿cuál es el objeto del experimento? -Oh, eso... pensé que lo sabías. Es importante.

- ¿Qué es importante?

-Esa inyección, la segunda, hace que el corazón se detenga durante un breve espacio de tiempo. Y el ordenador, el que estaba conectado directamente al sistema límbico de la paciente, se hizo cargo de sus funciones. Enviaba las señales que hacían que respirara y que su corazón continuara latiendo. Cuando apagaron el ordenador y aplicaron la reanimación eléctrica fue para poner en funcionamiento nuevamente su propio sistema.

- ¡Jamás había oído nada semejante!

-Sí, es realmente asombroso. Lo han hecho una docena de veces. Pero aún no lo han publicado.

Gully notó que ella parecía preocupada.

-Todo es legal -explicó-. Los pacientes firman un documento autorizando el procedimiento.

-Pero ¿y si sucede algo... el riesgo, si algo va mal? Gully sonrió.

-Pero no es así. Nunca ha sucedido, ni una sola vez. - ¿Y por qué lo hacen? ¿Cuál es su objetivo?

-Es el sueño del doctor Saramaggio. Algún día llevará a cabo una operación tan complicada que necesitará ayuda para mantener al paciente con vida mientras trabaja. -Gully sonrió-. Y eso es lo que harán los ordenadores.

.Mucho después de haber abandonado la sala de operaciones, Kate reflexionó acerca de lo que Gully le había dicho. ¿Qué clase de operación tenía Saramaggio en mente?

Aquél estaba siendo un gran día para Tyler, la clase de día con la que acostumbraba a soñar durante aquellas espantosas tardes de invierno en el colegio en Nueva York. Estaban a principios dé julio, lo que significaba que tenía casi todo el verano por delante, una perspectiva que insuflaba una maravillosa sensación de bienestar a su cuerpo de trece años. No era que odiase el colegio, y además era consciente de lo duro que trabajaba su padre para poder enviarlo al Horace Mann; sólo era que sentía pavor a levantarse prácticamente al alba para coger el metro hasta el Bronx y que se sentía encerrado en el aula. A veces, las piernas le dolían debajo del pupitre y tenía la fantasía de que se escapaba por la ventana y corría a toda velocidad por el campo, con el viento agitándole el pelo, o se acostaba en la tierra y observaba cómo una hormiga transportaba una brizna de hierba. Y ahora podía hacerlo de verdad.

Estaba con Johnny, quien seguía siendo su mejor amigo desde los primeros años en Connecticut, antes de que su padre hubiese vendido la casa para trasladarse a un loft en Manhattan. Los padres de Johnny también se habían mudado a la ciudad; a ambos les encantaba salir de excursión y a menudo llevaban a Tyler consigo. Ahora estaban disfrutando de un fin de semana perfecto en las Catskill.

De algún modo, Tyler sabía que sentían pena por él porque era huérfano de madre. «Huérfano de madre.» ¡Cómo odiaba esa expresión! Hacía que se sintiera como si tuviese alguna clase de enfermedad. Había llegado a percibir una mirada especial que la gente le dirigía, especialmente las mujeres, cuando pensaban que estaba ocupado en otra cosa y no las veía. Una mirada triste y melancólica, con una humedad en los ojos que los volvía brillantes. A él no le gustaba nada esa mirada, y la madre de Johnny era una verdadera especialista. En más de una ocasión, Johnny y él habían hablado acerca de cómo ella parecía protegerlo como si fuese su propia madre.

Se hospedaban en el hotel Balfour, una maravillosa construcción destartalada hecha de piedra y madera que se alzaba en el borde de un lago glacial de aguas transparentes, en la

cima de una montaña. El hotel no había sido edificado según un plan previo, sino que se había ido ampliando con el paso de los años, añadiendo nuevas alas sin orden ni concierto, del modo en que lo hubiese construido un niño. En él había docenas de pasadizos ocultos, compartimentos secretos y montacargas donde esconderse. Fuera había una zona para nadar en el lago, delimitada con cuerdas, con una pequeña playa de arena gris, un minigolf en un prado perfectamente cuidado, un jardín con un laberinto de setos e innumerables senderos que serpenteaban hasta una torre de piedra que coronaba la cima de la montaña. Desde allí se podía mirar a varios kilómetros a la redonda en cualquier dirección, sobre un manto de bosques de pinos.

Tyler y Johnny habían estado jugando desde el momento en que se habían despertado: luchando en la playa, hundiéndose mutuamente en el agua fría y rodando por la ladera de la colina como si fuesen troncos, riendo a carcajadas. Para que no estuviesen estorbando en el hotel, la madre de Johnny había pedido unos bocadillos para el almuerzo, los había metido en una mochila junto con unas latas de Coca-Cola y había enviado a los chicos de excursión.

Llegaron al sendero que todos llamaban «La lágrima», un camino que finalmente llevaba a la cima atravesando unas enormes piedras. Donde comenzaba el sendero había un cartel que advertía de que aquélla era una ruta peligrosa, pero también incluía la tentación de la aventura con nombres tales como «El abrazo del hombre flaco», «La tortilla» y «No mires hacia abajo del puente». Ambos se miraron.

-Mi padre dijo que no debíamos ir por aquí -advirtió Johnny.

-El mío diría lo mismo si estuviese aquí. No puede soportar que corra ningún riesgo.

- ¿Tú qué opinas?

-No lo sé. Parece muy bueno. -Tal vez deberíamos echarlo a sacando una moneda del bolsillo.

-Cara, subimos; cruz, buscamos otro camino para llegar a la cima.

La moneda se elevó reflejando la luz del sol y giró varias veces en el aire antes de caer en el sendero polvoriento. Los dos se agacharon para ver el resultado. Cruz. Decidieron subir por allí de todos modos.

Suertes -dijo Johnny,

A mitad de camino se detuvieron para descansar. La ascensión era como se advertía al comienzo del camino, incluso más difícil. Tyler había iniciado la marcha, ascendiendo por piedras de dos metros de ancho, deslizándose por grietas y cuevas donde tenía que arrastrarse sobre el estómago, y cruzando barrancos estrechos con laderas cubiertas de árboles. Justo cuando veía un obstáculo que lo convencía de que debería haberse desviado del sendero, descubría una flecha roja pintada en una roca que indicaba el camino correcto.

Fue una experiencia emocionante. Cuando conseguía atravesar un pasaje especialmente difícil, como cuando se deslizó entre dos enormes piedras y luego salvó una grieta que se extendía a lo largo de una treintena de metros, Tyler se volvía para gritarle a su amigo: «¡No te lo vas a creer!». En ocasiones, el eco devolvía sus palabras.

Y, unos pocos minutos más tarde, Johnny llegaba a ese lugar y Tyler lo oía gritar de alegría desde las rocas que él acababa de dejar atrás: « ¡Tienes razón! No me lo creo». Y entonces eran sus palabras las que devolvía el eco.

Tyler se sentó en una piedra y apoyó ambos pies en otra que estaba delante. Se recostó y extendió los brazos frente a la cara para mirar el ardiente sol. El sudor lo inundó. Johnny se sentó a su lado, se quitó la mochila y buscó una botella con agua. Le dio unos cuantos tragos y se la pasó a Tyler, quien bebió un poco y luego vertió un pequeño chorro en la mano para refrescarse la frente. Un hilo de agua se deslizó por su camiseta y le refrescó el pecho.

-Esto es genial -dijo Johnny.

Tyler pensó en cómo su padre se preocupaba siempre por él y no le permitía hacer cosas que entrañasen el más mínimo riesgo. Y ésas eran, precisamente, las cosas que resultaban más divertidas. Hacía apenas dos semanas habían tenido una fuerte discusión a causa de la

ascensión a través de las rocas; un día su padre le había prometido que le permitiría intentarlo, y ahora cambiaba de idea. Eso no era justo.

«Sin embargo -se dijo a sí mismo-, no hay nada peligroso en esto.» Miró las rocas que se extendían debajo de ellos, volviéndose cada vez más pequeñas a medida que se alejaban hasta desaparecer bajo las copas de los árboles. Podía ver el hotel, que parecía súbitamente pequeño y extrañamente artificial desde esa altura, como si se tratase de una fotografía; la diferencia era que podía ver cosas que se movían en el lago, donde había botes en miniatura y figuras incluso más pequeñas inclinadas, remando. De pronto recordó algo: las pequeñas casas con las que solía jugar debajo de los arbustos en el jardín trasero de su casa.

-Es más que genial -dijo sosegadamente-. Es perfecto. Había algo en el tono de su voz que hizo que Johnny se volviese hacia él.

-Suenas raro. Tyler sonrió.

Si Johnny supiera lo que él pensaba a veces, si pudiera meterse dentro de su cabeza y ver los pensamientos que albergaba allí, no pensamientos exactamente, sino sensaciones, a veces aterradoras, pero reconfortantes en otras ocasiones, entonces sí podría decir que era raro. Las sensaciones eran imposibles de describir. Aparecían en los momentos más extraños, habitualmente por la noche, cuando observaba el cielo salpicado de estrellas. A veces se apoderaban de él; parecían oprimirle el pecho, no sabía cómo describirlas excepto para decir que sentía como si el tiempo se descompusiera en pequeñas piezas, abriendo el camino para algo grande y eterno, y luego algo en su interior se elevaba y salía al exterior y se encontraba flotando mágicamente, de modo que era parte de todo y todo era parte de él. Ésa era la única forma de describir lo que sentía. La sensación no duraba mucho, apenas unos cuantos segundos, pero su efecto perduraba durante horas.

No lo sentía en ese momento, pero casi. Sabía que estaba cerca y eso era reconfortante; porque había pasado mucho tiempo desde que lo había experimentado, y comenzaba a temer que estuviese haciéndose mayor, que estuviese perdiendo el don.

Las cigarras habían iniciado un concierto que se elevaba desde los árboles que cubrían las laderas. - ¿Quieres comer ahora o prefieres que sigamos? -preguntó Johnny.

Tyler volvió los ojos hacia el risco casi perpendicular que desaparecía de la vista decenas de metros más abajo. El sendero parecía introducirse de alguna manera dentro de la piedra. Tal vez hubiese una chimenea por la que se vieran obligados a subir. Eso sería muy divertido. -Vamos -dijo-. Podemos comer cuando hayamos llegado a la cima.

Se levantaron y Tyler sintió dolor en los muslos y las pantorrillas. El sudor se había enfriado en la camiseta y lo sentía contra la espalda. Nuevamente encabezó la marcha, y había avanzado sólo unos cuantos metros cuando divisó otra flecha roja pintada en la superficie granulada de una piedra. Iban en la dirección correcta: la flecha apuntaba directamente hacia un barranco que dividía el risco y se dirigía hacia la cima. Vio que en su interior estaba oscuro y eso lo volvía aún más tentador, como la cueva de Aladino.

Se deslizó entre las dos paredes verticales de piedra y alzó la vista. Las paredes se retorcían, se ensanchaban y se inclinaban de tal manera que no alcanzaba a ver la luz del sol. Caminó a lo largo de la base y, al atravesar un charco fangoso, sintió el agua que le goteaba sobre la cabeza y los hombros. Después de recorrer unos diez metros llegó a un reborde donde los salientes de piedra formaban una escalinata natural, que comenzó a subir hasta que, en la penumbra, encontró una angosta escalera. La madera gastada era fría al tacto. Subió lentamente y sintió que giraba gradualmente hacia la izquierda, a medida que los peldaños se estrechaban y pasaban por debajo de una enorme roca que estaba encajada entre las dos gigantescas placas de piedra. Llegó a otro reborde y lo recorrió de lado hasta llegar a otra escalera. Podía oír a Johnny debajo de él, respirando agitadamente. Dejó caer una piedra pequeña.

-Eh, ten cuidado.

-Tienes suerte de que sea lo único que te he lanzado. -Sabía que debería haber ido yo el primero. - ¿Alguna vez has visto algo igual?

-Nunca. Es impresionante... increíble.

Delante había otras dos escaleras y Tyler subió por ellas. En un punto determinado, las rocas se acercaban tanto que podía sentir su superficie áspera y dura delante y detrás. «Éste debe de ser El abrazo del hombre flaco», pensó.

No sentía claustrofobia. Al contrario, se sentía seguro y cómodo en esa húmeda oscuridad.

Entonces, finalmente, divisó un rayo de luz. Cinco peldaños más y, de pronto, se encontró fuera del barranco, parpadeando ante la luz intensa y alzando la cabeza para recibir la brisa fresca. Antes de que se diese cuenta, Johnny estaba a su lado, jadeando ligeramente.

Se encontraban en una enorme cúpula de piedra y, por tres de sus lados, el paisaje se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Había valles cubiertos de árboles, granjas con casas blancas, diminutos graneros rojos, pequeñas cintas de asfalto que serpenteaban bajo el sol y estanques y lagos de color morado. Hacia el norte podían ver un grupo de edificios que brillaban al sol, un pueblo, y más allá un río flanqueado de árboles. A lo lejos, por los tres lados, había montañas que se alzaban inmóviles formando morones verdes y se alejaban en oleadas que se volvían cada vez más difusas hasta acabar perdiéndose por completo en el horizonte brumoso. Arriba, destacándose contra el cielo azul claro, las nubes blancas se elevaban como torres abultadas y luminosas. Cambiaban de forma a cámara lenta y proyectaban sus sombras sobre la tierra como grandes charcos oscuros.

La roca sobre la que se encontraban se proyectaba hacia abajo por los cuatro costados, de modo que no podían ver el borde. Estar en la cresta de esa enorme piedra era como encontrarse encima de una criatura gigantesca, la frente de una ballena quizá, y hacía que ambos se sintieran mareados. El sol se hallaba ahora en su punto más alto y descargaba sus rayos sin piedad. Se oía un coro de cigarras que llegaba desde la maleza que había al pie de la montaña.

Encontraron una pequeña hendidura en la roca, donde pudieron sentarse con las piernas colgando en el vacío. Johnny se quitó la mochila y la dejó a su lado. Acto seguido comenzó a abrirla para sacar el almuerzo.

Tyler se levantó y comenzó a descender por la pendiente de la roca. Era peligroso, porque la piedra continuaba curvándose hacia la nada. Si tropezaba, comenzaría a rodar sobre la dura superficie hasta chocar con el aire y después caería como una piedra al vacío.

-Eh, ten cuidado -gritó Johnny-. Vuelve aquí.

Tyler se detuvo un momento donde se encontraba, lo suficiente para salvar las apariencias, luego dio media vuelta y regresó.

Miró hacia delante. Johnny había sacado un bocadillo y se lo estaba comiendo, sosteniéndolo con el papel de aluminio. Detrás de él, la montaña se elevaba aún otros treinta o cuarenta metros. Hacia el lado derecho, Tyler vio el comienzo de un sendero, semioculto por la hierba silvestre. Ascendía una pequeña loma y desaparecía; parecía una caminata fácil hasta la cima. Pero al lado izquierdo había un saliente rocoso de unos dos metros de ancho en la base de la cara de la roca. Parecía un milagro de la naturaleza, estaba perfectamente tallado, como un balcón instalado en la montaña para disfrutar de la vista del valle que se extendía debajo.

Se sintió arrastrado hacia ese lugar.

Sus ojos se fijaron en la pared de piedra que había encima del saliente. Se prolongaba, vertical y sólida, a lo largo de unos cuatro metros, y luego se proyectaba en, una especie de voladizo estrecho. Divisó una pincelada de color. Miró más detenidamente. Era uno de esos chismes que los escaladores fijan en las rocas. Aún retenía unos trozos pequeños de cuerda amarillos y azules que se agitaban con la brisa, y un polvillo blanco -resina, pensó- manchaba el borde de una grieta próxima. Servía para conseguir tracción, le había dicho alguien, para poder aferrarse a la pared de piedra con las yemas de los dedos o apoyarse con las puntas de sus zapatos especiales para la escalada.

Sintió la intensa alegría de saber que un día, pronto, quizá ese mismo año, se uniría a

ellos.

Alzó la vista aún más. Un movimiento fugaz captó su atención. Un escalador, extendido sobre la pared de piedra. Luego otro, más arriba. Y otro más. Una vez que los había visto, ya no podía perderlos. Estaban separados de la roca, pero al mismo tiempo parecían pertenecer a ella, moviéndose apenas, luego flotando en el aire como unas criaturas magníficas, como dioses. Las tres figuras se movían lentamente, con sumo cuidado, como arañas que colgaran de los hilos de la tela, con el equipo sujeto a sus cinturones. Tejían su tela con perseverancia y paciencia, de grieta a saliente, y luego de nuevo a grieta. El sol emergió súbitamente de detrás de una nube y arrancó reflejos tan intensos de la pared de piedra que resultaba difícil distinguirlos. Los tres escaladores parecían suspendidos a cámara lenta, en un absoluto silencio.

Tyler se acercó a la cara rocosa que había junto al saliente y se inclinó contra él, sintiendo la dureza de la superficie áspera bajo sus dedos. Se inclinó un poco más y comenzó a desplazarse de lado, como si fuese un cangrejo, hacia el borde.

-Eh, ¿qué haces? -gritó Johnny. Tyler lo ignoró.

Ahora se movía más deprisa, sin pensar. Y antes de que pudiese darse cuenta estaba en el reborde rocoso. Volvió la cabeza lentamente y la vista lo dejó sin aliento: una inmensa alfombra verde que se extendía abarcando campos, bosques y montañas. Ya no escuchaba el coro de cigarras; en cambio, oía el viento que silbaba a sus pies. Sentía el sol directamente sobre él, como un foco. Los escaladores estaban muy por encima de él en la pared de piedra.

Tyler se agachó lentamente y se volvió hacia el norte antes de incorporarse. Ahora podía verlo todo; se extendía ante sus ojos como si alguien lo hubiera arrojado a sus pies. Tenía los brazos detrás del cuerpo, tocando la piedra. Por el rabillo del ojo alcanzaba a ver a Johnny, que ahora estaba de pie, observándolo desde arriba.

Dejó caer los brazos a los lados. Luego adelantó un pie. Estaba en mitad del estrecho reborde. Inclinando ligeramente la cabeza podía ver el precipicio más allá del borde. No sentía miedo, estaba perfectamente equilibrado y firme.

Entonces oyó algo, un sonido agudo junto a su pie. Luego otro. El suelo se movió ligeramente y tardó unos segundos en comprender de qué se trataba: guijarros, piedras, que caían desde más arriba.

Hubo un grito, una especie de alarido. Estaba desconcertado. Las cosas se sucedían deprisa. Alzó la vista hacia Johnny, quien agitaba los brazos frenéticamente. Más piedras, una muy grande ahora.

Se apoyó en la pared de piedra que había detrás y alzó la vista. Uno de los escaladores estaba colgado de una cuerda, balanceándose torpemente junto al abismo, y apartándose con lentitud de él, suspendido en el aire, de modo que sus manos tanteaban, impotentes, el vacío.

- ¡Cuidado! -gritó Johnny.

Oyó el sonido de algo metálico que rebotaba contra la roca. Pero era demasiado tarde. El objeto llegó desde ninguna parte y lo golpeó. Apenas tuvo tiempo de registrarlo, un impacto en la cabeza. La oscuridad. Luego las rodillas comenzaron a doblarse.

Johnny lo vio todo. El escalador cayendo a plomo, precipitándose de espaldas al vacío y agitando los brazos hasta que la cuerda frenó su caída. Las piedras volando hacia abajo, el artilugio de metal rebotando en la cara de la pared y girando a medida que caía, como si fuese una bestia que corriera para salvar su vida, cayendo y volviéndose a levantar una y otra vez. Y vio cómo alcanzaba a Tyler y se clavaba en su cabeza, de modo que cuando Tyler se volvió lentamente para iniciar su larga caída en el vacío, su figura quedó detenida por un instante y esa cosa sobresalía de él. Parecía alguien que hubiese recibido un flechazo justo en el cráneo.

Johnny comenzó a bajar velozmente por la ladera de la montaña, tropezando, saltando, cayendo para volver a ponerse en pie. Se golpeaba los codos y las pantorrillas, se desgarraba la piel de los dedos, le chorreaba la nariz y le sangraban las piernas, pero no sentía absolutamente nada. Tenía que llegar adonde estaba Tyler.

Había mirado hacia abajo y lo había visto tendido en otro reborde rocoso a unos diez o quince metros del anterior. No podía determinar si estaba con vida. Había mirado detenidamente para ver si aún respiraba, si se percibía algún movimiento debajo de la camiseta, pero estaba demasiado lejos para saberlo. Cuanto más miraba sin estar seguro, y cuanto más tiempo Tyler permanecía allí sin moverse, más temía Johnny lo peor. Todo parecía tan irreal; hacía un momento, Tyler estaba allí, lleno de vida, y un segundo después se encontraba tendido inmóvil sobre una roca, decenas de metros más abajo. Su cuerpo parecía encogido, derrumbado sobre sí mismo de una manera extraña, artificial. Estaba apoyado sobre el costado izquierdo, el rostro vuelto hacia el vacío, el brazo derecho doblado detrás del cuerpo. Johnny no había sido rápido al decidir qué debía hacer, si correr hacia donde estaba Tyler o bien regresar al hotel. Y entonces había oído la voz de alguien que estaba más arriba, uno de los escaladores, una mujer. Gritó que ella iría a buscar ayuda, que él debía tratar de llegar hasta donde se encontraba su amigo.

En ese momento se decidió. Pero llegar hasta el lugar donde había caído Tyler le estaba costando todo el tiempo del mundo.

El corazón le golpeaba las costillas. Sin ser demasiado consciente de ello, tenía el terrible presentimiento de que, si no llegaba pronto hasta él, Tyler moriría; de alguna manera, dependía de él que eso no ocurriera. No sabía qué podía hacer exactamente para ayudarlo, sólo que debía llegar allí ya y hacer algo. Confortarlo de alguna manera y hacer que se sintiese mejor. Hacer que no se sintiera tan solo. Pero llegar hasta el lugar donde yacía Tyler no era fácil. Encontrarlo entre aquel laberinto de enormes piedras y pinos abigarrados, llegar al nivel correcto, resultaba una tarea exasperantemente difícil. En un par de ocasiones, Johnny creyó estar en el lugar correcto y vio el reborde rocoso pero, al llegar allí, estaba vacío. La segunda vez miró hacia abajo y comprobó que Tyler se encontraba a un par de metros de él. Descendió rápidamente, cayendo parte del camino y golpeándose una rodilla con violencia, pero no sintió nada. Se acercó al cuerpo inmóvil, tomándose su tiempo, y contempló a su amigo. Tyler tenía la camiseta medio levantada; su espalda estaba ensangrentada a causa de los cortes recibidos en la caída, y la sangre formaba una costra contra la piel. Johnny entrecerró los ojos y miró la cabeza. El trozo de metal seguía allí, sobresaliendo por uno de sus extremos, incrustado en el cráneo. El cuero cabelludo parecía cerrarse alrededor de la herida. Un fino hilo de sangre se había deslizado por el costado de la cabeza hasta manchar la piedra, siguiendo la superficie granulada y llenando una grieta diminuta situada a pocos centímetros.

Johnny se arrodilló y levantó el brazo que estaba torcido detrás de la espalda, que cayó fláccidamente en la posición normal, y buscó el pulso de Tyler. Pero no sabía si lo estaba haciendo bien, y antes de que pudiese siquiera intentarlo, Tyler se movió ligeramente, temblando y doblando la pierna, de modo que rozó el muslo de Johnny. Él sabía que debía evitar que se enfriase, así que se quitó la camisa y le cubrió uno de los hombros. Parecía patéticamente pequeña. Luego cogió una mano de Tyler entre las suyas, la apretó con fuerza y le dijo, una y otra vez, que todo saldría bien, que pronto llegaría ayuda y que debía resistir. No tenía idea de si Tyler podía oírlo, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. Johnny alzó la vista. Ahora soplaba una brisa más fuerte que agitaba levemente las ramas de los árboles.

Los del equipo de emergencia tardaron mucho tiempo en llegar. Johnny los vio primero en el reborde donde estaba Tyler en el momento de ser alcanzado por la pieza metálica hacía siglos, o al menos ésa era la sensación que tenía, y cuando los dos hombres llegaron finalmente hasta ellos comprobó que llevaban equipo de escalada y, entonces, se dio cuenta de que no eran miembros del servicio de urgencias, sino dos de los escaladores. Ellos tampoco sabían qué hacer y, después de examinar detenidamente la herida de Tyler-uno de ellos hizo una mueca de espanto y apartó la vista-, se limitaron a quedarse allí sin demasiado que decir. Johnny volvió a arrodillarse junto a Tyler, sintiendo que lo estaba protegiendo. Entonces, desde la base de la montaña, llegó otro grupo formado por dos hombres con chaquetas blancas y un tercero cuya chaqueta llevaba las palabras «The Balfour» bordadas en el bolsillo delantero y que portaba un gran botiquín de primeros auxilios.

Librodot

Abrió la tapa del botiquín y todos miraron en su interior.

-Será mejor que esperemos -dijo uno de ellos-. Necesitamos algo más que esto. La hemorragia ha cesado. - ¿Qué es eso que tiene en la cabeza? -preguntó uno. Miraron a los dos escaladores, quienes apartaron la vista.

-Es un pitón de rosca -explicó uno de ellos en voz queda-. Es un... es un Camalot del número dos.

-Yo lo dejé caer -dijo el otro, un momento después-. Resbalé. Yo... lo estaba sacando del cinturón y me estaba sujetando de la cuerda con la otra mano. Perdí mi punto de apoyo. De modo que caí... y al caer se me escapó el pitón.

El hombre lloraba, pero de su boca no salía ningún sonido.

Nadie dijo nada durante unos minutos. - ¿Se pondrá bien? -preguntó el escalador.

-Es difícil decirlo -contestó uno de los hombres del equipo de urgencias-. Tenemos que limpiarlo antes de poder examinarlo a fondo. Su respiración es normal, lo cual es una buena señal. Pero no quiero siquiera intentar quitarle ese chisme de la cabeza, dejaremos que se encarguen de ello en el hospital -dijo, señalando la pieza de metal.

Pocos minutos después llegaron otras dos personas, un hombre y una mujer, portando un equipo completo. Llegaron sin aliento. Uno de ellos cogió un collarín y se lo colocó a Tyler, sujetando la cabeza y fijándolo en su sitio con un trozo de cinta adhesiva, evitando cuidadosamente tocar la herida de la cabeza.

-Por todos los santos -exclamó el hombre-. ¿Qué coño es eso?

-Una pieza de nuestro equipo -dijo uno de los escaladores-. Cayó desde allí arriba.

Señaló hacia la pared de roca y el hombre y la mujer alzaron la vista.

- ¿Es algo pesado? -preguntó el hombre.

-Sí -contestó el escalador.

-Lo bastante como para aplastarle el cráneo -dijo el tipo de urgencias con tono irritado-. ¿Qué opinas? -le preguntó a su compañero, haciendo un gesto con la cabeza.

-Creo que debemos sujetarlo para mantenerlo todo en su sitio, hasta que podamos llevarlo montaña abajo. Tenemos que hacerle una transfusión.

Entretanto, los otros dos hombres montaban una camilla. Luego la empujaron debajo del cuerpo de Tyler, lo colocaron suavemente sobre ella, y lo sujetaron con correas. Acto seguido, la levantaron en el aire, con facilidad, como si apenas pesara, y echaron a andar montaña abajo entre las enormes piedras. El avance era lento y resultaba difícil mantener la camilla nivelada. De vez en cuando, el hombre que iba delante tropezaba y el extremo de la camilla se inclinaba peligrosamente.

- ¡Por el amor de Dios, ten cuidado! -decía el hombre que iba detrás.

Su voz sonaba tensa y sudaba profusamente.

Johnny se dio cuenta de que no había visto que Tyler se hubiese vuelto a mover desde aquella vez.

Scott estaba en casa cuando se produjo la llamada. Eran las cuatro de la tarde de un sábado y, habitualmente, a esa hora solía estar en algún lugar de la ciudad, haciendo algo en compañía de Tyler. Pero Tyler se encontraba en las Catskill y el día era sofocante. Se sentía apático, de modo que había decidido quedarse en casa holgazaneando y leyendo.

No tuvo una premonición. En ocasiones, cuando Tyler se marchaba fuera, incluso con los padres de Johnny, en quienes Scott confiaba plenamente, experimentaba una vaga sensación de ansiedad. Si persistía, caminaba por la casa e incluso echaba un vistazo en la habitación de Tyler, mirando la cama deshecha y todo lo demás. Sabía que era un comportamiento neurótico, pero se sentía mejor contemplando el cuarto y todos los objetos familiares: las estanterías llenas de libros, el ordenador, el escritorio con los cajones abiertos y los papeles en el suelo, los pósters de Trainspotting y Reservoir Dogs en la pared, y el koala ocupando un lugar de honor en el sillón. Sin duda, si algo hubiese ocurrido, no estaría todo en

su sitio.

Pero, esta vez, no hizo nada de eso. Esta vez apenas si había pensado en Tyler. Sabía que estaba en buenas manos y que se lo estaría pasando en grande. En cambio, pensó vagamente que, cuando su hijo regresara el domingo por la noche, lo llevaría a comer pizza y quizá al cine. Sabía que Tyler prefería ir al cine en compañía de sus amigos, pero su hijo era demasiado considerado como para negarse cuando su padre lo invitaba a hacer algo, y habitualmente acababan pasándolo bien los dos juntos.

De modo que Scott no estaba preparado cuando se produjo la llamada. Al principio ni siquiera supo quién lo llamaba. Era el padre de Johnny, pero su voz sonaba tan extraña, baja y temblorosa, que le llevó unos segundos reconocerla.

-Scott, escucha... escucha... Ha habido un accidente... No pudo escuchar nada más, aunque estaba oyendo cada una de sus palabras. Su mente se interpuso en el camino. Sintió que todo se oscurecía, como un telón que desciende, de modo que no pudo seguir oyendo nada más o ver nada más o pensar en nada más, en ese momento, no. Probablemente se trataba de su cuerpo, que se cerraba para protegerlo.

Hacía apenas dos semanas, Scott y Tyler habían ido de acampada a un lugar perfecto a la sombra de los Shawangunks, a una hora y media de viaje hacia el norte de la ciudad. Para Scott había sido una noche perfecta, una de las mejores en muchos años.

No había un alma en los alrededores. Los riscos se alzaban hasta una altura de ciento cincuenta metros detrás de ellos y hacían que el campamento fuese seguro, montado en la base de las paredes de piedra. Al mirar hacia arriba podían ver pequeños montones de ramas en los salientes rocosos, los nidos de los halcones que volaban lentamente en círculos aprovechando las corrientes de aire de la tarde. Un poco más adelante, al final de una pendiente, había un pequeño lago. Scott consultó el mapa y pensó que probablemente se trataba de Goose Pond, aunque no podía estar seguro de ello. Los caminos habían cambiado de dirección tantas veces, girando y volviendo hacia atrás, que no sabía dónde se encontraban exactamente. Pero eso no le preocupaba en absoluto; el hecho de estar un poco perdidos formaba parte de la diversión de acampar en medio de la naturaleza.

Tyler recogió leña para el fuego. Scott podía ver su camiseta roja en la distancia, apareciendo y desapareciendo entre los finos troncos de los cedros. Su corazón se emocionaba al verlo. Su hijo le parecía tan mayor...

Cometa, su perro -Tyler le había puesto ese nombre hacía muchos años, un nombre que sólo se le podría haber ocurrido a un niño-, corría a su lado, era un chucho feliz.

Scott dejó caer un trozo grande de beicon en la sartén y luego añadió patatas irlandesas cortadas en rodajas. Las patatas sisearon en la grasa caliente. Abrió una lata de alubias y sacó los panecillos y las salchichas. A Tyler le gustaba cocinar su propia comida.

Tyler regresó, excitado, portando una buena cantidad de leña.

-Papá, he visto cuatro venados -dijo, dejando caer los delgados troncos, y señaló en dirección al lago. -Qué bien.

-Uno de ellos estaba en la orilla, bebiendo. Otros dos eran cervatillos. Tenían pequeñas manchas blancas en el lomo.

-Los venados algún oso.

-Ojalá me lo hubieras dicho antes. Nos siguieron durante todo el camino. -Ja, ja.

-Parecían hambrientos.

-Bueno, entonces será mejor que te comas tus salchichas antes de que lleguen.

Al día siguiente era el decimotercero cumpleaños de Tyler. Scott había envuelto su regalo, una navaja del ejército suizo, el modelo jumbo con cuatro hojas diferentes y ocho utensilios que se abrían hasta convertirlo en un puerco espín-, y lo había escondido dentro de la mochila. Había planeado levantarse temprano y preparar huevos revueltos con cebolla, el plato favorito de Tyler. Colocaría la navaja sobre el tronco junto al lugar donde se sentaría. Y

también tenía una cinta grabada en la que tres de los mejores amigos de Tyler cantaban Cumpleaños feliz; la usaría para despertarlo.

Atrás habían quedado los días en los que Tyler saltaba de la cama apenas se despertaba. Ahora gruñía y se quejaba y se hacía un ovillo adoptando esa postura que decía «Por favor, sólo un poco más». Adolescentes, ¿por qué necesitaban dormir tanto? ¿Acaso era porque estaban creciendo? ¿O era debido a todas esas hormonas que se volcaban en sus sistemas? O, quizá, pensó con una leve sonrisa, es simple agotamiento por estar todo el día tramando estrategias para engatusar a sus padres.

Comieron con apetito y en silencio. Tyler engulló tres bocadillos pero aún tenía hambre y se preparó otros dos. Scott siempre subestimaba su apetito.

En la tienda de la calle Cuarenta y dos había dudado un momento antes de comprar la navaja. ¿Era Tyler lo bastante mayor para usarla sin peligro? Se contuvo. ¿Lo bastante mayor? «Es prácticamente cuatro años mayor de lo que lo era yo cuando tuve mi primera navaja.» Aun así, tendría que enseñarle a Tyler cómo cogerla, cómo mantener los dedos en los bordes del mango y abrir las hojas hacia fuera.

-Papá, ¿qué era lo que me estabas diciendo acerca de los árboles?

-Estos árboles son cedros. ¿Ves cómo se elevan rectos y altos y sus ramas forman una especie de cúpula? A los pies de los troncos no crece nada más y está despejado, con el manto de agujas en el suelo. Por eso los indios pensaban que esta zona era tan especial; para ellos era suelo sagrado.

Tyler miró a su alrededor, comprobando lo que su padre decía.

-Genial.

Scott observó a su hijo. Las llamas hacían que su rostro brillase, de modo que sus facciones, que últimamente parecían crecer de un modo desproporcionado, se destacaban nítidamente. Pero, aun así, era un chico llamativo. Sería un adulto muy atractivo. Sus ojos marrones ardían de inteligencia y, cuando sonreía, podía encantar a una serpiente. Sus labios eran carnosos y sensuales, como los de su madre.

Scott se sentía orgulloso del chico en el que se había convertido Tyler. En esos días había tenido que hacer un esfuerzo para reprimir el impulso de sobreprotegerlo, de envolverlo en capas de algodón. Era tanto lo que estaba en juego. En ocasiones lo sentía de un modo completamente egoísta: en ese pequeño -bueno, no tan pequeño cuerpo residían tantas cosas de su propio mundo. Si algo le sucediera, sería devastador para él. De modo que muchas veces debía contenerse, por difícil que le resultara, porque quería que Tyler creciera hasta convertirse en un hombre fuerte y capaz, dispuesto a enfrentarse al mundo. Sabía que estaba en una edad en la que necesitaba construir su autoestima, su confianza en sí mismo, haciendo frente a los desafíos, y éstos implicaban indefectiblemente un riesgo. Pero eso era difícil para un padre. El mundo le parecía un lugar peligroso, y por una buena razón. Estaba lleno de tormentas, terremotos, animales venenosos, coches que se estrellaban y gérmenes que propagaban enfermedades... «Y aviones que caen del cielo.»

Si sólo hubiese alguna manera de que un padre pudiese controlar el riesgo, pensó, de aceptar el riesgo en dosis razonables, como si fuesen cucharadas de un medicamento...

Buscó en su mochila la vieja y abollada cafetera de filtro, llenó la parte superior con café recién molido y la colocó encima de las brasas. Mientras esperaba a que se hiciera el café, abrió la segunda lata de cerveza. En un primer momento había pensado en incluir una botella de whisky, pero pronto desechó la idea; conocía los peligros de las bebidas alcohólicas fuertes, era una maldición que se remontaba a varias generaciones de su familia. Su padre había muerto en un accidente de tráfico cuando él era joven, y su madre, que nunca volvió a casarse y lo había criado sola en una calle arbolada de Washington, D. C., había sido una alcohólica durante la mayor parte de su infancia. Murió tras doce años sin probar una gota de alcohol, con la ayuda de Alcohólicos Anónimos, de modo que él sabía de qué hablaba. Era consciente de que uno de los primeros signos de que hay problemas es beber solo.

Se apoyaron en los troncos y observaron la fina columna de humo que ascendía hacia

las copas de los cedros. Comenzaba a oscurecer y podían ver pequeños fragmentos de cielo y nubes teñidas con la luz rojiza del crepúsculo.

Le dieron las sobras de la comida a Cometa, que las devoró con avidez.

Tyler parecía contento, y eso hacía que Scott se sintiese feliz. Nada en el mundo, pensó, podía hacerlo más feliz que ver a su hijo en paz. Le alegraba haber salido de acampada cuando Tyler era pequeño. Durante años habían explorado juntos algunos bellos parajes próximos a Nueva York, habían esquiado en Vermont, navegado en el canal de Long Island, disfrutado de las cálidas noches de verano durmiendo entre las dunas en Cape Cod... Obviamente, nada de todo ello compensaba la ausencia de una madre, nada podía reemplazar eso, pero era un vínculo de parentesco masculino. Era algo a lo que podían aferrarse durante los años de conflictos que ahora debían atravesar. Ya se habían producido innumerables momentos de distanciamiento, momentos en los que Tyler llegaba del colegio de malhumor, distante, y se envolvía en una coraza de ira silenciosa, encerrándose en su cuarto con la música a todo volumen. Y había momentos, también, en los que se sentían incómodos en compañía del otro y no tenían mucho que decirse.

El café estaba listo. Vertió un poco en una pequeña jarra de metal y sintió cómo el calor, se distribuía hasta el asa.

-Papá -dijo Tyler, alzando la vista hacia la cima del risco-, no olvides tu promesa.

- ¿A qué te refieres?

-Me dijiste que cuando cumpliese trece años podría practicar la escalada. Éste es el mejor lugar del país para hacerlo.

Scott sintió una punzada de pánico que le subía desde el estómago.

-No digas tonterías. No tenemos el equipo necesario para hacerlo. Ni siquiera sabemos cómo se hace.

-No me refiero a mañana. Quiero decir pronto. He estado hablando de ello con Johnny. Él también quiere hacerlo. Aquí hay un sitio donde te enseñan a escalar. Scott sintió que su pulso se tranquilizaba. No era un problema al que debiera enfrentarse en ese mismo instante.

-Bien, ya veremos -dijo.

-Papá -la palabra incluía ahora un tono de queja-, lo prometiste.

-He dicho que ya veremos. Y ya es suficiente.

Sabía que su amonestación tenía mucho menos peso que hacía apenas un tiempo. Hubo una época en la que, cuando él decía «ya es suficiente», era realmente suficiente.

-Y también dijiste que podría sacarme el permiso de conducir y que, a los dieciocho años, podría saltar en paracaídas.

-Tal vez.

-No dijiste tal vez; dijiste que podría hacerlo. -Ya veremos. Y ya es suficiente.

Tyler frunció el ceño.

Scott se tomaba muy en serio las responsabilidades del padre único. Trataba de llevar un hogar normal, aunque no era una tarea fácil estando ellos dos solos. Se había mudado a Nueva York para evitar los viajes en tren. Esas horas adicionales eran realmente preciosas. Tenían un loft espacioso con bicicletas, bates de béisbol, zapatillas y objetos masculinos de toda clase. Al tener que cumplir doble turno como padre, Scott había dejado su carrera en segundo término. Para convertirte en un fotógrafo importante, como había sido su intención hacía muchos años, tenías que ser un trotamundos, debías tener siempre la maleta preparada junto a la puerta. Había aprendido a rebajar su ambición. No aceptaba trabajos fuera de la ciudad, participaba ocasionalmente en sesiones fotográficas con modelos, e incluso, que Dios lo ampare, preparaba carpetas de actores; lo que hiciese falta, para pagar el alquiler. Era lo bastante bueno como para que los editores de las revistas más importantes recurrieran a él cuando estaban entre la espada y la pared.

Tyler y él. Dos contra el mundo. Casi le halagaba la forma en que luchaba por construir un mundo de confort burgués para su hijo; pero sin una madre no estaba completo. Cada vez

Librodot

que veía a Tyler mirando algún programa en la tele en que aparecía una familia de cinco miembros, sentía que le daba un vuelco el corazón. Acudía solo a las reuniones con los profesores, a las obras de teatro en el colegio, a los partidos de béisbol en Central Para, sintiéndose fuera de lugar, como un «solterón». Todos los demás parecían estar emparejados, al igual que los animales que subían la rampa del arca de Noé, solía pensar. Cómo se henchía de orgullo su corazón cuando los amigos de Tyler iban a su casa a pasar el rato; hacía que todo pareciera, durante unas horas, felizmente normal.

Cuando lo llamaron para decirle que el avión en el que Lydia viajaba se había estrellado, sintió que su vida se partía en dos. Había llevado su pena a todas partes, como si fuese un saco de piedras, y sólo había podido superar el trance por su hijo. Al principio se negó siquiera a considerar la posibilidad de volver a casarse; le parecía una deslealtad. Habían estado casados poco tiempo y, sin embargo, habían llegado a formar un equipo perfecto, una unidad sólida. A ella le encantaba planear el futuro juntos, hablando de todo, desde la pintura para la casa de sus sueños (amarillo pálido, de madera, estilo colonial) hasta el número de hijos que tendrían (cuatro, quizá cinco). Ella lo había diseñado con tanta intensidad que no resultaba fácil volverle la espalda. Y entonces, cuando estuvo preparado para salir con otras mujeres, las cosas nunca funcionaron. Había tenido varias parejas, relaciones serias en algunos casos, pero ninguna parecía ajustarse a lo que él necesitaba. Se cuidaba de que durmiesen en la pequeña habitación que había en la parte trasera del loft, de modo que, cuando Tyler venía a remolonear como hacía todas las mañanas, siempre lo encontraba solo en la enorme cama. Era curiosa esa insistencia en mantener un código moral estricto; estaba seguro de que si Lydia estuviese viva, los dos se habrían mostrado mucho más liberales en cuanto a la educación de su hijo. Tarde o temprano, las mujeres se cansaban de competir.

Acabó el café y dejó la jarra de metal apoyada en el tronco.

Siete años, pensó, desde aquella llamada telefónica. Siete largos años. De alguna manera, había conseguido superarlo. Lo había hecho lo mejor que había podido. Y, a veces, como en ese momento, cuando miraba a Tyler, pensaba que lo había hecho jodidamente bien.

- ¿Preparado para dormir? -preguntó.

Tyler asintió.

Se alejaron del fuego y encontraron un pequeño claro para extender sus sacos de dormir. Podían sentir el heno debajo. Los pies, con los calcetines de lana, estaban calientes dentro de los sacos. Cometa se tumbó a un par de metros con un leve gruñido.

En el cielo brillaba una media luna, suficiente luz para divisar el paso de una nube solitaria y extraviada. Luego el cielo se aclaró y se encontraron contemplando las estrellas.

-Papá, ¿podrías volver a señalarlas?

Ése era uno de los rituales que practicaban cuando se encontraban al aire libre. A Tyler le gustaba reconocer las constelaciones, pero en realidad quería algo más, algo que llegaba al final.

Scott comenzó a nombrarlas, guiando a su hijo de una a otra. La Estrella Polar, la Osa Mayor, la Osa Menor, Casiopea. Cubrió toda la bóveda celeste que se extendía sobre sus cabezas. Y entonces llegó a la que ambos estaban esperando: Orión.

-Y allí, mira el cinturón. Y colgando del cinturón, están las tres estrellas pequeñas que forman su cuchillo. Ahora fíjate hacia dónde apunta.

Tyler lo hizo. Vio una pequeña estrella, solitaria, que brillaba intensamente.

- ¿La ves?

-Sí -contestó Tyler.

-Ésa es.

Scott recordó la primera vez que había encontrado esa estrella para Tyler y le dijo que era de su madre, y recordó también haberle explicado los versos sencillos que Lydia y él habían compuesto hacía muchos años, durante su luna de miel: «Por las estrellas de Orión, juro que eres mío/mía».

Recordó el momento en que se registraron en el hotel, firmando por primera vez como

señor y señora.

Le emocionaba ver cómo le gustaba a Tyler escuchar historias de ambos.

-Papá, ¿recuerdas cuando me explicabas todas aquellas historias de Jingo?

-Por supuesto.

-Todas las noches una diferente. Jingo acababa peleando con gatos callejeros o cayendo por un viejo pozo o comiendo una hoja extraña y encogiéndose hasta hacerse tan pequeño como un saltamontes.

-Pero siempre llegaba a casa, a su cama, sano y salvo. -Una vez que pasaba a través de la pequeña puerta blanca.

De pronto, Scott tuvo la imagen de Tyler, muchos años atrás, acostado en su cama, debajo de la cabecera de madera tallada, la manta metida debajo de la barbilla, escuchando el relato con sus ojos marrones muy abiertos. Cómo le había gustado a Tyler aquel ritual. Y cuando fue un poco mayor le encantaba escuchar el comienzo de la historia, el resto lo recitaba solo, sin olvidarse jamás una sola palabra. Jingo frotaba la piedra mágica:

Y entonces sucedió algo muy extraño. Al principio sintió calor y luego frío. Y después el calor disminuyó y el frío también. Y, finalmente, se sintió bien.

Y cuando abría los ojos estaba delante de una enorme mansión blanca, «la casa de las mil habitaciones». Cuando Tyler se dio la vuelta para dormir, Scott deseó que la vida real pudiese ser así, siempre con un final feliz, incluso uno que se pudiese añadir por conveniencia, una pequeña puerta de salida para asegurarse de que todo estuviese bien.

Scott conducía por la autopista de Nueva York a velocidad de vértigo. Intentó reducir la marcha en dos o tres ocasiones para que no lo detuvieran por exceso de velocidad; no por temor a la multa, sino porque no creía que pudiese soportar la espera mientras el guardia la rellenaba. Pero su mente se disparaba hacia tantas direcciones diferentes que apenas podía concentrarse en la conducción. Cada vez que echaba un vistazo al cuentakilómetros, la aguja marcaba ciento treinta por hora.

Oyó una voz, la suya, murmurando las mismas frases una y otra vez: «Oh, Dios, por favor, no permitas que muera. No permitas que muera. Haré cualquier cosa. Pero no permitas que muera». Habitualmente no pensaba en Dios, pero no le resultaba extraño que ahora le estuviese rezando. Rezó por varias cosas, y las ordenó según la prioridad: primero, que Tyler viviera. Luego, que no hubiese resultado herido de gravedad y pudiese recuperarse completamente. «Y el dolor, por favor, no permitas que sienta dolor. Pon eso primero en la lista. Y, por favor, asegúrate de que el hospital es bueno y de que haya un médico competente presente que sepa lo que hace, y si tienen que operarlo, por favor, no permitas que eso suceda, pero si es así, entonces asegúrate de que el cirujano es realmente bueno y no comete errores.»

No tenía muchos más datos de lo que había sucedido, sólo sabía que había habido un accidente. Había sentido que su corazón se detenía en ese instante; todo su cuerpo se puso rígido al oír la temida palabra, y de inmediato supo que se trataba de Tyler. Quien llamaba era el padre de Johnny y, por un segundo, Scott esperó que hubiese sido Johnny quien había sufrido el accidente. Pero, naturalmente, sabía que no era así, porque, en ese caso, ¿por qué razón lo habría llamado a él el padre de Johnny, y por qué iba a tener ese tono tembloroso y culpable en la voz? Todo esto pasó por su cabeza antes incluso de haber escuchado la siguiente frase. Y luego el padre de Johnny le explicó lo que había sucedido y le dijo que había ocurrido mientras estaban escalando... Escalando. Le dijo a Scott que podía ser grave, pero aún era pronto para hacer un diagnóstico. Probablemente estuviera mintiendo, protegiéndose; probablemente ya sabía que se trataba de algo serio y pensaba que estaba haciendo lo correcto al comunicárselo sin dramatismo.

Scott le había dicho mil veces a Tyler que no podía ir de escalada hasta que no estuviese totalmente preparado, hubiese realizado algunos cursos y supiera lo que estaba haciendo. Pero Tyler no le había escuchado. Había querido hacerlo de todos modos; no podía esperar. Estaba tan ansioso por la aventura, por la vida... era tan impaciente. ¿Por qué ese pensamiento debía

hacer que Scott lo amase más? Porque era así, no exactamente amarlo más, porque eso sería imposible, sino conectarlo con el amor de un modo tan intenso que todo resultaba doblemente insoportable. Se imaginó a Tyler tratando de tomar una decisión, en el límite de la desobediencia, preguntándose si debía escalar aquella montaña o no, y finalmente decidiendo seguir adelante. Pensar en ello no hizo más que confirmarle cómo era Tyler, lo precioso que era para él. Y, sin quererlo, Scott comenzó a pensar en toda clase de cosas relacionadas con Tyler: cuán inteligente, generoso y divertido era, su sonrisa contagiosa, que brotaba espontáneamente cuando terminaba de contar un chiste, cómo era de abierto en su amor, sus numerosos dones y, aunque pareciera un pensamiento superficial, lo guapo que era. Tenía las mismas pestañas largas de su madre.

«Últimamente incluso parecía estar pendiente de lo que yo hacía -pensó Scott-. Era algo tan conmovedor, tan típico de su generosidad. Como lo bueno que llegó a ser jugando al ping-pong; antes, cuando era pequeño, yo solía perder deliberadamente un par de puntos para salvar su orgullo, pero con mucho cuidado para que no me descubriera, y la última vez que jugamos... ¿cuándo fue? Oh, sí, en el sótano de la casa de aquel chico, y de pronto comenzó a adelantarse en el marcador y yo me propuse descontar la ventaja que me llevaba y miré al otro lado de la red, y cuando vi su cara lo supe: ahora era él quien estaba perdiendo deliberadamente los puntos y trataba de hacerlo de forma furtiva, como yo.»

Y, súbitamente, una imagen cruzó por la mente de Scott: Tyler corriendo por la playa en Cape Cod, Cometa ladrando tras él, Tyler lanzándose hacia las olas con el perro cogido en brazos, y ambos revolcándose en el agua, riendo. Tanta vida, tanto amor por la vida, en esos huesos tan pequeños.

Scott comenzó a llorar. Las lágrimas corrían por sus mejillas y le resultaba difícil ver la carretera; no se molestó en enjugarlas, sino que dejó que fluyeran y las secara el viento. «Por favor, Dios, por favor, por favor, por favor, no permitas que muera.»

Recordó que el padre de Johnny había mencionado algo acerca de una herida en la cabeza y que Tyler había caído un poco. La cabeza, eso era preocupante; podía significar algo realmente grave. No podía pensar en ello. ¿Y caer un poco? ¿Qué significa exactamente caer un poco? ¿Qué clase de eufemismo era ése?

Scott llegó al hospital Kingston poco después de que lo hiciera la ambulancia. Fue directamente a la sala de urgencias y, en cuanto vio a Johnny y a sus padres en la sala de espera, la expresión en sus rostros, supo que las noticias no eran nada buenas. Se reunió con ellos, pero no pudo mirarlos a los ojos. Johnny se mantuvo apartado, como si se sintiera culpable.

Los padres de Johnny le dijeron que Tyler estaba dentro y que los médicos parecían realmente competentes y que estaban esperando a que uno de ellos saliera para informarles.

Scott giró sobre sus talones y atravesó las puertas giratorias para entrar en el área de urgencias. Había cuatro o cinco habitaciones separadas, pero supo al instante cuál era la que estaba buscando gracias a una especie de conmoción interna, y se dirigió hacia allí, dispuesto a apartar de su camino a cualquiera que intentase detenerlo. Se detuvo un instante en el umbral y vio a un grupo de personas vestidas de blanco, de espaldas a él, inclinadas sobre una camilla. Y entonces una de ellas se movió ligeramente y pudo ver el cuerpo cubierto con una sábana -su hijo, por el amor de Dios-, y luego vio la cabeza, que estaba vuelta de lado, con un poco de sangre. Se acercó y los médicos se apartaron y le permitieron estar allí. Cogió la mano de su hijo.

Permaneció unos momentos mirándolo, examinándolo, absorbiéndolo todo intensamente, cada pequeña mancha de sangre.

¿Qué era eso que sobresalía de su cabeza?

Intentó hablar con Tyler, suavemente al principio, pronunciando su nombre, luego alzando un poco la voz. Pero no hubo respuesta.

Llegó otro médico y se presentó -Scott no alcanzó a oír el nombre-, y trató de rodearle el hombro con el brazo, pero luego lo pensó mejor.

Librodot

- ¿Podemos salir un momento?

Scott estuvo a punto de decirle que no, que no quería dejar a su hijo, pero luego pensó que quizá, de algún modo, Tyler podía oírlos y, por tanto, tal vez fuese razonable salir de la habitación. Se alejaron unos pasos de la puerta.

-Me gustaría poder decirle algo más, pero aún no hay nada seguro. Ignoramos la extensión del daño sufrido por su hijo. Tiene algunos huesos fracturados, el hombro izquierdo y el brazo derecho. Fue una caída muy dura. Creo que intentó girar en el aire para enderezar el rumbo. El médico intentó esbozar una media sonrisa. Era joven. Scott se fijó en su labio superior, donde tenía una película de sudor, y trató de concentrarse en lo que estaba diciendo. Sabía que el hombre estaba evitando la cuestión principal.

-Sus constantes vitales son buenas, sorprendentemente buenas. Su corazón es fuerte. El pulso es normal.

Ha perdido mucha sangre pero le estamos haciendo transfusiones y no ha habido problemas. En ese sentido, todo va bien.

El médico hizo una pausa, eligiendo con cuidado las palabras.

-Lo que no sabemos, lo que no podemos determinar, es la gravedad de la herida que ha sufrido en la cabeza. La estamos enfriando para detener la inflamación. Le hemos hecho unas radiografías; muestran daños en la corteza cerebral y tal vez más profunda. Es difícil de precisar. No podemos... Es difícil determinar la extensión del trauma con esa herramienta aún clavada en el cráneo.

- ¿Qué es?

Las palabras de Scott sonaban huecas.

-Un Camalot del número dos. Los escaladores lo utilizan para sujetar sus cuerdas. Lo insertan en una grieta y se abre. Ese chisme cayó al vacío y alcanzó a su hijo, aparentemente desde una gran altura. -El médico frunció el ceño-. ¿Nadie le ha explicado lo que ocurrió?

-No con detalles -respondió Scott, negando con la cabeza.

-Esa familia... la que está en la sala de espera. Amigos suyos, según tengo entendido. Ellos pueden explicarle todo lo que pasó. Su hijo estaba allí; él lo vio todo.

Scott no quería dejar solo a Tyler.

-Pero, en cualquier caso, he visto lo suficiente como para saber que aquí no disponemos del equipo necesario para tratar esa clase de herida -prosiguió el médico-. Su hijo requiere un nivel de práctica y experiencia que aquí no tenemos. Él necesita el mejor... el mejor neurocirujano, el mejor equipo, los mejores cuidados. Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo.

Scott asintió. De eso no había ninguna duda.

-De modo que estoy haciendo todos los arreglos necesarios para que su hijo sea trasladado de forma inmediata al hospital St. Catherine en Nueva York. Es el hospital que cuenta con el centro neurológico más importante y avanzado del país, quizá del mundo. El doctor Leopoldo Saramaggio, no hay nadie mejor que él. Si alguien tuviese que operar a mi hijo, él sería el elegido.

-Pero ¿cómo...?

- ¿Cómo irá hasta allí? Evacuación de emergencia. Helicóptero. Ya está en camino.

Scott ni siquiera preguntó si podía ir en el helicóptero. Nadie podría habérselo impedido.

Se reunió brevemente con los padres de Johnny, quienes le explicaron todo lo que sabían acerca del accidente sufrido por Tyler. Johnny guardaba silencio, de modo que, al final, Scott lo rodeó con su brazo.

-Scott -empezó a decir el padre de Johnny-. No sé cómo decirte esto... me siento fatal. Lamento que... Scott hizo un gesto con la mano indicándole que no tenía sentido hablar de eso ahora. No quería oírlo, ahora no. Había muchas cosas que hacer.

Les dio instrucciones para que llevasen su coche de regreso a Nueva York. Ellos se

ofrecieron a esperar junto a él, pero les dijo que no, que no era necesario. Los tres se marcharon, apesadumbrados, sin volver la vista atrás.

Scott regresó a la sala de urgencias. Minutos más tarde escuchó el sonido de un helicóptero que se acercaba, el traqueteo característico de las hélices. Fuera, los arbustos se agitaron con violencia en medio de una nube de polvo.

Se sorprendió al no ver el aparato. Aterrizó en el techo del hospital. ,

Tyler fue colocado en una camilla que empujaron hasta el ascensor y llevaron en andas hasta el helicóptero, porque la azotea estaba cubierta de guijarros incrustados en el alquitrán. El aparato había aterrizado en un cuadrado de asfalto, justo en el interior de un círculo blanco. La camilla fue cargada por la parte trasera, y Scott entró tras ella.

Se las arregló para hacer todo el viaje, desde la sala de urgencias hasta el interior del monstruo ruidoso, sin soltar la mano de Tyler. La cabeza de su hijo estaba envuelta en unos tubos de plástico llenos de hielo. Aun así, Scott podía ver el mango de aquella odiosa herramienta metálica. Tuvo que hacer un esfuerzo para mirarla.

Saramaggio estaba retenido en un atasco de tráfico en el centro de la ciudad cuando recibió la llamada en su teléfono móvil. El coche avanzaba a paso de tortuga por el tramo inferior de Broadway en el Soho, y él se dirigía a su galería de arte favorita en Prince Street para visitar una exposición de expresionistas alemanes. Albergaba la esperanza de añadir a su colección otra obra de Schiele; ya tenía dos colgadas en las paredes de su sala con vigas de madera en Greenwich. Odiaba tener que pagar las primas extra que exigían las compañías de seguros, pero las pinturas de Schiele, que habían duplicado su valor desde la controversia desatada a finales de los noventa por la propiedad de obras de arte requisadas por los nazis durante la guerra, merecían la pena.

Su teléfono tenía un inconfundible sonido nietzscheano, el compás inicial de Así habló Zaratustra. Al principio lo había elegido como una broma -después de que un colega de quirófano lo llamó *Ííbermenschl*[1]-, pero había acabado por acostumbrarse a él e incluso pensaba en ello como en una especie de tema musical personal.

Buscó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. -Sí, estoy aquí.

Su chofer, asignado por el St. Catherine como una más de las numerosas gratificaciones para asegurarse de que jamás soñaría siquiera con irse a otro hospital, lo oyó quejarse.

- ¿Desde qué hospital lo trasladan? ¿Y qué es exactamente lo que tiene incrustado en la cabeza?

Una pausa.

- ¿Cómo diablos llegó eso ahí? Otra pausa.

-Ajá. ¿Qué edad tiene el chico? Una tercera pausa.

Por el espejo retrovisor, el chofer vio que Saramaggio echaba un vistazo a su Rolex.

- ¿Y dice que acaban de salir? Deberían estar allí en media hora, como máximo. -Suspiro-. Que todo el mundo se prepare. Me gustaría contar con Gully. Y esa nueva cirujana, la señorita Willet. Quiero el quirófano siete. Y, por supuesto, a Betsy.

Betsy era su enfermera, quien conocía el procedimiento tan bien: qué instrumento quería y cuándo lo quería, casi como un caddie profesional en el Open de Golf de Estados Unidos, que raramente tenía que hablar con ella. No quería trabajar con ninguna otra enfermera instrumentista por el momento, al menos hasta que cometiera algún error y tuviera que coger

1. Superhombre o sobrehombre en la filosofía de Nietzsche. (N. del T.)

a una enfermera nueva. Ése era, literalmente, su procedimiento operativo estándar.

Pulsó el botón que cortaba la comunicación.

-Da la vuelta, Harry. Tenemos que regresar al St. Catherine.

Volvió a suspirar y miró a través de la ventanilla. No le gustaba la cirugía de urgencia, especialmente cuando se realizaba inmediatamente, cuando el paciente llegaba al hospital al mismo tiempo que él y no tenía tiempo de prepararse. Cuando había una operación prevista, acostumbraba a pensar en ella varias horas antes, a veces incluso el día anterior, examinando todas las posibilidades, proyectándola como si fuese una película. De ese modo, cuando se instalaba junto a la mesa de operaciones, descubría que trabajaba casi a nivel subconsciente; a veces, su mente vagaba y los dedos parecían moverse de forma independiente. Era en esos momentos cuando desarrollaba toda su pericia. Y, naturalmente, no podía hacer lo mismo cuando no tenía ni idea de lo que se encontraría. Eso era pura improvisación, y la improvisación implicaba cierta cantidad de azar. Y a él no le gustaba el azar.

Bueno, al menos parecía que se trataba de un caso interesante. Y siempre existía la remota posibilidad -no quería anticiparla porque eso sería demasiado providencial- de que la herida encajara con el perfil que estaba buscando, de que finalmente le permitiese coronar los cientos de experimentos realizados en la sala de operaciones. Ése, naturalmente, sería el golpe de efecto final. Todo ese tiempo dedicado a los ensayos... ¿habría llegado realmente el momento de salir a escena?

Y el chico era joven. Eso estaba bien. Su cerebro aún estaba creciendo; era maleable.

Marcó un número en el teléfono, habló con el director de la galería de arte y le dijo que le reservase el Schiele. -Naturalmente, me quedaré con él -dijo-. Y si no me gusta, lo devolveré y podrá vendérselo a otro.

Durante el viaje en helicóptero, Scott no dejó de hablar con Tyler ni un momento, incluso con el ruido atronador del motor del aparato que amenazaba con ahogarlo. Sentado sobre un fino cojín de plástico en un banco de metal abatible, inclinado sobre la camilla y sosteniendo con fuerza la mano de su hijo, llenaba el oído de Tyler con una corriente continua de aliento.

-Todo saldrá bien. No te preocupes. Ya lo verás. Te examinará el mejor médico del mundo. Te pondrás bien. Lo repetía una y otra vez como si fuese un mantra, tanto para sí mismo como para su hijo. Pero después de un rato, las palabras parecieron perder su significado, y entonces comenzó a decir cualquier cosa que le venía a la cabeza. Contó a Tyler sus historias favoritas, como la que hablaba de cómo había conocido a su madre (en el salón de conferencias de la universidad, ella había llegado tarde y sin aliento). Y cómo había empujado con todas sus fuerzas en la sala de partos hasta que, finalmente, él había aparecido, ensangrentado y resbaladizo, y ella supo que su recién nacido era un niño.

-Ella se incorporó, agotada y transpirando, y, aún jadeando, le dijo al médico que quería cogerte. Y entonces contó los dedos de las manos y de los pies, dos veces, y miró entre tus piernas pequeñas y flacas, el pene y los testículos, hasta que, finalmente, cuando estuvo satisfecha de que todo estaba en su lugar, entonces y sólo entonces, volvió a recostarse con una enorme sonrisa y te sostuvo contra su pecho. Creo que nunca en mi vida la vi tan feliz.

En un momento dado se encontró cantándole nanas: «Silencio, pequeñín, no digas nada. Papá te comprará un ruiseñor...» y recitando versos de guardería.

Jack Sprat no podía comer grasa.

Su esposa no podía comer carne magra...

El pequeño Jack Horner estaba sentado en un rincón, comiendo su pastel de Navidad...

Scott recordó de pronto las historias de Jingo; era su mundo privado, «la casa de las mil habitaciones». Mil habitaciones, mil aventuras. Era su forma de comunicarse, la forma que tenía Scott de hablarle a Tyler del mundo y de cómo vivir en él y dominarlo y cómo, aunque podían ocurrir cosas inexplicables (como la muerte de una madre no era un mal lugar, después de todo.

Pero sí era un mal lugar. Nunca estabas seguro. Su hijo yacía ante sus ojos, destrozado; su hermoso cerebro, su mente, revueltos como un huevo.

Librodot

Los recuerdos y los pensamientos inundaron la mente de Scott, quien decidió abrir las compuertas y dejar que salieran, y dijo todo lo que estaba pensando. Excepto, por supuesto, el único pensamiento que no lo abandonaba, ese pensamiento que seguía tratando de volver a meter en la cueva de la que había salido. Era como tratar de cerrar una puerta ante un monstruo que era capaz de cambiar de forma y de tamaño y encogerse hasta deslizarse por el dintel o convertirse en humo para escabullirse a través de la cerradura. El monstruo era el miedo de que Tyler fuera a morir. Y detrás de ese monstruo había otro: el miedo de que sobreviviese, pero que sufriera daños cerebrales irreversibles; de que se convirtiera en un vegetal, como lo resumía esa horrible palabra.

Scott no dejaba de buscar signos de vida: dedos que se movieran, el pecho que se elevaba, un sonido desde el fondo de la garganta. No podía resignarse a mirar fijamente el vendaje blanco que sobresalía de la cabeza de Tyler como si fuese un apéndice grotesco. Estaba envuelto en hielo que se derretía y goteaba sobre la superficie metálica. Quería extender ambas manos y coger el vendaje y la pieza de metal que cubría y arrancarlos de la cabeza de su hijo.

Echó un vistazo al interior del helicóptero, los respaldos de los asientos de los pilotos, el ayudante sentado junto a él tan callado que apenas parecía que estuviese allí, las ondulaciones y los remaches que presentaba la chapa de metal verde, las bolsas de plasma y glucosa que se balanceaban con violencia en sus soportes metálicos y unidas a tubos de plástico que se introducían en los brazos de su hijo. Y arriba, las hélices invisibles que producían un ruido sordo. Todo parecía tan irreal. Tan terriblemente irreal. ¿Cómo creer que todo aquello estaba sucediendo en realidad?

En ese momento se dio cuenta, casi con pánico, de que había dejado de hablarle a Tyler. De modo que se inclinó sobre la camilla y volvió a empezar.

Había una vez un niño llamado Jingo, un niño muy parecido a ti.

Un día estaba aburrido y...

Kate subió a la última planta para observar a través de la ventana cómo se posaba el helicóptero sobre la azotea del hospital. Le gustaba saber todo lo posible acerca de sus pacientes, especialmente en casos como ése, cuando había tan poco tiempo para actuar. Saramaggio aún no había regresado y, aparte de preparar al paciente, era muy poco lo que podían hacer hasta que él no estuviese listo para empezar a operar. Al menos ella podía asegurarse de que todo estuviese preparado.

El informe mencionaba que en el helicóptero iba un pasajero, un padre destrozado. Cuando sacaron la camilla del aparato, con un hombre joven de aproximadamente su misma edad inclinado sobre ella, comprobó que el informe no exageraba. Se sintió conmovida por la visión de aquel hombre, el rostro tenso y aturdido, que tropezó un par de veces para mantenerse a la par de la camilla y se negó a soltar la mano del chico, aferrándola como si quisiera verter en él su propia vida.

El pensamiento la golpeó súbitamente: «Tenemos que hacer algo. Aquí hay dos vidas en juego».

Se reunió con los recién llegados en la planta de quirófanos. El chico fue llevado a una sala de preoperatorio, donde tres enfermeras se encargaron de él. Kate supervisaba toda la operación. Le administraron morfina, le quitaron los pantalones y cortaron su camiseta, le lavaron el torso con un desinfectante que despedía un olor intenso. Por último, lo sujetaron a la camilla con una correa sobre la barbilla y otra en la frente, le quitaron los vendajes y las bolsas de hielo y comenzaron a desinfectar la herida y acortarle el pelo, luego le rasuraron cuidadosamente la cabeza con una cuchilla esterilizada.

Kate fue a ver al padre. Se encontraba en una pequeña oficina junto a la sala de espera, sentado frente a un escritorio, delante de una auxiliar de enfermería, una mujer con el pelo muy corto que tomaba notas en un cuaderno. Repasaba una lista de enfermedades, afecciones y alergias y él negaba con la cabeza a modo de respuesta a cada una de las preguntas. Sólo hizo una breve pausa una vez: para decir que su hijo había tenido sarampión a los cinco años.

La enfermera lo anotó en su cuaderno. Kate comprobó que el procedimiento rutinario resultaba exasperante para aquel hombre. Tenía la mirada fija en la pared y respondía monótonamente a cada pregunta. De cerca parecía más joven y también inconsolablemente angustiado. Había rastros de lágrimas en sus mejillas y sintió la misma corriente de compasión que había experimentado al verlo bajar del helicóptero.

Echó un vistazo al formulario y leyó el nombre: Scott Jessup.

- ¿Dice que es el padre? -preguntó la enfermera. Él asintió.

- ¿Y la madre, dónde está? -Murió.

La enfermera dejó de escribir y alzó la vista. - ¿Causa?

- ¿Perdón?

-La causa de la muerte. -Un accidente.

Ella lo miró interrogativamente. -Un accidente de avión. - ¿Gozaba de buena salud?

El padre asintió.

- ¿Había tenido ella alguna de estas Artritis, reumatismo...?

-Mire -la interrumpió bruscamente-, ¿qué importancia puede tener todo esto? Quiero decir, por el amor de Dios...

-Lo siento, pero se supone que debemos hacer estas preguntas.

Kate los interrumpió.

-Susan -dijo amablemente pero con firmeza-, ¿por qué no me dejas terminar a mí?

La enfermera se levantó y abandonó la habitación. -Lo siento -dijo-. Ella solamente...

-... está haciendo su trabajo.

-Sí, bueno, en cierto modo. Podemos obviar todo eso. Lo más importante que debemos saber es si su hijo es alérgico a algo, si le han administrado anestesia general antes y qué tipo de medicación toma, en caso de que tome alguna.

-No, no y ninguna

-Bien. ¿Es diestro o zurdo?

-Diestro -contestó Scott, con expresión confundida. -De este modo sabemos si la herida se ha producido en el lado dominante del cerebro.

Hizo unas anotaciones en el formulario, miró el escritorio y vio una copia de su tarjeta sanitaria: Blue Cross Blue Shield.

-Ni siquiera piense en eso -dijo ella. Él asintió.

-Bien. Debe saber que cuenta con uno de los mejores cirujanos del país, quizá el mejor. Leopoldo Saramaggio. Llegará en cualquier momento y comenzará a operar enseguida. Al principio será una operación exploratoria. Probablemente llevará un par de horas, quizá más. Puede usted esperar aquí y uno de nosotros saldrá del quirófano tan pronto como tengamos alguna noticia que darle. Y continuaremos desde allí.

- ¿Estará usted en la sala de operaciones? -reparó en ella por primera vez.

-Sí. Yo seré uno de los cirujanos ayudantes. ¿Tiene alguna pregunta?

Él negó con la cabeza.

-Ahora sólo queda una cosa importante que hacer. -Abrió un cajón y sacó tres páginas impresas y se las alcanzo, junto con un bolígrafo-. Es un formulario de consentimiento. Por favor, quiero que lo lea detenidamente y, si está de acuerdo, ponga sus iniciales en las dos primeras páginas y firme e incluya la fecha en la última.

Él firmó los papeles sin siquiera echarles un vistazo, dejó el bolígrafo sobre el escritorio y abandonó la habitación.

A Tyler le hicieron un escáner. La operación comenzó tan pronto como Saramaggio llegó al hospital. Scott sólo alcanzó a verlo fugazmente, una figura alta y delgada vestida con una bata quirúrgica caminando deprisa por el corredor. Luego observó a través de una pequeña ventana rectangular en la puerta mientras la camilla en la que se hallaba Tyler era trasladada desde la sala de preoperatorio hasta el quirófano. Pudo verlo claramente. Su cabeza brillaba bajo la luz artificial, estaba completamente rasurada, lo que hacía que sus facciones

Librodot

parecieran más pequeñas y lo volvían vulnerable, como si lo llevasen a alguna parte para ser sacrificado. La odiosa pieza de metal era perfectamente visible, sobresaliendo en el aire. Ahora que habían limpiado parte de la sangre, Scott vio la herida que el objeto había producido en el cráneo de su hijo, un corte aterradoramente grande en la base. Parecía como si hubiese sido absorbido dentro del cráneo. La base de metal presentaba alguna clase de alambres y artilugios teñidos de sangre.

La operación duró tres horas.

Scott no sabía cómo interpretar el tiempo. ¿Era mejor si duraba más? ¿Significaba acaso que los cirujanos estaban recomponiendo de alguna manera la herida de Tyler? ¿O era una mala señal, significaba que el daño causado era tan severo que cada paso del proceso implicaba un peligro?

Mientras esperaba, caminaba arriba y abajo de la deprimente sala de espera con su mezcla de sillas desparejas de respaldo duro y vetustos sofás y paredes cubiertas con grabados de paisajes ingleses. De vez en cuando, se acercaba a la ventana y miraba con expresión vacía los coches que circulaban por la York Avenue y observaba el cambio de luces de los semáforos. Se sentó en un par de ocasiones para hojear una vieja revista de bordes gastados; leyó los tres primeros párrafos de un artículo y luego la lanzó sobre la pequeña mesa de madera.

Finalmente, la mujer - ¿cuál era su nombre?- salió de la sala de operaciones. Se acercó rápidamente y ella lo condujo de nuevo a la pequeña oficina en la que habían estado antes, lejos del resto de la gente que aguardaba en la sala de espera.

-El doctor Saramaggio vendrá dentro de un momento a hablar con usted. Por favor, siéntese.

Ella sabía que él necesitaba alguna información en ese mismo instante.

-Como ya le he dicho, se trataba básicamente de una intervención exploratoria. Le hemos echado un buen vistazo. Su hijo, Tyler, lo está llevando muy bien. - ¿Vivirá?

Ella lo miró fijamente. Scott tenía los ojos brillantes. -Sí. Por ahora. No parece estar bajo un peligro inminente. Pero de eso precisamente quiere hablarle el doctor Saramaggio.

No tuvieron que esperar mucho. Saramaggio entró en la pequeña sala y su físico alto y alargado pareció llenar la estancia. Los zapatos y los bajos de sus pantalones verdes tenían manchas de sangre marrones. Kate vio que Scott las miraba. Saramaggio extendió el brazo derecho y le estrechó la mano, quizá con demasiado vigor, y luego les pidió a ambos que lo acompañasen a su despacho.

La caminata, bajando dos tramos de escalera y a través de un par de corredores y tres puertas giratorias, pareció interminable. Kate la consideró excesiva e injusta. ¿Por qué no podía hablar con él en la oficina donde estaban?

Saramaggio se instaló detrás de su escritorio y dejó escapar un leve suspiro que denotaba agotamiento. A sus espaldas, los diplomas y las placas enmarcados cubrían las paredes. ,

-Señor Jessup -comenzó a decir, apoyando ambos codos sobre el escritorio e inclinándose hacia delante-. No es necesario que le diga que el caso de su hijo es peligroso, extremadamente peligroso. Su vida está amenazada y cuanto antes aceptemos ese hecho y nos enfrentemos a él, antes seremos capaces de actuar.

Scott estaba sentado, inmóvil, en el borde de su silla. -De hecho, no tengo reparos en reconocer que nunca había visto nada semejante. Ese objeto extraño, ¿cómo se llama...? -Miró a Kate.

-Es un Camalot del número dos.

-Camalot. Lo hemos dejado en su sitio; como he dicho, era una intervención exploratoria. Ese objeto debió de caer desde una gran altura. Ha penetrado en el cerebro 10,2 centímetros. Ésa es una distancia considerable.

Alzó el pulgar y el índice formando una C para demostrarlo.

-Ha abierto la corteza cerebral hasta alcanzar las porciones inferiores del cerebro.

Hizo una pausa y su expresión se volvió más seria. -Sin embargo, y ésta es la parte realmente inusual de este caso, ese implemento parece haber evitado los centros vitales. No parece haber afectado de forma irreparable el tálamo, el hipotálamo, el hipocampo o el tronco cerebral. Como resultado, el sistema nervioso autónomo parece seguir funcionando y, como usted debe de saber, es el que permite el funcionamiento de nuestras funciones necesarias e involuntarias: los pulmones, el corazón, el sistema circulatorio, etcétera.

- ¿O sea, que no corre peligro por el momento?

-No, aparentemente, no. Pero sólo por el momento. La situación es muy inestable. Podría cambiar en cualquier instante y todo lo que he dicho hasta ahora podría ser inútil. Y de momento sólo le he dado las buenas noticias. - ¿Cuáles son las malas?

-Las malas. Bueno, aunque el estado de su hijo es relativamente estable, no responde ante ningún estímulo externo. Su cerebro registra actividad, pero lo hace de una manera azarosa. No responde a los sonidos ni a la vista o el tacto. Es casi como si se encontrase en una especie de estado de shock o de coma profundo.

Y, mientras tanto, sigue teniendo esa maldita pieza de metal clavada en la cabeza. Por qué no ha provocado aún alguna infección virulenta es algo que desconozco. Debemos quitársela, pero resulta difícil imaginarse esa operación sin provocar un daño importante. El efecto podría ser traumático e instantáneo, podría inutilizar el sistema en un segundo. O podría ser algo más sutil y a largo plazo, podría cambiarlo de maneras imposibles de predecir. Cambiar toda su personalidad.

Por un momento, a Kate le preocupó la posibilidad de que Saramaggio le contase la anécdota de Phineas Gage -quien finalmente murió en la sala de operaciones cuando un neurocirujano lo convenció para que se sometiera a una intervención quirúrgica-, pero el médico continuó. Su mente ya había pasado a otra cosa.

- ¿Qué se puede hacer entonces? -preguntó Scott. Saramaggio se reclinó en su sillón giratorio y cruzó las manos detrás de la cabeza, de modo que sus brazos huesudos quedaron extendidos a los lados. Parecían las alas de un pelícano gigante.

-Bueno -dijo-. Si todos estamos de acuerdo en que la situación es desesperada, y lo es, se lo aseguro, entonces quizá debemos tomar medidas desesperadas.

- ¿Como cuáles?

-Existen determinados procedimientos experimentales. Son un recurso muy inusual. De hecho, me siento obligado a decirle que nunca se han intentado, al menos no en seres humanos. Pero, como le digo, estamos ante un caso totalmente inusual. La decisión será suya, y se lo advierto: no será fácil de tomar.

Kate miró a Scott, perdido y solo en su pesadilla. Saramaggio miraba el techo, en su pose indiferente había una especie de energía reprimida, casi como si temiese que, si los miraba, ambos fuesen capaces de leerle la mente.

En la cola de la cafetería, Scott empujó lentamente la bandeja sobre la superficie metálica sin darse cuenta de que estaba impidiendo que la cola avanzara. Se dirigió a una de las cajas y sacó el dinero para pagar, pero estaba cerrada; luego encontró la caja correcta y pagó el café. Se sentó a una mesa, en un rincón, y contempló el vaso de plástico, el líquido marrón en su interior. Luego miró a través de la ventana hacia la progresiva oscuridad del anochecer.

No sabía qué hacer. Estaba agotado y confuso; se sentía incapaz de reaccionar, incapaz de pensar. No podía tomar siquiera la decisión más simple: ¿debía quedarse en el hospital o marcharse a casa? Odiaba ese lugar y, sin embargo, no quería estar en ninguna otra parte.

Un poco de tiempo y espacio lejos de allí para poder pensar, eso era lo que necesitaba. ¿Y qué debía hacer con respecto a la propuesta de Saramaggio? ¿Cómo podía pensar en marcharse? Tyler se encontraba arriba, en la sala de cuidados intensivos de la sexta planta, y

Scott tenía que estar junto a él. Tenía que estar a su lado aunque no pudiese verlo porque no le permitían entrar en la sala. Saramaggio le había dicho que Tyler pasaría la noche allí, en una habitación aislada, totalmente aséptica. En esa etapa del proceso, el enemigo era la infección, eso le había dicho. Enemigo. Saramaggio había empleado una serie de metáforas bélicas cuando presentaba el caso antes de la operación. Palabras como «ataque», «retirada» y «rendición». El célebre neurocirujano no era precisamente un hombre agradable, pero a Scott eso no le importaba. Lo único que quería era que fuese el mejor neurocirujano del mundo. «No me importa si es el mayor hijo de puta del mundo. No me importa si cree que es un jodido general, siempre que sea el mejor hombre para hacer este trabajo.»

Scott sabía que Saramaggio le estaba presionando para que autorizase la operación, a pesar de sus intentos por parecer indiferente. Había admitido que se trataba de una operación que nunca se había hecho antes. Probablemente estaba ansioso por intentarlo. Tal vez buscaba la fama con desesperación; una operación de esas características seguramente le reportaría una enorme publicidad. ¿Cuál era la palabra que había utilizado? «Procedimientos.» Era absurdo, ¿cómo era posible relegar a la categoría de procedimiento algo que jamás se había hecho antes?

Reprimió una creciente oleada de ira y repasó todo lo que el cirujano le había explicado. La pieza de metal había penetrado tan profundamente en la porción subcortical del cerebro que ya había provocado un daño considerable. ¿Cuánto exactamente? Era imposible decirlo. En circunstancias normales, un daño de esa naturaleza sería irreversible, y aún podía llegar a serlo. Ésas habían sido sus palabras, y golpearon a Scott como una ráfaga de ametralladora. Pero... Un débil rayo de esperanza, un débil rayo junto a la orilla al que poder aferrarse... Pero recientemente -y en ese punto Saramaggio había medido sus palabras con mucho cuidado, como un joyero que coloca pequeños pesos en una balanza-, recientemente se habían producido descubrimientos muy importantes en el campo de la neurobiología; descubrimientos tan asombrosos que aún no se habían comprendido sus implicaciones. Entre otras cosas, esos descubrimientos podían hacer posible un tratamiento radical de las lesiones cerebrales y espinales.

El descubrimiento, había dicho Saramaggio, eran las células madre. Las células de construcción básicas, células que aún no se han diferenciado para convertirse en células de la piel, células hepáticas o células del estómago. Saramaggio le explicó que no se trataba de las células madre de los embriones que habían ocupado los titulares de los periódicos; estas células madre habían sido descubiertas en las profundidades de los sistemas nerviosos centrales de los animales y luego en los humanos. En las bandejas del laboratorio habían hecho cosas maravillosas: habían sido inducidas a desarrollarse en neuronas, las células cerebrales básicas, y células gliales o de la neuroglia, células que constituyen el «pegamento» del cerebro. Y como procedían directamente del paciente, era una unión perfecta.

-Lo que estamos proponiendo en este caso es un procedimiento doble -había dicho Saramaggio-. Extraemos células madre del cerebro, que luego serán cultivadas en el laboratorio. Cuando se hayan desarrollado completamente, las reimplantaremos en el paciente. Y luego volveremos a poblar la zona afectada con células activas.

- ¿Se ha intentado eso antes? -había preguntado Scott.

-Como ya he dicho, sólo en animales, concretamente en ratas. Pero hemos obtenido buenos resultados. « ¡Ratas!», había pensado Scott entonces. « ¡Ratas!» Reprimió un estallido de cólera.

- ¿Y qué pasa con mi hijo mientras tanto? ¿Cómo puede asegurarme que seguirá con vida?

Saramaggio había hecho una pausa por primera vez. -Ésa es la parte delicada -le había contestado-. Contamos con su propio sistema para que lo mantenga con vida. Pero, si falla, tenemos otro recurso. Uno de mis colegas, el doctor Cleaver, ha desarrollado un ordenador que puede ayudar al cerebro. El aparato controla la actividad en el metencéfalo, concretamente en la médula, que se encarga de regular las funciones corporales vitales, in-

cluida la respiración, el ritmo cardíaco y el funcionamiento gastrointestinal. Si se produce algún problema, el aparato puede enviar impulsos eléctricos a los núcleos específicos, que son racimos de neuronas, para que el sistema vuelva a funcionar.

Scott no podía creer lo que Saramaggio le dijo a continuación. La arrogancia con que lo dijo.

-En la médula, por cierto, fue donde impactó la bala que acabó con la vida del presidente Kennedy. Por esa razón no había ninguna esperanza para él. Pero actualmente, o quizá dentro de pocos años, podríamos haberle salvado la vida. Siempre que, naturalmente, tuviese la buena suerte de que lo trasladasen al St. Catherine.

Buena suerte. Scott había sentido que la furia subía como la bilis hacia la garganta. Pero sabía que debía contenerse en nombre de su hijo; estaba más interesado en llegar a la decisión acertada para Tyler. Había formulado la pregunta fundamental que rondaba por su mente: ¿Tyler estaba sufriendo?

-En absoluto -contestó Saramaggio-. Créame, su hijo no tiene ni idea de lo que está pasando. Es como si estuviese durmiendo en un bote de goma en medio de un lago un día sin viento.

Por una vez, el sincero entusiasmo del cirujano resultó alentador.

Saramaggio había dicho que la Junta de Revisión Institucional se reuniría a la mañana siguiente para aprobar la operación y que a él le llevaría uno o dos días prepararla. Scott tenía toda la noche para pensarlo y llegar a una decisión con respecto a autorizar la operación de Tyler.

La cafetería estaba prácticamente vacía. Bebió un trago de café. Nunca había echado tanto de menos a Lydia como en ese momento. ,

Una sombra se proyectó sobre la mesa, engullendo el vaso de plástico.

- ¿Le importa si me siento con usted, o preferiría estar solo? Si es así, lo comprendo.

Alzó la vista. Era aquella cirujana, la mujer que se había mostrado tan comprensiva con él. Estaba de pie junto a la mesa con una taza en la mano.

Hizo un gesto para que se sentara en la silla frente a él. Actuaba siguiendo un atávico sentido de la amabilidad; para ser sincero, quería estar solo.

Ella se sentó, se acomodó en la silla y miró el vaso de plástico de Scott.

-Es horrible. Él asintió.

Ella se sonrojó.

-Me refería al café. Tan flojo.

Distraído, Scott alzó ligeramente la barbilla para denotar que había entendido.

-Ah, doctora... -Willet. Kate Willet. -Doctora Willet, permítame hacerle una pregunta. -Adelante.

-Esa junta de revisión, la que debe reunirse mañana, ¿con qué frecuencia lo hacen, quiero decir, reunirse para decidir si una operación debe llevarse a cabo o no?

-Raramente. Muy raramente. Llevo aquí sólo unas cuantas semanas, de modo que resulta difícil decirlo. Pero en el hospital en el que estaba antes, en San Francisco, sólo ocurrió cinco veces en diez años. Una vez debido a un trasplante de corazón que era muy especial (implicaba la implantación de una nueva clase de válvula temporal) y, en otra ocasión, por un nuevo método de reparación de aneurismas. La junta tenía que dar su aprobación para ambas intervenciones. Sucede siempre que hay algo nuevo en cualquiera de las tres áreas: procedimiento, equipo o técnica.

- ¿Y en este caso?

Ella lo miró directamente a los ojos. -En este caso, las tres áreas son nuevas.

Scott asintió y miró el café, ya frío. Ambos permanecieron en silencio durante unos minutos. Finalmente, fue ella quien habló.

-Creo que debería saber (espero que el doctor Saramaggio lo haya dejado claro) que esta

operación es revolucionaria. Jamás se ha hecho antes... nada semejante se ha intentado con antelación. De modo que estamos pisando territorio desconocido. Sé que usted está tratando de evaluar las probabilidades, pero eso es imposible en una situación como ésta.

-No se trata de una partida de póquer. Es la vida de mi hijo.

??-Lo sé. -Y añadió suavemente-: Puedo ver cuánto lo ama.

Él apartó la vista con los ojos llenos de lágrimas.

-Si usted supiera... -dijo, y miró a través de la ventana.

Volvieron a quedarse en silencio.

-Si sólo hubiese alguna forma de que Tyler volviese -dijo.

Sus palabras le resultaron estúpidas, pero no le importaba. Eso era lo que sentía.

Ella asintió.

-Sé cómo debe de sentirse. - ¿Lo sabe? -preguntó él.

-Bueno, no exactamente. Creo que es diferente para cada persona.

Él la miró de hito en hito. Luego volvió a mirar por la ventana. Después, nuevamente a ella.

- ¿Qué sucedió en su caso?

-Era mi madre. Ella me crió... sola. Mi padre murió en Vietnam cuando yo era muy pequeña y ella nunca volvió a casarse. El amor de su vida y todo eso. Era maestra en una pequeña ciudad en Washington y, hace algunos años, tuvo un accidente. Se cayó de una escalera: estaba limpiando los canalones del tejado de nuestra casa, aunque no lo crea, y se golpeó la cabeza. Nunca consiguió recuperarse del todo. Fue muy duro, por supuesto. Recuerdo lo que me dijo un médico una vez...

- ¿Qué?

-Un día el médico me llevó aparte y dijo que debía dejar de pensar en cómo había sido mi madre antes del accidente, que tenía que dejar de compararla con lo que había sido. Que no debía pensar: ella puede hacer el sesenta por ciento de lo que solía hacer, ella sabe la mitad de las palabras que sabía. En cambio, debía verla como alguien diferente de una manera elemental. Ella había cerrado un capítulo y ahora estaba embarcada en una nueva vida. Y lo que era verdaderamente importante era esa nueva persona en la que mi madre se estaba convirtiendo y que pudiera llegar a ser el cien por cien de esa nueva persona.

»No sé si alguna vez lo creí realmente, pero parecía ayudar cuando pensaba en ello en esos términos. Y mi madre se recuperó, gradualmente, casi hasta alcanzar el cien por cien. Pero como ya le he dicho, cada caso es diferente.

- ¿Y ahora? ¿Aún vive?

-No. Murió el año pasado... Cáncer. -Lo siento.

-No. Yo lo siento. -Bajó la voz, avergonzada-. No debería hablar de mí misma.

-No debe lamentarlo. Ayuda.

Eso había sido sincero. Ayudaba, aunque sólo fuese momentáneamente.

Apartó el vaso con el resto de café y se levantó. Ella también.

-Puede irse a casa. No hay nada que pueda hacer aquí. También podría tratar de dormir un poco. Mañana será un día muy duro, sea cual sea su decisión.

-Odio tener que marcharme. Sólo me gustaría poder verlo.

Ella no lo dudó un momento.

-Venga conmigo -dijo, girando sobre sus talones.

Lo llevó en el ascensor hasta la sexta planta, luego abrió con su llave un cuarto que servía de almacén y encendió la luz. En una estantería había montones de vestimenta quirúrgica, perfectamente planchada.

-Póngase una de ésas, una mascarilla y un gorro. Nos encontraremos en el corredor.

Kate lo acompañó a través de las puertas dobles hasta el área de quirófanos, recorrieron un largo pasillo y atravesaron otras puertas dobles situadas a la izquierda. Entraron en la sala de cuidados intensivos y pasaron junto a media docena de pacientes, la mayoría de ellos inmóviles y con los ojos cerrados, rodeados por una serie de aparatos que zumbaban y

lanzaban pitidos cada pocos segundos. Tres enfermeras se movían silenciosamente entre las camas. Una mujer mayor, con el pelo gris y rizado alrededor de la cabeza como si fuese un halo y un tubo que le sobresalía de la boca, los observaba ojo avizor.

Kate abrió una puerta y le hizo señas de que avanzara hacia una habitación débilmente iluminada.

-Trate de no respirar demasiado cerca de él. Luego se marchó.

Tyler yacía en una cama que estaba parcialmente elevada, de modo que su espalda quedaba reclinada sobre una almohada. Debajo de las piernas tenía otra almohada. Scott tardó unos instantes en acostumbrarse a la oscuridad de la habitación, de modo que no reparó al instante en que el torso de su hijo estaba sujeto con correas a la cama. La cabeza de Tyler estaba inmovilizada por un tensor, de modo que no podía moverla hacia ningún lado. La tenía completamente vendada y parecía un enorme globo. El extremo de la pieza de escalada, también oculta debajo del vendaje, era apenas una leve protuberancia. Una luz de noche permanecía encendida encima de la cama y arrojaba un brillo mortecino sobre el blanco inmaculado de los vendajes.

Scott se acercó sin hacer ruido, como si temiese despertarlo. Se inclinó sobre la cama y miró el rostro de Tyler, que parecía comprimido bajo las vendas. Le sorpreñdió la forma en que el vendaje eliminaba todos los rasgos. Era impresionante; su hijo parecía una criatura extraña, una momia hinchada. Luego Scott se concentró en sus rasgos uno por uno, las largas pestañas en los ojos cerrados. ¿Por qué tenía esos hematomas alrededor de los ojos? La nariz fuerte, los labios carnosos que solían ser tan expresivos que siempre anticipaban una broma. Esa parte aún estaba allí, tan familiar, tan... tan indescriptiblemente amada.

Cogió la mano de su hijo, la apretó con fuerza y pensó por un momento que él también sentía una ligera presión. ¿Tyler le estaba apretando la mano? No. Y entonces Scott se percató de que mientras permanecía junto a la cama de su hijo estaba llorando. Se dio cuenta de que llevaba varios minutos llorando, pero no había sido consciente de ello, como si le hubiese estado sucediendo a otra persona. Podía sentir las lágrimas que bañaban sus mejillas y su cuerpo estremecido por los sollozos. Permaneció allí mucho tiempo, sosteniendo la mano de su hijo y llorando.

Cuando abandonó la sala de cuidados intensivos, Kate se había marchado. Dejó la vestimenta médica en un cesto de ropa sucia, pulsó el botón del ascensor hasta la planta baja, atravesó el vestíbulo y salió a la calle.

Una vez fuera, le sorprendió descubrir que ya era noche cerrada.

Scott volvió a casa andando, bajando por el East Side y luego atravesando la ciudad hasta llegar a su loft en la calle Veintiocho oeste. Era domingo por la noche. Las calles se estaban llenando de coches con gente que regresaba del fin de semana, y en los restaurantes no había una sola mesa libre; pero él no reparó en nada de eso, ni siquiera podría haber dicho qué día de la semana era. Pasó junto a la tienda que había al lado de su edificio y que vendía muebles usados, antaño una próspera peletería -el nombre «Hermanos Lieberman» aún podía leerse en la luna del escaparate- y entró en el espacioso vestíbulo. Al final del corredor se encontraba el gran ascensor, originariamente utilizado como montacargas. Sintió un destello de memoria; hacía algunos años le había enseñado a Tyler cómo utilizarlo, y tuvo una visión del niño de pie en la enorme caja, estirándose sobre las puntas de los pies para tratar de alcanzar el botón del cuarto piso.

Era extraño estar en casa. Cometa se abalanzó sobre él, las patas rascándole los muslos, la cola agitándose con violencia. Scott le acarició la cabeza, luego se sentó en el suelo y lo abrazó. De pronto, el perro era importante para él de un modo que nunca lo había sido antes. Se levantó, buscó el recipiente de Cometa y lo llenó de comida. Miró a su alrededor; todo estaba en su sitio: los platos del desayuno en el fregadero, el periódico donde lo había dejado, en el suelo junto al sofá, las estanterías atestadas contra la pared de ladrillo. En la parte trasera se encontraba su laboratorio; la puerta estaba abierta y encima de la mesa de ampliaciones había un montón de copias; detrás de ella se veía una estantería con productos químicos con

Librodot

los nombres escritos claramente de su puño y letra. ¿Cuántas veces le había advertido a Tyler que no debía acercarse a ellos?

Sintió un retortijón en el estómago, hambre probablemente, pero no quería comer nada. En cambio, se dirigió al armario de madera que había debajo del equipo de música, sacó una botella de J&B y se sirvió medio vaso de whisky. Bebió un largo trago. En ese momento recordó algo: una amiga ocasional había dejado un paquete de cigarrillos en la mesilla de noche. Fue al dormitorio y encontró un paquete arrugado de True Blue. Regresó a la sala de estar y encendió uno, reteniendo el humo en los pulmones como solía hacerlo en la época en que fumaba. Tuvo un acceso de tos, se sintió mareado y tuvo que sentarse. Habían pasado más de cinco años desde el último cigarrillo.

Bebió otro trago de whisky. Miró a su alrededor. Qué extraño resultaba que todo pareciera en orden, todos los artefactos y los vestigios de una vida normal: las sillas, los libros, las lámparas, como si no fuese cierto que todo el universo había sido absorbido por*un agujero negro y hecho pedazos.

En un rincón brillaba una pequeña luz, la del aparato de vídeo. La miró, se olvidó de ella, bebió otro trago de whisky y le dio otra calada al cigarrillo. Ahora pudo retener el humo en el pecho y sintió que le quemaba los pulmones. La sangre corría velozmente por sus venas. Estaba solo, completamente solo, el último hombre en el agonizante rescoldo de un mundo.

Entonces hizo lo que sabía que iba a hacer. Se levantó y fue hasta la puerta de la habitación de Tyler, la abrió y entró. El cuarto estaba en penumbra, pero no quería iluminarlo; no quería ver los objetos, sino quedarse simplemente en su presencia, sentirlos. Percibió el olor de su hijo. Vio el póster de Trainspotting, una pila de deberes, informes, cartas y un ejemplar de Las aventuras de Huckleberry Finn en el suelo, junto a la cama sin hacer. Cómo le había gustado a Tyler ese libro, lo cual había llenado de orgullo a su padre. También había un montón de ropa sucia. Recogió una camisa, se la llevó a la cara y respiró profundamente.

Abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Luego llevó a Cometa a dar un paseo alrededor de la manzana. El perro tiraba con fuerza de la correa, dispuesto a retozar.

Regresó a su habitación, se desvistió y se sentó en el borde de la cama. Pensar en Tyler como en otra persona, eso había dicho ella; pensar en él teniendo que convertirse en el cien por cien de una nueva persona. Lo intentó. No pudo. Era imposible. Tyler era Tyler. Él quería que regresara... entero.

Se durmió al cabo de unos minutos, pero se despertó una hora más tarde. Los números rojos del reloj brillaban a escasos centímetros de su cara. Se levantó, acabó el whisky que quedaba en la botella y caminó por el espacioso loft. Mientras caminaba comenzó a tocar cosas, el borde de una estantería, el respaldo del sillón, el pomo de la puerta de la cocina. Recorrió ese círculo una y otra vez, tocando los mismos objetos en los mismos lugares. Repitió la ceremonia durante varias horas.

Luego regresó a su habitación e intentó volver a dormir, pero no pudo. Las sábanas se enredaban entre sus piernas, la manta parecía demasiado pesada. Los números rojos seguían brillando en la oscuridad. Sintió un peso, como si el techo lo estuviese aplastando. Finalmente, cuando los números indicaban las cinco de la mañana, volvió a conciliar el sueño. Tuvo pesadillas, una tras otra: asesinos que lo perseguían, perros rabiosos que saltaban sobre él desde detrás de los árboles, su propia madre tratando de matarlo, una mansión de fantasmas que vivían en mil habitaciones vacías. Se despertó bañado en sudor.

Y en cuanto abrió los ojos volvió a sentir ese peso terrible sobre todo el cuerpo y la presencia que se había instalado en su mente: la conciencia del accidente. Ese conocimiento lo invadió como el agua que entra en un barco que se hunde.

Pero, al menos, en algún momento de esa noche interminable había tomado una decisión: permitiría que Saramaggio llevara a cabo la operación. A la luz tenue del amanecer, lo vio claro. No había otra alternativa.

A la mañana siguiente, Cleaver condujo a través del puente George Washington y se

adentró en los brumosos suburbios de Nueva Jersey. El tráfico era denso, de modo que, para matar el tiempo, mantuvo ocupada su mente con una de sus fantasías sexuales favoritas. Estaba desnudando a una mujer en una habitación blanca con mesas de acero inoxidable, pero ella no era exactamente una mujer; era una cyborg. Y era bellísima. La piel, o lo que pasaba por ser su piel, brillaba y resultaba plástica al tacto, si bien contenía una fina trama de alambre que la volvía agradablemente cálida a las caricias. Tenía implantados receptores sensoriales que le permitían responder con una respiración agitada cuando él le quitaba la blusa y apoyaba las manos sobre sus pechos perfectos, duros y turgentes. Su respiración se convertía en suaves gemidos cuando él deslizaba las manos debajo de la falda.

Cleaver estaba excitado. Levantó la vista, su coche se deslizaba hacia el parachoques del vehículo que tenía delante. Clavó los frenos. Mierda. Sería, mejor que se concentrase en conducir. Apartó a la cyborg de su mente, lamentando verla partir. No importaba cuántas veces se permitía entregarse a esa fantasía, nunca dejaba de excitarle. Al principio se había sentido un tanto avergonzado, incluso ante sí mismo. Pero nunca había sido un hombre afortunado con las mujeres, de modo que había decidido fabricar una en su mente. A lo largo de los años la había perfeccionado, puliendo cada uno de los detalles: la proyección de la barbilla, el brillo de la mesa de metal, la forma en que su pelo negro rozaba sus hombros. Lo que resultaba tan excitante, reconocía, era el hecho de que ella era una máquina diseñada para servirlo sumisamente.

Después de superar con lentitud los últimos metros del puente, enfiló hacia Palisades, luego cogió la primera salida, giró a la derecha en el semáforo y recorrió los deprimentes bulevares de Englewood Cliffs. La tarde era cálida y, de vez en cuando, el sol conseguía abrirse paso entre la niebla para salpicar de luz las aceras. Conocía el camino, y pronto se encontró en una zona de casas idénticas y caminos particulares sinuosos y elegantes. El paisaje le resultaba estimulante: ligeros desniveles en la carretera, bosquecillos frondosos, grupos de pinos abrazando los arcenes, todo ello creado para encajar en la visión que tenía un arquitecto de la vida rústica. Le gustaba la artificialidad de todo el conjunto.

Detuvo el coche delante de la única casa que destacaba del resto por los evidentes signos de abandono. Nada grave; la casa, grande y de una sola planta, era de ladrillo indestructible, sólo una acumulación de pequeños insultos: hojas fétidas atascando los canalones, manchas de agua en las persianas blancas de plástico, un prado con la hierba sin cortar y salpicada con fantasmales coronas de amargones. «Cómo debe de fastidiar todo esto a los vecinos», se dijo Cleaver mientras recorría un sendero de lajas agrietadas.

Tuvo que golpear varias veces antes de que le abriesen la puerta. Un joven, vestido con una camiseta estampada y unos pantalones sucios, lo miró ligeramente confundido y luego se retiró sin decir nada. Cleaver entró en la sala de estar. La alfombra de pared a pared estaba cubierta de muebles vacíos, papeles y libros. Había un televisor encendido -un anuncio de un coche que giraba velozmente en una esquina haciendo chirriar los neumáticos- y, desde un rincón, llegaba el sonido de un CD con música tecno. Pudo sentir el ritmo repetitivo en sus pies y subiendo por sus piernas. Le molestó. Cruzó la habitación y recorrió un largo pasillo. A la derecha había un dormitorio lleno de jóvenes. Una nube de humo flotaba encima de sus cabezas. Echó un vistazo al interior: seis o siete hombres y mujeres sentados en dos camas y en sillas. Sólo uno de ellos alzó la vista con expresión vacía. Cleaver no reconoció a ninguno de ellos. Continuó por el pasillo hasta que llegó a una puerta y la abrió. Era el dormitorio principal. Las cortinas estaban corridas pero la habitación no estaba oscura. Una lámpara halógena proyectaba una luz intensa sobre una de las paredes y parte del techo, y había tres pantallas de ordenador encendidas que brillaban con un resplandor tenue. Vio dos colchones desnudos en el suelo, grises con rayas azules y grandes manchas marrones. Las esquinas de la habitación se perdían en las sombras.

Encontró a Quincy sentado delante de uno de los ordenadores, el rostro reflejando el brillo fantasmal de la pantalla. Éste alzó la vista, murmuró algo ininteligible y volvió a

concentrarse en la pantalla. Resultaba difícil leer su expresión en la penumbra, pero parecía irritado por la interrupción.

-Te dije que vendría. -Sí, de acuerdo.

Cleaver esperó un momento. Quincy continuó concentrado en el teclado.

-No he hecho este largo viaje para ver cómo prácticas la piratería informática -dijo.

Quincy volvió a mirarlo, pulsó unas cuantas teclas y cerró el programa.

Mierda.

Cleaver se preguntó si estaba destruyendo un virus o bien creando uno.

- ¿Qué ocurre?

Quincy hizo un gesto con la mano.

-Tengo muchas cosas que hacer -respondió, en tono irritado-. No eres tú el único que trabaja, ¿sabes?

El joven tenía el rostro afilado y el pecho hundido, lo cual le confería un aspecto de extrema fragilidad. Largos mechones colgaban del centro de la cabeza y rebotaban en sus pómulos cuando la giraba, lo que hacía con frecuencia, con movimientos bruscos, como si fuese un pájaro. Un persistente caso de acné enrojecía sus mejillas y hacía que pareciera dispéptico.

-Pero quiero ver cómo va el proceso.

-Y yo te dije que prefería esperar. Aún no está terminado.

-Será mejor que lo acabes pronto. De todos modos, quiero verlo.

Quincy suspiró, se levantó y sujetó una larga cadena con llaves a su cinturón. Dejó los terminales en funcionamiento, salió por la puerta sin decir palabra y apagó las luces, haciendo que Cleaver lo siguiera con pasos vacilantes por la habitación apenas iluminada.

Quincy se dirigió a la habitación que había en el pasillo y Cleaver entró tras él. Ahora pudo verlo bien: había cuatro chicos y dos chicas, acostados en dos camas situadas la una frente a la otra. Dos de ellos yacían de espaldas con las cabezas apoyadas contra la pared. Los otros bebían cerveza en lata y se pasaban un porro. Cleaver notó el olor acre de la marihuana. Ellos apenas repararon en él, demasiado enfrascados en la conversación como para preocuparse por su presencia. O demasiado colocados.

-Moravec es el pensador del siglo -comentó uno que parecía un cabeza rapada-. Será reconocido dentro de muchos años cuando la gente vuelva la vista atrás. Darwin y Einstein, fundidos en uno.

El chico que antes había alzado fugazmente la vista estaba sentado a su derecha, trabajando en un ordenador colocado sobre una tabla apoyada en dos caballetes. Se había quitado la camisa y en la espalda lucía un tatuaje de un cuerpo desgarrado; mostraba la carne abierta hacia fuera, exponiendo alambres y varillas, estilo cyborg. Era extrañamente realista, pensó Cleaver, como si la piel hubiese sido arrancada para mostrar las entrañas de una máquina. Cleaver miró la pantalla por encima del hombro del muchacho. Alguien, en alguna parte, acababa de escribir una oración:

Mi pelo se extiende como los rayos del sol mientras tú te arrodillas a mi lado junto a la cascada.

El muchacho le respondió:

Sí, sí. Y entonces...acaricias suavemente mi mejilla y luego, con dulzura, colocas tu mano sobre mi sexo.

Cleaver reconoció el estilo pomposo, la mojigatería casi victoriana del sexo escrito. El chico se removió en la silla y comenzó a teclear. Cleaver no pudo leer su respuesta. El chico pulsó una tecla, se volvió y cogió una lata de cerveza. Bebió un largo trago y le sonrió a Cleaver, cosa bastante extraña. El cabeza rapada seguía disertando con una farragosa intensidad.

-Ahora bien, Moravec habla del universo posbiológico. La nueva forma de vida cibernética nos dejará atrás a todos. Se volverán cada vez más complejos y procrearán y nos

dejarán hundidos en el polvo. No tendremos ninguna posibilidad.

- ¿Seremos esclavos?

-A menos que nos unamos a ellos. - ¿Y cómo lo haremos?

-Tendremos que descargar nuestras mentes en ordenadores, conectarnos y dejar nuestros cuerpos atrás. -Pensaba que ése era Kurzweil -dijo una chica que estaba sentada con las piernas cruzadas-. Él dice que dentro de veinte años los ordenadores llegarán a ser más inteligentes que nosotros. De modo que sólo es cuestión de tiempo. Si queremos sobrevivir tenemos que conectarnos con ellos de alguna manera. Es el próximo gran paso en el camino de la evolución.

-No me jodas -replicó un joven delgado como un raíl-. Puedo ver a una máquina follando, pero ¿cómo consigues bebés máquinas?

-Eso es Moravec -dijo el cabeza rapada-. Él lo explica. Tú descargas tu conciencia humana en un ordenador. Un cirujano robot te quita el cerebro. Ellos realizan una resonancia magnética de alta resolución para crear una imagen de tu cerebro. Lo hacen trozo a trozo y capa a capa, deshaciéndose del cerebro una vez que han terminado. Hasta que, finalmente, la caja craneal está vacía. Entonces simplemente desconectan el soporte vital y tiran tu cuerpo. - Igual que Hannibal Lecter-comentó el chico delgado. Todos se echaron a reír.

-Fred, eres un gilipollas -dijo la chica. Quincy se inclinó sobre la segunda chica.

-Tengo que ir a la ciudad -dijo-. Puedes llevar el coche a J y R. Pero no vuelvas a destrozarlo, joder.

Ella se limitó a gruñir.

Cuando atravesaron la puerta principal, Quincy se desabrochó su camisa de trabajo azul bajo la luz del sol, miró a ambos lados de la calle y se volvió hacia Cleaver. Llevaba un casco de motorista en la mano derecha.

-Divertido, ¿no? Me refiero a esa mierda de discusión. Si ellos supieran...

Era más rápido cruzar el puente desde el lado de jersey. Quincy iba delante en su motocicleta, la camisa ondeando al viento, mechones de pelo agitándose diabólicamente debajo del casco. Cleaver conducía su coche y lo seguía, irritado. Para empezar, le molestaba tener que seguir a alguien. Y seguir a una motocicleta hacía que se sintiera estúpido. Quincy podía deslizarse fácilmente entre los coches y adelantarse hasta casi perderse de vista, lo que hacía de vez en cuando. Luego reducía la velocidad y miraba por encima del hombro hasta que Cleaver lo alcanzaba. La única razón por la que Cleaver había ido a Nueva Jersey era para asegurarse de que Quincy se presentaría. Cabrón inestable. Todos lo eran en esa comuna, piratas informáticos pirados que se reunían para colocarse con su misticismo milenario y sus chorradas tecnófilas. Odiaba tener tratos con esos chalados. El único problema era que todos ellos eran jodidamente inteligentes. No había ningún cortafuego que no pudiese superar, ningún programa que no pudiesen inventar. Y Quincy era el más inteligente de todos.

Cogieron la Henry Hudson en dirección a la autopista del West Side y giraron a la izquierda en Canal, atravesando la ciudad junto a todos los mercadillos al aire libre. Quincy pasó a toda velocidad por Chinatown, se detuvo en el Bowery y apagó el motor. Cleaver aparcó detrás de él. Cerró el coche con el mando a distancia y oyó los pitidos de respuesta. El bordillo estaba cubierto de cristales. Siempre lo ponía nervioso dejar su Lexus en la calle, especialmente en el centro.

Recorrieron media manzana, pasaron junto a dos tiendas vacías, hasta llegar a un edificio de seis pisos. Dentro, en el vestíbulo, había un panel con botones negros. En uno de ellos se leía «Braintrust».

Quincy sacó una llave para abrir la puerta interior, que era de acero reforzado.

-Acompáñame. Verás lo que estás consiguiendo con tu dinero.

Mantuvo la puerta abierta sólo unos pocos centímetros, de modo que Cleaver tuvo que empujarla. Era sorprendentemente pesada.

Subieron tres tramos de escalera; Quincy, salvando rápidamente los escalones sin usar

la barandilla. Cleaver comenzó a sentir una de las oleadas de intenso disgusto que experimentaba cada vez que estaba con Quincy.

'-No tan deprisa -dijo.

Pero Quincy superó el descanso que había delante de él y comenzó a subir el siguiente tramo sin detenerse.

En el cuarto piso, para cuando llegó allí, respirando agitadamente, Cleaver encontró una puerta abierta y entró. Quincy ya había abierto las ventanas. De uno de los lados de la habitación llegaban unos ruidos extraños: una puerta que se estremecía en sus goznes, y detrás de ella, algo rascando furioso. Cleaver se asustó. Un animal grande. Quincy lo había encerrado en la habitación contigua. -Un mastín -dijo Quincy-. Un seguro barato.

-Pero ¿quién lo cuida?

-Yo -respondió, encogiéndose de hombros-. Cuando estoy aquí. Es mejor si la gente sabe que tienes uno.

Le dijo a Cleaver que evitase los movimientos bruscos y abrió la puerta. Un enorme perro, gris y flaco, salió disparado hacia Quincy y luego olfateó los pantalones de Cleaver. Dio varias vueltas alrededor de la habitación y se detuvo ante la mano extendida de Quincy, la lamió y acabó por instalarse junto a la puerta.

Cleaver sacudió la cabeza. Quincy estaba irritado.

-Mira, no es el Waldorf, de acuerdo. Pero es barato, no deberías quejarte.

-No lo hago. Es sólo que ese perro huele a mierda de mono.

- ¡Mierda de mono! ¿De dónde sacas esas cosas? Cleaver se contuvo y no dijo nada. No tenía sentido empezar una discusión en ese momento.

Quincy se dirigió a la parte trasera de la habitación. -Bueno, qué importa... ¿quieres verlo o no?

-Por supuesto. Por eso estoy aquí.

Con un gesto ligeramente teatral, Quincy abrió la puerta de par en par. Cleaver vio que tenía un revestimiento metálico.

-Tachán -canturreó Quincy, con ironía.

Cleaver contuvo el aliento y entró en la otra habitación. En el instante en que cruzó el umbral sintió una oleada de excitación ante lo que veía. Todo este tiempo... Quincy realmente lo había estado construyendo. Sintió una punzada de culpa: y pensar que dudaba de él.

El laboratorio era grande y estaba bien ventilado, dos pisos unidos de modo que las paredes de ladrillo tenían ocho metros de alto y la luz natural se filtraba a través de dos hileras de ventanas. Debajo de ellas había cuatro largas mesas de trabajo cubiertas de cables, alambres, placas de memoria, amplificadores y recipientes llenos de chips. A lo largo de una de las paredes se veían dos enormes bóvedas cilíndricas que parecían máquinas de resonancia magnética cortadas, completadas con camillas rodantes de plástico. En su interior había grandes cascos con visores, metidos en capullos de alambres.

Quincy palmeó una de las máquinas.

-El primer estimulador-receptor craneal totalmente operativo. Es jodidamente genial.

Cleaver estaba impresionado, aun a su pesar. Le había entregado a Quincy montones de dinero -no le había resultado difícil desviar de Pinegrove fondos destinados a subvenciones- y le había proporcionado ayudantes y tiempo, mucho tiempo. Pero, de alguna manera, él jamás le había correspondido generando la confianza necesaria. - ¿Funciona?

Casi no se atrevió a hacer la pregunta.

Quincy no le contestó de inmediato. En cambio, se ocupó de manipular unos botones y comprobar las conexiones. Actuaba como si Cleaver no estuviese allí.

Cleaver repitió la pregunta. Quincy frunció el ceño. -Bueno, no lo sabremos hasta que no lo hayamos probado, ¿verdad? Pero una cosa es segura. Es mucho mejor que esas jodidas gafas espaciales que usan en Pinegrove. ¿Siguen haciendo experimentos con esos pacientes?

¿No es ilegal o algo por el estilo?

Cleaver lo ignoró.

- ¿Cuándo estará terminado? Quincy se encogió de hombros.

«Está representando el papel de inventor temperamental -pensó Cleaver-. Intenta que lo adule.»

-Tengo que reconocer... nunca pensé que... - ¿Sí?

-Bueno, que llegarías tan lejos. Quiero decir, no hay duda de que parece impresionante.

- ¿Parece impresionante? Es impresionante.

Quincy se acercó al tubo, le dio unas palmadas y miró en su interior.

-Mira esto -dijo.

Introdujo la mano y desabrochó uno de los cascos, lo sacó y lo depositó sobre una mesa. El objeto se apoyó con un ruido sordo. El casco presentaba lo que parecía ser una careta protectora en la parte delantera, sujetando dos discos cóncavos similares a unas hueveras.

-Aquí dentro -dijo Quincy, tocando el costado del casco- hay quinientos mil electrodos de grabación, extremadamente sensibles. Están dispuestos en un diseño plano, hexagonal. Son como los que utilizaste antes en tu receptor magnético transcraneal, sólo que mucho mejores. Su capacidad para registrar las transmisiones sinápticas eléctricas es cinco veces mayor. Las señales que capta también son más profundas, a lo largo de todo el tronco cerebral. Cubre el noventa por ciento del cerebro.

-El noventa por ciento -repitió Cleaver-. ¿Qué es lo que falta?, ¿la parte posterior del cerebelo?

-Así es.

-Y esa parte se encarga de la coordinación motora fina. De modo que no la necesitamos.

-Exacto.

- ¿Cuál es el principio operativo?

-Trabaja como tu tomógrafo de resonancia magnética, sólo que mejor. Lo he revestido con un material que reduce la interferencia del cráneo. Los electrones móviles en el cerebro crean un campo magnético que es recogido por los electrodos. La actividad cerebral es registrada y escaneada en un modelo neuronal en esta pantalla. -Señaló con la cabeza una consola de ordenador que había a un lado. Luego tocó las hueveras-. Aquí está el verdadero descubrimiento. El escáner nos permite leer el cerebro y ver lo que está haciendo. Pero ¿cómo podemos enviar mensajes de regreso? Para eso están estas pequeñas criaturas. Cada una de ellas encaja dentro de los párpados y cubre por completo el globo ocular. No puedes parpadear, de modo que inyectamos solución salina continuamente a través de estas aberturas laterales.

Señaló unos tubos diminutos. - ¿Por qué los ojos?

Quincy lo miró con arrogancia.

-El sistema visual es el camino más eficaz para llegar al cerebro. El nervio óptico es nuestro punto de entrada y podemos recorrerlo como si se tratase de una superautopista justo hasta el interior del cerebro.

Quincy parecía más explícito, ahora que estaba entrando en calor. Continuó con su explicación:

- ¿Qué sucede cuando ves algo? Pues que la retina transforma la luz en señales nerviosas. Estas señales son enviadas a las neuronas internunciales, que las transmiten a través del nervio óptico al núcleo geniculado lateral y luego a la cuarta capa de la corteza visual primaria. -En el lóbulo occipital.

-Exacto. De modo que, básicamente, todo lo que tenemos que hacer es codificar las señales del ordenador para imitar las señales retinales. Eso engaña al nervio óptico, que las conduce hasta el lóbulo occipital. Éxito asegurado. -De modo que no sólo puedes oír lo que dice el cerebro, sino que también puedes hablar con él.

-Así es -dijo Quincy-. Descodificar y codificar, ambas cosas. Un circuito perfecto.

- ¿Y crees que realmente puedes alimentarlo con información? ¿Con conceptos?

-Información, sí. La convertimos en megabits a través del ordenador y la descargamos. Ahora bien, es más difícil con pensamientos abstractos y conceptos. Implican la intervención de más de un centro cerebral. No lo sabremos hasta que no lo hayamos intentado.

- ¿La información permanecerá allí?

'-No hay ninguna razón para que no sea así. Contamos con la capacidad del cerebro para seleccionarla y enviarla al área correcta. Podríamos ser capaces de alcanzar esa vasta zona de la corteza cerebral que no se utiliza. Podríamos, al menos teóricamente, conectarte y proporcionarte una segunda lengua. O implantarte la teoría de la relatividad. O un conocimiento enciclopédico de la pintura del Renacimiento.

A Cleaver le resultaba difícil reprimir su admiración y dudó un momento antes de expresar la idea que le quemaba por dentro.

-O sea, que tú crees... que es posible que pudiese funcionar en sentido inverso...

- ¿O sea...?

- ¿Que el cerebro pudiera salir al exterior?

Quincy se echó a reír.

-Es posible, pero remoto. ¿Quién sabe? He hablado de una autopista... una autopista que corre en ambas direcciones. Si la transmisión nerviosa corre en la otra dirección, podría ser factible conectar el cerebro a un ordenador y explorar su interior para acceder a toda la información que tiene almacenada.

Cleaver sintió que se le aceleraba el pulso e hizo un esfuerzo para que se normalizara. Eso era lo que había estado esperando.

-O sea, que crearías una inteligencia externa, un añadido al cerebro fuera del cerebro.

-Un exocerebro. Una forma de inteligencia mejorada artificialmente. Imagina que se pudiera conectar a Deep Blue con Kasparov. Tendríamos el alcance de la inteligencia humana combinado con la velocidad de cálculo del ordenador.

Volvió a colocar el casco en su lugar y deslizó la camilla nuevamente al interior del tubo.

-Lo único es que... tendría que ser una unión breve. - ¿Y eso por qué?

-Este proceso requiere tanta potencia, la microcodificación, que el sistema no puede soportarlo durante mucho tiempo sin hacerse pedazos. Imaginamos que duraría unos siete minutos.

- ¿Y qué le sucedería a Kasparov?

-Si aún está allí, yo diría que estaría bien jodido. Esa parte no regresa. Y Deep Blue empezaría a pedir caviar. -Muy gracioso.

Cleaver trató de que sus palabras sonaran sarcásticas, pero era difícil. De pronto sentía un gran respeto por aquel joven desgreñado cuyo rostro estaba cubierto de granos rojos.

-Ahora permíteme que yo te haga una pregunta -dijo Quincy-. ¿Sigues obsesionado con todo ese asunto, cómo lo llamas, el ánima?

Ahora le tocaba sonreír a Cleaver. -Sí y no -respondió.

Scott estuvo paseando arriba y abajo de la sala de espera durante cinco horas. Tenía la sensación de que ya conocía esa habitación de memoria, como si hubiese estado yendo allí desde hacía años. La misma vieja mesa baja barnizada de marrón oscuro y cubierta con revistas ajadas, las mismas persianas llenas de polvo, y los mismos grabados ingleses falsos en las paredes, jinetes con chaquetas rojas persiguiendo a un zorro por la verde campiña.

No se le daba bien esperar. Ni tampoco tratar con grandes instituciones como los hospitales. Su tamaño lo desanimaba y sus sistemas burocráticos ofendían su sentido de la individualidad, provocando en él una rebeldía casi infantil. Tendía a pensar en todos los médicos, enfermeras y ayudantes en el genérico colectivo, representado en el pronombre «ellos», como en: «Ellos no te dicen lo que está pasando. No se morirán si dan alguna

información» Y ahora, en ese hospital en particular, se sentía totalmente dependiente de ellos, impotente. No era culpa suya, eran bastante agradables, especialmente esa cirujana, Kate. Pero Scott se sabía un hombre en crisis que observaba cómo su vida se iba por el desagüe sin poder hacer nada. Los médicos, las enfermeras y los ayudantes eran su única esperanza, y no confiaba en ellos.

El tiempo se había detenido, ya no era consciente de él, y, sin embargo, todo, incluso una vuelta alrededor de la sala de espera, le parecía interminable. El mundo se movía a cámara lenta, excepto cuando se desprendía de su eje y comenzaba a sacudirse violentamente.

Ellos le habían dicho, cuando estuvieron reunidos el otro día - ¿cuándo había sido?, ¿sólo había pasado un día y medio?- que la operación sería larga. Pero eso era interminable. El día antes por la mañana, cuando llamó por teléfono para dar su consentimiento, Kate le había respondido con simpatía y apoyo y había conseguido que se sintiera mejor, más fuerte en su certeza, al decirle: «Creo que ha tomado la decisión correcta. Quiere ofrecerle a su hijo todas las posibilidades». Y cuando había llegado al hospital esa mañana, incapaz de desayunar, buscando torpemente el dinero para pagar al taxista, ella se había sentado con él y le había explicado pacientemente todos los detalles de lo que pensaban hacer en la sala de operaciones. Kate había conseguido que todo pareciera factible utilizando un tono distendido, pero él pudo percibir el enorme vacío de incertidumbre. Luego había llegado Saramaggio, y se había detenido en la puerta de la pequeña oficina como lo hacen los hombres altos. Su porte era solemne, pero Scott no pudo evitar tener la impresión de que el cirujano apenas era capaz de contener su nerviosismo. Después de todo, estaba a punto de embarcarse en un «procedimiento» que los estudiantes de medicina_ aprenderían en los años futuros.

Saramaggio había llevado nuevamente a Scott a su despacho, y Kate los había seguido. Una vez allí, el médico les había indicado que se sentaran, uno junto al otro, como si fuesen una pareja, había colgado su chaqueta de lana en el armario, se había puesto una chaqueta blanca y se había sentado detrás de su escritorio para explicar algunos de los «principios básicos», según sus palabras.

-Tengo buenas noticias -comenzó-. La junta de revisión ha aprobado la operación. -Sus ojos se encontraron con los de Scott, al otro lado del escritorio-. Dependiendo, claro está, de su consentimiento. Kate... la doctora Willet, me ha dicho que usted está de acuerdo. Creo que es una decisión muy sensata. La única decisión posible, de hecho.

Saramaggio parecía sentir que Scott necesitaba que lo animasen, que no se mostrara lo bastante entusiasmado. -Si esto hubiese ocurrido hace cinco años -dijo-, usted y yo no estaríamos sentados aquí. Nuestro campo se mueve muy deprisa. Dentro de otros diez años probablemente tampoco estaríamos aquí, porque usted ya lo sabría. Llegará un día en que esta operación sea pura rutina. Alguien tiene que ser el primero.

Saramaggio parecía sentir también que la ocasión requería un punto de vista filosófico. Scott no se sentía satisfecho. Aún tenía muchas preguntas.

-La última vez que hablamos, usted me dijo que habrá un ordenador implicado en la operación. Y la doctora Willet acaba de describirme su función. Pero no acabo de entenderlo... ¿Cómo puede un ordenador decirle a un cuerpo lo que debe hacer? ¿Cómo funciona esa máquina?

-No hará absolutamente nada, si se refiere a eso. Aún estamos muy lejos de conseguir algo semejante. Lo único que hace esa máquina (y no pretendo subestimar su importancia, porque es realmente extraordinaria) es asegurar que no se detengan las funciones involuntarias del cerebro, que el sistema nervioso autónomo permanezca operativo. Y lo hace asumiendo esas funciones o, mejor dicho, el sistema de dirección de esas funciones. Piense en ello como en un piloto que es reemplazado por el piloto automático. O como un marcapasos, pero para el cerebro, no para el corazón.

»Lo que haremos, básicamente, será trazar un mapa completo del cerebro de su hijo. Lo hacemos de arriba abajo realizando mediciones de resonancia magnética de alta resolución. Estas mediciones se envían al ordenador una por una, capa por capa, de modo que, al finalizar

Librodot

el proceso, todo el cerebro ha sido escaneado. El ordenador conserva toda esa información; de hecho, reproduce la arquitectura completa del cerebro. Luego implantamos electrodos en el cerebro real. Esos electrodos se encargan de registrar la actividad cerebral y de enviarla al ordenador, que la lee y procede a almacenarla. Luego el ordenador puede imitar las transmisiones nerviosas mediante la activación de impulsos eléctricos similares. Nosotros enviamos esos impulsos eléctricos a través de los conductos nerviosos de la columna vertebral. Los pulmones, el corazón, las glándulas... a estos órganos no les importa de dónde proceden las señales siempre que continúen llegando. Y, entretanto, podemos, en efecto, desconectar el cerebro y trabajar con él.

-Pero pensé que había dicho que quizá no tuviese necesidad de utilizar el ordenador. Pensé que era como... una red de seguridad. Un soporte, así lo llamó.

-No lo creo. Realmente no quise dar esa impresión. No, necesitaremos ese ordenador. Verá, para poder extraer las células madre tendremos que cerrar el encéfalo. Y el ordenador tendrá que hacerse cargo de sus funciones.

Saramaggio hizo una pausa y miró a Scott para ver si entendía lo que le estaba diciendo. Así era, y parecía horrorizado... y furioso.

- ¿Qué ocurre después? Quiero decir, al acabar la operación, ¿puede volver a conectarlo?

-Bueno, sí. Si no pudiéramos hacerlo, todo el procedimiento sería inútil.

-Pero ¿lo han llevado a cabo alguna vez? Saramaggio dudó una milésima de segundo antes de responder.

-Se ha hecho, sí. Pero, como ya le he dicho, sólo con animales.

-Pero nunca con seres humanos.

-No, nunca lo hemos probado con seres humanos. Con ratas, sobre todo. En una ocasión, con monos. Realizamos la operación completa. Y los monos son excelentes para prever lo que ocurre en los seres humanos. Es la misma disposición, básicamente.

- ¿Y cuáles fueron los resultados?

-Bueno, parecen ser buenos. Los animales se recuperan; funcionan. El deterioro es mínimo. Naturalmente, resulta difícil de decir, tratándose de monos.

Saramaggio fijó la vista en el secante que tenía en el escritorio.

-Mire -dijo finalmente-, su hijo ha sufrido un extenso daño cerebral. No sé si puedo recuperarlo. No sé si alguna vez volverá a ser el mismo. Pero sí sé que esta operación, a pesar de lo radical, excepcional y arriesgada que parece, es su única oportunidad.

Scott trató nuevamente de que su ira no fuese demasiado evidente. Chantaje. La elección forzosa, sin alternativa. Pero no quería hacer nada que pudiera poner en peligro las posibilidades de su hijo. Dejó que Saramaggio continuara.

-Ahora bien, usted ha dado su autorización. Puede retirarla si así lo desea. Pero una vez que hayamos comenzado el procedimiento, una vez que yo haya atravesado las puertas del quirófano, no quiero que...

-Creo que lo entiende perfectamente -intervino Kate con cierta brusquedad, en un tono que hizo que Saramaggio se callara.

A continuación se levantó y Saramaggio, con una exagerada cortesía, hizo lo propio. Luego Scott se levantó de su silla, lenta y cautelosamente.

-No voy a cambiar de idea -dijo-. Sólo quiero conocer todos los detalles.

Saramaggio le explicó que, efectivamente, se trataba de dos operaciones: una para sacar el objeto metálico, instalar el ordenador y extraer las células madre y luego, alunas semanas más tarde, una vez que las células se hubiesen multiplicado por millones en el laboratorio, realizarían otra operación para implantarlas.

Cuando abandonaban el despacho, y casi como una idea tardía, Saramaggio tocó a Scott levemente en el codo y le dijo:

-Por cierto, esta primera parte, el escáner cerebral, lleva mucho tiempo.

- ¿Cuánto tiempo?

-Bueno, con un mono, casi dos, tres horas. Con un ser humano es difícil decirlo, pero llevará más tiempo. No podemos decirlo con seguridad.

Ese último comentario no había contribuido a aumentar la confianza de Scott.

El quirófano 7, el favorito de Saramaggio, estaba descartado; no era lo bastante grande para alojar la mesa d operaciones con todo el nuevo equipo informático, y se encontraba demasiado lejos de la sala donde se hallaba el aparato de resonancia magnética. De modo que tuvieron que utilizar el quirófano 9. Era espacioso y totalmente nuevo, pero Saramaggio no estaba satisfecho. Como la mayoría de los neurocirujanos, cuya necesidad de exactitud rayaba en la superstición, sólo se sentía cómodo cuando trabajaba en un entorno familiar. Si, de pronto, tu paciente comienza a sangrar de manera incontrolable, no quieres empezar a buscar por todas partes el electrocauterizador bipolar.

Tampoco estaba contento con el aparato de resonancia magnética. Hubiese preferido disponer de la versión ligeramente más antigua, ajustado como el tubo metálico de un puro, porque la resolución era fraccionalmente mayor, y Cleaver también había insistido en ello. Pero las paredes más estrechas del modelo antiguo aumentaban el peligro de infección, y finalmente había decidido que no merecía la pena correr el riesgo. Por esa razón, dos ayudantes habían estado limpiando la máquina a fondo, cada superficie, cada curva, durante dos horas.

Para la operación se había reunido a un equipo compuesto por catorce personas. El anestesista contaba con la ayuda de dos asistentes; la enfermera instrumentista tenía a su lado a otras dos enfermeras; Saramaggio tenía a Gully Singh, Kate y Thomas Greer, un neurocirujano de cincuenta y nueve años conocido por ser un hombre sensato y prudente, quien resultaría de inestimable ayuda si se necesitaba una opinión rápida sobre el terreno. Luego estaban los tres técnicos en imagen de resonancia magnética y un experto informático para asistir a Cleaver. Además, toda clase de neurólogos y cirujanos se dejarían caer por el quirófano en algún momento, probablemente incluso el propio administrador del hospital, Calvin Brewster, el viejo bufón. Permanecerían en un rincón, observando y estirando el cuello para poder ver mejor lo que sucedía en la mesa de operaciones, todo con tal de ser capaces más tarde de decir que habían estado presentes cuando se produjo el gran acontecimiento. Siempre, claro está, que todo saliese bien. Si no era así, todos ellos se evaporarían al instante.

Saramaggio no era totalmente optimista. Pero se esforzó en transmitir un aire de absoluta confianza y seguridad durante toda la mañana; es asombroso cómo los efectos teatrales intervienen en nuestra profesión, solía decirse a sí mismo. Estaba convencido de que había manejado con éxito la reunión con el padre del chico, sin importarle lo que pensara Kate. Él se daba cuenta de que lo culpaba de carecer de lo que ella podría llamar sensibilidad, y eso le preocupaba; si había algo de lo que se sentía realmente orgulloso, además de la propia cirugía, era su habilidad para explicarles las cosas de una manera sencilla a los afligidos familiares del paciente. Incluso disfrutaba al hacerlo. Pero Kate parecía tener ese aire de recriminación. Y quizá lo había imaginado, pero ella parecía haber puesto fin a la reunión de un modo casi abrupto. Tenía que admitirlo: aquella mujer estaba empezando a exasperarle. Parecía creer que tenía todas las respuestas. Esperaba no haber cometido un error cuando decidió contratarla. Era inteligente y capaz, tenía que reconocerlo, y siempre era gratificante tener a una mujer hermosa alrededor; sólo el aroma de su perfume era suficiente para despertar en él esa jactancia que siempre lo ayudaba a hacer mejor su trabajo. Pero si ella pensaba convertirse en una arpía que juzgara todos sus actos, entonces las cosas no funcionarían. Por no mencionar el hecho de que no sería capaz de llevársela a la cama. Ah, bueno. Suspiró. Tal vez se estaba volviendo viejo para ese tipo de cosas.

Reunió al equipo quirúrgico y les explicó que la operación se realizaría en cuatro fases. Primero quitarían el objeto metálico. Ésa sería, por muchas razones, la parte más peligrosa de la operación: extraer esa pieza metálica sin destruir tejido cerebral vital. Luego, siempre que el daño no hubiese sido importante y el paciente sobreviviera, se aplicaría el escaneado total

Librodot

con resonancia magnética. Eso solo llevaría entre cuatro y cinco horas. A continuación se implantarían los electrodos y se pondría en marcha el ordenador. La cuarta fase consistiría en la extracción de las; células madre de la zona subventricular situada debajo de los ventrículos laterales llenos de líquido. Esas células se dejarían aparte para su cultivo exocraneal.

Por último, se volvería a colocar el cráneo, aunque no se sujetaría, y el paciente permanecería en un ambiente absolutamente estéril durante varias semanas. En ese tiempo, mientras el ordenador ayudaba a que funcionasen los pulmones y el corazón, las células madre se multiplicarían en cápsulas de Petri, utilizando como medio suero fetal bovino. Si las células madre conseguían desarrollarse hasta formar una colonia de neuronas sanas y diferenciadas y había un número suficiente de ellas, entonces, en algún momento del proceso -nadie sabía cuánto tiempo podía tardar-, se realizaría la operación final. Volverían a abrir el cráneo del paciente y se reinsertarían las neuronas en la región dañada por medio de una micropipeta unida a una jeringa. Se esperaba que las nuevas células se integrasen a través del mismo programa genético que hizo que el cerebro se desarrollara. En algún momento, si existía alguna evidencia de que todo estaba bien, apagarían el ordenador. No tenía necesidad de decir que una operación de esas características no se había realizado nunca antes; el equipo ya lo sabía.

- ¿Alguna pregunta? -dijo con pretendida modestia, como un comandante de escuadrilla que impartiera órdenes a un grupo de jóvenes, asustados pero indómitos pilotos de la RAF a punto de despegar para dejar caer sus bombas sobre Alemania.

Los miró uno por uno; podía ver claramente la tensión en sus rasgos, e imaginó que sentía una súbita oleada de afecto por sus colegas.

La ocasión requería algo más, algunas palabras para la historia. Pero ¿qué?

-Sé lo que todos estáis pensando en este momento -dijo, aunque, de hecho, no tenía la más remota idea.

Hizo una pausa, vacilando y luego prosiguió-: Y yo estoy pensando exactamente lo mismo. Pero no podemos dejar que eso interfiera en nuestro trabajo. Los primeros rayos X, el primer trasplante de corazón, la primera vez que se utilizó instrumental esterilizados. La medicina avanza de esta manera, con altibajos, a través de nosotros, sus profesionales. Pero hoy no debemos sentir eso... el peso de la historia. Debemos hacer simplemente lo que se espera de nosotros, debemos hacer nuestro trabajo.

Volvió a mirarlos a todos. Su discurso, de alguna manera, no había surtido el efecto que él esperaba. Aun así, sus palabras habían sido elocuentes.

-Muy bien -añadió-. Vamos allá.

Todos ocuparon sus puestos en el quirófano, con movimientos bien coordinados.

Gully rompió el hielo con otro de sus chistes de médicos, pero la respuesta fue muy tibia. Habitualmente, los quirófanos eran lugares ideales para contar anécdotas exageradas, chistes absurdos, historias interminables -Es como un campamento sin la hoguera; en su lugar, nos reunimos alrededor de un cuerpo tendido», solía decir un viejo profesor de Kate-, pero en ese quirófano en particular, advirtió ella, no había ninguna frivolidad.

Saramaggio miró a su izquierda, cerca de la mesa de Gerhardt. Había una rejilla de acero inoxidable, aún caliente debido a la esterilización, sosteniendo una bandeja metálica con diminutos electrodos y una serie de pequeñas cápsulas de Petri. Se dio cuenta de que no los había visto antes, y ese dato le impactó con renovada fuerza, ya que comprendió que pronto estaría llenando esas cápsulas con células extraídas de las propias cavidades centrales del cerebro; supo lo que estaba a punto de hacer jamás lo había hecho nadie.

Entraron al paciente en la camilla rodante, la cabeza cubierta con vendas estériles y esa obscena obstrucción aún allí, sobresaliendo como el cuerno de un unicornio. El pobre muchacho cuyo rostro parecía inerte y demacrado. Saramaggio sabía, de sus primeros años en la Facultad de Medicina, que mirar al paciente de esa manera no era bueno. Era mejor pensar en él no como en una persona, sino como en una máquina que necesita que le arreglen las

Librodot

conexiones, eso es todo.

El anestesista puso manos a la obra, y muy pronto el paciente estuvo profundamente dormido, con un tubo saliendo de la boca, sujeto con cinta adhesiva. La enfermera instrumentista lo tenía todo perfectamente ordenado. Kate estaba junto a Saramaggio, y también Greer, unos pocos mechones de pelo plateado asomando por debajo del gorro quirúrgico. Las máquinas zumbaban y emitían sonidos regulares.

Y antes de que Saramaggio se diera cuenta, oyó el zumbido del taladro y el chirrido que produjo cuando el residente se inclinó sobre el paciente y tocó el hueso con la mecha.

Después Cleaver entró en la sala, haciendo oscilar la puerta al abrirla con un dejo de arrogancia. Había traído consigo sus máquinas y, rápidamente, empezó a juguetear con ellas. Saramaggio odiaba admitirlo, pero sintió una oleada de alivio en cuanto lo vio vestido de verde, como un arbusto, y listo para actuar. Era un hombre excéntrico e impredecible, pero tenía que reconocerlo: la operación no se podía llevar a cabo sin él.

El camino que llevaba a la cafetería estaba grabado a fuego en la memoria de Scott y se dirigió hacia allí como un zombi. Caminar por el corredor hasta los ascensores, pasando por la sala de enfermeras. Pulsar el botón con la punta de la flecha señalando hacia abajo, la que brillaba a regañadientes. Esperar una eternidad antes de entrar en el cubículo lleno de médicos, ayudantes, familiares de expresión ansiosa, la ocasional camilla. Luego bajarse en el segundo piso y seguir el corredor pintado de verde claro hasta el final. Desde allí sólo había unos cuantos pasos hasta el contenedor de acero inoxidable que dispensaba café aguado al accionar una pequeña palanca negra.

Pero su estado mental era tan confuso que equivocó el camino y vagó junto a la fila de bollos cubiertos de azúcar de aspecto apetitoso y los platos de plástico con melocotones en almíbar y rodajas de piña. En un momento de absoluta confusión, se preguntó a qué había ido a ese lugar. Empezó a comprender que debía de ser como volverse loco: en su mente se estaban acumulando tantos pensamientos incoherentes que ya no era capaz de clasificarlos y separar lo importante de lo accesorio. Estaba perdido como un corcho en un mar tempestuoso.

Llevó el café a la mesa de siempre, en un rincón, y se sentó, revolviendo el líquido marrón con expresión ausente. Junto a él había una ventana y observó el tráfico que discurría por la avenida York. Llovía. Apenas advirtió la presencia de los tres hombres sentados a una mesa cercana. Sólo se volvió para mirarlos cuando su conversación le llamó la atención.

-Esto supera todo lo demás -dijo uno de ellos-. Le hace morder el polvo a todo el mundo.

-Como en Duke -comentó otro-. Nicolelis, sufre, tío. -Siempre que, por supuesto, funcione.

-Tíos, ¿de qué estáis hablando? -preguntó el tercero. Scott los estudió. Dos de ellos eran jóvenes y llevaban chaquetas blancas; uno tenía un porte profesional, acentuando por una barba bien cuidada, el otro llevaba el pelo largo y recogido detrás de las orejas. Era evidente que se trataba de residentes o médicos internos, a juzgar por sus aires de excesiva confianza. El tercero llevaba ropa de calle y su forma de actuar lo señalaba como un extraño en ese lugar; era el que había hecho la pregunta.

-Miguel Nicolelis, el neurocientífico en Duke. Dirigía un equipo que trabajaba con monos; algo fascinante. Ese mono tenía electrodos implantados en todo el cerebro. Un ordenador había registrado señales activadas para varios movimientos, de modo que podía reconocerlos. Cuando el mono empezaba a pensar en mover el brazo, sólo a pensar en llevar a cabo esa acción, el ordenador lo captaba y enviaba una señal similar a un robot, que entonces levantaba el brazo.

-Repítelo.

-El mono podía mover el brazo del robot con sólo pensarlo.

-Aparentemente -dijo el segundo médico-, descubrieron que las células en la parte de la

Librodot

corteza cerebral que controla el movimiento comienzan a actuar mucho antes de que el movimiento se produzca.

-Eso significa que tu cerebro está planeando anticipadamente toda clase de movimientos voluntarios. Esos movimientos pueden ser leídos y realizados por máquinas. Piensa en lo que significa que un robot pueda leer tu mente y obedecer tus órdenes.

-Lo que eso podría significar para los paralíticos es increíble -añadió el otro-. Podrías conseguir que un robot hiciera todo lo que tú quisieras. Podrías echarte a descansar y pintar tu apartamento. O crear una escultura.

-O bajarte la cremallera. -Tú pensarías en eso.

-En serio, es un primer paso.

-Sí, pero ¿un primer paso hacia qué?

-Conectar la inteligencia humana directamente a una máquina sin el intermediario humano: nuestro cuerpo. -No me jodas -repuso el más joven de los tres.

-No tienes ni idea de lo que está pasando en el campo de la neurología en este momento.

- ¿Y esto podría ser incluso más grande que eso? -Seguro. En términos de neurología significa que hemos cruzado una frontera. Estamos en un territorio completamente nuevo, somos pioneros en un campo donde casi todo es posible.

-Esto es historia en marcha-dijo el hombre de la barba. -Y tú estás allí -dijo su colega.

- ¿Qué significa eso para el hospital?

-Para Saramaggio, querrás decir. Para él, fama y fortuna. Tal vez incluso el premio Nobel.

-No -dijo su colega-. El Nobel lo conceden por investigación. Esto es medicina aplicada. Saramaggio no lo conseguirá, aun cuando todo el mundo reconozca que se lo merece.

-No estés tan seguro de ello.

-Irá a parar a gente como Gould y Gross. - ¿Quiénes son esas personas? -preguntó el tercero. -Elizabeth Gould y Charles Gross. De Princeton. Ellos descubrieron la neurogénesis. - ¿Qué es eso?

-Gould y Gross descubrieron que el cerebro continúa fabricando nuevas células. Ese descubrimiento significó un área de investigación completamente nueva. Antes de ese hallazgo se creía que simplemente llegaba un momento en que el cerebro dejaba de desarrollarse. Tenías cien mil millones de neuronas y eso era todo; envejecías, las células morían, tu cerebro se deterioraba, te volvías senil y te morías. Ahora, sabemos que se están produciendo nuevas neuronas constantemente.

El otro residente terció en la conversación.

-Este trabajo corresponde a una investigación realizada en la Universidad Rockefeller con canarios, aunque suene increíble. Un tío llamado Fernando Nottebohm demostró que los canarios desarrollaban nuevas neuronas para aprender canciones nuevas.

-Frank Sinatra, él sí que era un tío listo.

Los dos residentes ignoraron el comentario pretendidamente gracioso.

. -Y el otro dato interesante, teniendo en cuenta lo que está sucediendo hoy en este hospital, es que la misma región general, el hipocampo, es el lugar de donde proceden las células madre.

- ¿Y las células madre son...?

-La célula básica, la célula indiferenciada de la que se originan todas las demás células.

-Y son las células que ese tío, ese médico, aquí en el hospital, extraerá para que se reproduzcan y luego volver a implantarlas en el cerebro. ¿Es así?

-En pocas palabras, sí.

- ¿Y las posibilidades de que esa operación tenga éxito? Los dos internos se miraron.

-Considerando que jamás se ha intentado antes...

-Considerando que en este momento es algo principalmente teórico y nadie puede estar seguro de si esa teoría siquiera es correcta...

-Considerando todos esos factores, yo diría que las posibilidades de éxito son de aproximadamente una sobre cincuenta.

-Creo que estás siendo muy generoso. Yo diría que de una sobre cien.

-Y sólo estamos hablando de supervivencia. Ni hablar de la cuestión de recuperar las facultades.

-Según tengo entendido, el paciente ya es un vegetal. -Y ahora será un supervegetal. Genéticamente diseñado.

- ¡Joder! -exclamó el tercero-. ¿Y permiten que hagan esa clase de cosas?

- ¿Permitirlo? Ellos lo alientan. Ruegan que suceda. -Pero ¿por qué?

-Prestigio. Esta clase de operaciones significan prestigio, y prestigio significa dinero.

-Siempre que, naturalmente, tengan éxito. -Sí, claro, existe ese pequeño problema.

La conversación se estaba agotando. Pero no importaba, porque Scott no creía que pudiera seguir escuchando durante más tiempo.

Kate arrojó la bata quirúrgica dentro de un contenedor de acero inoxidable, que estaba destinado al lavado y la esterilización. Tras desvestirse, guardó sus cómodos zuecos de quirófano en el fondo de su taquilla. Cogió una toalla, se envolvió el cuerpo y se dirigió a las duchas. Después de una operación de varias horas era exactamente lo que necesitaba para relajarse: el potente chorro de agua caliente cayendo sobre ella y deshaciéndose de todo lo demás.

Saramaggio. Nuevamente se había sentido maravillada ante la destreza de ese hombre. Era un genio, se dijo mientras probaba la temperatura del agua con el codo izquierdo (como cualquier cirujano, se protegía las manos). Era nada menos que un milagro, la forma en que sus dedos finos se movían con esa pausada seguridad. Sondeando las vías, moviéndose para taponar una hemorragia, examinando con los dedos las áreas dañadas. Ni un solo movimiento superfluo. Pero, más allá de eso, Saramaggio demostraba ese instinto para ir directamente al lugar correcto, aun cuando estuviese oculto detrás de una masa de tejido cerebral, casi como si las puntas de sus dedos pudieran pensar por sí mismas. No tenía más remedio que reconocerlo.

Los cerebros humanos son similares en cuanto a su estructura fundamental, pero cuando se trata de los puntos no tan finos -el tamaño de los ventrículos, la trama de vasos sanguíneos, las curvas sinuosas de la corteza cerebral-, cada cerebro es único. Cuando un neurocirujano coge el escalpelo, está a punto de entrar en un laberinto. Desde fuera se parece a cualquier otro, pero por dentro es un misterio en sí mismo. Los buenos cirujanos se las arreglan para mantenerse alejados de los callejones sin salida.

El agua caía tibia y con fuerza sobre su rostro. Se volvió para que corriera sobre la nuca y bajara por la espalda y las piernas; luego hizo girar el grifo para que saliera más fría. Lo hacía por etapas hasta que el frío la dejaba sin aliento. Era el vestigio de un juego de resistencia que solía practicar cuando era niña, lanzándose a las aguas de los helados ríos de montaña en Washington.

Su admiración por Saramaggio estaba teñida de una ambivalencia que no quería examinar demasiado de cerca. Por un lado, estaba cautivada: de eso trataba la medicina, con eso había estado soñando todos esos años, curar a los desahuciados, ayudar a la gente, recomponer sus vidas. Por otro lado, estaba llena de dudas respecto a su propia capacidad, e incluso de envidia. Porque, al observar el trabajo de ese hombre, se preguntaba: ¿sería capaz de llegar a ser tan buena como él? ¿Poseía esa arrogante confianza, la seguridad indispensable de que todos y cada uno de los movimientos eran absolutamente correctos? Allí estaba ella, con treinta y cuatro años, a punto de entrar en la mejor etapa profesional de un cirujano, cuando la coordinación se une a la experiencia, y estaba a años luz por detrás de Saramaggio. En ocasiones, cuando practicaba una incisión, sentía una peligrosa indecisión. ¿Cómo podría adquirir esa arrogancia que le permitiese hacerlo de un modo absolutamente desapasionado? ¿Tendría que convertirse acaso en una ególatra para llegar a ser una gran cirujana?

Librodot

Y, por encima de todo lo demás, estaba empezando a fijarse en los defectos de Saramaggio como persona. Podía ver la lujuria en sus ojos. Era un hombre mezquino con su don. Se esperaba que un jefe de cirujanos transmitiese sus secretos -era así como se suponía que funcionaba todo el sistema-, pero era demasiado competitivo como para compartir sus conocimientos con los colegas. ¿A qué se debía, se preguntó, que tantos excelentes cirujanos carecieran de las anticuadas virtudes de la generosidad, la magnanimidad y la compasión?

Salió de la ducha y se secó con una toalla. Inclinó el pelo mojado hacia un lado para sacudirse el agua y luego se cubrió la cabeza con la toalla como si fuese un turbante.

La operación había salido tan bien como podía esperarse, pero había sido la más arriesgada y complicada en la que había participado nunca. Había durado diez horas; las primeras cinco se habían dedicado a extraer la pieza metálica incrustada en el cráneo. En un momento determinado, Kate observó que Saramaggio estaba trabajando minuciosamente. Levantaba la pieza metálica un milímetro, limpiaba el trozo extraído para reducir al máximo la extracción de tejido cerebral, y se abría paso describiendo un círculo completo. Pero ¿cómo podía evitar que volviera a hundirse? Tuvo un momento de inspiración: sujetó unos fórceps a la varilla metálica y utilizó una grapa y un trozo de alambre para construir un pequeño montacargas. De este modo podía ir extrayendo gradualmente la pieza metálica al tiempo que continuaba cortando la base recién expuesta, mientras uno de los asistentes la hacía girar lentamente para agrandar el espacio. Saramaggio se movía a través de grados diminutos hasta que, finalmente, logró extraer la maldita pieza, dejando que colgase un momento en el aire, un artilugio feo y complicado provisto de cuatro medias lunas de metal y alambre unidas a una gran base de barras paralelas. Cuando la pieza fue colocada cuidadosamente en un recipiente esterilizado, todos sintieron deseos de aplaudir. En cambio, mostraron su alivio haciendo bromas y contando historias. Saramaggio les explicó unas vacaciones de las que había disfrutado recientemente en Barbados.

Pero cuando Kate miró la herida, sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Cómo era posible que una herida tan profunda no hubiese acabado con la vida de ese chico? La estudió detenidamente. Podía ver todo el recorrido hasta el hipocampo; el daño era muy extenso. Pero cuanto más miraba, más se daba cuenta de que, asombrosamente, parecía haber evitado las zonas vitales. ¿Realmente era posible que pudieran crecer nuevas células que,' una vez implantadas, repararan las conexiones? Comenzó a experimentar una sensación excitante: tal vez esa operación realmente marcase un hito en la neurocirugía:

-Asegúrate de grabarlo todo -le dijo Saramaggio al técnico encargado de la cámara de vídeo.

Todos se apartaron un momento para que la cámara pudiese tomar primeros planos.

Luego Saramaggio procedió a buscar las células madre en su escondite, en el revestimiento de las cámaras centrales llenas de líquido, los ventrículos. Penetró profundamente en el revestimiento y extrajo cuarenta y cinco muestras infinitesimales y las colocó en las cápsulas de Petri. Bajo el microscopio tendrían el aspecto de glóbulos de protoplasma informes, y estarían dotadas de minúsculos pelos ondulantes, como tentáculos, sólo que más finos, que las impulsarían alrededor de la superficie líquida.

Luego se inició una fase igualmente delicada de la operación, la implantación de 126 electrodos del grosor de un cabello fabricados en titanio para que no interfirieran la imagen de resonancia magnética. La ubicación de los electrodos se concentró en los centros que controlan el sistema somático. Cada electrodo recogía un nido de neuronas activadas y transmitía la señal a un ordenador, que la leía, aprendía a duplicarla y la almacenaba, de modo que la transmisión pudiese invertirse más tarde con el fin de mantener en funcionamiento los órganos vitales. Durante esa fase dependían de Cleaver, cuyos ojos profundos, acentuados por el verde pálido de la mascarilla y la frente prominente bajo la gorra, brillaban de inteligencia. Tenía la capacidad de provocar una sensación de desagrado que recorría la columna vertebral de Kate, pero debía reconocer, mientras lo observaba conectando los extremos de los

electrodos, colocando los alambres y controlando los monitores del electroencefalograma, que era un profesional de pies a cabeza.

Saramaggio dejó que Gully se encargara de colocar algunos de los electrodos para poder descansar un rato.

Pero unos minutos más tarde ya estaba de regreso, observando por encima del hombro de Gully; luego, claramente insatisfecho con su ayudante, le hizo un gesto para que se apartara y le dejara rehacer parte del trabajo, asumiendo nuevamente el mando de la operación. Los mirones permanecían en un segundo plano, intercambiando susurros ocasionales. Luego le tocó el turno al trazado craneal mediante imágenes de resonancia magnética, en el que hubo que repetir numerosos segmentos.

Saramaggio trabajó sin parar durante otras dos horas. El resto de la operación se dedicó a tareas de restauración: cubrir la herida, esterilizar toda la zona y asegurar una placa especialmente cortada para cubrir el orificio practicado en el cráneo. Estaba hecha de manera que fuese móvil, ya que la conexión de los electrodos a través de la cual el ordenador enviaría las señales tendría que ser comprobada y cambiada de vez en cuando. ¿Con qué frecuencia?, nadie lo sabía. Jamás se había hecho algo así.

Por último, Saramaggio retrocedió unos pasos y contempló su obra, un cuerpo indefenso yaciendo en una camilla con la cabeza cubierta de vendajes, casi como si estuviese contemplando una obra de arte. Luego se quitó la bata quirúrgica, revelando una simple camiseta y los brazos cubiertos de vello negro, y dijo:

-Bien, crucemos los dedos -y añadió-: Será mejor que nos aseguremos de que contamos con suministro eléctrico de emergencia para el ordenador.

-Ése es mi departamento -dijo Cleaver, controlando el ordenador-. Ahora el chico está en mi territorio.

En el tono de su voz, Kate había percibido una intensa emoción, pero no podía decir si motivada por los celos o por el triunfo.

Después de la ducha, se secó rápidamente el pelo, se vistió y salió al corredor. Al pasar junto a la sala de espera, miró en su interior y le sorprendió ver que Scott aún se encontraba allí. Estaba sentado en el borde de un sillón, con la cabeza apoyada en las manos; un agotado manojo de nervios. ¿Era posible que Saramaggio aún no hubiese ido a informarle de la operación? Eso representaba tal falta de protocolo, de decencia, que apenas podía creerlo. Pero la visión de Scott, solo y exhausto en la sala de espera, le confirmó que era cierto.

Él la vio, se levantó como un resorte y se acercó a ella. Kate habló antes de que él tuviese tiempo de formularle ninguna pregunta, apresurándose para darle toda la información vital en el orden en que pensaba que él quería recibirla.

Le dijo que Tyler estaba vivo, que la operación había terminado y que todo parecía haber salido bien. Todo lo que habían querido hacer lo habían hecho. Tyler descansaba confortablemente, o al menos sin sentir dolor alguno. Habían conseguido extraerle esa pieza metálica y creían haber obtenido células madre. El ordenador controlaba su actividad y, en algún momento en el futuro, comenzaría a dirigirla, aunque era difícil decir cuándo sucedería eso. Pero sería la siguiente encrucijada. Entretanto, todos tendrían que mantener la esperanza... y rezar.

Ella contestó a algunas preguntas y luego le dijo que iría a buscar al doctor Saramaggio, quien había estado absolutamente brillante, repitió varias veces.

Saramaggio estaba en su despacho, sentado frente a su escritorio, aún vestido con la camiseta blanca, con la cabeza apoyada en los brazos. Al principio, Kate pensó que dormía. Pero cuando él la oyó, se irguió rápidamente en su sillón, como si se sintiera avergonzado, y Kate vio que tenía lágrimas en los ojos. De pronto, Saramaggio parecía un niño pequeño.

-Mire esto -dijo, con voz entrecortada. Alzó la mano derecha y ella vio que temblaba ligeramente-. Honestamente, no sabía si podría hacerlo -dijo.

-Bueno, pero lo hizo. -Sí, lo hice, ¿verdad?

-Y ahora creo que debería ir a hablar con el padre. Necesita saber qué está pasando.

Saramaggio pareció afectado.

-Dios mío, me olvidé por completo de ese hombre. ¿Cómo he podido hacer eso? -Se levantó-. ¿Dónde está? ¿Me acompañará?

-Sí -dijo ella.

Kate abrió la puerta para que Saramaggio pasara e incluso se sintió tentada de cogerlo del codo para guiarlo, pero en el momento en que él abandonó el despacho pareció recuperar su antiguo yo.

Ella no lamentaba el episodio que acababa de vivir. «Supongo que es humano, después de todo», pensó.

Kate estaba realmente exhausta. Mientras subía en el decrépito ascensor hasta su apartamento de tres habitaciones en la calle Treinta y dos oeste, pensó en olvidarse de la cena y derrumbarse en la cama, aunque no había probado bocado desde el desayuno. Sabía que había algo que la preocupaba, algo relacionado con los acontecimientos del día, aunque no podía decir de qué se trataba. Apenas tenía energía para pensar en ello.

Luis, el ascensorista, le sonrió amablemente mientras le abría la puerta en el piso quince. Ella le dio las gracias, recorrió el deteriorado pasillo, introdujo la llave en la cerradura de la pesada puerta de madera, la abrió y arrojó su cartera al hundido pero cómodo sofá. Luego se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

Estaba anocheciendo. Debajo, y extendiéndose a lo largo de cinco o seis manzanas, se veía un valle de edificios bajos, con azoteas cubiertas de alquitrán y separados por muros de ladrillo de un par de metros de alto. Todos estaban coronados por depósitos de agua de madera; le encantaba la vista de esos vetustos depósitos y los había contado la primera vez que se asomó a la ventana: siete en total. A media distancia, más allá del valle, se levantaba un muro de edificios más altos que se alzaban como pronunciados riscos. Estaban lo bastante cerca como para que ella pudiese ver a la gente hablando mientras tomaban el desayuno en el balcón o espiar diferentes escenas de armonía doméstica o de fuertes discusiones a través de la ocasional ventana sin cortinas. Detrás del muro se alzaban edificios aún más altos, rascacielos inmensos que formaban una línea continua hacia el norte en dirección al centro de la ciudad. Ahora, cuando comenzaba a caer la noche, las luces aparecían por todas partes. Plantas enteras de edificios de oficinas brillaban en el paisaje urbano y nuevas luces se encendían en las lejanas torres residenciales, diminutos cuadrados de luz que se iluminaban mientras ella los contemplaba.

La vista le aceleró el pulso. Ésa era la razón por la que había alquilado aquel apartamento hacía seis semanas, cuando llegó de San Francisco con dos maletas y una mochila. Parecía compendiar todo lo que sentía con respecto a la ciudad, todas sus infinitas posibilidades, además de sus regalos de privacidad, anonimato e incluso soledad. «Aquí puedes convertirte en cualquier cosa que desees -parecía decirle-; a mí me da lo mismo.»

De pronto, y sin razón aparente, pensó en su madre. Siempre había sido una mujer valiente. Tras la muerte de su esposo en Vietnam, la había criado sin ayuda de nadie, y le había inculcado la importancia de la educación. «Somos mujeres fuertes», le había dicho, hablando de sí misma y de su madre, quien había llegado desde Groenlandia atravesando todo el Canadá. Generaciones de mujeres duras y obstinadas. «Por nuestras venas corre agua helada», solía decirle su madre.

Le resultaba extraño pensar en cómo le había contado a Scott Jessup el otro día, en la cafetería, las circunstancias de la muerte de su madre. No acostumbraba a abrirse de ese modo ante los desconocidos, pero le había parecido que él necesitaba escuchar algo acerca de la pérdida sufrida por otra persona. Y, extrañamente, había omitido la parte más importante de la historia, cómo se había enterado su madre en la cima de una montaña de Washington de que su esposo había muerto en Vietnam. Su madre le había dicho que lo había visto en el momento exacto de su muerte, que había aparecido ante ella con su uniforme militar. No era una

mujer supersticiosa, pero siempre insistió en que su esposo había ido a despedirse de ella. ¿Y quién podía decir que eso era imposible -a pesar de tratarse del otro lado de la tierra-, si el espíritu lo desea y el amor es lo bastante fuerte? Y entonces, años más tarde, muchos años después de que se cayera de la escalera, cuando le llegó el momento de sufrir una lenta muerte debida al cáncer, ella lo había vuelto a ver cerca del final, materializándose a los pies de la cama, y ya no tuvo miedo.

Y había algo más que tampoco le había dicho a Scott, ni a ninguna otra persona. No le gustaba pensar en ello y, cuando lo hacía, se encogía mentalmente y trataba de pensar en cualquier otra cosa. Cuando su madre se estaba muriendo, en los últimos días de su cruel enfermedad, Kate estaba acabando sus exámenes en la Facultad de Medicina; si se hubiese dedicado a atenderla todo el día habría perdido su beca y un año precioso, o tal vez más. Su madre había entendido perfectamente la necesidad de que la ingresara en un hogar de ancianos; era lo único práctico que se podía hacer, había dicho ella, y lo decía con sinceridad. Kate la había visitado a menudo, todos los fines de semana y, a veces, también durante la semana: había adulado al personal y les había llevado regalos para asegurarse de que cuidaran de su madre de un modo especial.

Pero -y éste era el pensamiento que la torturaba- ella no había dejado la facultad; no había llevado a su madre a su casa para cuidar de ella durante un par de meses del modo en que una hija única debería haberlo hecho. No le preparó comidas ni se sentó junto a la cama para mantener largas charlas ni tocó música ni le leyó durante horas. Y, tal vez lo más importante, ni siquiera estuvo a su lado cuando murió. Estaba en un examen y llegó dos horas después de su fallecimiento. Durante el funeral, cuando estaba hablando, un gorrión apareció de ninguna parte y se posó en su cabeza. El pobre pájaro se enredó en su pelo y ella lo espantó, pero el gorrión regresó y ella incluso pensó que le daba unos picotazos. Más tarde tuvo el` extraño pensamiento de que ese gorrión era un espíritu, vengador enviado por su madre, y aunque realmente no' creía en esas cosas, durante muchos meses después tuvo pesadillas a causa de ese incidente.

¿Por qué pensaba en todo eso en este momento? Había algo que la inquietaba; algo que había sucedido durante la operación le estaba haciendo pensar en esas cosas. Pero ¿qué era?

Fue a la pequeña cocina con su fregadero de esmalte manchado y la cocina con dos quemadores, se preparó una taza de café y se sentó en el sofá delante de la mesa baja, desvencijada pero aún aprovechable. La había encontrado en la acera hacía una semana y la había llevado a su apartamento como si fuese un trofeo.

Habitualmente era buena controlando sus sentimientos. Era una mujer fuerte del noroeste y poco dada a juegos y simulaciones.

Pero había un juego que había aprendido a practicar, y quizá formara parte de lo que en ese momento le inquietaba. Era el juego del cirujano que finge que su paciente no es realmente una persona. Un juego con un propósito mortalmente serio, como le habían inculcado en la Facultad de Medicina, porque permitía que el cirujano introdujese una afilada hoja de acero en un trozo de palpitante materia gris y lo cortara para extirparlo, sabiendo que podía contener una fórmula matemática, un poema o el recuerdo de un amor perdido.

Pero en ese momento le resultaba muy difícil poder ver de modo objetivo al paciente. Había algo en ese caso acerca de ese chico tan joven y del padre que tanto lo amaba que la perturbaba y la implicaba a un nivel diferente. Y ahora que lo pensaba, sabía en parte de qué se trataba: de su incapacidad para considerarlo como un «caso». Pero ¿por qué?

Aunque lo intentase con todas sus fuerzas, no podía borrar de su mente la imagen de Tyler, tan pequeño e indefenso en la mesa de operaciones, o de Scott durante esa milésima de segundo cuando entró en la sala de espera y sus miradas se encontraron, y ella sintió su pena y su pérdida. Esa visión despertó algo en ella y la conmovió. Era la profundidad de sus sentimientos y el hecho de que parecieran estar amenazando su equilibrio emocional de una manera que ella no podría haber previsto.

Librodot

La despertó el sonido del teléfono y respondió con un leve gruñido.

- ¿Doctora Willet?

La voz que se oía al otro lado de la línea era de un hombre. Al principio no pudo identificarla; no era Harry, su ex novio de la Costa Oeste, quien, en cualquier caso, era demasiado considerado como para llamarla en mitad de la noche.

-Sí.

-Soy Scott, Scott Jessup. El padre de Tyler.

Encendió la luz y miró el reloj. Las dos y media de la madrugada. Esperaba que él se disculpara por lo intempestivo de la hora, pero no lo hizo. Estaba aturdido, confuso.

-Necesito preguntarle algo y espero que me responda sinceramente.

-Por supuesto.

Ya estaba completamente despierta añadió con suavidad:

-Pregúnteme lo que quiera.

-Ese médico, el doctor Saramaggio... hoy pareció sugerir... dijo que todo había salido bien y que Tyler se recuperaría.

-Sí. Recuerdo cuándo lo dijo.

-Y entonces yo le pregunté qué... qué quería decir con que se recuperaría... ¿Lo recuerda? Y, al principio, no me respondió, estaba hablando con toda esa jerigonza médica, hasta que finalmente le interrumpí para preguntarle: «Pero ¿se pondrá mejor?». Y él me miró, un tanto sorprendido, y permaneció un momento en silencio y... y volví a hacerle la pregunta. Y él se quedó mirando al su lo. ¿Lo recuerda?

-Sí, lo recuerdo.

Se preguntó si Scott habría estado bebiendo. Sus p labras sonaban... no farfulladas exactamente, pero sí tanto lentas.

-Y luego dijo: «Sí, se pondrá mejor». Pero lo dijo d un modo que sugería que no lo decía realmente en serio.' No sabía qué decir. Ella había tenido exactamente la misma impresión en aquel momento. De modo que se limitó a responder con un monosílabo.

-Bueno... me preguntaba cuál era su opinión. Usted estaba allí; usted presenció la operación. Usted sabe... usted parece saber lo que está en juego aquí. Usted... es una persona en la que se puede confiar. Y por eso quería preguntárselo... quería preguntarle si pensaba que Tyler tiene una posibilidad, alguna posibilidad de recuperarse... Quiero decir, de ponerse realmente bien, no sólo de vivir, de sobrevivir en un pulmón de acero o algo parecido. Si no de volver a ser él mismo otra vez... reconocible... Porque si no fuese así... no sé si merece la pena seguir adelante con la segunda operación. Quiero decir, qué sentido tiene...

Estaba sollozando y no pudo continuar.

-No sé qué decir -contestó ella-. Escucho su pregunta y sé, creo que sé, lo importante que es obtener una respuesta. Pero no estoy segura de que haya una respuesta en este momento. Gran parte de lo que ha sucedido hoy en esa sala de operaciones es nuevo, tan nuevo que hay muchas cosas que aún ignoramos.

-Lo comprendo. -Su tono era súbitamente duro-. No estoy buscando una respuesta rápida y profesional, un porcentaje o algo así. Pero, por el amor de Dios, usted conoce el cerebro, sabe cuánto daño ha sufrido; usted sabe cosas acerca de este nuevo proceso de las células madre... ¿Cree que es posible que funcione?

Ella no contestó de inmediato. Sabía que debajo de esa pregunta había otra: ¿debían seguir adelante? ¿Debía él, como padre del paciente, detener todo el procedimiento?

- ¿Recuerda nuestra conversación en la cafetería? -preguntó Kate.

-Por supuesto. Y he estado pensando en eso... en la idea de que pueda irse para siempre, y la cuestión que me planteo ahora es si esta nueva persona, un nuevo Tyler, puede llevar una vida plena y ser todo lo que podría llegar a ser. Pero debo decirle que no estoy seguro de que eso funcione. No estoy seguro de poder aceptarlo.

Lo que él necesitaba era información, hechos puros y duros, en la medida en que hubiese alguno.

-Yo tampoco estoy segura de que pudiera aceptarlo si estuviese en su lugar o, al menos, no al principio. No sé qué decirle. ¿Qué le parece si repaso algunas de las cosas que han sucedido hoy? Y usted, si quiere, puede hacerme preguntas, y examinamos el problema entre los dos, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-En primer lugar, como usted ya sabe, el daño fue muy importante. Si Tyler se despertara, si eso fuese siquiera posible, no tenemos ni idea de cómo sería. El cerebro es un órgano asombroso: puede absorber muchas cosas puede compensar, incluso puede crecer. Pero el daño sufrido es grave. Es sorprendente que el sistema nervioso autónomo aún funcione tan bien, y que lo haga es una buena señal, en términos de permanecer con vida. Pero no creo que su hijo pudiera recuperar realmente la conciencia en ningún momento, la conciencia plena.

- ¿Quiere decir que cree que estará siempre así? ¿En coma? ¿Como un vegetal?

-Sí. Ahora bien, como le hemos dicho, esta operación nunca se ha llevado a cabo con seres humanos. Es complicada y arriesgada por cuatro razones. Una: extraer el objeto, lo que podía provocar aún más daños. Se ha hecho. Aparentemente todo ha salido bien (Saramaggio es el único cirujano que podía llevarlo a cabo), pero durante un tiempo no sabremos si la extracción de esa pieza d metal ha causado más daños en el cerebro. Dos: extrae las células madre y cultivarlas en el laboratorio hasta que se hayan multiplicado. La primera parte de este procesa ya se ha hecho. Con qué rapidez y cómo se multiplican es algo que aún no podemos decir. Tres: permitir que un ordenador dirija el sistema autónomo. Eso es algo absoluta mente nuevo. Ha funcionado en trabajos experimentale con animales, en monos concretamente y, por tanto, teóricamente es posible, pero debo subrayar la palabra teóricamente. Finalmente, cuatro: volver a implantar las células madre y estimularlas para que se hagan cargo de las células dañadas. Ésa es la parte más complicada de todas; se encuentra en los límites de la experimentación. Es un procedimiento que aparentemente se ha llevado a cabo con animales, con ratas, y parecen haberlo aceptado muy bien. Las ratas han sido sometidas a diferentes pruebas y, al menos en apariencia, parecen comportarse de un modo bastante normal. Pero, naturalmente, no podemos hablar con ellas, y los seres humanos son mucho más complicados.

-Ha dicho bastante normal. ¿A qué se refiere? ¿Cómo lo juzga?

-A través de tests de percepción y de tests de aprendizaje. Les hacemos atravesar laberintos o presionar una barra para conseguir comida, cosas así. Algunas de ellas parecen ser capaces de superar estas pruebas tan bien como lo hacían antes, pero otras tienen dificultades. Eso puede deberse a muchas razones: la extensión del daño, la cantidad de desecho que es eliminada de la célula muerta, la fuerza con que se regeneran las nuevas células y establecen conexiones nerviosas con las células que las rodean... Tyler tiene un punto a su favor: juventud.

- ¿Porqué?

-Tiene trece años: el cerebro sigue creciendo y estableciendo conexiones, al menos hasta los dieciséis años. -Eso es esperanzador.

-Todo es esperanzador. Cada paso del camino. Es sólo que nadie ha transitado antes este camino, de modo que me temo que la incertidumbre es inevitable.

Scott permaneció unos segundos en silencio. Luego dijo:

-Hablar con usted me está siendo de gran ayuda. Tengo una última pregunta.

-Sí.

-Tyler... ¿hay alguna posibilidad de que sufra dolor? -No. De eso podemos estar seguros. El cerebro siente dolor por todo salvo por sí mismo.

-Entonces eso resuelve la cuestión. - ¿Piensa seguir adelante?

-Sí. No hay nada que perder. Y todo que ganar, no importa lo pequeñas que sean las posibilidades.

-Así es como lo veo yo también.

-Gracias. Ha sido de gran ayuda. Lamento haberla llamado tan tarde.

-No hay ningún problema. -Buenas noches.
-Buenas noches.
Después de colgar el auricular, Kate tardó bastante en volver a conciliar el sueño.

Cleaver recorrió el sendero que unía el puente con Pinegrove. El sol se ocultaba en el horizonte, un anochecer de verano, el aire salobre agitándose en el intenso calor. Detrás de él podía oír el ruido de los coches que cruzaban el puente; a ambos lados, barcazas y pequeñas embarcaciones navegaban arriba y abajo del río; en el cielo, un avión volaba hacia la luz del crepúsculo.

Sus pensamientos se agolpaban con nerviosismo. La operación, hasta el momento, había sido un éxito. Saramaggio había estado magnífico en el quirófano; Cleaver debía admitirlo. Era un procedimiento revolucionario, la clase de operación que podía convertirlo en una leyenda. Pero la verdadera revolución se había producido con los ordenadores, que funcionaban perfectamente y estaban comenzando a hacerse cargo del sistema autónomo del chico. Cleaver había contenido la respiración durante la maniobra de cambio de sistema, pero todo había funcionado con normalidad, como una locomotora en un cambio de vías. Ahora bien, si sólo continuaba funcionando.

Nadie parecía reconocer realmente la importancia de los ordenadores. En la excitación propia del momento, conscientemente contenida -después de todo, era un hospital-, el mérito fue para Saramaggio. Eso escocía. Pero, pensándolo mejor, todo estaba bien. Permitía que Cleaver continuase su investigación fuera del foco principal. Y, algún día, todo se aclararía. Algún día todos ellos se darían cuenta de la importancia de lo sucedido. Resultaba casi divertido: Saramaggio estaba henchido de orgullo; pensaba que él era el importante porque ocupaba el asiento del conductor. No comprendía que la importancia residía en el nuevo vehículo que estaba conduciendo.

Cleaver rememoró los días en los que había comenzado, veinticinco años atrás. Ya entonces había oído hablar de Saramaggio, el cirujano prodigio que realizaba operaciones a cerebro abierto como si estuviese en una cadena de montaje. Lo hacía por la razón tradicional: quería mejorar los síntomas de la epilepsia y aliviar el sufrimiento de los pacientes. Cleaver también estaba interesado en esa clase de operaciones, aunque por una razón bien distinta: quería separar los hemisferios cerebrales porque deseaba ver lo que ocurriría al hacerlo. Quería verlos en lucha. Estaba fascinado por el concepto de conciencia dual. Imaginen: dos personalidades enfrentadas en el mismo cuerpo. ¿Cuál de ellas ganaría esa lucha por la supremacía? El cerebro izquierdo, que actuaba a través de la mano derecha, realizaría una acción determinada, y el cerebro derecho, actuando a través de la mano izquierda, haría exactamente lo contrario. ET acto más simple convertía a la persona en un campo de batalla de voluntades en conflicto. Recordaba haber leído algo acerca de la joven paciente de Dakota del Norte a quien le preguntaron si tenía alguna sensación en su mano izquierda, y ella contestó: ¡Sí! ¡Esperad! ¡No! ¡Sí! ¡No, no! Esperad, sí». Le mostraban un papel con las palabras «sí» y «no» escritas en él y le pedían que señalara la respuesta correcta. Ella miró la hoja de papel con expresión de impotencia; luego su índice izquierdo señaló «sí», y su índice derecho, «no».

Cleaver, que no era cirujano, no había trabajado con seres humanos, pero sí lo había hecho con animales. Hacía ya tanto tiempo de aquellos primeros experimentos; sentía nostalgia al recordarlo. ¿Con cuántos cientos de monos y gatos había experimentado? ¿Cuántos había «sacrificado»?, un término médico cuya brutal simplicidad siempre le había atraído.

Pensó en miembros fantasmas y en cómo habían señalado el camino del trabajo de su vida. Los médicos solían rascarse la cabeza en un gesto de perplejidad, enfrentados a

pacientes que habían sufrido una amputación que insistían en que, aunque les faltara un brazo o una pierna, aún podían sentirlos. A veces, el miembro fantasma solamente escocía, a veces quedaba agarrotado en una parálisis insoportablemente dolorosa. La ciencia estaba atónita. ¿Cómo era posible que ocurriera eso? Y entonces elaboraron la teoría de que las sensaciones debían de estar provocadas por las terminaciones nerviosas dañadas en el muñón.

Hacía muy poco tiempo que ese misterioso fenómeno había sido explicado: una confusión en el cerebro. Áreas sensibles que se superponen: la parte que registra una caricia en el rostro, por ejemplo, se encuentra junto a la que la registra en el brazo. En el caso de los miembros fantasma, las vías nerviosas invaden las adyacentes, de modo que un roce en la mejilla se registra como un toque en la mano, se siente de esa manera aun cuando la mano ya no esté allí. Y luego se produjo el brillante paso a cargo de un investigador del cerebro, V. S. Ramachandran, quien creó un método para tratar a un paciente con un miembro fantasma paralizado. Construyó una caja con espejos dispuestos de tal manera que el paciente parecía estar mirando su brazo fantasma, aunque de hecho estaba mirando su brazo sano. Entonces se le pidió al paciente que relajase la mano y la abriera y, milagrosamente, la sensación de parálisis desapareció al instante. En efecto, el cerebro se engañó a sí mismo para creerlo. O, como Cleaver prefería pensar: el cerebro hacía una cosa y la mente pensaba otra. Para él constituía la prueba definitiva, en caso de que fuese necesaria alguna, de que ambos no eran sinónimos. Su propio trabajo había resultado fundamental, proporcionándole la inspiración para el uso de ordenadores en el trabajo con el cerebro, en la búsqueda del ánima. Y eso había llevado a Cleaver a una verdad irrefutable: la conciencia es real y palpable y no una criatura ilusoria creada por la imaginación del hombre. Está enraizada en la fisiología, aunque se eleva por encima de la mecánica cerebral y, por tanto, puede ser localizada y explorada, como un continente que espera ser descubierto.

«Saramaggio es muy bueno en lo que hace, pero sólo es un técnico. Yo soy más que eso -pensó Cleaver-, mucho más.»

Recordaba haber estado sentado en una clase, escuchando que había dos tipos de científicos: los integradores y los inventores. Los integradores diseñaban sistemas; acumulaban datos, sintetizaban cosas, seleccionaban y analizaban cálculos para elaborar una teoría. Era como construir un edificio, un trabajo valioso, a su manera. Pero los inventores, ah, los inventores eran auténticos revolucionarios. Lo atravesaban todo de golpe, realizaban un salto de pensamiento deductivo. Dinamitaban todo el edificio, nivelaban el paisaje y abrían el camino para algo nuevo.

«Saramaggio es un integrador por excelencia -pensó-, pero yo pertenezco a la elitista franja de los revolucionarios. Soy un inventor.»

De pronto, un verso apareció en su cabeza, un fragmento de un poema de Wordsworth: «Mutilamos para analizar».

Cleaver vio que Pinegrove se alzaba delante de él, las luces ya encendidas en las plantas inferiores; las más altas, a oscuras. Divisó una figura que se movía detrás de la ventana del pabellón experimental donde se encontraba la anciana.

Probablemente se trataba de Felicity, se dijo, que caminaba por la habitación, tratando de que ella se sintiera cómoda. No podía reprochárselo, eso no afectaría al experimento y, de alguna manera, incluso lo aceleraría. Aun así, estaba preocupado. Felicity sé mostraba ansiosa por ayudar y quería aprender, pero su actitud hacia el impulso que él estaba dándole a la investigación estaba cambiando hacia una dirección negativa. Podía detectar corrientes ocultas de inquietud. Ella se guardaba los pensamientos, y era entrometida, y eso podía llegar a ser peligroso.

Apresuró el paso, casi echó a correr. Un momento después subía la escalera de la entrada, atravesaba la puerta y se dirigía a la habitación de la anciana por el amplio corredor iluminado. Felicity estaba de espaldas, saliendo de la habitación, y no lo vio.

Librodot

-Hola -dijo él, con voz neutra.

Ella se sobresaltó, llevándose una mano al pecho. -Me ha asustado.

-Lo siento. No era mi intención. ¿Cómo va todo? - ¿Se refiere a Myra?

-Sí.

-Muy bien -dijo ella-. Está a punto de dormirse. -Echemos un vistazo -dijo él, abriendo la puerta. - ¿Quiere que entre yo también?

-Claro, ¿por qué no?

La anciana estaba acostada, inmóvil, y la sábana formaba una especie de mortaja de momia alrededor de su frágil cuerpo. El receptor magnético transcraneal estaba colocado alrededor de la cabeza, y el casco y las gafas tenían alambres que se cruzaban como si fuesen un tocado estilo Medusa. Eso hacía difícil interpretar su expresión. Tenía los ojos cerrados.

Comprobó el monitor. La pantalla mostraba que la paciente estaba acercándose al abismo del sopor, el primero de los cuatro niveles del sueño.

-Estamos buscando la fase REM del sueño -dijo-. Movimiento rápido de los ojos. Eso indica que la persona está soñando. -Miró a Felicity, que lo estaba observando-. ¿Sabías que nuestros músculos se paralizan por completo durante la fase REM? Es para impedir que empecemos a dar golpes cuando los sueños se convierten en pesadillas. Es asombroso, ¿no crees?, cómo nuestras mentes tratan de advertir de todo aquello que nuestros cuerpos podrían intentar hacer.

-Sí -respondió ella sin demasiada convicción-. Supongo que sí.

-Aún disponemos de un poco de tiempo. ¿Quieres una taza de café?

Felicity le sorprendió asintiendo con la cabeza. Lo hizo con un aire levemente receloso.

Ambos entraron en el despacho de Cleaver hubo un largo y embarazoso silencio mientras él colocaba la tetera eléctrica y vertía un par de cucharadas de café en dos tazas. Luego hizo una breve pantomima, como si fuese un camarero, y le preguntó si quería leche o azúcar. Se sentaron lejos el uno del otro, tímidamente, como dos corazones solitarios en su primera cita. No había otra cosa que hacer más que comenzar, pensó él.

-Bien -dijo, carraspeando-, ¿qué opinas de lo que estamos haciendo aquí?

- ¿A qué se refiere? ¿A los experimentos?

Él asintió y se dedicó a verter agua caliente en las tazas, como si la conversación no fuese en realidad tan importante.

- ¿De verdad quiere saberlo? -Sí.

-Bueno, pues ya que lo pregunta, creo que son interesantes, es probable que sean verdaderamente importantes. Pero no veo por qué tenemos que tratar a la gente de esa manera. - ¿Te refieres a Myra?

-Sí, y a Elmore. -Entiendo.

Cleaver se tomó su tiempo antes de contestar. Myra era la esposa de Elmore. Cuando él murió, lo metieron en una caja de pino comprada por el propio Cleaver y lo enterraron en una ceremonia fúnebre donde los internos hicieron el papel de afligidos deudos, ella ya no tuvo a quién recurrir en el mundo. Cleaver le había hecho una oferta, cambiando habitación y comida en Pinegrove por el derecho de llevar a cabo diversos experimentos dentro de su cráneo. Ella había aceptado el trato con su habitual malhumor y ahora se mostraba tan complaciente como un sujeto africano entregándose a las exigencias insondables de un antropólogo occidental.

-Nosotros los acogimos, ¿sabes? Ambos estaban en la calle y no tenían adónde ir. Los alimentamos y los vestimos y les dimos un lugar donde dormir. Eres consciente de eso, ¿verdad?

Felicity asintió, pero sus palabras salieron de forma atropellada, como si las hubiera estado conteniendo durante mucho tiempo.

-Pero ¿por qué tuvo que hacerle todas esas cosas a él cuando estaba agonizando, ponerle

todos esos cables y esas máquinas? ¿Por qué no hacerle más confortables sus últimos momentos, y por qué no permitir que estuviesen juntos y que Myra lo cuidase?

-Supongo que podríamos haberlo hecho. Pero ése fue el trato. Hicimos que él estuviese lo más cómodo posible, teniendo en cuenta las circunstancias. Y estuvieron juntos, de eso se trataba. Ella sentía que estaba con él y, probablemente, Elmore sentía lo mismo. Pudiste verlo con tus propios ojos.

-Es posible que lo hayan sentido, pero no estaban realmente juntos.

-Pero si lo sentían, lo estaban, ¿no lo comprendes? De eso trata precisamente este experimento. De la mente humana, de cómo trabaja, cómo experimenta el mundo. Felicity no dijo nada.

-Verás -continuó él, hablando ahora lentamente y tratando de que no sonara como si le estuviese hablando a un niño-, todo mi trabajo está dirigido a una sola facultad humana, la conciencia. Yo la llamo ánima. ¿Lo entiendes?

-Sí.

-Piensa en ello como en un espíritu de conciencia, una chispa en tu interior que hace que tú seas tú.

Podía ver que ella estaba pendiente de cada una de sus palabras.

- ¿Qué eres tú? Un complicado haz de billones de células convencido de estar separado del resto del mundo. Crees que todo lo que eres está contenido en tu interior, y que tu mente es la que lo controla, pero esa creencia podría ser errónea.

Fijémonos en la memoria, por ejemplo. Pensamos en nuestros recuerdos como en reproducciones de hechos que nos han sucedido. Casi como si hiciéramos pequeñas películas de nuestras vidas cotidianas y las almacenáramos en neuronas en alguna parte del cerebro, como botes que pueden ser abiertos a voluntad. Pero ahora sabemos que la memoria no funciona de ese modo. Los recuerdos no se recuperan, sino que se construyen de nuevo cada vez. Nuestro cerebro trata de componerlos a partir de elementos fundamentales que están ahí porque nos afectan en algún nivel emocional profundo. Y cada vez que lo construimos, el recuerdo es diferente de alguna manera, pero no somos conscientes de esa diferencia. De modo que, hablando en términos estrictos, el recuerdo no se refiere a un acontecimiento del pasado, a algo que sucedió y que más tarde recordaremos; es un hecho actual, una nueva experiencia que sucede en tiempo real. La parte de ti que crea la ilusión de que lo estás re-creando, el operador de la película que no está ahí, es tu conciencia. ¿Me sigues?

Ella asintió.

-La conciencia existe fuera del tiempo. Los hechos que crees que han terminado, en realidad, no han terminado. Y a eso se refieren los filósofos cuando dicen que toda acción que haya ocurrido alguna vez aún sigue ocurriendo en alguna parte, y que toda persona que haya vivido alguna vez todavía sigue viviendo. Están en nuestra conciencia, y nuestra conciencia no se limita a nuestro cuerpo físico. Utilizamos nuestra ánima para acceder a ese dominio mayor.

Felicity bebió un poco de café. Cleaver sintió que la resistencia de la mujer empezaba a desmoronarse. Se preguntó si ella se daba cuenta de que, algún día, los ávidos biógrafos podrían rogarle que reprodujera esa conversación. Esperaba que lo estuviese escuchando atentamente. - ¿De qué trata el experimento? -preguntó Felicity. -Ahora voy a ello -contestó irónicamente él-. Si la conciencia se eleva por encima de los simples detalles mecánicos, entonces no existe razón alguna para suponer que se halla limitada al recipiente físico del cráneo humano, ¿verdad? ¿Por qué no podría ser capaz de vagar libremente?

Ella asintió.

-De hecho, si eres honesta contigo misma, probablemente reconocerás que ya lo sabías. ¿En cuántos fenómenos mentales inexplicables puedes pensar? ¿Qué me dices de la percepción extrasensorial? ¿Acaso no es lógico que algunas percepciones puedan producirse fuera de nuestros cinco sentidos y que algunos de nosotros seamos más capaces de captarlas? ¿Sueños que son incomprensibles y nos provocan un terror indescriptible o nos colman de

felicidad? ¿O la visión ciega, el fenómeno de ver algo implica ser conscientes de que lo estamos percibiendo?

¿Y qué me dices de todas esas historias sobre gente que se está muriendo y son capaces de aparecerse ante sus seres queridos en el preciso instante de la muerte? ¿O personas que han estado muertas durante un segundo y describen la experiencia extracorporal de elevarse hacia el techo y contemplarse a sí mismos acostados en la cama? La luz blanca al final del túnel. ¿Es tan absurdo pensar que tu conciencia, en el momento final, el momento de la muerte, puede concentrar toda su energía y voluntad con el fin de realizar un acto dramático, una especie de despedida final?

La voz de Cleaver descendió un tono y alcanzó un nivel de intimidad.

-En realidad, Felicity, tú lo has visto. Has visto la medición objetiva del ánima. Lo viste con Elmore, quien se apareció ante nuestra amiga en la otra habitación.

-Lo que yo vi fue que Elmore se apareció ante ella en el momento en que estaba muriendo. Ella lo vio. ¿Y por qué no? Ambos se amaban profundamente.

- ¡Exactamente, Felicity! Lo que Myra vio fue el ánima de Elmore. Y yo soy la primera persona que ha demostrado que existe. Y no sólo demostrado, sino que he documentado, medido, localizado el lugar que ocupa en el cerebro. Sé dónde reside, en un punto subcortical no más grande que su meñique, la amígdala cerebelosa. La amígdala cerebelosa y el hipocampo, los centros de la emoción y la memoria. Y eso es el ánima, lo que hace de nosotros seres diferentes y especiales: nuestros recuerdos y emociones unidos, creados de nuevo constantemente.

»Es un trabajo de pioneros. Porque... bueno, piensa en ello: ¿cómo puede un científico abordar el tema de la conciencia? La conciencia es esquiva. Como examinadora última de todo lo demás, ¿de qué modo puede examinarse a sí misma? ¿Has intentado alguna vez apuntar tus pensamientos exactamente como se están produciendo sin dejar ninguno fuera? Es imposible, igual que tratar de atrapar un relámpago en una botella. De modo que debemos encontrar indicios de la conciencia. Debemos dejar polvo en el suelo para conseguir las pisadas de un fantasma. Construir espejos. Y eso es precisamente lo que he estado haciendo todos estos años: inventando experimentos para capturar el reflejo, para ver dónde ha estado el fantasma y qué es lo que puede hacer.

- ¿Y es lo que está usted haciendo en la otra habitación, con Myra?

-Eso es todo. Sólo estoy controlando sus sueños, tratando de capturar su conciencia mientras vaga libremente. No le hace ningún daño. No le estamos provocando los sueños, del mismo modo que no provocamos la muerte de Elmore. Simplemente aprovechamos el viaje.

Se levantó y le hizo señas de que lo acompañase a la habitación contigua. Myra continuaba inmóvil en la cama. Cleaver se dirigió a los monitores.

-Ahora está soñando -dijo. - ¿Cómo lo sabe?

-Porque su electroencefalograma está activo. Sólo cuando una persona sueña, su electroencefalograma es el mismo que cuando está despierta. Ahora quiero que le eches un vistazo a esto.

Pulsó algunos botones del ordenador e hizo girar varios diales y en una pantalla apareció un corte transversal del cerebro de Myra. La vista era cenital, de modo que parecía la carne de una nuez abierta por la mitad.

- ¿Ves eso?

Cleaver señaló una zona donde unos puntos negros estallaban como si fuesen proyectiles. Hizo girar otro dial y se convirtieron en colores brillantes, azul, verde y amarillo. Era un elemento marcador que circulaba por el suero intravenoso.

- ¿Qué es?

-Es una pauta particular de actividad cerebral que he podido reconocer. Atraviesa varios centros cerebrales profundos. Esta pauta varía ligeramente de una persona a otra, pero en cada individuo es siempre la misma. Puedes ver que incluye un gran número de neuronas. Siempre

se activan siguiendo la misma secuencia.

¿Cuando ella está soñando? -Sí.

- ¿Y eso significa que su..., cómo la ha llamado... ánima está fuera de su cuerpo?

-No, no del todo. Aún está enraizada en su cerebro. Pero es capaz de extenderse mucho más allá de la mente despierta y experimentar cosas fuera del cuerpo. Es como un perro que se mueve sujeto a una correa... hasta la muerte. Luego la correa desaparece.

Felicity miró la pantalla, fascinada.

-Freud pensaba que los sueños eran producto de la mente inconsciente. La metáfora era algo que subía como unas burbujas hasta la superficie desde las profundidades. Pero es mucho más que eso. Es como meterse en un enorme lago y ser consciente de todo lo que hay en él. Algunas de esas cosas son maravillosas y fascinantes, y otras son peligrosas y monstruosas. Ahora te mostraré algo más.

Acto seguido, Cleaver pulsó un botón y apareció un negativo en blanco y negro de la imagen que había en la pantalla. Lo deslizó hacia un tablero luminoso junto a otra imagen de un escáner cerebral; parecían asombrosamente similares.

-La imagen de la izquierda corresponde a Myra cuando vio a Elmore en el momento de su muerte. Es lo que las personas que tratan con la muerte todos los días, las personas de los hospicios, llaman una visitación. La otra corresponde a Myra soñando. En ambas, su conciencia se encuentra en un estado de gran excitación. ¿Alcanzas a apreciar cuán similares son ambas imágenes?

-Sí. Es interesante. -Y muy importante. -Sí, lo comprendo.

-Bien, ahora ya sabes lo que estoy haciendo. Y tienes que entender lo que estamos haciendo con estas personas, Myra, Elmore y los demás. No los tratamos como conejillos de Indias. Están viviendo sus vidas como deberían hacerlo, sólo que lo están haciendo... espero que esto que voy a decir no suene demasiado cursi.

Cleaver dudó un momento.

- ¿Qué? -le preguntó ella-. ¿Qué es lo que están haciendo?

-Lo están haciendo en el altar de la ciencia.

Felicity apartó un mechón de su amplia frente, un gesto característico que Cleaver, de pronto, encontró atractivo. Su rostro estaba ligeramente sonrojado. Parecía sentir que había llegado el momento de marcharse. Cuando llegó a la puerta, con una mano apoyada en el pomo, se volvió para mirar a Cleaver directamente a los ojos. -Gracias -dijo.

-No hay de qué. Yo debería dártelas a ti. Ella salió y cerró la puerta.

Cleaver acabó su café y comprobó el monitor. Luego fue hasta uno de los armarios con suministros, llenó una jeringuilla, se acercó a la cama de la anciana y levantó su frágil muñeca, dejando al descubierto el antebrazo. Clavó la aguja en la piel. Luego se deslizó detrás de la cama y manipuló una válvula, cerrando el oxígeno. Un momento después, Myra se agitó ligeramente en la cama y levantó la barbilla. Luego la cabeza cayó sobre el pecho y permaneció completamente inmóvil. Cleaver la observaba atentamente. Después de unos instantes, volvió a abrir la válvula del suministro de oxígeno y, gradualmente, Myra volvió a la vida.

Regresó al ordenador y pulsó un botón. El negativo que apareció esta vez tenía un aspecto diferente. Las explosiones eran más grandes y se habían desplazado a una esquina opuesta del cerebro inferior. Colocó el negativo en el tablero iluminado, abrió un cajón y sacó otro escáner cerebral, que colocó junto al anterior. Era muy parecido. Cleaver comparó ambas imágenes ávidamente, la que había sacado del cajón y que había tomado a Elmore en el momento de su muerte, y la otra, tomada a Myra hacía apenas unos minutos. Eran muy parecidas, realmente muy parecidas. Dos cerebros diferentes que habían registrado la misma actividad en las mismas regiones.

Otro hito.

Se preguntó qué habría pensado Felicity de eso. Si hubiera estado allí para formularle alguna de sus preguntas. « ¿Y qué demuestra eso?» Podría haberle contestado: «Ése es el

aspecto que tiene el cerebro cuando muere».

Y si ella hubiese insistido, preguntándole: « ¿Y qué le ha hecho a Myra?», él podría haberle contestado, con la conciencia tranquila, «Nada del otro mundo. Puedes ver que respira normalmente. Simplemente se ha sumergido... en un lago muy grande».

Al día siguiente, Cleaver volvió a encontrarse con Quincy. Éste le había convencido para que lo acompañase porque cabía la posibilidad de que dieran con Cybedon, a quien había descrito como su «Virgilio virtual». De modo que allí estaba Cleaver, delante de un almacén abandonado y atestado de gente en Williamsburg, Brooklyn, luchando por acceder a su interior, donde la monótona y estridente música tecno había llevado a quienes bailaban a un estado de frenesí. En la entrada, a la que se llegaba a través de un muelle de carga, había varios tíos encargados de mantener el orden, y decenas de camellos se mezclaban entre la multitud, con las iniciales de sus mercancías químicas grabadas en la frente.

Quincy extendió la mano para ayudar a Cleaver a subir al muelle.

-Sólo tienes que seguirme -dijo.

- ¿Quién es toda esta gente? -gritó Cleaver.

Le sorprendía que la mayoría de ellos fuesen tan jóvenes. Quincy se encogió de hombros.

-Gitanos del ciberespacio, reclutas, punks, pide lo que quieras. Tecnopaganos, pirados, mercenarios místicos, hippies del silicio, hackers y cazadores de subsidios de todas clases.

- ¿Están todos aquí por la convención?

Había dos hombres con traje, y ese detalle había sugerido la pregunta.

-Es más bien una anticonvención -dijo Quincy-. Es gente a quien no encontrarían ni muertos en el *Javits Center*[1]. Las compañías informáticas tratan de entrar a saco porque aquí es donde está el próximo.

- ¿El próximo qué? -El próximo próximo.

Quincy pasó por debajo del brazo de uno de los hombres que custodiaban la entrada y penetró en la cavernosa habitación. Cleaver lo siguió y el calor, el humo y la música lo golpearon como si hubiese chocado contra una pared. Podía sentir el latido de la música en las mejillas. Alrededor de cuarenta personas se movían en la pista de baile, saltando como si fuesen guerreros masai, y Cleaver divisó también en la pista unos pequeños robots mecánicos que se movían siguiendo el ritmo de la estridente música.

-Ése es X-Mundo -gritó Quincy, señalando al pinchadiscos, que estaba desnudo de cintura para arriba y sudaba como un cerdo.

No tenía un solo pelo en ninguna parte visible, incluso carecía de pestañas, y Cleaver alcanzó a ver un tubo que le salía del hombro. Quincy siguió su mirada.

-Le llega hasta dentro -explicó-. Le pone a cien. Quincy se abrió paso a través de la multitud hacia la parte posterior del almacén, donde había reservados y mesas con ordenadores y expositores. Parecía una sala de conferencias convencional, excepto que el material que estaba a la venta -artilugios de realidad virtual, ordenadores de contrabando con potentes discos duros- era cualquier cosa menos convencional. En uno de los reservados, un artista estaba realizando tatuajes cibernéticos. En otro, la cortina estaba corrida y, al atisbar en su interior a través de una rotura en la tela, Cleaver vio a una joven acostada en un catre, temblando ligeramente. Estaba desnuda excepto por una toalla de felpa gruesa que le cubría los pechos, llevaba una máscara de acero en el rostro y numerosos electrodos colocados en los pechos y el vientre.

Bajaron por una amplia escalera hasta llegar al sótano, donde el ambiente era más tranquilo. Quincy abrió una puerta y en la habitación había alrededor de sesenta personas sentadas en sillas plegables frente a un hombre gordo que se encontraba de pie ante un atril. Era lo bastante mayor para tener el rostro surcado de arrugas y llevaba el pelo rubio blanquecino recogido en una coleta.

Quincy se sentó y le indicó a Cleaver que se sentara a su lado.

Librodot

-Cybedon -susurró.

Una mujer que se encontraba en las últimas filas acabó de hablar y se sentó. Aparentemente, había hecho una pregunta.

-Muy bien. ¿Cuál es mi concepto del cambio posbiológico y cómo difiere eso de la velocidad de escape? -Repitió el hombre gordo, mirando a la audiencia-. La velocidad de

1. Lujoso centro de congresos de Nueva York. (N. del T.)

escape o de liberación, como la emplea Mark Dery, es una metáfora. Se produce cuando velocidad y distancia alcanzan el punto crítico en el que un objeto en movimiento (un planeta, una nave espacial, cualquier cosa) se libera de la fuerza gravitacional. Ese objeto alcanza la hiperaceleración y pasa a otra dimensión.

Esta idea de una súbita y compleja ruptura con el pasado que nos llevará a un nuevo mundo, no es nueva en el pensamiento occidental. Ya se encuentra en los mitos de Prometeo e Ícaro. Está en Jano, el dios de las puertas, en el Jardín del Edén, en el Paraíso perdido y en Shangrila. Está en Sócrates, Platón, Marx y Adam Smith y en pensadores modernos como Marshall McLuhan y Teilhard de Chardin.

Lo que yo y otros hemos hecho -ha sido reconocer esta idea por lo que es, liberación de la mortalidad humana, tal como se aplica a los principios de la evolución darwiniana.

La mujer volvió a ponerse en pie. Parecía frustrada. -Pero ¿cómo se aplica eso a las máquinas? -preguntó.

-Las máquinas están evolucionando rápidamente. La primera computadora moderna fue Colossus, construida por los británicos en 1943 para descodificar los mensajes de la máquina Enigma de los alemanes. Estaba accionada por dos mil válvulas de vacío. Cuando la ENIAC entró en funcionamiento en 1946, tenía el tamaño de una habitación. Luego, en la década de los cincuenta, aparecieron los transistores, los circuitos integrados una década más tarde, y los microchips, en los setenta.

A medida que las máquinas iban reduciendo su tamaño, se volvían más inteligentes. Y ahora se vuelven más inteligentes más rápidamente. La primera computadora capaz de jugar al ajedrez fue diseñada en 1958. Deep Blue tardó treinta y nueve años en llegar y derrotar a Gary Kasparov. Pero era inevitable: los treinta y dos microprocesadores separados de Deep Blue pueden examinar doscientos millones de movimientos por segundo. Puede anticipar treinta y cinco movimientos. Kasparov puede prever cuatro, quizá cinco movimientos. Comparadas con la computadora, las conexiones nerviosas en el cerebro humano se mueven a la velocidad de un caracol.

Ray Kurzweil dice que las computadoras superarán a la inteligencia humana en el año 2020. Él prevé que hombre y máquina acabarán por unirse y evolucionar juntos. Esto será inevitable una vez que las máquinas se dupliquen a sí mismas. De modo que la única respuesta para la humanidad es crear alguna forma de acceder a ese sistema evolutivo. Si no lo hacemos, nos quedaremos rezagados. La evolución enseña que hay espacio sólo para una entidad en cualquier nicho particular, y el nicho del que estamos hablando en este caso es el que está reservado al intelecto supremo del planeta.

Así que, ¿cómo habrá de producirse esta conjunción evolutiva? Resulta un tanto difícil imaginar a los seres humanos apareándose con las máquinas. Y ahí es donde interviene mi teoría. Mi contribución consiste en aportar el medio para que esa conexión se produzca. Solamente hay un área donde puede ocurrir, y es a través de la inteligencia artificial incorpórea.

La mujer de voz quejumbrosa seguía de pie. -Explique eso, por favor -dijo.

-La inteligencia artificial ha crecido exponencialmente desde la década de los setenta y se ha organizado en una forma casi vital alrededor del mundo. Estoy hablando de Internet. Su modelo de crecimiento refleja el de un organismo multicelular. Satisface los dos criterios necesarios para la vida: se expande a través de un proceso de regeneración y puede comunicarse con sus partes más remotas. Incluso tiene enemigos naturales en forma de virus.

Librodot

Si concebimos la Red como la expresión última de la inteligencia de las máquinas, y el haz de conexiones nerviosas que llamamos cerebro como la expresión de la inteligencia humana, entonces en el punto donde convergen se establecerá la conexión. Ambas operan mediante impulsos eléctricos, de modo que hablan un idioma común. Como resultado de ello, creo que pronto, en algún punto, la inteligencia humana se fusionará con las computadoras en el ciberespacio... Siguiente pregunta.

-Puedo comprender por qué querríamos unirnos a las máquinas; ellas poseen una capacidad de cálculo muy superior a la nuestra. Pero ¿por qué querrían ellas unirse a nosotros? ¿Qué ponemos nosotros encima de la mesa?

-La conciencia. La chispa de intelecto creativo que puede impulsar esos cálculos y darles un sentido al orientarlos hacia un propósito más elevado.

-Pero ¿cómo ocurrirá eso exactamente? , -El viejo sacudió la coleta.

-No soy un profeta, ni un futurólogo. No lo sé. Tampoco sé cuándo sucederá. Estoy hablando de las grandes fuerzas de la historia. Les corresponde a otros elaborar los detalles.

- ¿Y eso significará nuestro final?

- ¿Final? Nada de eso. Será el principio. Será el salto cualitativo que la religión y la ciencia prometen. El momento de la liberación. Nuestras mentes ya no estarán ligadas a nuestros cuerpos. Tal vez si podemos desligarnos realmente de nuestros recipientes físicos, logremos alcanzar algo parecido a la inmortalidad. El mysterium tremendum. Los físicos lo llaman velocidad de escape. Los pentecostales lo llaman el Éxtasis.

La mujer se sentó.

Cybedon echó una rápida mirada a la audiencia, ignoró varias manos que se alzaban en el aire y abandonó el atril. No hubo aplausos, pero muchos de sus oyentes parecían sumidos en profundos pensamientos. Algunos se apresuraron para hablar con él; Cybedon desapareció en medio de un estrecho círculo de admiradores, sólo era visible su coleta, que se balanceaba en medio del grupo como la crin de un caballo inquieto.

- ¿Qué piensas? -preguntó Quincy.

Cleaver sacudió la cabeza en un gesto de admiración. No respondió.

-Eso es lo que Leo Marx llama «la retórica de lo sublime tecnológico». ¿Quieres conocerlo?

-No, si eso significa tener que abrirme paso a codazos en medio de esa multitud.

Quincy se acercó y, tan pronto como Cybedon lo vio, se deshizo de sus admiradores y fue hacia él con ambas manos extendidas.

-Mi muchacho, mi muchacho -repitió con una sonrisa en los labios.

Cogió a Quincy por los hombros y lo atrajo hacia sí en un violento abrazo, envolviéndolo en su carne flácida. Cleaver estaba sorprendido. No esperaba que aquel hombre fuese tan afable.

- ¿Cerveza? -preguntó Cybedon.

Cleaver podía oír perfectamente el ruido de la gente que bailaba en el piso superior.

-Sí -dijo Quincy.

Los presentó a ambos. Cleaver percibió el calor oscuro de la mirada de Cybedon.

-Me... me ha gustado mucho lo que ha dicho. La forma en que lo ha explicado -dijo, sintiéndose como un imbécil en el mismo instante en que las palabras salían de su boca.

-Acompáñenos -contestó Cybedon.

Los tres subieron al piso de arriba, Cybedon moviéndose con sorprendente agilidad para tratarse de un hombre tan pesado. Atravesaron la concurrida pista de baile -la gente parecía abrir un camino ante su Moisés-, y luego salieron a la parte trasera del almacén, donde se había congregado una pequeña multitud. Tres jóvenes que estaban sentados a una mesa de juego se levantaron de sus asientos. Quincy fue a buscar tres cervezas y regresó al cabo de pocos instantes. La gente se apartó ligeramente de delante de la mesa para que los recién llegados pudieran ver. Estaban en el borde de la zona de aparcamiento. De una de las farolas

colgaba una gigantesca efigie humana, la cabeza exageradamente grande y desfigurada.

- ¿Qué es eso? -preguntó Cleaver.

-Es el Hombre Fusión -dijo Quincy-. La razón de ser de todo el festival. Comenzó hace doce años, cuando a este hombre que tenemos aquí -hizo un gesto hacia Cybedon- lo echaron de Microsoft.

- ¿Por qué motivo?

-Insubordinación -interrumpió Cybedon-. Y libre pensamiento.

-Y moral -añadió Quincy.

A medio camino de la ingestión de cervezas, un murmullo de excitación se extendió entre la multitud. En ese momento apareció un hombre portando una pequeña vela, y un cántico pareció elevarse desde todas partes. Cleaver conocía esa melodía, pero tardó unos momentos en identificarla como uno de los temas de la banda sonora de la película Carros de fuego: Jerusalén, el himno inglés del poema de Blake que nunca dejaba de humedecer los ojos de los habitantes de las islas británicas.

El hombre que llevaba la vela se acercó a la enorme efigie colgante y el zumbido musical se hizo más estridente. Cleaver bebió un trago de cerveza y echó un vistazo a los fanáticos de la alta fidelidad, a los delirantes, a los tecnopaganos y a los hackers. Qué extraños parecían, con vestimentas de todas clases, desde hippies hasta motoristas, desde andrajosos a hombres con traje. El común denominador era la juventud. Cybedon y él eran prácticamente los únicos entre toda esa multitud que superaban los treinta años. Esa toma de conciencia lo hizo sentirse como un intruso. ¿Quién sabía de la existencia de semejante tribu?

La llama de la vela lamió el pie izquierdo de la efigie. Cobró fuerza y comenzó a ascender, como una mecha. De pronto, un estallido quebró el aire y una cascada de fuegos artificiales brotó del vientre de la figura, ruedas giratorias, fuentes y volcanes escupiendo corrientes de color entre el traqueteo de los petardos. En pocos minutos sólo quedó la enorme cabeza de papel, que conservaba la sonrisa mientras ardía lentamente.

La muchedumbre lanzó vivas y alzó sus vasos.

-Me rindo -le susurró Cleaver a Quincy-. ¿Con qué finalidad hacen todo esto?

- ¿Finalidad? -Quincy estaba fascinado con el espectáculo y apenas le prestó atención-. Ninguna -dijo con aire distraído-. No todo tiene que tener una finalidad.

Cleaver echó un vistazo a aquellos reveladores de la «Nueva Era» y bebió su cerveza. Frente a él estaba sentado Cybedon, con los ojos entrecerrados, su voluminoso cuerpo apoyado en la silla como una masa gelatinosa; un enorme sapo soñoliento.

Era extraño que la propuesta de la mente que se separa del cuerpo procediera de una persona tan poco atractiva, pensó Cleaver. O quizá, pensándolo mejor, no era tan extraño.

Se sintió súbitamente animado.

-Permítame que le pregunte una cosa -dijo-. ¿Cree que en la vida cotidiana la mente, nuestra conciencia, está inextricablemente ligada al cuerpo? ¿O que puede llevar una existencia separada?

El sapo abrió los ojos lentamente. - ¿Usted qué cree? -preguntó a su vez.

-Que la conciencia puede vagar, pero no sabemos cómo llamarlo. Visiones, ceremonias religiosas, sueños, experiencias casi del más allá, visitaciones de los difuntos, son todos ejemplos de lo mismo: la conciencia derramándose fuera de su recipiente físico.

-Felicidades -dijo Cybedon-, ha descubierto el multiuniverso.

- ¿El multiuniverso?

-Como pasamos la mayor parte de nuestras vidas de vigilia en las estrechas dimensiones de nuestro universo singular, no reconocemos todas esas pistas de que ahí fuera hay muchos universos, todos ellos existiendo uno junto al otro. ¿Quién sabe lo que contienen? Recuerdos, sueños, cada acción que realizamos alguna vez, cada palabra emitida, cada persona que haya existido, cualquier cosa y todas las cosas que nuestras conciencias hayan experimentado alguna vez, todas paralelas entre sí como si fuesen cientos de placas base en un ordenador. -Volvió a cerrar los ojos y murmuró suavemente-: En la mansión de mi padre hay muchas

Librodot

habitaciones.

Una metáfora bíblica muy extraña, pensó Cleaver. Pero sentía una excitación que apenas podía contener, una cálida corriente de satisfacción consigo mismo. Nunca antes se había encontrado con alguien capaz de expresar en palabras todo lo que él había estado pensando durante estos años, todo aquello en lo que había estado trabajando, sus teorías que ahora finalmente habían alcanzado el último estadio científico de la experimentación.

-Se sentía atraído hacia Cybedon, comprendía el poder de ese hombre gordo que bebía lentamente su cerveza. Si Cybedon supiera en lo que él estaba trabajando. Si supiera...

Cleaver saboreó el pensamiento secreto de que, algún día, Cybedon tendría una razón para volver la vista atrás y recordar ese encuentro, una razón para recordar que le había conocido.

Mientras Kate conducía a Scott hacia el pabellón especial, ambos fueron llamados a la sala de enfermeras, donde le dijeron a Scott que debía firmar el registro de entrada.

-Es el padre del chico -protestó ella.

La enfermera, una veterana de mil batallas en las guerras del hospital, se mantuvo firme. Todo el mundo tenía que firmar el registro, ésas eran las normas, dijo ella, aunque tuvo la delicadeza de mostrar un ligero rubor de incomodidad.

Kate estaba furiosa. Era la misma mentalidad burocrática contra la que había estado luchando desde que decidió dedicarse a la medicina. Pero Scott no puso ninguna objeción y firmó el libro. Seguía teniendo esa expresión de alguien que está perdido en la bruma del duelo.

Scott no esperaba encontrarse una organización tan elaborada. Llegaron a unas puertas de vidrio que sólo podían abrirse mediante una tarjeta de identificación provista de un código. Kate llevaba las suyas en una cadena alrededor del cuello y, cuando la sostuvo delante de un escáner montado en un costado de la pared, la puerta se abrió con un ligero chasquido. La mantuvo abierta para que Scott entrase.

Luego llegaron a un corredor que terminaba en una ventana de observación de cristal grueso y que se elevaba unos dos metros hasta acabar a escasos centímetros del techo. Detrás de la ventana había una cama de hospital inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, sobre la que yacía una pequeña figura completamente inmóvil. Sintió una especie de conmoción al comprobar que se trataba de Tyler. La cabeza de su hijo estaba tan cubierta por los vendajes que su rostro parecía apretado en una diminuta ventana en una torre blanca. De la boca y la nariz salían varios tubos, y sus ojos estaban cerrados e hinchados por las magulladuras. Apenas parecía humano.

-Sé lo duro que le resulta verlo así -dijo Kate suavemente-. Me gustaría que pudiésemos acercarnos, pero Tyler se encuentra en un medio absolutamente esterilizado. Es una medida imprescindible porque las heridas del cráneo siguen abiertas, para poder acceder rápidamente al cerebro si fuese necesario. El ordenador está activado y, si un electrodo se desprende, tenemos que volver a colocarlo rápidamente.

Sólo entonces Scott vio el haz de finos alambres, unidos firmemente por un lazo de plástico, que se elevaban desde la parte posterior del vendaje y estaban atados a la sábana. Luego discurrían a lo largo de la pared, llegaban hasta la esquina y se introducían en la parte trasera de un ordenador de sobremesa. Con un estremecimiento, Scott se dio cuenta de que los alambres nacían en el cerebro de su hijo.

-Esos alambres llevan las señales del ordenador -continuó Kate-. Es posible que los electrodos deban ser retirados de vez en cuando. Y el doctor Saramaggio necesitará reimplantar las células madre en la etapa final del proceso. De modo que no tiene ningún sentido someter a Tyler al trauma de una nueva operación.

Librodot

-Pero de este modo es como si... la operación no acabara nunca.

-Sé que es eso lo que parece. Pero ahora, por ejemplo, él descansa sin que nada lo altere. Está tranquilo. No sufre ningún dolor. Es una especie de estado de suspensión. De modo que se está recuperando.

- ¿Y cómo lo cuidan si no pueden tocarlo? -Sí que podemos.

Y justo en ese momento, como para demostrar lo que Kate acababa de decir, la puerta se abrió a sus espaldas y una enfermera se unió a ellos. Llevaba en las manos un recipiente de metal. Abrió otra puerta, situada a la derecha y con la inscripción «Sólo personal médico, y entró en la pequeña antecámara donde se encontraba el ordenador. Buscó algo en el armario de la pared, sacó un sobre esterilizado que contenía un par de guantes de goma y una mascarilla y se los colocó. Luego sacó una jeringuilla, bajó la sábana hasta la cintura de Tyler, subió una de las mangas y le pinchó rápidamente en el hombro.

Con la sábana en esa posición, Scott vio que Tyler estaba atado a la cama.

-Me temo que tenemos que hacerlo. No podemos correr el riesgo de que se mueva y se quite los electrodos. Pero él no es consciente de eso, estoy segura. Y lo cambiamos de posición a menudo para que no se llague.

- ¿Cómo diablos saben de lo que Tyler es consciente o no? -preguntó Scott.

La ira de su voz le sorprendió incluso a sí mismo.

A modo de respuesta, Kate apoyó la mano en su codo. A Scott el contacto le causó un ligero sobresalto. -Por supuesto, no lo sabemos en realidad -dijo-. Pero nos hacemos una idea al mirar hacia allí.

Kate señaló un grupo de aparatos que había junto a la cama y Scott contempló la detestable batería de monitores con sus irrefrenables líneas verdes que se movían a través de las pantallas: nivel de oxígeno, presión sanguínea y el resto de constantes vitales. Sintió que ahora ya lo sabía todo, sabía lo que medían las agujas y las líneas de fiebre y dónde debía estar si todas eran normales. Nunca lo eran.

-No sé si lo ha notado, pero aquélla -Kate señaló una pantalla redonda atravesada por el perfil desigual de las líneas del pulso- se aceleró cuando entramos. Creo que eso significa que puede oírnos. En algún nivel, Tyler está registrando nuestra presencia.

A Scott esas palabras le resultaron esperanzadoras. -Dígame cuál registra las ondas cerebrales -dijo-. Y cómo se supone que deben ser.

-Ésa que está allí -respondió ella, señalando hacia una pequeña pantalla redonda con una línea que rebotaba en toda su extensión-. Los picos deberían ser más grandes. Aproximadamente el doble de lo que son ahora, y más pronunciados, más agudos. Pero lo serán... algún día. Estoy convencida de ello.

Su voz sonaba como si lo dijera en serio y Scott se sintió algo mejor. Vio otra máquina que no pudo reconocer. - ¿Qué indica esa máquina? -preguntó.

-La inflamación del cerebro. Es muy importante, bueno todas son importantes. Pero es importante que la inflamación se reduzca si queremos que tenga... una posibilidad.

- ¿Y dónde debería estar la aguja? -Aproximadamente a mitad de camino de donde se encuentra ahora.

Scott miró la aguja fijamente. Una diminuta pieza de metal negro, apenas más grande que un mondadientes. Casi pudo imaginarla moviéndose hacia abajo si él la miraba con insistencia.

-Mire allí -dijo Kate-. Junto al ordenador. Hay una segunda fila de monitores. Se encargan de medir la actividad del ordenador. Hemos transformado los impulsos de salida en señales de funciones corporales. Puede comparar ambas filas de monitores y ver que están en armonía. La enfermera volvió a dejar la jeringuilla en el recipiente de metal, luego abrió la puerta lateral y les sonrió. Permaneció unos momentos junto a ellos mirando a Tyler a través de la ventana.

Librodot

-Hoy estamos un poco mejor -dijo.

«Estamos.» Scott la miró con una expresión de horror. «Estamos.»

Entonces sintió nuevamente la leve presión de la mano de Kate en el brazo, apartó la vista y trató de reponerse. Pero era difícil. Nadie sabía realmente por lo que estaba pasando. Nadie podía entenderlo, aunque lo intentase, como Kate. Y lo curioso era que, cuanto más se permitía a sí mismo creer que existía una posibilidad de que Tyler pudiese algún día recuperarse, peor se sentía. Porque a ese pensamiento le seguía el pensamiento de qué se trataba solamente de la expresión de un deseo. « ¿A quién tratas de engañar?»

En realidad no sabía qué desear. Todo era tan imprevisible. Esos médicos sabían cómo decir las cosas, cosas llenas de esperanza, pero ¿qué era lo que sabían realmente? Él era incapaz de calcular cuánta esperanza podía dejar que entrase en su corazón. Sentía que Tyler ya había muerto. ¿Por qué morir una segunda vez?

Scott conocía de memoria el interior de su cuarto de revelado, instalado en la zona trasera del loft, hasta tal punto que podría haber trabajado en la más completa oscuridad, sin la fantasmagórica luz roja que proyectaba la única bombilla que había en el techo. Sabía dónde estaban las grandes botellas de plástico con productos químicos y, por su peso, cuánto quedaba en ellas. Conocía la ubicación exacta de las bandejas de revelado, la ampliadora, los grifos y cada pieza de su equipo. Había pasado tantas horas en ese lugar, día tras día, año tras año, que solía disfrutar de la comodidad de la habitación pequeña y cuadrada, como un prisionero fantasma no del todo infeliz con su confinamiento, trabajando en solitario.

Pero ya no era así.

Ahora, tres semanas después de la operación de Tyler, le resultaba imposible sentirse cómodo. No obstante, el laboratorio era una especie de refugio. Podía perderse en ese cuarto y, casi durante varios minutos, no pensar demasiado en nada. Aún sentía en sus entrañas ese peso muerto del vacío, y lo llevaba encima como un trozo de metralla, pero conseguía mantenerlo más o menos bajo control, impedir que ascendiera y le estallara en el cerebro, apelando a la mecánica rutina del trabajo.

Su reclusión en el cuarto de revelado había comenzado dos días después de la operación, cuando había permanecido despierto bebiendo whisky en casa, vagando sin rumbo por el loft, entrando en la habitación de Tyler y recogiendo sus cosas: las camisas, los viejos videojuegos, los trofeos de fútbol, la fotografía de Sean Connery con su autógrafo, el koala, para regresar luego a la cocina y servirse otro trago. Se había quedado dormido vestido y se despertó, al amanecer, bañado en un sudor frío y con el corazón desbocado.

Entonces había recordado algo: los negativos sin revelar. Había saltado de la cama. Estaban en una serie de botes de café, carretes de fotografías que había sacado rutinariamente en sus salidas de la ciudad o cuando vagaba por las calles, en aquellos días en los que jamás salía de casa sin la cámara. Sabía de una manera instintiva cuándo merecía la pena revelar un carrete de fotos; los otros los había descartado de la misma forma en que un artista descartaría los bocetos preliminares. Pero ahora eran impagables. Se metió en el laboratorio y comenzó a revelarlos. Algunas fotografías eran tan viejas que apenas podían discernirse, pero aun así, forzando la película, podía vislumbrar las figuras, como fantasmas en una membrana. Vivía para ese momento en el que el papel blanco desnudo flotaba suavemente en el baño de revelado y, mágicamente, comenzaban a formarse puntos que se unían entre sí hasta materializar las formas grises. En ocasiones, aparecía la perla rara en la ostra, las formas se oscurecían, se volvían reconocibles y, súbitamente, Tyler se hacía visible gradualmente, volviendo a la vida.

A veces, Scott recordaba al instante dónde había tomado esa fotografía, delante del Museo de Historia Natural-aquel día soleado de octubre o en un banco de Central Park aquella tarde que habían hablado de la muerte durante tres horas. En otras ocasiones, no tenía absolutamente ningún recuerdo relacionado con las imágenes y, entonces, las colocaba sobre la mesa de la cocina y pensaba en ellas durante largo tiempo. Entre éstas había un auténtico

tesoro: tres carretes de fotografías de Tyler tomadas como retratos de estudio, negativos de 4 x 5. Recordaba perfectamente la sesión; había utilizado iluminación de fondo y blanco para que se reflejara en los ojos de su hijo. Había enfocado la cámara con precisión, usando las pestañas de Tyler, esas largas y atractivas pestañas. ¿Por qué no las había revelado? Debía de estar demasiado ocupado, sin duda. Pero ahora eran un regalo del cielo. Amplió los primeros planos al tamaño de una página de periódico y las fijó en las paredes. «Qué guapo era ese chico... es, joder.» Después de dos días de trabajo se dio cuenta de que estaba procesando los carretes demasiado deprisa y comenzó a racionarlos, uno por día.

Pero no racionaba la bebida. Comenzaba a beber temprano y, a veces, cuando se quedaba levantado hasta las cuatro o las cinco de la madrugada y dormitaba sólo un par de horas, bebía uno o dos tragos para empezar el día. Estaba fumando tanto que le dolían los pulmones. Prácticamente no trabajaba. Comenzó a rechazar trabajos; no explicaba la razón, no soportaba hablar del accidente, y las dos o tres veces en que lo hizo, odió el sonido edulcorado de compasión que se advertía en las voces de la gente. Pronto el teléfono dejó de sonar. Era en cierto modo notable, pensó, cuán pronto había sucedido. Sólo unos pocos de sus antiguos clientes continuaron llamándolo, tres o cuatro editores gráficos de revistas que habían sido también fotógrafos. Por primera vez en su vida no cumplió con los plazos de entrega.

Pero eso no era todo. Tenía unas pesadillas horribles. Algunas de ellas estaban relacionadas con miedos profundamente arraigados, como si todo el sueño hubiese sido coreografiado para producir un momento de absoluto horror. En una de ellas era perseguido por una jauría de sabuesos a través de una marisma y caía en un pozo que se convertía en una tumba abierta, donde quedaba inmovilizado e indefenso mientras la tierra y las piedras se derrumbaban sobre él. Se despertó en el suelo, la mitad del cuerpo debajo de la cama. En otro de los sueños, sentía que se volvía loco y se observaba a sí mismo mientras recorría una casa, apagando las luces una por una, subiendo la escalera para ir a la habitación de su hijo; lo encontraba dormido y lo asfixiaba con una almohada. En otra de sus pesadillas, su cuerpo se descomponía y los vasos sanguíneos de su muñeca se convertían en grandes gusanos que le chupaban la sangre. Y había otras, que trataba de reprimir inmediatamente, en las que aparecía su madre, en la época en que bebía.

A Scott le resultaba difícil separar las pesadillas de las borracheras. Las imágenes del horror eran tan vívidas y permanecían en él durante tanto tiempo después de despertarse que se preguntaba si estaba sufriendo delírium trémens. A veces, cuando por la mañana extendía la mano para coger el cartón de zumo de naranja o trataba de afeitarse, se daba cuenta de que la mano le temblaba, y eso le provocaba un sentimiento parecido al terror. Conocía los síntomas del alcoholismo y seguía negándolos en sí mismo. Y entonces recordó que eso, la negación, era el síntoma más claro de todos.

Incluso Cometa, que permanecía durmiendo la mayor parte del tiempo, hecho un ovillo en el suelo, parecía deprimido.

A pesar de la bebida, la soledad y los miedos, nunca se perdía un día en el hospital. La enfermera utilizaba su tarjeta para abrir la puerta que daba acceso al área de observación y él permanecía allí durante horas interminables, acercando una silla a la ventana y observando desde allí a su hijo postrado en la cama. De vez en cuando, raramente pero lo suficiente como para mantenerlo vigilante, podía ver que los ojos de Tyler se movían levemente. Durante esos momentos pensaba que su hijo debía de estar soñando y eso le producía una especie de consuelo; si Tyler estaba soñando, podía despertarse, ¿no? El pecho se movía lenta pero regularmente arriba y abajo y las máquinas no mostraban ninguna alteración. La aguja que indicaba la inflamación del cerebro, pensó en una ocasión, se había movido hacia abajo quizá un poco.

Al controlar el monitor que registraba el ritmo cardíaco de Tyler creyó advertir que se aceleraba levemente cuando él llegaba y cuando hablaba. De modo que, tal vez, Kate

Librodot

estuviese en lo cierto, quizá, a algún nivel, Tyler seguía parcialmente consciente. Sin embargo, el ritmo cardíaco que salía del ordenador no cambiaba. Su ritmo era, invariablemente, cruelmente, siempre el mismo, un modelo perfecto de líneas dentadas que atravesaban la pantalla.

Entonces Scott notó algo que lo desconcertó. A veces, cuando aparecía Kate, el corazón de Tyler se aceleraba aún más. Los latidos surgían del monitor en un veloz staccato. Y lo que resultaba incluso más raro era que esto no sucedía siempre que Kate estaba presente, sino sólo en algunas ocasiones. Él se lo comentó y Kate tampoco supo qué decir.

En parte para animar a Scott, un residente del hospital instaló un sistema de micros para que pudiese hablar con Tyler, algo que hacía de manera incesante. Luego llevó un libro -Las aventuras de Huckleberry Finn, por supuesto-, y se lo leía una y otra vez. Estaba convencido de que su hijo podía oírlo; aun cuando no pudiese seguir las palabras, tal vez reconocería sus pautas de discurso y, por si acaso estuviese solo y sufriendo horribles pesadillas; también, encerrado en alguna parte en el fondo de una tumba, quería que al menos escuchase una voz familiar y reconfortante.

A veces giraban la cama de modo que Tyler quedaba suspendido boca abajo, mirando al suelo y sostenido por gruesas correas que atravesaban la barbilla, el pecho, el abdomen y las piernas. Esta operación se realizaba para evitar las llagas. Pero era incluso peor verlo en esa posición; parecía perdido y pequeño en medio de esa parafernalia que lo rodeaba, como un muñeco en una máquina que parecía un giroscopio gigante.

Scott había establecido una rutina diaria: el hospital, una cafetería donde comía media hamburguesa o un bocadillo de atún, luego de vuelta a casa para sacar a Cometa y pasar más tiempo en el cuarto de revelado, y finalmente beber hasta casi perder el sentido en las primeras horas de la madrugada.

Un día, cuando abandonaba el hospital, se encontró con Kate, y ella pareció observarlo fijamente. Aquella noche se contempló ante el espejo del baño y vio que estaba hecho un auténtico desastre; la barbilla cubierta con barba de tres días, los ojos enrojecidos y la piel flácida y pálida. Se afeitó, pero no sirvió de mucho.

Kate llamó a la mañana siguiente. Cuando escuchó su voz temió que le llamase para darle malas noticias sobre Tyler, pero ella se encargó rápidamente de calmar sus temores.

-Es mi día libre -dijo-. Si no es demasiado pedir, si no está ocupado, ¿cree que podría hacerme un gran favor? - ¿Qué?

-En el Centro Internacional de Fotografía se celebra una exposición que quiero ver. Y me gustaría verla con alguien que sepa de fotografía. ¿Querría acompañarme?

Él permaneció en silencio varios segundos, los suficientes como para parecer desconsiderado. No quería ir, pero no era capaz de encontrar la forma de decirlo, de modo que, finalmente, accedió. Se arrepintió en el mismo momento en que colgó el teléfono. Pensó en llamarla para anular la cita, pero eso era demasiado difícil. Se puso unos vaqueros y una camiseta y salió.

Encontró a Kate en la Sexta Avenida, esperándolo en la acera, apoyada contra un edificio. Él no había esperado encontrarse con ella de ese modo, de forma que fue como si la viese por primera vez. Era extraño verla sin su bata de médico. Llevaba una blusa de seda, un collar de perlas de una sola vuelta y tenía los brazos cruzados sobre el pecho de una manera informal. Kate sonrió simpáticamente al verlo. El fotógrafo que había en él advirtió que en ese momento ella habría representado un tema muy interesante.

-Empezaba a preocuparme que no pudiese venir -dijo ella.

Él miró su reloj con expresión confundida.

-Lo siento -dijo-. ¿Hace mucho que espera? Salí de casa después de recibir su llamada, o al menos, eso creo. -No, no, está bien. Yo he llegado temprano. Lo llamé desde una cabina cercana.

Él farfulló otra disculpa, pero ella ya se había dado la vuelta y estaba entrando en el edificio. Scott vio que sacaba dos entradas del bolsillo del pantalón. Kate se hizo a un lado para que él entrase primero.

-Hacía tiempo que quería ver esta exposición. Había leído sobre ella en el Times. La mayoría son fotografías nuevas. Tres o cuatro de ellas ganaron un Pulitzer.

La exposición llevaba por nombre Up Close. La primera sección, titulada «El paisaje urbano», estaba repleta de las habituales fotografías desoladas de los guetos urbanos, chicos jugando con el chorro que brotaba de una boca de riego y viejos cansados de la vida que miraban desde los porches de las vetustas casas. De vez en cuando, sin embargo, Scott descubría una foto que parecía ir contra la naturaleza del entorno y captaba algo sorprendente. Conocía a muchos de los fotógrafos y podía identificar con un simple vistazo la mayor parte de su obra.

Kate estaba de pie ante una fotografía que mostraba a un grupo de adolescentes negros que mataban el tiempo delante de una heladería, con una boca de metro en el fondo.

-Ésta me gusta mucho -dijo-. Aunque no estoy segura de por qué.

Él se colocó junto a ella.

-Son los chicos, están sonriendo, probablemente por algo que hizo éste. -Señaló a uno de los adolescentes que estaba poniendo una cara triste-. Están flirteando. Precisamente a esa edad, doce o trece años; una edad difícil. Tienen el sexo en el cerebro. La ansiedad se palpa en el aire a pesar de las sonrisas. Tres chicos y dos chicas, una combinación peligrosa. Los chicos probablemente están pensando que uno de ellos quedará fuera de juego.

Ella asintió y añadió su propia interpretación.

-Y cada una de las chicas está preocupada de que la otra sea más atractiva -dijo-. Ésta está sonriendo con cierta timidez, como si intentase ocultar los hierros de la ortodoncia.

-Y si mira a través de la ventana de la heladería, puede ver a un viejo blanco que los está observando; parece divertido.

Ella sonrió.

-Ahora entiendo por qué me gusta.

-Ahí están pasando muchas cosas y la cámara lo capta todo -dijo él-. Uno mira la fotografía y siente deseos de construir una historia sobre ella.

Continuaron la visita en la sección titulada «Catástrofe», que describía incendios, explosiones, inundaciones y terremotos. Seres humanos de todos los tamaños, formas y colores escapaban, miraban, eran rescatados de casas aplastadas, montañas de ruinas, maderas calcinadas. Después de un rato, tanto sufrimiento resultaba insoportable.

-Es demasiado para absorberlo de golpe -dijo Kate-. Me imagino que ustedes, los fotógrafos, llegan a ver el lado más terrible de la vida.

-Algunos lo hacen. Sobre todo los fotógrafos de noticias.

Scott comenzó a pensar en los reporteros gráficos que había conocido, esos individuos de aspecto andrajoso que viven pegados a la frecuencia de la radio de la policía y salen disparados al oír que se ha producido un hecho importante, los fotógrafos de prestigio internacional que trabajan para agencias como Magnum y Sygma y se meten en los aviones para volar hasta lugares remotos de los que la gente huye despavorida. La mayoría estaban quemados. Algunos habían sido asesinados. Ninguno de los que habían conseguido sobrevivir parecía del todo humano.

-No son lo que uno podría llamar un grupo feliz. Como si hubiese sido una premonición, llegaron a la siguiente sección, titulada «El flagelo de la guerra», una mezcla de fotografías tomadas en Afganistán, Kosovo, Chechenia, el Congo y África Occidental. Uno tras otro, los cadáveres se apilaban ante sus ojos. Kate se sintió especialmente horrorizada por tres fotografías de Sierra Leona en las que aparecían unos chicos capturados por las fuerzas rebeldes a los que habían cortado las manos con machetes, alzando los muñones en el aire

mientras yacían sobre las sábanas sucias de un hospital. Sintió un estremecimiento, sacudió la cabeza y luego permaneció en silencio. Scott trató de llevarla a otra sala, pero ella se demoró, obligándose a mirar todas y cada una de las fotografías expuestas.

-Es suficiente para que abandones toda esperanza por la raza humana -fue cuanto dijo.

Al llegar a la siguiente sección sintieron un gran alivio. Se titulaba «Personas y retratos», y mostraba una mezcla de fotografías de norteamericanos trabajando y jugando. Chicos patinando, trabajadores de la construcción durante la pausa del almuerzo, modelos en la pasarela, familias disfrutando de una comida campestre y bajando en botes de goma por los rápidos de un río de montaña... todo estaba allí.

Entonces Kate dio un respingo. Estaba delante de una fotografía impresionante. Mostraba a cuatro hombres con las camisas arremangadas, inclinados hacia atrás en unas sillas de madera que se apoyaban en una pared de ladrillo. Encima de ellos, sobresaliendo de la pared, había grandes bombillas de diferentes colores, azules, verdes y rojas, y al lado un hombre hablaba con dos policías mientras sostenía con un dedo su chaqueta que colgaba del hombro. La fotografía había sido tomada cuando comenzaba a anochecer y hacía calor. Los hombres de las sillas sudaban y parecían aburridos, pero preparados para entrar en acción. La fotografía desprendía un extraño misterio.

Scott casi no la reconoció al principio.

-Esta foto es suya -dijo Kate, sorprendida. Había leído la etiqueta que estaba fijada a la pared-. Se llama La cabaña de la policía. ¿Qué significa?

Scott se lo explicó. Le habló del antiguo edificio en la calle Mulberry donde, hacía años, los reporteros de los principales periódicos tenían unas oficinas mugrientas, cada una con un solo mueble, un viejo escritorio. Las radios de la policía resonaban continuamente y, en el corredor, una vieja campana sonaba de vez en cuando siguiendo un código para avisar de que se había producido un incendio. En las noches calurosas, los reporteros se sentaban fuera y mataban el tiempo con los policías mientras disfrutaban de la brisa. Cuando llamaban de la oficina principal, una de las bombillas de color se encendía y los avisaba de qué periódico los reclamaba.

-Siempre me impresionó como si se tratara de la sala de urgencias de un hospital; largos períodos de aburrimiento y momentos intermitentes de pánico. Me gustaba esa sensación extraña que emanaba de aquel lugar, esa absoluta lasitud que podía convertirse en actividad frenética en un instante. Eso es lo que buscaba transmitir con la foto.

-Bueno -dijo ella-, pues lo consiguió.

Cuando ella lo miró, Scott vio que había respeto en sus ojos.

En la siguiente sala había una fotografía que él habría deseado que no estuviese allí. Tan pronto como entraron, la imagen de la pared pareció atravesar el espacio y cogerlo con fuerza. Intentó evitarla pero fue atraído hacia ella. La foto mostraba a un hombre y a un muchacho sentados en un muelle un día de verano, con las piernas colgando sobre el agua y provocando olas en la superficie. El hombre estaba hablando, parecía como si le estuviese explicando algo al chico, quizá comunicándole un hecho importante acerca del mundo o, tal vez, explicándole simplemente una historia, y el muchacho lo escuchaba con atención. Su rostro estaba serio y absorto. Sin duda era una conversación importante. Y el padre -porque estaba claro que el hombre era el padre del chico- estaba igualmente concentrado en lo que decía. Parecía profundamente serio y, en algún sentido, profundamente satisfecho.

Scott se acercó a la fotografía y permaneció delante de ella, paralizado. Así se quedó largo rato, y perdió toda noción del tiempo hasta que sintió una ligera presión en el codo. Sin decir nada, Kate lo llevó fuera de la sala.

Un momento después abandonaron la exposición y caminaron durante algunos minutos en silencio. Luego llegaron a una cafetería, entraron y se sentaron en uno de los reservados. Le hicieron señas a una de las camareras, quien les llevó un par de tazas.

- ¿Sabe?, no soy muy bueno hablando de mis sentimientos -dijo él-. Y, a veces, la

mayor parte del tiempo, ni siquiera sé qué es lo que siento. Es algo tan intenso que no tiene nombre.

Ella asintió.

-Me gustaría poder expresar lo que estoy sintiendo respecto a lo que sucedió con Tyler. Todo lo que pueda decir, que todo mi mundo se ha hecho pedazos, que existe este inmenso vacío, que no merece la pena seguir viviendo, suena trivial. Es un cliché. Y, sin embargo, es verdad. Siento todo eso y mucho más. Cosas que no puedo expresar.

Ahora ella se inclinó sobre la mesa y apoyó la mano en su muñeca.

-Lo único que sé es que tengo que estar con él. Y pase lo que pase, aunque sólo quede un pequeño fragmento de él, quiero que viva. Quiero que mi hijo viva. Pero si se ha ido, si realmente se ha ido, entonces así debería ser. No lo sé. Era un muchacho tan maravilloso, tan vivo... tan, esto puede sonar ridículo, pero era tan divertido. Era una presencia tan importante, incluso cuando era pequeño. Solía cantar por toda la casa, todo el tiempo, con diferentes voces, canciones terriblemente cursis, como si fuese una estrella del rock o un cantante de blues. Siempre inventando juegos, entretenimientos, toda clase de proyectos. Se lanzaba de cabeza. Ni siquiera sé de dónde sacaba todas esas ideas. Como una vez que grabó una especie de visita guiada por nuestro loft, actuando como si fuese uno de esos estúpidos locutores con voz grave. Era maravilloso, tan divertido.

»La gente lo quería. Tenía tantas amistades, tantas relaciones... no podía seguirles el ritmo. Iba a la tienda de golosinas y resulta que él y el dependiente habían estado haciendo apuestas. El dependiente bromeaba diciendo que Tyler le debía un montón de pasta, de modo que un día apareció en la tienda con una maleta llena de dinero falso. La apoyó en el mostrador y la abrió con un gesto dramático. La gente se partía de risa. Caminábamos alrededor de la manzana y todo el mundo lo saludaba con la mano.

»Era realmente una de esas personas especiales, lo sabes cuando las conoces. La gente lo veía, su sonrisa se extendía por todo su rostro, y quedaban prendados de él. La gente lo conocía y no dejaba de preguntar por él. Era así. Tan inteligente, tan amistoso, tan abierto. Tan... tan auténtico, realmente diferente... realmente especial. No sé cómo...

Ella le cogió la mano y se la apretó, y Scott comenzó a llorar. Las lágrimas le hacían bien, de modo que no las reprimió, ni siquiera las enjugó de las mejillas.

Scott se dio cuenta de que, por primera vez desde el accidente, estaba hablando de Tyler en pasado. ¿Pensaba también en él en pasado?

La camarera se acercó con una cafetera, luego los miró y se retiró.

Kate sonrió a la joven y Scott se lo agradeció. Respiró profundamente y ella apartó suavemente la mano.

-Es bueno que lo deje salir -dijo-. Pero me siento estúpida diciendo esa clase de cosas... quiero decir, hablando de trivialidades...

-No, es bueno. Excepto que, en realidad, no sale. Pero por el momento, en este mismo instante, está bien. Acabó su café y la camarera volvió a llenar las tazas. -Y, ¿sabe una cosa?, cuando estaba contemplando aquella fotografía, sí, por supuesto que fue doloroso. Pero en alguna parte, en algún nivel, sentía al menos que estaba conectado con algo fuera de mí. La paternidad o algo... universal. No fue sólo un sentimiento negativo. -No, todavía está conectado.

Scott hizo una pausa, la miró y añadió:

-Tengo que dejar de beber. Tengo que dominarme. Decir eso, sin que viniese realmente a cuento, le sorprendió. Se sintió súbitamente avergonzado.

Pero ella sólo pronunció una palabra: -Sí.

- ¿Sabe?, no siempre soy así. Quiero decir, antes de que sucediera todo esto, no acostumbraba a hablar de mí mismo.

-Estoy segura -dijo Kate con sinceridad.

Librodot

Unos minutos más tarde, mientras abandonaban la cafetería, él sostuvo la puerta abierta para que ella saliera y Kate lo rozó levemente. De pronto, Scott percibió una fragancia tan intensa, tan inesperada, tan profundamente familiar, que se sintió mareado.

-Su perfume -dijo-. Lo reconozco. -Es Je men souviens, de Lanvin. Él se detuvo, vacilante.

-Era el perfume que usaba mi esposa. El mismo.

Ella sonrió. Él parecía apenado. Entonces, de pronto, ella soltó una exclamación:

-Dios mío -dijo-. ¿Cree que es... posible? - ¿Qué?

- ¿Cree que ésa puede ser la razón de que Tyler tenga una reacción tan intensa cuando yo entro en la habitación?

Scott se quedó inmóvil, con la boca abierta.

Ella no terminó de expresar el pensamiento en voz alta, porque sabía que perturbaría a Scott. El resto del pensamiento era éste: sería lógico que los olores quedaran registrados en Tyler, porque el sentido del olfato es el único que está localizado en la parte inferior del cerebro, la única parte que aún funcionaba de forma independiente.

Cleaver había estado ocupado toda la mañana con sus tareas en Pinegrove, rellenando formularios para conseguir subvenciones, comprobando los suministros farmacéuticos y cumpliendo con las visitas de rutina a los pacientes, aunque esta última actividad consistía en poco más que pasear por el pabellón, donde muchos ojos furtivos lo observaban con recelo y temor. Dejó el pabellón atrás y caminó por el corredor principal mientras sus pasos resonaban en el amplio recinto. Volvió a experimentar una oleada de excitación infantil. Disfrutó aún más de la sensación reprimiéndola. Era realmente delicioso, como el secreto de un espía.

Había telefoneado a Quincy tantas veces que había conseguido enojar al muchacho, quien optó entonces por desconectar su móvil.

-Por el amor de Dios -había exclamado Quincy durante su última llamada-, llegará ahí cuando llegue. Ahora déjame en paz. -Luego había colgado.

Cleaver decidió que no podía enfadarse con él, no en las actuales circunstancias.

Esa tarde, finalmente, Quincy le entregaría el ERT.

A las tres de la tarde llegaron los de la empresa de mudanzas. Cleaver, bajando de dos en dos los peldaños de la escalera trasera que comunicaba con la zona de carga, reprimió una punzada de fastidio al ver un enorme camión de mudanzas y un viejo y destartalado Chevrolet. Bajaron cuatro jóvenes hispanos, el conductor alzándose el cinturón de un tirón y uno de los pasajeros de piel aceitunada estirándose la camiseta en la cintura para realzar el volumen de su musculatura. Para Cleaver tenían todo el aspecto de inmigrantes ilegales. Un tercero encendió un cigarrillo y exhaló una fina columna de humo azulado.

No era lo que él había esperado, a duras penas los heraldos de la gran ocasión que él había estado anticipando.

Pero una sola mirada a Quincy, que saltó de la cabina del enorme camión con una caja de seis cervezas bajo el brazo, le bastó para saber que debía andarse con cuidado. Quincy estaba mosqueado. Y se desviaba ligeramente al andar. ¿Ya había comenzado a beber?

-Pensé que no querrías que nadie nos viese cuando descargásemos la máquina -dijo con visible irritación. -Está bien. No tiene importancia. Todo es legal.

-Y una mierda. -Quincy se dirigió a la parte trasera del camión-. ¿Me estás diciendo que tú respondes por toda esta basura?

-Totalmente -mintió Cleaver.

Quincy subió al muelle de carga y se tendió en el suelo, dejando que Cleaver se encargase de dirigir a los trabajadores en su rudimentario español, que los hizo reír a carcajadas. Se movía por todas partes como una gallina clueca, señalando el camino, comprobando el acolchado debajo de los embalajes de madera, asegurándose de que la máquina no sufriese ningún rasguño en los montacargas que la bajaron a una habitación especial en el sótano del edificio. En un momento dado, al salir del montacargas, chocaron

contra una pared, lo cual abrió un pequeño orificio y provocó una ligera avalancha de yeso. Pero la máquina no sufrió ningún daño.

Cleaver había estado acondicionando la habitación durante semanas y ahora estaba lista, insonorizada, bien iluminada y pintada, alimentada por un tableado eléctrico de alta capacidad y absolutamente limpia. Una vez en su interior, los cuatro hispanos atacaron los embalajes con martillos de orejas. Cleaver hizo que se llevaran las maderas y el relleno. Después los dirigió para que colocasen la máquina donde él quería, junto a una pared, dando un paso hacia atrás para conseguir el mejor efecto, indicando un par de centímetros hacia uno u otro lado con el índice extendido.

Esperó a que los trabajadores se marcharan, y cuando finalmente lo hicieron y se encontró solo, caminó por el amplio sótano estudiando la máquina desde todos los ángulos. Pasó los dedos a lo largo del cilindro exterior, suave y brillante. Movió la camilla deslizante atrás y adelante y sostuvo en el aire el ceñido casco con sus dos receptáculos oculares que semejaban hueveras. La idea de colocarlos debajo de los párpados para enviar mensajes directamente al cerebro le produjo un estremecimiento de ansiedad.

Quincy apareció en el vano de la puerta, se acercó a una silla, se instaló en ella y bebió casi con furia de la lata de cerveza que llevaba en la mano. Su acné brotaba en media docena de volcanes de puntas blancas.

-Esto te costará un montón de pasta -señaló, secándose la cerveza de la barbilla con el dorso de la mano-. Tendrás que subvencionar a toda mi jodida comuna durante mucho tiempo.

Cleaver estaba harto de él, le molestaba todo lo que Quincy representaba. Y hablar de dinero en un momento como ése, nada menos...

`-No tienes por qué preocuparte. Te pagaré lo que acordamos. Y quizá más, si decido hacerte un contrato de servicio.

Quincy se burló de la idea y lanzó la lata vacía a una papelera. Falló el tiro.

Cleaver recogió la lata y la colocó delicadamente en la papelera, de pie. Se levantó y volvió a mirar el estimulador receptor transcraneal. Quincy había construido dos, lo cual era perfecto. Un científico siempre necesita un respaldo. Las cosas importantes siempre vienen a pares. El Gordo y el Flaco.

-Permíteme que te pregunte algo -dijo súbitamente-. ¿Por qué dejaste la otra máquina en el laboratorio? ¿Qué planeas hacer con ella?

Quincy sonrió desagradablemente.

-Un recambio. La necesito para introducir mejoras. Especialmente si voy a tener un contrato de servicio. Cleaver no sabía si estaba siendo sarcástico o no. -Pongámonos manos a la obra. Enséñame cómo funciona este chisme.

-Necesitarás un ayudante.

-Ya tengo uno. Un tío joven, Félix. No es una lumbrera, pero servirá.

Llamó a Félix por el intercomunicador.

-Necesitarás algo más -observó Quincy, indiferente ahora, casi filosófico.

- ¿Qué?

-Alguien a quien meter dentro. Y... ¿cómo podría decirlo? Alguien a quien nadie echara de menos si las cosas no sale bien. Alguien desechable.

Cleaver se permitió una falsa carcajada.

-En ese sentido no hay ningún problema -dijo-. Tengo todo un pabellón lleno de candidatos.

- ¿Y están dispuestos a sacrificarse por la ciencia? ¿Se lo has preguntado?

-Han firmado las renuncias, si te refieres a eso. -Hum. Consentimiento consciente, ¿es eso? De una panda de chiflados.

En ese momento, Félix apareció en la puerta del sótano. De pie junto a él, debajo de su brazo extendido, había otro hombre, un paciente, a juzgar por la bata de algodón de rayas que

colgaba de sus hombros. Quincy lo miró, era un hombre de aspecto ratonil, de unos cincuenta años, con unos ojos que parecían brincar alrededor de la habitación, observándolo todo. Tenía marcas rojas en torno a los ojos, como si hubiese estado llevando gafas protectoras.

-Ah, y aquí tenemos a uno de ellos. Qué oportuno. -Adelante -dijo Cleaver, como si fuera el genial anfitrión de una cena de gala.

Félix empujó levemente al paciente y el hombre avanzó con pasos vacilantes.

-Te presento a Quincy. Quincy, éste es Herbert Mann. Ya lleva algún tiempo con nosotros... ¿cuántos años? Quince, aproximadamente. Herbert está un tanto desorientado. Piensa que la gente quiere cogerlo. Pero nosotros no, ¿verdad?

Quincy se levantó pero no le estrechó la mano. En lugar de eso, abandonó el sótano.

-No tienes nada que temer -dijo Cleaver-. No pasará nada. Sólo quiero que te familiarices con esta habitación. Hoy es simple orientación. Como el primer día de escuela. Llevó a Herbert hasta una de las máquinas.

- ¿Por qué no pruebas ésta? Sólo tienes que acostarte. Aquí. Quiero que te acostumbres a esta máquina. Te servirá de gran ayuda. ¿Ves cómo se desliza esta camilla adelante y atrás? Y entra en esa cosa grande de metal. ¿Lo ves? No hay nada que temer. Esta máquina hará que te sientas mucho mejor.

Estuvo tentado de probar la máquina en ese momento, pero se contuvo. Las cosas aún no estaban listas y los protocolos experimentales no estaban en su lugar. Le dijo a Félix que llevase a Herbert de regreso al pabellón.

Quincy regresó con otra lata de cerveza y le dio unas instrucciones rudimentarias para manejar el ERT, aunque sin demasiado entusiasmo. Además, la máquina era tan sencilla y revolucionaria que resultaba muy fácil manejarla. -Sólo hay una cosa que debes recordar -dijo Quincy-. Se trata del límite de tiempo. Siete minutos y ni un segundo más. Luego, todo el sistema estalla.

- ¿Y después?

-No tengo ni puñetera idea.

Cuando se marchaba, miró a Cleaver por encima del hombro.

-No lo olvides, Deep Blue empieza a pedir caviar -añadió.

Aquella noche, Cleaver durmió en Pinegrove, en un pequeño dormitorio situado junto a su despacho. A menudo se quedaba a dormir en el hospital si su trabajo, sus experimentos, lo retenían más allá de la medianoche, cuando el servicio de funiculares a Roosevelt Island era menos frecuente.

Tuvo problemas para dormir profundamente. Se quedó dormido al cabo de pocos minutos, pero no duró mucho y, cuando despertó dos horas más tarde, tenía el pulso acelerado y estaba empapado en sudor. Oyó el ruido del viento que soplaba fuera, golpeando las persianas. Dos árboles frotaban sus troncos rugosos con un chirrido espeluznante. Sabía perfectamente cuál era la causa de su desasosiego: estaba teniendo un sueño, una pesadilla. Desde que había comenzado su investigación sobre el ánima, sobre la conciencia que vagaba fuera del cuerpo durante la fase REM del sueño, se mostraba aprensivo con respecto a sus propios sueños. Ya no le parecían inofensivos, y su incoherencia ya no le resultaba insignificante. Por el contrario, parecían peligrosos y cargados de un significado mortal.

Y este sueño era más peligroso que la mayoría de ellos, porque hacía referencia a alguien de su pasado, su sombra oscura tan próxima a él. El padre de Cleaver había sido un respetado ministro de la Iglesia metodista en su pequeña ciudad de New Hampshire. Amaba a su único hijo, o eso decía a veces, pero su vocación hacía que sus preocupaciones estuviesen orientadas hacia el cielo. Era una persona que imponía una disciplina inflexible; siempre que la ira transfiguraba sus rasgos, volviendo de un rojo intenso las venas de las sienes, el chico sabía lo que le esperaba: el cinturón escapando de las presillas de los pantalones negros abombados de su padre y aterrizando un segundo después en su espalda. La madre de Cleaver -que Dios se apiadara de su alma- era una mujer callada, con una larga cabellera gris, que

Librodot

llevaba siempre una sencilla bata y se mostraba reacia a participar en las discusiones. Jamás se oponía a la voluntad de su esposo, jamás alzaba la voz.

En la bulliciosa escuela pública, Cleaver era un alumno tímido y retraído que nunca jugaba con los demás chicos. Durante los recreos se quedaba en el aula y jugaba con coches y camiones en miniatura, tarareando mientras los hacía circular por encima de las mesas y las molduras. Comenzó a robar pequeños artículos en la ferretería: interruptores, cortacircuitos, distribuidores, bobinas magnéticas, cualquier cosa que tuviera un aspecto mecánico. Los escondía en una caja que tenía debajo de la cama y los llevaba a la escuela en sus bolsillos. Jugaba con ellos durante horas, disponiéndolos en intrincados modelos. Desarmaba los relojes y conectaba los mecanismos de alarma a la puerta de su habitación para mantener alejados a los intrusos, aunque hacía años que sus padres no entraban allí. En quinto grado, las maestras llamaron a sus padres para decirles que su hijo era un chico brillante, que obtenía unas puntuaciones inimaginables en cualquier prueba a la que se lo sometiera. El padre estaba orgulloso, igual que la madre, pero para entonces las relaciones entre padre e hijo habían entrado en un camino sin retorno. Las partidas de ajedrez, que en otra época habían sido divertidas, se habían transformado en sutiles campos de batalla y ahora Cleaver siempre ganaba. Cuando derrotaba a su padre y lo miraba a los ojos, sabía que la victoria le costaría cara.

Finalmente lo sorprendieron robando en una tienda y su padre le propinó una paliza y lo encerró en un armario después de arrojar a la basura todas sus pequeñas máquinas. Lo enviaron a un internado y su madre lloró amargamente al verlo partir. En aquel pequeño y gélido colegio de Nueva Inglaterra, los otros muchachos lo atormentaban, mientras que los profesores de matemáticas y de física lo idolatraban. Contrajo una afección cutánea y luego golondrinos y eccema, y su estado llegó a ser tan preocupante que lo mandaron de vuelta a casa. Aquella primera noche, por la mirada de su padre y el silencio que reinaba en la mesa, supo que había fracasado, que era una excrescencia, un alma perdida más allá de cualquier redención. Comenzó a tener temblores, escondía la cabeza debajo de la almohada para poder dormir por las noches y, finalmente, encontró la salvación a través de los ordenadores.

Pasaba largas horas en el teclado, desmontaba los ordenadores, construía otros. Su presentación sobre complejidad algorítmica en la feria de ciencias del instituto fue rechazada; nadie era capaz de entenderla. Se graduó en el instituto dos años antes de lo previsto y entró en el MITl. Se alojó en una pequeña casa de seis habitaciones en una calle arbolada destinada a estudiantes brillantes pero inadaptados. Nunca salió con ninguna chica, aunque comenzó a tener fantasías con una muchacha joven y delgada con el cabello muy fino que estaba en su clase de lingüística informática. Ella trabajaba en el laboratorio de psicología experimental, de modo que él pasaba bastante tiempo en ese lugar y desarrolló un creciente interés en esa disciplina.

En un esfuerzo por incrementar sus conocimientos, realizó cursos de filosofía y uno sobre los poetas románticos: Keats, Shelley, Byron, aunque su preferido era Wordsworth, por su sensibilidad anticuada e inverosímil. Un día tuvo una revelación: el centro del universo residía en el cerebro humano. Aprendería entonces su arquitectura. Comenzó experimentando con ratas, luego con gatos y, finalmente, con monos. «Mutilamos para analizar.»

Cuando su padre murió, recibió una llamada de su madre; sonaba extrañamente tranquila en aquella helada madrugada de invierno, mientras le comunicaba la noticia. Él miró a través de la ventana el hielo que se había formado en las oscuras ramas de los árboles. Salió a caminar bajo la nieve y se desmayó. Entonces abandonó la universidad, ocho meses antes de acabar su último año académico. Pero en realidad eso no tenía importancia, las escuelas universitarias de graduados iban tras él y estaban dispuestas a pasar por alto esa ausencia injustificada.

1. Instituto Tecnológico de Massachusetts. (N. del T.)

Cleaver aún tenía las palmas de las manos húmedas. No podía creer que su corazón

Librodot

latiera con tanta fuerza. ¿Había visto realmente a su padre en su sueño hacía apenas unos minutos, los dedos largos y finos desabrochando el cinturón? Deseó poder analizar esa visión como un fenómeno nervioso mecanicista, una secuencia azarosa de sinapsis, pero ya no creía en eso. Había visto a su padre porque, en alguna parte, en algún nivel, su padre aún existía.

Todo su trabajo, su investigación, sus formulaciones, su instinto, conspiraban para convencerle de ello. Cleaver se puso un viejo albornoz, se calzó las pantuflas y decidió ir a la pequeña nevera que tenía en el despacho y beber un vaso de leche. El líquido frío se extendió por la parte posterior de la garganta; sabía muy bien. Por primera vez en muchos años deseó poder acompañar la leche con unas galletas de chocolate.

Se sintió extrañamente temeroso ante la perspectiva de regresar a su diminuto dormitorio, de modo que echó a andar por el corredor débilmente iluminado, más allá de la sala del ayudante. Echó un vistazo al interior y vio que el guardia nocturno dormía profundamente, los hombros encorvados y la cara apoyada como una máscara de goma sobre el escritorio. Todo permanecía en silencio `El pabellón estaba a oscuras.

Siguiendo un impulso fue hasta la habitación 35 y allí estaba Benchloss, atado a la cama, despierto como sabía que lo encontraría. Estaba mirando al techo con los ojos muy abiertos, dos grandes remolinos de pánico rodeados de círculos oscuros. Pobre Benchloss... sufría el síndrome más raro de todos, el síndrome de Cotard.

Cleaver decidió hablar con él. Entró en la habitación. -Benchloss, mi pobre amigo. Veo que aún estás despierto.

Benchloss, por supuesto, no podía contestarle, porque en lo más profundo de su mente creía que estaba muerto. Y los muertos difícilmente pueden hablar.

Cleaver lo miró. Tenía la piel cubierta de cicatrices rojas y dentadas en los lugares donde Benchloss se había arrancado los gusanos y las larvas que sólo su mente era capaz de ver. Examinó atentamente sus ojos. ¿Estaban levemente húmedos? ¿Había alguna emoción, miedo o espanto, sepultada allí para siempre? ¿O acaso no sentía absolutamente nada? ¿Había conseguido alcanzar una especie de nirvana, de calma despojada de cualquier clase de afecto? Cleaver, cosa extraña en él, sintió que su corazón se ablandaba.

-Me gustaría poder hacer algo por ti -dijo de pronto. Extendió la mano para tocar a Benchloss, algo que jamás había hecho antes, apoyando sus dedos ligeramente en el antebrazo del hombre. La piel estaba fría. El paciente no mostraba ninguna reacción visible. ¿Cómo podía reaccionar un hombre muerto?

Entonces, nuevamente, Cleaver experimentó la extraña sensación de unos ojos que lo miraban desde detrás. ¿Era posible? « ¡Mi padre!» Se volvió, no demasiado bruscamente, por si acaso sus temores se confirmaban, sino lenta y tranquilamente como se había ejercitado a hacerlo. Allí no había nadie, sólo la luz mortecina brillando en el techo, una silla, una papelera en el suelo. ¿O había percibido un movimiento fugaz a través de la pequeña ventana de la puerta?

Salió rápidamente de la habitación. El corredor estaba desierto, aunque era posible que llegase un sonido desde la escalera, una puerta que se cerraba o quizá pasos veloces en los escalones. Fue a investigar, bajó un tramo y luego continuó hasta el sótano. ¿Era su propia sombra desplazándose sobre la pared o la espalda ondulada del abrigo negro de un predicador?

El laboratorio especial estaba justo delante de él. Dudó un momento al llegar a la puerta, convencido de alguna manera de que el espectro que perseguía había ocupado su posición al otro lado. Apoyó la mano en el pomo, lo hizo girar lentamente y empujó la puerta. Sus dedos buscaron el interruptor de la luz en la pared y presionaron hacia abajo. Un instante después, la habitación estalló en una cascada blanca que lastimaba los ojos. Parpadeó frenéticamente, tratando de acostumbrarse a la luz.

Miró a su alrededor.

A todas partes, arriba y abajo, atrás y adelante. El ordenador, la máquina, el cilindro. Entonces la forma captó su atención, su anomalía, la figura negra en el interior de la prístina

blancura de alabastro del receptor-estimulador transcraneal. El cuerpo de Cleaver fue el primero en registrarlo, una alarma en la profundidad de la amígdala que se extendió a través del sistema límbico como una grieta en un cristal. El olor a miedo en el aire.

Luego, casi con la misma rapidez, su cerebro lo procesó todo, reunió todas las piezas, y el miedo desapareció como una bocanada de humo. No había nada que temer. No era un espectro, no era su padre. Vio de quién se trataba en realidad: Herbert Mann. El paciente paranoico. Estaba acostado en la camilla, preparado para entrar en el tubo cilíndrico, de cabeza, una expresión divertida en el rostro, una sonrisa jugando en sus labios, tratando de complacer.

Cleaver tuvo que hacer un esfuerzo para contener una carcajada.

Mientras Kate se vestía en su apartamento -se estaba convirtiendo en una neoyorquina y ya no bajaba las persianas por razones de pudor o recato-, descubrió que estaba pensando en Scott, Aparecía en su mente en los momentos más extraños, una instantánea aquí, un fragmento de su voz allá. No le resultaba fácil encontrar una razón para que fuese así; no estaba enamorada de él, aunque se daba cuenta de que, en otras circunstancias, podría haberle resultado atractivo. La razón era, estaba convencida de ello, la compasión, y ésta, le habían dicho, no era un buen cimiento para sustentar una relación. Pero, aun así, no le resultaba fácil discernir dónde acababa su natural compasión por la horrible situación que estaba viviendo Scott y dónde comenzaban otros sentimientos. Toda aquella historia era tan horrible. ¿Quién era capaz de evitar pensar todo el tiempo en ella?

Y, últimamente, había empezado a preocuparse por la evolución de Tyler. Ya habían pasado casi tres semanas desde la operación y no había movido siquiera un dedo. En su mente racional ella sabía que no debía esperar un cambio, y un estado sin cambios apreciables era, de hecho, lo previsible mientras sus células madre eran cultivadas en el laboratorio. Pero Kate había visto pacientes en coma profundo que se mostraban más reactivos que Tyler y, cuanto más tiempo pasaba, más radical parecía el tratamiento aplicado por Saramaggio. Las palabras de Scott aún resonaban en su mente: aquello estaba empezando a parecer una única e interminable operación.

Y, últimamente también, sus dudas acerca de la medicina habían ido creciendo con respecto a numerosas cuestiones. Todas esas contradicciones derivadas de los llamados modernos milagros médicos. Sí, un bebé prematuro de apenas veinticuatro semanas podía salvar la vida gracias a todo ese fantástico equipo de incubación, pero ¿tendría luego una vida saludable? Un anciano en el umbral de la muerte podía ser mantenido con vida con respiración asistida, pero ¿podía llamarse vida a eso? Quizá las cosas, en cierto modo, habían sido mejores en épocas no tan lejanas, cuando los ciclos de la vida se manifestaban como los ritmos naturales de las estaciones y nosotros nos prosternábamos en nuestra indefensión ante la Parca. Al menos era más humano, cualquiera que fuese su significado. Blanco y negro: uno sabía cuándo dar las gracias misericordiosas hincado de rodillas y cuándo golpearse el pecho arrasado por la pena.

Se abrochó el sujetador por delante, le dio la vuelta, metió los brazos a través de los tirantes y luego deslizó por la cabeza un fino suéter de punto. Sabía que su pensamiento era una herejía. Se suponía que los médicos, no ya los cirujanos, no debían de pensar en estas cosas. Pero su madre siempre había alentado en ella un poco de herejía, «a contracorriente», decía con orgullo de viuda. Sin eso, todos seguiríamos perteneciendo a Inglaterra, añadía.

Ésa era otra cosa. En esos días pensaba cada vez más en` su madre. Se preguntaba por qué, cuando estás profundamente afectada en un área, tus emociones se extienden hacia otras; como las ondas del agua en un estanque cuando arrojas una piedra: nada en la orilla permanece intacto. Tal vez fuese porque sentía que jamás había conseguido completar el duelo; el deterioro provocado por el cáncer había sido tan prolongado y la imagen de su madre, indefensa y estragada por la enfermedad, había bloqueado todos los recuerdos felices. Incluso había sentido cierto alivio cuando finalmente murió, que había apartado a Kate de la

Librodot

natural inclinación a derramar las lágrimas de una hija. Kate había mantenido la pena en su interior porque la máxima de su madre contra la autoconmiseración resonaba en sus oídos: «Las mujeres Willet no sentimos pena por nosotras mismas; seguimos adelante con la vida».

Pero la historia no acababa ahí, y Kate sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a ello. La culpa que crecía en su interior, porque sentía que había abandonado a su madre cuando más la necesitaba, se estaba volviendo demasiado intensa para ignorarla.

Fue a la cocina, se sirvió otra taza de café y leyó el periódico, y luego se sentó ante el tocador (adquirido por treinta dólares en el local del Ejército de Salvación) para cepillarse la larga cabellera color miel. Se miró al espejo y sus ojos azules le devolvieron la mirada. Examinó su piel, aún inmaculada, sin una sola mancha. Debían de ser seguramente esos fuertes genes forjados en Groenlandia, las generaciones criadas entre las rocas afiladas y la espuma del mar. Ésos eran sus buenos rasgos. Luego se detuvo en la nariz, se colocó de perfil, la levantó ligeramente con el dedo: no era tan buena. Inclinada hacia un lado, un pelín larga. Alzó la cabeza otra vez. Las orejas parecían demasiado grandes pero, al menos, podía cubrirlas con el pelo. Algunas arrugas alrededor de los ojos, en la frente. Treinta y cuatro años. ¿Durante cuántos años continuaría soltera? ¿Se estaba convirtiendo acaso en una mujer concentrada en su carrera y que no podía pensar en casarse y formar una familia? Siempre había pensado que sería una buena madre. Había querido tener hijos, muchos hijos, el sueño de una hija única criada por un solo progenitor.

Sacudió la cabeza, un reproche. Hora de dejar de soñar despierta.

Se levantó, se estiró la falda e hizo la cama. Cuando estaba colocando el cubrecama sobre la almohada advirtió que el colchón doble presentaba una depresión en el lado izquierdo, donde ella dormía habitualmente. Tomó nota mentalmente de que debía cambiarse al lado derecho.

Kate nunca había estado en la Rockefeller University, escondida en el borde oriental de Manhattan, a lo largo de la siempre bulliciosa avenida York. Atravesó el alto portón de hierro y siguió el sendero que discurría junto al camino particular principal. Prados verdes y perfectamente cuidados bajo la cúpula que formaban las copas de frondosos robles y enredaderas trepando por los muros de ladrillo. Un poco más adelante, en una ligera pendiente, se alzaba un imponente edificio en una colina, un templo dedicado a los dioses de la ciencia.

En el interior, ante el mostrador de recepción, le dio al guardia de seguridad el nombre de la persona a la que había ido a ver: Ira Rosenfield. Era una leyenda en neurología y neurocirugía; cuarenta y cinco años en la sala de operaciones; ahora se hallaba retirado. Rosenfield estaba muy próximo a su mentor, A. B. Reinhardt, el profesor de psicología de la anormalidad que la había orientado en su camino y, de vez en cuando, guiaba su carrera desde la distancia, principalmente a través de su extensa red de compañeros de profesión.

Rosenfield la recibió amablemente en su despacho del tercer piso, una habitación estrecha con las paredes cubiertas del suelo al techo con estanterías atestadas. Sobre su escritorio, montones de artículos y reimpresiones rodeaban un-cuaderno de notas donde había estado escribiendo una carta, advirtió ella, con una pluma estilográfica.

Él le hizo algunos cumplidos y le ofreció una infusión de manzanilla. Calentó el agua en una tetera eléctrica. Sus pequeños ojos rosados brillaban encantados. Los dos intercambiaron comentarios elogiosos, sobre todo acerca de Reinhardt, cuyo travieso sentido del humor tendía a manifestarse en bromas pesadas que eran famosas en todo el país. Rosenfield estalló en carcajadas al recordar algunas de ellas.

- ¿Y qué es lo que la trae por aquí? -preguntó finalmente-. Ha mencionado algo acerca del St. Catherine y Saramaggio.

Ella creyó percibir un tono de desaprobación en la sola mención del nombre del neurocirujano, pero quizá sólo fuese su imaginación.

Librodot

Le explicó la historia de Scott y Tyler de principio a fin, felicitándose a sí misma por el tono desapasionado con que lo hizo.

-Y entonces... -dijo él finalmente. Ella vaciló y se sonrojó ligeramente.

-Me preguntaba qué pensaría usted de todo esto, la operación, las posibilidades de éxito...

-Ah, eso... Bien, no es fácil decirlo. Ignoro los detalles de este caso, el estado de la investigación. Rosenfield sopló la superficie de su taza y bebió ruidosamente, luego se apoyó en el respaldo de su sillón con las manos detrás de la cabeza y miró al techo. No era una postura muy favorecedora, pliegues de piel colgaban debajo de su barbilla como las carnosidades de un pavo. Permaneció en silencio varios minutos, reflexionando sobre lo que Kate le había contado. Luego la miró directamente a los ojos. Ella se dio cuenta de que Rosenfield estaba formándose una opinión de ella, preguntándose si debía ser totalmente honesto. Finalmente pareció llegar a una conclusión.

-Antes que nada, permítame que le diga algo que para mí es muy importante: yo apuesto muy fuerte por el progreso médico. ¿Quién de nosotros no lo hace? Pero yo más que la mayoría. Creo firmemente en el espíritu de los pioneros. Estuve presente en uno de los primeros trasplantes de hígado. Y fue realmente maravilloso ser testigo de ese momento, no por el paciente; de hecho, el paciente era un desdichado. La recuperación fue larga y dolorosa y nunca se completó. Fue maravilloso por la operación en sí, la simple maravilla de poder llevarla a cabo. Porque fue una de las primeras en su tipo. Uno sabía muy bien que era la precursora de muchas operaciones que se realizarían en el futuro. Éramos conscientes de que con el tiempo se perfeccionarían, que los cirujanos mejorarían la técnica, que se crearían nuevos fármacos para combatir el rechazo y lograr que las cosas fuesen más soportables para el paciente. Uno sentía el aliento de la historia en el hombro, que se estaba consiguiendo un notable avance, allí y en ese momento, del mismo modo en que un ejército que lucha palmo a palmo por la conquista de un territorio sabe que está avanzando cuando ve la bandera clavada delante de sus ojos. Fue un avance porque era el momento adecuado para que se produjera.

Se inclinó hacia delante, bebió un poco de té y volvió a apoyar la taza en un sobre que usaba a modo de posavasos.

-Como todos los médicos que conozco, soy un defensor de la terapia genética. La emplearemos para erradicar enfermedades, toda clase de enfermedades hereditarias. Las eliminaremos de la faz de la tierra. Creo en la investigación con células madre. Estoy convencido de que contienen un potencial increíble para reparar y sustituir órganos y tejidos dañados. Dentro de pocos años estaremos realizando ensayos clínicos para todo tipo de enfermedades: apoplejías, lesiones en la columna vertebral, Parkinson, anomalías cardíacas, lo que a usted se le ocurra. Todo salvo el cáncer. Y algún día, también llegaremos ahí.

Pero los avances deben llegar en el momento adecuado. Si te mueves demasiado pronto pones en peligro todo el proceso. Todo general sabe eso: mantén tu batallón agrupado y no te alejes demasiado de tus líneas de abastecimiento. O te arriesgas a ser derrotado.

Toda esta publicidad que se ha generado alrededor de las células madre ha suscitado enormes expectativas. Pero se encuentran muy lejos de nosotros. Su potencial está a años luz del estado actual de las investigaciones. Podemos soñar con estas cosas, pero aún no podemos llevarlas a cabo. Christopher Reeve no volverá a caminar dentro de poco tiempo. Y la gente seguirá contrayendo la enfermedad de Alzheimer y perdiendo lentamente su capacidad racional.

Hizo una pausa y miró su taza, luego continuó. - ¿Sabe?, yo realizo numerosas giras de conferencias y hablo mucho acerca de las células madre. ¿Y sabe cuál es la pregunta que me hacen con mayor frecuencia?

Ella negó con la cabeza.

-Cuando acaba la conferencia, un hombre se acerca al estrado, a veces más de uno, y titubea unos momentos antes de formular la pregunta que tiene en mente. Me pregunta si puedo usar las células madre para conseguir que tenga un pene más grande. Y, en ocasiones,

es una mujer quien lo desea. -Hizo un leve suspiro-. Eso es lo que el público piensa de todos nuestros grandes avances. Eso y si estamos matando bebés para conseguir tejido fetal de los cadáveres.

- ¿De modo que cree que es demasiado prematuro? ¿No cree que Saramaggio tenga muchas posibilidades de éxito?

-Yo no he dicho eso. No me gusta criticar a un colega cirujano, especialmente a uno tan famoso como él. ¡Pero reconstruir un cerebro! ¡Qué arrogancia! Aún no somos capaces de construir un nuevo hígado, un corazón o un riñón, y mucho menos un cerebro. Quiero decir, ¿sabe de cuántas neuronas estamos hablando? -La miró y se interrumpió, ligeramente turbado-. Lo siento, por supuesto que lo sabe.

Se levantó del sillón para disimular su incomodidad y comenzó a pasear por el estrecho espacio. Era un hombre más pequeño de lo que ella esperaba.

-Bien, tal como siempre les digo a mis pacientes, si estamos hablando de todo el sistema nervioso de un ser humano, entonces se trata de alrededor de cuatro billones de neuronas. ¿Se da cuenta de que es aproximadamente el mismo número de estrellas que hay en el cielo? Ella lo miró con una expresión de escepticismo dibujada en el rostro.

-Bueno, tal vez no exactamente. Nadie sabe cuántas estrellas hay. Pero sirve para ilustrar lo que pretendo decir, y mis pacientes captan la idea. Un ser humano es tan complejo como el universo entero. Cada neurona se halla conectada a aproximadamente otro centenar de ellas. Esos largos senderos que recorren toda la columna vertebral ya están formados en el embrión. Si una neurona no se conecta a la neurona adecuada, muere, y siguen muriendo hasta que finalmente se establece la conexión correcta y dos de ellas consiguen sobrevivir. Están separadas por un micromilímetro, luego crecen, se estiran con la expansión del cerebro. A medida que el niño crece, ellas también lo hacen. ¿Cómo se puede conseguir eso con un muchacho de trece años? Ya es un ser humano casi totalmente desarrollado. Su cerebro se halla completamente desplegado. Como usted bien sabe, lo que cuenta es el modelo de conectividad. Todas esas conexiones que se producen alrededor de la corteza cerebral nos proporcionan nuestros recuerdos, conforman nuestras personalidades, hacen que nos enamoremos... son aprendidas. Se trata de caminos que se forman con el tiempo, por hábito. ¿Por qué una neurona se conecta con una segunda neurona y no con las noventa y nueve restantes? Hábito, eso es todo. Sucedió la última vez, de modo que es probable que vuelva a suceder. La misma sinapsis se activó antes, de modo que es probable que se vuelva a activar. Es un camino en el sentido literal del término, gastado por el uso, del mismo modo que un sendero enlodado a través de un prado. ¿Qué ocurre entonces? Tienes diez mil de esas neuronas activándose como lo hicieron la última vez y puedes levantar la cuchara. Tienes cientos de millones de ellas, miles de millones de ellas, siguiendo alguna clase de pauta absurda y consigues un ser humano completo. Es tan simple como eso... y a la vez tan complicado.

De modo que explíqueme una cosa: aunque Saramaggio sea capaz, de alguna manera, de volver a implantar todas esas neuronas, ¿cómo va a reproducir las conexiones?

-Mediante un ordenador. Ha conseguido una simulación de gran parte de la actividad cerebral utilizando un ordenador.

- ¿Y qué me dice de la parte del cerebro que resultó dañada? ¿Cómo puede simular eso el ordenador? ¿Acaso cree usted que si, al finalizar todo este proceso, surge una persona real, existe la más remota posibilidad de que guarde algún parecido con el chico que era... en algún sentido?

Kate bajó la vista. Rosenfield lo advirtió por el rabillo del ojo, pero continuó remachando en el mismo clavo. - ¿Y si algo sale mal? ¿Ha pensado en ello? Dígame, ¿tiene tanta confianza en los ordenadores? ¿Le confiaría usted su vida a una de esas máquinas?

Kate, incómoda, cambió de posición en su sillón, pero él no se rindió.

- ¿Sabe usted lo que su Saramaggio está tratando de hacer?

Se sintió tentada de decirle que Saramaggio no era suyo, pero se contuvo.

Librodot

-Nada menos que intentar reconstruir el universo. Está tratando de enhebrar las estrellas en el cielo. Rosenfield regresó al escritorio y se sentó. Levantó la taza de té y el sobre quedó pegado a la base y subió hasta su pecho. Pero no se dio cuenta, tan concentrado estaba en Kate. Volvió a depositar la taza en el escritorio sin haber bebido.

-Verá, no es mi intención lanzar una arenga -dijo-. Como puede ver, esta cuestión me interesa profundamente. Disponemos de cobayas auténticas; no tenemos necesidad de experimentar con seres humanos. Yo conocía a Christian Barnard. Los conocía a todos. El primero que operó en el interior del corazón al tacto perdió a sus cuatro primeros pacientes. El primero que utilizó una máquina cardiopulmonar tuvo un primer éxito y luego perdió a los siguientes cuatro pacientes y nunca más volvió a operar un corazón. En cuanto a los trasplantes de corazón, al principio los índices de mortalidad eran increíbles. De los aproximadamente doscientos primeros trasplantados, ciento veinte de ellos murieron al cabo de pocos meses. Unos veinte sobrevivieron un año. ¡De doscientos pacientes! ¡Y se trataba del corazón! Un músculo con cuatro cavidades y un puñado de válvulas. Lo que Saramaggio está intentando en este caso... ¿cuántos pacientes serán necesarios hasta que exista una probabilidad de éxito relativamente decente? Mil, quizá más.

Kate levantó la cabeza y asintió.

-Bien -dijo ella-. Me alegro de haber venido. Quería oír lo que usted pensaba de todo esto, y no hay duda de que me lo ha hecho saber.

Él sonrió, ahora súbitamente relajado.

-Me dejo llevar -dijo suavemente-. La prerrogativa de la vejez. Lo siento, la conferencia ha terminado. -Señaló la estilográfica y el tintero-. Soy una persona muy anticuada. Ni siquiera utilizo un ordenador para escribir una carta. Volvió a levantarse.

-Venga conmigo, le enseñaré el lugar.

Rosenfield la acompañó a través de una madriguera de oficinas, laboratorios y bibliotecas. En un edificio anexo pasaron por delante de una enorme sala con puertas giratorias que tenían pequeñas ventanas en forma de diamante. Kate miró a través de una de ellas y alcanzó a ver una gran mesa ovalada rodeada de una docena de sillas de madera, todas ocupadas. Al fondo, en un estrado, un hombre explicaba algo delante de una pizarra.

-Stuart Kauffman -le informó Rosenfield-. Teoría de la complejidad. Biología teórica. Buen material. Debería escucharlo alguna vez.

- ¿De qué está hablando ahora?

- ¿Hoy? Creo que de lo que él llama el concepto del adyacente posible.

- ¿Qué es eso?

-Veamos: ¿cómo lo formula él? Ah, sí. Para cualquier grupo de objetos o estados, el adyacente posible es el grupo de todos los objetos o estados que aún no existen, sino que son sólo una simple combinación que está muy lejos de existir. En otras palabras: ¡Cuidado! Nunca sabes lo que puede suceder.

-Como nuestras neuronas. Un centenar de ellas instaladas junto a la que quiere activarse.

-Algo así -contestó Rosenfield cortésmente-. Resulta más fácil pensar en reacciones químicas, en cómo un compuesto químico puede catalizarse de pronto en otro. O en la taza de té que acabo de preparar, cómo se calentó el agua cada vez más hasta que, súbitamente, cambió por completo y comenzó a hervir. Si no supiera nada acerca del agua, ¿podría haber predicho lo que ocurriría? Grandes burbujas que, de pronto, comienzan a saltar por todas partes.

Llegaron a la planta baja.

-Pero Kauffman aplica la teoría a cualquier sistema complejo: economías, sociedades y, naturalmente, organismos. Es algo intuitivamente obvio, pero él está buscando formalizarlo de tal manera que pueda arrojar luz sobre la historia y la dinámica de la evolución.

- ¿De la evolución?

-Sí. En los primeros estadios de la Tierra había moléculas simples: amoníaco, metano,

etcétera, y ahora, cuatro mil quinientos millones de años después, tenemos entre diez y cien billones de clases de moléculas orgánicas, desde simples enzimas hasta enormes proteínas complejas y cadenas de ADN. ¿Cómo se produjo esta increíble diversidad? La vida la crea, expandiéndola sin prisa pero sin pausa hacia el adyacente posible. Y cada vez que avanza un poco más en su complejidad, aumenta el abanico de posibilidades para una nueva expansión. Imagine una torre de Rube Goldbergl que se alza y que se vuelve cada vez más complicada a medida que asciende.

Atravesó la puerta principal sin dejar de hablar y desembocaron en la escalinata del edificio en el que ella había entrado hacía cuarenta minutos.

-Básicamente, Kauffman especula que la vida es arrastrada de forma tenaz, como si lo hiciera una fuerza inexorable, hacia el siguiente estadio, hacia su adyacente posible. - ¿Y nadie puede predecir el siguiente estadio?

Nombre artístico de Reuben L. Goldberg, dibujante de historietas norteamericano, muy popular en su país por sus dibujos de complicados inventos, en la línea del Profesor Franz de Copenhague del TBO. (N. del T.)

-No, nadie. Ni siquiera un ordenador. A menos que, tal vez, el siguiente estadio sea el mismo ordenador y, en ese caso, probablemente lo mantendría en secreto -respondió con una sonrisa.

Se estrecharon las manos bajo el sol; él cubrió las de ella con las suyas y las retuvo unos minutos.

-Creo que usted está preocupada por todo este asunto con Saramaggio -dijo lentamente-. Creo que ha venido a verme porque quería oír la respuesta que yo le he dado, y ahora que ya la ha oído, tendrá que decidir qué es lo que va a hacer.

Kate asintió, en parte para devolverle su gentileza anterior y, en parte, porque lo que Rosenfield le había dicho había hecho que recordara algo.

«Tiene razón -pensó mientras bajaba la escalera, demasiado abstraída como para volverse y saludarlo-. Estoy preocupada.»

Aceleró el paso mientras descendía la ligera pendiente asfaltada.

Expansión hacia el adyacente posible.

No podía decir por qué, pero no le gustaba nada cómo sonaba eso.

El lunes siguiente, Kate llegó temprano al trabajo porque el St. Catherine había organizado un simposio privado sobre la operación llevada a cabo por Saramaggio para un grupo selecto de neuroanatomistas, neurobiólogos y neurocirujanos. Ella tuvo conocimiento de la celebración de ese acto la tarde del viernes. Los comentarios acerca de la notable operación ya habían comenzado a circular por la ciudad, según explicaba un memorándum, de modo que era mejor hacer frente a los rumores y explicar exactamente lo que se había hecho y el estado satisfactorio del paciente hasta ese momento. Todo ello, naturalmente, de manera extraoficial, hasta el instante en que el New England Journal of Medicine publicase la historia contada por el propio Saramaggio.

Cuando se reunió con el resto de los invitados en el pequeño auditorio del piso quince, una sala acogedora y artesonada, con una pared de cristal que ofrecía una vista espectacular del río, pudo reconocer a varios nombres célebres en el campo de la cirugía. En la segunda fila estaba sentado Alex Berenstein, del Beth Israel, y dos filas detrás de Kate se encontraba Nick Barbaro, del Moffitt. ¿Habría volado desde San Francisco para asistir a ese simposio? Vio que habían preparado un moderno equipo de proyección audiovisual, otro signo de que no se trataba de una sesión improvisada en el último momento.

Calvin Brewster, el administrador del hospital, ocupó el estrado y habló desde un atril que disponía de un panel de control con un impresionante conjunto de botones e interruptores. Se entretuvo unos instantes con el micrófono, y simuló una ligera confusión cuando llegó el

sonido de retorno. Dio la bienvenida al selecto público asistente, señaló que había café y pastas al fondo, bromeó con el hecho de que no sería necesario pedirle a una audiencia tan eminente que prometiese guardar el secreto, y luego hizo precisamente eso. Las veinte personas que había en la sala mostraron su conformidad. Su presentación de Saramaggio fue absolutamente servil.

El alto y delgado cirujano se levantó de un asiento en el medio de la sala y se dirigió con lentitud hacia el estrado. Un aplauso hubiese sido un gesto impropio de ese momento y ese lugar, pero Kate creyó detectar el discreto reconocimiento de las cabezas que se inclinaban levemente. «Como delgados juncos ante una suave brisa», pensó.

Como era la única mujer asistente, una situación que, por frecuente, ya no le resultaba extraña, sentía que llamaba algo la atención.

Saramaggio comenzó la disertación explicando las primeras investigaciones. Reconoció el trabajo del doctor Cleaver en «el dominio de la inteligencia mejorada artificialmente por ordenador» y, al hacerlo, su mirada se dirigió hacia el fondo de la sala. Kate se volvió. Cleaver estaba sentado solo en la última fila, hundido en su asiento.

¿Había convertido en un hábito el hecho de deslizarse dentro y fuera de las habitaciones sin que nadie lo advirtiese, o sólo lo parecía?

A continuación, Saramaggio explicó el accidente que había sufrido Tyler, de quien dijo que tenía doce años. Kate se preguntó cómo podía un médico tan meticuloso en el quirófano equivocarse en la edad de su paciente. La pregunta cristalizó su creciente inquietud. Luego sintió una punzada de arrepentimiento, tal vez estaba siendo demasiado crítica. Tal vez su pequeña charla con Rosenfield la había condicionado.

-De modo que pueden hacerse una idea de aquello a lo que nos enfrentábamos -dijo Saramaggio-. Nos encontrábamos en una verdadera encrucijada. Tenemos a un paciente en una situación desesperada que se enfrenta a la muerte o a una discapacidad mental severa para toda la vida. Y disponemos de una investigación prometedora pero incompleta en técnicas médicas avanzadas que podría aliviar razonablemente su estado. Fue, quizá, una conjunción afortunada.

Saramaggio hizo una pausa dramática. Kate pensó que raramente había visto a alguien más satisfecho de sí mismo. Una súbita imagen del helicóptero posándose en el terrado del hospital destelló en su mente, Scott cogiendo la mano de su hijo mientras el equipo corría por la superficie alquitranada.

Saramaggio pulsó varios botones en el panel de control. La ventana quedó cubierta por una cortina, las luces disminuyeron de intensidad y una pantalla con vetas plateadas descendió detrás de él. Un minuto más tarde, la pantalla cobró vida con imágenes, luz y color. Kate tardó unos segundos en reconocer la sala de operaciones. Tyler aparecía cubierto por las sábanas verdes. Un primer plano de la cabeza con el trozo de metal sobresaliendo del cráneo -creyó oír que uno de los médicos que estaba en la misma fila carraspeaba ligeramente-, y luego empezó a reconocer a la gente que aparecía en la pantalla. El anestesista, Gully, ella misma. En el centro, la prima donna en persona, Saramaggio, moviéndose con fluida seguridad en sí mismo. Era extraño que no hubiera sido consciente entonces de la presencia de la cámara en el quirófano, aunque había permanecido visible todo el tiempo detrás de una pared opaca.

Con voz lacónica, Saramaggio describió ambas operaciones. Mientras retiraba cuidadosamente el horrible trozo de metal, se separaba de la mesa de vez en cuando. ¿Lo hacía deliberadamente para que la cámara pudiese hacer una toma más clara? Kate se reprendió a sí misma por permitir que esa idea pasara por su cabeza.

Una vez retirada la pieza de metal, la cámara tomó un primer plano del cerebro herido. Saramaggio congeló la imagen en la pantalla y utilizó un puntero para describir la herida. Kate sintió una leve conmoción cuando la cámara hizo un zoom para mostrar un primerísimo plano. El corte parecía muy ancho. El daño era incluso más extenso de lo que ella había pensado en su momento. Luego la filmación se reanudó, mostrando la extracción de las

Librodot

células madre -ampliaciones de las mismas en las cápsulas de Petri-y la implantación de los electrodos. Lento, minucioso, aburrido de ver. Cleaver apareció en la pantalla, trabajando en sus máquinas infernales. Unos minutos más tarde, el vídeo acabó y las luces volvieron a encenderse.

Saramaggio respondió a unas cuantas preguntas, la mayoría precisa y técnica. Parecía ansioso por continuar con su explicación y, en efecto, acabó prematuramente una respuesta para anunciar:

-Hemos preparado una demostración especial para ustedes.

Las luces volvieron a apagarse. Tyler yacía inmóvil en su cama, un tanto borroso detrás de las dos láminas de cristal. Una toma más próxima. Se podía ver el movimiento del pecho; estaba respirando. Su rostro se sacudía levemente.

-Éste es nuestro paciente hoy, en este preciso momento. Pueden ver todos los signos clásicos del coma. Sobre todo, nos interesa mantenerlo estable.

La pantalla se oscureció por un momento; luego apareció otra imagen: una cápsula de Petri con cientos, miles de esferas diminutas, oscuras alrededor de los bordes. Parecían gotas de lluvia sobre una hoja de vidrio.

-Estas imágenes fueron tomadas ayer. Como pueden apreciar, la colonia de células madre continúa creciendo. Hasta ahora se están multiplicando incluso más deprisa de lo que habíamos previsto. Si continúan a este ritmo, dentro de dos, tres o quizá cuatro semanas, dispondremos de una cantidad suficiente para comenzar la reimplantación.

Una mano se levantó entre los asistentes. Una pregunta.

- ¿Están usando agentes catalíticos?

-Suero fetal bovino con dos proteínas: factor de crecimiento de fibroblasto y factor inhibidor de la leucemia. - ¿Ha apreciado alguna variación entre las últimas generaciones?

-No, las más nuevas parecen ser duplicados exactos de las viejas.

La pantalla volvió a oscurecerse y luego apareció nuevamente Tyler. Ahora la cámara se movía, era portátil, alguien la estaba manejando. El objetivo se volvió hacia la fila de máquinas que había junto al muchacho.

Esta toma es en directo. Se está realizando en este mismo momento. Los monitores muestran los signos vitales del paciente. Por favor, quiero que miren atentamente el electroencefalograma. -La pantalla mostró cuatro cuadrados, cada uno de ellos con un impulso que trazaba un camino de izquierda a derecha-. Hemos instalado cuatro submonitores para registrar la función cerebral en cuatro localizaciones diferentes, tres de ellas en la región límbica. Ahora quiero que presten mucha atención.

La pantalla se dividió en dos. Los cuatro monitores estaban en la mitad izquierda. En la derecha, Kate reconoció el grupo de máquinas del ordenador que se encontraba en la habitación contigua a la burbuja de Tyler.

-Esto representa los impulsos que proceden del ordenador. Del mismo modo, también disponemos de cuatro submonitores.

La pantalla derecha mostró un primer plano con cuatro monitores separados. Ahora eran ocho en total. -Los cuatro monitores de la izquierda corresponden al cerebro del paciente. Los cuatro de la derecha corresponden al ordenador. Pueden ver que están perfectamente sincronizados. Resulta imposible decir si el paciente es quien origina la actividad o si es el ordenador el que lo hace y la envía al cerebro, que luego la registra como propia. Pero tenemos una forma de averiguar cuál de los dos está ordenando esa actividad.

Cambiad al monitor principal.

Sólo entonces Kate descubrió que el micrófono que él utilizaba estaba integrado en un juego de auriculares de audio para quienquiera que estuviese manejando la videocámara. Ahora la pantalla mostraba una única pantalla de monitor verde con una aguja negra. En el lado izquierdo había un enorme cero y a la derecha un enorme uno. Kate se dio cuenta de que había visto antes esa máquina, pero nunca se había molestado en preguntar cuál era su

Librodot

función.

-Ésta es, sin lugar a dudas, la medición individual más importante que tenemos. Cada sesenta segundos establecemos un retraso de un minuto en los impulsos del ordenador. Si los monitores del ordenador se retrasan respecto de los que están conectados al paciente, entonces sabemos que el cerebro del paciente es el que está enviando las señales sin ayuda de nadie. Si los monitores del paciente no registran ninguna señal hasta que el ordenador interviene, entonces es el ordenador el que está haciendo el trabajo. Este aparato imprescindible nos dice cuál de los dos hace el trabajo principal.

»Como pueden ver, la aguja está señalando el cero. Eso indica que el paciente aún tiene actividad cerebral. Si la aguja cambia y señala el uno, entonces es el ordenador el que se ha hecho cargo.

Todos fijaron la vista en la ***pantalla. ba*** claramente hacia el cero.

La aguja apunta

-Un indicador muy simple pero eficaz. Estamos en deuda con el ingenio del doctor Cleaver por ello. Algunos se volvieron hacia Cleaver, quien se lo agradeció con una tímida sonrisa.

-Ahora observen esto.

Cuando se volvieron para mirar a Saramaggio, la pantalla dividida mostraba a Tyler en la parte izquierda y una fila de monitores a la derecha. Podía verse que una figura, una enfermera, se acercaba a la cama. De pronto, la enfermera dio unas cuantas palmadas.

Súbitamente, también, una fila de monitores se alteró, provocando un pequeño pico que se fue desgajando gradualmente en una progresión normal de delgadas espigas. La enfermera volvió a dar una palmada y la línea volvió a alterarse.

-Como pueden ver -dijo Saramaggio, con una pizca de jactancia en la voz-, el paciente, aunque en estado de coma, puede registrar el sonido. No hay nada inusual en ello. Pero aquí hay una trampa. El monitor al que están mirando no es el monitor que está conectado al paciente; es el monitor del ordenador.

»En otras palabras -y aquí pronunció la frase con mayor énfasis-, el sonido penetra en los oídos del chico, pero él no reacciona. De eso se encarga el ordenador.

-La enfermera volvió a aplaudir y, esta vez, todos los ojos se fijaron en el monitor. Se quedaron contemplando en silencio su pequeño pico, como si che pronto hubiese adquirido el aura de algo mágico.

Cuando la llamó, Karen dedujo por los ruidos de fondo que se encontraba en un bar. El televisor a todo volumen, un partido de béisbol. El murmullo de voces, indefinidas, un estallido de risas falsas. Imaginó el lugar pobremente iluminado, madera vieja manchada con círculos dejados por los vasos, un rodapié de latón y una gramola. La clase de lugar al que iría Frank Sinatra para olvidar a una mujer.

No era muy tarde; podía reunirse con él. Sólo que no la había invitado.

Scott no estaba bebido, al menos no arrastraba las palabras, pero se mostraba irritable, airado. Se había enterado de la demostración de Saramaggio.

- ¿Estaba usted allí? -preguntó-. ¿Se limitó a quedarse sentada y escuchar? ¿No dijo nada?

Finalmente, Kate consiguió averiguar el nombre del bar. McHale's, en la Octava Avenida con la Cuarenta y seis. Él no se lo habría dicho si no hubiera deseado que ella fuese a verlo.

-No se mueva de ahí -dijo-. Ahora mismo voy.

Su respuesta quedó ahogada por otro estallido de carcajadas.

Kate cogió un taxi y quince minutos más tarde atravesaba la puerta del bar.

El televisor lanzaba destellos desde un soporte elevado sobre los rostros alzados hacia la pantalla, todos masculinos. El locutor estaba excitado, los espectadores alentaban a sus

equipos, los jugadores cubrían las bases, un primer plano de la pelota blanca botando en la parte exterior del diamante sobre un mar de hierba verde y brillante.

Scott estaba en un extremo de la barra, sentado en un taburete, con las mejillas apoyadas sobre los puños, la vista clavada en la madera manchada. El taburete que había junto a él estaba vacío y ella levantó una pierna para poder sentarse. Era más alto de lo que parecía y, por un momento, tuvo la sensación de que se caería hacia atrás. Se agarró a la barra con ambas manos. ¡Menuda entrada en escena!

Él la miró y sonrió. Kate se sorprendió, no lo esperaba. ¿Dónde estaba la ira? En el taxi había estado ensayando su parte: «No fue como usted lo imagina; en medicina, este tipo de cosas se hacen con frecuencia; es un medio de compartir los avances importantes; no es tan impersonal como parece: la intención no es objetivar - ¿existe realmente esa palabra?- al paciente».

- ¿Quiere una copa? Ella asintió.

-Solo, con hielo.

Scott pidió la bebida para ella y le hizo señas al barman para que le llenase nuevamente el vaso. Whisky. Se preguntó cuántos llevaría. No tenía mal aspecto para tratarse de un hombre que estaba pasando un infierno. Dio una última calada al cigarrillo y lo aplastó en un cenicero de plástico negro que estaba prácticamente lleno de colillas.

=Mire -dijo-. Lamento todas esas cosas que le dije por teléfono. Algunas de ellas, en cualquier caso. No quiero que piense que me estoy volviendo paranoico. -Hizo una pausa y añadió-: Sólo porque todo el mundo esté contra mí. -Sonrió con tristeza.

-Por supuesto. Lo comprendo.

-Es sólo que, cuando supe que todos esos médicos se habían reunido para hablar de Tyler, para analizarlo... La filmación en directo... por el amor de Dios. Y él allí, yaciendo inmóvil en la cama, indefenso.

Se interrumpió, levantó el vaso y bebió un trago para ocultar su voz quebrada.

Kate se preguntó quién se lo había dicho; otro médico probablemente, o quizá una de las enfermeras, alguien que sintiera pena por él. No tenía sentido preguntárselo, eso haría que pareciera que ella estaba tratando de descubrir al chivato, como si realmente existiese una conspiración.

-A esa gente, Tyler no les preocupa en absoluto -continuó-. Especialmente a Saramaggio. Él sólo busca prestigio, fama, dinero. ¿Quién sabe? Son todos iguales. Para ellos éste es el premio gordo.

Hizo una nueva pausa, señaló hacia el televisor y encendió otro cigarrillo.

-Bases ocupadas. Dos eliminados, pierden por dos entradas. Mire al bateador; fíjese en la mandíbula. Vive para este momento. Todos los hacen. Es exactamente lo mismo: el momento de la verdad, el premio gordo.

»Al principio pensé: está bien, a la mierda con ellos. Puedo manejarlo. Puedo explotarlo. Esto es un matrimonio de conveniencia. Ellos quieren ser famosos; yo quiero que curen a mi hijo. Los motivos son irrelevantes. Lo que importa es el resultado final. Yo besaría al carnicero, al mismísimo demonio, si eso ayudara a Tyler.

Kate seguía impresionada por su tono neutro, desapasionado. Lo que fuese que se hubiera apoderado de él, esa tormenta emocional que lo había obligado a llamarla, ya había pasado.

-Pensé: a la mierda con todos ellos.

Advirtió que Scott decía «ellos», no «usted». Él pareció tener el mismo pensamiento.

-Excepto usted. Usted es diferente. Usted entendió la situación y se preocupó. Usted fue quien hizo que no me derrumbara, y se lo agradezco. Supongo que ésa es la razón por la que me enfadé cuando me enteré de que también había asistido a esa reunión. Pero sé que es absurdo. Es sólo que toda la situación, organizar una demostración, convertir a mi hijo en una suerte de espécimen... quiero decir, no me importa si piensan de ese modo, pero no deberían

actuar así.

Ella sentía que debía decir algo. Pero ¿qué?

-Sé que es duro -dijo, consciente de la banalidad de sus palabras-. Quizá una parte de lo que ha dicho es cierto, acerca de los motivos y todo eso. Tal vez todo es cierto. Excepto una cosa. Todos ellos son médicos, y se preocupan.

-Lo tratan como si fuera un pedazo de carne. -Volvió a levantar el vaso y tembló ligeramente. Pasó de la ira a la ironía-: Un trozo de carne. Es asombroso cómo acuden los clichés en momentos así. Supongo que es porque, después de todo, tienen algo de cierto.

Kate sintió que debía defender su profesión.

-Ellos han sido entrenados. Aprendieron parte de esa dureza. Le sorprenderían algunas de las cosas que pasan en el quirófano, bromas, discusiones sobre golf, toda clase de cosas estúpidas, irrelevantes e insustanciales. Pero yo he visto a esos mismos cirujanos, los que actúan como si todo les importase un pimiento, los que parece que estén sentados a una mesa de póquer, los he visto, cuando pierden un paciente, hundirse en una depresión que usted no se imagina. Uno de ellos, un tipo de San Francisco, solía marcharse del hospital y la gente que llegaba decía que parecía que estuviera llorando. Y, a la mañana siguiente, regresaba al hospital como si nada hubiese pasado. Es una cuestión de hombría malentendida.

Scott permaneció en silencio durante un momento, asimilando lo que Kate acababa de decir.

-De acuerdo -dijo finalmente-. La creo. Tal vez sean humanos, después de todo. Pero eso no cambia mi decisión.

Kate sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

- ¿Qué decisión?

-Quiero que le quiten el soporte vital a Tyler. Voy a acabar con todo este asunto. El jodido, pionero, puto asunto de las células madre y todo lo demás. Todo el experimento. Ya he llamado al director de ese grupo... ¿cuál es su nombre?

Ella supo al instante a qué se refería. La JRI, la junta de Revisión Institucional que se encargaba de aprobar las operaciones experimentales. Una vez que la JRI autorizaba el protocolo, como lo había hecho en el caso de Tyler, se le facilitaba al padre del paciente el número de teléfono del director. Precisamente por si se presentaba esa clase de situaciones.

-La JRI -dijo ella-. Se refiere a Kellman. ¿Y él qué le dijo?

-Tendrán una reunión. Mañana a las nueve. ¿Y adivina qué?

- ¿Qué?

-Quiero que usted me ayude.

En el otro extremo de la barra, los espectadores estallaron en vítores y aplausos. El bateador abandonó su base, arrastrando el bate por el polvo. Lo habían eliminado.

-Perdió su oportunidad -dijo Scott, mientras bebía el resto del whisky que le quedaba en el vaso y le daba otra profunda calada al cigarrillo.

Antes de sujetar con correas a Herbert Mann en el interior del ERT, Cleaver y Félix le administraron una dosis doble de Valium. Cleaver no quería hacerle eso a sus «sujetos»; era imposible llamarlos «pacientes» en las circunstancias actuales. Quería que conservaran claras las facultades mentales y temía que la medicación pudiese introducir una variable que contaminara el experimento. Pero el principio se disipó con rapidez una vez que llegaron al sótano.

Mann, de manera totalmente inesperada, se había rebelado ante la perspectiva de entrar en la habitación. Se había apoyado con ambos brazos contra la jamba de la puerta, negándose a dar un paso más, y se produjo un momento de embarazosa indecisión cuando intentaron doblarle los codos y obligarlo a entrar. Para tratarse de un hombre pequeño era muy fuerte y, en un momento dado, se aferró al quicio de la puerta con ambas manos como un marinero se aferra al mástil de la embarcación en medio de una furiosa tormenta. Su postura habría sido cómica si no hubiese sido tan jodidamente inconveniente. Era una manifestación extraña, considerando que parecía estar preparado, incluso ansioso, por probar la máquina. Cleaver

Librodot

recordó la noche en que Mann se había acostado en la camilla del ERT sin que nadie se lo dijera, sonriendo como un bebé. «Ése es el problema con los paranoicos -había pensado entonces-, nunca sabes en qué estado de ánimo los encontrarás.»

Cleaver volvió a llevarlo arriba, cogiéndolo por el codo, murmurándole dulces halagos al oído, y le preparó una taza de té, junto con dos tabletas de diez miligramos de Valium que había triturado apresuradamente en su despacho utilizando a modo de mortero una cuchara y un cazo. Esperó media hora, mientras observaba cómo los ojos de Mann se iban tornando vidriosos, y luego volvió a llevarlo al sótano, esta vez sin que opusiera ninguna resistencia. Aunque se encontraba completamente sedado por la medicación, el rostro de Mann se contrajo en una expresión de alarma cuando cruzaron el umbral. Félix tenía dispuesta una camisa de fuerza en un taburete, pero Mann se tranquilizó una vez dentro de la habitación y Cleaver supo que no la necesitarían.

-Eso es, Herbert. Ven. No tienes nada que temer. Ése es mi chico.

Las lisonjeras palabras de Cleaver, expresadas con voz aguda, le resultaron falsas incluso a sí mismo.

Lo bajaron a la camilla móvil en la boca de la máquina tan delicadamente como a un saco de manzanas. De pie junto a Mann, Cleaver recibió en pleno rostro un hedor que a punto estuvo de hacerlo vomitar. La expresión en la cara de Félix le confirmó que su ayudante también lo olía.

-Parece que nuestro amigo se ha manchado los pantalones -dijo Cleaver con una mueca de disgusto. - ¿Deberíamos cambiarlo? Sólo tardaremos un minuto. Cleaver lo pensó durante un momento. ¿Y si el efecto del Valium se disipaba? No merecía la pena correr el riesgo.

-No. Sigamos adelante.

Dicho esto, Cleaver pasó la gruesa correa por la hebilla y la ajustó con tanta fuerza sobre el torso de Mann que sus hombros abrazaron el pecho. Félix se encargó de sujetarle los pies con fuerza a la altura de los tobillos. También había dos correas más pequeñas para las muñecas, que se encontraban apoyadas con las palmas hacia arriba. De pie junto a Mann, que estaba completamente inmovilizado en la camilla de metal, Cleaver pensó que parecía un tanto encogido, como un cadáver. Tuvo la momentánea sensación de que estaba enviando a su sujeto a la incineración y la inexistente vida después de la muerte; tiraría de la palanca y la caja se deslizaría hacia el horno. Y un extraño pensamiento se formó inesperadamente en su cabeza: «Qué efímero, peculiar y patético es todo este jodido asunto que llamamos vida».

Pero Mann no estaba precisamente muerto: su rostro se contraía y los ojos se movían como limpiaparabrisas. -Todo saldrá bien. No te preocupes. Es como echar una cabezada.

Esta vez Cleaver pensó que sus palabras tenía el tono correcto. También lo sintió; necesitaba con urgencia que Mann se calmara. Su rostro se relajó un poco y Cleaver se conmovió. Miró a Félix y le hizo una seña: hora de empezar.

Moviéndose lentamente, para no asustar a Mann, Cleaver bajó el casco con su complicado juego de cables. -Esto no te hará ningún daño. Lo colocaremos en tu cabeza y hará que te sientas cómodo.

El casco se ajustó en la cabeza de Mann con sorprendente facilidad. Luego Cleaver bajó las hueveras, de modo que rozaran apenas los párpados de Mann. Hizo girar un botón que había a uno de los lados, y las copas metálicas se retrajeron hasta convertirse en bandas horizontales ligeramente curvas. No fue fácil montarlas en su lugar: Félix y él tuvieron que levantar los párpados de Mann; primero el superior, luego el inferior, tirando hacia arriba por las pestañas y utilizando un escalpelo de

Punta roma para dejar abierta una fina ranura. Mann permanecía absolutamente inmóvil, resignado en apariencia a cualquier cosa que el destino pudiese depararle. Una vez que el labio metálico de la banda encajó debajo del borde del párpado, Cleaver hizo girar nuevamente el botón con el fin de que se expandiera hasta alcanzar su forma oval convexa

completa. Un dispositivo automático activó el baño de solución salina; Cleaver observó cómo ascendía con lentitud a través del tubo transparente.

Realmente era un alivio, se confesó a sí mismo, no tener que mirar los ojos aterrados de Mann.

Él era el tercer sujeto que colocaban en la máquina. El primero había sido un hombre joven que padecía un grave trastorno afectivo y que hacía solitarios todo el día mientras murmuraba cosas ininteligibles. El segundo había sido una personalidad limítrofe que se había hecho unos orificios tan profundos en ambos talones que habían llegado hasta el hueso y ya no podía caminar.

Cleaver no podía decir con precisión qué efecto había tenido la experiencia sobre ambos y eso era algo que le preocupaba mucho. ¿Adónde iban y cómo era la experiencia? Utilizaba inyecciones de deoxiglucosa para leer la actividad cerebral y esa parte del experimento funcionaba a las mil maravillas. Las decenas de miles de diminutos electrodos en el interior del casco recogían los impulsos eléctricos y los enviaban al ordenador, que a su vez los mostraba en tiempo real. Podía observar, literalmente, cómo pensaba el cerebro, y también podía oírlo. Quincy había creado un sistema de sonido analógico. A Cleaver le recordaba las descargas eléctricas que interfieren en la recepción de las señales. La primera vez que utilizó el sistema de audio, apagó las luces. Allí de pie, en la penumbra, observando la pantalla y escuchando los altavoces, sintió que estaba en el espacio exterior, contemplando las explosiones de las manchas solares y escuchando cómo rasgaban la textura del universo.

Pero el experimento pretendía ser mucho más que una simple prueba de observación. La idea, después de todo, era conectar el cerebro al ordenador. El primer paso consistía en tratar de alimentar la corteza cerebral con información que procedía directamente del ordenador, y era allí donde residía la incertidumbre. En el caso del joven, Cleaver había trasvasado una amplia variedad de datos nuevos, toda clase de información transformada como por arte de magia en impulsos eléctricos que se encendían y se apagaban, incluso una versión de un juego de cartas italiano llamado sette e mezzo. Si el experimento funcionó o no resultaba imposible de decir. Cleaver sometió al joven a diversas pruebas en los días siguientes -que incluyeron, por supuesto, proporcionarle la correspondiente baraja de cartas-, pero nunca mostraron signo alguno de que la información hubiera sido procesada o bien se encontrara en un área de la corteza cerebral a la que pudiese acceder la mente consciente. Y los mismos parámetros se aplicaban al caso de la mujer. En esa ocasión, Cleaver introdujo fragmentos de polaco, respuestas a acertijos, incluso un sonido agudo que precedía a una descarga eléctrica de baja intensidad, repetida diez veces. Nuevamente, una vez que la mujer fue sacada de la máquina y se le permitió descansar, no mostró ningún signo de que hubiese incorporado nada de esa información, excepto la respuesta al sonido, lo que le provocaba un poco de ansiedad. Pero ese hecho, teorizó Cleaver, era un simple caso de condicionamiento pavloviano, y no tenía nada que ver con el ordenador.

Se sentía doblemente frustrado. El límite inevitable de tiempo para cada sesión suponía un problema. Quincy se había encargado de advertirle de que el sistema estallaría después de transcurridos siete minutos y, para conceder un margen de seguridad, había dispuesto un mecanismo que apagaba la máquina de forma automática a los cinco minutos. Había un botón principal que hacía que la máquina continuara funcionando, pero Cleaver, sensatamente, había decidido no usarlo. ¿Quién podía saber lo que le pasaría a la máquina si su funcionamiento superaba el límite de tiempo? Y, a diferencia de las predicciones de Quincy, Cleaver descubrió que los programas destinados a la codificación de la información eran difíciles de manejar por lo que en cinco minutos no podía almacenarse demasiada información.

Además, estaba el problema de los sujetos. Los lunáticos no eran buenos para el trabajo. Eran incapaces de articular lógicamente cualquier cosa que les ocurriese y difícilmente se los podía instruir acerca de los conocimientos recién adquiridos. Tarde o temprano, pensaba Cleaver, tendría que recurrir a un ser humano maduro, racional. Pero ¿quién? El proceso

requeriría un discurso poderosamente persuasivo para poder convencer a alguien medianamente normal de que se metiera dentro de ese cilindro metálico.

¿La experiencia no provocaba ningún cambio en los sujetos? Cleaver aún no estaba preparado para llegar a ninguna conclusión en ese sentido, si bien había advertido un hecho inusual. La noche en que cada uno de los dos primeros sujetos de experimentación había sido sometido a la prueba; él había recorrido el pabellón y había comprobado que ambos estaban atormentados por terribles pesadillas. Había intentado descifrar lo que decían, pero no pudo. Tal vez sólo se tratara de una coincidencia, pero tomó nota mentalmente de acercarse a la cama de Mann esa noche.

Frotó con alcohol la piel blanda debajo del antebrazo, le administró la inyección y aguardó cinco minutos para que el compuesto se abriera paso a través del sistema. Después, alzó la vista y miró a Félix.

- ¿Todo listo, entonces? -preguntó con tono ligeramente irritado.

Su ayudante seguía sin gustarle y pensaba que era incompetente. Pero había llegado hasta allí con él y, además, si lo despedía, ¿quién sabía lo que Félix era capaz de hacer? Esos ojos inexpresivos eran en parte un disfraz; no cabía duda de que Félix era perfectamente capaz de planear una estratagema.

-Sí. Todos los sistemas están funcionando.

Félix se encontraba junto a los controles del ordenador, lo que aparentemente hacía que se sintiera como si estuviese a. punto de lanzar un cohete al espacio.

Cleaver empujó la camilla y observó mientras Mann desaparecía en el estrecho cilindro hasta que sólo sus pies quedaron visibles. Sintió un leve estremecimiento de claustrofobia solidaria, se irguió, estiró la espalda y se dirigió al ordenador para hacerse cargo del experimento. Lo primero que hizo fue poner en marcha el gran reloj empotrado en la consola, su gran manecilla negra señalando los segundos en melodramáticas estocadas. Manipuló unos cuantos interruptores y la pantalla cobró vida: una imagen del casco con sus electrodos de grabación, dispuestos en hexágonos imaginarios, encendidos como las diminutas bombillas de un árbol de Navidad. Presionando los bordes de un botón direccional podía hacerlo girar 360 grados en cualquier ángulo.

Pulsó otros interruptores y la imagen del cerebro de Mann apareció súbitamente en la pantalla. Hizo girar unas ruedas que provocaban la rotación del cerebro y le permitían entrar y retroceder en cualquier punto, como un operador de cámara que trabajara desde la grúa. Permaneció inmóvil unos treinta segundos, observando cómo funcionaba el cerebro y escuchando el sonido de sus infinitas maquinaciones. Manchas solares que estallaban sin cesar.

Hizo un esfuerzo y se contuvo; había trabajo que hacer. La manecilla grande del reloj avanzaba inexorablemente.

Habían decidido suministrar a Mann información sobre álgebra. Su expediente indicaba que no había superado las matemáticas elementales en el instituto, impedido por unos rasgos de personalidad que eran precursores de su enfermedad. Cleaver, con sumo cuidado y con la ayuda de un asistente del St. Catherine, que no tenía ni idea de la finalidad del experimento, había cargado el ordenador con teorías y fórmulas algebraicas. Siempre que pudiesen conseguir que Mann se concentrase, tratarían de comprobar si esa información había pasado al sujeto.

Cleaver trasvasó el material y volvió a mirar el reloj. Ya habían transcurrido tres minutos. Aún quedaban dos. Cleaver, respondiendo a un impulso, decidió realizar un experimento dentro del experimento. Dejó de transmitir los impulsos eléctricos desde el ordenador y abrió todos los interruptores. Eso, en teoría, podía dejar libre el nervio óptico. Permitiría que los impulsos fluyeran en cualquier dirección que ellos desearan, como agua que busca su propio nivel. Era el equivalente a levantar las compuertas de una serie de

esclusas que conectaban dos océanos situados a alturas diferentes, pensó. ¿En qué dirección fluiría el agua?

Esperó un minuto. Los sesenta segundos transcurrieron lentas, silenciosas, tensamente. En el exterior, no pasaba nada. Era un momento detenido en el tiempo, como cuando uno contiene el aliento.

Cleaver inició el proceso de cerrar las conexiones. Félix no parecía tener ni la más remota idea de lo que había pasado.

Cuando sacaron a Mann de la máquina, tirando de la camilla rodante, le quitaron el casco con sumo cuidado y luego desataron las correas, parecía un tanto confuso y aturdido pero, salvo por eso, no parecía haber cambiado. Tal vez fuese el Valium lo que lo había desorientado; nuevamente, Cleaver, conteniendo la respiración para evitar la pestilencia, maldijo a los hados que lo habían obligado a escoger a ese sujeto.

Mann se levantó con dificultad, como un astronauta que regresa a la Tierra, pero pronto recuperó el equilibrio. Cleaver y Félix lo ayudaron a salir de la habitación, que abandonó con agradecida prisa. Una vez arriba, lo lavaron y le dijeron que descansara un rato. Luego lo despertaron suavemente, le dieron un almuerzo ligero compuesto por un plato de sopa y un bocadillo de queso y lo llevaron a la vieja galería de fumadores para someterlo a las pruebas pertinentes. La luz del sol se filtraba a través de los cristales sucios de las ventanas, reflejando las motas de polvo que flotaban en el aire.

Con forzada indiferencia, Cleaver le alcanzó un bloc de notas amarillo y se sentó junto a él. En la primera página escribió:

¿4y=12 y?

-Ahora, tómate tu tiempo -dijo-. Quiero que veas si puedes resolverlo.

Pero una sola mirada a Mann fue suficiente para comprender que no tenía la menor idea de qué significaba lo que él había escrito en el papel. El experimento había sido un fracaso, igual que los dos anteriores.

Cleaver lo intentó con otras dos fórmulas pero, al final, ni siquiera se molestó en colocar el bloc delante de Mann. Tuvo que reprimir una creciente sensación de enojo: ¿acaso aquel pobre desgraciado no podía hacer un esfuerzo? ¿Cómo se las había arreglado para ser tan imbécil? Y pensar que ese pobre infeliz había asesinado a toda su familia. -Me rindo -dijo Cleaver.

Se levantó con aire cansado. Había sido un día muy largo. Miró a Mann, sentado allí con su raído albornoz, meciéndose ligeramente, la imagen del arrepentimiento. -Me marcho -anunció Cleaver lacónicamente.

-Czesc. Do zobaczenia.

Cleaver no le prestó apenas atención. Pero luego, súbitamente, se dio la vuelta.

- ¿Qué has dicho? -preguntó.

-Mówie po polsku -contestó Mann-. Estoy hablando en polaco.

- ¿Y cuándo has aprendido tú a hablar polaco?

-No lo sé. Simplemente lo hice. Las palabras empezaron a salir de mi boca.

Los pensamientos de Cleaver llegaron a borbotones. Parecían resonar en su cabeza mientras se alejaba por el corredor.

De modo que había funcionado, después de todo. Pero en la dirección equivocada. Su cerebro salió y se metió en el ordenador y lo estuvo revolviendo y dio con el archivo destinado a otro sujeto. ¡Por Dios! ¿Quién habría imaginado que semejante cosa sería posible?

Mientras caminaba por la Segunda Avenida, Kate estaba cambiando de idea. No sabía qué era lo que se había apoderado de ella, quizá había sido la bebida. Tal vez fuese la decisión tomada por Scott y la nueva fuerza que eso le había proporcionado. Pero, en cualquier caso,

estaba claro que se había dejado llevar y había hecho una promesa de la que tal vez se arrepentiría. Le había dicho a Scott que apoyaría su decisión. Lo extraño de todo el asunto era que él apenas había mostrado alguna reacción; era como si no hubiese esperado otra cosa.

Hizo una parada en una tienda de comestibles y, con aire ausente, cogió uno de los cestos de plástico y comenzó a llenarlo con los pequeños artículos de una persona que vive sola: un cuarto de leche desnatada, un pollo asado, una lechuga, galletas recubiertas de chocolate.

Pero podía crearle problemas, de eso no había duda. Saramaggio no se lo tomaría a la ligera si Kate se cruzaba en su camino. Era obvio que ella no le caía bien, y era la clase de hombre que sentiría cierto placer al arruinar la carrera de alguien.

La idea de colocar su ambición por delante de su instinto de hacer lo que era correcto hizo que se avergonzara. Y se sintió aún más avergonzada por los pensamientos que siguieron a continuación: sintió la tentación de faltar a la palabra que le había dado a Scott, pero lo que la frenaba era cómo iba a decírselo. No se creía capaz de hacer frente al oprobio que esa acción significaría. Y él no era un caballero que la dejaría librarse tan fácilmente del apuro. Se preguntó por qué le importaba tanto la opinión que Scott tuviese de ella.

Al salir de la tienda, con la bolsa de papel bajo el brazo, creyó reconocer una figura unos metros más adelante, el pelo negro azabache. ¡Gully! Era exactamente lo que necesitaba, alguien con quien hablar de su problema. Podrían tomar una taza de café.

Kate apresuró el paso, casi trotando, torpemente. El hombre se detuvo en la esquina esperando a que cambiase la luz del semáforo, ella le dio alcance y estaba a punto de hablar cuando él se volvió para mirarla.

Era otra persona, no Gully. Los ojos del hombre mostraron una ligera alarma ante la intensidad de la mirada de Kate.

De regreso en su apartamento se sintió doblemente mal y doblemente sola. Dejó la bolsa con la comida sobre la mesa de la cocina y decidió subir a la azotea, salvando varios tramos de escalera, abriendo una pesada puerta de metal y saliendo a un gran espacio de suelo alquitranado y lleno de ondulaciones. Hacía calor y el cielo tenía un color espectacular, con una especie de aura que brillaba tenuemente en el perfil de los rascacielos que la rodeaban. Justo encima de ella, en la oscuridad, parpadeaban las estrellas.

En ese momento, sin ninguna razón aparente, pensó en su padre. Ella sólo tenía dos años cuando lo mataron en Vietnam, víctima del bombardeo de un avión norteamericano en el delta del Mekong. «Fuego amigo», como dijo aquel cabrón mentiroso y arrogante. No recordaba nada de él, aunque su madre le había descrito su partida tantas veces que casi sentía que podía recordarlo. Un hombre grande con un pecho amplio y bigote (según una fotografía que su madre tenía en la cómoda), la había cogido en brazos, la había abrazado con fuerza y le había dicho: «Estaré fuera mucho, mucho tiempo, pero volveré». Luego se había dado la vuelta y había salido por la puerta de la casa y ella había corrido a la ventana para ver cómo se alejaba por el sendero del jardín. La escena era tan intensa en su mente que, a veces, estaba segura de que el recuerdo era suyo.

Cuando era pequeña y rezaba el Padrenuestro, a menudo se imaginaba a su propio padre allá arriba, mirándola, cuidando de ella, arreglando las cosas. Resultaba reconfortante. Y ahora, al mirar las brillantes estrellas, pensaba, quizá tontamente, que le gustaría volver a sentirse de aquella manera.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, pensó en llamar a Harry a San Francisco, sólo para hablar con un viejo amigo, para escuchar su voz y, tal vez, sentirse menos sola. Levantó el auricular para marcar el número, pero luego volvió a dejarlo en su lugar. No sería justo para Harry, pensó, que recurriese a él, especialmente cuando casi no había pensado en él desde que había llegado a Nueva York.

Kate estaba nerviosa cuando entró en la sala de audiencias y trató de disimularlo haciéndose notar. Sus tacones resonaron con fuerza sobre el suelo de madera. Llevaba el pelo

recogido con un lazo y, para la ocasión, había elegido su traje de chaqueta azul oscuro a rayas con solapas anchas; la prenda se ceñía, aunque de manera conservadora, en los pechos y las caderas; lo consideraba su «traje de poder», aunque detestara la expresión y, de hecho, el propio concepto. No obstante, necesitaba algo que reforzara su imagen en ese ruedo masculino. Un dermatoesqueleto sería perfecto para la ocasión, pensó.

Advirtió de inmediato que la sala de la planta quince había cambiado. Era el mismo lugar donde Saramaggio había llevado a cabo su pequeña demostración tres días antes, pero parecía completamente diferente. La pantalla, el refrigerio y el atril habían desaparecido. La atmósfera era utilitaria, práctica. Echó un vistazo a la ventana. Incluso la vista del río parecía haber cambiado; era una mañana gris y lluviosa, con bancos de niebla alrededor de los puentes, y embarcaciones que se movían con morosidad entre la bruma. Naturalmente, el sol no podía brillar en un día como ése. Un pensamiento se deslizó en su corriente de conciencia: ¿qué se decía, en los lejanos días de la universidad, cuando el mundo exterior era un espejo de tus emociones internas? «Llueve en la ciudad como llueve en mi corazón.» Ajá, la «patética falacia». Le reconfortó haber recuperado ese fragmento de una vida lejana. De pronto pensó en Cleaver. En una ocasión, Gully le había dicho que Cleaver había citado una estrofa de Wordsworth. El experto informático retozando a través de unas colinas cubiertas de narcisos. Su corazón dio un vuelco; Cleaver seguramente estaría presente para tratar esa cuestión.

En la sala se había dispuesto un pequeño estrado, un panel que tenía casi el ancho de la habitación delante de diez sillas vacías. Las sillas estaban reservadas para la junta de Revisión Institucional. Eran de vinilo negro con respaldos altos, del tipo de las que giran. «Tronos modernos», pensó. Y miren cómo se alza el estrado a casi treinta centímetros del suelo. Es revelador cómo algunas autoridades sienten la necesidad de demostrar su posición a través de la elevación física.

La primera cuestión era, naturalmente, dónde sentarse. Lo haría junto a Scott -esa cuestión ya la había resuelto-, pero ¿dónde querría sentarse él? ¿Y si ella llegaba primero, acaso debía reservarle un asiento? Se sentía pequeña -no era la primera vez que le sucedía- por preocuparse por detalles tan insignificantes, lo que reflejaba su propio ensimismamiento, especialmente cuando esa audiencia era una cuestión de vida o muerte.

Problema resuelto. Allí estaba, en el centro de la primera fila.

Se sentó a su lado. Él se volvió y la saludó con una media sonrisa, forzada.

- ¿Cómo está? -preguntó Kate.

Scott no se molestó en contestar; en cambio, le hizo una pregunta:

- ¿Alguna vez ha asistido a una de estas reuniones? -hizo un gesto con la cabeza señalando la sala.

Ella detectó los rescoldos de ira ardiendo bajo sus palabras, y ya lo conocía bastante bien como para saber de dónde provenía. Intentaría calmarlo.

-Una o dos veces. En San Francisco. Todos los hospitales tienen una *TRI*[1], al menos todos los que reciben fondos del Medicarel. En realidad, no son tan formales como parecen, a pesar de toda la puesta en escena. Quiero decir que no es como la sala de un tribunal de justicia. Kate estaba hablando por los codos, pero eso la ayudaba a calmar los nervios.

- ¿Y cómo es?

-Bueno, los funcionarios proceden de diferentes lugares: médicos importantes, algunos ya retirados, jefes de departamento, el presidente del comité de ética, uno o dos representantes de la comunidad. No se preocupe, no llevan pelucas de crin de caballo y nadie golpea con un mazo.

Scott no sonrió.

-Primero suelen escuchar los informes de la división de historiales clínicos. Se informan de todos los antecedentes del caso en cuestión. Luego escuchan al médico. Él dice por qué piensa que la operación es necesaria o se aborda cualquier cuestión que se esté debatiendo. Habitualmente lo interrumpen para hacerle preguntas. A veces tratan casos que han sido remitidos por el comité de ética; por ejemplo, si un bebé necesita una transfusión pero los

padres son testigos de Jehová y se niegan a dar su consentimiento. Si se trata de un paciente que ha sido mal diagnosticado o ha recibido amenazas o algo ha salido mal bajo algunas circunstancias misteriosas, bueno, en esos casos las preguntas pueden ser bastante duras. Y, por cierto, todo es privado. Nada de prensa, ni de personas ajenas al caso... excepto las partes interesadas, por supuesto. Como usted.

-Sí. No hay duda de que yo soy una parte interesada en este caso.

-Es probable que le pidan que hable, como le dije la otra noche. Le preguntarán por qué quiere que a Tyler le sea retirada toda la asistencia mecánica. Y cuanto más directas sean sus respuestas, mejor. En su mayoría se trata de médicos y científicos. Son receptivos al sentido común, no a los sentimientos.

-Lo que me está diciendo es que no debería expresar lo que siento.

-No, no se trata de eso. Sólo que tenga cuidado al decirlo. No vuelque sobre ellos de golpe todo lo que siente. No los ponga entre la espada y la pared.

-Yo soy el que está entre la espada y la pared.

-Bueno, no son criminales. No están tratando de hacerle daño a Tyler. No debe olvidarlo: todo esto comenzó con ellos intentando salvarle la vida. Y, al principio, usted estaba de acuerdo. Lo que ha ocurrido es que usted ha cambiado de opinión y ellos, no.

-Porque ellos quieren probar nuevos juguetes. No porque realmente estén pensando en el bienestar de Tyler.

-Tal vez en parte tenga razón. ¿Y qué? ¿Qué importancia tiene que intervenga un poco de orgullo profesional, de arrogancia incluso? Eso no importa, siempre que acaben por hacer un bien.

-Eso fue lo mismo que pensé al principio. Pero ahora la situación ha cambiado.

Su tono de voz se estaba elevando y a Kate le preocupó que llamase la atención de los hombres de expresión grave que comenzaban a entrar en la sala y a llenar las filas de asientos. Eso no era lo que ella pretendía. Ella quería que Scott se calmase, no que se alterase.

La gente siguió entrando, médicos, algunos con elegantes trajes hechos a medida, otros con indumentaria informal, chaquetas de lino con finos zapatos italianos. Kate vio a las dos

1. Programa del fondo de seguro social de asistencia médica estadunidense para personas mayores de sesenta y cinco años. (N. del T.)

enfermeras que acompañaban a Saramaggio en el quirófano. Ambas se sentaron juntas en la última fila, susurrando y mirando hacia donde ella se encontraba. Se preguntó de qué estarían hablando, pero luego decidió que no le importaba.

-Una cosa más -dijo ella, cubriéndose la boca con la palma de la mano porque los asientos contiguos ya estaban ocupados-. Esto quizá le suene extraño pero, técnicamente, su decisión no es vinculante. Lo que quiero decir es que, aunque decidan en contra de Saramaggio, él podría continuar con la operación. Sólo significa que estará solo y corriendo un riesgo.

- ¿Y qué se supone que significa eso?

-Bueno, por un lado, que Saramaggio no contaría con demasiado respaldo si usted decidiera llevar la cuestión más allá... fuera de aquí.

-Quiere decir... si decido llevar este asunto ante un tribunal.

-Sí.

Las diez sillas del estrado ya estaban casi todas ocupadas. Robert Kellman, el presidente, estaba sentado en el centro. Reunía todos los requisitos para el cargo: senatorial, con mechones de pelo blanco cubriendo las orejas. «Un urólogo», susurró Kate. Los otros eran en su mayoría hombres de mediana edad, de aspecto igualmente graves, casi intercambiables. «Guisantes secos en una vaina», pensó Scott. Había una sola mujer, pálida y seria, delgada como la hoja de un hacha, y Kate le explicó que era la jefa de enfermeras. Un asiento permanecía vacío. Finalmente, un sacerdote de rostro rubicundo apareció para

reclamarlo, dejó un maletín junto a él y luego se movió entre las filas de asientos como un político, estrechando una mano aquí y dando una cariñosa palmada allá.

A Scott no le gustó nada: un sacerdote perteneciente a la institución y que probablemente defendería la santidad de la vida humana podía hacerle mucho daño a ese caso. -Por cierto -dijo-, ¿cómo deciden? ¿Votan o qué?

-Sí. Por votación.

Scott sintió que ella se ponía tensa a su lado. Y, cuando se volvió, comprobó cuál era la razón: Saramaggio acababa de sentarse al otro lado del pasillo, junto a Brewster, el administrador del hospital. El neurocirujano estaba mirando a Kate, lanzándole dardos.

Por primera vez, Scott fue consciente de que, al asociarse con su causa, Kate podía estar poniendo su carrera en peligro. De pronto sintió una oleada de gratitud, junto con una punzada de remordimiento. Se había mostrado tan obsesivo, tan egoísta, que ni siquiera había tenido en cuenta las consecuencias para ella. ¿Estaban acostumbrados esos médicos a la discrepancia que acompaña a un debate contencioso? ¿O la deserción de Kate sería considerada como una traición?

Los procedimientos comenzaron con una extensa descripción del estado de Tyler en el momento en que fue trasladado al St. Catherine, repleta de una terminología médica misteriosa que limpió sus heridas e hizo que la narración resultara más fácil de escuchar. No obstante, no podía fingir que ignoraba algunos términos, frases como «destrucción masiva de la corteza lateral izquierda» o «invasión traumática del sistema límbico». Pasar por eso iba a resultar mucho peor de lo que había previsto.

Scott se sintió impresionado al descubrir que el método que habían empleado en el hospital Kingston para preparar a Tyler para su evacuación a Nueva York, envolviéndole la cabeza en hielo para contener la inflamación del cerebro, ya no era el procedimiento recomendado para tratar las heridas cerebrales. « ¿Acaso no notifican a la gente esa clase de cambios?», se preguntó.

Luego se le pidió a Saramaggio que presentara su punto de vista. Él pareció tratar la ocasión como una oportunidad para complacerse en la estima que le profesaban sus colegas de profesión. De hecho acercó su silla al estrado e inició una larga descripción de las operaciones: la intensa investigación que se había realizado previamente, los excelentes resultados obtenidos en los experimentos con animales, la forma en que el caso de Tyler encajaba con el protocolo para la primera operación jamás llevada a cabo de extracción, cultivo y reimplantación de células madre reproductivas asistida por ordenador. Era la imagen de la razón y la simpatía.

Uno de los médicos se inclinó ligeramente hacia delante para hacerle una pregunta.

- ¿Podría hablarnos acerca de la consulta hecha con el padre del paciente y de si le explicó todo el procedimiento?

Saramaggio explicó las dos reuniones que había mantenido con Scott y, de alguna manera, hizo que ambos encuentros sonaran más metódicos y exhaustivos de lo que él era capaz de recordar. Explicó cómo había descrito con precisión la penetración del «instrumento romo», las posibilidades de que ya hubiese provocado un daño irreparable en el cerebro del chico, la nueva investigación que se estaba llevando a cabo en el campo de las células madre, y la eficacia con la que habían sido reimplantadas en animales. Añadió que él simplemente le había presentado a Scott las alternativas viables e hizo que pareciera como si él se hubiera mostrado tan desinteresado como un camarero que ofrecía elegir entre dos platos del menú.

-Perdón, doctor Saramaggio -preguntó uno de los miembros de la junta-. ¿Cuánto tiempo diría usted que duraron esas sesiones?

Era una pregunta protocolaria, pero Saramaggio pareció desconcertado.

- ¿Cuánto tiempo? -Sí.

-Bueno, la primera tuvo lugar inmediatamente después de la exploración preliminar del paciente y yo diría que se prolongó durante una hora aproximadamente. Resulta difícil...

-Doctor -interrumpió el sacerdote-, ¿usted se reunió por primera vez con el padre, eh, el

señor Jessup -miró a Scott con aire paternal-, después de la primera operación? ¿No antes?

-Así es.

- ¿Es eso lo habitual? Yo pensaba que usted podría haber querido...

-Es habitual cuando la situación del paciente es extrema. Comprenderá usted que, en ese caso, cada segundo cuenta. Yo mismo me apresuré a regresar al hospital para tratarlo. En mi día libre, debo añadir. Hemorragia masiva, pérdida de sangre, todo el sistema en estado de shock. Cualquier cosa podría haber provocado la muerte instantánea del paciente. -Su voz comenzaba a elevarse, indignada-. Y qué sentido tiene reunirse con el padre, podría añadir, cuando no hay absolutamente nada que se le pueda decir porque sencillamente no sabes nada acerca del estado de su hijo.

Fue una afirmación, no una pregunta, y el sacerdote se apresuró a responder, alzando la mano, manso como un cordero.

-Por supuesto, por supuesto. No era mi intención dar a entender que usted debería haberse reunido con el padre antes de ver al paciente. Simplemente le he formulado esa pregunta para averiguar más cosas acerca de los procedimientos.

-Bien, puesto que lo ha preguntado, el procedimiento, como usted lo llama, consiste en atender al paciente primero, hacer lo que es necesario que se haga y ponerlo fuera de peligro si es factible y tan rápido como sea posible. Si tiene alguna sugerencia que hacer respecto de cómo llevar las cosas en esta profesión, somos todo oídos.

El sacerdote se sonrojó intensamente y bajó la vista. -Naturalmente que no -dijo-. Nuestro propósito aquí no es tratar de juzgar su actuación, ni mucho menos. Pero no todos los presentes estamos familiarizados como usted con las prácticas habituales.

Saramaggio estaba indignado y se le notaba. «Como un gallo desplegando las plumas de la cola», pensó Scott. Tal vez el sacerdote no era tan malo, después de todo, pero le hubiera gustado más si hubiera mantenido su posición.

-Doctor Saramaggio -dijo Kellman, hablando con voz grave y sopesando cada palabra como si fuese un árbitro olímpico de la razón-, ¿podría decirnos, por favor, cuáles son las posibilidades, según su opinión, de que el paciente sobreviva a la operación?

Era evidente que Saramaggio había estado esperando esa pregunta, pero aguardó unos segundos antes de responder, como si reflexionara profundamente y estuviese buscando las palabras precisas que expresaran un delicado equilibrio de ambigüedad.

-Yo diría, teniendo en cuenta todas las circunstancias, que son buenas. Estamos navegando por aguas desconocidas en este caso, de modo que las predicciones están llenas de imponderables. Pero ¿el chico vivirá? ¿Sobrevivirá al propio procedimiento? Tengo pocas dudas acerca de ello.

- ¿Y qué puede decirnos de su existencia después de la operación?

-Eso es difícil de predecir. Todo lo que puedo hacer es suministrar un informe de progreso. Por el momento, las células madre se están reproduciendo con normalidad y rápidamente en buenas condiciones de laboratorio. Esas células pertenecen al paciente y demostrarán ser compatibles cuando le sean reimplantadas. Sus funciones son estables. En este momento, el ordenador está duplicando su actividad cerebral y está preparado para asistir en esa función si fuese necesario. En otras palabras, hasta ahora todo se desarrolla normalmente y no espero que la situación presente ningún cambio después de la operación, si bien, por supuesto, no podemos afirmar con absoluta seguridad lo que podría ocurrir.

- ¿Y su calidad de vida?

Era el sacerdote quien preguntaba; aparentemente había recuperado la compostura.

-En ese aspecto no podemos predecir nada con certeza. No veo ninguna razón por la que sus células madre no funcionen normalmente. De entre las conexiones nerviosas ya establecidas, sin embargo, más que aquellas que habían sido hechas, algunas tal vez no persistan en el estado postoperatorio. No podemos afirmar con un cien por cien de seguridad

que el paciente conservará todas sus características preoperatorias.

- ¿Está diciendo que su personalidad puede ser diferente?

- ¿Su personalidad? Como hombres de ciencia no podemos hablar con fundamento de semejante abstracción. Tendrá que aprender muchas y nuevas tareas, algunas de las cuales pudo haber conocido y tenga que reaprender. Scott estaba muy erguido en su silla y con los ojos brillantes.

- ¿Podrá, por ejemplo, reconocer a su padre? Saramaggio dudó, miró a Scott y poco después desvió la mirada.

-Eso podría resultar problemático. Sin embargo, si no lo reconociera de inmediato, yo diría que será perfectamente capaz de aprender a conocerlo otra vez. - ¿Aprender a conocerlo? -ahora el sacerdote era casi truculento.

Saramaggio volvió a irritarse.

-Sí, tendrá que volver a aprender muchas cosas. Pero lo principal es que él estará cerca para que pueda conseguirlo. Estoy seguro de que, si su padre es como cualquier otro padre que ama a su hijo, no querrá que deje de existir simplemente porque el vínculo filial tenga que ser restablecido. -Volvió a mirar a Scott-. Puede preguntarle a él.

-Eso haremos -dijo el presidente Kellman-. Mientras tanto, le agradecemos su cooperación. ¿Hay algo más que quiera añadir?

Saramaggio hizo una pequeña pausa, luego añadió: -Me gustaría repetir lo que he dicho antes. Las aguas por las que navegamos son nuevas y carecemos de cartas de navegación. No se sabe adónde conducen. Nuestro joven paciente será el primero en cruzarlas, el primero en poner el pie en una nueva tierra. Cuando regrese, no podemos saber con seguridad cómo será él. Pero se habrá convertido en un pionero y las generaciones futuras conocerán su nombre y le estarán agradecidos.

-Scott no pudo seguir callado.

-Creo que su nombre le importa mucho más. El presidente se volvió hacia él.

- ¿Cómo ha dicho?

-Creo que aquí Cristóbal Colón está pensando en su propio nombre, no en el de mi hijo.

Toda la sala quedó sumida en un profundo silencio. -Y me siento agraviado, profundamente agraviado, por la insinuación de que mi única preocupación es que mi hijo no me reconozca cuando despierte, si se despierta. Me preocupa que yo no pueda reconocerlo a él. Me preocupa que tenga sólo medio cerebro o quede afectado de alguna manera horrible o esté tan dañado emocionalmente que toda su vida se convierta en una pesadilla.

O que jamás despierte, que continúe en coma. Quién puede saber lo que significa estar encerrado allí, quizá es una agonía terrible, el peor tormento imaginable. Tal vez se encuentre ya sumido en una pesadilla, implorando que lo liberen de ella. O, quizá, Tyler se despertará y será tan incapaz de valerse por sí mismo que, después de mi muerte, acabará ingresado en una institución donde nadie se preocupará por él, nadie lo cuidará...

Su voz se quebró.

El presidente de la junta carraspeó antes de hablar. -Sin embargo, usted dio su autorización para que esta operación se llevara a cabo. ¿Y ahora ha cambiado de opinión?

-Así es.

- ¿Puede decirnos por qué?

-Al principio tenía esperanzas. ¿Quién hubiese rechazado semejante oferta? «Podemos salvar la vida de su hijo, podemos reconstruirlo. Es difícil asegurarlo, es arriesgado, pero pensamos que podemos conseguirlo. Hoy en día podemos hacer cosas maravillosas, usted ni se lo imagina.» ¿Quién no hubiese dicho que sí? Aunque sea aferrarse a un clavo ardiendo, es mejor que la alternativa de dejar simplemente que se deslice hacia la nada. Cualquier cosa tiene que ser mejor que eso: un día está aquí, se marcha de fin de semana con un amigo y se despide con un abrazo y corre hacia la puerta y luego, súbitamente, desaparece. Cualquier cosa es mejor, incluso una interminable serie de operaciones donde es abierto, cortado y

Librodot

colocado en máquinas y respira a través de tubos; al menos eso me pareció en su momento.

»Pero ahora han pasado varias semanas y ya no tengo ninguna esperanza. Tyler sigue respirando a través de tubos y un ordenador se encarga de hacerlo por él. No creo que funcione. La enormidad de todo ello se ha hundido. He estado leyendo acerca de esta cuestión. La gente habla de muerte cerebral, pero no existe tal cosa. Esa pieza central, el sistema límbico, continúa funcionando mucho después de que el resto haya muerto. Y es probable que puedan conseguir que siga funcionando para siempre si se le administra la cantidad adecuada de oxígeno y glucosa o lo que sea. Pero allí no hay nadie, no hay ninguna persona dentro; ningún ser humano que pueda ser definido como tal con los términos habituales. Eso no es vida. Es una medusa chapoteando en un charco que ha dejado la marea al retirarse de la playa. Un trozo de carne conectado a una máquina.

Un día vi un documental en televisión, uno de esos programas divulgativos. Mostraba a una mujer cuya hija había sufrido un accidente y estaba en coma. Los médicos querían desconectarla de la máquina que la mantenía con vida, pero su madre no permitió que lo hicieran. Se llevó a su hija a casa y siguió insistiendo en que se pondría bien. La cámara la filmaba cuando le ponía a su hija un biquini y la hacía flotar en la piscina, manteniendo su cabeza fuera del agua. Y yo pensé: ¿quién puede hacerle eso a su propio hijo? ¿Quién puede estar tan loco? Y ahora lo entiendo. Soy yo. Eso es lo que le he estado haciendo a Tyler.

Miró directamente a Saramaggio.

-Usted no está salvando a Tyler. Tal vez piense que lo está haciendo, pero no es así. Lo está matando, poco a poco. Lo está sacrificando en pequeños trozos. Y cuándo haya acabado y ya no quede nada de él, acabará diseccionado lo que ya no está allí. Y escribiendo un libro sobre ello. Pionero... ¡y una mierda!

»De modo que sí, he cambiado de idea, pero no porque sea inestable. Es porque he abierto los ojos y ahora puedo ver que he sido engañado. Exijo que a mi hijo le sea retirada toda la asistencia artificial. Como su padre, lo exijo.

Cuando Scott terminó de hablar, los murmullos crecieron entre el público asistente. El presidente anunció un receso de quince minutos.

Scott se tranquilizó y se levantó para ir al lavabo. Una vez allí, abrió una ventana, se apoyó en la pared junto a ella y encendió un cigarrillo, aspirando profundamente el humo.

Un hombre entró en el lavabo, un indio o pakistaní, con el pelo negro azabache y un rostro agradable. Scott levantó el cigarrillo en un gesto de disculpa y dijo:

-Lo siento, pero necesitaba dar unas caladas.

-No hay ningún problema -dijo el hombre, tendiéndole la mano-. Me llamo Gully. He escuchado lo que ha dicho hace un momento en la sala. Ha estado muy... muy persuasivo.

Scott asintió levemente. Gully frunció el ceño, como decir algo más, luego habló:

-Me temo que este caso llegará hasta el final.

- ¿Qué quiere decir? -Preguntó Scott-. ¿A qué se refiere?

- ¿Ha visto a ese individuo que se encontraba en la parte de atrás? El que tomaba notas...

-No.

-Es abogado. Curtis y Reinfield. Es la firma que asesora al hospital en los casos que llegan a los tribunales. Ya están preparando el camino, ¿lo entiende?

Scott lo entendía.

Cuando se reanudó la sesión, el presidente invitó a que otros asistentes hicieran uso de la palabra. Varios médicos intervinieron para dar a conocer su opinión sobre el caso. Luego le tocó el turno a Brewster, una intervención plagada de lugares comunes. El hospital sólo quería hacer lo que era correcto. Estaba tratando de equilibrar las necesidades del paciente, tal como habían sido expresadas por el padre -con suma elocuencia, se permitía añadir-, con las de la investigación, porque el hospital era a la vez un lugar para la curación y un centro de aprendizaje, de modo que las futuras generaciones pudieran recoger los frutos del trabajo. A Scott el discurso de Brewster le sonó como si el administrador estuviese hablando ante un

tribunal y advirtió, por primera vez, que había micrófonos direccionales grabando toda la sesión. Habían estado ahí desde el principio.

Le pidieron a Cleaver que explicara el funcionamiento del ordenador, pero se negó sacudiendo la cabeza de un lado a otro, casi con vehemencia, para sorpresa y desconcierto de Saramaggio. Scott, que no había reparado antes en la presencia del investigador, lo observó atentamente, estudiando sus torpes movimientos, sus ojos que exploraban la sala. Le preocupó que una persona así formara parte del equipo que se ocupaba de su hijo. Finalmente, el presidente miró a Kate.

- ¿Tiene usted algo que añadir? -preguntó amablemente.

Kate se quedó paralizada, con aspecto de estar inusualmente asustada. Luego se levantó y se sentó en el mismo asiento que Saramaggio había ocupado una hora antes.

-No pensaba hacerlo -comenzó a decir-. No he venido preparada para hablar, y dudo que pueda añadir mucho más a la naturaleza médica del testimonio.

-Por favor, por favor -la interrumpió el presidente-. Testimonio, no. Esto no es un tribunal. Espero no haber dado esa impresión.

Las mejillas de Kate se sonrojaron ligeramente.

-No, lo sé. Le pido disculpas. Lo que quería decir era simplemente que es muy poco lo que puedo añadir a lo que se ha dicho hasta este momento, al menos en lo referente a la operación. Para mí es algo nuevo, es nuevo para todos los que estamos en esta sala. De modo que, gran parte de lo que podamos decir en este sentido, virtualmente todo lo que digamos, no importa cuán profundas puedan ser las convicciones que lo sustenten, será una especulación, una conjetura. Nadie puede decir con certeza qué es lo que sucederá, porque ninguno de nosotros puede saberlo. Solamente podemos suponer cuál será el resultado de esta operación. No existen precedentes que puedan servirnos de guía, ningún dato estadístico, nada en la literatura médica. Como el doctor Saramaggio ha apuntado, estamos pisando terreno nuevo, desconocido.

Kate hizo una pausa, pensando, y cuando reanudó el discurso, habló con mayor seguridad.

-Como se trata de un terreno nuevo, los escasos instrumentos de que disponemos para guiarnos son principios abstractos. Ellos son nuestro mapa y nuestra brújula, las venerables tradiciones de nuestra profesión. Y, supongo que en esto todos estaremos de acuerdo, lo más importante es el juramento hipocrático que dice: «Nunca dañarás a un paciente».

»Hoy no podemos decir con absoluta seguridad si hemos observado este antiguo precepto o si lo hemos violado. Pero como el asunto era tan terrible y extremo, nos encontrábamos en una situación de fuerza mayor. ¿Provocamos más mal que bien? Debemos enfrentarnos a la posibilidad de que la respuesta a esa pregunta sea, en última instancia, imposible de conocer. Pero esa duda no significa que estuviésemos equivocados. Ante un paciente que se encontraba en una situación desesperada, al borde de la muerte, con un padre desesperado y la perspectiva de nuevos y terribles sufrimientos, ¿quién de los presentes no habría tomado la misma decisión? Especialmente si tenemos en cuenta que las herramientas para tratar al muchacho estaban disponibles, aun cuando no hubieran sido probadas con anterioridad. De modo que creo que todos podemos convenir en que la decisión inicial de proceder con la operación fue la correcta.

Scott miró a su alrededor. Saramaggio no cabía en sí de gozo y el rostro de Brewster reflejaba una inocultable satisfacción. Kate respiró profundamente antes de continuar.

-Pero ahora la situación ha cambiado -dijo-. Y ha cambiado porque el padre del paciente, quien está legalmente autorizado a tomar las decisiones que considere oportunas en nombre de su hijo, quiere que el procedimiento se interrumpa. ¿Cómo podemos ignorar sus deseos? ¿Cómo podemos afirmar que él no sabe lo que es mejor para su propio hijo?

La expresión en el rostro de Saramaggio era ahora sombría.

-Antes se ha dicho que él ha cambiado de idea. Yo no creo que realmente la haya cambiado. Cuando dio su consentimiento, y yo estaba presente en ese momento, creo que sus ideas no estaban totalmente claras. Buscaba en nosotros a alguien que le sirviera de guía y, como el resto de nosotros, siguió adelante esperando lo mejor, porque no había mucho más que hacer. Y uno siempre quiere hacer algo. Pero ahora, sin duda, ha tomado una decisión. Ha pensado, ha aprendido y nos ha observado, y ha llegado a una conclusión. Y él es el único que conoce al paciente, es quien lo ama, quien tendrá que cuidarlo si las cosas no salen bien. ¿De qué otra persona se puede decir con honestidad que sólo está pensando en el paciente? No en la ciencia médica, no en pacientes futuros, no en la investigación o en la reputación del hospital, sino solamente en el paciente y en nada más.

Kate pronunció las últimas palabras como una abogada defensora que pronuncia el alegato final.

-Para terminar, él ha hablado. Es la voz que todos deberíamos escuchar, por encima de todas las demás. Creo que seríamos inmorales y algún día deberíamos enfrentarnos a un juicio si no lo hiciéramos.

Acabó su intervención y oyó el eco de sus propias palabras. La sala estaba en absoluto silencio. Se levantó y regresó a su asiento, esta vez con una timidez que no podía disimular.

Saramaggio y Brewster se miraron, luego Brewster y Kellman hicieron lo mismo. El presidente esperó casi un minuto y, en el silencio, creció una atmósfera de drama. Luego se aclaró la garganta como si estuviese a punto de hacer una declaración importante. No obstante, miró duramente a Kate y formuló una pregunta:

-Doctora Willet, ¿puede decirnos, por favor, y le aconsejo que lo piense detenidamente antes de responder, si ha establecido una estrecha relación personal con el padre del paciente?

Cleaver envió a Félix con una camilla a la habitación 35 para que recogiera al paciente que sufría la enfermedad de Cotard y esperó ansiosamente en el sótano junto al ERT. A decir verdad, estaba empezando a asustarse con esa extraña afección que convertía al paciente en un muerto viviente. Benchloss. Sólo tenía veinte años y, sin embargo, su pelo era completamente blanco. Incluso su pasado era escaso; su archivo era el más corto de todos. Un joven de Detroit. Tenía un primo que trabajaba en la cadena de montaje de una fábrica de automóviles que lo cuidó hasta que se cansó cuando él comenzó a deslizarse hacia el infierno de la psicosis. ¿Qué pudo haberle ocurrido, se preguntaba Cleaver, para que sufriese esa metamorfosis que lo había convertido en un monstruo? ¿Qué profunda zona de su cerebro había sufrido un cortocircuito? ¿Había sucedido por sí solo, alguna clase de gen monstruoso que había estallado como una bomba de acción retardada? ¿O intervino un agente externo, algún hecho tan aterrador que se llevó su lengua, su vista y su tacto? Pero eso no importaba ahora. Estaba listo para el experimento, y si estaba muerto, seguramente no se quejaría.

Durante dos noches, desde el momento en que había metido a Mann en la máquina y había descubierto que, de alguna manera su cerebro se había conectado con el ordenador, entrando en la memoria de ese jodido chisme y despojándolo de algunos fragmentos de polaco, Cleaver no había podido conciliar el sueño. Había trabajado febrilmente, volcando un sujeto enfermo tras otro en el ERT, colocando todos los interruptores en posición de «Abierto», y esperando ansiosamente que transcurriesen los cinco minutos. Después retiraba expectante la camilla -la imagen de un chef abriendo la tapa del horno para examinar la consistencia de un soufflé pasó fugazmente por su cabeza- y sentaba a los sujetos para buscar señales que revelaran que habían sido transformados por su misterioso viaje al interior del tubo metálico.

No siempre se sentía decepcionado. Algunos de los sujetos mostraron ciertos progresos, junto con una nueva clase de rareza. Realmente parecían poseer información nueva, datos de los que antes no disponían. Pero la información no estaba totalmente integrada, se manifestaba de forma intermitente y no parecía hacerles demasiado bien. La transmisión de un cuerpo de conocimiento completo y coherente parecía imposible de conseguir.

Pero, por supuesto, eso era algo que resultaba difícil de asegurar; después de todo, todos ellos estaban chiflados. Bruce, el joven que pensaba que sus padres eran «impostores», había sido una terrible decepción. Cleaver esperó con ansiedad a que llegase su turno en la máquina; era un individuo inteligente, bien educado y que se expresaba con claridad; uno podía mantener con él una conversación normal siempre que evitara el tema de las relaciones familiares. Seguramente sería capaz de demostrar los efectos de una experiencia psicotelegráfica. Pero las cosas no salieron como Cleaver esperaba. Para empezar, Bruce se negó a ir al ERT; temía especialmente por sus ojos y se resistió a que le encajaran las huederas debajo de los párpados. Cuando, por fin, consiguieron culminar esta fase del procedimiento, Bruce se aferró con fuerza a ambos lados de la camilla rodante cuando era introducida en el tubo metálico, de modo que sus meñiques quedaron totalmente magullados. Lo sacaron y le curaron las heridas. Luego utilizaron las correas, lo que lo alteró aún más, de modo que comenzó a gritar una vez que estuvo dentro del tubo, el sonido extrañamente amortiguado como si procediera del interior de los pliegues de un capullo gigante. Cleaver esperó dos minutos completos a que se calmara un poco y ese tiempo precioso desbarató todos los cálculos previos. La máquina había sido puesta parcialmente en funcionamiento, por lo que Cleaver no estaba seguro de si debía restar o no esos dos minutos del tiempo asignado; luego decidió que era más seguro si lo hacía. Teniendo en cuenta el margen de seguridad de la máquina, Bruce sólo disponía de unos tres minutos, más o menos, con la válvula completamente abierta. No obstante, el muchacho salió atontado.

Cleaver lo condujo a la antigua galería de fumadores e hizo que Felicity le llevara la obligatoria taza de té. Bruce la rechazó, diciendo que siempre había odiado el té, lo cual resultó realmente extraño, considerando que todas las mañanas acostumbraba a beber tres tazas. Cleaver preparó un tablero de ajedrez, cargando previamente el ordenador con un nivel avanzado en el juego y consciente de que Bruce jamás había jugado antes. El primer movimiento del joven fue el de alguien instruido en el juego: avanzó dos casillas su peón de reina. El corazón de Cleaver dio un vuelco y se inclinó sobre el tablero con auténtica ansiedad; su joven adversario había aprendido las reglas. Pero después de cuatro o cinco movimientos nominalmente correctos, el juego de Bruce desapareció. Parecía incapaz de organizar ninguna clase de estrategia o incluso de relacionar las piezas entre sí. Y, lo más preocupante de todo, desarrolló de pronto un extraño tic, un estiramiento de la comisura izquierda de la boca que le dibujaba una mueca que, bajo una luz tenue, hacía que pareciera siniestro. Muy pronto, sus ojos comenzaron a moverse de un lado a otro. Cleaver sabía dónde había visto eso antes: era el signo revelador de la paranoia de Mann.

- ¿Para qué es esto? -preguntó Bruce súbitamente, mirando el tablero. Luego comenzó a gritar-: ¡Cucarachas, cucarachas por todas partes! -Golpeó el borde del tablero con tanta fuerza que las piezas salieron volando por los aires. Cleaver recibió en la coronilla el impacto de uno de los caballos voladores y sintió un dolor punzante. Miró a Bruce, quien parecía estar al borde de un brote sicótico-. ¡Fuera de aquí! ¡Dejadme en paz! -gritó, golpeándose los antebrazos y cayendo al suelo presa de convulsiones.

Félix acudió de inmediato y le sujetó los brazos contra el suelo. Bruce se fue tranquilizando lentamente. De hecho, se calmó demasiado; se quedó mudo de golpe y entró en un éxtasis psicótico que, a primera vista, parecía catatonia.

Cleaver, que había presenciado toda la escena con distanciamiento clínico, estaba profundamente perturbado. El muchacho parecía haberse vuelto literalmente loco. No obstante, muchas de sus nuevas manifestaciones físicas le resultaban familiares: eran las peculiaridades y los mecanismos de defensa mostrados por otros pacientes que lo habían precedido en el ERT. ¿Era eso posible? ¿Acaso los pacientes o, mejor dicho, los sujetos, dejaban algo atrás en el ordenador, una huella, pequeños trozos de sí mismos, su ánima? ¿Y era posible acaso que otros recogieran, de alguna manera, esos vestigios mientras realizaban sus viajes solitarios hacia lo desconocido? Tendría que estudiar la cuestión, tomar notas detalladas, quizá recopilar cintas de vídeo.

Mientras tanto completaba los preparativos para el experimento con Benchloss. En el pasado, Benchloss se las había ingeniado para despertar en él cierto sentimiento de piedad. Pero, de hecho, su fuente de piedad no era inagotable y Cleaver había empezado a ver ese hombre desdichado exactamente como lo hacía el propio Benchloss, como una criatura que estaba más allá de los límites de la humanidad. Benchloss creía que estaba muerto, de modo que, a los ojos de Cleaver, ya se encontraba a las puertas de la muerte. No importaba demasiado si le sucedía algo desagradable.

Félix entró con el paciente. Felicity lo había ayudado a colocar a Benchloss en la camilla -un trabajo nada fácil, puesto que era literalmente un peso muerto- y ahora permanecía en la puerta del sótano, demasiado curiosa para marcharse. Cleaver decidió ignorar su presencia. En cualquier caso, no habían hecho un buen trabajo. Cleaver observó que uno de los brazos de Benchloss estaba parcialmente aplastado debajo de la espalda. Unos minutos más en esa posición y se le cortaría la circulación en esa zona. Un par de horas y el jodido brazo se volvería azul y luego negro y después probablemente comenzaría a pudrirse. No obstante, Benchloss no se daba cuenta de lo que estaba pasando. Qué demonios, probablemente lo tomase como una confirmación de que ya se estaba descomponiendo en la tumba.

Cleaver lo levantó, le quitó el brazo de debajo de la espalda y volvió a bajarlo, con un silencioso reproche dirigido a Félix, quien pareció no captarlo. Cleaver estudió detenidamente el rostro de Benchloss. ¿Había detectado un atisbo de temor? ¿Algo que se agitaba levemente detrás de esos ojos, habitualmente tan inerte como los de un tiburón? Imposible, aquel tipo estaba ido. Cleaver sintió un escalofrío. Tenía que admitirlo, estaba asustado, profundamente asustado ante ese paciente anormal. La boca de Benchloss estaba abierta, un agujero en el pozo negro e insondable. Cleaver se inclinó y apoyó la mejilla en ella; no sentía nada, ningún signo de respiración. Apoyó la oreja; allí, en la distancia remota y profunda, un débil sonido. Los pulmones haciendo su trabajo, algún reflejo elemental insuflando aire en ellos. ¿O quizá no era así? ¿Tal vez lo estaba imaginando? Volvió a sentir un estremecimiento. ¿Por qué ese agujero negro evocaba la imagen de su padre, el miedo, la hebilla que se abría para que el cinturón descargara sobre él castigo y humillación? Comenzó a sudar. En el pasado, cuando experimentaba este tipo de sensaciones, podía distraerse: la fantasía de la esclava cyborg o, a veces, simplemente la numerología, sistemas y más sistemas de números multiplicándose, sometiéndose a raíces cuadradas, dividiéndose y subdividiéndose. Un sistema, ciencia pura, religión pura.

-Y bien, ¿vamos a meterlo en la máquina?

La pregunta de Félix le sobresaltó. Era súbita y grosera, y se preguntó cómo podía expresar su desagrado. Felicity seguía en la puerta, de modo que Cleaver se acercó y la cerró en sus narices.

-Por supuesto -farfulló.

Pretendía que fuese una orden, pero sus palabras brotaron como un gemido incierto.

Levantaron al hombre y lo colocaron en la camilla de la máquina; Félix, cogiéndolo por los hombros desde detrás como si fuese un luchador, y Cleaver, abrazándole las piernas, postura menos difícil pero indecorosa. Nuevamente volvió a sorprenderle lo pesado que era Benchloss. ¿Era posible que la mente pudiera realmente cargar el cuerpo de esa manera, hincharlo, inundar las células de agua preparándolas para la descomposición final? ¿O era solamente la imaginación de Cleaver?

Lo tendieron sobre la camilla móvil. Cleaver se sentía débil y dejó que su ayudante hiciera casi todo el trabajo. Félix bajó el casco, con su confuso nido de cables y alambres, y lo ajustó a la cabeza de Benchloss. Cogió las hueveras y las retrajo hasta que formaron dos bandas horizontales.

-Al menos con éste debería ser sencillo -dijo.

Pero no lo fue. El peso muerto de los párpados de Benchloss hacía muy complicado encajar las bandas debajo de ellos; el párpado superior, que se mantenía abierto mientras

trabajaban en el inferior, quedaba flojo y medio cerrado. Por un momento, Cleaver sospechó que Benchloss estaba fingiendo, intentando sabotear el experimento. Pero seguía sin haber ningún signo de vida. Félix insistió. Finalmente, entre los dos, consiguieron colocar las hueveras en su sitio e hicieron girar los botones para extenderlas, observando cómo el óvalo característico se hinchaba debajo de la piel a través del globo ocular.

Benchloss estaba listo para empezar el experimento. Pero Cleaver se detuvo. Necesitaba serenarse. Abandonó la habitación murmurando una excusa cualquiera, subió la escalera y salió del edificio. Se sentó en el porche y contempló el agua que brillaba bajo el sol. En ese momento, un pensamiento extraño invadió su conciencia. Parecía provenir de su propia voluntad; saliendo de ninguna parte, una flecha que volaba desde los campos de batalla del pasado. Un recuerdo, largamente reprimido y peligroso. Era de su padre. Volvió a pensar en cómo se había enterado de su muerte mientras estudiaba en el MIT. Y, de pronto, comprendió con una certeza que jamás había tenido el coraje de reconocer que había sabido de la muerte de su padre en el momento en que sucedió, antes de recibir aquella llamada telefónica de su madre. Estaba absolutamente seguro. Y ahora todo volvía a hacerse consciente. Al mirar por la ventana los prados cubiertos de nieve, había visto a su padre, una débil sombra recortada contra el paisaje blanco, mirando hacia su ventana con una expresión divertida en el rostro, como si hubiese estado riendo, ¿riéndose de qué? ¿De la broma que suponía ver a su hijo otra vez en la etapa final de la partida, de esa visita a un trozo de tierra cubierto de nieve cerca del río Charles?

No había otra cosa en el mundo que a Cleaver le provocase tanto miedo como estar muerto. No era el dolor que pudiera implicar, ni los últimos momentos agonizantes de vida, sino el propio hecho de estar muerto.

Nunca antes el pensamiento se había reunido de una forma tan cristalina y se había presentado ante él como una verdad dura e inmutable. Lo sacudió de su mente y apartó la vista del agua, sintiendo que le quemaban los ojos a causa del brillante reflejo del sol sobre las olas, y regresó al sótano.

Félix estaba allí, mirándolo con curiosidad. -Empecemos de una vez -dijo Cleaver.

Oyó el característico roce de metal contra metal cuando la camilla entró en la máquina, y observó cómo Benchloss se deslizaba al interior del túnel, los cables prácticamente rozando las paredes redondas. Podía ver los arañazos allí donde otros sujetos se habían movido adelante y atrás.

Félix ya había ocupado su puesto en los controles. -Creo que yo me haré cargo de esto -indicó Cleaver, haciéndole señas para que se apartase.

??Félix dio un paso atrás, encogiéndose de hombros. - ¿Qué está haciendo? -preguntó.

Cleaver estaba manipulando el cronómetro. Había apagado el mecanismo de parada automática, de modo que la máquina pudiese superar el límite de seguridad de los cinco minutos e incluso el límite de peligro de los siete minutos.

-No veo ninguna razón para no probar algo nuevo -señaló.

-Pero usted mismo dijo que Quincy le había advertido que nunca hiciera eso -se quejó Félix-. No sabe lo que puede suceder. La máquina podría sufrir una sobrecarga. No es seguro.

- ¿No es seguro para la máquina o no es seguro para el sujeto?

La pregunta confundió al ayudante de pobladas cejas, quien pensó cinco segundos antes de contestar.

-No estoy seguro. Para cualquiera de los dos, supongo.

-Bien, si tienes que adivinarlo, yo diría que no lo sabes.

Félix permaneció en silencio.

Oyeron el zumbido de la máquina al ponerse en marcha. Cleaver hizo girar dos mandos y el cerebro de Benchloss cobró vida en la pantalla, la imagen familiar de un gran puño cerrado. Otro mando y el cerebro comenzó a girar lentamente, exhibiéndose desde diferentes y sucesivas perspectivas: las crestas de colinas de lava, la profunda hendidura entre ambos hemisferios, las líneas arrugadas que separaban los lóbulos. Estaba separado del cuerpo como

si fuese un holograma.

- ¿Un poco de acompañamiento? -preguntó Cleaver, disimulando su miedo con una forzada despreocupación. Encendió el sistema de audio y de ambos altavoces brotó nuevamente el sonido de interferencia estática, neuronas disparando sus cargas eléctricas. En esta ocasión, el sonido era semejante a disparos de fusil procedentes de una batalla que se libraba a gran distancia.

Comprobó el cronómetro: dos minutos. Todos los electrodos habían encontrado sus objetivos; la cobertura era completa.

Cleaver ya había visto suficientes sujetos como para saber interpretar la descarga del impulso. Podía situarse con suficiente distancia y objetividad para ver el bosque, no solamente los árboles. Era capaz de interpretar el modelo completo de la actividad nerviosa, un incremento que se concentraba en el cerebro medio o mesencéfalo, alcanzaba rápidamente un crescendo y luego disminuía hasta casi desaparecer por completo. Félix también había advertido el modelo. «Como palomitas de maíz en un microondas -había dicho la última vez-. Comienza lentamente y luego el estallido se produce de golpe y, finalmente, se agota.» Cleaver había considerado la metáfora poco afortunada, pero sabía que el modelo era importante. Es la forma en que sonaría el cerebro si sus ondas se movieran hacia el exterior, hacia el ordenador. Luego, cuando el tiempo se agotaba y él comenzaba a reducir la potencia del ordenador, las ondas retrocedían, de regreso al cerebro. Era como verter agua de un vaso a otro, pensó, aunque sabía perfectamente que no era tan sencillo.

Manipuló los diales hidráulicos para conseguir un corte transversal y luego se concentró en un lado del cerebro inferior. Divisó las estructuras principales: las capas de la circunvolución cingulada, el duro núcleo del tálamo, el hipocampo curvo que se abría hacia fuera como un cuerno de la abundancia, y la glándula pineal central, el órgano más profundo que segrega melatonina para regular los biorritmos, de modo que el hombre primitivo, escondido en su cueva, no perdiese el contacto con la luz del día. Pobre Descartes, buscando el «asiento del alma» lo había encontrado allí; tal vez, pensándolo mejor, no estaba tan equivocado: todos los ordenadores comienzan con un reloj. Finalmente, los diales lo llevaron al último tesoro, unos órganos gemelos, ligeramente oscurecidos y con una forma de almendra perfecta: la amígdala.

Era extraño cómo le latía el corazón. ¿Por qué tengo tanto miedo? ¿De qué tengo miedo?»

Miró el reloj. Ya habían pasado cuatro minutos. Se aproximaban a la zona de seguridad. ¿Qué pasaría si llegaban a los siete minutos?

Miró la amígdala. Era pequeña; si la tuviese en la mano podría aplastarla entre el pulgar y el índice. ¿Por qué pensaba esas cosas? Tenía un aspecto extraño, como si estuviese... ¿qué? Vacía, desolada.

Cuando era más joven, Cleaver había utilizado la numerología para combatir la ansiedad. Podía estarse horas creando fórmulas, recitando raíces cuadradas, enumerando el número pi: tres... coma... uno... cuatro... uno... cinco... ¿Qué viene luego?

-Doctor Cleaver -dijo Félix-, es el momento de volver.

Nueve, creo. U ocho... no, nueve... luego dos... -Tenemos que volver, tenemos que hacerlo.

Y después del dos... ¿qué? Su padre le había parecido tan extraño allí, de pie en medio de la nieve, mirándolo. Pero no había tenido duda alguna: era su padre. Y tenía la mano apoyada en la hebilla del cinturón.

Pasaron cinco minutos. Luego seis.

Era vagamente consciente de que Félix se encontraba a su izquierda, casi rozándolo. Pero se mantuvo firme. La habitación parecía estar girando. Pi... el misterio de un número infinito.

Comenzó a abandonar lentamente su ensoñación. Era extraño cómo los colores y las neuronas que se activaban en la pantalla tenían el mismo aspecto que durante la muerte del anciano, mientras su ánima abandonaba el cuerpo y aparecía ante su esposa por última vez. Sonidos en el interior del tubo, más neuronas que se disparaban, ¿acaso era un ruido sordo?

Siete minutos. Se oyó un chisporroteo y la pantalla se volvió totalmente negra. No de golpe, sino como si estuviese quemándose, primero negra alrededor de la periferia y luego en el medio, dejando sólo un diamante de luz en el centro. El diamante perdió su brillo, se volvió opaco y acabó por extinguirse.

Félix estaba callado, horrorizado. Cleaver se agitó, se sacudió el miedo, y se sintió algo mejor, como si hubiese tenido náuseas y ahora hubieran desaparecido. Su cabeza estaba más clara. El ordenador estaba en silencio, la pantalla vacía. ¿Deberían sacar a Benchloss de allí? ¿Por qué no?, su tiempo se había agotado.

Félix cogió un extremo de la camilla y Cleaver se encargó del otro. No eran necesarias dos personas, pero ambos sentían una gran curiosidad, como cuando uno se siente atraído por un accidente de coche, pasando lentamente junto al arcén, con los ojos fijos en la maleza, todos los sentidos a flor de piel.

Retiraron la camilla y no hallaron nada sorprendente. Allí estaba Benchloss, inmóvil, cualquier signo de animación ausente de su cuerpo hundido. Resultaba difícil decir cuál era la diferencia; al entrar en el tubo metálico estaba prácticamente sin vida y estaba completamente sin vida al salir de él. Pero había una diferencia. Nadie hubiera confundido este montón de carne fría con un hombre enfermo que jugaba a hacerse el muerto.

Estaba muerto.

Y también había algo más: su rostro estaba contraído, paralizado en una mueca, como si hubiese muerto de algo horrible. Como si hubiera muerto asustado.

Cleaver reflexionó sobre ello. Se sintió mal, en cierto modo. Pero lo que le impresionaba, y lo que le preocupaba, era que no se sentía tan mal como pensó que se sentiría. Sobre todo sentía una suerte de levedad y sólo una pizca de vergüenza. Esperaba no haber ido tan lejos como para no ser capaz de mirar a esos pacientes como a seres humanos.

Lo que verdaderamente le impresionaba, y de lo que no podía escapar, era la flecha final de ironía en la aljaba del destino: el paciente que padecía una enfermedad cuyo síntoma principal es creer que está muerto de pronto resucita y luego, finalmente, muere de verdad.

Pobre Benchloss. Y ahora que estaba finalmente, realmente, irreparablemente muerto, a Cleaver le resultaba extraño que por fin fuese capaz de pensar en él como un paciente. No como un sujeto.

Scott había vuelto a trabajar, un encargo de cuatro días sacando fotografías de lugares nocturnos de moda en el Sobo para Brío, una revista que había salido al mercado hacía pocos meses. En circunstancias normales jamás habría aceptado un trabajo así. No respetaba la revista ni a sus editores, y las propias fotografías -bailarines frenéticos pasados de droga en Ecstasy, chicas elegantes esperando en un callejón a que les permitieran la entrada- no significaban ningún desafío especial. Pero tenía que hacer algo. Kate le había convencido de que era necesario para su propio equilibrio emocional. Esas fotos le darían mucho dinero. Y tenía la ventaja añadida de ser un trabajo nocturno, lo que le dejaba los días libres para estar con Tyler en el hospital. En medio, de alguna manera, conseguía dormir unas horas. La última vez que se había mirado al espejo, sus ojos estaban hinchados y tenía bolsas color ceniza debajo de ellos.

Arrastró la cámara hasta el loft y se derrumbó en la cama. Cometa dio unos saltos alrededor y luego comenzó a lamerle la cara. Scott emitió un leve gruñido; tendría que sacarlo de paseo.

La noche anterior el trabajo había sido largo y agotador, porque su mente estaba en otra parte. Había visitado tres clubes, dos de ellos en el distrito de envasado de carne, que se había puesto de moda hacía poco tiempo. Como sucedía a menudo, especialmente cuando llevaba la

vieja Nikon colgada del cuello, las mujeres lo abordaban. La cámara las animaba. En uno de los clubes, Mickey's Roadhouse, una mujer vestida de azul lo había seguido al lavabo de hombres, se había sentado en uno de los lavamanos y se había abierto de piernas. Cuando él se marchó del lavabo, aún podía oír sus insultos.

Había regresado a casa, revelado veinte carretes y luego había llevado las copias a la revista. Todo el día, hasta bien entrada la tarde, los editores estuvieron dudando hasta tomar una decisión. Scott descubrió que le importaba un pimiento.

Pensaba todo el tiempo en Tyler y se preguntaba si llegaría un día en que dejaría de hacerlo. Ya habían pasado cuatro días desde la audiencia y aún no habían tomado una decisión. ¿Por qué tardaban tanto? No se trataba de que la junta necesitara más información. Tal vez ya habían llegado a una resolución; tal vez estaban esperando a que pasara un tiempo razonable para dar la impresión de que había sido una deliberación ardua, como un jurado que llega a su veredicto al cabo de una hora y luego mata el tiempo jugando a las cartas.

Había estado molestando a Kate con llamadas a todas horas. ¿Ella no sabía nada? Kate trataba de mostrarse animada, pero él se daba cuenta de que dudaba de que la decisión le favoreciera. Trataba de administrarle la realidad en pequeñas dosis.

Estaba preocupado por ella. Kate había demostrado un gran valor al hablar en su nombre; había visto la mirada de Saramaggio cuando todos abandonaban la sala. Sabía que algún día le harían pagar de alguna manera que hubiese sido su principal valedora. Otra cosa que le debía. Pero todo eso, todo lo que Kate había hecho por él, incluso el pensamiento fugaz de que se preocupaba por él, más allá de la obvia compasión, quedaba relegado a la periferia de su conciencia. Deseaba que fuese de otra forma. Deseaba, como le había dicho hacía varias semanas, que pudiera ser menos introvertido. Pero no podía evitarlo, no por el momento. Después de lo que le había sucedido a Tyler, no quedaba demasiado espacio para nada más.

Llevó a Cometa a dar un paseo y fueron hasta el río. Le quitó la correa y dejó que correteara por el parque, comprobando que el animal se volvía de vez cuando para ver si él seguía allí. Un juego tan simple. Le sentó bien observar a Cometa durante algunos minutos. Se hizo de noche rápidamente.

Cuando regresó al loft, oyó que sonaba el teléfono, pero quienquiera que estuviese llamando colgó cuando él abría la puerta del apartamento. Luego volvió a sonar; no era una buena señal, eso podía significar que era una llamada importante. Sintió que el corazón se le subía a la garganta y le golpeaba las costillas. Una premonición de malas noticias.

Levantó el auricular pero no dijo nada. Oyó la voz de ella.

-Hola... hola...

-Estoy aquí -fue todo lo que dijo. -Scott, me alegro de encontrarlo en casa.

Hubo una pausa, que su corazón prolongó aún más. -No sé qué decir. He oído, extraoficialmente, que la junta ha tomado una decisión. -Otra pausa, que le confirmó la respuesta-. No... No es la que esperaba. -Luego Kate habló más deprisa, reuniendo valor-. Han decidido seguir adelante con ello. Dicen que Tyler tiene una posibilidad razonable de sobrevivir y por eso quieren hacerlo, no porque se trate de alguna clase de experimento que desean ver cómo acaba. Sé que no es lo que usted quería o lo que yo quería, pero quizá no sea tan malo, al menos si ellos ven alguna esperanza. ¿Lo entiende? Y si aún está en desacuerdo con esta opinión, siempre existe la posibilidad de apelar ante los tribunales. Dé modo que, de hecho, la cuestión aún no ha terminado. ¿Lo entiende?

Pero Scott ya no la escuchaba. Musitó «gracias» y colgó el auricular lentamente, acariciando con la otra mano la cabeza de Cometa.

«Los muy cabrones -pensó-. Esos cabrones insensibles.»

Kate, empapada por la lluvia que caía sobre la ciudad, entró en el montacargas y pulsó el botón del cuarto piso sin dudarlo. Echó un vistazo a la tarjeta que llevaba en la mano. La dirección de Scott estaba impresa en letras mayúsculas, con el diminuto icono de un antiguo

visor Brownie en la esquina inferior izquierda. No sabía qué le diría o qué haría una vez que estuviese allí.

Llamó suavemente a la puerta. Nadie respondió. Cogió el pomo y comprobó que giraba sin resistencia; no se sorprendió, estaba comenzando a tener la extraña sensación de que la guiaban unas fuerzas inexorables, innombrables. Simplemente tenía que entregarse a ellas, y eso, se había dado cuenta, hacía que todo fuese menos complicado. No tenía que pensar tanto.

La puerta se abrió de par en par. Un perro grande la recibió alegremente, golpeando la cola contra el suelo de madera. No había nadie en casa. Le dio unas palmadas al perro, dejó la gabardina sobre el respaldo de una silla y echó un vistazo al enorme loft. Estanterías altas, llenas de libros y objetos, dos bicicletas, bellas pinturas abstractas en las paredes de ladrillo, un montón de fotografías enmarcadas. Se tomó unos minutos para reflexionar: de alguna forma, había adivinado que ese lugar sería así; se sentía bien por haber acertado.

Sobre una mesa baja había un montón de fotografías en blanco y negro. Sintió una punzada en el pecho: todas eran de Tyler. En ese momento se dio cuenta de que nunca lo había visto sin la herida; era un chico muy guapo. Los ojos, los pómulos, la forma de la barbilla eran como los de su padre.

Atravesó el salón y entró en una habitación más pequeña. Apenas tardó unas décimas de segundo en adaptarse a la oscuridad. Se sobresaltó.

¡Scott estaba allí!

Acostado en la cama, junto a un pequeño objeto apoyado en la almohada, un muñeco de peluche. Un koala. Tenía un aspecto horrible.

Scott no se movió, pero sus ojos se desviaron hacia ella. No se sorprendió al verla; apenas parecía registrar su presencia en la habitación. Ella trató de pensar en algo que decir.

-Pensé... pensé que debía venir aquí. No hubo respuesta.

Vio que en el suelo había una botella de whisky medio vacía. Se acercó y se sentó a los pies de la cama. Podía oler el alcohol en su aliento. Pero no parecía estar borracho. Scott se sentó.

-Gracias -dijo en un tono distante-. Me alegro de que haya venido.

Hizo girar las piernas para sentarse en el borde de la cama. Sus muslos casi se rozaban. Él se inclinó, apoyó los codos sobre las rodillas y ocultó la cabeza entre las manos. Cuando habló, su voz había cambiado, era más emotiva.

-No lo esperaba -dijo-. Aunque ahora, volviendo la villa atrás, veo cuán engañado estaba. No había ninguna posibilidad. Nunca hubo ninguna posibilidad. Ellos querían seguir adelante y nada les haría cambiar de opinión. Ella apoyó una mano en su espalda.

-Tal vez tenga razón. Pero no ha terminado. Hay cosas que todavía podemos hacer.

-Los tribunales. ¿Y cuánto tiempo llevará eso? Mientras tanto, Tyler sigue allí, en una cama, más muerto que vivo. -Scott se irguió-. No lo entiendo. ¿Quiénes son ellos para tomar esa decisión? Yo soy su padre, por el amor de Dios.

Comenzó a pasearse por la habitación.

En ese momento, Kate se dio cuenta de que estaban en la habitación de Tyler. ¿Cómo podía haberlo pasado por alto? Los pósters de películas, los patines, un montón de camisetas, el desorden adolescente. Supuso que todo estaría tal como Tyler lo había dejado. Así era siempre en las novelas, y ahora, allí estaban, en la vida real. En la cama, el koala estaba caído de lado, el hombro de piel gastado y con parches, debido a los abrazos de Tyler, imaginó. El chico se volvía cada vez más real.

Scott se estaba alterando.

- ¿Quiere saber qué es lo que más me enfurece? No le expliqué esto en su momento. Lo que realmente me irritó fue cuando ese individuo, el administrador del hospital... ¿cómo se llama?

-Brewster.

-Brewster. Cuando empezó a interrogarme y me preguntó si yo entendía que Tyler no sufría ningún dolor. ¡Ningún dolor! Mi hijo está allí, conectado a esas jodidas máquinas,

sumido en una especie de coma y sufriendo quién sabe qué. Tal vez no haya dolor. Pero tal vez sí. Quizá cada vez que mueve un párpado está sufriendo una horrible pesadilla. Quizá está sufriendo una agonía permanente. O tal vez se siente perdido, solo o abandonado. ¿Quién puede decirlo? Ellos no lo saben. Nadie lo sabe. Ni siquiera yo, y siempre me he sentido tan cerca de él que a veces solía pensar que realmente podía leer su mente.

Scott continuó paseándose por la habitación. Su voz se suavizó.

- ¿Sabe?, cuando era pequeño y le hacía dormir, le contaba una historia. Siempre comenzaba de la misma manera; hablaba de una casa que tenía mil habitaciones. Me acostaba a su lado, justo aquí, y apoyaba la cabeza en la almohada junto a la suya, y juro que miraba profundamente en sus hermosos ojos y podía pensar lo que él estaba pensando, podía sentir lo que él sentía.

Ella asintió sin decir nada.

-Y aunque no sufra ningún dolor, él debería... ellos deberían dejarlo partir. Ya no es Tyler. Puedo verlo. Ellos no quieren verlo.

Hizo una pausa y la miró fijamente.

-Permítame preguntarle algo. Cuando usted me llamó, ¿ellos le dijeron que me lo contase?

-No. Oí que hablaban del asunto. Piensan comunicárselo formalmente mañana.

Scott asintió. Parecía estar maquinando algo, pero apartó ese pensamiento por un momento. En cambio, le hizo una pregunta amable:

- ¿Le gustaría tomar una copa?

Ante su propia sorpresa se oyó contestar que sí. Y añadir luego, «mucho».

Scott cogió la botella por el cuello y abandonó la habitación de Tyler, atravesó el loft y entró en la pequeña y desordenada cocina. Buscó dos vasos sucios en el fregadero y los lavó. Kate se sentó en el sofá del salón y lo observó mientras servía medio vaso para cada uno y se acercaba al sofá. De pie junto a ella, le alcanzó su bebida. Luego se inclinó ligeramente e hizo entrechocar los vasos, un acto realizado de manera distraída.

Kate bebió un largo trago. Sintió que el líquido le quemaba la garganta, luego el pecho y la ola de calor se extendía a los brazos y las piernas. Eso hizo que se sintiera bien.

Scott bebió un trago, dejó el vaso sobre la mesa baja y luego se sentó junto a ella y la miró a los ojos.

-Me pregunto si podría pedirle algo, si podría hacerme un favor. Me pregunto...

- ¿Sí?

- ¿Cree que podría llevarme allí para verlo? - ¿Cuándo?... ¿Ahora?

-Sí, ahora.

Ella miró por la ventana; estaba oscuro. Por las luces de la calle pudo ver que la lluvia había arreciado.

- ¿En este momento? Él asintió.

Kate lo pensó brevemente, pero estaba actuando; desde el instante en que él se lo había preguntado, ella sabía que lo haría.

-Supongo que sí. Pero creo que han anulado mi autorización para acceder a ese pabellón. Oficialmente estoy fuera del caso.

Él pareció aturdido. «Por primera vez -pensó ella-, está pensando en lo que todo esto significa para mí.» -No lo sabía. Lo siento.

-Oh, no importa -mintió ella.

Scott dejó su vaso donde estaba pero ella acabó su bebida de un trago. Luego ambos salieron en busca de un taxi.

El hospital estaba en silencio y pudieron pasar delante de la sala de enfermeras sin que los viesen. Pero cuando se encontraban a medio camino del corredor, una voz resonó a sus espaldas.

-Eh, ustedes, ¿adónde van?

Era la enfermera de guardia y su tono de vieja gruñona anticipaba problemas. Ambos se volvieron y regresaron al mostrador de la entrada con sus ordenadores, tablillas con sujetapapeles y demás parafernalia. El agua había dejado de chorrear de sus ropas, pero ambos tenían aún los zapatos empapados.

Cuando vio a Kate, la actitud de la enfermera cambió por completo.

-Oh, doctora Willet.

Kate se relajó exteriormente. Pero su mente volaba: ¿qué pasaría si habían cambiado el código de acceso y su tarjeta de identificación ya no podía abrir la puerta del pabellón donde se encontraba Tyler? En ese caso, no podrían llegar a la sala de observación para mirarlo a través de la pared de cristal, por no hablar de la segunda cerradura que impedía el paso a la cámara interna donde estaban el ordenador y el resto del equipo médico. Si no podían pasar, ¿cómo podría regresar allí y abrirse camino a través de la puerta cerrada con el código de seguridad? Scott no tenía aspecto de poder soportar que le negasen la posibilidad de ver a su hijo.

-No hay ningún problema. Sólo hemos venido a... hacer una visita. -Kate sonrió-. Fuera del horario habitual -añadió innecesariamente.

-Entiendo. -La expresión de la enfermera sugería que no. La mujer dudó durante unos segundos-. Bueno, pero él tiene que firmar, sea o no el padre del chico.

Scott se acercó al registro con una ira apenas reprimida y garabateó su firma. La enfermera insistió en que anotase también la hora. Kate no quería que tuviese un altercado con ella, eso lo echaría todo a perder. Scott tenía un aspecto terrible. Había insistido en entrar en un bar que se encontraba a un par de manzanas, un tugurio con suelo de linóleo y hombres en camiseta que parecía que viviesen allí. El barman lo conocía. Otra ronda de tragos rápidos. No era una parada casual; él había insistido, y en su insistencia había habido dureza, casi desesperación. Ella se preguntó: ¿estaba tratando de reunir valor para ver a Tyler?

En cuanto a Kate, hacía tiempo que no se sentía tan insegura. Al abandonar el bar notó que las rayas del linóleo parecían moverse formando ondas. Y cuando entraron en el ascensor del hospital, ella había vacilado antes de pulsar el botón, quedándose momentáneamente en blanco mientras trataba de recordar la planta a la que iban.

"Ahora la enfermera la miraba con el oprobio bailando en sus ojos.

Ambos se dieron la vuelta y Kate sintió la mirada de la enfermera que la seguía como un carámbano que goteara en su espalda. Se le erizó el vello de la nuca. Las pisadas eran tan sonoras que provocaban eco en el corredor vacío y, mientras avanzaban hacia el otro extremo, su extensión se hacía interminable y las paredes verde pastel con un friso blanco de madera parecían estrecharse, cerrándose desde ambos lados. Tardaron una eternidad en llegar al otro extremo. Kate no se atrevió a volver la vista.

Abrió su bolso y sacó la tarjeta de identificación. Tenía el pelo húmedo, pero lo sentía caliente y pegajoso en la frente y las sienes. La blusa también estaba húmeda alrededor de los hombros y tembló ligeramente, aunque no sabía si era de frío o de calor. Tenía un nudo en el estómago y, de pronto, sintió náuseas. Por un momento se preguntó si sería capaz de volverse hacia Scott y decirle que no creía que ésa fuese una buena idea después de todo. ¿No podrían regresar a ese bar, beber otra copa y hablar? Lo miró por el rabillo del ojo. Scott estaba a su lado, inclinado hacia delante, expectante, esperando con calma. No aceptaría una negativa.

Su mano tembló ligeramente al pasar el borde de la tarjeta por la ranura, conteniendo el aliento.

Clic. La cerradura se desactivó.

Kate respiró profundamente, sintió una oleada de alivio, y buscó el pomo de la puerta. Pero Scott se había anticipado, abriendo la pesada puerta con decisión. Estaba dentro de la sala de observación antes de que ella pudiera darse cuenta y tuvo que apresurarse antes de que la puerta volviese a cerrarse automáticamente.

Scott se encontraba junto al cristal, apoyado con ambas manos por encima de la cabeza,

mirando a través de la superficie transparente. Su cuerpo estaba tenso, como si una corriente eléctrica le atravesara la columna vertebral. Tyler estaba dentro, detrás del cristal, suspendido boca abajo en la montura de la cama, sujeto con correas y rodeado de tubos y cables. Kate observó su rostro, que parecía rígido, fijo, mientras colgaba en el espacio, esculpido como si fuese un mascaron de proa.

Algo le llamó la atención. Había algo que no estaba bien.

¿Acaso los sonidos de las máquinas eran ligeramente diferentes, más silenciosos? ¿O había algo en las luces que atravesaban la ventana redonda del monitor, una línea ondulada donde debía haber picos y valles serrados? ¿O era algo en el propio Tyler, un color gris en sus facciones, una inmovilidad?

-Dios mío -dijo Scott en voz baja.

Él también lo había advertido. Comenzó a golpear el cristal.

Kate dejó escapar un gemido. -Mire -dijo-. Mire las máquinas.

Scott se volvió, mirando frenéticamente a su alrededor, luego otra vez a ella. Kate señaló el ordenador en la habitación contigua. Allí, los signos vitales estaban en todas partes, líneas que latían a través de las pantallas con vigor e intensidad, luces que parpadeaban, señales rítmicas y definidas.

Ninguno de los dos entendía lo que estaba pasando. Los monitores colocados a la izquierda, conectados directamente al cuerpo de Tyler, apenas mostraban señales de actividad. Las líneas que controlaban su corazón, su cerebro, su respiración, su temperatura corporal... casi no se movían. El electroencefalograma era plano. No obstante, los monitores en la habitación de la derecha, conectados al ordenador, estaban totalmente activos.

- ¿Qué está pasando aquí? -Preguntó Scott-. ¿Qué ha ocurrido? Algo no marcha bien. Mire.

-Y allí -dijo Kate con voz aguda y nerviosa.

Señaló y Scott se giró para ver lo que ella estaba mirando.

El monitor principal, el artilugio que revelaba cuál de los dos, paciente u ordenador, estaba a cargo de las señales que ordenaban al cuerpo que funcionara, tenía su aguja señalando muy claro hacia el uno. No al cero, sino al uno.

-Eso significa que el ordenador está registrando actividad antes que Tyler -dijo ella.

-O sea, que el ordenador es el que manda.

Scott se quedó callado un momento y luego habló rápidamente.

-Y cuando usted ha entrado aquí, él no ha notado nada. Las máquinas no se han alterado. Dígame, ¿lleva el mismo perfume?

-Sí, sí, el mismo de siempre.

Kate buscó dentro de su bolso, sacó el pequeño frasco y le quitó la tapa. Roció su brazo con unas gotas. El aroma les llegó de inmediato a las papilas olfativas. Observaron atentamente los monitores.

Ninguna respuesta. La aguja no se movió.

Kate buscó un pañuelo en el bolso, vació el contenido del frasco en la tela blanca hasta que quedó totalmente impregnada. Guardó el frasco vacío en el bolso y sostuvo el pañuelo extendido en el aire. El olor era irresistible. Ambos miraron a través del cristal. Nada, ninguna respuesta.

Je m'en souviens.

O sea que Tyler no podía recordar nada. Ni siquiera su yo primordial, su segundo cerebro primitivo, justo por encima del tronco cerebral, donde se suponía que la sensación olfativa se disparaba como una bala.

-Se ha ido. Para siempre -dijo Scott con voz quebrada. Kate se preguntó si debía hablar. Porque era peor que eso. Algunas palabras regresaron para acosarla: «Expansión en el adyacente posible».

Decidió que debía contárselo a Scott. Le debía la verdad, ahora más que nunca.

-No, no se ha ido completamente -dijo por fin-. Su cerebro no está operativo. Cualquier cosa que haya estado ahí, esa parte de la mente que regulaba sus funciones corporales, se ha ido allí. -Señaló las máquinas en la habitación de la derecha-. Ha pasado al ordenador.

Scott golpeó el cristal con la frente y permaneció en esa posición durante varios segundos, inmóvil, con los ojos fijos en Tyler. Su hijo no estaba totalmente pálido; estaba recibiendo sangre. Pero en él había una ausencia de vida que resultaba evidente ahora que Scott sabía dónde buscarla. Sus pestañas estaban inmóviles, no había ningún leve tic que él había llegado a reconocer en las últimas semanas y al que se había aferrado como presagio de esperanza. El rostro de Tyler era ahora una especie de máscara de cera.

No le resultaba fácil traducir sus pensamientos en palabras.

De modo que se trataba de eso. El cuerpo de su hijo era un caparazón vacío que seguía funcionando gracias a los tubos y los cables. Su mente estaba ausente. Lo que hubiera habido en su interior y que lo había convertido en un ser único, en ese ser humano especial y adorable llamado Tyler, había viajado a través de esos cables hasta quedar cautivo dentro del ordenador.

El ordenador era más su hijo que el caparazón inerte que tenía delante de sus ojos. El ordenador lo había secuestrado.

Finalmente lo habían hecho. Finalmente habían hecho algo peor que matarlo.

Sintió ganas de gritar. Y gritó.

Juan Montoya, el guardia de seguridad, recibió la alarma poco después de medianoche. Incluso antes de que la enfermera lo llamase, al borde de la histeria, él había visto que había problemas a través del monitor de video. Había un hombre en la tercera planta, su figura se percibía en movimientos extrañamente rápidos a través de la pantalla en blanco y negro. Y cuando Montoya activó el sonido, oyó gritos, la voz de un hombre, baja y furiosa y, al fondo, una mujer que gritaba: « ¡No, no, no lo haga!».

Entonces llegó la llamada. La enfermera Beadham, su voz teñida de un insólito temor:

- ¡Venga enseguida! Es el padre de ese chico que está en el pabellón de aislamiento. Se ha vuelto loco. Montoya se permitió un momento de confusión. - ¿Pabellón de aislamiento?

-El paciente de Saramaggio. El que es un vegetal. De todos modos eso ahora no tiene importancia, suba aquí ahora mismo, maldita sea.

La enfermera se interrumpió, horrorizada.

-Dios mío, ahora viene hacia aquí. No. Está entrando en una habitación. ¿Qué hace?

Montoya seguía con la vista fija en el monitor. El hombre había salido del campo de visión de la cámara. Miró otra pantalla pero no vio nada.

Unos segundos después la enfermera Beadham contestó su propia pregunta:

-Ahora vuelve a salir. Tiene una silla. ¿Qué está haciendo con ella?

En el monitor, Montoya veía claramente lo que estaba haciendo con la silla. El guardia contempló en una especie de congelada fascinación cómo la figura levantaba la silla metálica por encima de su cabeza y luego, reuniendo todas sus fuerzas, la descargaba contra el cristal de la sala de observación. Al fondo se oía la voz de una mujer que le rogaba que no lo hiciera. Hubo un ruido sordo. El cristal se sacudió ligeramente pero no se rompió. Montoya vio que el hombre volvía a levantar la silla. Realmente parecía que se hubiese vuelto loco.

-Voy hacia allá -dijo en el auricular.

-Más le vale -gritó la enfermera Beadham.

Una poderosa y muda amenaza se ocultaba en sus palabras.

«Tan pronto como lleguen los refuerzos», se dijo Montoya. No era tonto: había pulsado el botón de alarma, conectada directamente con la comisaría que se encontraba a ocho manzanas de distancia, incluso antes de recibir la llamada de la enfermera. El teléfono volvió a sonar. Esta vez era la policía y les dijo que acudieran lo antes posible. Mientras esperaba a

que llegasen, fue a su taquilla y buscó su porra, que se encontraba debajo de una pila de periódicos viejos. Llevaba cuatro años en ese trabajo y jamás había tenido que utilizarla. La cogió y se dio un golpe en la mano izquierda. Era más pesada de lo que parecía, sostenida por el extremo superior. «Este chisme podría hacer mucho daño», pensó.

Cinco minutos más tarde, dos agentes de policía, un hombre y una mujer, entraron en la sala de urgencias. - ¿Qué ocurre? -preguntó el policía.

Montoya les contó lo poco que sabía y señaló el monitor, donde la figura seguía golpeando el cristal. Los policías miraron la pantalla, casi paralizados, luego la mujer dijo: «Vamos». Los tres corrieron hacia los ascensores. Montoya pulsó el botón y esperaron en un nervioso silencio durante lo que pareció una eternidad hasta que llegó el ascensor.

No tardaron mucho en reducir al hombre. Tal vez ya estaba cansado de tanto golpear el cristal con la silla, que estaba en suelo, volcada de lado. El grueso cristal había resistido. Detrás, una aparición que descompuso a Montoya: un chico cubierto de vendajes estaba suspendido boca abajo y sujeto con correas.

La puerta que normalmente se abría con una tarjeta de identificación había sido abierta de una patada. Así era como el hombre había podido salir al corredor, coger la silla y volver a la habitación, imaginó Montoya. Debía de tener una buena razón para querer hacer pedazos ese cristal.

-Tranquilo, tranquilo, amigo -dijo el policía, mientras sujetaba a Scott contra el suelo, apoyando una rodilla, no demasiado amablemente, entre sus hombros.

-Agente -intervino Kate-. Por favor, no le haga daño. Es el padre del chico.

El policía miró a su compañera y ésta señaló hacia el cristal. Lentamente, la comprensión se hizo visible en el rostro del policía, que volvió a mirar ese horrible cuadro con el muchacho suspendido boca abajo y alivió la presión de su rodilla en la espalda de Scott.

- ¿Piensa comportarse? -preguntó, 'casi retóricamente. Parecía que eso era lo que debía decir, teniendo en cuenta las circunstancias. En realidad, no esperaba ninguna respuesta y no la obtuvo.

- ¿Por qué está el chico en esa posición, boca abajo? Kate se colocó delante de él, junto a Scott.

-Es para impedir que se le formen llagas. - ¿Qué le pasa?

-Tuvo un accidente -contestó ella, sin querer entrar en detalles.

- ¿Y él es el padre? -preguntó el policía, demostrando no ser demasiado listo.

-Sí.

- ¿Y qué hace aquí a estas horas de la noche? ¿Y cómo llegó la silla hasta aquí?

-Estaba tratando de romper el cristal -dijo la enfermera Beadham, quien había abandonado la sala de guardia para reunirse con ellos, pareciendo más entrometida que de costumbre-. Sólo Dios sabe lo que habría hecho si lo hubiera conseguido. -Parecía percibir que las simpatías de los policías se inclinaban del lado de Scott.

- ¿Y usted quién es? -preguntó la mujer policía, dirigiéndose a Kate.

-Soy médico. La doctora Willet. He estado llevando este caso.

-Ajá. Bien, ¿qué piensa usted? Imagino que ha presenciado todo lo que ha pasado aquí.

-No sólo lo ha presenciado. Ella lo ayudó a entrar -intervino la enfermera Beadham.

-Por favor, no estoy hablando con usted. Estoy hablando con la doctora Willet.

Kate pensó deprisa. ¿Qué podía aliviar la situación? -Su padre, su nombre es Scott, acababa de recibir malas noticias acerca del pronóstico de su hijo. Estaba trastornado, lo que resulta comprensible. Y quería venir y... verlo, quizá por última vez, supongo. Y la situación se nos fue de las manos...

- ¿Y usted lo ayudó, es eso correcto? -Preguntó la mujer policía-. Tengo entendido que se necesita una tarjeta especial para entrar en esta habitación. ¿Es así como entraron usted y él? ¿Con su tarjeta?

Señaló la tarjeta que colgaba sobre el pecho de Kate. En ese momento, Scott comenzó a

debatirse en el suelo y gritó:

-Quíteme las manos de encima, joder. -Eh, cálmese, amigo -dijo el policía. - ¡Cuidado! -gritó la mujer.

Scott había levantado una pierna y, arqueando la espalda, había enganchado un tobillo alrededor del hombro del policía. Con un movimiento rápido, el agente salió despedido hacia atrás y cayó pesadamente al suelo. Se levantó de un salto, furioso y con el rostro encendido, mientras su compañera saltaba sobre Scott y volvía a inmovilizarlo apoyando con fuerza la porra contra la tráquea.

-Cálmese -dijo Kate-. Le está haciendo daño.

-Eh, mierda -exclamó la mujer policía, inclinándose sobre el rostro de Scott e inhalando profundamente-. Este tipo apesta a alcohol. Está como una cuba.

El otro policía apartó la porra de su compañera, cogió a Scott por el cuello del abrigo y lo obligó a levantarse. Luego cogió su porra y lo empujó apoyándola en sus costillas.

-Veamos cómo camina. Quiero verlo caminar en línea recta.

Scott se negó. Miró al policía y sacudió la cabeza. -Parece que tenemos aquí a un individuo que no quiere cooperar con la ley -dijo el policía.

-Espere un minuto -pidió Kate, colocándose entre ambos-. Tranquilicémonos todos un momento.

-Quien tiene que tranquilizarse es él. Me golpeó. Eso es un delito. Voy a arrastrar su culo hasta la comisaría. -Pero tiene que haber algún modo de solucionar esto. Este hombre está aturdido. Está desesperado por la vida de su hijo. Tengan compasión.

-Señora, acaba de agredir a un agente de la ley. En lo que a mí concierne, eso acaba con cualquier compasión que pueda tenerle.

El policía hizo girar a Scott, juntó sus brazos detrás de la espalda y le colocó un par de esposas.

- ¿De qué lo acusarán? -preguntó la enfermera Beadham, no sin una nota de excitación en la voz.

-Se me ocurren muchas cosas. Ebriedad y conducta escandalosa. Agresión a un agente de policía. Ya lo veremos cuando lleguemos a la comisaría.

-Les acompañaré -dijo Kate. -De eso nada, señora. -Bueno... ¿dónde está la comisaría?

-Señora, puede averiguarlo por su cuenta.

Los policías se marcharon. Scott iba entre ambos, mirando al suelo, y cada uno apoyaba una mano sobre sus hombros.

-Venga conmigo, doctora -dijo Montoya suavemente-. Tengo la dirección abajo.

Kate lo acompañó, después de volverse para echar una última mirada a Tyler, detrás del cristal. Allí seguía, exactamente igual, perdido en otro mundo y oculto en su capullo médico, envuelto como una mosca en la tela de una araña.

Cuando Kate estaba a punto de abandonar la oficina del guardia de seguridad, una sombra se recortó delante de ella, interceptándole la salida. Instintivamente, dio un paso atrás. Era Saramaggio.

La miraba con los ojos brillantes y tenía el rostro rojo e hinchado.

-Acompáñeme a mi despacho -le ordenó-. Ahora mismo.

-No puedo. Debo ir a la comisaría. - ¿La comisaría? ¿Por qué?

-Han arrestado a Scott Jessup.

-Vi cómo se lo llevaban. Lo tiene merecido.

-No, él no ha hecho nada malo. No deberían haberlo arrestado.

-Eso no es lo que yo he oído.

Saramaggio se volvió hacia el guardia de seguridad. -Usted, ¿cómo se llama?

Montoya, señor.

-Muy bien, Montoya. Usted acompañará a la doctora Willet a mi despacho.

Dicho aquello, Saramaggio giró sobre sus talones y se marchó. Montoya la miró con

expresión suplicante y ella asintió. El guardia comprobó en el listín el número del despacho y salió de la oficina seguido de Kate, pero, una vez en la planta correspondiente, se detuvo, dubitativo. Ella le mostró cuál era el despacho de Saramaggio y Montoya abrió la puerta con una llave maestra. La habitación estaba vacía. Montoya señaló una silla y Kate se sentó, sin saber muy bien si el guardia estaba comportándose como un caballero o la mantenía como rehén. Aguardaron unos diez minutos a que llegara Saramaggio; aparentemente había estado en el pabellón de aislamiento, comprobando si se había producido algún daño. Kate supuso que había sido muy cuidadoso y se había tomado su tiempo para hacer su reconocimiento.

Entró en el despacho y le indicó a Montoya que se marchara. Luego se sentó detrás del escritorio y dejó escapar un suspiro de cansancio. Llevaba un suéter verde, pantalones caqui y zapatos Timberland. A Kate le impresionó porque nunca lo había visto vestido de manera informal. Estaba despeinado e incluso su barba moteada parecía descuidada. El efecto general era inquietante; tenía el aspecto de un hombre de negocios en una convención que acababa de regresar de una noche en la ciudad. Era evidente que se encontraba en algún lugar de la ciudad y que lo habían sacado de la cama; probablemente, la enfermera Beadham.

Saramaggio se aclaró la garganta ruidosamente y la miró como un profesor a un alumno díscolo.

Un pensamiento cruzó por su cabeza. Él estaba disfrutando de aquello. Se estaba regodeando en su poder. Decidió no mostrar ni una pizca de incomodidad. Otro pensamiento apareció en su conciencia, pero lo ignoró... por el momento.

-Supongo que sabe... -comenzó a decir lentamente, midiendo sus palabras como si fuesen cucharadas de aceite de ricino- o al menos espero que sepa, no puedo imaginar que sea de otro modo, que lo que ha hecho aquí esta noche es muy grave, sin precedentes. Es, en una palabra, simplemente escandaloso.

«Eso son dos palabras», pensó ella. Lo miró, esperando, y puso una expresión expectante, como si simplemente sintiera curiosidad por lo que él iba a decir a continuación. Pero a él no le importó en absoluto. Kate volvió a jugar con su pensamiento privado.

-Procediendo en contra de todas las instrucciones, aprovechando la oscuridad, invadiendo el hospital a una hora intempestiva...

Hace que parezca una saboteadora de la segunda guerra mundial, pensó Kate, trayendo con usted a un individuo no autorizado...

Un individuo no autorizado. Es el padre del chico, por el amor de Dios.-... y quién sabe lo que tenía usted en mente, cuál era su objetivo...Objetivo... Otra vez la jerga bélica.

Saramaggio se interrumpió, cruzó las manos sobre el escritorio y fijó la vista en un punto por encima de la cabeza de Kate.

-También podría preguntárselo abiertamente, y le aconsejo que lo piense muy bien antes de responder. ¿Planeaba usted o no, con ayuda del padre del paciente, quitarle la asistencia mecánica?

Kate dio un salto en su silla.

- ¡Cómo! Por supuesto que no. Es la cosa más absurda que he oído en mi vida.

-Bueno, eso es lo que parece desde aquí. El padre quería desconectarlo. Usted, habiendo prescindido de cualquier atisbo de profesionalidad, se puso de su parte y decidió ayudarlo. Sabe muy bien que ha cuestionado cada paso del camino. Testificó contra nosotros ante la junta. Y cuando fue derrotada honrada y abiertamente, cuando la decisión fue contra sus intereses, decidió ignorarla. Usted decidió, de manera unilateral, no hacer caso de los descubrimientos de sus colegas, sus superiores, y entonces resolvió conseguir su objetivo a través de medios ilegítimos. Ese objetivo, pura y simplemente, era obstruir nuestro importante trabajo de investigación y nuestros intentos por devolver a ese pobre chico a un estado de salud y funcionamiento normales. Doctora Willet, ¿comprende usted la gravedad de la situación?

Saramaggio se apoyó en el respaldo, las manos entrelazadas detrás de la cabeza, como un fiscal satisfecho de su alegato.

Librodot

Pero estaba claro que aún tenía otros recursos, un último as oculto en la manga. Estaba tomándose su tiempo para descargar el golpe de gracia. Estaba preparándose -y su boca ya había comenzado a formar las palabras- para abrir fuego contra ella.

Pero no llegó a hacerlo. En ese preciso momento, Kate decidió liberar el pensamiento que se había instalado en su cabeza y tomar el mando. Le clavó su mirada más dura y penetrante y dijo:

-Doctor Saramaggio, me alegro de que esté sentado. Porque hay algo que usted debería saber. Me sorprende que aún no lo sepa, después de la visita que ha hecho al pabellón de aislamiento.

De hecho, estaba más que sorprendida. Estaba horrorizada. Muy típico de él, pensó, que comprobase los daños en el cristal, la silla y todo lo demás, antes de comprobar el estado del paciente.

Saramaggio parecía disgustado, un tanto desconcertado. Sus manos se descruzaron y volvieron a su posición de descanso sobre el escritorio.

- ¿De qué demonios está hablando?

-Estoy hablando del hecho de que la operación haya salido mal. El chico, Tyler, ya no está en coma; está sumido en un estado incluso más profundo que un coma. No muestra ningún signo de vida. No está funcionando por sus propios medios; no está haciendo nada. El ordenador lo está haciendo todo por él.

- ¡Qué! ¡Eso es imposible!

-No, no lo es. Ha sucedido. El ordenador se ha hecho con el control total del cerebro. De ese muchacho sólo queda un cuerpo inerte. Por eso su padre sufrió ese ataque de furia.

-No la creo.

-Pues vaya a verlo con sus propios ojos. -Eso es exactamente lo que pienso hacer.

-Y si comprueba que estoy en lo cierto, sólo hay un curso de acción posible.

Pero Saramaggio, sin decir una sola palabra más, ya se había levantado de su sillón y estaba saliendo por la puerta, dejando a Kate sentada ante un escritorio vacío. «Bien-pensó ella-, no hay razón que me retenga aquí.»

Abandonó el despacho de Saramaggio. Ningún guardia de seguridad a la vista. Decidió dejar su gabardina donde estaba, en la tercera planta, para no encontrarse con la insufrible enfermera o su Malévola Majestad, cogió un ascensor hasta la planta baja y salió del edificio bajo la lluvia.

No había taxis en las calles, de modo que tuvo que recorrer andando las ocho manzanas que la separaban de la comisaría de policía.

La mano de Saramaggio temblaba mientras marcaba el número. Oyó que el teléfono sonaba, dos, tres, cuatro veces. Pensó que podía oír los latidos de su corazón en la línea, una especie de tintineo en sus oídos. La tormenta de sus propios pensamientos, quizá.

Pero ¿cómo... cómo era posible?

El gran experimento se había ido al garete. El paciente estaba inmóvil, tal como ella había dicho; el chico estaba en algo mucho peor que un estado vegetativo. El electroencefalograma era plano, no había actividad cerebral. No estaba vivo, ni tampoco muerto. El ordenador se había hecho cargo de todo, de todas sus funciones autónomas. Saramaggio jamás había visto algo semejante.

-Maldita sea, ¿por qué no coge el jodido teléfono? Finalmente, cuando sonó por novena vez, se oyó el ruido del auricular levantado, ruidos 'y gruñidos de fondo, y luego la voz adormilada de Cleaver:

-Hola.

Saramaggio no perdió tiempo en formalidades. -Venga ahora mismo. Le necesito, por favor. Algo ha salido mal.

Hubo una pausa momentánea mientras Cleaver conseguía discernir quién llamaba y lo que quería. Se despejó rápidamente. No se le había escapado el hecho de que Saramaggio

había utilizado la expresión «por favor». Eso era muy raro en él.

- ¿Dónde está? ¿Qué es lo que ha salido mal?

-No lo sé. Si lo supiera no lo estaría llamando, ¿no cree?

Las palabras trataban de transmitir una nota de sarcasmo, pero no podían ocultar un matiz de debilidad, que Cleaver detectó de inmediato. Estaba ocurriendo algo grave, y cuanto más lo pensaba Cleaver, mayor nerviosismo sentía.

-Bien... dígame qué ha pasado.

-Estoy en el hospital. Algo ha salido mal con el chico. No responde. Los monitores no muestran absolutamente ninguna actividad.

- ¿Está muerto, entonces?

-No, en realidad no lo está. Es dificil decirlo.

-Pero ¿respira? ¿Su corazón late? ¿Funcionan sus pulmones?

-En cierto modo, pero no lo hace él. - ¿Qué quiere decir? Explíquese.

-El monitor principal está en uno. El ordenador se encarga de realizar todas las funciones. Es casi bueno, no sé de qué otra forma decirlo. -Adelante.

-Es casi como si su mente... -¿Como si su mente qué? Cleaver comenzó a maldecir.

-Como si su mente se hubiese ido, desaparecido.

-¿Desaparecido?

-Como si hubiese sido absorbida por los cables y llevada a las máquinas.

-Iré enseguida.

Saramaggio no tenía modo de saberlo, pero su especial manera de expresar lo que había sucedido había pulsado un resorte profundo e impensado en Cleaver, quien saltó de la cama y se vistió sin quitarse el pijama. Nunca se había movido tan deprisa en toda su vida. Eso es lo que sucede cuando escuchas algo que podría significar que el sueño de tu vida está a punto de hacerse realidad.

Cleaver llegó al hospital al cabo de media hora, a pesar de la lluvia. Atravesó el vestíbulo casi desierto, saludando con la cabeza a la recepcionista, que estaba medio dormida, y trató de caminar sin prisa, como si nada hubiera sucedido. Cogió el ascensor hasta la tercera planta, donde encontró a Saramaggio paseando arriba y abajo con una expresión afligida en el rostro.

Desde el instante en que Cleaver lo vio y observó sus hombros hundidos, las arrugas de preocupación que surcaban su frente, su estúpida barba moteada, supo que Saramaggio estaba asustado.

«Bueno, bueno, el gran Saramaggio. Es en momentos como éste cuando se pone a prueba nuestro temple. Y estoy empezando a preguntarme si tienes lo que hay que tener.»

El cirujano fue a su encuentro con una expresión medio aliviada, medio ansiosa en el rostro que intentaba disimular.

-Me alegra que esté aquí. ¿Por qué ha tardado tanto? No he tocado nada. No les he dicho a las enfermeras que hay algo que no está bien, pero creo que aquella de allí, la corpulenta, no se vuelva, está mirando hacia aquí, sospecha algo.

Saramaggio condujo a Cleaver por el corredor sin dejar""de hablar. Le explicó que el padre de Tyler había llegado al pabellón acompañado de la doctora Willet y que había descubierto que las máquinas...

- ¡Esa mujer! ¿Qué estaba haciendo aquí? Pensé que se le había negado la autorización.

-Bueno, así era. Pero no entró realmente en el pabellón. Quiero decir, no en la habitación interior. Se quedó en la sala de observación.

-No me importa. Esa mujer no debería haber estado aquí.

-Lo sé. Se suponía que debían haber cambiado el código de acceso. Imagino que no lo hicieron.

-Usted sabe muy bien lo que eso significa. Tiene que ser suspendida o, mejor aún, despedida.

Saramaggio le explicó el incidente con la silla. - ¡Bien, pues ahí lo tiene! -Exclamó Cleaver-. Seguramente dañaron el equipo, alteraron el proceso de alguna manera. Eso explicaría el deterioro del paciente.

-No lo creo -repuso Saramaggio-. Ella dijo que descubrieron el problema antes; que fue entonces cuando el padre del muchacho se puso furioso y comenzó a golpear el cristal con la silla.

- ¿Y qué podía decir? Es una forma perfecta de encubrir sus huellas y culpar a otros.

-No lo sé...

Llegaron al pabellón. Cleaver sacó su tarjeta de identificación y la pasó por la ranura que había en la pared; la puerta se abrió y ambos entraron. Los ojos de Cleaver se movieron rápidamente de las máquinas a Tyler y nuevamente a las máquinas; tomó nota mentalmente de todo: el monitor principal, la fila de monitores junto al ordenador, las líneas prácticamente planas en las pantallas. El chico estaba suspendido boca abajo en el aire con su bata blanca y los brazos sujetos a los costados. Parecía un ángel detenido en mitad de su vuelo.

Cleaver sentía el corazón latiéndole furiosamente en el pecho y tenía los nervios a flor de piel. Era evidente que el estado del muchacho había cambiado drásticamente. Saramaggio rompió el silencio. - ¿Y bien, qué opina? -preguntó.

Cleaver lo ignoró durante varios minutos, caminando lentamente detrás del cristal de observación. Luego utilizó su pase para abrir la puerta interna y pulsó el botón que hacía girar la cama. La estructura exterior rotó como un enorme giroscopio hasta que la cama quedó mirando hacia el techo y Tyler descansó sobre la espalda. Las correas ya no tiraban de él y las sábanas y las mantas volvieron a cubrirlo. Una de las muñecas estaba doblada hacia atrás, trabada en una extraña postura que acentuaba aún más su absoluta indefensión. El efecto era el de alguien que había sido golpeado y muerto, como un cadáver encontrado en un campo de batalla. Y, sin embargo, al examinarlo más atentamente, se apreciaba una leve diferencia. Cleaver fue capaz de detectarla de inmediato: el cuerpo estaba flácido, no rígido. El tono de la piel era céreo, pero aún presentaba diminutas manchas rojas. Boca arriba en la cama, el chico parecía estar sumido en un profundo sueño. Después de una rápida observación, no había ninguna razón para dudarlo: era una persona cuya mente había huido de su cuerpo pero que no estaba técnicamente muerta. Un recipiente vacío que aún era fuerte por fuera y capaz de ser llenado de nuevo... con sólo localizar el precioso elixir de la vida.

Cleaver se lavó las manos, las secó y tocó la frente de Tyler. El chico no se movió. Le pellizcó el brazo y su dedo dejó un círculo blanco que se desvaneció rápidamente, otro signo de normalidad. Palmeó sus mejillas, le abrió un ojo y estudió la pupila y el borde blanco y sintió el lento y regular ritmo cardíaco en el cuello. Le abrió la boca y examinó la lengua. Su temperatura era perfecta: 36,6 °C.

Sonrió ligeramente al recordar un viejo chiste: la operación fue un éxito, excepto que el paciente no murió. Apartó las manos, volvió a lavárselas por hábito, y se reunió con Saramaggio, que lo estaba esperando en la antecámara de observación.

Vayamos a algún lugar donde podamos hablar -dijo-. Evidentemente nos encontramos ante algo muy serio. Ojalá me hubiese llamado antes,

-Pero acabo de llegar -protestó Saramaggio-. Lo he descubierto hace unos minutos.

-Unas medidas de seguridad adecuadas podrían haber evitado todo este problema.

Cleaver no creía lo que acababa de decir, sólo se lo estaba pasando bien siendo cruel con Saramaggio.

La espaciosa sala de la planta quince estaba oscura y, ante la insistencia de Cleaver, no encendieron las luces. No había querido que fuesen al despacho de Saramaggio porque era pequeño y no tenía ventanas; no era el escenario más adecuado para la gran propuesta que estaba meditando. Y, al mismo tiempo, sentía una extraña necesidad de estar a oscuras, no porque temiese que sus emociones pudiesen leerse en su rostro, sino porque ese ambiente se

Librodot

adaptaba a su estado de ánimo.

«Dios mío, qué impresionantes son las luces sobre el río -pensó-. Como diamantes extendidos sobre una manta de terciopelo. Nada como un poco de emoción para liberar nuestra naturaleza poética.»

- ¿Qué cree que debería hacer usted? -le preguntó a Saramaggio, enfatizando el «usted».

La pregunta era falsa. Cleaver estaba disfrutando plenamente del momento. Quería hacer sudar a su rival. Quería que estuviese colgado y meciéndose en el viento, como lo había descrito aquella maravillosa metáfora del Watergate.

Saramaggio dudó.

-Bueno -empezó a decir finalmente, su voz no demasiado segura-. Tenemos que tomar medidas. Debemos desconectarlo y acabar con todo el experimento. Me estaba preguntando cómo hacerlo, qué decir.

- ¿Se refiere a qué decirle a la junta? -Sí.

-Bien, veo que eso supone un problema para usted. Especialmente teniendo en cuenta que estaba tan absolutamente seguro de que el chico se conservaría en buena forma hasta que se iniciara el proceso de implantación de las células madre.

Saramaggio no dijo nada.

-Especialmente teniendo en cuenta que usted rechazó la exigencia del padre de desconectar a su hijo de toda asistencia mecánica.

-Yo no la rechacé. Lo hizo la junta.

-Sí, bueno, pero usted mostró su oposición durante la vista, y yo diría que con bastante elocuencia.

-Yo no vi que usted dijera nada al respecto.

-No, en eso tiene razón. Era un caballo que debía guiar usted. No quería entrometerme.

-Me habría gustado que lo hiciera.

-A mí también -contestó Cleaver-. De ese modo ahora podría cargar con parte de la culpa.

Saramaggio se agitó en su sillón. Cleaver no podía verlo, pero lo sintió.

-Y también está el problema de esa mujer -continuó diciendo Cleaver. Nunca llamaba a Kate por su nombre, y mucho menos por su título-. ¿Qué cree que pasará cuando le cuente a la junta lo que descubrió? -Saramaggio se encogió de hombros-. Por cierto, ¿dónde está ahora? Saramaggio alzó la vista.

-No lo sé. La dejé en mi despacho. Dudo... no creo que aún esté allí.

-Estoy seguro de que no está en su despacho. No me sorprendería nada que hubiese ido en busca del padre del muchacho. ¿Dice que a él se lo llevó la policía?

-Sí.

-Entonces probablemente esté en la comisaría. Tal vez podamos usar eso.

- ¿A qué se refiere?

-No importa. Yo me encargaré de todo. Incluso podría pensar en un plan que lo saque de este aprieto. - ¿Un plan?

-Sí, pero usted tiene que hacer exactamente lo que yo le diga. Y no quiero que me haga un montón de preguntas. Estoy cansado de sus preguntas. ,

-Bueno, no quiero hacer nada que sea ilegal. No estará pensando en eso, ¿verdad?

-Saramaggio... - ¿Sí?

-Eso es una pregunta.

Cleaver se levantó, se acercó a la puerta y encendió las luces. Una brillante claridad, que hizo que Saramaggio pareciera aún más vulnerable, inundó la habitación. Y Cleaver había vuelto a quedarse callado, algo que lo desconcertaba aún más.

-Nunca pensé que esto pudiera pasar -dijo-. No lo entiendo.

Cleaver lo ignoró. Estaba paseándose por la habitación, luego se detuvo, miró a

Saramaggio y dijo:

-Para empezar, hay que encargarse de esa enfermera. Necesito que se ausente de esta planta durante dos horas. - ¿Dos horas? ¿Qué piensa hacer?

Cleaver lo miró.

-Saramaggio, le dije que ya era suficiente. - ¿Cómo?

-Otra pregunta. De hecho, dos preguntas. Me da la impresión de que no sigue muy bien las instrucciones. Espero que sea capaz de estar a la altura de las circunstancias.

Saramaggio decidió morderse la lengua. Ya había llegado hasta ese punto; vería qué tipo de plan se le había ocurrido a Cleaver. Aquel hombre era inteligente, tal vez tuviese realmente un as escondido en la manga. En última instancia, siempre podía ir a hablar con la junta y reconocer que el procedimiento experimental había fracasado. Cómo detestaba esa palabra: fracaso. La junta insistiría entonces en que acabaran el experimento de inmediato. Quizá pudieran hacerlo ellos solos, y eso era probablemente lo que Cleaver tenía en mente. De ese modo no habría necesidad de dar explicaciones complicadas, ninguna retractación, ninguna disculpa.

Suspiró.

Miró el río a través de la ventana, una cinta oscura que se abría paso sinuosamente a lo largo de los bancos de hormigón de la isla de Manhattan, y sintió que su corazón se hundía en la desesperación.

¿Cómo habían llegado a esa situación?

La enfermera Beadham no estaba de buen humor ni mucho menos. En primer lugar, había sido una noche difícil, con ese hombre llegando al hospital y provocando semejante escándalo -se había dado cuenta de que había algo sospechoso en la forma en que la doctora Willet había tratado de entrar sin registrarse-, y luego la llamada al guardia de seguridad y la llegada de la policía y todo lo demás. Muy molesto. Y después el doctor Saramaggio, apareciendo a esas horas de la noche, y paseándose nerviosamente por el corredor hasta la llegada de ese tal doctor Cleaver. Ese hombre le daba miedo; nunca te miraba a los ojos. Parecía que siempre estaba maquinando algo.

Miró el reloj. Aún faltaban dos horas para que acabase su turno. Deseó que ya fuese la hora de marcharse. En ese preciso momento se abrieron las puertas del ascensor y ¿quién salió al corredor?: Cleaver. Tuvo un sobresalto y casi sintió como si lo hubiese evocado de algún lugar oscuro e infernal.

Él se acercó y ella vio que miraba la placa con el nombre que llevaba prendida en el bolsillo superior del uniforme, un rectángulo blanco con letras grabadas en azul.

-Ah, enfermera Beadham -dijo hipócritamente-. ¿Le ha informado alguien acerca de la trágica situación que se ha producido aquí esta noche?

Ella negó con la cabeza.

-Nuestro joven paciente, lamento decirlo, ha empeorado y ahora se encuentra más allá de nuestras posibilidades de ayudarlo. No tiene ninguna esperanza de recuperarse. El doctor Saramaggio me ha dicho que eso sucedió mientras el padre del muchacho y la doctora Willet estaban en el hospital. Aparentemente, ellos provocaron alguna especie de altercado, que desencadenó un ataque y precipitó el súbito colapso del chico. ¿Fue usted testigo de ello?

Cleaver miró la hoja de registro mientras ella asentía. -Bien. Necesitaré una declaración completa. Puede ir al despacho del doctor Saramaggio a redactarla. Él la está esperando allí. Pero antes necesito que vaya al pabellón de aislamiento del chico y tome nota de todos los indicadores. Es muy importante. Quiero que se tome su tiempo, anote todos los números y firme la hoja. Luego suba al despacho del doctor Saramaggio.

Ella dudó un instante.

-Pero ¿quién se hará cargo de la planta? No puedo dejar mi puesto hasta las dos de la madrugada.

-No sea ridícula -replicó él-. Yo estoy aquí. Si alguno de los pacientes tuviese

problemas, sé dónde localizarla. - ¿Y qué es lo que hará usted?

-Estaré retirando la asistencia mecánica. Todo es legal. En este momento, el doctor Saramaggio está llamando al doctor Brewster y a otros miembros de la junta.

Ella se demoró, sin saber muy bien lo que debía hacer.

-Venga, en marcha -dijo Cleaver, como si estuviese hablando con un niño.

Y la enfermera hizo lo que le ordenaban.

Cleaver no podía creer en su suerte. Al fin solo, hizo las llamadas necesarias con su teléfono móvil; no quería que quedasen registradas en el hospital. Luego recorrió la planta asegurándose de que todo estaba tranquilo, caminando por el corredor hacia el ala sur para luego regresar y acabar el recorrido en el pabellón de aislamiento. Utilizó su tarjeta para entrar y le pareció que el chasquido de la puerta sonaba excesivamente fuerte.

Estaba tranquilo. Sabía lo que estaba haciendo. Si sólo pudiese contar con Félix en ese momento. Le hubiese gustado tener más confianza en ese joven.

Se inclinó hacia el cristal y descubrió una muesca a la altura del hombro. Probablemente era el lugar donde Jessup había estrellado la silla. Cleaver se permitió un momento de compasión por él; pobre hombre, realmente debía de estar hecho polvo. Bien, muy pronto todo habría acabado.

Miró al chico a través del cristal. Incluso con el vendaje que le cubría la cabeza parecía guapo. Y en paz. Eso era importante, que estuviese en paz, el caparazón exterior del que la vida había sido extraída, el recipiente vacío aún de pie.

Era un momento histórico. Casi deseó que hubiese alguien más para ser testigo de ello y dejarlo registrado, un Boswell para su Johnson. El consumado hombre de ciencia, el innovador a punto de dar el gran salto hacia el mundo desconocido, de «cambiar el paradigma» de la sabiduría humana recibida, como diría ese filósofo, Thomas S. Kuhn.

¿Qué diría Cybedon si estuviese aquí? Pero venga, se estaba retrasando.

Cleaver entró en la habitación del ordenador utilizando su tarjeta. Abrió un cajón que había debajo del aparato y encontró lo que necesitaba, nada importante realmente, un simple cable de conexión. Buscó una toma de teléfono a lo largo del zócalo pero no encontró ninguna.

Santo Dios, ¿no sería perfecto? La batalla se perdió por el canto de una uña.

Apartó una máquina de la pared unos cuantos centímetros y miró detrás. ¡Ajá!, ¡allí estaba! Movió la máquina de un lado a otro hasta separarla medio metro de la pared. Se agachó y conectó el cable a la toma del teléfono. Luego conectó el otro extremo del cable al ordenador y se sentó en un sillón a reflexionar.

Era difícil decir lo que podía suceder. Pero sabía que había llegado el momento de dar el gran paso, que el mundo necesitaba un ánima, la quintaesencia de la inteligencia humana, que entrase en ese éter y se deslizase a través de todos esos miles de millones de bites, les diese un sentido y volviese a conectarse. Humanos y máquinas, unidos al fin.

Volvió la mirada nuevamente hacia el chico. Parecía incluso más guapo bajo el brillo de la luz del hospital. Tal vez lo estaba mirando y. lo sabía, la certeza de que él iba a ser el primero...

Cleaver se levantó y se dirigió al ordenador. Pulsó rápidamente el teclado e introdujo todos los códigos correctos sin dudarlo un instante. Luego retrocedió unos pasos. La máquina estaba esperando, parpadeando con obediencia. ¿Era una locura pensar que la máquina sabía lo que estaba a punto de suceder, que ella también quería desesperadamente que sucediera?

«Tal vez algún día podamos preguntárselo -pensó-; tal vez algún día conozcamos sus sentimientos.»

Y ése fue el pensamiento foral que tuvo Cleaver antes de realizar su movimiento culminante, antes de inclinarse hacia delante y pulsar el botón de «Enviar» y mandar el ánima de Tyler, su mente, si se prefiere, a través de los cables y hacia el infinito del ciberespacio.

Scott estuvo recorriendo su celda arriba y abajo durante cinco horas, siguiendo un

trayecto que repetía una y otra vez, como lo haría cualquier animal enjaulado. Su círculo lo llevaba hasta los barrotes, luego pasaba junto a una litera y a los barrotes de nuevo. La rutina de ese recorrido le permitía pensar, aunque sus pensamientos eran tan repetitivos como los movimientos. Su paseo acabó por poner nerviosos a sus dos compañeros de celda: un dominicano negro con el pelo rizado que se había metido en una pelea en un bar y se había llevado la peor parte, y un muchacho blanco muy delgado cuya mirada vidriosa revelaba un historial de heroína y que ahora dormía acostado en el suelo.

-Eh, tío, tómate un respiro -le gritó el dominicano en un momento dado.

Scott lo miró sin decirle nada y luego se sentó en el suelo y apoyó la espalda en los barrotes. Pero, unos minutos más tarde, estaba nuevamente de pie y recorriendo la celda. No podía evitarlo. El dominicano dejó de protestar y pronto se instaló en un catre de acero que colgaba de la pared y apoyó la cabeza en un brazo como un niño inocente.

-Tío, estás jodido -dijo, poco antes de quedarse dormido. Comenzó a roncar, pero Scott casi no lo oía. Jodido. Eso lo resumía todo.

Scott revivió la noche en su mente. Cuando llegó a la sala de observación del hospital y vio a Tyler suspendido en el aire, unido a las máquinas pero sin vida, su pecho moviéndose como un fuelle, su corazón latiendo como un metrónomo, sin que nada sucediera porque su voluntad lo decidía, cerró los ojos y trató de deshacerse de las imágenes. Pero regresaban una y otra vez, y la única forma de apartarlas de su mente era obligarse a considerar lo que podría suceder después. Ahora, seguramente, si les quedaba un gramo de decencia, desconectarían a Tyler de todas esas máquinas y dejarían que muriese en paz. Si no era así, los demandaría y los obligaría a que lo hicieran. Conseguiría al mejor abogado de la ciudad, un abogado con instinto asesino, no importaba lo que pudiera costarle. Ya era demasiado tarde para cualquier clase de muerte con dignidad, pero Scott había renunciado a eso hacía mucho tiempo. Ahora, lo único que quería era que Tyler descansara en paz, de una vez y para siempre. Eso era todo. No importaba nada más.

El alcohol había abandonado su cuerpo, empujado por la adrenalina y la ira. La boca le sabía a bilis y le ardía la garganta, y tenía magulladas las muñecas donde le habían colocado las esposas, pero podía pensar con claridad. Se sentía extrañamente tranquilo. Esperaba poder enfrentarse a todos ellos: Saramaggio, Brewster, la junta de revisión, todo el lote. Estaba ansioso por comenzar la batalla y, cuanto antes, mejor. Pero primero tenía que salir de ese lugar, y haría todo lo que fuese necesario para conseguirlo, aunque ello significara tener que tragarse la furia y agachar la cabeza ante un juez. Pronto tendría su venganza.

Comenzó a pasear más lentamente, pensando. Debería conservar toda su fuerza. Miró a su alrededor. La celda apestaba. Se preguntó si el heroinómano se habría cagado en los pantalones. En un rincón había un váter sin asiento. La celda tenía rejas en tres de sus lados y una pared de ladrillos con pintura blanca descascarillada. La luz procedía de dos bombillas desnudas situadas detrás de una rejilla metálica.

Debería descansar. Se acercó al catre de acero vacío y se sentó, dejando que las piernas colgaran sobre el borde. Las sentía acalambradas, tensas.

La única vez que había estado entre rejas había sido durante un viaje de una semana a Somalia, cuando fotografió a una anciana en un mercado y casi provocó un tumulto. Ésa había sido una de las pocas veces que había viajado fuera del país sin Tyler, al que había dejado en casa de su suegra, y había estado preocupado todo el tiempo ante la posibilidad de que su encarcelamiento retrasara su regreso. Afortunadamente, salió a las pocas horas, hizo el trabajo en dos días y regresó según lo previsto.

Su suegra. Había pasado casi un año desde la última vez que la habían visto. Scott y ella nunca se habían llevado bien y, extrañamente, después de la muerte de Lydia, ella pareció perder todo interés por su nieto. Se mudó a una zona residencial en Florida, enviaba cheques decorados con peces vela para el cumpleaños de Tyler, los visitaba durante sus pocos frecuentes viajes a Nueva York para ver alguna obra de teatro, y eso era todo. Cuando Scott la llamó para contarle que Tyler había sufrido un accidente, ella se sintió horrorizada pero no

Librodot

viajó hasta allí.

-Eh, tú. Es tu día de suerte.

Era un policía, que se acercaba por el corredor y se detenía luego delante de su celda. Llevaba un vaso de plástico con café en una mano y se lo llevó a los labios, soplando y haciendo ruido al beber. Miró a Scott.

-Arriba. Ven a recoger tus cosas. Puedes irte ya. Apoyó el vaso con café en uno de los barrotes horizontales y abrió la puerta de la celda. Scott se levantó de un salto y salió rápidamente. El dominicano protestó: - ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué sale ese tío? ¿Tiene privilegios o algo por el estilo? ¿Tiene enchufe?

El policía lo miró.

-Así es. Él lo tiene y tú no, lo que significa que cogerás el próximo autobús a Rikers.

-Ah, tío. Los polis blancos siempre cuidan de los suyos. Todo el sistema está podrido.

-Tal vez, pero todavía puede coger a basura como tú. -Tío... -El dominicano volvió a acostarse en el catre y cerró los ojos-. Al menos déjame dormir, joder.

-Que duermas bien.

El policía hizo que sus palabras sonaran como una amenaza.

Scott lo siguió. El trasero del policía y su cinturón con su equipo, esposas, linterna; radio y libreta de multas, se balanceaban lentamente de un lado a otro. Sólo faltaba el arma en su funda.

En el escritorio de la entrada había otro policía con un vientre prominente que le alcanzó a Scott un sobre de papel manila con su nombre escrito en él. En su interior estaban su cinturón, la billetera y las llaves. A través de una ventana vio que estaba amaneciendo.

- ¿Quedo en libertad bajo mi propia responsabilidad? ¿Debo pagar una fianza?

-No, nada de eso. Puede marcharse. No hay cargos. Sólo necesitaba una noche para tranquilizarse. Pero le aconsejo que no cause más problemas.

Scott sacudió la cabeza. Habría dicho cualquier cosa para salir de allí y regresar al hospital.

-Y tal vez quiera agradecérselo a ella.

En ese momento, Scott sintió una mano en el brazo derecho y se volvió para encontrar a Kate.

-Nos lo ha explicado todo -dijo el policía-. Suena muy duro.

El policía apartó la mirada, como si Scott tuviese alguna enfermedad.

Kate le sonrió y con la mano lo instó a darse la vuelta y caminar hacia la puerta. Estaba despeinada y tenía la blusa de seda blanca completamente arrugada.

- ¿Ha estado aquí toda la noche? -preguntó él.

-No, he estado entrando y saliendo. Me decían una y otra vez que no podían tomar una decisión hasta que no llegase el sargento. Había problemas en East Harlem, de modo que estuvo fuera hasta hace unos minutos. Un hombre agradable llamado Paganelli. Fue él quien dijo que podían dejarlo en libertad.

-Gracias a usted.

-Cuando escucharon la historia se mostraron muy compasivos. Sólo necesitaban un pretexto, un médico que les dijese que todo estaba bien, que usted no estaba loco ni nada parecido.

-No estoy tan seguro de eso.

Fuera el sol brillaba con fuerza y Scott cerró los ojos ante el resplandor.

-Vamos al hospital -dijo.

-Creo que primero debería ir a su casa, cambiarse de ropa, afeitarse y tomar una taza de café.

Le hizo una seña con la mano y él se miró. Tenía la camisa desgarrada y en el pecho había una mancha de sangre seca que se había vuelto marrón.

-Tenemos un largo día por delante, muchas reuniones, demandas, peleas, quién sabe

cuántas cosas más. Y, sinceramente, podrá defender mejor su caso si su aspecto es un poco más presentable.

-Parece más un abogado que un médico.

Kate sonrió y sintió deseos de decir algo alentador. -En este momento no soy ninguna de las dos cosas. Sólo soy una amiga.

Llegaron a la esquina de Lexington. Scott levantó una mano para llamar a un taxi y, cuando el coche frenó y él abrió la puerta, se sorprendió al ver que Kate también subía.

Una hora más tarde llegaban a la puerta del hospital. Tan pronto como entraron en el vestíbulo y vieron la expresión en el rostro de la recepcionista, supieron que había ocurrido algo. La mujer parecía nerviosa y levantó el auricular del teléfono.

-Doctora Willet. Por favor, espere un momento. El doctor Saramaggio ha dado instrucciones de que aguarde aquí. Lo avisaré.

Scott ya se dirigía hacia los ascensores.

-Llámelo -dijo Kate por encima del hombro-. Dígale que estaré en la tercera planta.

Se apresuró para alcanzar a Scott y consiguió entrar en el ascensor justo cuando se cerraban las puertas. Dentro había otras tres personas, que miraban fijamente al frente. Kate observó a Scott; no resultaba difícil ver que estaba sobreexcitado. Miraba hacia delante, tenía los ojos entrecerrados y los hombros levantados, y apretaba los puños.

El ascensor se detuvo en la segunda planta, las puertas se abrieron con exasperante lentitud y entró un médico con una chaquetilla blanca; pulsó un botón y las puertas volvieron a cerrarse con la misma lentitud. Scott pulsó tres veces el botón de la tercera planta casi con violencia. Nadie habló.

En la tercera planta, Scott salió del ascensor antes de que las puertas se hubiesen acabado de abrir y Kate lo siguió. Ambos se dirigieron rápidamente a la sala de enfermeras -nuevamente una mirada extraña por parte de la enfermera de guardia, entre sorprendida y preocupada-, y doblaron a la derecha por el corredor que conducía al pabellón especial de aislamiento. Pero unos metros antes de llegar descubrieron que todo era diferente.

Había desaparecido. El pabellón ya no estaba allí. Las puertas, que normalmente estaban herméticamente cerradas, se encontraban abiertas de par en par y pudieron ver claramente dónde, sólo unas horas antes, había estado la pared de cristal de la sala de observación.

Scott cubrió a la carrera los metros que quedaban. Luego se detuvo y continuó caminando a través de las puertas, como si estuviese en un sueño, contemplando las paredes vacías a su alrededor, los enchufes vacíos, el suelo recién fregado. Olía a desinfectante.

Scott se volvió y Kate vio su expresión de perplejidad y confusión. Sabía lo que había ocurrido y parecía como si no supiera qué sentir, lo temía y lo deseaba a la vez.

Oyeron pasos detrás de ellos. Era Saramaggio, que se acercaba rápidamente, la bata flotando a su espalda. Parecía ansioso y desconcertado.

-Quería verlo antes para explicarle lo que ha pasado -dijo, casi sin aliento-. Lamento que se haya enterado de esta manera. Verá, no teníamos alternativa. Después de lo sucedido... después de lo que usted vio anoche, decidimos... -Hizo una pausa, respiró profundamente y se lanzó-: Tuvimos que retirarle la asistencia vital a su hijo. No había ninguna razón para continuar...

Saramaggio miró a Scott, implorante. Scott avanzó hacia él y, por un momento, Kate pensó que iba a aplastarle. En cambio, se quedó mirándolo fijamente con el cuerpo temblando de furia.

-Maldito cabrón, egoísta...

Se interrumpió. Parecía que había conseguido controlar sus emociones, pero no, no era así. Se acercó a la pared y se inclinó contra ella con la mano izquierda apoyada, y entonces dejó escapar un profundo sollozo y estrelló el puño derecho contra la lisa superficie pintada de verde. El ruido retumbó en la pequeña habitación. Volvió a golpearla una y otra vez hasta que

la pared mostró las huellas de los impactos y en el suelo se formó una fina capa de yeso.

Saramaggio estaba paralizado y tenía la cabeza inclinada. Kate vio que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

De modo que era humano después de todo.

-Lo siento -dijo finalmente con un hilo de voz-. Me gustaría que hubiese algo que yo pudiera hacer. Ojalá... ojalá nunca hubiésemos hecho esto. Nunca fue mi intención que acabase de esta manera. Yo quería... yo quería salvar la vida de su hijo.

-Usted quería llevar a cabo su experimento con él. ¡Mi hijo le importaba una mierda!

Scott se volvió, con la mano izquierda aún apoyada contra la pared, y lo miró fijamente.

Saramaggio volvió a llenarse los pulmones de aire y le devolvió la mirada. Lentamente, asintió.

-Supongo que hay algo de cierto en sus palabras -dijo-. Tal vez tiene razón. Yo quería realizar esa operación. Lo deseaba con todas mis fuerzas. La había estado preparando desde hacía muchos años, pensando en ella, en lo que podría llegar a significar...

Su voz se quebró, agitó levemente la mano y luego se cubrió los ojos.

Kate no podía creer lo que sucedió a continuación: los hombros de Saramaggio comenzaron a moverse y luego a agitarse tan violentamente que ella pensó que estaba sufriendo un ataque. Lloraba sin poder controlarlo, un llanto que nacía en algún lugar muy profundo, de modo que la parte superior del cuerpo parecía estar sometida a violentas convulsiones. Cuando apartó las manos, sus ojos parpadeaban sin cesar mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas y su rostro estaba contraído y convertido en una patética bola roja.

Y lo que sucedió luego fue incluso más extraordinario. Saramaggio se acercó a Scott y juntó las manos como si estuviese rezando.

-Por favor, lo siento -farfulló-. Se lo ruego, perdóneme.

Y continuó acercándose hasta quedar frente a él. Abrió los brazos como si fuese a abrazar a Scott, apoyó las manos sobre sus hombros y movió las manos sobre su espalda. Pero Scott permaneció erguido e inmóvil, las manos tensas a los lados.

Saramaggio retrocedió un paso y miró a Scott con expresión implorante, luego desvió la mirada hacia la pared.

Kate sintió una súbita oleada de conmiseración por ese hombre que había permitido que su sueño lo llevase demasiado lejos por un camino que jamás debería haber tomado. Por un momento pensó en consolarlo, diciéndole lo que necesitaba oír, que había traspasado los límites pero que podía ser perdonado, que su alma aún no estaba perdida.

Pero ella también se quedó inmóvil. Todo había ido demasiado lejos. Habían sucedido cosas que jamás deberían haber ocurrido. Se había causado demasiado dolor y sufrimiento, y todo ello innecesariamente.

Scott había obtenido un pequeño triunfo. Saramaggio había sido transformado por una noche de epifanía, y ahora estaba ante ellos, una figura abyecta y abandonada. Pero ni Kate ni Scott se sentían bien por ello.

Ese mismo día, más tarde, se celebraron reuniones de la junta de Ética, la Junta de Revisión Institucional y la junta directiva del hospital, se cumplimentaron formularios, los prolegómenos de investigaciones, todo el papeleo y las formalidades vacías del procedimiento administrativo que una gran institución inicia en tiempos de crisis.

Scott se negó a ser entrevistado y esto fue advertido por un investigador médico experto, quien anotó en una casilla del formulario pertinente que el «familiar más cercano se mostró reacio a cooperar». Todos los que estuvieron presentes en ambas operaciones, incluida Kate, fueron citados para que redactasen un detallado informe que sería dado a conocer a su debido tiempo. Habría que elaborar nuevas directrices para cubrir situaciones similares; por el

tono de las preguntas formuladas, Kate estaba segura de que acabarían siendo ineficaces. Brewster se encargó de dejar muy claro que apoyaría sin reservas a su personal, incluyendo a Saramaggio, cuya contrición sorprendió a todo el mundo y quien solicitó, y le fue concedida, una licencia de dos semanas. Todos estuvieron de acuerdo en que merecía la pena continuar trabajando en las áreas de cultivo e implantación de, células madre reproductivas y de cirugía asistida por ordenador, a pesar de la «reciente tragedia».

No se dijo prácticamente nada acerca de la visita nocturna que habían hecho Kate y Scott al pabellón de observación y tampoco sobre el papel de Kate en todo el asunto. Estaba claro que no habría ninguna represalia pública contra ella, y Kate pensó que, al no presentar cargos, podían estar tratando de comprar su silencio. No podía imaginarse asistiendo a Saramaggio en otra operación. Ellos quizá querían olvidar, pero ella, no.

Kate encontró a Gully solo, bebiendo café en la sala de cirujanos, una pequeña habitación con sillones y mesas dispares y lámparas situada en la cuarta planta. Comenzaron a hablar y ella se dio cuenta de que se estaba desahogando con él. Pero sus dudas respecto a la muerte de Tyler no encontraron unos oídos comprensivos.

- ¿Qué hay de extraño en ello? -dijo él-. Para empezar, se trataba de una operación experimental. Todos conocían el riesgo implícito de usar ordenadores para ayudar al chico.

- ¡Ayudar! Ahórrame esa clase de ayuda. Acabar con alguien sería más correcto.

-Venga, no seas tan dura.

- ¿Por qué no se realizó una investigación rigurosa sobre lo que ocurrió realmente? ¿Quién sabe por qué falló el jodido invento? Todo parece indicar que fueron los ordenadores los que le provocaron la muerte.

- ¿Cómo puedes decir eso? Ese chico habría muerto mucho antes si esas máquinas no lo hubieran mantenido con vida. Por favor, no dejes que la ira te nuble el pensamiento. No te metas en más problemas. Estabas haciendo un buen trabajo aquí y todos te apreciamos mucho. Gully bebió un trago de café.

Kate no se había calmado.

-No lo sé, todo este asunto me huele mal. Creo que los ordenadores no funcionaron como estaba previsto. Esas máquinas son responsables de la muerte del chico, ¿no lo comprendes?

Pero Gully se limitó a encogerse de hombros y se volvió. Su rostro parecía afligido, pero su gesto delataba una brusquedad que no habría mostrado dos semanas antes, pensó Kate.

El funeral se celebró por la tarde en una funeraria de la avenida Amsterdam, un lugar que parecía una cadena de montaje con tres salas de servicios funerarios separados, de modo que para encontrar la sala correcta, los deudos tenían que leer primero las letras reemplazables de plástico blanco colocadas en un tablero de anuncios de terciopelo negro.

Asistió una cantidad de gente sorprendentemente grande, incluyendo a la mayoría de los compañeros de Tyler en el Horace Mann. El servicio fue breve. El ataúd de Tyler estaba cerrado debido a los daños sufridos en la cabeza y el rostro o, como le había explicado a Kate el dueño de la funeraria, a «dificultades en la restauración». El ataúd era una simple caja de madera. Scott delegó en Kate la tarea de elegirlo; en realidad había dejado casi todas las decisiones a los demás. Se encontraba en un estado difícil de definir, no aturdido, sino distante, como si sus emociones finalmente se hubieran desconectado.

Kate permaneció a su lado durante el servicio y no pudo evitar pensar en la última vez que había estado sentada junto a él, durante la reunión de la junta que determinaría la suerte de Tyler. Habían sucedido muchas cosas desde entonces. Parecía que habían pasado años. Scott había colocado un pequeño paquete envuelto junto a él, sobre el banco de madera. Kate miró a la gente que entraba y advirtió un gran contingente de personas de su misma edad que tenían un aspecto bastante bohemio, de artistas. Compañeros fotógrafos de Scott, supuso. Lo miraron con aflicción y tres o cuatro de ellos se acercaron y le susurraron palabras de

consuelo al oído o apoyaron las manos en sus hombros. Uno se inclinó y lo abrazó con fuerza. Había una familia de tres personas, con un chico de la edad de Tyler, sentados en la fila contigua a la de Scott, al otro lado del estrecho pasillo. Los tres parecían muy afectados, especialmente el muchacho, vestido con un grueso traje negro, que tenía la mirada perdida en algún punto delante de él y las mejillas encendidas.

Un puñado de gente del hospital también asistió al servicio. Había algunas enfermeras que habían atendido a Tyler, sentadas juntas, y Gully y otro cirujano. Brewster, con aspecto solemne y oficial, eligió un lugar en la parte de atrás, lo bastante cerca como para que se notase su presencia pero no tanto como para molestar. Saramaggio, quien parecía estar esperando a Scott en la entrada y luego lo miró sin decir nada cuando pasó a su lado, se sentó en la última fila, claramente consternado. A Cleaver no se lo veía por ninguna parte, lo cual no sorprendió a Kate en absoluto.

Lo que sí eligió Scott fue la música. La primera selección fue You Can't Always Get What You Want, de los Rolling Stones, luego Like a Rolling Stone, de Bob Dylan y, finalmente, Free Fallin de Tom Petty, todas canciones que habían tenido algún significado para Tyler. Las había estado escuchando durante años, le dijo Scott a Kate, sin prestarles demasiada atención con su padre y luego, súbitamente, haciéndolas suyas con esa manera voraz que tienen los adolescentes de apoderarse de las cosas.

Sólo hubo un par de oradores antes de que Scott tomase la palabra. Uno era un profesor que habló de Tyler como estudiante, la inteligencia que chisporroteaba en sus ojos, el humor, la curiosidad y el amor por el latín, las ciencias, la mitología griega y la biología y el aprendizaje por el aprendizaje mismo. «Tyler amaba la vida -dijo el profesor-. Se abría a ella y quería beber profundamente de su copa.»

El otro orador fue un monitor de los Cub Scout que dijo que Tyler lo había probado todo, piragüismo, tiro con arco, fotografía, pintura, esperando hasta estar preparado y luego lanzándose a fondo a disfrutar de ello. En béisbol había jugado de exterior izquierdo, cantando fragmentos de arias durante los tiempos muertos, lo que le valió el apodo de Fígaro. Por la noche, sentados alrededor del fuego, había hipnotizado a los otros chicos contándoles historias terroríficas que parecían surgir de una fecunda e insondable imaginación.

Luego Scott se levantó para hablar. Al principio su voz era débil pero, a medida que hablaba, fue cobrando fuerza. Explicó historias de Tyler cuando era pequeño y luego de cuando fue mayor, historia tras historia. Casi al final, todos los que estaban allí sintieron que había recibido el mayor homenaje, y los pocos que no lo conocían pensaron que habían perdido la oportunidad de conocer a una persona extraordinaria. Por último, Scott se refirió brevemente al accidente y luego pareció dirigirse en especial a los médicos y a otros que se habían preocupado por él.

-En estos últimos días he pensado mucho en las operaciones que le han practicado a mi hijo, aquellas que fueron necesarias en un intento por salvarle la vida y también en aquellas a las que fue sometido por razones adicionales. La diferencia, si es que hubo alguna, a veces no fue fácil de distinguir. La experiencia fue realmente dura, tal vez dura para él y también dura para todos los que lo amábamos. Recientemente he tenido palabras muy fuertes para con los médicos, y no pienso retractarme de ellas. Pero quisiera que ellos supieran, todos los que se preocuparon por Tyler, que aprecio lo que hicieron por él y que lo entiendo. No está mal querer intentar una operación que no se ha llevado nunca a cabo para aliviar el sufrimiento humano a largo plazo, aunque a corto plazo signifique una experiencia penosa para los primeros individuos que son sometidos a ella. Por favor, no quiero que piensen que no sé reconocer este hecho, incluso en medio de mi ira por todos los días que Tyler pasó en el hospital y por el desenlace que tuvo este desdichado asunto.

Hizo una pausa, se serenó y continuó:

-Si la muerte de Tyler ha contribuido, incluso mínimamente, a la ciencia médica, a la comprensión de cómo funciona el cerebro y cómo se le puede ayudar a recuperarse de un accidente mortal, entonces lo que le pasó a Tyler no habrá sido una experiencia tan vacía y

absurda como puede parecernos hoy. De modo que, hagan lo que hagan en el futuro, no cejen en su esfuerzo por progresar en esta causa, a pesar de lo que puedan oír de mí y de otros como yo. Y ahora que he dicho esto, todo lo que pensaba, no quiero hablar o pensar en ello nunca más.

Se sentó y volvió a sonar la música, esta vez el coro final de La creación, de Haydn. Luego se dirigió a la salida, seguido de cerca por Kate, al comienzo de la escalinata, donde aceptó con aire ausente más abrazos y apretones de mano de pésame. Kate observó que la familia de tres miembros dudaba un momento antes de acercarse a Scott. Cuando lo hicieron, Scott rodeó los hombros del chico con el brazo y le dijo:

-Johnny, espero que comprendas que lo que sucedió no fue culpa tuya. Te comportaste como un chico inteligente y valiente y, gracias a ti, Tyler pudo seguir viviendo unas semanas más.

El muchacho parecía agradecido. -Toma -le dijo-, esto es para ti. Le entregó el paquete.

El entierro se celebró en Westport. Kate se sentó con Scott en el primer coche del cortejo fúnebre.

- ¿Qué había en el paquete que le ha dado a ese chico?

-Un koala. El de Tyler. Ese chico era Johnny, su mejor amigo.

Kate apoyó su mano sobre la de él y viajaron en silencio durante una hora y media. La ceremonia junto a la tumba fue compasivamente breve. La tumba de Tyler estaba al lado de la de Lydia. Scott no miró cuando descendieron el ataúd, y luego arrojó un puñado de tierra sobre él, con delicadeza y escasa convicción.

Cuando regresaban del cementerio y el coche entraba en la ciudad, el conductor preguntó:

- ¿Adónde quieren ir?

Scott no dijo nada. Sacudió la cabeza como si quisiera librarse de un pensamiento horrible y la miró.

- ¿Qué quiere hacer? -Preguntó Kate-. ¿Adónde quiere ir?

-No lo sé. Estoy cansado. Quiero... ¿sabe lo que quiero? Ir a algún lugar y dormir.

-Conozco ese lugar -dijo ella, y le dio la dirección al conductor.

Cuando llegaron al apartamento de Kate era media tarde pero aún había luz. Las aceras estaban llenas de gente que regresaba a casa del trabajo, hombres y mujeres con atuendos formales, caminando deprisa y con una expresión de seguridad en sí mismos. El aire de finales de verano estaba cargado de electricidad, en él flotaba esa sensación de que cualquier cosa podía suceder.

Kate pagó la carrera del taxi. El ascensorista pareció captar el estado de ánimo de ambos y no abrió la boca mientras la caja ascendía hasta su piso. Ella abrió la puerta y trató de mantenerla abierta para que Scott pasara primero, sosteniéndola con el pie, un momento embarazoso. Él miró a su alrededor pero sin ver nada en realidad, los muebles, los grabados en las paredes, la vista a través de la ventana.

- ¿Quiere beber algo? Él negó con la cabeza. - ¿Quiere dormir? Scott asintió.

Kate lo llevó a su dormitorio y se sintió avergonzada ante el desorden que reinaba en la habitación: las cintas de vídeo apiladas precariamente junto al televisor, el costurero abierto, las revistas esparcidas por el suelo, una toalla colgada en un flexo, unas bragas en el respaldo de una silla.

Pero él no pareció reparar en nada de todo ello. Se dirigió directamente a la cama. Kate salió de la habitación y cerró la puerta.

Luego estuvo leyendo durante horas, sin concentrarse realmente. Pidió comida japonesa; paró dos, por si acaso. Pero él siguió durmiendo.

Más tarde, cuando llegó el momento en que tuvo que acostarse, entró sigilosamente en el dormitorio y vio que Scott había dejado la chaqueta y la camisa colgadas en el respaldo de una silla, y que había doblado los pantalones y los había dejado en el asiento. En el cuarto de baño, Kate se puso un camisón de algodón, se cepilló los dientes y apagó la luz antes de abrir

Librodot

la puerta para regresar al dormitorio.

Cruzó al otro lado de la cama con mucho sigilo, levantó la sábana y se metió debajo, ocupando el borde del colchón. Podía sentirlo junto a ella, respirando profundamente, perdido en el sueño por primera vez en varias semanas. Permaneció despierta durante largo rato, escuchando la regularidad de su respiración, y le deseó paz desde el fondo de su alma.

Mientras caminaba por la calle Gansevo, sintió en el rostro la brisa que soplaba y percibió un olor especial en el aire de comienzo de Septiembre. Alzó la cabeza. Las primeras señales del otoño en otro tiempo su estación preferida, una época de finales y de estimulantes principios.

Pero ahora apenas podía seguir adelante, trataba arrastrarse fuera del agujero negro en que se había vertido su vida. Ya era septiembre. Con qué rapidez había deslizado el tiempo sobre él. El tiempo hace cualquier cosa, es tan cruel la manera como continúa en el resto del mundo cuando la pena obliga a que nuestro reloj se detenga. Tenía la sensación de que había envejecido siglos desde el último verano.

Tenía los labios secos. Quería un trago, lo deseaba desesperadamente, pero resistiría la tentación, se obligaría a hacerlo, como lo había hecho ya durante dos semanas, había bebido su última copa, para siempre, prometió, porque había tocado fondo. La borrachera que había comenzado una semana después del funeral había sido realmente memorable, días y días bebiendo sin parar, whiskies dobles, whiskies triples, de bar en bar, encontrando los que estaban en la zona de los muelles y permanecían abiertos casi toda la noche. Luego regresaba tambaleándose al loft, se derrumbaba en la cama y caía en un sueño profundo para despertarse a media tarde y comer cualquier cosa -un huevo, un bocadillo-, y volver a empezar con un par de cervezas. Una mañana se despertó en la puerta de su edificio. Más tarde, cuando estaba vertiendo el zumo de naranja en un vaso su mano temblaba de tal forma que derramó todo el líquido.

Kate había tratado de ayudarlo, pero hasta ella se había rendido, impotente para hacer frente a sus demonios internos y su furia. Pero ahora los expulsaría.

No había visto a Kate durante... ¿cuánto tiempo? Desde que había comenzado su ronda alcohólica. No recordaba su última conversación.

Entró en la galería de arte, ubicada en el distrito de las compañías envasadoras de carne, una dirección elegante para aquellos a quienes les gustaba comprar artículos de moda entre muelles de carga y descarga, donde hombres vestidos con guardapolvos manchados de sangre acarreaban cuartos de res y bolsas de carne picada.

Vickie estaba allí, leyendo una revista, y le sonrió al verlo, el pelo rojo oscuro y muy corto enmarcando su rostro como si fuesen dedos muy finos.

-Llegas temprano -dijo ella. -Tengo mucho trabajo.

-Aún te quedan dos días. La inauguración será a las seis de la tarde, de modo que son tres días en realidad. -Lo sé. Pero voy con retraso.

-Parece terminado. -Pero no lo está.

Scott entró en la gran habitación que estaba situada en la parte de atrás.

Iba con retraso. Durante las dos últimas semanas había revisado cientos de fotografías, seleccionándolas, escogiéndolas, recortándolas, ampliando algunas y descartando otras. Tenían que estar perfectas. Las habían mandado a enmarcar, pero no quedó satisfecho y eligió otras para reemplazar a las primeras. Luego tuvo que colgarlas, dejando el espacio justo contra las paredes blancas. Y, naturalmente, tenían que guardar el orden correcto, tenían que contar una historia. Se estaba acercando, pero aún no estaba satisfecho.

La exposición había sido idea de Vickie. Había sido su novia en otra época, pero su romance se había extinguido de mutuo acuerdo hacía años y habían seguido siendo buenos amigos. Ella se había hecho un nombre en el mercado del arte de los noventa, conservando

sus contactos en el centro de la ciudad. Había llorado en el funeral y, cinco días después se había presentado una tarde en el loft, despertándolo de una de sus borracheras. Cuando miraba las fotografías de Tyler se sintió como si hubiese sido alcanzada por un rayo, o eso dijo en aquel momento. Más tarde, Scott se preguntaría: ¿había planeado ella todo el asunto? « ¿Sabes qué? -Le había dicho-. Aquí tienes un material de primera, suficiente para montar una exposición. ¿Qué me dices? ¿Por qué no muestras estas fotografías de Tyler? Te presto mi galería. Será una especie de tributo a su memoria, míralo de este modo.»

Su entusiasmo era contagioso, pero Scott no estaba en condiciones de compartirlo. Había farfullado algo muy vago y luego le había dicho que lo pensaría. Sin embargo, la idea había penetrado en su estupor alcohólico. Y había regresado a ella en sus escasos momentos de lucidez, evocándola, colocando mentalmente las fotos en las paredes, cambiándolas de lugar, creando el hilo narrativo. Hasta que, por fin, tomó la decisión sin haberlo pensado; incluso ahora era incapaz de precisar en qué momento se había dado cuenta de que esa exposición era lo que más deseaba hacer en el mundo.

El título de la exposición sería «La vida de un muchacho». Comenzaría con fotografías de Tyler cuando era un bebé y luego seguiría durante los años de su infancia, el arco de su breve existencia. Reunir las fotos y ordenarlas cronológicamente había sido un doloroso viaje hacia el pasado para Scott, pero seguía convencido de que la empresa sería redentora en muchos sentidos. Había tantas fotos maravillosas; tal vez fuese capaz de capturar su espíritu, explicarle cómo era Tyler a gente que jamás lo conocería, como Kate y otros, desconocidos. Pero, en otros momentos, se sentía desalentado. Pensaba en aquellos millones de instantes que nunca fueron registrados por la cámara, momentos en los que el rostro de Tyler mostraba su satisfacción ante algún descubrimiento o se volvía arisco ante algún pensamiento oculto. Esos momentos no buscados de alegría, contemplación, temor, aburrimiento, ira, petulancia, amor... aquéllos habían sido los verdaderamente importantes. Cuando eso que llamamos vida se asoma para que los demás puedan verla y sentirla. E incluso esos momentos eran poco más que signos en la superficie, porque la verdadera vida se desarrollaba en el interior. ¿Acaso podía pretender acercarse siquiera a la posibilidad de documentarlo?

Qué presuntuoso era, pensó.

Scott se sentó a una gran mesa donde había montones de copias. Estaban clasificadas en sobres de papel manila por año, por cámara, por tema, por estación, por estado de ánimo.

En el bolsillo llevaba un carrete sin revelar, el último que había sacado. Contenía fotografías de Tyler en el pabellón del hospital, tomadas a través de la ventana de observación una tarde en que Scott sintió la imperiosa necesidad de registrarlo; por qué razón, no sabría decirlo. ¿Debería deshacerse de él? ¿O debería revelarlo? ¿Incluir esas fotografías en la exposición sería una suerte de epílogo acusatorio? Era demasiado profundo, demasiado personal, demasiado intrusivo. Pero ¿qué sentido tiene una obra si oculta una verdad horrible por algún sentido orgulloso de la dignidad? Y aquí no había ninguna dignidad, solamente la solitaria miseria de la muerte.

Encendió un cigarrillo. ¿Qué habría querido Tyler? Era difícil decirlo. Recordó una discusión que habían tenido en una ocasión cuando su hijo había leído un artículo de un escritor cuya hija había contraído una horrible enfermedad. ¿Cómo alguien podía hacer algo así? ¿Cómo podía convertir una terrible experiencia privada en algo público... y para ganar dinero? ¿No era obsceno? Y, no obstante, apenas un año más tarde se había convertido en un defensor de la verdad sin cortapisas interesándose por los límites de la literatura y admirando a escritores como Philip Roth y Frederick Exley, quienes tenían el coraje de exhibir y desnudar sus vidas en nombre del arte.

Scott guardó el carrete en un cajón.

Comenzó a revisar los sobres y a examinar las copias una por una. Habían sido tomadas hacía varios años, cuando vivían en la vieja casa de Connecticut. Allí estaba Tyler cuando era pequeño, agachado con el agua hasta las rodillas en el Long Island Sound, las piedras lastimándole los pies, el rostro contraído por el llanto. Ningún niño había tenido nunca un

Librodot

aspecto tan desvalido. Scott sonrió al recordar que, años más tarde, Tyler le recriminaría que le hubiese hecho aquella fotografía. « ¿Por qué no viniste a rescatarme? -le preguntó, bromeando-. ¿Qué clase de padre eras?»

Otra foto de Tyler en un porche que había quedado en el olvido hacía mucho tiempo. Aquí ya era un poco mayor, cuatro o cinco años tal vez, desnudo como el día en que llegó al mundo e indiferente a ello, el pene colgando a un lado, el puño derecho sostenido delante del pecho como si fuese un emperador romano.

Fue entonces cuando encontró un puñado de fotografias dentro de una carpeta sin etiquetar. Inmediatamente le resultaron familiares, si bien al principio no pudo precisar dónde habían sido tomadas; alrededor de una docena de fotografías en las que no aparecía ninguna persona. Sin embargo, debieron de ser importantes; ¿por qué, si no se iba a tomar el trabajo de hacerlas, revelarlas y conservarlas durante todos estos años? Cogió una y la sostuvo en el aire, estudiándola detenidamente. Había una pared, un empapelado familiar, el marco de una puerta. Una remota cuerda sonó en su memoria. Sabía que, por alguna razón, esas fotografías eran importantes. Entonces la memoria lo golpeó con fuerza. Por supuesto. Las había tomado dentro de la habitación de Tyler, poco después de la muerte de Lydia. La cámara estaba situada en la cama de Tyler, según sus instrucciones, para que encuadrase la puerta. Había sido después de aquel extraño episodio.

Scott comenzó a recordar. Tyler había recibido con calma la noticia de la muerte de su madre, aparentemente con el forzado estoicismo de los niños. Y entonces, algunos días más tarde, le había confesado algo que le preocupaba y habían hablado de ello durante las siguientes semanas. Tyler insistía en que había visto a su madre en la puerta de su habitación en el preciso instante en que el avión se había estrellado. Tenía miedo de irse a dormir, de modo que él había tratado de convencerlo de que allí no había nada, que las fotografías registrarían cualquier anomalía, incluso aquello que el ojo humano era incapaz de ver. Durante cuatro o cinco noches habían sacado las fotos juntas y, por supuesto, en ellas no se veía nada. Sin embargo, no sirvieron para resolver el problema. Tyler continuaba mostrándose ansioso cuando llegaba el momento de irse a la cama por la noche. Y entonces él se quedaba y le contaba historias, acerca de Jingo y la casa de las mil habitaciones, y detrás de cada puerta se escondía una nueva aventura, a veces divertida, a veces pavorosa.

Scott tuvo que parar. Basta por hoy. Sentía el estómago revuelto y que todo su interior parecía hacerse más grande. Un fantasma de deseo atravesó su interior, pero se libró de él. Tenía que ser fuerte, no trataría de llenar ese vacío con alcohol. Ni ahora ni nunca.

Invitó a Vickie a salir a tomar una taza de café porque necesitaba compañía. Como siempre, ella habló sin parar. Luego lo miró y dijo:

-No has escuchado una sola palabra de lo que he dicho, ¿verdad?

Él sonrió. La verdad era que no. Había estado pensando en otra persona.

Divisó a Kate al instante cuando salía del hospital. Traje de chaqueta gris, el pelo color miel cayendo sobre los hombros, la barbilla afilada, el paso vigoroso. Se dio cuenta, con un respingo, de que era una mujer guapa, muy guapa. Ya lo sabía, pero no le había prestado mucha atención.

-Hola -dijo ella al verlo, dibujando una amplia y cálida sonrisa. Ninguna recriminación.

-Pensé que no sería mala idea pasar a recogerla cuando saliera del trabajo. ¿Tiene algo que hacer?

-En este momento, no.

Scott comenzó a caminar junto a ella.

-Me alegro de verlo -dijo Kate-. ¿Cómo se encuentra? -Dio un paso atrás, con gesto teatral, y lo miró de arriba abajo-. Tiene mejor aspecto que la última vez que nos vimos.

-Estoy mejor. -Buscó las palabras-: Pensé que había llegado el momento de acabar con mi número.

-Bien.

Caminaron por el paseo junto al East River, mientras los coches pasaban velozmente; el

río estaba moteado de palomillas blancas de espuma.

Ella se volvió y lo miró a los ojos.

-Sabe que la bebida lo dominará. Tarde o temprano acabará matándolo; en su caso, más temprano que tarde. Soy su amiga, pero ahora le estoy hablando como médico.

-Lo sé. Lo he dejado, para siempre. - ¿Está en algún programa?

- ¿Se refiere a Alcohólicos Anónimos? Ella asintió.

-He visto que funciona... para mucha gente -dijo ella-. Algunas estaban tan enganchadas que uno hubiese dicho que ya nada podría ayudarlas.

-Lo intenté un par de veces antes. Tengo un problema con la parte del «ser superior». Pero he asimilado algunos de los conceptos: «Un día a la vez», y todo eso.

-Aun así, las demás personas ayudan. Sirven de apoyo. Y eso es lo que usted necesita.

-Probablemente tiene razón.

-Debería volver a intentarlo. Hágalo. Prométame que lo hará.

Él se lo prometió, y lo decía en serio, para su propia sorpresa.

Se sentaron en un banco frente al río. Scott le habló de la exposición de fotograbas que se inauguraría dentro de un par de días. Ella estaba emocionada, parecía realmente feliz por él y le prometió que estaría allí el día de la inauguración.

-No puedo esperar -dijo.

Scott le describió la experiencia que había significado clasificar todas esas fotograbas de Tyler. Pronto descubrió que le estaba hablando de las fotograbas que había tomado de la puerta de su habitación, de la insistencia por parte de Tyler de que su madre había aparecido ante sus ojos en el momento de su muerte, de pie en la puerta y haciéndole un gesto con el brazo, un movimiento que él no podía interpretar y tampoco describir.

-Sé que suena extraño -dijo Scott-, pero yo le creo; quiero decir, él estaba completamente seguro de que había visto a su madre. ¿Por qué se lo iba a inventar?

-Tal vez su mente le estaba jugando una mala pasada. Quizá, de alguna manera, ésa era la forma que tenía de hacer frente a la pérdida, convencerse de que ella lo amaba tanto que tenía que volver para despedirse.

-Pero si realmente fue así, ¿por qué no hizo algo más tierno, abrazarlo o algo así, en lugar de hacer un gesto vago que lo aterraba cada vez que hablaba de ello?

-No lo sé -respondió Kate.

-Tiendo a mostrarme escéptico respecto a las cosas sobrenaturales, pero en este caso... No estoy seguro, creo que sucedió realmente lo que dijo Tyler. Y otra cosa extraña; a la mañana siguiente, cuando tuve que ir a su habitación y decirle que su madre había muerto, él parecía saberlo. No lo dijo, pero lo supe por la forma en que actuaba.

Kate asintió vigorosamente.

-Le parecerá una locura -dijo-, pero mi madre afirmaba que había tenido una experiencia similar, exactamente lo mismo que usted acaba de contarme.

- ¿A qué se refiere?

-Cuando su esposo, mi padre, murió en Vietnam. Residíamos en las montañas de Washington, creo que ya le he hablado de ello. Vivíamos en el bosque, a las afueras de la ciudad. El día en que mi padre murió, en nuestra casa se estaba celebrando una boda. Era una construcción grande, vieja y destartalada, con un granero y todo eso. El lugar era pobre, pero teníamos tierra, unas diez hectáreas, incluso un pequeño huerto de manzanas. Camino abajo vivía una pareja joven, y solían subir y realizar pequeños trabajos para todos nosotros, ayudaban a cargar heno para los animales o hacer de canguro conmigo. No los recuerdo muy bien. En cualquier caso, resultó que estaban viviendo juntos pero nunca se habían casado. Y un día decidieron hacerlo y mi madre les ofreció nuestra casa para celebrar la ceremonia.

»En el prado trasero teníamos un enorme sicomoro trasplantado del este, un árbol realmente hermoso, y se casaron bajo sus ramas. La boda fue oficiada por un juez de paz local. Después de la ceremonia, una vez la cena hubo terminado y cuando la mayoría de los

invitados ya se habían marchado a sus casas, mi madre se dedicó a ordenarlo todo. Estaba lavando una copa de vino en el fregadero y, de pronto, se sintió muy extraña. Fue algo súbito y la sensación era muy potente, muy intensa. Más tarde dijo que había sido como un mareo. Y al instante suppo que había ocurrido algo malo y que estaba relacionado con mi padre. Salió de la casa para recuperar el aliento y fue hasta el sicomoro, cayó dé rodillas al pie del tronco y supo que a él le habían herido. Así de simple. Comenzó a hablar con él: "Querido, ¿qué ocurre? ¿Qué ocurre?", pero él no le respondió, no al principio. Y entonces se apareció ante ella, a menos de diez metros, y sólo la miró, una larga mirada, ella decía que debió de durar un minuto por lo menos, y no dijo nada. Luego desapareció del mismo modo en que había llegado. Y otra cosa: llevaba su uniforme, y ella jamás lo había visto antes de uniforme.

Dos días más tarde llegó un coche a nuestra casa en la montaña y un coronel retirado le dio la noticia, sin mirarla a los ojos y con la vista fija en el suelo. Yo estaba cogida de su falda y no lo recuerdo; ella me lo contó más tarde. El coronel dijo que quería hablar con ella a solas, de modo que me mandaron dentro. Luego dijo que mi padre había muerto. Añadió que, al menos, había muerto en el acto, que no había sufrido. Y entonces mi madre hizo la pregunta: ¿cuándo sucedió? Y el coronel se lo dijo. Después de contar algunas cosas más, el coronel se marchó, y aquella noche mi madre me cogió en brazos y me meció hasta que me dormí. Luego me llevó al dormitorio y me dejó en la cama, fue a la mesa de la cocina y buscó un atlas e hizo todos los cálculos, el lugar exacto en el delta del Mekong, la diferencia horaria; todo coincidía perfectamente.

La mirada de Kate se desvió del río a Scott. Vio que él estaba pendiente de cada una de sus palabras.

-Mi madre no era una mujer supersticiosa. Era la última persona que podía creer en esa clase de tonterías espirituales. «Comecocos», así lo llamaba. Pero, desde entonces, ella decía que su esposo había venido a despedirse en el momento de morir. ¿Y quién puede decir que es imposible? «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio.» De modo que, ¿qué importa si él estaba en el otro lado del mundo, si existe eso que llamamos espíritu? ¿Quién puede decir entonces lo que puede hacer y lo que no puede hacer, si su voluntad, si su amor es lo bastante fuerte? Y hay un capítulo final. Años más tarde, cuando llegó su hora de morir, una muerte larga y penosa a causa del cáncer, ella volvió a verlo cuando el fin estaba próximo. Mi padre se materializó al pie de la cama y le habló, y ella ya no tuvo miedo.

Las palabras de Kate se apagaron. Se sentía cansada, como si se hubiese quitado un peso de encima. Nunca le había contado a nadie toda la historia -había vivido siempre tan cerca de su corazón-, y cuando bajó la vista le sorprendió descubrir que estaba cogiendo la mano de Scott. No podía decir si él había acercado la suya para cogerla o si había sido ella quien lo había hecho.

Retiró la mano para secarse las lágrimas, riéndose ante la tontería de su llanto. Pero no había contado la historia completa, la parte de su madre muriendo sola en el hogar de ancianos sin que su hija estuviera a su lado, o la del gorrión que se posó en su cabeza durante el funeral.

A través del humo de los cigarrillos, las conversaciones y las cabezas de la multitud, Vickie vio a Scott y alzó el pulgar: la inauguración era un éxito.

Scott palideció por dentro.

Ella estaba siempre dispuesta para los grandes acontecimientos, pensó.

Sabía que estaba siendo desagradecido, pero no podía evitarlo. Era agradable que hubiese acudido tanta gente. En la galería estaba presente más de la mitad de la comunidad de fotógrafos de la ciudad, aunque ésa no era la palabra más adecuada para describir a un grupo de personas tan disparatadas, irritables y reflexivamente antisociales. No era que se hubiesen enviado tantas invitaciones, pero la noticia se había extendido como un reguero de pólvora.

Scott podría haber interpretado el hecho de que hubiera acudido tanta gente como un tributo hacia él, una muestra de respeto que le profesaban. Pero eligió no hacerlo. ¿Por qué colocar un acento tan positivo sobre las cosas cuando lo negativo está ahí paró guiarte?

Vickie se abrió paso hasta llegar a su lado. Sostenía su copa de vino con bastante inestabilidad y derramó un poco en el suelo, luego le hizo bajar la cabeza como si quisiera susurrarle algunas confidencias al oído.

-Es un éxito -dijo en voz tan alta que él retrocedió. Se obligó a sonreír.

Vickie continuó, hablando en un tono cada vez más alto para hacerse oír.

-Un montón de gente se ha acercado a mí para preguntarme si podían comprar algunas de las fotografías. ¿Qué te parece?

-No. No están a la venta.

- ¿Por qué no? -insistió ella, tambaleándose por los efectos del vino.

-Porque no quiero venderlas, por eso.

-Oh, Scott. Eres tan deprimente. Toma, bebe un poco de vino.

Encontró un resquicio en medio de la concurrencia y lo aprovechó para alejarse de Vickie. Estaba sudando profusamente y le faltaba el aire. En ese momento no había otra cosa en el mundo que deseara tanto como una copa de vino. Pero, gracias a Dios, hasta ahora al menos, había sido capaz de resistir ese deseo. Consiguió llegar hasta el extremo de la sala, donde había cuatro personas reunidas delante de la última fotografía. Una instantánea de Tyler en la habitación del pabellón del hospital. En el último minuto había decidido incluirla y lo había hecho en un lugar de honor. En el instante en que la hubo colocado, lo lamentó, pero entonces volvió a sentir que esa fotografía pertenecía a ese lugar y no se resignó a quitarla. Vickie había insistido para que la conservara como parte de la exposición. Le confería un poderoso clímax a toda la serie.

Temía escuchar lo que esas personas estaban diciendo, pero no pudo resistirse y se acercó al grupo. Dos hombres y dos mujeres jóvenes, y ninguno de ellos lo conocían.

-Es horrible -dijo una de las mujeres-. Realmente horrible. Oí decir que fue un accidente en la montaña. - ¿Qué edad tenía? ¿Catorce, quince años? -Preguntó la otra mujer-. ¿No era muy joven para hacer escalada?

-Esta fotografía me aterra -comentó uno de los hombres.

Scott se abrió paso por el borde de la multitud hacia la puerta de cristal de la entrada. Apoyó la mano en la región lumbar de un hombre y lo apartó de su camino bruscamente. Por fin llegó a la puerta y la empujó con fuerza. - ¡Ay! -se oyó del otro lado.

Scott alzó la vista y encontró a Kate, frotándose la nariz.

Salió de la galería. -No entre ahí -dijo. - ¿Por qué no? -Simplemente no lo haga.

-No sea ridículo, he salido justamente para ver la exposición. -Kate seguía frotándose la nariz dolorida-. Al menos podría decir «lo siento».

- ¿Porqué?

-No importa, me recuperaré. Pero suélteme el brazo. Kate se apartó de él.

-Hablo en serio, no entre ahí. -Tendrá que darme una buena razón.

-Porque no quiero que vea las fotografías. No tiene sentido. Toda la idea... es un error. Nunca debería haberlo intentado.

-Hay un montón de gente, y parece que están disfrutando.

-Disfrutando. Se supone que no deben disfrutar. -De acuerdo. He utilizado una palabra inadecuada. Lo que quería decir es que sus fotografías parecen afectar a quienes las están contemplando. ¿Le parece mejor así? -No mucho.

- ¿Qué es lo que le pasa? Parece raro.

-Todo este asunto ha sido una equivocación. - ¿Cómo puede decir eso?

-Porque es la verdad. Y si Tyler estuviese vivo y viera esto, él... él se sentiría mortificado.

-No lo creo. Quiero decir, es una forma de presentar su vida, quién era.

-Quién era. ¿Y usted qué sabe? Nunca lo conoció. -Pero ¿qué le ocurre? ¿Por qué dice esas cosas?

-Es verdad. Usted llegó al final, cuando él ya no era el mismo.

-Aun así, siento que lo conozco de alguna manera, he oído muchas cosas...

-Usted no lo conoció.

-No, pero casi siento que lo hice.

La mente de Scott estaba en la barra de la galería, en los camareros que ofrecían copas de vino tinto y blanco a todo el mundo. Sería tan sencillo... Y era una inauguración; eso es duro para cualquiera.

-No debería haber incluido esa última fotografía, la del hospital.

-Puede quitarla.

-Es demasiado tarde. En su lugar debería haber puesto una foto de los médicos, una fotografía de grupo, tal vez con sus uniformes de quirófano...

-Scott... vamos.

-... sonriendo a la cámara. -Scott... no diga eso. - ¿Por qué no?

Se alejó rápidamente calle abajo en dirección al río. A mitad de la manzana, se volvió y miró hacia la galería. Kate estaba de pie frente a la puerta, indecisa, una mano apoyada en el pomo. Ella no vio que él la estaba mirando. Scott apretó el paso.

Entonces la puerta se abrió de par en par. Una pareja salió de la galería y se dirigió a una limusina que esperaba junto al bordillo, la risa de la mujer retumbando en el silencio del anochecer. Con la puerta abierta que parecía invitarla a pasar, Kate miró la espalda de Scott, que se alejaba hacia el río, y entró en la galería.

Ya era casi medianoche cuando Scott entró en la galería con la pequeña llave de latón que Vickie le había dado. Los desperdicios dejados por la masiva concurrencia estaban por todas partes. Vasos de plástico vacíos y a medio llenar cubrían las mesas y los antepechos de las ventanas, algunos de ellos contenían colillas de cigarrillo abiertas como flores rancias. El aire estaba viciado de olor a cigarrillo. Alguien se había dejado un pequeño bolso negro olvidado en un rincón.

Cuanto más elegante era la gente, más inmunda era la basura que dejaban, pensó.

Conservó la iluminación tenue, y las fotografías que lo rodeaban adquirieron una apariencia fantasmagórica en la penumbra. Se acercó a la última sección de la exposición y, con mucha delicadeza, desprendió de la pared la foto de Tyler en la cama del hospital y la llevó bajo el brazo al cuarto de trabajo que había en la parte trasera de la galería. Encendió las luces y, por un momento, le cegó la brillante claridad de los focos. Colocó la fotografía sobre la mesa de trabajo y se sentó ante ella, estudiándola. Lo llenó de espanto y furia, como siempre, aunque esta vez más, solo y de noche en una habitación sofocante.

Se sentía inexplicablemente extraño. Miró a su alrededor, examinando el lugar, observando las sombras en los rincones, detrás del archivador, el reflejo oscuro de su perfil anguloso en la única ventana de la pared posterior. Le invadió una oleada de ansiedad. Tenía la sensación -absurda, lo sabía- de que allí había alguien más, observándolo.

Intentó sacudirse esa sensación, trató de seguir con la tarea que tenía por delante. Colocó la fotografía boca abajo y aflojó suavemente los tirantes de la parte trasera, quitó el fino cartón y luego el marco blanco biselado. Levantó la fotografía para examinarla detenidamente. Y sintió un escalofrío en la espalda que subió hasta los hombros.

Allí estaba, la última fotografía de su hijo: las sábanas blancas, la cama antiséptica, la pequeña figura embutida en blanco, envuelta como una momia. El rostro de Tyler, el rostro que Scott conocía tan bien, estaba aplastado bajo los vendajes en una mueca hasta volverlo casi irreconocible. Lo estudió minuciosamente, intentó mirar a través de las sombras. ¿Eran acaso líneas de dolor las que aparecían en su rostro? ¿Las mejillas estaban hinchadas a causa del accidente o como consecuencia de la operación? ¿Su apariencia era tan cérea porque su cuerpo estaba tratando desesperadamente de bombear la sangre hasta su cerebro herido? Cuanto más miraba la imagen de Tyler, mayor era el número de preguntas que se agolpaba en su cabeza. Ahora casi podía oír en el fondo el incesante zumbido de las máquinas. Podía oírlas, el ritmo regular de los pulsos electrónicos que imitaban los ritmos de la vida.

¿Qué era lo que le había ocurrido para que colocara esa fotografía ante miles de

desconocidos? Era una burla a todo el concepto que había detrás de la exposición. No era vida, no era la vida de un chico, sino todo lo contrario, la ausencia de vida, vida artificial. Su propio cerebro estaba tratando de eliminar esta misma imagen de su memoria y él la había colocado en la pared como la conclusión de la vida documentada de su hijo.

Nuevamente sintió que la ansiedad se apoderaba de él. Estaba empapado en sudor. Tal vez estaba siendo castigado, se estaba castigando a sí mismo, por mala fe. La letra de una canción acudió a su cabeza:

'Cause I'm free... Free fallin'...

¿Dónde la había oído por última vez? Santo Dios, había sido en el funeral de Tyler, por supuesto.

Cogió la fotografía, la sostuvo con ambas manos y luego, con mucho cuidado, la dobló por la mitad y la rasgó por el centro. Reunió las dos mitades y volvió a rasgarlas y así continuó hasta formar pequeños montones que dejó sobre la mesa.

Imaginó que estaba oyendo un grito, pero evidentemente no era así. ¿Quién era entonces esa otra persona? ¿Una conciencia culpable?

Lanzó los trozos de la fotografía al interior de una papelera y tan pronto como llegaron al fondo sintió una imperiosa necesidad de abandonar aquel lugar asfixiante. Pero antes tenía que hacer una cosa más.

La exposición estaba en la página web de la galería. Tendría que entrar allí con el ordenador de la galería si quería erradicar completamente esa imagen odiosa. Se sentó ante el ordenador, lo encendió y esperó a que la pantalla se llenara. Al hacerlo, dejó de sudar y comenzó a sentirse extrañamente frío. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaba enfermo? ¿Por qué estaba temblando de esa manera?

La pantalla estaba lista. Una superficie de hojas revueltas, iconos, un clic para conectarse a la Red. La máquina le pidió la contraseña y se dispuso a teclear la de Vidie. Tenía los dedos apoyados en el teclado. Y entonces, antes de que tocara una sola tecla, allí estaba. Su propia contraseña apareció en la pantalla.

Allí estaba, letra por letra:

DINGO

Pero ¿cómo era posible? No recordaba haberla introducido en el ordenador.

Además, se suponía que las contraseñas no se mostraban de ese modo. ¿Y por qué había aparecido letra por letra, casi como si hubiese alguien en el otro extremo, alguien tecleándola laboriosamente? ¿En el otro extremo de... qué?

«El ordenador debe de tener un virus», pensó. Eso o había incorporado de alguna manera su contraseña la última vez que lo había utilizado. No le gustaba nada todo aquello, se suponía que eran datos inviolables. Tal vez, de alguna manera, uno de esos piratas informáticos se había apoderado de ella. ¿Quién podía saber el daño que podía causar? Scott comenzó a pensar en sus archivos, qué clase de información guardaba allí: información económica, correos electrónicos, el material habitual. Nada que fuese realmente personal, nada que debiera lamentar si lo perdía. Su vida no era lo bastante interesante como para tener secretos profundos y oscuros, pensó irónicamente.

Pero entonces sus reflexiones cesaron de golpe. La pantalla cobró vida, sus manos no estaban sobre el teclado... sin embargo, las palabras comenzaron a aparecer solas.

Otra vez, lentamente, letra por letra, como si alguien, en alguna parte, estuviese pulsando las teclas. ¿Sería una especie de jerga?

EL

Esperó casi sin aliento mientras las palabras seguían apareciendo en la pantalla y la oración cobró sentido.

EL NI

Y, cuando lo hizo, cuando la oración estuvo completa, casi le dio un ataque. No era un mensaje sin sentido.

EL NIÑO ESTABA ABURRIDO.

«Nadie sabe eso, sólo Tyler y yo. Él debió de contárselo a alguien. Alguien ha entrado en el ordenador. Y conocen nuestro secreto... nuestra forma secreta de comunicarnos. La historia que yo le contaba todas las noches.»

Pero no se detuvo allí. El ordenador continuó, solo, ahora un poco más deprisa, hasta completar el mensaje.

DE MODO QUE BUSCÓ DEBAJO DE SU CAMA Y ALLÍ ENCONTRÓ SU PIEDRA MÁGICA. LA FROTÓ Y ENTONCES SUCEDIÓ ALGO MUY EXTRAÑO.

«Esto es muy extraño -pensó Scott-. Extraño y enfermizo. Pero voy a llegar hasta el fondo de esto. Y quienquiera que sea el responsable lo pagará caro.»

Apagó el ordenador sin haber cerrado el programa. Luego apagó las luces y salió disparado de la galería, tan furioso que regresó andando hasta el loft. Sacó a Cometa a dar un paseo y pasó dos veces por delante de un bar, felicitándose por no haber entrado, pero preocupado porque la tentación había sido muy fuerte.

El padre de Johnny se sorprendió al oír la voz de Scott, una mezcla de sorpresa y nerviosismo porque no esperaba su llamada y porque no habían vuelto a hablar desde el funeral, hacía un mes.

La familia estaba tratando de recobrarse a su manera y reconciliarse con el pasado. Johnny no quería hablar del accidente. Su padre y su madre habían intentado convencerlo de que no había sido culpa suya, que había hecho todo lo que se esperaba de él en una situación así. Pero sus palabras se deslizaban como las gotas de lluvia sobre el cristal de una ventana. Johnny se había encerrado en sí mismo y no quería recordar nada de lo sucedido. Había construido una concha a su alrededor. Dos semanas después del accidente lo llevaron a un psicólogo, pero los resultados no fueron mucho mejores. Johnny lloró una vez, desconsoladamente, informó el terapeuta, al describir cómo se había caído Tyler, cómo había tratado de correr montaña abajo para llegar hasta él y cómo en un principio no podía encontrarlo. Luego se quedó en silencio, negándose a seguir hablando del tema.

- ¿Por qué los chicos cargan con tantas culpas? -Le preguntó el padre al terapeuta después de la última sesión-. ¿Por qué creen que las cosas malas que suceden son culpa suya?

El terapeuta se encogió de hombros y lo miró fijamente antes de responder:

-No sólo los chicos.

Y ahora allí estaba Scott, llamando por teléfono para hablar con Johnny.

-Por supuesto, ahora lo llamo -dijo el padre. Pero no abandonó la línea-. Dime, ¿cómo estás, cómo te sientes? Se sintió estúpido por haber utilizado unas palabras tan comunes, las que uno usaría para hablar con alguien que ha tenido un dolor de muelas.

-Bien -respondió Scott-. ¿Cómo está Johnny? Estoy preocupado por él. No parecía estar muy bien la última vez que lo vi.

-No, no lo está. - ¿Habla de ello?

-No, ni una palabra. Ése es uno de los problemas. El koala que le diste, sin embargo, fue un gesto generoso por tu parte. Significa mucho para él... duerme con ese muñeco todas las noches. -El padre de Johnny no abandonó la línea-. Scott, ¿puedo preguntarte para qué quieres hablar con él?

-Quiero preguntarle algo. - ¿Qué?, si puedo preguntarlo. Scott hizo una pausa, pensando, luego dijo:

-Bueno, ha ocurrido una cosa muy extraña. Anoche, cuando fui a utilizar el ordenador, mi contraseña apareció en la pantalla sin que yo hubiese tocado el teclado, y luego... aparecieron otras cosas. Palabras que se escribían solas y algunas de ellas... Mira, todo esto resulta difícil de explicar. Sé que parece una locura...

-Continúa.

-Bien, una de las cosas que aparecieron en la pantalla era algo que solamente conocíamos Tyler y yo, que yo sepa, y por eso quiero saber si Johnny y él hablaron alguna vez de ello.

- ¿Y eso qué probaría?

-No lo sé. Pero necesito saber cómo sucedió eso en el ordenador. Si hay un pirata informático o algo parecido. - ¿Crees que Johnny puede estar involucrado en algo así?

-No, por supuesto que no. En absoluto. Sé que nunca sería capaz de hacer algo semejante. Pero, como te he dicho, necesito saber qué es lo que está pasando y pensé que, tal vez, Johnny tuviese alguna idea de dónde buscar. -Ah... Oye, espera un minuto.

El padre de Johnny cubrió el auricular con una mano. Su esposa estaba a su lado y había oído el final de la conversación. Tenía una expresión preocupada. Él la puso al tanto de lo que sucedía. Scott oía unos sonidos amortiguados, luego la voz del padre, exasperada, hablando con su esposa.

-Lo sé, lo sé.

Volvió a ponerse al teléfono.

-Bien, lo he comentado con Sarah y esto es lo que pensamos: trataremos de encontrar una respuesta a tu pregunta. Pero será mejor que nosotros hablemos con Johnny. Quiero decir, sé que no es nada comparado con lo que has tenido que pasar, pero este asunto también ha sido muy duró para él.

_Scott le dijo que lo entendía y que estaba preocupado por Johnny. Pero quería una respuesta; necesitaba tener una respuesta. Y tal vez el muchacho podría hablar con sus padres más fácilmente que con él.

-De acuerdo -dijo-. Bien, tienes que preguntarle por un personaje inventado... llamado Jingo. Es un muchacho que yo utilizaba para contarle historias a Tyler a la hora de dormir, y la narración siempre comenzaba de la misma manera. Lo que tienes que preguntarle a Johnny es cómo comienza la historia.

El padre de Johnny sintió una punzada de compasión. - ¿Cómo comienza?

-Sí, eso es todo. Y vuelve a llamarme... pronto, por favor. Necesito saberlo.

-Por supuesto.

-Y espero que Johnny esté bien. -Gracias.

Colgaron.

Ese mismo día, un poco más tarde, cuando la madre de Johnny le preparó un almuerzo compuesto de sopa de tomate y un bocadillo de salchicha -su favorito- y puso el plato delante de él, dejó caer el tema con mucha delicadeza. ¿Por casualidad había oído hablar de un personaje de ficción llamado Jingo? ¿Un personaje de esos cuentos de hadas que se explican en las guarderías? Johnny se quedó atónito... No, en absoluto. Por qué se lo preguntaba, quiso saber, y su madre le respondió: «Oh, por ninguna razón en especial, en realidad. Era sólo curiosidad», como si hubiese sido la pregunta más natural del mundo.

El padre de Johnny llamó a Scott y le explicó lo que había pasado durante el almuerzo. Cuando colgó el auricular, se volvió hacia Sarah, sacudió la cabeza y dijo:

-Santo Dios, está hecho polvo. Oye cosas, ve cosas. Ojalá hubiese algo que pudiéramos hacer por él.

-Tiene que buscar ayuda -dijo ella-. Tiene que salir de ese estado.

-Johnny no ha podido.

-Eso es diferente -repuso ella, retirando los platos-. Es nuestro hijo.

Aquella misma tarde, Scott regresó a la galería. Cuando entró, Vickie estaba al teléfono. Sosteniendo el auricular en el cuello, lo señaló con un índice con la uña perfectamente pintada y frotó el otro contra él, un gesto cariñoso que significaba que había sido un chico malo. Habló unos minutos más mientras él esperaba y luego colgó, soltó un profundo suspiro y procedió a recriminarle que se hubiese marchado de ese modo de la exposición el día de la inauguración.

-Una de las mayores exposiciones del año y eliges ese momento precisamente para convertirte en un artista sensible, nada menos que tú. Por Dios, Scott, solías fotografiar chabolas, hambrunas, guerras. Y ahora, mírate, un puñado de grandes derrochadores del Upper East Side y te escapas con el rabo entre las piernas.

Él no dijo nada.

-Si pudiera haber vendido tus fotografías, ahora estarías ante una mujer rica. Aunque, por supuesto, siempre estás a tiempo de cambiar de idea.

Él negó con la cabeza.

-Y veo que has quitado la última fotografía. No ha sido muy inteligente por tu parte. Deja el conjunto incompleto. Me habría gustado que lo hablásemos antes.

Entonces de dio cuenta de que Scott parecía preocupado.

-Y ahora... no estás escuchando lo que te digo. ¿Tengo razón o no?

-Necesito usar tu ordenador -fue todo lo que dijo. Ella giró una muñeca hacia la habitación trasera, en un gesto de diva.

-Sírvase usted mismo, señor artista.

La habitación tenía exactamente el mismo aspecto que la noche anterior. Los papeles estaban en las mismas pilas en el archivador y el cenicero estaba a rebosar de colillas manchadas de lápiz de labios. La papelera aún contenía los trozos de la fotografía que él había destruido. Y, en medio del escritorio, con el teclado extendido, la pantalla oscura y apuntando hacia arriba, como si esperase ansiosamente ponerse en marcha, se encontraba el ordenador.

Dio una vuelta alrededor de la máquina, se sentó delante de ella y luego se levantó. Se acercó a la puerta y gritó:

- ¿Cuánto tiempo te quedarás? -No mucho -respondió ella.

Se acercó a la puerta y se apoyó en el marco.

- ¿Por qué? ¿Tienes pensado visitar algunas páginas porno? Ten cuidado, pueden ser rastreadas, ¿lo sabes? No quiero que me cierren el negocio.

Scott volvió la cabeza.

-El arte es una cosa -continuó ella-. Y la pornografía es otra.

Él le dio la espalda.

-Bien, sé cuando no me quieren. De todos modos, ya me marchaba. Sólo necesito un minuto para recoger mis cosas.

Sus tacones altos resonaron sobre el suelo de madera. -No te olvides de cerrar con llave -gritó desde la puerta de entrada.

Esperó a que la puerta se cerrara. Luego volvió a sentarse, se rodeó el cuerpo con los brazos y clavó la vista en la pantalla vacía y gris. Tenía profundidad, algo que no había advertido antes, y podía ver su reflejo. El rostro que lo miraba estaba demacrado y ojeroso. Sus ojos eran dos pozos de tristeza. Pasó las manos sobre el teclado como un hombre que se sienta por primera vez ante el piano. Esperó un momento. Luego se inclinó ligeramente, encendió el ordenador y se recostó en el respaldo, lejos de la pantalla. Oyó el zumbido de la máquina al ponerse en marcha. Miró el monitor de reojo y esperó un poco más mientras las luces parpadeaban y números y letras incomprensibles atravesaban la pantalla, luego aparecía el familiar salvapantallas con hojas volando en el viento. Su visión hizo que se sintiera un poco mareado.

Notaba una vena que latía con fuerza en su cuello, también podía oírla, latiendo dentro de sus oídos. Tenía erizados los pelos de la nuca. Comenzó a sudar, igual que la noche anterior, y pensó que también estaba empezando a temblar, a menos... a menos que se lo estuviese imaginando.

Observó la pantalla atentamente. Cliqueó el icono para conectarse a la Red. La máquina le pidió la contraseña. El cursor parpadeaba.

No pasaba nada. Absolutamente nada.

Esperó. El cursor seguía parpadeando. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar?

Entonces apareció en su mente el pensamiento que él no habría querido tener nunca, y lo tradujo en forma de una pregunta a sí mismo, de modo que casi podía oírse hablando: « ¿Y si no vuelve a aparecer?».

Desconocía la respuesta. Se formuló otra pregunta: ¿Cómo se sentiría? ¿Profundamente

aliviado, como si una pesadilla ya hubiera pasado, o decepcionado? ¿Por qué, si estaba completamente convencido, como se había dicho a sí mismo, de que el suceso de la noche anterior no había sido más que una jugarreta maliciosa? ¿Quién más podía estar enterado de su ritual secreto?

¿Debía seguir conectado?

Lo hizo. Tecleó su contraseña.

DINGO

... ya estaba dentro.

¿Y ahora qué? No lo sabía.

Esperó unos minutos más y, sin saber qué otra cosa podía hacer, comenzó a escribir ociosamente... o tal vez no tanto:

HABÍA UNA VEZ UN NIÑO QUE ESTABA ABURRIDO.

Pulsó Enter. Nada. Continuó escribiendo:

DE MODO QUE UN DÍA BUSCO DEBAJO DE SU CAMA.

Enter. Nada.

Y ALLÍ ENCONTRO UNA PIEDRA MÁGICA.

Enter.

Esperó un buen rato, hasta que se sintió estúpido y confundido. Apagó la máquina y las luces, cerró la puerta de la galería con llave y se marchó a casa.

Scott oyó los ladridos de Cometa antes incluso de que el ascensor se detuviera en el piso. Se sintió culpable, lo estaba dejando solo demasiado tiempo esos últimos días. Y, además, estaba seguro de que el perro echaba de menos a Tyler, quien acostumbraba a llevarlo a dar largos paseos por Chelsea Park y dejaba que durmiese en su cama.

Como era previsible, vio el charco de orina en cuanto abrió la puerta. No había podido esperar. Cometa estaba muy excitado. Saltó para saludarlo, apoyando las patas delanteras en sus costillas, y luego comenzó a dar vueltas por el loft. Nunca lo había visto de esa manera; gemía de alegría, y eso hizo que se sintiera aún más culpable.

-De acuerdo, muchacho, de acuerdo. Tranquilo. Te sacaré dentro de un minuto -dijo, mientras le acariciaba el cuello, luego lo tumbó de espaldas y le rascó el vientre rosado, haciendo que su pata trasera bailara en el aire. No cabía duda de que estaba excitado-. Sólo estamos nosotros dos -añadió, sin saber por qué.

Limpió con servilletas de papel la zona donde había orinado y luego las arrojó a la bolsa de la basura. Mientras buscaba debajo del fregadero una bolsa nueva, golpeó algunas botellas, un sonido que conocía demasiado bien. Se levantó y se apoyó contra el fregadero, pensando.

«Qué diablos -decidió-. Vamos a hacerlo.» De modo que sacó una botella de whisky J&B, luego otra y una tercera, que estaba medio llena. Una tras otra vació el contenido en el fregadero. El característico olor a grano fermentado le llegó directamente al cerebro. Esperaba estar haciendo lo correcto. Hacía tiempo que tenía intención de deshacerse de esas bebidas, pero algo siempre lo había detenido: la reconfortante certeza de que el licor estaba allí si él realmente lo necesitaba. Al mismo tiempo, su presencia le confería una falsa sensación de fuerza de voluntad, por ser capaz de negarse a beber cuando tenía el alcohol al alcance de la mano. En cualquier caso, pensó, seguía siendo un esclavo de la bebida. Mejor desprenderse de ella de una vez y para siempre.

«Sin lamentaciones», pensó mientras el último resto del líquido marrón se escurría por el sumidero. Descubrió su rostro reflejado en el pequeño espejo que había encima del fregadero; no estaba mal, tal vez un poco pálido, unas cuantas arrugas más, pero seguía siendo él, a pesar de lo sucedido. Y pensó que sería mejor si lo decía en voz alta, de modo que así lo hizo, mirándose directamente a los ojos: -Sin lamentaciones.

Luego recogió la bolsa de la basura y la correa de cuero verde de Cometa que colgaba de un gancho en la puerta. Habitualmente, cuando veía la correa, Cometa comenzaba a dar vueltas a su alrededor, pero ahora parecía confundido y continuaba gimiendo con la cola baja.

-Venga, chico.

Cometa se sentó en el ascensor. Su amor por ese animal era mucho más grande desde que Tyler no estaba. No se molestó en analizarlo, pero sabía que la razón era que el perro era una de las escasas conexiones que le quedaban con su hijo.

Salieron juntos al aire de la noche, ahora prematuramete frío. Scott lanzó la bolsa con basura y las botellas vacías a un contenedor y echó a andar hacia el este por la calle Veintiocho, pasando por delante del cartel de «Hermanos Lieberman» colocado encima de la vieja tienda. Las aceras estaban desiertas excepto por una pareja de novios que cruzaban la calle cogidos del brazo. Se alegró de que no se tratase de un hombre y un muchacho. Cada vez que se topaba con una pareja así, el dolor era tan intenso que se le hacía insoportable. Aquella misma tarde se había encontrado a un padre que llevaba a su hijo de la mano y el chico le hacía preguntas desde la altura de la cadera: « ¿Papá, por qué las cosas parecen diferentes si abro un ojo y cierro el otro muy deprisa?» y « ¿Por qué está pidiendo dinero ese hombre? ¿Por qué no trabaja?».

Scott había sentido deseos de coger al hombre del brazo, advertirle, echando espuma por la boca como el viejo lobo de mar: «Por Dios, disfrute de esta bendición; cada segundo que pasa es un tesoro incalculable».

Los taxis redujeron la velocidad en la Octava Avenida, no por él, sino por un hombre que estaba en la acera de enfrente. Una persona que pasea a un perro raramente coge un taxi. Dobló la esquina, luego regresó en dirección oeste por la Veintisiete, de cara al viento que soplaba desde el río, luego cubrió una manzana y se dirigió nuevamente al este hasta llegar al portal de su edificio. Cuando entraron en el ascensor, Cometa parecía excitado de nuevo. Una vez en el interior del loft comenzó a gemir, de modo que le puso su comida. Pero no la probó.

El ordenador de Scott seguía encendido porque había estado escribiendo una carta. Sin ningún motivo en especial, se sentó ante la pantalla y pulsó una tecla, haciendo que el protector de pantalla se esfumara y el fondo blanco cobrara vida.

Y entonces comenzaron a aparecer palabras, sin que él tocase el teclado, de la misma forma lenta y laboriosa que la vez anterior. Las palabras que aparecieron en la pantalla eran:

AL PRINCIPIO SINTIÓ CALOR Y LUEGO SINTIÓ FRÍO.

Una larga pausa. Scott apoyó los dedos en el teclado casi sin aliento. Escribió:

Y DESPUÉS EL CALOR DISMINUYÓ Y EL FRÍO TAMBIÉN.

Esperó, desconcertado, asustado, sin ira esta vez. El ordenador tardó apenas unos segundos en contestar, las letras aparecieron más rápidamente esta vez:

Scott sintió una oleada de pánico. No estaba seguro de recordar el resto de la historia. Tal vez era imprescindible que la escribiera sin errores; tal vez si no lo hacía el hechizo se rompería. ¿Cómo estaba sucediendo eso? ¿Cómo podía un ordenador hacer algo semejante? Escribió rápidamente:

HABÍA UNA ENORME MANSIÓN BLANCA Y DINGO SUBID LA ESCALERA QUE LLEVABA A LA ENTRADA PRINCIPAL, ABRIÓ LA PUERTA Y FRENTE A ÉL HABÍA UN LARGO CORREDOR, QUE SE EXTENDÍA HASTA DONDE ALCANZABA LA VISTA...

Hizo una pausa y esperó, sin aliento. No sucedió nada. «Tal vez he cometido un error. ¿Qué pasa si las palabras no son las correctas? Tal vez me haya excedido.»

Tuvo la sensación de haber roto una especie de encantamiento, una invocación. Y cuanto más tiempo pasaba sin que recibiera una respuesta, más se convencía de que había cometido un error y el pánico aumentaba. ¿Debería teclear una pregunta? ¿Preguntar quién estaba haciendo eso, cómo estaba sucediendo?

Pero entonces, para su alivio y su horror, comenzaron a formarse más palabras, lentamente, como si procedieran de un lugar muy profundo. Cuando las leyó, sintió que le arrancaban el corazón del pecho.

PAPÁ. AYÚDAME. AYÚDAME, PAPÁ

Scott se abalanzó sobre el teclado. Golpeó las teclas con furia.

TYLER, HIJO. ¿ERES TÚ?

No hubo respuesta. Esperó varios minutos, tratando de silenciar los latidos en sus oídos, tratando de pensar. ¿Debería volver a intentarlo, afectaría eso la respuesta de donde... de dondequiera que viniese? Volvió a intentarlo.

¿TYLER, DÓNDE ESTÁS?

Esta vez la respuesta llegó incluso más lentamente que antes, cada letra necesitaba cinco, diez segundos, de modo que antes de que la palabra estuviese completamente formada, él supo lo que diría. Y también supo que estaría con él para siempre y que su vida nunca volvería a ser la misma.

La respuesta decía:

EN TODAS PARTES.

Saramaggio entró en la cafetería del St. Catherine con la bandeja en las manos, buscando un rostro amigo con quien compartir la mesa. Vio que algunas de las personas lo miraban e imaginó que estaban hablando de él, o lo harían tan pronto como volviese la espalda. Examinó la sala casi con desesperación.

Después de aquellas semanas alejado del hospital, se sentía un tanto nervioso ante el regreso a su actividad habitual y mucho más ante la perspectiva de volver a operar. En una ocasión había oído una historia acerca de los obreros de la construcción que caminaban por las vigas de acero a medida que el edificio iba ganando altura, que no sentían miedo cuando se elevaban desde el nivel del suelo hasta una altura de vértigo piso a piso, pero dejaban que se marcharan durante tres semanas de vacaciones y regresaban a un edificio que, durante su ausencia, había aumentado su altura en cinco o seis pisos y entonces enfrentraban los temblores. Así era como se sentía en ese momento.

Después de la horrible noche en fa que Tyler había muerto, necesitaba esas semanas de descanso. Se había sentido alentado por el discurso que había pronunciado el padre del muchacho en el funeral, sus palabras acerca de los avances médicos y la necesidad de aliviar el sufrimiento humano a largo plazo mostraban un espíritu de generosidad y perdón que estuvo a punto de hacerlo llorar. Sintió que iban dirigidas a él y las tomó personalmente.

Pero no podía convencerse de que las mereciera. Y tampoco aliviaron la enorme carga de culpa que sentía. Porque era lo bastante honesto para reconocer que su cuota de culpa en todo lo que había ocurrido era muy grande. Había ignorado las implicaciones del dolor de Scott y había presionado para seguir adelante con la operación de Tyler, en parte porque quería ensanchar las fronteras de la medicina, pero también porque deseaba satisfacer su propia ambición. Y había cruzado la línea y superado el juramento hipocrático al depositar tanta confianza en las máquinas de Cleaver. Una voz en lo profundo de su ser le había dicho que confiar en un ordenador para que dirigiera el funcionamiento del sistema nervioso autónomo era una cuestión tan complicada que las probabilidades de que el experimento fracasara eran enormes. Siempre se había sentido orgulloso de la clarividencia del cirujano y, esta vez, la había descuidado.

Y había algo más. Aquella noche había mostrado un juicio equivocado; se había doblegado ante las presiones, haciendo algo cuyas implicaciones sólo ahora comenzaba a discernir. Como consecuencia se sentía bajo el pie de Cleaver, lo cual le resultaba insoportable. Ese individuo siempre le había desagradado -a nadie le caía bien-, pero antes había sido capaz de acomodar ese sentimiento menospreciándole. Ahora, después de su confabulación secreta, tenía la impresión de que el poder se deslizaba hacia las manos de ese hombre. Su relación era como un balancín, y súbitamente, Cleaver era quien tenía ambos pies apoyados fuertemente en el suelo, mientras que Saramaggio se mecía, indefenso, en el aire.

Después de una semana de deambular abatido por su casa en Greenwich, paseando ocasionalmente por los senderos del Audubon Center mientras las primeras hojas del otoño se amontonaban a su alrededor, había decidido buscar ayuda profesional. Había elegido a un psiquiatra llamado Bill Swenson, a quien había conocido en sociedad pero no demasiado bien.

Ambos pertenecían al club de campo de Round Hill y se saludaban en el campo de golf con un respeto distante, miembros en extremos opuestos de la fraternidad médica.

Swenson accedió en ver a Saramaggio de inmediato -casi con alegría, pensó él-, e inicialmente sin cobrarle, con un acuerdo casi implícito (contenido en la expresión «usted haría lo mismo por mí») de que quizá en el futuro él podría requerir su ayuda. Pero ese acuerdo inicial se rompió cuando se hizo evidente que necesitaría más sesiones, y Saramaggio extendió su breve licencia añadiendo tiempo de sus vacaciones.

En la primera sesión, el cirujano se mostró cauteloso y permaneció en silencio la mayor parte del tiempo. Swenson le dijo que se estaba mostrando hostil y Saramaggio replicó, con un esbozo de sonrisa, que estaba actuando normalmente, como lo hacía siempre. En las sesiones siguientes, fue capaz de mantener ese aire de indiferencia defensiva, si bien en una o dos ocasiones, al hablar de Tyler, sintió que estaba al borde de las lágrimas.

En un momento dado miró fijamente a Swenson y le preguntó:

-Dígame, ¿es cierta esta cuestión de la confidencialidad del paciente?

- ¿A qué se refiere? -preguntó Swenson.

-Si yo le dijera que había hecho algo... poco ético... tal vez incluso ilegal, algo que sería suficiente como para perder el derecho a seguir ejerciendo mi profesión... ¿Estaría obligado a mantenerlo en secreto?

-Por supuesto. Siempre que no esté en peligro la vida de alguien. ¿Por qué lo pregunta?

-Sólo preguntaba. . -Vamos, vamos. Hay algo que le preocupa.

Y Saramaggio le dijo que, efectivamente, había algo que le preocupaba, pero lanzó una cortina de humo, diciendo que estaba preocupado ante la posibilidad de no poder volver a operar nunca más. Con un gesto dramático, alzó la mano derecha a la altura del brazo y la hizo girar de modo que sus finos dedos formaran órbitas en el aire. Cuando hizo explícito su miedo, en él había tanta verdad oculta que Swenson lo creyó y siguió la pista falsa.

Pero, en otros aspectos, Swenson era un buen profesional -no era casualidad que pudiese permitirse el lujo de tener una casa en Greenwich-, y después de varias semanas de sesiones intensivas, y con la ayuda de unas pequeñas píldoras blancas, consiguió que Saramaggio volviese a ponerse en pie, aunque un ojo experto podía ver claramente que la antigua seguridad del cirujano ya no era lo que había sido. La mañana en que Saramaggio regresó al St. Catherine, saludó a los médicos e incluso a los internos con los que se cruzaba en los pasillos.

Kate lo vio cuando entraba en la cafetería y bajó la vista a su bandeja, pero, ante su consternación, cuando volvió a alzarla, Saramaggio estaba junto a su mesa.

- ¿Le molesta si me siento con usted?

Ella no sabía cómo decirle que no, pero tampoco podía resignarse a acceder a su petición, de modo que movió ligeramente la cabeza y él lo tomó como una muestra de asentimiento. Al principio permanecieron en silencio y luego comenzaron a hablar de fruslerías. Pero finalmente, Kate, quien había comenzado a mostrarse menos dura aun a su pesar, descubrió que le quemaba la curiosidad. Lo miró con sus ojos azules y penetrantes y dijo:

-No es mi intención meterme donde no me llaman, y, por favor, dígame si lo hago, pero creo que debo preguntarle algo.

-Sí, por supuesto, adelante -contestó él, evitando mirarla a los ojos.

- ¿Está... está bien? Parece diferente desde que ha regresado al hospital.

- ¿Diferente? ¿Cómo? Quiero decir, ¿en qué sentido? -Parece..., bueno, parece menos engreído.

Kate había elegido deliberadamente una palabra que él podría encontrar insultante.

-Lo soy -contestó Saramaggio. Era una afirmación, no una pregunta.

Y eso fue suficiente para que empezara a hablar. Tal vez era la reacción de alguien que había recibido un curso intensivo de psicoanálisis, pero Saramaggio comenzó a hablar de sí mismo y de sus emociones. Dijo que le había resultado muy difícil superar la muerte de Tyler

y que incluso se sentía bastante culpable por ello. Habló del espectro de la depresión -aquello que Churchill llamaba «el perro negro»- y de cómo él, también, tenía su propio perro negro que le pisaba los talones. Incluso estuvo a punto de reconocer que se sentía algo preocupado ante la perspectiva de entrar en el quirófano y coger un bisturí.

«Asombroso -pensó ella-, verdaderamente asombroso. Quitas un ladrillo y toda la pared se viene abajo.» Kate sintió que quería reconstruirla, aunque no tan alta o impenetrable como antes.

- ¿Sabe una cosa? -dijo ella-. Creo que cometió un error, un terrible error. Pero lo que marca la diferencia es cuando alguien puede beneficiarse de ese error, cuando puede reconocerlo y aprender de él, y eso es lo que usted está haciendo.

Saramaggio la miró fijamente.

-Bueno, eso es verdad. Tal vez sea algo un poco trillado, pero es verdad al fin y al cabo.

Kate continuó diciéndole que pensaba que su habilidad como cirujano era superior a la de cualquier otro profesional que ella hubiese visto, que él tenía un don y se debía a sí mismo y a los demás volver a aplicarlo. Había un área, un área importante, en la que ella creía que tenía graves carencias, le dijo, y era en el terreno de la compasión. Citó a su mentor, A. B. Reinhardt, diciendo: «Un cirujano que es incapaz de imaginar lo que supone soportar los horrores que está perpetrando en otro ser humano no es un buen cirujano y tampoco es un buen ser humano». Saramaggio asintió en silencio.

-No quiero parecer una galleta de la fortuna -continuó-, pero creo que es cierto: la compasión y la empatía comienzan con nuestro propio sufrimiento. Sólo conociendo el dolor en nosotros somos capaces de comprenderlo y aprender a evitar provocárselo a los demás. Saramaggio la escuchaba atentamente.

-Permítame que le haga una pregunta -dijo él-. El padre, el padre de Tyler... ¿cómo se llama?

-Scott. Y, por cierto, podría comenzar su nueva hoja aprendiendo los nombres de los familiares de sus pacientes.

-Supongo que tiene razón. En cualquier caso, sólo me preguntaba, ¿cómo está?

Kate no esperaba esa pregunta y la desconcertó. -Yo... no sabría decirle. No lo he visto últimamente. -Oh. -Saramaggio permaneció en silencio un momento-. Yo pensé... pensé que ustedes dos estaban, ya sabe, muy unidos.

Kate se sonrojó intensamente y se sintió avergonzada por ello.

-Bueno, lo estamos. No lo sé. Es sólo que últimamente no lo he visto.

-Ah, lo siento.

Kate recordó la exposición de fotografía de Scott, su extraño comportamiento y la ira que lo embargaba aquella noche, sin ninguna razón aparente. Eso había ocurrido hacía sólo dos noches y ella había tratado de comunicarse con él al día siguiente pero él no le había devuelto la llamada. No había insistido. Por esa razón le estaba dando vueltas a la pregunta de Saramaggio. Se sentía mezquina y decidió que llamaría a Scott... en ese mismo instante.

Comenzaron a hablar nuevamente de la operación y ella tuvo la sensación de que Saramaggio estaba a punto de pedirle que formara parte del equipo de cirujanos. No estaba segura, honestamente, de si sería capaz de decirle que sí, porque aún no lo había perdonado por la forma en que la había tratado. En esta nueva atmósfera confesional sintió la tentación de hacérselo saber. Pero en ese momento vio que Saramaggio fruncía el ceño. Estaba mirando por encima del hombro de ella hacia la entrada de la cafetería. Se volvió y vio que Cleaver acababa de entrar y se colocaba en la cola, empujando su bandeja a lo largo de los raíles metálicos con gesto despreocupado. Por alguna razón, su exhibición de fanfarronería le pareció incluso más inquietante que cuando acostumbraba a moverse furtivamente.

Era todo muy extraño. ¿Por qué todo el mundo actuaba de un modo tan inusitado?

Kate se dirigía a su despacho, una habitación sencilla y sin ventanas que había heredado como la cirujana más nueva, cuando sonó el busca que llevaba en la cintura. Mostraba una extensión que no conocía. Llamó desde uno de los teléfonos de pared.

-Doctora Willet, soy la recepcionista... del mostrador del vestíbulo. ¿Podría venir, por favor? -La voz de la mujer se convirtió en un susurro confidencial-. Aquí hay un hombre que pregunta por usted. La conoce, o al menos eso dice.

- ¿Cómo se llama? -preguntó. Aunque ya lo sabía... o esperaba que así fuese.

-Es el señor Jessup. Dice que su hijo fue paciente del hospital. Pero actúa de un modo un tanto... no sé... agitado.

-Ahora mismo bajo -dijo ella.

Mientras se apresuraba para llegar al ascensor se sintió sobrecogida por la ansiedad. Aquello la sorprendió, de modo que se entregó a un ejercicio de introspección: deseaba reconocer un tumulto de sensaciones, alegría, alivio y preocupación, todas juntas. Incluso un poco de excitación. Durante las últimas cuarenta y ocho horas había hecho un esfuerzo por no pensar en Scott y, como le sucedía siempre en esos casos, el propio esfuerzo fue su peor enemigo. Ahora que él había ido a verla, ahora que era él quien había dado el primer paso, podía admitirlo. Estaba preparada para ser generosa. Nada de resentimiento. Pero ¿qué había querido decir la recepcionista con agitado? ¿Acaso había vuelto a beber?

Pero tan pronto como vio a Scott esa preocupación se desvaneció, aunque fue reemplazada con otra. Scott se paseaba nerviosamente por el vestíbulo. Parecía descontrolado y excitado, como si estuviese bajo los efectos de anfetaminas.

Cuando la vio no sonrió.

-Tiene que venir conmigo -dijo-. Me estoy volviendo loco, no sé qué hacer.

Ella supo de inmediato por su tono de voz que no estaba hablando de cuánto la había echado de menos. Scott la cogió de un brazo y comenzó a llevarla hacia la puerta.

-Espere un momento, no puedo marcharme de este modo. Estoy trabajando.

Él se detuvo en seco, en ello.

Kate continuó:

- ¿Y si tuviese que operar? - ¿Tiene que hacerlo?

-No. ¿Y si tengo que ver pacientes? - ¿Tiene que hacerlo?

-No.

-Entonces venga conmigo y salgamos de aquí. Kate accedió. En realidad no tenía nada que hacer. -De acuerdo. Pero deje que vaya a buscar mi abrigo. -No lo necesita. Hace calor.

-Muy bien.

-Tengo un taxi esperando.

Scott apretó el paso y desapareció delante de ella, cruzando la puerta giratoria.

-Pero tendrá que decirme adónde vamos -le gritó. Pretendía que sus palabras sonaran como una especie de ultimátum, pero a ella le pareció que era una modesta solicitud-. Yo también me alegro de verlo, muchas gracias -murmuró, pasando a su vez por la puerta giratoria.

El taxista estaba irritable y no precisamente feliz por haber tenido que esperar junto al bordillo cuando podría haber estado buscando una nueva carrera. Scott mantuvo la puerta abierta para que ella entrase, luego subió al coche y gritó su dirección a través del separador de plástico.

-De modo que ahí es adonde vamos -dijo ella alegremente, tratando de romper el hielo-. Está lleno de sorpresas.

Pero Scott no tenía ganas de jugar.

-Lo siento -dijo, mirando a través de la ventanilla-. Debería habérselo dicho.

Tenía una expresión tan preocupada que ella lamentó haber bromeado.

-Scott, ¿qué sucede? Parece realmente alterado.

-No quiero hablar aquí -repuso, haciendo un gesto con la barbilla en dirección al taxista, quien se hallaba con la cabeza inclinada hacia la izquierda para hablar sin parar a través de un teléfono móvil.

«Genial -pensó ella-. Ahora se está volviendo paranoico.»

- ¿De verdad? dijo ella-. No creo que esté escuchando. -Aun así... no, no se trata de eso. Es que parece tan increíble y tan extraño que tengo miedo de que no me crea. Quiero que se siente, le explicaré todo lo que ha pasado y, tal vez, si hay suerte, podré enseñárselo.

- ¿Enseñármelo? ¿Qué quiere decir con enseñármelo?

Pero él no contestó y volvió a mirar a través de la ventanilla. Ella se apoyó en el respaldo para continuar el viaje y también para poner a salvo su columna vertebral, ya que el taxista había comenzado a coger todos los baches como si su vida dependiera de ello.

- ¿Ni siquiera una pequeña pista? -preguntó.

Él volvió a mirar al conductor, sin dejar de farfullar en un lenguaje críptico.

-Creo que hay una posibilidad, una buena posibilidad, en realidad no sé cómo explicarlo, pero creo que tal vez Tyler sigue con vida. Al principio pensé que se trataba de algún cabrón que me estaba gastando una maldita broma, alguien del hospital o algo así. Pero ya no lo creo o, al menos, no estoy seguro.

Ella apartó la vista, se mordió el labio y gimió por dentro. «Oh, pobre Scott -pensó-. Desea con tanta fuerza que sea verdad, que su mente le está jugando una mala pasada.»

A pesar de su promesa de permitir que ella se sentara para contárselo con todo lujo de detalles, Scott estaba tan nervioso que comenzó a escupir toda la historia cuando subían en el vetusto y ruidoso montacargas que los llevaba al loft. Le explicó la experiencia que había tenido con el ordenador de la galería de arte y cómo la máquina había enviado la señal de su propia contraseña y luego le había contestado misteriosamente con respuestas que sólo su hijo conocía. Y luego cómo su ordenador había hecho exactamente lo mismo al día siguiente hasta que, finalmente, el propio Tyler le había enviado un mensaje -al menos dijo que era Tyler- y le había pedido ayuda y era evidente que estaba en problemas.

Ella le pidió que le repitiese las palabras del mensaje y él lo hizo así, ya que había memorizado perfectamente el intercambio de mensajes.

Una vez dentro del apartamento, Kate pidió café, dejando pasar el tiempo mientras pensaba qué decir. Antes de preparar el café, Scott se acercó al ordenador, apartándose unos pasos del escritorio para mirar la pantalla con aire expectante, como lo haría un peregrino al contemplar un icono religioso.

Luego fue a moler los granos en la cocina. Ella se volvió hacia él, invitándolo a continuar con la historia. -No sé cómo explicarlo -dijo-. Lo he repasado una y otra vez, como podrá imaginar, y no puedo llegar a ninguna conclusión. No tiene sentido, se mire como se mire. La única explicación que se me ocurre es que en alguna parte, de alguna manera, Tyler aún está vivo. Y no sólo eso, sino que está consciente, puede comunicarse conmigo, y necesita mi ayuda.

-Tal vez, como ha dicho, se trata sólo de una estúpida y horrible broma, de alguien increíblemente malvado o rencoroso...

-Por supuesto, eso tiene sentido. Pero me he estrujado el cerebro. Nadie que conozca sería capaz de hacer algo así. Sería algo monstruoso. Y, además, nadie, y quiero decir absolutamente nadie, sabe nada de Jingo y de las historias que yo le contaba a Tyler.

-Seguramente hay algún chico, tal vez alguien que un día se quedó a dormir aquí y oyó esas historias.

-No, nunca se las contaba cuando alguno de sus amigos se quedaba a pasar la noche. Era nuestro pequeño ritual privado.

-Tal vez Tyler pudo habérselo contado a alguien. -No, lo comprobé con la única persona a quien se lo podría haber dicho. Y, en cualquier caso, Tyler no habría hecho eso; como ya he dicho, era algo entre nosotros dos. Eso es lo que lo hacía especial y mágico.

Ella volvió a maravillarse, por enésima vez, ante lo buen padre que había sido Scott, criando a su hijo sin ayuda de nadie. Algún día le gustaría que alguien así fuese el padre de

sus hijos.

Scott le llevó el café. Ella bebió un pequeño trago, sopló la superficie caliente del líquido y dejó la taza. Era hora de adoptar un enfoque distinto.

-Scott, si toma distancia con respecto a la situación, verá que resulta difícil creer que Tyler aún pueda estar vivo -dijo suavemente-. Aquella noche fuimos juntos al hospital. ¿Recuerda? Los dos vimos que no tenía signos vitales. Eso fue lo que lo enfureció, el hecho de que él estuviese... virtualmente muerto.

-Vimos que no respiraba y que no hacía latir su corazon Las máquinas se encargaban de eso. Pero las funciones continuaban. Técnicamente estaba vivo. Virtualmente muerto no es lo mismo que estar muerto.

-Pero le retiraron la asistencia mecánica. Y sabemos que nadie puede sobrevivir a eso.

-Ellos dicen que lo hicieron. ¿Cómo sabemos que realmente fue así?

-Scott, hay muchas cosas que hacer en esa situación, un procedimiento completo. Se rellenan formularios, se obtiene la verificación de otro médico. Es un procedimiento complejo.

- ¿Y quién era ese segundo médico? Respóndame a eso.

-No lo sé, pero estoy segura de que había uno.

- ¿Puede averiguar quién era?

-Supongo que sí, pero Scott, eso no probará nada. -No confío en ese hospital y tampoco en las personas que trabajan allí. -La miró y añadió rápidamente-: Excepto en usted, por supuesto. Yo confío en usted.

-Eso espero -dijo ella, nada molesta. Pero su mente volaba-. Pero fuimos al funeral; usted y yo. Estuvimos sentados juntos.

-Sí, pero era un ataúd cerrado. En la funeraria dijeron que los daños en la cabeza eran tan profundos que no se podía abrir. De modo que nunca vi a Tyler allí dentro. Estaba demasiado trastornado. Acepté su palabra. Y ahora lamento haberlo hecho.

- ¿Y quién podría estar enterrado allí si no es él?

-No tengo la menor idea. Como ya he dicho, no puedo explicarlo.

Su voz comenzaba a irritarse, pero ella sintió que era importante seguir insistiendo con preguntas difíciles. -Eso significa que algún empleado de la funeraria lo vio también, probablemente tuvo que trabajar con su cuerpo. Scott, todo esto es una locura. Si existe alguna especie de conjura, no sé, alguna clase de conspiración, entonces la gente de la funeraria tendría que formar parte de ella. Esto se nos está yendo de las manos.

-Yo también he pensado en eso. He pensado en todo lo que acaba de decir. Pero, créame, si hubiese visto lo que yo vi, el mensaje que había en esa máquina-señaló el ordenador-, entonces no estaría tan segura de sus palabras.

Él lo estaba convirtiendo en algo personal, trazando una línea entre ambos. Acabó el café y apoyó la taza con fuerza en la mesa.

-De acuerdo, quiero verlo -dijo.

Scott se sentó ante el ordenador; su rostro reflejaba el brillo fantasmal que proyectaba la pantalla, y tecleó unas cuantas letras. Escribió:

DINGO

Esperó... y esperó. Luego tecleó:

HABÍA UNA VEZ UN NIÑO QUE ESTABA ABURRIDO.

Pasaron los minutos, cinco, luego diez. Volvió a pulsar las teclas:

TYLER.

Nada. Luego escribió:

TYLER, TYLER, ¿ESTÁS AHÍ? HÁBLAME...

Durante todo ese tiempo Kate se había estado paseando por la habitación, mirando por las ventanas y leyendo todo lo que encontraban sus ojos, portadas de revistas viejas, mensajes

dejados en un tablón de noticias, cajas de cereales.

- ¿Por qué no deja de pasear? -Dijo Scott-. Me pone nervioso.

Ella lo miró.

-Lo siento -dijo él-. No siempre funciona así... al menos al principio.

- ¿Cuántas veces ha... funcionado? -Dos. , Ella volvió a mirarlo.

-Sé lo que está pensando -dijo él-. Dos veces no es mucho. Pero cada vez que aparece, ya sabe, los mensajes van y vienen... es un verdadero intercambio.

-Entiendo.

Kate decidió cambiar de tema y se fijó en una fotografía con marco de plata que había encima de la mesa de la cocina. En ella aparecían Scott, su esposa y Tyler, y había sido tomada hacía muchos años. Scott llevaba el pelo largo hasta los hombros, y Tyler mostraba una amplia sonrisa llena de dientes, un chico de expresión dulce que parecía serenamente contento por estar junto a sus padres, cada uno de ellos con una mano apoyada en sus hombros. Los tres estaban en la puerta de una cabaña junto al mar -la fotografía tenía una cualidad azulada, desvaída- y el marco de la puerta era blanco y formaba un borde para las tablillas grises y gastadas por el tiempo. A sus pies se veía un camino de piedra rodeado de arena y, encima de la puerta, al mirarlo más atentamente, la figura tallada de una ballena.

Kate concentró su atención en la mujer. Sus ojos eran asombrosos, de un marrón intenso y profundo como el centro de la tierra, brillaban con inteligencia y parecían atraer tu mirada, de modo que resultaba difícil apartarla. El pelo era deslumbrante y caía como una cascada; la nariz era fuerte y recta, y su boca tenía un rasgo original, triste. Ella era el centro, el centro maternal del trío, y era una de las mujeres más hermosas que Kate había visto en su vida.

En conjunto, en aquella fotografía había algo que a Kate le resultaba fascinante y conmovedor, algo en el brillo de la luz, los tres de pie, mirando directamente a la cámara, una audacia en la postura, la naturalidad del amor entre sí, la certeza de que esa familia pronto quedaría separada por un rayo. Se quedó casi sin aliento. Cogió la fotografía y la miró durante unos minutos.

-Fue tomada en Nantucket -dijo Scott. Kate seguía mirándola.

-Se llamaba Lydia -continuó-. En esta foto tenía veintisiete años. Estuvimos casados siete años. Tyler debía de tener... unos cinco. Habíamos alquilado esa pequeña cabaña; la habitación de Tyler no era más grande que un armario. Las camas estaban apelmazadas, las paredes eran finas y había arena por todas partes. Pero estaba junto al océano. Te levantabas y podías caminar sobre la arena y zambullirte entre las olas. Nos encantaba ese lugar.

-Creo... que hay algo maravilloso en esta fotografía -dijo ella.

La recordaba de la exposición. No le dijo ni la mitad de lo que pensaba; no le dijo que la fotografía le había provocado un anhelo infinito.

-A mí también me gusta -señaló Scott-. Siempre llevo una copia encima.

Sacó la billetera del bolsillo trasero, extrajo una pequeña foto y se la dio. La fotografía perdía parte de su poder en su versión reducida, pero sólo un poco... aún podía ver la mirada brillante de Lydia, la serenidad de Tyler, el orgullo de padre de familia de Scott.

-Salgamos a dar un paseo -dijo ella de pronto-. Necesito tomar el aire. -Miró el ordenador y añadió-: Ya sabe lo que dicen: «Si miras un cazo fijamente, el agua nunca hierve».

Caminaron hacia el este por Broadway y luego subieron hasta Times Square. Las aceras estaban llenas de gente: viajantes, mendigos, vendedores ambulantes, mensajeros, africanos que vendían bolsos de mujer extendidos en la acera, adolescentes gritando en los escaparates de la MTV, hombres de mediana edad buscando tiendas porno, turistas que leían las noticias en el viejo edificio del Times y las luces brillantes de los carteles de Nasdaq y Reuters.

Scott se sentía bien en medio de aquella multitud, renovado, como si aquella marea humana lo limpiase por dentro, arrastrando su inquietud. Gente tan distinta, pasando deprisa y dirigiéndose a destinos tan diferentes. Pensó en una línea de diálogo de Humphrey Bogart en

Casablanca, acerca del mundo en guerra y los problemas de dos personas que, en comparación, parecían una insignificancia.

Continuaron su paseo, subiendo por Broadway hasta el Lincoln Center, donde se sentaron en el borde de la fuente y hablaron. Luego cruza-ron la calle, ocuparon una mesa en una terraza de un café y pidieron un capuchino, y después pasearon por Central Park.

Cuando regresaron finalmente a la calle Veintiocho oeste ya había anochecido. Subieron en el ascensor en silencio, ambos pensando en el ordenador. Aunque con pensamientos diferentes; Scott preguntándose si habría algún mensaje en la pantalla y qué diría, y Kate preocupada por Scott, por qué hacer para consolarlo y ayudarlo en su decepción cuando viera que no había ningún mensaje.

Una vez en el loft, no tuvieron que esperar mucho. Allí estaba, mirándolos en blanco y negro, las letras brillando contra el fondo espectral:

SOY YO, TYLER. AYÚDAME.

Scott se paseaba arriba y abajo, delante de la comisaría 19, en la calle Sesenta y siete este, pensando qué decir, a la vez que trataba de aumentar su coraje y de tranquilizarse. Sabía que su actitud al presentar el problema significaría mucho, porque el asunto escapaba a cualquier noción de normalidad, por no decir algo peor. Tenía que ser directo y racional, un padre con sentido cívico que iba a presentar una denuncia por un posible delito, un delito grave: la desaparición de su hijo. En otras palabras, se dijo: «No te presentes ahí como un loco de atar.

Cuando llegó a la esquina de Lexington se dio cuenta de que estaba haciendo algo más que recitar silenciosamente las palabras, las estaba pronunciando en voz alta. Lo descubrió cuando una mujer que estaba paseando a un niño en un carrito lo miró asustada y se apartó de su camino. No era un buen comienzo para alguien que está tratando de controlar los nervios. Ordenó nuevamente sus pensamientos, se volvió, subió los peldaños que llevaban al viejo edificio de ladrillo de hormigón y piedra roja y se acercó al mostrador del oficial de guardia.

- ¿El sargento Paganelli? -preguntó.

De alguna manera, en la atmósfera borrosa de confusión y furia de la noche en que había sido arrestado -arrestado no: detenido- había conseguido recordar el nombre del compasivo agente con barriga cervecera.

El oficial de guardia también tenía el vientre abultado por la cerveza, pero ahí terminaba cualquier parecido. Miró a Scott con ojos cansados.

-No. Entra en el último turno.

La pregunta de Scott había dejado fuera el verbo y la respuesta del policía había olvidado el pronombre.

- ¿Y a qué hora es eso? -Comienza a las seis de la tarde. -De acuerdo, gracias.

Se volvió para marcharse. El policía lo llamó: - ¿Puede esperar?

-Oh, sí.

Scott ya se encontraba en la puerta.

¿Y quién quiere que le diga que ha preguntado por él?

-Nadie. Volveré más tarde para hablar con Paganelli. -Como quiera.

El bufete de Klinger, Klinger y Beaner ocupaba el segundo piso de un moderno edificio cuadrado en el centro de Bridgeport. Los miembros del bufete y sus viejos clientes aparcaban en un parking del sótano, accionaban la palanca de una pesada puerta de metal y subían hasta el segundo piso por una escalera de hormigón. No era una entrada particularmente atractiva y, en verdad, no era propia de una de las mejores firmas de abogados que había en Connecticut.

Steve Klinger era uno de los amigos más viejos de Scott, aunque sus vidas profesionales discurrían por caminos tan divergentes que no se veían con mucha frecuencia. Se habían conocido doce años atrás, cuando una revista le había encargado a Scott que hiciera un reportaje fotográfico sobre abogados importantes. Scott había seguido a Steve durante dos

días por todas partes y habían congeniado. Steve era un fotógrafo aficionado y Scott le enseñó algunos trucos del oficio. El padre de Steve era un hombre fuerte y corpulento con un halo de angelicales rizos blancos, que fumaba enormes puros, daba abrazos de oso, conducía un Cadillac El Dorado, y era uno de los abogados defensores más famosos de Nueva Inglaterra. Sentía un profundo afecto por Scott y Lydia y, cuando ella murió, la familia Klinger adoptó a Scott y a Tyler. Los domingos los atosigaban con salmón ahumado y roscos de pan, apuntalaban a Scott con una mezcla de consuelo y whisky de malta en proporciones adecuadas y asistían a las obras de teatro en la escuela de Tyler para que contase con una buena sección de seguidores que lo aplaudiera. Una familia numerosa de reemplazo.

- ¿Te molesta si fumo? -preguntó Scott, sentándose junto a Steve en un sofá de su despacho.

Las paredes estaban cubiertas con placas, diplomas y fotografías. Por encima del hombro de Steve, Scott alcanzó a ver una foto de su padre junto a Huey Newton, tomada durante los juicios a los Panteras Negras en New Haven a principios de los setenta.

Steve, delgado y vehemente, hizo una mueca. No estaba permitido fumar en el bufete y obligaban a sus secretarias a que salieran del edificio para dar unas caladas, incluso en invierno.

-Tratándose de ti... no hay problema -dijo, levantándose del sofá para abrir la ventana. Luego se sentó detrás del escritorio ante un montón de papeles.

-Después de que hablamos por teléfono, hice algunas investigaciones sobre la exhumación. Sólo he solicitado una exhumación en mi vida, y otro abogado de la firma se encargó de llevar el caso. De modo que no soy un experto en la materia. He consultado la ley; por cierto, es la sección 19ª-413 del reglamento general de Connecticut. Scott lo miró sin entender. Steve añadió:

-En caso de que pudieras necesitarla para futuras referencias.

-Ésta es la única que tengo intención de investigar. Steve continuó:

-La ley autoriza al médico forense a exhumar el cuerpo bajo determinadas circunstancias. Veamos... -Consultó un grueso volumen que estaba abierto sobre la mesa. Murmuró durante un momento y luego leyó en voz alta y de forma espaciada, de modo que Scott sólo pudo descifrar algunas frases-... si la muerte se produce bajo circunstancias que autoricen... un cuerpo es enterrado sin contar con la adecuada certificación... el médico forensejefe notifica al abogado del estado... presenta los hechos ante el juez del tribunal superior... etcétera, etcétera. Cerró el libro con un ruido seco, un movimiento que debía de haber realizado ante cientos de clientes, y que hizo que Scott tuviera la sensación de que su amigo tenía un aspecto absolutamente nuevo que él ignoraba.

-Scott, permíteme que te haga una pregunta: supongo que, dada la naturaleza del caso que nos ocupa... -Sus palabras tenían un matiz absolutamente impersonal y Steve tuvo la delicadeza de hacer una pausa y volver atrás-. Lo siento. No es mi intención entrar en tecnicismos contigo. Sé lo difícil que es todo esto para ti. Lo que quiero decir es que Tyler permaneció en el hospital bastante tiempo y el procedimiento al que fue sometido era altamente experimental, ¿no es así?

-Altamente experimental. Jamás se había hecho antes con seres humanos. Y no era un procedimiento. Era una operación.

-De acuerdo. Pero a lo que voy es que tenemos que suponer que los médicos seguían un protocolo normal y eso significaría que, en esas circunstancias especiales, dado que la operación era experimental, una vez que el paciente muere debe practicársele la autopsia. ¿Sabes si lo hicieron? -Sí, le practicaron la autopsia.

-Hum. -Hum, ¿qué?

-Nada, en realidad. Es sólo que las autopsias solían ser bastante comunes en Connecticut, y ahora se practican muy raramente.

- ¿Y?

-Y eso hace que las cosas sean un poco más complicadas para nosotros. Cuando un juez

sabe que se ha llevado a cabo una autopsia, tiende a prestar más atención. Hace pensar que las cosas son honestas.

- ¿Honestas?

-Sí. En el sentido de que se ha examinado el cuerpo como corresponde y todo eso. El hecho de que el cuerpo haya sido examinado dificulta la posibilidad de una exhumación, suponiendo, por supuesto, que la autopsia se haya realizado correctamente. ¿Supongo que tu no... no tienes ninguna razón para pensar que no lo fue? -No.

Steve hizo una pausa y apoyó los codos sobre el escritorio, uniendo las puntas de los dedos.

-Verás, la ley establece cinco o seis condiciones bajo las cuales se puede ordenar la exhumación de un cuerpo: una muerte súbita o violenta, circunstancias sospechosas, una muerte relacionada con una enfermedad o que afecte a la salud pública, esa clase de cosas. -Circunstancias sospechosas. Ahí lo tenemos.

-Ah, ¿te refieres a esa cuestión del ordenador que me explicaste? ¿Los mensajes?

-Exactamente.

-Bueno, no es tan sencillo como eso. Las circunstancias sospechosas, como dice el texto, hacen referencia a la forma en que se produce la muerte y no... a lo que suceda después.

-Y qué me dices del hecho de que quizá Tyler no esté muerto, ¿no dirías que eso es sospechoso?

-Bueno, seguro que sí, pero aquí estamos tratando con un tribunal... o al menos con un juez, y él tiene que ser capaz de verlo claramente. Tenemos que conseguir que él convenga en que es sospechoso.

-Maldita sea, Steve, ¿de qué lado estás?

-Del tuyo, naturalmente. Espera un momento: sólo te estoy diciendo que no es fácil. No digo que sea imposible; no se trata simplemente de una cuestión formal. Para conseguir del tribunal una orden para proceder a una exhumación, necesitas probar una de las condiciones que fija la ley, digamos, circunstancias sospechosas, y la ausencia de una autopsia. Y tienes una autopsia, lo que complica bastante las cosas.

- ¿Puedes hacerlo o no?

Steve volvió a mirar a través de la ventana, luego cogió una pluma y comenzó a escribir en un gran cuaderno de hojas amarillas.

-Creo que sí. Puedo intentarlo. Lo que tenemos que buscar en este caso es la posibilidad de una identidad equivocada.

- ¿Identidad equivocada?

-Sí. Tenemos que afirmar que otra persona ha sido enterrada en lugar de Tyler, o al menos que tenemos razones para creer que la identificación de Tyler fue errónea en algún aspecto... que fue incorrecta o tal vez no totalmente segura.

Hizo una lista y le entregó la hoja a Scott. -Necesitaré toda esta información, tan completa como puedas conseguirla. Oh, ¿y cómo se llama esa mujer que trabajaba en el hospital, la que estaba sentada junto a ti en el funeral?

-Kate Willet. Trabaja allí como neurocirujana. -Correcto.

Apuntó el nombre, luego se levantó, con aspecto de sentirse un tanto torpe ahora que las cosas estaban en marcha.

-Bueno, creo que eso es todo -dijo. -Steve, ¿crees que lo conseguiremos?

-Sí. No creo que un juez del tribunal superior niegue una orden de exhumación solicitada por el único familiar vivo. Pero el problema es que, debido a lo que te he explicado antes, no ocupará el primer lugar en el calendario judicial.

- ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

-Te seré sincero. No creo que tengamos resultados antes de dos o tres meses.

-Meses... No puedo esperar tanto. Por Dios, Steve, esto es urgente. Está sucediendo algo realmente extraño. Tyler está ahí, en alguna parte, y tengo que encontrarlo. No sé por qué otro

lugar empezar.

-Lo sé, de acuerdo. Haré todo lo que esté en mi mano para acelerar el proceso.

-Tienes que hacerlo.

-Nos moveremos tan rápido como podamos en este caso.

Scott se despidió de Steve y se marchó rápidamente. Steve lo siguió con la mirada mientras cerraba la puerta. Luego cogió el teléfono y trató de localizar a Kate. No sabía qué le diría exactamente, aparte de presentarse como amigo de Scott y decirle que creía que necesitaba ayuda de alguna clase, tal vez incluso un psiquiatra que fuese realmente bueno. Sabía que se trataba de una amiga reciente, pero dada su posición en el hospital imaginó que podría recomendarle a alguien.

Pero Kate no contestó. En lugar de dejarle un mensaje, Steve pensó que sería mejor llamarla más tarde.

Kate esperó hasta última hora de la tarde, el momento en que había menos gente en el hospital. Luego se dirigió a la sección de archivos como si su visita formara parte de una serie de tareas que debía cumplir.

La mujer encargada del archivo estaba junto a una mesa, examinando unos microfilmes antes de colocarlos en sus lugares correspondientes. Levantó la vista y alzó una ceja.

-Tengo que buscar un montón de cosas. ¿Le importa si me encargo yo personalmente? -preguntó Kate con tono práctico.

"La mujer frunció el ceño y volvió a lo que estaba haciendo, ignorándola. Por una vez, Kate se sintió feliz de recibir ese típico gesto de desaire neoyorquino.

Los archivos habían sido ordenados meticulosamente hasta 1985, cuando comenzó el proceso de informatización. A partir de aquella fecha estaban más dispersos. Las filas se extendían por la habitación como estanterías, a lo largo de una decena de metros a cada lado de estrechos pasillos. Los archivos superiores sólo podían alcanzarse con la ayuda de escaleras provistas de pequeñas ruedas. Kate se sintió aliviada al comprobar que los archivos más recientes, donde ella tenía que buscar, no eran los más próximos a la encargada.

Encontró la sección con los cajones «J» y abrió el correspondiente a «JAS-KAMN. No le resultó difícil encontrar «Jessup, Tyler», la carpeta era más nueva que las demás. En la tapa había grapado un papel rosa con un mensaje escrito a máquina que decía: «No entregar. Notificar al doctor Saramaggio si alguien lo solicita».

Eso era muy extraño. Examinó el resto de las carpetas para ver si alguna de ellas llevaba notas similares. Ninguna. Miró a ambos lados del pasillo. No había nadie. Sacó la carpeta y leyó rápidamente su contenido. La mayor parte le resultaba familiar: la descripción de la operación, las tablas, las anotaciones diarias, las actas de las reuniones de la Junta Ejecutiva y la Junta de Ética. Se sorprendió al encontrar un papel con su letra, luego lo recordó, el formulario que había rellenado el día en que Scott llegó en el helicóptero con Tyler.

Al final encontró lo que estaba buscando. El certificado de defunción, un simple trozo de papel, inocuo considerando el peso de su carácter oficial. La causa de la muerte había sido rotulada como «fallo cardiorrespiratorio» después de un «prolongado decaimiento postoperatorio». La hora de la muerte fue fijada «aproximadamente» a medianoche. Interesante. Eso los situaba a Scott y a ella en el pabellón. ¿Por qué decir que la muerte se había producido a medianoche cuando Tyler probablemente habría muerto antes? Miró la firma y vio la letra sinuosa de Saramaggio. Había estampado su firma en tres lugares separados como médico a cargo de la operación. En eso no había nada extraño. Junto al certificado estaba el informe de la autopsia, que ella leyó rápidamente. De nuevo, no había nada sospechoso; todo parecía indicar otro inventario de la incapacidad de un cuerpo para seguir viviendo: muestras extraídas y examinadas, análisis de fluidos corporales, peso de los órganos. Pero había unos datos que ella no esperaba encontrar. El segundo médico -ya que se requiere la presencia de dos de ellos en los casos inusuales- era nada menos que Cleaver. ¡Cleaver! ¿Qué diablos estaba haciendo en el hospital a esa hora? ¿Por qué no había pedido al médico residente de

guardia que firmase el informe?

Kate oyó pasos, de modo que guardó rápidamente la carpeta y cerró el cajón. En ese momento, la encargada del archivo apareció junto a ella y la observó inquisitivamente. Kate la miró a su vez. «Es mejor amedrentarla», pensó. Ambas sostuvieron la mirada durante cinco segundos. Finalmente, la mujer apartó la vista.

-Pensé que podría necesitar ayuda -dijo mansamente. -No, en absoluto -contestó Kate, conservando la ventaja-. Soy perfectamente capaz de hacerlo sola. -Sonrió-. Pero gracias de todos modos.

Era el día libre de Saramaggio, y también el de Kate. Pensó que aprovecharía la ventaja que le daba esa coincidencia y lo pillaría con la guardia baja encontrándose con él en su terreno. El día era inusualmente cálido, caluroso incluso.

Scott insistió en llevarla en su coche hasta Greenwich. Cogieron la Merritt Parkway y viajaron alrededor de media hora a través de las lujosas propiedades de al menos un par de hectáreas del «país interior» hacia el norte, antes de encontrar la casa del neurocirujano, una bella construcción de madera blanca estilo colonial con persianas verdes. Los recibió una sirvienta y les dijo que podrían encontrar al doctor en su club de vela, Belle Haven.

Tardaron otros cuarenta minutos en encontrar el lugar, un paraíso de los navegantes en la Costa Dorada de la ciudad. Ocupaba el extremo de una península y rodeaba un pequeño puerto. En el lado opuesto, las enormes mansiones de piedra estilo Tudor se alzaban en el terreno elevado; sus prados perfectamente cuidados descendían unos cientos de metros y acababan al borde del agua en muros de piedra, y en muelles de madera blanqueados que se movían con la marea. Delante del club había pistas de tenis de tierra batida, donde mujeres ricas y delgadas, con ceñidos pantalones cortos, se movían a ambos lados de la red. Los botes de las pelotas era prácticamente el único sonido que se oía, ése y el profundo tono de barítono de los gordos y felices abejorros que se lanzaban sobre las lilas en flor. Al fondo, un prado verde llevaba a un muelle abierto desde el que se podían ver los grandes barcos anclados y, detrás de ellos, dos pequeñas islas y luego las aguas grises y encrespadas del canal de Long Island.

A unos veinte metros de la casa-club había una pequeña playa y una piscina rodeada por una valla. Delante, en una bonita fila de coches aparcados, estaba el Ferrari negro de Saramaggio.

-La esperaré aquí -dijo Scott, aparcando bajo la sombra de un arce.

-De acuerdo -respondió ella-. Espero hacerlo mejor que usted con ese policía.

Scott no tuvo más remedio que sonreír. Le había contado la conversación que había mantenido finalmente con el sargento Paganelli en la comisaría 19. Al policía se le habían puesto unos ojos como platos mientras Scott intentaba explicarle que su hijo, oficialmente muerto, en realidad estaba atrapado o secuestrado en alguna parte y le enviaba mensajes de socorro a través de un ordenador. El sargento no se había mostrado totalmente indiferente, y había escuchado con paciencia toda la historia que le explicaba, pero Scott pudo ver que había otros pensamientos detrás de su reservada máscara de policía. La confirmación llegó cuando rodeó los hombros de Scott con un brazo mientras lo acompañaba hasta la puerta y le aconsejaba que se tranquilizara y, tal vez, se tomara unos días libres y se marchara a algún lugar agradable.

Kate cruzó la puerta abierta en la valla blanca y pasó delante de una caseta de baño de ladrillo que había a la izquierda. En el lugar no había mucha gente. A la derecha estaba la piscina infantil, donde un niño y una niña, con flotadores de plástico en forma de alas, se arrojaban agua y luego corrían gritando a refugiarse entre los brazos de sus niñeras latinas. Media docena de adolescentes retozaban en la piscina principal bajo la mirada aburrida de una socorrista, una chica de instituto con un bañador anaranjado y una gorra que estaba sentada en lo alto de una silla de madera como la que usan los árbitros de tenis.

Kate divisó a Saramaggio, solo bajo una sombrilla de playa y recostado en una tumbona que miraba al canal. Llevaba bañador. Un libro descansaba sobre su regazo, pero parecía

perdido en sus pensamientos y con la mirada fija en el océano. Se sintió extraña, acercándose a él así, de improviso. Pero tal vez el elemento sorpresa favoreciera su misión.

-Doctor Saramaggio.

Él se quitó las gafas de sol y la miró, momentáneamente desconcertado. Durante un minuto no consiguió ubicarla.

-¿Ehhh, doctora Willet? ¿Kate Willet? ¿Qué está haciendo aquí? -Saramaggio parpadeó, como si fuese un búho, luego echó un vistazo a su alrededor. Estaba tratando de deducirlo-. ¿Conoce a alguien...?

-No, no. No conozco a nadie aquí. Sólo a usted. He venido a hablar con usted.

-Entiendo.

Se irguió en la tumbona, apoyándose en un brazo. Tenía varios michelines en la cintura y pensó cuán apropiada era la vestimenta de cirujano como camuflaje para la carne flácida. Mientras él la miraba, buscando en su rostro algún tipo de respuesta, su actitud comenzó a cambiar. El cambio fue algo que ella sintió, más que observó. Pasado el momento de sorpresa, Saramaggio parecía extrañamente tranquilo. No le preguntó cómo había llegado hasta allí y tampoco cómo se las había arreglado para encontrarlo. Era como si esas preguntas carecieran de importancia ante algo mucho más profundo, ahora que ambos estaban juntos a orillas del océano.

Se trasladaron a una mesa de metal a la sombra de una sombrilla. El sol calentaba, a pesar de que ya era septiembre, y Kate comenzó a sentirlo. Tenía húmedas las axilas de su blusa blanca.

-¿Le gustaría...? -Saramaggio señaló vagamente en dirección a la caseta de baño donde, ella vio ahora, había un pequeño bar. El olor a aceite frito llegaba incluso hasta allí.

Ella negó con la cabeza. -Doctor Saramaggio... -Leo. Por favor, llámeme Leo.

Eso era extraño. Nunca se había mostrado antes con tanta familiaridad. ¿Por qué había elegido ese momento para mostrarse informal? Cuanto más lo miraba, más se convencía de que no se trataba de una concesión amable. Era un gesto de apaciguamiento.

«Dios mío -pensó ella-, está nervioso.»

-Bien -prosiguió Kate-. He venido a hacerle algunas preguntas sobre la muerte de Tyler.

Saramaggio profirió un leve sonido, una casi imperceptible inspiración, y luego asintió lentamente.

-No veo cómo puedo ayudarla. -Una breve pausa y luego añadió-: ¿Qué es lo que desea saber?

Notó que Saramaggio no ponía en cuestión, a ella, una subordinada, su derecho a hacerle preguntas. Era mejor comenzar con las más sencillas, pensó.

-Varias cosas, si me lo permite. La primera, ¿cómo determinó que Tyler estaba muerto y cómo fijó la hora de su muerte?

-Usted estaba allí. Usted lo vio. De hecho, si no me equivoco -aquí incluyó una pizca de sarcasmo-, fue usted quien me alertó acerca de lo que estaba pasando. ¿O no fue así?

-Sí.

-O sea, que usted vio que había muerto, que todos sus signos vitales habían cesado y que no había ninguna posibilidad de practicarle ningún método de resurrección.

-Sí, pero el ordenador seguía haciéndose cargo de todas las funciones. ¿Cómo define uno entonces la muerte en una situación así?

-Es una situación inusual, eso se lo puedo garantizar. Pero decidí determinar el momento de su muerte cuando todos los signos vitales del paciente habían cesado: los que procedían del paciente, de modo que no sería capaz de sobrevivir ni un segundo una vez que el ordenador dejase de asistirlo.

-Yo me puse en contacto con usted después de medianoche. ¿Por qué registró la medianoche como el momento de su muerte?

El cuerpo de Saramaggio se puso tenso. Desvió la mirada hacia el mar y, por un momento, ella pensó que volvería a ser el viejo Saramaggio, que se levantaría y le preguntaría

adónde quería llegar interrogándolo de ese modo y gritaría que la echasen de allí de inmediato. Pero no sucedió nada de eso.

-Fue un dato aproximado. Anoté medianoche por extrapolación, pensé que ésa sería aproximadamente la hora en que usted se encontraba en el pabellón y lo vio y que, por tanto, era la hora más temprana conocida en que había dejado de existir.

«Es bueno -pensó Kate-. Ante un tribunal sería un testigo perfecto.»

La socorrista hizo sonar su silbato. Se oyó un estridente chirrido que parecía violar la paz de los alrededores. -Hora de los padres -gritó la chica.

Uno de los adolescentes protestó. Todos salieron del agua lentamente y a regañadientes, irguiendo sus cuerpos bronceados y esbeltos hasta sentarse en el borde. Su lugar fue ocupado por un grupo de púdicas mujeres con gorros de baño, que entraron graciosamente en el agua y luego comenzaron a nadar braza mientras movían la cabeza como si fuesen majestuosas embarcaciones.

Saramaggio y Kate permanecieron algunos minutos en silencio. Él fue el primero en hablar.

-¿Debo interpretar que ha visto el certificado de defunción?

-Así es.

Saramaggio volvió a desviar la mirada hacia el océano, casi con anhelo, decidió Kate.

-Y el informe de la autopsia-añadió ella-. Vi que la segunda firma corresponde al doctor Cleaver. ¿Puedo preguntarle por qué él? ¿Por qué no el médico residente que estaba de guardia aquella noche? ¿Qué estaba haciendo el doctor Cleaver en el hospital a esa hora de la noche?

-Yo lo llamé. -¿Usted lo llamó?

-Sí. Pensé que era mejor que viniese, ya que la mitad de todo el procedimiento era responsabilidad suya. Fue él quien instaló los ordenadores y quien debía estar allí si algo salía mal.

-¿Salía mal?

-Bueno, doctora Willet, imagino que estará de acuerdo conmigo si digo que, cuando un paciente muere, se presume que algo ha salido mal.

«Bien -pensó ella-. Ahora ha vuelto a adoptar ese aire de superioridad. Es un buen momento para hacerle la pregunta que me ha traído hasta aquí.»

-Doctor Saramaggio... perdón: Leo, ¿practicó usted realmente la autopsia? ¿O lo hizo otra persona?

Él desvió la mirada rápidamente, pero no lo suficiente, porque sus ojos contaron toca la historia. Había sido víctima de una emboscada y ellos habían respondido antes de que tuviese la más mínima posibilidad de censurarlos. «No -dijeron ellos-, no lo hice yo.»

-Por supuesto que la practiqué yo. -Luego compuso una expresión de ira-. ¿Acaso sugiere que sería capaz de falsificar un certificado de defunción? ¿Sabe cuál sería el castigo por una falta semejante?

-Lo sé. De modo que quiero preguntarle más acerca de la autopsia, cómo la llevó a cabo, incluyendo las anomalías que encontró.

-¿Anomalías?

Ahora su expresión era de preocupación. -Sí.

Permaneció en silencio un momento, finalmente respondió:

-No recuerdo que hubiese ninguna anomalía. -¿Recuerda por casualidad el nombre del asistente que se llevó el cuerpo?

-No.

-¿El ayudante que estaba de guardia en el depósito de cadáveres?

-No.

-¿La hora?

-No. Era más de medianoche, eso es todo. ¿Sabe?, todo este asunto me alteró bastante.

Su admisión era más que un reconocimiento de debilidad, pensó Kate; era un reconocimiento de culpa. -Pensándolo mejor -dijo ella-, creo que aceptaría una taza de café. ¿Le molestaría ir a buscarme una? Cuando él regresó, una figura alta que llevaba la taza encorvando el cuerpo de modo que parecía incluso más viejo, ella fingió que había logrado convencerla y cambió de tema. Saramaggio no estaba completamente seguro de haber conseguido disipar todas sus dudas, pero sabía que, con tiempo, podría lograrlo.

La socorrista volvió a tocar el silbato.

-La hora de los padres ha terminado -gritó, y la ceremonia que se desarrolló a continuación, adultos abandonando la piscina mientras los adolescentes se lanzaban al agua, impresionó a Kate como una especie de extraño ritual suburbano.

Entretanto, le hizo a Saramaggio algunas preguntas ociosas acerca de Cleaver; dónde trabajaba cuando no estaba en el St. Catherine o Pinegrove, con quién trabajaba, especialmente quiénes eran sus ayudantes en el asilo para enfermos mentales y la gente que lo ayudaba a construir los ordenadores.

Saramaggio, aliviado ante la posibilidad de hablar de otra cosa, se explayó libremente.

Media hora más tarde, cuando abandonó la casa-club y le hizo señas a Scott para que la recogiese, él pensó, por la inclinación de su cabeza, que Kate estaba satisfecha consigo misma.

-¿Ha habido suerte? -preguntó. -Sí.

Scott giró en el puente George Washington y miró fugazmente hacia los distantes rascacielos que se alzaban en el horizonte a su izquierda, amortajados por un manto de neblina. Desde el puente solía contemplar las torres gemelas del World Trade Center y ahora su ausencia no dejaba de asombrarle.

Se volvió hacia Kate, quien miraba fijamente hacia delante. La luz angular del sol crepuscular bañaba su cabellera color miel y arrancaba destellos de los mechones.

La hora punta los obligaba a marchar lentamente. Se desvió hacia el carril de la derecha para coger la salida de Palisades.

-Gracias a Dios que ese tío tiene un nombre tan raro -dijo él-. ¿Cómo se llama?

-Ya se lo he dicho tres veces. Quincy. Quincy Penderglass.

-Parece un personaje sacado de una obra de Dickens, el empleado de una librería, no un genio de los ordenadores. -Conformémonos con haberlo conseguido.

Una vez que había obtenido de Saramaggio el nombre de pila, Kate había buscado en la base de datos del ordenador del hospital y lo había encontrado en la subsección de facturación de afiliados correspondiente a Pinegrove. Cleaver le había estado pagando una cantidad de trescientos dólares mensuales por un trabajo informático que no se especificaba. Kate supuso que esos honorarios estaban inflados. Pero, en cualquier caso, el archivo contenía el nombre completo y la dirección de Quincy.

Al llegar a Englewood se perdieron. Incluso cuando encontraron la calle correcta, tuvieron que dar varias vueltas por la zona porque todas las casas, grandes y de una sola planta, parecían iguales, y tan sólo se diferenciaban por los juegos de jardín que había fuera o el tamaño de sus extravagantes piscinas elevadas.

-Debe de ser ahí -indicó Scott, señalando una construcción de ladrillo con el canal del tejado totalmente hundido-. Santo Dios, qué desastre.

-Creo que podríamos decir que no les preocupa demasiado la apariencia externa.

Scott aparcó al otro lado de la calle.

-Tendremos que improvisar -dijo-. No tenemos ni idea de si ese tío sabe algo.

A mitad de camino del sendero de baldosas rotas oyeron el inconfundible sonido de la música tecno que salía del interior de la casa. Scott llamó, pero nadie lo oyó. La puerta estaba ligeramente abierta, de modo que la empujó y se abrió por completo. Ahora la música era estridente y vieron a un muchacho, con el torso desnudo, sentado delante de un altavoz y apoyado sobre una mesa de juego.

Librodot

Alzó la vista sin mostrar demasiado interés y señaló hacia el pasillo. Scott y Kate se dirigieron hacia allí. En el extremo derecho había una puerta cerrada y, cuando la abrieron y sus ojos se adaptaron a la luz mortecina, se encontraron ante un espectáculo asombroso: un hombre tan tordo que su cuerpo formaba una perfecta pirámide de grasa. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una cama imponente con los lados elevados y un pabellón de madera, todo con tallas muy elaboradas y laqueadas en rojo y negro. Scott la reconoció de inmediato como una cama china para fumar opio.

El hombre abrió los ojos lentamente. Parecía haber estado sumido en una profunda meditación, y les hizo un gesto para que se sentaran en unas sillas de madera que estaban alineadas contra la pared. Tampoco él parecía sorprendido de verlos. Tenía el rostro surcado de arrugas y la larga cabellera estaba recogida en la parte de atrás en una coleta rubio ceniza.

-¿Sí? -fue todo cuanto dijo.

-Estamos buscando a Quincy -dijo Scott. -¿Quiénes son ustedes?

Scott y Kate se presentaron y luego se levantaron de sus sillas para estrecharle la mano, que era sorprendentemente fuerte en medio de toda esa grasa.

-Yo soy Cybedon. Pero, naturalmente, imagino que ya lo sabían.

-En realidad, no -dijo Scott-. ¿Quién es usted exactamente?

-La pregunta es -replicó él en un tono bajo y lúgubre-: ¿quién es usted... exactamente?

-Hemos venido a buscar a Quincy -repitió Scott-, porque esperábamos que pudiese ayudarnos.

-Por favor, tomen asiento -pidió Cybedon-. Odio ser un anfitrión negligente. ¿Quieren beber algo? Aquí me tratan bien, pero el servicio deja mucho que desear.

-No, gracias -repuso Kate-. Estamos aquí porque necesitamos información.

-Por favor, dígame de qué modo habían esperado que Quincy pudiera ayudarlos -dijo él, sonriendo con aire condescendiente.

Kate se preguntó cuánta información estaría dispuesta a darle Scott, y se sorprendió cuando él se apoyó en el respaldo de la silla y le contó prácticamente toda la historia de Tyler, desde su accidente en la montaña hasta su operación en el St. Catherine y su muerte y, finalmente, los mensajes recibidos a través del ordenador. Y le sorprendió aún más que Cybedon no se sintiera impresionado por la historia.

-Comprendo -dijo, meciendo la cabeza lentamente, lo que tuvo el efecto de enviar ondas a lo largo de su cuerpo como si quisiera expandirse aún más-. Creo que todo lo que me acaba de contar tiene una explicación.

Ella vio que Scott se ponía tenso. Cybedon miró a Kate.

-¿Y usted es...?

-Una amiga. Soy médico, neurocirujana. Formé parte del equipo que intervino en la operación de Tyler.

-Ah. -Cybedon enarcó una ceja.

Scott estaba a punto de decir algo, pero Kate apoyó la mano sobre su brazo para interrumpirlo.

-Por favor, díganos qué quiere decir con una explicación -pidió ella.

-Por supuesto, será un placer. Pero su profesión y especialidad quizá hagan aún más difícil que entienda lo que voy a decir. Usted está obligada a tener su propia visión del cerebro humano y espero que no sea una visión estrecha. Espero que no esté de acuerdo con Francis Crick cuando resumió esa visión diciendo: «No eres más que un montón de neuronas».

-Estoy familiarizada con su trabajo, por supuesto, pero no con esa cita en particular.

-Pero ¿está de acuerdo con ella?

-Necesito disponer de más información antes de mostrarme en desacuerdo con ella. Pero no estamos aquí para...

-Oh, nuestros benditos científicos. Siempre tan sentimentales y conciliadores cuando se

habla de las teorías de sus colegas. Siempre tan dispuestos a aceptar a los gigantes de nuestro tiempo, no importa cuán descaminados puedan estar.

-Por favor -dijo Scott con evidente irritación-. Vaya al grano.

-El grano, señor Jessup, es que el señor Crick y otros como él han adoptado una visión mecanicista del cerebro, lo que retrasa el progreso. Estamos a punto de hacer algunos descubrimientos muy importantes en este campo, descubrimientos que caen en esa área complicada conocida como el problema mente-cuerpo y, por lo que usted me ha contado, yo diría que su hijo se ha convertido, voluntariamente o no, en un pionero.

-¿Un pionero? -Exactamente.

-Maldita sea, explique a qué se refiere -exclamó Scott.

-Scott, por favor. -Kate se volvió hacia Cybedon-.

Dígame una cosa, ¿todo lo que está explicando tiene alguna relación con los ordenadores?

-Ah, el escalpelo del cirujano da en el blanco.

-Esos ordenadores, de alguna manera, , le hicieron algo a Tyler.

-Ellos no le hicieron nada a él. Le dieron una oportunidad. Verá, lo único que hicieron esas máquinas fue abrir una puerta. Él fue quien pasó a través de ella.

-¿Y dónde está?

-Se encuentra en un reino del que nosotros habitamos. -¿Dónde está eso?

-A nuestro alrededor, diría yo. En todas partes. ¿Es mejor o peor que el nuestro? ¿Quién puede decirlo? -¡Mierda! -exclamó Scott.

-Espere -lo previno Kate-. ¿Podemos verlo? -¿Verlo? Lo dudo. La pregunta es, ¿puede verla él? Tiendo a dudar eso también, aunque reconozco que no estoy tan seguro. Sin embargo, sí pueden hablar con él. -¿Hablar con él? -preguntó Kate.

-Sí. A través del ordenador, como me ha dicho que ya lo han hecho.

-¿Quiere decir que Tyler se encuentra en algún mundo intermedio y que puede enviarnos mensajes desde ese lugar y recibir a su vez nuestros mensajes? -preguntó Scott.

-Sí, por decirlo de alguna manera.

-Retrocedamos un momento -dijo Scott-. ¿Puede explicarnos qué es lo que está pasando, todo el proceso, desde el principio?

Cybedon suspiró, tan profundamente que su inmenso vientre se estremeció.

-¿Por dónde empezar?

-¿Qué le parece desde el principio?

-Pero ¿qué es el principio? Sólo es un capítulo más en un relato antiguo y continuo. -Hizo una pausa y luego continuó-: Estamos siendo testigos de algo que la humanidad ha estado buscando durante siglos. Perdóneme, querida-dijo, volviéndose hacia Kate-; nunca he sido capaz de adoptar esa expresión torpe, ¿cómo es? «La raza humana.» Suena tan extraña al oído.

Kate asintió, instándolo a que continuase.

-Los filósofos y otros pensadores, epistemólogos en particular, se han estado preguntando desde el principio de los tiempos por la mente humana, por su capacidad para conocer cosas que parecen encontrarse fuera de su existencia corriente, cosas que se hallan incluso más allá de su capacidad física. Un sinnúmero de experiencias nos llegan sin explicación aparente: sueños, intuiciones, el famoso «sexto sentido», nuestras creencias espirituales. ¿Alguna vez han sabido algo, han sabido que era verdad aunque no apareciera a través de sus cinco sentidos?

Kate pensó de inmediato en su madre y en la visión que había tenido de su esposo muerto. Pero no dijo nada, ni siquiera asintió.

-Ese conocimiento podría parecer menos cierto en virtud del hecho de que su origen es oscuro, pero la verdad es precisamente lo contrario. Creemos más en eso, y lo hacemos porque la fuente no se encuentra en el dominio de nuestros sentidos. Está expuesto a

convertirse en una creencia profundamente arraigada: la fe. Fe en la existencia de un ser superior que se abre paso a través de gran parte de la historia documentada, desde las cruzadas, la Inquisición, la expulsión de los hugonotes, etcétera. Una letanía triste e inquietante dé acontecimientos que adquieren la categoría de épicos debido a su violencia. Y ese proceso continúa hasta el presente: Irán, Afganistán, Oriente Medio. Me siento tentado a incluir también en esta lista a Irlanda del Norte, pero siendo en parte irlandés, tiendo a pensar en los problemas, tal como se los llama eufemísticamente, como algo su¡ géneris.

Cybedon sonrió. Kate percibió la creciente impaciencia de Scott y no hizo ningún gesto.

-De modo que surge inmediatamente la pregunta: ¿cómo conocemos estas cosas? Puesto que las conocemos por la mente, resulta natural suponer que es la mente la que procura ese conocimiento (adviértase que aquí empleo la palabra «mente», no «cerebro»), dicho de otro modo, en determinados momentos la mente tiene la capacidad de proyectarse más allá del recipiente físico que aparentemente la contiene. Debería añadir que eso sucede, en especial, en momentos críticos de la persona, como enfermedades, estados de extrema emoción y, no hace falta decirlo, el momento más crítico de todos, la muerte.

»Algunas personas son especialistas en ese otro mundo. Han nacido con el don de una elevada capacidad de percepción interna y, en consecuencia, las consideramos guías: Sócrates en el momento de beber la cicuta, Cristo en la cruz, Mahoma meditando en las cuevas de La Meca. »Otros, simples mortales, tratan de entrenarse para conseguir la hazaña de abandonar el cuerpo. Esto se consigue a través de la repetición de algún acto físico, como lo hacen los chamanes o los derviches, que giran sobre sí mismos, o nuestro equivalente moderno, los bailarines de música tecno, o bien a través de algún estado meditativo, como los monjes budistas, que pueden alcanzar y mantener un estado de trance durante semanas. Una tercera vía, por supuesto (y, nuevamente, es un signo de nuestra época), son los estimulantes artificiales. No es casual que se los llame drogas que expanden la mente.

»Pero estos métodos no son satisfactorios; las experiencias son breves y pasajeras. Nadie, al menos nadie hasta ahora -y aquí miró significativamente a Scott-, ha sido realmente capaz de acceder a ese reino, entrar en él y dar a conocer su presencia. ¿Cómo podría conseguirse eso? Solamente a través de la propia mente, la mente pura, cuando se desprende de ese problemático recipiente que es el cuerpo.

»¿Sabe?, en Latinoamérica existe la creencia de que en el momento exacto de la muerte, el cuerpo pierde veintiún gramos. Veintiún gramos, porque, según ellos, es lo que pesa la vida. Yo, personalmente, creo que este dicho no es cierto, pero como mito lo encuentro psicológicamente preciso y sorprendentemente revelador. Porque algo se entrega con la muerte. La pregunta es, ¿qué? Los antiguos tenían una palabra para eso: psique. Hoy lo llamamos alma. Algunos lo llaman el ánima.

-Por favor, por favor -dijo Scott-. Vaya al grano. -Lo estoy haciendo, señor Jessup, estoy yendo al grano. Me gustaría llevarlo allí conmigo, por eso le estoy ofreciendo esta larga exposición. ¿Puedo continuar? -Sí.

Cybedon miró a Kate.

-¿Usted conoce, por supuesto, el trabajo del equipo de investigación danés que estudió a trescientos cuarenta y cuatro supervivientes de infartos? Se publicó en Lancet. Más de uno de cada diez experimentó visiones y pensamientos lúcidos después de haber sido declarados clínicamente muertos. Y eso tiene sentido cuando se considera que el cerebro muere de fuera hacia dentro. Se va cerrando capa por capa, como un huevo que se enfría. En la profundidad del cerebro, en el cerebro primitivo, se encuentra localizada el ánima. ¿Por qué no habría de ser la última en partir?

-Como una rata que abandona un barco que se está hundiendo -señaló Scott.

Cybedon lo ignoró.

Imagine ahora si en el momento de la muerte esta cualidad esencial, como quiera llamarla, pudiera encontrar otro camino; si pudiera encontrar algo que facilitara su pasaje hacia el reino etéreo, por decirlo de algún modo. Imagine que hay un sistema de cables y

conexiones capaz de transmitir impulsos eléctricos profundamente implantados en esa parte del cerebro donde reside el ánima, donde reside de hecho la mente. Resumiendo, imagine a alguien como su hijo, que está conectado a unos ordenadores que...

-¿Me está diciendo que el ordenador le quitó la vida y la puso en, como quiera llamarlo, otro «reino»?

-Así es, en efecto, aunque encuentro que su forma de expresarlo es poco afortunada. El ordenador es un portal.

-¿Y dónde está ese reino? ¿Qué es? ¿El ciberespacio? ¿Me está diciendo que mi hijo se encuentra en el ciberespacio?

-No, señor Jessup. El ciberespacio es simplemente un término que se emplea para describir una serie de conexiones hechas por el hombre entre sistemas de ordenadores, primero a través de cables y luego a través del espacio. Esto es absolutamente diferente. No es algo creado por el hombre. Es eterno y siempre ha estado con nosotros, como el espacio que hay entre las moléculas y que no podemos ver.

Cybedon miró directamente a Scott, quien le devolvió la mirada.

-Piense en el ciberespacio como en un medio de comunicación. Eso es todo. Es como una antena que puede captar señales en el aire y alimentar con ellas su televisor. O las ondas del sónar que viajan a través del océano y recogen el sonido de ballenas que se encuentran a centenares de kilómetros de distancia. Le permite llegar hasta él y, lo que es más importante, permite que él llegue hasta usted. Es ese contacto de doble sentido el que representa este notable avance.

»El milagro no es que Tyler -el uso del nombre de su hijo golpeó a Scott como una descarga eléctrica- se haya ido o que su conciencia haya entrado en un mundo que nosotros no podemos experimentar. El milagro es que haya entrado en ese mundo y haya tenido éxito en establecer una comunicación de retorno. Eso, podríamos decir, es feedback informático al más alto nivel.

-¿Y cómo es ese lugar?

-¿Quién puede saberlo? Si usted va a la playa y simplemente mira, no conoce el océano. Podría consistir en todos los que han vivido alguna vez, cada acción llevada a cabo alguna vez, cada palabra que ha sido dicha. O podría tratarse de algo individual, podría representar su propia conciencia liberada del cuerpo, su imaginación pura, la esencia de lo que usted es.

-A ver si lo entiendo. Usted dice que Tyler se ha ido.

De modo que lo que está diciendo es que está definitivamente muerto, ¿correcto?

-No, yo jamás lo definiría en esos términos. Yo diría que ha alcanzado de forma permanente la separación mente-cuerpo. Y que actualmente la situación es la inversa: él, o sea, su conciencia, tiene la oportunidad de alcanzar la vida eterna. -Cybedon abrió las manos, con las palmas hacia arriba-. Aunque, por supuesto, no sabemos qué clase de vida es.

-¿Y su cuerpo?

-Bueno, eso, lamentablemente para usted, sufrirá un proceso de deterioro.

-De modo que no hay posibilidad de regresar. -No. Al menos no en nuestras vidas.

-¿Y después?

-Después, espero que los seres humanos sean capaces de inventar una máquina que pueda volver a capturar esa ánima. Y entonces habremos conseguido un salto cuántico en la evolución. Será como el primer encuentro entre el esperma y el óvulo, y eso nos llevará a un nuevo mundo.

Cybedon entrelazó las manos y parpadeó, como si estuviese a punto de quedarse dormido. Estaba claro que la entrevista -o, desde su punto de vista, la audiencia- había terminado.

-Buena suerte -dijo finalmente-. Y no se desanime, todo lo contrario.

Scott y Kate abandonaron la habitación. Scott entró en todas las demás habitaciones de

la casa. Sólo encontró a tres personas, incluyendo al joven que les había saludado al entrar en la casa con taciturna indiferencia, y ninguno de ellos parecía saber nada importante. El escurridizo Quincy no estaba en ninguna parte.

Subieron al coche y emprendieron el camino de regreso en silencio, pero a los pocos minutos Kate se volvió hacia Scott y le preguntó:

-¿Qué ha sacado en claro de todo eso?

-No puedo decir que lo crea. Conciencia liberada, ánima, el otro reino... Es demasiado fantástico para mi gusto. Pero, no sé... hubo un momento en el que todo lo que estaba diciendo pareció tener sentido. ¿Usted qué opina?

-Me siento igual que usted, Scott -dijo-. Soy escéptica, pero sólo a medias.

Porque la verdad era que, a pesar de toda la ciencia práctica y realista que le habían inculcado, Kate estaba abierta a la creencia de que el mundo era un lugar complicado que ocultaba sus verdades más profundas. «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio...»

Scott, además, se sentía inseguro. Estaba empezando a pensar que era como el tipo que había mencionado Cybedon y que mira el mar desde la playa. «Nuestra ignorancia es tan abismalmente ilimitada -se dijo-, que ni siquiera podemos empezar a imaginar su profundidad.» Mientras atravesaban el río, las torres del puente parecían incendiadas por los últimos rayos del sol. Arriba, el cielo estaba surcado de nubes que parecían iluminadas desde dentro, dramáticas explosiones de rosa, anaranjados y morados. Era una visión sobrenatural, como el fin del mundo.

Cleaver se sentía frustrado, y con razón. Después de todo, él había sido quien había despachado el ánima hacia el éter y ahora esa jodida cosa lo ignoraba. Simplemente, no podía establecer ningún contacto con ella.

Se sentó ante el teclado en el laboratorio de Quincy, en Braintrust, cuatro pisos por encima del Bowery, solo, golpeando las teclas del ordenador, esperando encontrar algo parecido a una respuesta. Estaba desesperado, incluso pulsando el tabulador, la tecla de retroceso y «suprimir». Había probado con todas las variantes posibles de JINGO, la contraseña que Quincy había robado del ordenador de Scott Jessup.

Pero nada funcionaba. Ese mocoso perverso.

Las ventanas estaban abiertas y podía oír los ruidos procedentes de la calle; un coche que hacía sonar la bocina, el ladrido de un perro y, si prestaba atención, incluso tacones resonando en la acera. Fuera hacía un día fresco y perfecto de otoño, la clase de día que solía provocarle una infinita melancolía cuando estaba interno en la escuela en Nueva Inglaterra y más tarde durante sus años en el MIT. Le hacía sentir que mientras él, el zángano siempre fiel, estaba trabajando en su escritorio, los demás estaban divirtiéndose, paseando en sus coches, dirigiéndose a Cape Cod para una merienda campestre en la playa, reunidos en una hamburguesería donde las camareras repartían los pedidos montadas en patines... cualquier cosa que hicieran los jóvenes.

El perro de Quincy se había ido de paseo, al menos. Dio gracias a Dios por sus pequeños favores.

Volvió a mirar la pantalla. Sólo había habido aquellos mensajes vacilantes, adelante y atrás, suficientes para que él se diese cuenta de que el gran experimento había dado resultado. Pero nada desde entonces. Y ahora Cybedon, que no había tenido nada que ver con el experimento, y quien debía considerarse afortunado por el mero hecho de haber oído hablar de él -y eso era culpa exclusivamente de Quincy-, lo estaba asumiendo como si fuese suyo, hablando de él, planteando objeciones, teorizando, casi como si él fuese el creador.

Cleaver apartó las manos del teclado y se apoyó en el respaldo del sillón. Pensó en el ciberespacio, trató de imaginar cómo debía de ser. Siempre que lo hacía imaginaba que sería una especie de vasta red orgánica que se extendía alrededor del mundo como una criatura de ciencia ficción, o uno de esos hongos subterráneos que uno lee que se expanden a lo largo de kilómetros bajo la tierra, la criatura viviente más grande del mundo. A veces pensaba en él como en un cerebro, un cerebro global que se extendía rezumando materia gris como densos

bancos de niebla y con chispas que saltaban a través de las sinapsis como el fuego del bosque a través de los ríos y centros pulsantes como terremotos submarinos.

De pronto se detuvo y se preguntó: «Si el ciberespacio es un cerebro o algo análogo a un cerebro, ¿se organiza de acuerdo a un principio? ¿Se ordena por funciones orgánicas de modo que, con el tiempo, se descompone en diferentes partes? ¿Es ridículo pensar que todos los montones de datos que circulan por allí podrían organizarse en algún almacén o depósito de memoria recuperable o que todos los virus podrían congregarse en algún centro de maldad, un centro de agresión? ¿O que los sistemas de antivirus que tratan de mantener los caminos abiertos evolucionan hasta convertirse en estaciones de mando para sistemas circulatorios bondadosos o caritativos?

»¿La conciencia de Tyler está ahora circulando libremente en el salón de los espejos de un parque de atracciones o se encuentra encerrada dentro de una cámara de los horrores demasiado horripilante para ser descrita?

»¿Por qué se niega a comunicarse? ¿Se ha vuelto difusa como una gota de perfume en un barril de agua? ¿O puede reunir su voluntad y decidir, como un niño obstinado, contener la respiración y no abrir la boca?»

Cleaver suspiró. Deseaba tanto saber, no sólo en el plano de lo abstracto, sino saber a partir de la experiencia. Miró el ERT, el modelo de apoyo, instalado en el escritorio donde había estado trabajando Quincy. Era exactamente igual que el modelo que Quincy había llevado al sótano de Pinegrove, el que Cleaver había estado utilizando con los pacientes.

La idea de probarlo personalmente, debía admitirlo, era muy tentadora. El mero hecho de pensar en ello le aceleraba el corazón hasta el punto de sentir cómo latía en sus oídos. Qué fácil sería. Sólo tenía que fijar los diales e instalarse en la camilla móvil para desaparecer después en el interior del tubo metálico. Al cabo de pocos segundos tendría una idea precisa de lo que significa estar allí fuera, experimentar el abandono del cuerpo, el vuelo a través del espacio, la mente remontándose a través del cielo.

Pero -y ahí residía la dificultad- ¿y el regreso? ¿Cómo asegurar que el viaje se realiza en los siete minutos obligatorios sin la presencia de un ayudante de laboratorio que lo saque de allí? Permanecer en la máquina más tiempo del permitido sería sin duda catastrófico. Había podido comprobar lo que había hecho con Benchloss. El recuerdo de las facciones contraídas de aquel pobre diablo cuando lo sacaron de la cámara aún permanecía vívido en su memoria. Se estremeció. Nadie que hubiese visto eso sería capaz de asumir voluntariamente el riesgo de repetir el viaje. No era tanto el final sino el viaje lo que aparecía como algo aterrador.

No podía decir, sin embargo, que la muerte de Benchloss hubiese sido totalmente inoportuna. De hecho, había sido algo casi fortuito.

Oyó los pasos de Quincy, que subía la escalera y luego se detenía delante de la puerta. El perro rascó la parte inferior con las uñas y la puerta se sacudió. Ruido de llaves, una vuelta de cerradura y el mastín irrumpió en la habitación, haciendo temblar las tablas del suelo. Detrás entró Quincy, que no miró a Cleaver con una expresión demasiado feliz.

-Joder. ¿Aún estás aquí? Pensaba que te habrías marchado hacía siglos.

Cleaver lo ignoró y volvió a concentrarse en el teclado. -Todavía lidiando con esa máquina, ¿eh? ¿Por qué no le das un respiro? De todos modos, ese jodido chismoso volverá a contestarte. ¿Sabes?, creo que está cabreado contigo. Creo que eres la última persona con la que querría hablar.

El enorme perro se acercó a Cleaver y le olisqueó los pantalones. Levantó la cabeza a la altura del hombro de Cleaver, con las orejas gachas y la cola apoyada en el suelo, lo que no era precisamente una postura amistosa.

-Eh, ¿quieres decirle que me deje en paz? -Tranquilo. Puede oler tu miedo. Yo también, por cierto.

Cleaver trató de prestar atención para ver si alcanzaba a oír un gruñido sordo sin acercar demasiado la cabeza.

-No te muevas -le ordenó Quincy.

Cleaver se quedó paralizado.

-Vamos, ya está bien -dijo-. Esto no es divertido. Saca a este animal de aquí.

-No, no me refiero al perro. Me refiero a que no pulses ninguna tecla. Por los clavos de Cristo, mira la pantalla.

Cleaver fijó los ojos en la superficie iluminada. Y allí, en el centro, vio cómo se formaban, lenta pero seguramente, las siguientes palabras:

QUE TE JODAN.

Kate bajó en el ascensor hasta el sótano del hospital y se dirigió con paso rápido al depósito de cadáveres por un corredor pintado de verde. Detestaba ese lugar. Todo lo que había allí la irritaba profundamente: el silencio de iglesia, el brillo de las luces reflejado en las superficies metálicas, los grandes cajones para conservar los cadáveres que parecían inocentes archivadores. Incluso el ambiente esterilizado le resultaba molesto, rigurosamente exigido en beneficio de los vivos, como si importase algo en lo que concernía a los cadáveres. Como médico, y particularmente como responsable de operaciones que llevaban a los pacientes al borde de la muerte, sabía que debía mantenerse en buenos términos con ese lugar. Pero le costaba aceptarlo. Para ella, la morgue representaba un fracaso consumado, la apoteosis de la muerte.

Había un hombre joven de guardia. Llevaba el pelo peinado con la raya en medio, de modo que los mechones caían a ambos lados de la cara, enmarcando la frente. Estaba sentado detrás de un escritorio de metal y leía un libro. No alcanzaba a ver el título pero sí que era una obra de Nabokov. El hombre bajó de inmediato el libro y la miró con ese aire de perplejidad y una pizca de obstinación que ella reconoció como el preludio del flirteo. -¿Puedo ayudarla?

El hombre hizo la pregunta con un deje burlón, como un inspector de aduanas que insinuara que podría estar dispuesto a aceptar un soborno.

Kate le dio el nombre, el título y el departamento donde trabajaba, lo que hizo que el hombre cambiase ligeramente de actitud. Luego le explicó que necesitaba comprobar cierta información: la hora exacta en la que un cadáver había entrado en la morgue y la hora en que se lo habían llevado a la funeraria.

-No lo sé -dijo el hombre, inseguro-. ¿Era uno de los suyos?

-De hecho, sí.

-Oh. Lo siento. ¿Cuál es el nombre, la fecha y la hora aproximada de la muerte, si lo sabe?

Kate le dio la información y el hombre introdujo los datos en el ordenador. Frunció el ceño. En la pantalla no aparecía nada. Luego comprobó el registro general, pasando una pantalla tras otra. Se detuvo y tocó la pantalla. -Ya lo tengo -dijo-. Fue admitido arriba... hace nueve semanas. ¿Es correcto? -Ella asintió-. Pero no consta que lo bajaran aquí. Es raro, porque figura la fecha de la muerte. -Pulsó otras teclas y comprobó otros archivos-. No tengo ninguna información sobre él. Yo diría que parece que nunca pasó por aquí, y es muy extraño. Tal vez la familia insistió en que lo llevasen a alguna otra parte, es la única forma de que haya evitado la morgue.

Ella le agradeció la información y se dispuso a marcharse, pero el hombre parecía desear que se quedara un rato más.

-¿Quién firmó el certificado de defunción? -preguntó.

-El doctor Saramaggio. El hombre sonrió.

-Oh, bien, eso podría explicarlo todo, quizá consiguió resucitarlo.

-Dígame una cosa. -Y ahora Kate le sonrió amistosamente-. Si se llevan un cuerpo de aquí, para llevarlo a una funeraria o algo por el estilo, ¿quién es la última persona que lo ve antes de que se lo lleven?

-Eso es fácil. A esa hora sólo podría ser el portero de noche. El que trabaja en la salida trasera. Se puede comprobar, pero tendrá que ir a la oficina de los porteros. Está en el otro

extremo del sótano.

De pronto se había convertido en una persona servicial.

-Una última pregunta, si no le molesta. -En absoluto. Puede hacerme más de una.

-Si tuviesen que hacer una autopsia, se practicaría aquí, ¿verdad? ¿No se llevaría a cabo en ninguna otra parte del hospital?

-Es poco probable. Aquí tenemos todo lo necesario, líquidos y todo lo demás. Eh. Está investigando este caso... ¿Qué ocurre? ¿Sospecha que ha habido juego sucio? -El empleo de esa expresión propia de la novela negra resultaba irónico-. ¿Necesita ayuda? Yo solía leer libros de Dick Tracy.

-No, gracias -dijo ella-. Esto es más del estilo de Mickey Spillane.

No era conveniente que ese tipo metiera las narices en el asunto.

Abandonó la morgue y sintió cómo su mirada la seguía mientras se alejaba. Sólo por divertirse hizo que sus caderas se contoneasen un poco más de lo normal.

La oficina de los porteros, situada en las entrañas del edificio, no era fácil de encontrar. Se encontraba en el extremo de un laberinto de pasadizos con las paredes desconchadas que atravesaban calderas y viejos trasteros cubiertos de polvo. Finalmente la encontró, justo delante de un tramo de escaleras que llevaba a la salida trasera. A un lado de la puerta había unos percheros oxidados y un reloj de fichar. Al otro, una máquina de café que parecía no haber sido limpiada en meses. Miró la máquina; una taza de café le pareció de pronto una idea atractiva.

-Sólo si está desesperada -dijo una voz a sus espaldas-. Esa máquina es temperamental. Nunca se sabe lo que saldrá de ahí. Es probable incluso que la muerda.

Se volvió y vio a un hombre mayor vestido con pantalones perfectamente planchados, una chaqueta deportiva y camisa sin corbata y el cuello abierto. Tenía arrugas en el cuello oscuro y canas en las sienes, pero su aspecto era fuerte y enérgico.

-Oh, estoy buscando la oficina de los porteros.

-Yo diría que ha venido al lugar indicado. ¿Qué podemos hacer por usted?

-Me gustaría saber, si es que puede decírmelo, quién estaba de guardia una noche del mes pasado.

-Pase.

El hombre le hizo señas para que lo siguiera, se volvió y entró en la oficina. Era un cubículo estrecho, sin ventanas, y había un viejo y destartalado escritorio iluminado por una lámpara. En la pared había un calendario de una compañía de seguros que mostraba una iglesia blanca con campanario entre las suaves colinas de Vermont, y un estante con libros de bolsillo muy leídos. Le ofreció el único asiento que había en la habitación, pero ella lo rechazó amablemente, de modo que los dos permanecieron de pie.

-Ha dicho que fue el mes pasado. Si no fue un fin de semana, ni siquiera tengo que comprobarlo. Era yo. -Bien, ¿está seguro?

-Sí. Hace años que trabajo de noche. Me gusta más. Menos complicaciones, menos gente molestando... Después de haber manifestado su reflexiva opinión, el hombre aguardó, expectante. De modo que Kate asintió. Lo había entendido.

-Ésta es la noche que me interesa -dijo, a la vez que le entregaba un trozo de papel con el nombre de Tyler y la fecha de su muerte anotados en ella.

-Veamos -dijo él. Se sentó al escritorio, se puso las gafas y de uno de los cajones sacó una libreta de notas con una tapa de cartón de topos blancos y negros-. Es anticuada -comentó, pasando las páginas y mirándola por encima del borde de las gafas-, pero confío más en ella que en los ordenadores. No he oído nunca que una de estas libretas se haya averiado.

Los movimientos del hombre eran lentos. Mientras esperaba a que encontrase la respuesta, e intentaba inducir a los dedos largos y delgados a que volasen por las páginas de la

vieja libreta, Kate se dio cuenta de lo agitada que se sentía. Estaba tensa por la ansiedad, podía notarlo, como una mano que le apretara el cuerpo, obligándola a respirar con jadeos entrecortados, acelerando el ritmo de la sangre en las venas, alimentando el estado de alerta con una oleada de adrenalina. Todo ello síntomas que había estudiado hasta la saciedad en la Facultad de Medicina.

Su encuentro con el encargado del depósito de cadáveres la había alterado. Si la autopsia de Tyler no se había llevado a cabo según el procedimiento prescrito, eso supondría una flagrante violación del reglamento y, a primera vista, eso parecía lo menos grave. Una posibilidad era que se tratara de una evidente falsificación, lo cual era mucho peor y podía llevar al despido y la revocación de la acreditación del hospital. La parte más extraña de todo el asunto era que ella no podía decir con seguridad qué era lo que quería que sucediera. No quería que el hospital se viera envuelto en problemas, y tampoco Saramaggio, ni deseaba ser parte de un procedimiento cuestionable, especialmente cuando Scott y Tyler estaban implicados. En realidad, no creía que Tyler estuviese vivo, pero se sentiría mucho mejor si pudiera probar de forma categórica que no lo estaba y que el hospital había actuado correctamente. Pero eso significaría borrar cualquier esperanza que Scott aún pudiese albergar; no importaba lo que le dijera, en el fondo de su corazón ella sabía que él seguía aferrado a la idea de que su hijo, de alguna manera, había sobrevivido.

-Veamos -repitió el hombre, innecesariamente, ya que había encontrado la página que buscaba y la había leído una vez. La leyó de nuevo-. No -dijo-. Aquí no hay nada relacionado con un furgón de la funeraria. Pero sí hay una anotación sobre un paciente que fue trasladado, y ahora que lo veo, lo recuerdo muy bien. Estaba lloviendo a cántaros.

-¿Un paciente?

-Así es. Era ese crío del que hablaba todo el mundo, el que sufrió un accidente en la cabeza. Fue trasladado a otro hospital; al menos eso fue lo que me dijeron.

-¿Quién?

-Los que se lo llevaron. El conductor y su ayudante. -¿Dijeron a qué hospital lo llevaban?

-Ahora que lo pienso, no lo dijeron. -¿Qué conducían, un coche fúnebre? -No, una ambulancia. Pero no una de la privada.

-¿Conoce la compañía? -No.

-¿Podría describirla?

-Supongo que sí. Era una ambulancia corriente. Blanca y roja. Supongo que llevaba el nombre de la compañía escrito en uno de los lados, pero me temo que no pude verlo. Y, si lo hice, no lo recuerdo. Como ya le he dicho, estaba lloviendo a cántaros.

-¿Había algún médico del hospital en la ambulancia? -No, que yo recuerde.

-¿Y quién autorizó el traslado del paciente?

-Ahora que lo pregunta, no estoy seguro. Alguien llamó desde arriba. Creo que era un médico, pero no estoy segura.

-¿No guarda un registro de esos movimientos? -No, no de algo así.

Kate contuvo el aliento.

-¿Podría haber sido el doctor Saramaggio? -Hum. No, creo que me acordaría. -Entonces, ¿quién?

-No puedo decirlo.

-Cuando dice que no puede decirlo, se refiere a que no lo recuerda, ¿verdad?

-Así es.

A ella, naturalmente, le vino un nombre a la memoria, pero no estaba segura de si debía mencionarlo. Hacía tres días que Cleaver no aparecía por el hospital. Kate no quería correr ningún riesgo de que se lo pusiera sobre aviso, aunque fuese accidentalmente.

-Cuénteme más acerca de la ambulancia y de los tipos que se llevaron a ese chico.

-No hay mucho más que contar. Era una ambulancia normal y corriente, como muchas que circulan por ahí. Y los tipos eran, bueno, no podría decir que tuvieran aspecto de

enfermeros. Uno de ellos llevaba el pelo largo, quiero decir, realmente largo. Y el otro era bastante zarrapastroso.

-¿Raza? -Blanca, los dos. -¿Algo más?

-Nada, que recuerde en este momento. Estoy tratando de rebobinar.

-De acuerdo. Si recuerda algo más, ¿me lo hará saber?

-Así lo haré.

Kate buscó una de sus tarjetas y apuntó también su número particular.

-¿Puedo preguntarle algo? -dijo el portero. -Por supuesto. Adelante.

-¿Por qué está haciendo todas estas preguntas?

Ella decidió contarle la verdad. El hombre había sido sincero con ella, hasta donde podía serlo.

-Bien, que quede entre nosotros, por favor, pero ese pobre chico... la mañana después de que usted lo vio se celebró un funeral por él.

-'--No me diga. -Sacudió la cabeza y silbó levemente-. Es una lástima. Un muchacho tan joven.

-Sí.

-Vaya. Supongo que entonces debió de morir en alguna otra parte.

-¿Por qué dice eso?

-Porque estaba vivo cuando se lo llevaron de aquí. -¿Y cómo puede estar seguro de eso?

-Por el soporte. -¿El soporte?

-Sí. El que sostiene el goteo intravenoso. Además, había un montón de máquinas. Ya sabe, ese equipo que usan para mantener a una persona con vida. Estaba conectado al crío. Lo subieron a la ambulancia con mucho cuidado. Si el chico no hubiese estado vivo, ¿para qué iba a necesitar el goteo intravenoso?

Kate trató de no mostrar ninguna emoción. -Es cierto. En eso lleva razón.

-Por eso supongo que el chico debió de morir en otra parte.

-Supongo que en eso también tiene razón. -Sí.

Kate regresó por donde había llegado, atravesando el enorme sótano del edificio, con la mente bullendo de pensamientos. Se dio cuenta de que estaba tan nerviosa que había perdido la noción del tiempo. Miró su reloj. Santo Dios, dentro de media hora tenía que realizar una operación. Corrió escaleras arriba y se sentó ante su escritorio para serenarse. Sabía por experiencia que trabajaba mejor en el quirófano cuando conseguía vaciar la mente. Eso le permitía cubrirse con un fino escudo de distanciamiento, de modo que pudiera concentrarse en las minuciosas tareas que debía llevar a cabo, cortar la duramadre o practicar una incisión con el escalpelo y, al mismo tiempo, visualizar toda la operación de modo que pudiera dar el paso siguiente sin necesidad siquiera de pensar en ello. Todo eso era imposible de hacer si su mente estaba en otra parte.

Después de unos cuantos minutos consiguió controlar sus emociones, y fue a cambiarse y lavarse para la operación. Antes de ponerse la bata de quirófano, su último pensamiento fue que todavía no podía revelarle a Scott lo que acababa de descubrir. Primero necesitaba más información. No tendría sentido explicarle la mitad de la historia.

Aquella noche, Scott se revolvió en la cama, víctima de su peor pesadilla. En primer lugar, había tenido problemas para conciliar el sueño. A pesar de la época del año, hacía mucho calor, de modo que abrió las ventanas y decidió leer un rato. Pero no podía concentrarse y, apagó la luz. Justo cuando estaba a punto de dormirse, en la calle se inició una pelea. Dos tipos se bajaron de sus coches y comenzaron a moverse en círculos como dos perros rabiosos, profiriendo toda clase de insultos y amenazas. Un vecino del tercer piso de la acera de enfrente empeoró las cosas gritándoles a su vez desde la ventana y arrojándoles un cubo de agua, lo que provocó que los dos se volviesen contra él y lo insultaran incluso con mayor violencia. Los dos tipos cruzaron la calle y comenzaron a aporrear la puerta del edificio del vecino. Finalmente se cansaron, subieron a sus respectivos coches y se marcharon

a toda velocidad, quemando los neumáticos sobre el asfalto. Para entonces, Scott estaba completamente desvelado. Trató de leer un poco más y finalmente acabó por dormirse; poco después tropezó con la pesadilla.

Era la misma pesadilla que ya había tenido antes, varias veces. Y aunque estaba semiconsciente, en algún nivel parecía saber que era familiar, y este conocimiento hizo que pudiese anticipar su miedo y exacerbarlo. Sentía como si la espantosa secuencia de acontecimientos se desenvolviera según un guión previamente establecido que él era incapaz de detener.

Era un crío, tenía siete u ocho años, la edad del conocimiento y la indefensión. Estaba en pijama, acostado en la cama, en una vieja y destartalada casa de Nueva Inglaterra con una docena de habitaciones comunicadas entre sí en la planta baja y en el primer piso. Las dos plantas estaban conectadas por una única escalera de peldaños inseguros y crujientes en un extremo, lejos de su cuarto. Abajo, en la habitación que se encontraba justo debajo de su dormitorio, estaba su madre. Y estaba haciendo algo que a él le parecía peligroso. Tal vez estaba bebiendo, tal vez estaba mezclando productos químicos para fabricar una bomba, tal vez estaba hirviendo agua para escaldarlo con ella... no lo sabía con seguridad.

Pero él tenía un plan. Llamaría por teléfono al médico, que llegaría en pocos minutos y se encargaría de que todo fuera bien. Marcó los números con mucho cuidado, uno por uno, en un viejo teléfono, soltando el disco lentamente para que no hiciera ruido. Aun así, el ruido parecía atronador. Una enfermera contestó la llamada y le dijo que avisaría al médico. Después de un largo rato, éste se puso al teléfono y Scott comenzó a hablar, explicándole el peligro que corría. Pero justo entonces oyó un clic y supo que su madre había levantado el auricular del aparato que había abajo. Y ella también comenzó a hablar, dulce, lentamente, explicándole al médico, con una voz que a él le pareció irreal, que todo estaba bien, y luego añadió: «Todo está bien, doctor. No hay nada de qué...».

Estaba a punto de decir «preocuparse», pero cuando lo hizo se oyó una explosión, como si estuviese en una cámara de resonancia; el sonido fue cada vez más fuerte hasta que se convirtió en un alarido que le taladró el tímpano. El teléfono cayó al suelo y se hizo pedazos y él supo que ella lo había dejado caer y que corría hacia el piso de arriba para cogerlo, y que el médico no podría llegar a tiempo. Oyó que las puertas de abajo se abrían y se cerraban con estrépito y oyó también el sonido de unos pasos que corrían. Y, por un momento, pensó en escapar por la escalera hasta la puerta principal, pero tenía miedo de encontrarse con su madre a mitad de camino de la escalera, una idea que lo aterrorizaba, de modo que se metió debajo de las mantas, y asomó tan sólo la cabeza.

Muy pronto los pasos sonaron de un modo diferente, más distantes, y él supo que su madre estaba subiendo la escalera. Luego los pasos volvieron a sonar más fuertes y se abrieron y se cerraron más puertas. Antes de que pudiese darse cuenta, ella estaba delante de su puerta, que se abrió de par en par como si la hubiese alcanzado una poderosa ráfaga de viento, y allí, alzándose casi hasta el borde superior del marco de la puerta, su madre se convirtió de pronto en un hombre, con una mueca horripilante, que sostenía un cuchillo de carnicero que chorreaba sangre. El hombre dio un gran salto y llegó junto a la cama, alzando el cuchillo por encima de su cabeza...

Scott se despertó temblando, empapado en sudor, el corazón latiendo enloquecido en su pecho. Aferraba las mantas completamente aterrado. Y al instante supo que había estado soñando, que todo estaba bien y que nadie iba a matarlo. Pero había pasado tanto miedo que, aunque el terror comenzaba a disiparse, su corazón siguió latiendo con fuerza durante varios minutos y temblaba de tal manera que miró sus manos. Era como si tuviesen una mente propia y él fuese incapaz de calmarlas.

Antes, cuando tenía esa pesadilla, se levantaba de la cama, iba directamente al armario pequeño que había debajo del fregadero y se servía un vaso de whisky solo, pero ahora, por supuesto, no podía hacerlo. Se levantó y comenzó a caminar por el loft, sintiendo que su corazón volvía a latir con normalidad, como un motor que casi hubiese perdido una arandela

al reducir la velocidad. Fue hasta la ventana y contempló la calle desierta. Una de las farolas proyectaba un halo de luz sobre la acera, arrancando reflejos de trozos de cristal.

«Aquí estoy -pensó-, treinta y seis años y aún soñando la misma pesadilla.» Recordó la época en que había sufrido esa pesadilla con Lydia durmiendo a su lado, cómo ella se sentaba en la cama y lo escuchaba con sus grandes ojos y luego lo abrazaba y hablaba con él. Él le contaba entonces cuánto le perturbaba soñar que estaba en peligro a causa de su madre, a quien él amaba, y Lydia le decía que ella pensaba que eso era una forma de reaccionar ante el alcoholismo de su madre, el temor a que ella perdiese el control. Ella le había prometido, con los ojos brillantes, que algún día se libraría de ese mal sueño. Scott se preguntó acerca de eso. Tantos años después, la pesadilla seguía perturbándolo. «El tiempo no existe para el inconsciente», le había dicho una vez un amigo, citando a Freud.

Por puro gusto -y también porque estaba completamente despierto y temía volver a dormirse-, se sentó delante del ordenador y movió el ratón para hacer desaparecer el protector de pantalla. Un mensaje lo estaba esperando y al instante supo que era de Tyler. Contuvo el aliento y contempló las palabras, las leyó rápidamente y luego sin prisas, una y otra vez. Era un mensaje misterioso.

PAPÁ, VEN. INTENTA 199.6.2.5 HWORDSWORTH»

Esperó unos segundos para ver si el mensaje continuaba, luego trató de contestarlo frenéticamente, tecleando a toda velocidad, buscando las palabras capaces de desvelar el misterio o provocar alguna clase de respuesta.

TYLER, ¿ESTÁS AHÍ?

Esperó tanto rato como fue capaz de resistirlo, luego volvió a escribir:

TYLER, ¿A QUÉ TE REFIERES? NO ENTIENDO QUÉ SIGNIFICA HWORDSWORTH». ¿PUEDES OÍRME...? ¿TYLER, ESTÁS AHÍ?

Continuó escribiendo:

POR EL AMOR DE DIOS, TYLER, CONTESTA...

Pero en la pantalla no apareció ninguna respuesta y Scott no supo qué más intentar.

Al día siguiente, Kate buscó en las Páginas Amarillas y encontró que en Manhattan había catorce servicios de ambulancias, más de cuarenta si contaba los otros barrios. Luego se conectó a Internet y, una por una, entró en las páginas web de todas las empresas que encontró. La mayoría contenía fotografías de sus vehículos. Cada vez que aparecía una ambulancia roja y blanca, o algo que se le pareciera, la copiaba y la llevaba al sótano para mostrársela al portero. El hombre las examinaba atentamente, estudiándolas de arriba abajo, y luego negaba con la cabeza. En varias ocasiones hizo una larga pausa antes de responder. En esos casos, ella temía que no estuviese realmente seguro y sólo quisiera darle una respuesta definitiva, de modo que tomaba nota de esos datos. Tal vez merecieran una llamada de seguimiento.

A las compañías que no tenían sitios web las llamaba directamente. Les pedía una descripción de sus ambulancias. A veces le proporcionaban esa información y, en otras ocasiones, parecían sospechar algo y colgaban. Sólo tres de ellas accedieron a consultar sus registros para darle información sobre la noche en cuestión, y ninguna de ellas había prestado un servicio en el hospital St. Catherine. En otra docena le dijeron que esa información era estrictamente confidencial.

Había comprobado ya la mitad de la lista cuando Saramaggio apareció en la puerta del despacho y permaneció allí hasta que ella alzó la vista. Le dijo que lo acompañase a su despacho. Era extraño que no la hubiese llamado por teléfono o que no le dijese qué quería de ella allí mismo, pensó, mientras lo seguía por el corredor. Saramaggio caminaba a grandes zancadas, agachando ligeramente la cabeza al pasar delante de cada puerta.

Una vez en su despacho, le hizo un gesto para que se sintiera con forzada amabilidad y él tomó asiento detrás del escritorio. Carraspeó, evitó mirarla a los ojos, jugó con un lápiz sobre la secante, y finalmente le preguntó cómo estaba.

-Bien -respondió ella-. Muy bien.

-Magnífico -dijo él, aunque no parecía que lo dijera sinceramente. Sus pensamientos estaban en otra parte. Alzó la vista y dijo:

-Mire, no tiene sentido seguir dando rodeos. -Ella asintió-. Échele un vistazo a esto -dijo Saramaggio, al tiempo que abría uno de los cajones, sacaba un documento, lo colocaba encima del escritorio y le daba la vuelta para que ella pudiese leerlo.

Era una especie de complicado formulario de cuatro páginas que ella nunca había visto antes. Al principio, se sintió desconcertada, pero, a medida que lo leía, sintió que la ira crecía en su interior y las mejillas le ardían.

-¡Esto es ultrajante! -exclamó Kate después de haber leído la última página.

-Sí, reconozco que es un poco difícil -dijo Saramaggio. -¡Difícil! ¡Es una solicitud de suspensión! ¡Ese hombre está pidiendo que me suspendan en mi trabajo! ¿Y cuáles son los motivos? ¿Cuáles pueden ser los motivos de algo semejante?

Saramaggio evitó mirarla a los ojos.

-Todo ese asunto del muchacho -contestó-. Ya sabe, cómo entró en el pabellón de observación en compañía del padre y luego se produjo ese lamentable episodio, en gran parte por culpa de él, pero usted también estaba allí...

-¿Culpa de Scott? Por Dios, usted estaba allí. Llegó pocos minutos más tarde. Ese chico estaba muerto. Estaba muerto y su padre vio que así era... no es extraño que se desquiciara. Y después de que tratara de que le quitasen a Tyler la asistencia mecánica y se lo negaron... Espere un minuto. ¿Qué significan estas palabras? ¿Acaso se quiere insinuar que nosotros somos los responsables de su muerte, que su padre y yo...?

-No lo dice con esas palabras, pero sí, existe esa inferencia. -Ahora estaba mirando directamente a la pared-. Quiero decir, los dos estaban allí, hubo un gran alboroto...

-Venga ya. Ese chico estaba muerto cuando nosotros llegamos. Ninguno de los monitores de Tyler mostraba signos de vida. Eso fue lo que hizo que Scott se alterase. ¡Y usted lo sabe!

-Bueno, eso es lo que usted dice...

-¡Por eso precisamente lo llamamos a usted!

-Tal vez, pero, verá, yo llegué después de que todo acabara, de modo que, ¿cómo podría yo afirmar razonablemente que no sucedió de esta manera?

-Pero ¿quién dice que las cosas sucedieron de esa manera? ¿Él? Él ni siquiera lo sabe. No estaba allí.

-No se altere. Esto no significa ninguna conclusión definitiva. Todo el proceso se encuentra en una primera etapa; se examinarán todos los detalles.

-¿Que no me altere? ¿Cómo demonios puede decir eso? Tiene la desfachatez de sentarse ahí y decirme que estoy suspendida por algo que no hice. Y usted sabe que no hice nada y no me está apoyando.

-Ya veremos. Por el momento no me inclino por ninguna de las dos posiciones.

-Usted le tiene miedo. Eso es lo que ocurre.

-No es así. Sin embargo, él es un médico importante aquí, y tiene mayor rango que usted, de modo que debemos tomar su palabra...

-Usted firmó ese certificado de defunción porque él lo obligó a hacerlo. Y usted anotó una hora diferente para implicarnos a Scott y a mí.

Saramaggio jadeó varias veces. Tenía el aspecto de haberse quedado sin aire.

-Y eso no es todo. Usted firmó la autopsia e hizo que él la firmase, o él lo obligó a usted. Y no creo que esa autopsia se haya llevado nunca a cabo.

Saramaggio se levantó y señaló la puerta.

-Es suficiente. Basta de acusaciones. Y basta de andar husmeando por ahí. Márchese ahora mismo. Y puede considerarse suspendida hasta nuevo aviso.

Kate abandonó el despacho dando un portazo. Estaba temblando de furia.

Mientras regresaba a su despacho, sin dejar de temblar, repasó todo el episodio, la

cobardía de Saramaggio y la venalidad de Cleaver. Y lo que más le impresionó de la acusación fue la oportunidad. ¿Por qué la acusaban ahora y no varias semanas atrás, cuando se produjo el incidente? ¿Por qué querían apartarla del camino en ese momento? ¿Era porque estaba siguiendo la pista correcta?

Scott ya estaba lo bastante familiarizado con el vestíbulo del St. Catherine como para evitar cualquier posibilidad de ser detectado. Esperó fuera del edificio hasta que se acercó un grupo de cinco personas, todas con el aspecto despreocupado propio de los residentes, y cuando atravesaron las puertas giratorias, los siguió de cerca. Caminó pegado al grupo, manteniéndolos entre la recepcionista y él, hasta que superó el mostrador principal. Giró en la esquina del vestíbulo hacia el corredor que acababa en los ascensores, pulsó el botón y subió rápidamente cuando se abrieron las puertas. Una vez en la planta de Kate se dirigió a toda prisa a su despacho. La puerta estaba cerrada. Golpeó suavemente con los nudillos y, cuando nadie respondió, trató de abrirla. Estaba cerrada con llave.

Por alguna razón no había esperado eso. Miró a ambos lados; no había nadie. Echó a andar por el corredor, probando los pomos de todas las puertas como un ladrón de hotel que busca un golpe de suerte. Y lo encontró. Cuatro puertas más allá, el pomo giró y la puerta se abrió a un pequeño despacho, perfectamente limpio y ordenado. Se deslizó en su interior y cerró la puerta. Gruesos volúmenes de medicina cubrían las estanterías, un montón de artículos impresos descansaba sobre una pequeña mesa y, en el antepecho de la ventana, había un cráneo de escayola barnizada donde alguien había señalado las regiones propias de la frenología, una broma, sin duda. En el centro del escritorio se hallaba lo que estaba buscando: un ordenador.

Se sentó ante la pantalla, acercó la silla y encendió la máquina. Sacó de un bolsillo el trozo de papel donde había escrito los números de Tyler. Los había memorizado, pero quería evitar incluso la más mínima posibilidad de error.

«Ahora viene la parte más complicada», pensó. Había tardado mucho tiempo en descifrar el mensaje de Tyler. Lo había examinado detenidamente una y otra vez, analizando cada pequeño fragmento en blanco y negro y buscando la clave para descifrar su significado oculto. Había intentado enfocar el mensaje desde el punto de vista de su hijo, aplicando lo que sabía desde su amor instintivo. Tres palabras y algunos números, eso era todo cuanto contenía. Imaginó que la comunicación era un proceso difícil, que, de alguna manera, era una tarea exhaustiva; ésa era la impresión que tenía cuando cada letra se dibujaba lentamente en la pantalla, casi como si fuese doloroso convocarlas. LY por qué era tan breve el mensaje? Evidentemente era importante: Tyler le había rogado que lo rescatase, pero no podía darle más detalles o pistas para facilitarle la posibilidad de encontrarlo. Y había otra cosa en la que Scott no quiso demorarse más de lo necesario: los mensajes eran cada vez más cortos, casi como si Tyler estuviese desapareciendo en alguna parte. Él había escrito: «Papá, ven». No «Papá, ayúdame». El mensaje anterior incluía la palabra «ayúdame», de modo que en ese sentido era superflua. Pero «ven» era un imperativo activo -un< orden, una súplica-, y tal vez estuviese relacionado con la segunda parte del mensaje, con los números y ese nombre misterioso que completaba el mensaje: Wordsworth. Rastreó en su memoria, revisando cada conversación que habían tenido sobre literatura, lecturas y textos; no recordaba nada que estuviese relacionado con el poeta inglés. Hasta donde era capaz de recordar, ese nombre nunca había tenido un significado especial en sus vidas. No había ningún poema de Wordsworth que a Tyler le gustase especialmente, ninguna cita que alguno de ellos recitara, nada. Sólo cuando se convenció de que el «nada» era importante, que ninguna asociación aportaba vínculo alguno con ese nombre, se sintió libre para buscar otras explicaciones. Luego estudió el rompecabezas desde otro ángulo y pensó que, quizá, Wordsworth fuese importante para otra persona, tal vez tan importante que hubiese sido adoptado como una especie de patrón o modelo. Tal vez... Por supuesto, quizá se tratara de eso. ¡Una contraseña! ¡La contraseña para acceder al ordenador de otra persona! Y eso podría explicar los números,

Librodot

la dirección básica de un sistema informático. Ahora lo único que tenía que hacer era averiguar de qué sistema se trataba y, la parte más delicada, quién era el usuario de esa contraseña. Un pirata informático seguramente podría conseguir la información, pero él sólo había dado con un atajo, una conjetura y nada más; aunque era buena, porque de pronto todo había empezado a encajar.

Y ahora tenía la posibilidad de poner a prueba su intuición.

Pulsó los números en el teclado, una combinación que abrió un subsistema seguro. El programa respondió con un cuadro de texto donde titilaban las palabras «nombre de usuario», de modo que escribió:

CLEAVER

Luego le pidieron la contraseña y añadió:

WORDSWORTH

La pantalla se aclaró al instante, una imagen apareció fugazmente ante sus ojos y luego varias líneas que atravesaban la pantalla en sentido horizontal y a gran velocidad. Comprendió inmediatamente lo que eran gracias a las interminables horas que había pasado sentado y observando a Tyler en aquella sala especial. Eran las líneas que indicaban las funciones vitales de un cuerpo. Una línea se elevaba, descendía casi hasta el cero, rebotaba nuevamente casi hasta la mitad y se convertía en una línea plana para repetir luego la misma secuencia una y otra vez. Era un electrocardiograma. También se veían las líneas onduladas de un electroencefalograma, el monitor de la actividad cerebral, y una tercera línea que rebotaba por la pantalla y que representaba la presión sanguínea. Las líneas eran tan regulares que imaginó que le resultaban familiares. Pensó que las reconocía, pero ¿sería posible? Eran tan constantes que parecían proceder, como las de Tyler, de alguien en coma. Mientras contemplaba cómo se desplazaban en la pantalla, recordaba haber oído los sonidos del pabellón especial, el sonido áspero de la respiración como si se tratara de un fuelle. Y ahora casi podía volver a oírlos. Cuanto más observaba las líneas, más se convencía de que pertenecían a los monitores de Tyler. Luego la pantalla volvió a titilar y una especie de imagen pareció tratar de tomar forma. Pero aparecía y se esfumaba tan deprisa que no alcanzaba a ver de qué se trataba. Las líneas volvieron a aparecer y, mientras mantenía la vista fija en ellas, parecieron fluctuar, al principio sólo un poco y luego violentamente.

De pronto, la imagen volvió a aparecer y titiló, como una emisora de televisión que estuviera tratando de enviar su señal desde una enorme distancia. Las líneas reaparecieron y volvieron a esfumarse y, en su lugar, la imagen se materializó. Esta vez la recepción era un poco más clara y pudo discernir las formas. Había unos objetos largos y cilíndricos de alguna clase que se desplazaban arriba abajo de la pantalla, pero resultaba difícil precisar qué eran. Miró con más detenimiento. Parecía tratarse de -¿qué era?- alguna clase de tuberías. Sí, definitivamente se trataba de unas tuberías, como tuberías de agua o de vapor en una casa vieja y, entre dos de ellas, había un elemento que las unía, un codo. Tuberías largas y anchas cubriendo toda la pantalla. Pero ¿cuál era su significado? La imagen desapareció, y volvió a unirse un momento después exactamente de la misma manera. No había ningún movimiento, ningún cambio. Era como observar una cámara de vídeo enfocada sobre un fondo inerte e invariable. Las líneas del monitor volvieron a aparecer y ahora se movían a gran velocidad, casi con violencia. Incluso los latidos del corazón se habían acelerado. Se habían convertido en una taquicardia. Entonces, súbitamente, supo que estaba contemplando un mensaje enviado por Tyler. De alguna manera, Tyler había sido capaz de enviar firmas electrónicas de sus propios signos vitales. La imagen volvió a aparecer, aún más nítida. Scott inclinó la cabeza hacia un lado. Parecía casi... Podía ser una vista desde debajo. En realidad, eso era lo que tenía más sentido, la imagen de algo visto desde su parte inferior... ¡tuberías que discurrían por un techo!

Y en ese momento, justo cuando la imagen comenzaba de nuevo a titilar y a desvanecerse y reaparecían las líneas, la certeza de lo que estaba ocurriendo le impactó como si le hubiesen propinado un golpe en la cabeza y creyó que sabía lo que aquella imagen

significaba. Estaba contemplando -sólo quizá, sólo tentativamente- algo a través de los ojos de Tyler. Era probable que Tyler estuviese acostado de espaldas en alguna parte y aún fuese incapaz de moverse, pero, de alguna manera, se las había ingeniado para comunicarse a través del ordenador y transmitir la imagen que ocupaba su campo visual. Y esa imagen era un conjunto de tuberías, largas tuberías, como las que uno podría encontrar en el sótano de un gran edificio.

¡Eso era! Y ahora que las líneas comenzaban a moverse violentamente otra vez, la imagen volvió a aparecer en la pantalla y Scott vio algo nuevo: un punto oscuro en la parte izquierda de la pantalla. El punto aumentó de tamaño; al principio, pareció un hongo, y luego cobró forma. Y mientras lo miraba apenas daba crédito a sus ojos. Era la cabeza de alguien entrando en el campo de visión de Tyler, vista desde debajo. ¡La cabeza de un hombre! Allí estaba la frente y la coronilla calva y el pelo sobre las orejas. ¿Era posible acaso... que ese hombre se estuviese inclinando sobre Tyler? Eso explicaría por qué las líneas de los monitores fluctuaban con tanta agitación y -a Scott le asustaba pensarlo- tanto miedo. Pulsó el botón de impresión, esperando poder captar aquella imagen en papel.

Pero un segundo después de pulsar el botón, la forma oscura desapareció y la pantalla volvió a recuperar la imagen de las tuberías. Ahora su definición era más difusa y se convertían en formas indiscernibles y, muy pronto también, las líneas de los monitores volvieron a aparecer, aunque también menos nítidas. Finalmente todas se desvanecieron. La pantalla estaba vacía. Intentó recuperar las imágenes pero fue inútil. Apagó el ordenador y volvió a encenderlo. La máquina aceptó su contraseña pero esta vez no hubo conexión. Nada.

Scott sintió ganas de gritar de impotencia. Su hijo yacía en alguna parte, indefenso, vulnerable y probablemente aterrorizado. Había tenido la suficiente presencia de ánimo como para enviarle un mensaje de socorro a su padre, ¿y el padre qué podía hacer? Nada, nada por ahora, en absoluto... Es decir, no hasta que no fuese capaz de encontrarlo. Entonces quienes lo retenían se enterarían de lo que era capaz.

Su concentración era tan intensa que no oyó los pasos que se acercaban por el corredor, y tampoco cuando se detuvieron ante la puerta de la oficina. Hubo un tintineo de llaves y luego una que hacía girar la cerradura. Scott alzó la vista y se dio cuenta de que allí había alguien. Pero no estaba preocupado. Se reclinó en el sillón, cruzó los brazos y esperó a que la puerta se abriese. Un momento después se encontró ante la boca abierta de un hombre delgado, de piel cetrina, vestido con una bata de médico. Los ojos del hombre denotaban su sorpresa. Scott recordó que se trataba de uno de los médicos que habían operado a Tyler.

-¿Qué...? ¿Qué está...?

-¿Sí? -dijo Scott con voz tranquila, como si se encontrase en su propio despacho.

-Usted es el padre de Tyler... el señor Jessup. -Sí.

El hombre seguía estupefacto.

-Soy Gully. Uno de los cirujanos que operaron a su hijo. Pero ¿qué hace en mi despacho?

-He venido a verlo -contestó Scott rápidamente.

El hombre parecía aún más desconcertado.

-Oh, comprendo. Pero ¿cómo ha entrado aquí? -La puerta estaba abierta.

-Sí, entiendo. Es verdad, no siempre echo la llave. -Bueno, pues ya que está usted aquí...

-Y usted ha venido a visitarme porque... -Quiero hablar con usted.

-Por supuesto. ¿Y sobre...?

-Sobre cualquiera que haya tenido algo que ver con el cuidado de Tyler. Me gustaría saber más cosas de todos ellos. Tal vez ahora que nos hemos conocido, ¿querría acompañarme a tomar una taza de café? Ahora.

Gully vio que estaba desesperado.

-Naturalmente, pero antes debería recoger unos papeles.

-No, no hay tiempo para eso. Puede volver a recogerlos más tarde.

-Bien, si eso es lo que quiere. -Eso es lo que quiero.

Y mientras salían de la oficina, mientras Scott hacía que Gully girase y lo empujaba ligeramente en dirección a la puerta con un brazo, se inclinó sobre la impresora y cogió la hoja de papel que había en la bandeja. Le echó un vistazo para asegurarse de que la imagen se había impreso.

Así era. Allí estaba la misma vista de tuberías en el fondo, con un aspecto más definido en el papel. En primer plano, se veía la forma oscura de una cabeza mirando hacia abajo, los rasgos apenas reconocibles. Había irrumpido en el cuadro como una huella digital.

Kate empezó a limpiar su despacho. Después de todo, no sabía cuándo regresaría. O, en cualquier caso, si lo haría. No llevaba tanto tiempo en el St. Catherine como para haber acumulado demasiadas cosas, de modo que sólo necesitó una caja de cartón que había contenido un ordenador portátil. La colocó sobre una silla y comenzó a llenarla. Primero metió un montón de historiales clínicos, la mayoría de ellos duplicados de casos actuales. Pensó que no sería mala idea conservarlos en casa, por las dudas. Era mejor tomar precauciones; se había sentido conmocionada por las acusaciones dirigidas contra ella, evidentemente falsas y destinadas a desviar la culpa. Ahora no dejaría nada al azar. Era probable que iniciaran toda una campaña para difamarla.

Abrió los cajones inferiores del escritorio y sacó dos tazas de café, cartas, una libreta de direcciones, objetos diversos, disquetes y varios memorandos sobre planes de salud y beneficios para los empleados. Luego extrajo el cajón superior y volcó su contenido dentro de la caja. Cayeron papeles con anotaciones, clips, tarjetas personales, grapas, monedas y un paquete de pastillas de menta. Vio una fotografía tamaño billetera en la que aparecían Harry y ella, tomada en un restaurante en Fisherman's Wharf, un lugar barato y concurrido pero que ella disfrutaba en secreto. La sostuvo en el aire y la miró atentamente. Pobre Harry. Hacía semanas que no pensaba en él. Y tampoco lo había llamado; probablemente la pasión también se estaba apagando de su parte. Sintió una punzada de arrepentimiento. El mundo era un lugar tan seguro cuando estaban juntos; seguro pero previsible. Tal vez ése fuese el problema. Volvió a dejar la foto dentro de la caja, por último, quitó lo que había encima del escritorio, esta vez deprisa, y lo metió todo dentro de la caja, incluyendo la foto enmarcada de su madre.

Llevó la caja al otro lado del escritorio, apagó las luces con el codo y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí con la punta del zapato.

En el otro extremo del corredor alcanzó a ver que Gully volvía la esquina acompañado de otro hombre. De espaldas, y por un momento, pensó que se parecía a Scott, pero naturalmente eso era imposible; ellos ni siquiera se conocían.

Mientras regresaba a su casa en taxi, con la caja instalada en el asiento del acompañante, la injusticia de todo lo que había ocurrido comenzó a abrumarla. Las manos aún le temblaban un poco, principalmente por la ira que sentía, pero también -y ella lo sabía-, por el exceso de emociones. No encontraba palabras para describir con exactitud lo que le sucedía. Había renunciado a tantas cosas para ir a Nueva York y trabajar con Saramaggio. Había llegado a la gran ciudad como cualquier patán ingenuo de la Costa Oeste, asombrada y llena de sueños, y todo había salido mal. No habían congeniado desde el principio. Luego se produjo el terrible episodio de Tyler y ahora había descubierto que habían simulado su muerte y que estaba vivo en el momento de abandonar el hospital. ¿Qué significaba eso? ¿Adónde podían haberlo llevado? ¿Era posible que viviera aún? ¿Cómo podía ayudar a Scott a encontrarlo? Ahora que había sido suspendida, esa tarea era incluso más difícil. Qué acto tan vengativo. Y Cleaver estaba detrás de esa ignominia. Por alguna razón, él estaba tratando de hacerle daño y Saramaggio, el muy cobarde, lo apoyaba. Ambos ya habían conseguido que el hospital la suspendiera. ¿Cuál sería el siguiente paso? Posiblemente presentarían cargos de conducta poco profesional y eso podría arruinar su carrera. Y todo ello con pruebas amañadas. ¿Quién sería capaz de salir en su defensa en el hospital?

Mientras el taxi avanzaba por la Segunda Avenida, miró a la gente que iba de compras, los mensajeros en sus raudas bicicletas, las mujeres jóvenes, altas y delgadas elegantemente

vestidas. Y por primera vez en mucho tiempo sintió la enfermedad de Nueva York: la soledad. Tal vez no fuese tan fuerte como había creído; tal vez no fuese capaz de lograrlo en esa ciudad, después de todo. Quizá pertenecía a las legiones que habían sido seducidas por Frank Sinatra y su famosa canción y que habían fracasado y regresado a casa, a las pequeñas y remotas ciudades, con el rabo entre las piernas. Era curioso, pero nunca se oía hablar de ellos; solamente se hablaba de los héroes conquistadores.

Sintió una súbita urgencia de llamar a Scott. Necesitaba saber qué había descubierto. Y quizá, al mismo tiempo, se dijo, sintiéndose culpable por pensar en sí misma, él pudiese ayudarla de alguna manera; necesitaba la fuerza de Scott para no derrumbarse.

Pagó y bajó del taxi. El ascensorista le llevó amablemente la caja hasta el ascensor y le sonrió al depositarla delante de la puerta de su apartamento. Una vez dentro, la dejó sobre la mesa del comedor, y estaba a punto de continuar hacia la cocina para prepararse una taza de café cuando algo que había en la caja llamó su atención. Era una tarjeta comercial, blanca, con letras azules en relieve, que decía:

FREDERICK BUTTERWORTH

Corporación de suministros para hospitales Flushing, Queens, NY

Desde ambulancias hasta máquinas de rayos X. Si no lo tenemos, sabemos dónde encontrarlo.

Cogió la tarjeta, fue hasta el teléfono y marcó el número que figuraba en la esquina inferior derecha.

Le sorprendió que respondiese Butterworth personalmente, ni secretaria, ni buzón de voz ni contestador automático. No había esperado contactar directamente con él y no había tenido siquiera tiempo de preparar un breve discurso. Le dijo su nombre y le recordó dónde se habían conocido. Al principio pareció buscar en su memoria, pero tuvo el buen gusto de simular que se acordaba de ella. Luego lo hizo realmente.

-Oh, sí -dijo-. Usted es la cirujana. Qué lugar tan siniestro, ¿verdad? Me puso los pelos de punta.

Ambos continuaron con una charla igualmente intrascendente durante unos minutos y luego Kate fue al grano. -Señor Butterworth, me gustaría que me ayudase con un pequeño problema.

-Sólo tiene que decirme de qué se trata. Soy su hombre.

-Bien, he visto en su tarjeta que proporciona ambulancias.

-Así es, desde ambulancias hasta máquinas de rayos X. Me alegro de que aún la conserve.

-¿Perdón?

-La tarjeta. Me alegro de que aún la tenga.

-Oh, sí. Así es como he conseguido su número de teléfono. En cualquier caso, pensé que ya que ustedes proporcionan ambulancias...

-En realidad no proporcionamos ambulancias, pero podemos tramitar su pedido. Operamos como intermediarios en la transacción.

-Comprendo. Bien, lo que me estaba preguntando era, ¿existe algún tipo de directorio donde conste qué clase de ambulancias tienen los hospitales, ya sabe, qué modelos son y qué aspecto tienen? '

-Por supuesto.

Y entonces ella le explicó lo que estaba buscando: el nombre de cada hospital y compañía en la ciudad cuyas ambulancias tuviesen marcas blancas y rojas. Y él le dijo:

-Puedo conseguirle esa información en un santiamén. Ni siquiera tengo que volver a llamarla.

Sin embargo, Butterworth abandonó el teléfono durante seis o siete minutos. Y cuando volvió, dijo: -¿Tiene algo con qué escribir? Me temo que la lista es bastante larga. Es una combinación muy popular. -¿Cuántas?

-Siete.

Butterworth comenzó a leer los nombres en voz alta y Kate fue anotándolos en una hoja de papel, pero cuando llegó a una que ella conocía, supo que ya no tenía que continuar. Lo dejó terminar, sólo para no defraudarlo. Luego le dio las gracias por la información y colgó. Él pareció lamentar que la conversación hubiese terminado.

«Por supuesto», pensó ella. Había sido algo evidente desde el principio y tendría que haberlo visto al instante. Tal vez, como en La carta robada, de Edgar Allan Poe, era simplemente demasiado obvio, tanto que le había pasado desapercibido.

De pronto supo a ciencia cierta dónde había llevado la ambulancia a Tyler aquella noche lluviosa, cuando abandonó el St. Catherine.

A Pinegrove.

A Gully le sorprendió que Scott no quisiera tomar café en la cafetería del hospital y, en cambio, insistiera en ir a un bar. Advirtió, además, mientras pasaban ante la sala de enfermeras, donde Saramaggio estaba dándole instrucciones a un enfermero, que Scott caminaba junto a él por el lado más alejado de la sala, con la cabeza gacha, como si estuviese manteniendo una animada conversación que no tenía mucho sentido. En realidad, el hombre parecía tan agitado y excitado que Gully se preguntó si no estaría un poco desequilibrado.

En el ascensor, Scott dejó de hablar de golpe. Luego cruzó el vestíbulo a grandes zancadas, llevando a Gully por el codo y apretándolo con tanta fuerza que casi le hizo daño mientras se dirigían hacia la puerta principal. La recepcionista pareció fruncir el ceño cuando pasaron delante de ella, una vez fuera del edificio, pareció perder todo interés en esa taza de café. En cambio, llevó al cirujano a una esquina del hospital, y antes de hablar miró en derredor. -Qué diablos... ¿adónde vamos? -preguntó Gully.

Pero Scott ignoró la pregunta, volviéndose hacia él con una mirada rabiosa en los ojos.

-¿Es capaz de guardar un secreto? -le preguntó a bocajarro.

Gully pensó un momento antes de responder. -Bueno, sí -dijo-. Pero no alcanzo a comprender... -Prométame que lo hará.

Gully dudó, desconcertado.

-Prométalo -insistió Scott, con tanta urgencia que Gully comenzó a asentir al tiempo que decía:

-Lo haré, lo haré. Lo prometo.

-Bien. Ahora quiero que me escuche con mucha atención. Voy a hacerle una pregunta y quiero que lo piense muy bien y me dé una respuesta. ¿De acuerdo?

-Sí, sí.

Esta vez Gully no necesitaba que lo espolearan. Debía admitir que su nerviosismo estaba dejando paso a la curiosidad. ¿Qué podía querer ese hombre de él, y por qué estaba tan alterado?

-Muy bien. Allá vamos. Voy a mostrarle una fotograba, una fotografía en la que se ven unas tuberías y quiero que me diga si las ha visto antes, si le resultan familiares en algún sentido.

-De acuerdo -dijo Gully con cierta vacilación.

Scott metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó una hoja de papel doblada, la desplegó con mucho cuidado y se la enseñó. Los ojos de Gully se fijaron inmediatamente en el primer plano, en la cabeza oscura cortada a la altura de la boca.

-¿Quién es ése? ¿No es...?

-No importa quién pueda ser -lo interrumpió Scott bruscamente-. Sólo tiene que echar un vistazo a las tuberías que se ven en el fondo. ¿Las había visto alguna vez?

Gully examinó atentamente la imagen. Luego negó con la cabeza.

-¿Está seguro? ¿Podrían estar aquí, en este hospital? ¿En el sótano del St. Catherine?

El tono de voz era tan suplicante que Gully quiso darle la respuesta que él parecía estar esperando, pero no pudo. -No, creo que no. Es difícil decirlo con seguridad, por supuesto,

pero he estado en el sótano y no las reconozco. -¿Nunca las había visto antes, aquí o en cualquier otra parte?

-No, estoy casi seguro de que nunca las había visto. Scott parecía decepcionado, de modo que Gully añadió:

-Pero todas las tuberías se parecen mucho entre sí. Da la impresión de que éstas parecen muy viejas. ¿Alcanza a ver cómo tienen la pintura desconchada en algunas partes? En el St. Catherine las instalaciones son bastante más nuevas. No creo que haya nada parecido en el sótano de este edificio.

-Muy bien. Ahora concentrémonos en el hombre que hay en primer plano. Creo que ambos sabemos de quién se trata.

Gully asintió. Todo eso le resultaba sorprendentemente extraño, pensó. ¿Dónde había conseguido ese hombre la fotograba y qué significado pensaba que tenía?

-Ahora quiero que me diga una cosa... los médicos a veces trabajan en varios hospitales, ¿verdad?

-Así es.

-Bien, ¿este tío trabaja en alguna otra parte? -Sí, trabaja en otra parte.

-¿Dónde? -Pinegrove. -Pinegrove. ¿Qué es Pinegrove?

-Es un hospital psiquiátrico. Allí se ocupan de casos graves; es un edificio viejo. Escuche -añadió, captando el espíritu de aquel interrogatorio-, en realidad se está cayendo a pedazos. Allí podrían tener aún esa clase de tuberías.

-¿Y dónde está Pinegrove?

No muy lejos de aquí. Al otro lado del río. En Roosevelt Island. .

Scott se marchó sin decir nada más.

«Extraño individuo, extraño encuentro», pensó Gully, sintiéndose ligeramente aliviado de que se hubiese marchado, pero a la vez frustrado, ya que su curiosidad ahora quedaría insatisfecha. Observó a Scott, que corría por la avenida mientras agitaba frenéticamente los brazos para detener un taxi.

Una multitud se había reunido en la plataforma de carga del funicular a Roosevelt Island cuando Scott llegó al lugar. Era el comienzo de la hora punta y había una mezcla de profesionales y diplomáticos de las Naciones Unidas, la mayoría de ellos de países del Tercer Mundo. Había cuatro hombres atractivos y majestuosos, de piel de ébano, vestidos con la indumentaria colorida y amplia del África occidental. Scott estaba sin aliento -el taxi se había movido con tanta lentitud a causa del intenso tráfico que, finalmente, había bajado del coche para cubrir a la carrera las últimas tres manzanas-, y se abrió paso como pudo hasta llegar al frente y asegurarse de que podría coger el siguiente funicular. Un hombre, vestido con un traje ligero de lino azul muy arrugado, pareció a punto de protestar, pero le bastó observar la expresión desencajada de Scott para cambiar de idea.

El funicular llegó, deslizándose limpiamente en su anclaje y liberándose de su carga, un numeroso grupo de personas vestidas para una noche en la ciudad. Las puertas se abrieron y la gente alrededor de Scott se apresuró a entrar. Se movió con la corriente y encontró un lugar junto a una de las ventanas que miraban al sur. Quería examinar el lugar desde el aire y escoger un sendero aislado que lo llevase hasta el extremo inferior de la isla. El puente de Queensboro, junto a la línea del funicular, dividía la isla por la mitad. Hacia el norte se extendía el distrito residencial, macizos rectángulos de ladrillo marrón y rojo que se volvían grises bajo la luz del crepúsculo. Hacia el sur había una zona desierta de vegetación rala y tres viejas moles de piedra y cemento: los edificios médicos. Él sabía que Pinegrove se encontraba en la punta de la isla.

Las puertas se cerraron y el funicular se puso en movimiento como si fuese un remonte de esquí. Ascendió por el cable en un suave ángulo pero con sorprendente velocidad. Scott miró a su alrededor; los rostros tenían expresiones pasivas y aburridas, máscaras de pasajeros

cansados después de una dura jornada de trabajo. De pie, sosteniéndose de una de las barras de metal y con la mochila de alguien presionándole la espalda, sintió una pequeña oleada de claustrofobia. La combatió concentrándose en la vista que podía contemplarse desde la amplia ventana. El funicular alcanzó su nivel y se movió velozmente. El puente obstruía su visión pero, por un momento, entre los tensores de acero, alcanzó a vislumbrar unos techos oscuros y empinados que se alzaban por encima de las copas de los árboles: las torres de Pinegrove, estaba seguro.

Trató de pensar. No había planeado ninguna estrategia y no tenía tiempo de elaborarla, salvo entrar subrepticiamente en ese lugar e iniciar una búsqueda minuciosa que lo llevase hasta su hijo. Todo lo que quería era rescatarlo, no importaba en qué estado se encontrara, y luego asegurarse de que tuviese todo lo que necesitaba, para vivir, o para morir, por fin... Una muerte con el mínimo de dignidad que aún fuese posible conseguir.

.Por el cable paralelo se acercaba una cabina que acababa de salir de la isla. Scott miró mientras pasaba a escasa distancia de la suya y comprobó qué iba medio vacía, aproximadamente una docena de personas de pie o sentadas. Y entonces una figura familiar cruzó por su campo visual. Se quedó paralizado; cogió con fuerza la barra metálica, incapaz de moverse, mientras no apartaba la vista de esa figura. Allí estaba, en el coche del funicular que se dirigía en la dirección contraria, sentado tranquilamente, el mismo pelo alrededor de las orejas, la amplia calva en la coronilla, la nariz afilada. Cleaver. Era inconfundible. Estaba sentado, mirando ociosamente al frente, casi como si estuviese soñando despierto, un busto inmóvil deslizándose a menos de tres metros de distancia. El funicular continuó su camino y Cleaver desapareció, una visión fugaz en la penumbra del anochecer, cuya imagen ardía en el cerebro de Scott.

El corazón le golpeaba contra las costillas como si quisiera salirse del pecho. Trató de pensar. ¿Qué hacer? ¿Debía saltar al siguiente funicular para el viaje de regreso? ¿Tratar de coger a Cleaver y obligarlo a admitir lo que había hecho con su hijo? ¿Obligarlo a que revelase dónde estaba Tyler y que lo llevase hasta él? De alguna manera, mientras Scott elaboraba la escena en su mente, había imaginado que irrumpía en Pinegrove y sorprendía a Cleaver con Tyler, poniendo al descubierto toda la trama -cualquiera que fuese- de un solo golpe. Había sido un imbécil; naturalmente, siempre existía la posibilidad de que el hombre a cuyo alrededor giraba toda esa trama no estuviese allí cuando él llegara.

Su vehículo siguió avanzando e inició su trayecto descendente. Tal vez fuese una circunstancia afortunada que Cleaver abandonara la isla; puede que fuera más fácil hacer un reconocimiento, averiguar qué estaba pasando y localizar a Tyler. Ésa era su meta, encontrarlo y salvarlo. Todo lo demás podía esperar, incluso la venganza.

Al llegar a la terminal, la multitud abandonó la cabina, moviéndose de un modo dolorosamente lento y caminando en una única dirección. Scott se apartó y tomó un camino en la dirección opuesta. Tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a correr. Lo último que necesitaba era llamar la atención.

Atravesó la isla y enfiló una pasarela que discurría por la orilla del río del lado de Queens. Estaba desierta. Entre los sonidos de las olas que lamían las rocas y el ruido de los coches que cruzaban el puente podía oír sus propios pasos. Le parecía que podían oírse desde la distancia. El olor procedente del río, una penetrante combinación de pescado y agua salada, le dio de lleno en el rostro. El sol se estaba poniendo detrás de las cumbres oscurecidas de los edificios de Queens, proyectando a través del cielo rayos anaranjados y rojos que bañaban los árboles y el enorme puente, haciendo que pareciera casi hermoso. Era como un decorado.

Pasó junto a un grupo de edificios cuyas ventanas estaban a oscuras y continuó su camino hacia el sur. Pocos minutos más tarde llegó a una línea de arbustos. Se detuvo y atisbó a través de ellos. Vio la mole de Pinegrove que se alzaba frente a él, súbitamente inmensa, una aparición surgida de una pesadilla gótica con sus ventanas abovedadas, las torres almenadas y los gruesos muros de piedra. Las únicas luces iluminaban las tres plantas inferiores.

«Eso facilitará mi búsqueda», pensó Scott. Rodeó los arbustos y atravesó un campo de maleza tan espesa que se le enredaba en los tobillos. A campo abierto se sentía vulnerable, de modo que corrió hacia una entrada en arco que había en la parte trasera del edificio. Al llegar allí se ocultó entre las sombras. Se detuvo para escuchar. Nada. Avanzó un par de pasos y accionó el grueso picaporte, tirando de la lengua de bronce hacia abajo. Pero la puerta no se movió, estaba cerrada con llave. Hizo una breve pausa y luego retrocedió y se dirigió hacia la derecha, siguiendo el contorno del muro. Llegó a una ventana, a la altura de la cintura, y trató de mirar hacia el interior. Estaba oscuro.

-Apoyó los brazos sobre el grueso antepecho de piedra y se impulsó hacia arriba. Se raspó la rodilla contra la piedra pero apenas lo notó. Se irguió y se inclinó hacia la ventana, curvando los dedos debajo del marco de madera y haciendo fuerza para levantarla. Pero no cedió. Colocó las manos a los costados de la cara y miró hacia dentro. El cerrojo estaba echado.

Pensó rápidamente pero con calma. Tenía la mente despejada, ni preguntas, ni dudas ni vacilaciones. El tiempo fluía lentamente. Tenía mucho tiempo para considerar sus opciones; enfocó cada una de ellas como si fuese un haz de luz. Se quitó la camisa, la envolvió alrededor de la mano derecha y golpeó el cristal de la ventana. El ruido de los cristales cayendo al suelo por la parte de dentro fue suficiente para que se quedara inmóvil, pero sólo un instante. Aguzó el oído un momento para comprobar si se acercaba alguien. No había nadie.

Metió la mano y descorrió el cerrojo. Luego levantó la ventana, haciendo temblar el cristal roto. Un triángulo de cristal se inclinó lentamente hacia dentro, se precipitó al suelo y se rompió en varios pedazos. Rápidamente, se agachó debajo del marco, saltó al suelo y aterrizó sobre los cristales rotos. Se puso la camisa y examinó el lugar; una oficina de suministros de alguna clase, desordenada. No había nadie. Se movió en silencio hacia la puerta cerrada y apoyó la oreja. Alcanzó a oír un sonido extraño, como un burbujeo apagado, subiendo y bajando. Unos momentos después casi se detuvo, pero volvió a comenzar. Escuchó. Voces, muchas voces. Pero sonaban de un modo extraño, como una torre de Babel, muchas conversaciones al mismo tiempo.

Apoyó una mano en el picaporte y lo hizo girar lentamente. El mecanismo era viejo y cedió con un chirrido. Empujó la puerta, pero no se abrió. Acto seguido tiró hacia sí y pareció como si alguna fuerza la estuviese empujando desde el otro lado. La luz entró por la abertura junto con un estallido de sonidos misteriosamente cacofónicos. Entonces descubrió de qué se trataba: hombres hablando consigo mismos, algunos de forma monótona y repitiendo lo mismo una y otra vez, algunos en susurros, otros airadamente o de forma vacilante. Asomó la cabeza y miró hacia el otro extremo del pabellón. La vista era impresionante. A ambos lados, la larga sala tenía camas de metal pintadas de blanco cuyas sábanas estaban desordenadas y dejaban ver los colchones de rayas azules y grises. Acostados o de pie entre ellas, caminando por el pasillo, había pacientes en camiseta y bata. Un puñado de ellos sólo llevaba la parte inferior de los pijamas -los cuerpos delgados o repulsivamente gordos, pálidos como la cera- y uno de los hombres estaba completamente desnudo, el pene colgando hacia un lado. En mitad del pabellón, ahora que miraba con mayor detenimiento, un grupo caminaba arriba y abajo más o menos en fila; se movían como si siguieran una especie de ritual, como los habitantes de una aldea italiana que salen de paseo al atardecer, excepto, por supuesto, que algunos balbuceaban y otros parecían tan impasibles como zombis.

Contuvo el aliento y entró en la sala, y se sintió aliviado al comprobar que su presencia no provocaba ninguna alteración en aquel lugar. No sonó ninguna alarma que provocase la llegada de los enfermeros. Un hombre, que enrollaba un rizo de su pelo alrededor del índice y pronunciaba un discurso a la pared como si se encontrase delante de un público de zopencos, guardó silencio para estudiarlo con ligero interés.

Scott examinó el lugar. No vio ningún uniforme, nadie que estuviese a cargo de esos pobres diablos. Avanzó por el pasillo que había entre las camas para unirse a la marcha.

Ahora dos o tres hombres lo miraron; uno de ellos comenzó a gemir como un perro herido y otro lo imitó, profiriendo un sonido igualmente agudo. Miró a Scott y siguió gimiendo, y pronto la cola se deshizo, los hombres se volvieron para mirarlo y otros retrocedieron a sus camas. Todos se esfumaron en un instante de su alrededor. Dos hombres comenzaron a empujarse y pronto el nivel de ruido aumentó notablemente, como si una mano estuviese accionando el dial del volumen. Scott pasó rápidamente junto a un hombre que yacía en posición fetal en el suelo y se cubría la cabeza con ambas manos. Ahora el ruido era tan fuerte que Scott estaba seguro de que alguien tenía que oírlo en el edificio. Echó a correr hacia las puertas del pabellón.

Justo cuando llegó a ellas vio, a través de las pequeñas ventanas, que dos hombres con uniforme azul claro se acercaban a la carrera. No sabía si lo habían visto, pero se apartó rápidamente hacia la derecha y se ocultó detrás de la puerta con la espalda apoyada contra la pared. Las puertas se abrieron violentamente y los enfermeros irrumpieron en la sala haciendo que la conmoción aumentara. Los pacientes se apartaron como una piara de cerdos y parecieron olvidarse por completo de que Scott estaba allí. Los enfermeros se dirigieron hacia el centro de la sala para separar a los dos hombres que ahora rodaban por el suelo cogidos de los brazos. Scott aprovechó ese momento para escabullirse por las puertas giratorias. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver que cada uno de los enfermeros se hacía cargo de uno de los hombres que estaban enzarzados en la pelea y, detrás de él, mientras las puertas se abrían y se cerraban una y otra vez, oyó que el tumulto aumentaba y disminuía como el oleaje en una playa cercana.

Llegó a una oficina abierta. Dentro se oía el sonido de risas enlatadas, un televisor sintonizado en un canal donde un cómico estaba desarrollando su espectáculo con el micrófono pegado a la boca. Sobre una mesa había unos cuantos periódicos y una columna de humo ascendía desde un gran cenicero de cristal. El olor a marihuana saturaba el aire de la habitación.

Pasó rápidamente ante la oficina mientras sus ojos examinaban todo lo que tenían por delante, esperando algún movimiento, tratando de encontrar la puerta que estaba buscando. La halló en el extremo del corredor, una puerta gruesa con una pequeña ventana en forma de diamante. La abrió y entró. La escalera estaba débilmente iluminada. Comenzó a bajar.

La escalera giraba en una esquina, y Scott continuó velozmente, superando su precaución por la sensación de que estaba acercándose a su objetivo. Al llegar abajo encontró otra puerta, la abrió y se deslizó hacia el corredor del sótano. Era ancho y estaba recién pintado con un blanco aséptico que contribuyó a aumentar aún más su decisión. Alzó la vista y allí vio algo que golpeó sus ojos como si fuesen flechas y envió una oleada de calor a través de todo su cuerpo. Tuberías. Recorrían todo el techo del sótano, gruesas y cubiertas de pintura desconchada, exactamente las mismas que había visto en la imagen del ordenador y que le habían quemado en el cerebro.

Estaba allí. Cerca.

Un ruido extraño llegó hasta él y escuchó con atención. Una especie de zumbido, como un latido constante. Parecía surgir de una puerta que había a la derecha. Se movió como una sombra por el corredor, sus pasos amortiguados como los de un cazador, hasta llegar a esa puerta. Echó un vistazo al interior de la habitación: un resplandor, máquinas, una cortina de plástico claro. Y allí, justo detrás del plástico, ligeramente distorsionada por la cortina, una cama, y acostada sobre ésta, inmóvil bajo las sábanas blancas, una figura, una figura familiar.

«Tyler.»

Scott se quedó paralizado. Lo había deseado, imaginado, había soñado con ello durante algún tiempo. Pero ahora que se estaba enfrentando realmente a ello, comprendió que nunca lo había creído de verdad; la conmovedora posibilidad de que su hijo estuviese vivo, ahora una realidad que determinaría todo lo que habría en su existencia. Aún vivo.

«Allí, ¿lo ves?, su pecho se mueve arriba y abajo; está respirando.»

Pero con ayuda de las máquinas.

Las odiadas máquinas. Allí estaban, colocadas a un costado, zumbando y latiendo y exhibiendo su trabajo a través de líneas pulsantes que cruzaban las pantallas redondas de los monitores con pequeños saltos.

Y había algo más. Lo advirtió de inmediato, a través de una ventana que daba a una sala adyacente: movimiento.

Una persona.

Allí había un hombre, con un cuaderno de notas en la mano, mirando a Scott, la boca abierta en una expresión de absoluta sorpresa.

Kate había tratado de llamar a Scott y le había dejado dos mensajes en el contestador en diez minutos. Finalmente decidió ir al loft, subiendo en el ya familiar montacargas del viejo edificio. Llamó a la puerta. Nadie respondió, pero podía oír a Cometa que se movía por el apartamento, gimiendo y olfateando junto a la puerta. Intentó abrirla; como siempre, no tenía la llave echada, de modo que entró.

El lugar presentaba el desorden habitual. Kate había aprendido a leer el patrón que había en ello, acostumbrada como estaba ahora a los hábitos de Scott, que había registrado con ojo avizor y una memoria aún más aguda. Dio de comer a Cometa, que se sintió muy agradecido de poder contar con compañía, y aún más por el bote de comida. La cama de Scott estaba sin hacer, había una taza de café a medio beber, los restos de un almuerzo -a juzgar por las migas parecía haber sido un bocadillo-, pero nada más. Entonces vio que el ordenador estaba encendido y una reproducción de Kandinski a modo de protector de pantalla brillaba en el monitor. Pulsó una tecla. El protector de pantalla se esfumó pero la pantalla estaba vacía.

Había algo en el apartamento -tal vez fuese la taza de café a medio beber, tal vez el hecho de que Cometa estuviese rascando la puerta para salir, lo que indicaba que no lo habían sacado a pasear, tal vez alguna otra cosa que no alcanzaba a definir- que le sugería que Scott se había marchado precipitadamente de allí. Pero ¿adónde había ido? ¿Estaría fuera mucho tiempo?

Sacó a Cometa a dar un paseo, regresó y decidió que no seguiría esperando a Scott. Tenía que ir a Pinegrove sola. Tal vez pudiera descubrir algo que arrojase luz sobre lo que le había sucedido a Tyler, si efectivamente la ambulancia lo había llevado a ese lugar.

El decrépito asilo la había impresionado la primera vez que estuvo allí, hacía varios meses, cuando el autobús los había llevado a ella y al resto del grupo en esa visita deprimente al ruinoso pabellón. Recordó la breve sesión de preguntas y respuestas protagonizada por Cleaver y el patético desfile de pacientes. Desde el principio se había sentido asombrada por la institución que dirigía ese hombre, ya que representaba todo lo que ella detestaba, un lugar cruel donde se encerraba a la gente como en una tumba. Pero entonces no había tenido ni la más remota idea de lo que se convertiría para ella en un artículo de fe: cuán monstruoso era realmente el doctor Cleaver.

Kate se sentó frente al escritorio y escribió una breve nota para Scott, diciéndole adónde iba. Luego llenó un segundo bol con agua para Cometa, le dio unas suaves palmadas en la cabeza, y se volvió para echar un último vistazo al lugar. Reparó nuevamente en esa fotografía en la que aparecían Scott, Tyler y Lydia en la cabaña de Nantucket, la fotografía que le había provocado aquella intensa sensación de anhelo cuando la vio por primera vez, los tres tan felices e inocentes, ignorando lo que el futuro les tenía preparado. Le producía una gran alegría que la fotografía los hubiese captado de aquella manera, congelándolos para siempre en el tiempo y el espacio, y la hacía aún más feliz que, para la exposición de Scott, hubiese sido digitalizada y colocada en el sitio web de la galería de arte para que todo el mundo pudiese verla.

Cerró la puerta con fuerza y subió al montacargas, tratando de no pensar en el lugar adonde ahora se dirigía.

Cleaver pulsó el botón que había debajo del panel que decía *«Braintrust»*[1] y esperó con impaciencia a que se abr se la puerta principal. La pequeña broma de Quincy con el nombre de su empresa nunca le había parecido divertida', pero ahora había adquirido un matiz irónico:

el cerebro del hombre era cualquier cosa menos fiable. Lo había conducido a un callejón sin salida. Ahora todo iba de mal en peor.

Subió rápidamente los tres tramos de escalera sin detenerse en los rellanos. El corazón le latía con fuerza y sintió una punzada en el lado izquierdo del pecho en la que

trató de no pensar. Penetraba profundamente debajo del esternón y se retorcía. Apoyó con fuerza los dedos de la mano derecha sobre esa zona e hizo presión, luego continuó subiendo. Eso era lo último que le faltaba en aquel momento, un ataque al corazón.

Cuando abrió la puerta, el mastín estaba allí para recibirlo, husmeándole la pernera del pantalón arriba y abajo y luego inclinando ligeramente el morro hacia un lado en posición de ataque. Los tendones en el cuello del perro destacaban como cuerdas. Quincy alzó la vista de su banco de trabajo pero no le dijo nada.

-Eh, venga, tío -se quejó Cleaver.

-Siempre lo hace con las personas que no han sido invitadas.

La conversación pareció tranquilizar al mastín, que se alejó, describió un pequeño círculo y se echó en un rincón de la habitación.

-He venido a pedirte ayuda -dijo Cleaver. -No hay nada nuevo en eso.

-Pero esto es serio, realmente serio. -Siempre lo es.

-Joder, escúchame.

-Vaya, vaya, ése es un lenguaje muy violento para ti... un jodido lenguaje violento.

Cleaver se acercó al banco de trabajo. Quincy estaba instalando un chip en una placa base, doblándolo con unos pequeños alicates. Se estaba tomando todo el tiempo del mundo. En la nuca tenía pequeños pelillos rubios. Cleaver sintió otra súbita oleada de desagrado hacia ese muchacho, tan arrogante, tan listo, tan vulgar. El cuello parecía muy frágil e imaginó una herida en esa zona, la sangre brotando a borbotones de una arteria cercenada, las terminaciones nerviosas curvándose como cables expuestos.

Quincy acabó su trabajo, se levantó y extendió los brazos para desperezarse.

-¿Y bien, qué es eso tan urgente? -preguntó. -Se trata de Tyler.

Tan pronto como salió de su boca, Cleaver se dio cuenta de lo extraño que sonaba. Nunca le había puesto nombre al ánima que había liberado. Cuanto más independiente se volvía, más rebelde era su conducta, pareciéndose cada vez más a su progenitor humano.

Quincy pareció interesado. -¿Qué está haciendo ahora?

Cleaver sintió el corazón latiendo como pequeñas agujas que se clavaban en él. ¿Por qué no lo abandonaba ese dolor?

-Es como una especie de virus. Está en mi ordenador, no todo el tiempo. Aparece y desaparece. Pero cuando está allí, todo funciona mal. Y no puedo hacer nada.

Las palabras habían salido precipitadamente de su boca.

Quincy lo miró detenidamente por primera vez desde que se conocían.

-¿Sabes?, no es por nada, pero no pareces estar en buena forma. De hecho pareces bastante jodido.

1. Brain trust hace referencia a un grupo de expertos, especialmente aquellos que actúan como asesores de un gobierno, pero aquí el autor hace un juego de palabras con brain, «cerebro», y trust, «confianza», «fe», «creencia». (N. del T.)

Cleaver se limitó a asentir. No le dijo la verdad, que últimamente casi no dormía, porque tenía unas pesadillas espantosas. Le asaltaban visiones horribles que pertenecían a un mundo que nunca habría imaginado.

Quincy tampoco admitió que él también estaba preocupado por el proyecto.

-Mira, si se trata de un virus, podemos solucionarlo. Tengo toda clase de defensas de las que jamás has oído hablar, todo un jodido arsenal.

Señaló una silla.

-Ahora siéntate y tómate un respiro. Deja que acabe con esto. Luego nos encargaremos de tu pequeño problema. Cleaver se sentó y realmente sintió que comenzaba a quitarse un peso de encima. No era un hombre débil, no era un mocoso llorón. Era un científico, un

pionero, un miembro de esa casta que no rehúye aquello que se debe hacer. Al diablo con las pesadillas, las dudas y todo lo demás. ¿Qué era esa persona aburrida? Ser valiente no significaba no sentir miedo... significaba sentir miedo y, sin embargo, seguir adelante. Cuánta verdad había en ello. Al diablo con lo que estaba sintiendo. Haría lo que debía hacer. Acabar con ese trabajo que había comenzado y que tanto significaba para él. Quincy tenía razón, era el momento de utilizar un lenguaje violento. Muy violento. Jodidamente violento.

Sintió una ligera excitación al pronunciar la palabra, en otro tiempo tan prohibida. Él no era un jodido llorica. No era aquel niño pequeño de pie en medio de la nieve en Massachusetts, después de haber oído la noticia que le había dado su madre, esperando a que su dolorido cerebro estallara en mil pedazos. Un niño pequeño. Temeroso de su padre.

La jodida nieve. Su jodido padre.

Scott miró a Félix en la otra habitación e hizo una valoración correcta, una especie de ayudante, dedujo. Y allí de pie, con expresión asombrada, boquiabierto y aferrando el cuaderno de notas contra el pecho a modo de escudo, el hombre no parecía ser alguien a quien debiera tener en cuenta. Scott agitó la mano como para tranquilizarlo, del modo en que lo haría alguien importante que estuviese visitando las instalaciones: «Verá, soy de aquí, sólo estoy de paso, no me preste atención». Él no sabía cuán rigurosas eran las medidas de seguridad, pero hasta el momento no había visto ninguna evidencia de ellas.

Apartó la mirada y se concentró en su hijo. Tyler yacía completamente inmóvil, como lo había estado durante esas semanas interminables en el hospital. La cama tenía sábanas verde claro que parecían limpias y frescas y realzaban su cuerpo inerte. En el brazo llevaba una sonda de suero intravenoso, y la piel se veía ennegrecida por haber %nido que soportar un ejército de agujas. En su estado no parecía haberse producido cambio alguno, aún estaba en coma.

Pero vivo.

Scott podía ver que la sábana superior subía y bajaba de un modo casi imperceptible. Apenas podía resistir la visión. Las emociones fluían desde todas partes; el alivio, el alivio de un padre al ver que su hijo aún seguía con vida, alimentado por el pensamiento de que si el cuerpo seguía funcionando, entonces, quizá, de alguna manera, podía ser rescatado y reconstruido otra vez. Y, contradiciendo ese alivio, aparecía el pensamiento opuesto, la certeza de que el cuerpo no estaba realmente vivo según ninguna definición coherente de la vida, lo que a su vez dejaba paso a la profunda tristeza que le producía pensar que no se había permitido que su cuerpo muriese en paz. A un lado se encontraba el grupo de máquinas, zumbando sin cesar, haciendo perfectamente su trabajo, enviando mensajes breves en forma de impulsos electrónicos para mantener en funcionamiento el patético caparazón de carne y huesos. La cabeza vendada de Tyler descansaba sobre una almohada, y sus ojos estaban abiertos, aunque tenían un aspecto vidrioso. Al alzar la vista, Scott comprobó que la línea de visión de Tyler abarcaba las gruesas tuberías que había en el techo; eran las mismas que había visto en la pantalla del ordenador y que luego había impreso en una hoja de papel. Al bajar la vista pudo ver dónde se había colocado Cleaver para inclinarse sobre Tyler, quizá para acomodar el vendaje. Ese pensamiento lo enfureció; ese sádico haciéndose pasar por médico, el lobo vestido de protector. Scott volvió a sentir una oleada de calor que corría por sus venas como un aditivo picante en la sangre, furia pura, la clase de furia que es segura, vengativa, indiferente.

Pero entonces otro pensamiento empezó a cobrar forma, un pensamiento que incluía una insinuación de esperanza y que, hasta el momento, no se había atrevido a afrontar. Alguien le había enviado la contraseña, «Wordsworth», que había conseguido abrir la imagen en el directorio de Cleaver y conducirlo hasta allí. ¿Quién podía haberlo hecho? Y alguien le había enviado un mensaje diciendo «Papá, ayúdame». ¿Era tan inconcebible pensar que Tyler estaba allí, en alguna parte, aunque su cuerpo no diese ninguna evidencia de él? O más correctamente, ¿que su espíritu, la chispa que guiaba su intelecto, algún resto de él estuviese

Librodot

flotando en alguna parte, como había dicho Cybedon? Y si eso fuese verdad, si ese espíritu estuviese intacto en algún sentido, ¿sería posible volver a capturarlo para unirlo de nuevo al cuerpo?

Volvió a mirar al hombre que se encontraba en su camino; estaba sonrojado y no parecía saber muy bien qué hacer. Scott echó a andar por el corredor con calculada intencionalidad y desde allí fue a la habitación contigua. La luz era brillante y parecía incidir directamente en los ojos, pero se obligó a abrir la boca en una semisonrisa. Los labios de Félix comenzaron a curvarse como si estuviese a punto de hablar, de formular la pregunta que su cerebro parecía buscar en vano, algo que sin duda se refería a la identidad de este hombre que se acercaba a él con tanta confianza en sí mismo que seguramente pertenecía al personal del lugar.

Scott extendió la mano derecha y, en un acto reflejo, Félix hizo lo propio, extendiendo también la suya. Scott la cogió y la apretó con fuerza, luego la sacudió y continuó apretando hasta que los ojos de Félix se abrieron como platos y en sus pupilas apareció una luz de alarma. En su cerebro parecía instalarse la idea de que, después de todo, esa persona que le apretaba la mano como si fuese una prensa no era de aquí. Naturalmente, él no podía saber que en ese momento a esa persona nada le habría gustado más que partirle la cabeza como si fuese un melón.

-Me llamo Jessup -dijo Scott, sin soltarle la mano-. Y creo que ha llegado el momento de que tengamos una pequeña charla.

Llevó a Félix hasta una silla y lo obligó a que se sentara. Continuó:

-¿Cómo se llama? -Félix.

-Muy bien, Félix. ¿Qué hace usted aquí?

Le hablaba como si lo hiciera con un crío recalcitrante.

-Soy auxiliar de laboratorio. -¿Para quién trabaja?

-Para Cleaver. El doctor Cleaver. -Muy bien.

Scott lo soltó y dio un paso hacia atrás. Sus ojos examinaron rápidamente la habitación. Una hoja de cristal grueso la separaba de la cama de hospital donde yacía Tyler. A un lado había armarios con productos médicos, una mesa de acero inoxidable. A lo largo de la pared había un artefacto de grandes dimensiones con un cilindro donde podía meterse un ser humano. Parecía una máquina de resonancia magnética y contenía una camilla que se apoyaba en unas guías y estaba coronada con una especie de casco de apariencia extraña provisto de dos óvalos cóncavos de metal como si fuesen cuencas oculares. Unido a ella había un ordenador.

«¿Qué demonios es eso?» Reanudó el interrogatorio.

-¿Está el doctor Cleaver en el hospital en este momento?

-No, se ha marchado. Se fue hace aproximadamente media hora.

Que ese imbécil asustado le proporcionara información extra era una buena señal. Demostraba su espíritu cooperativo.

-¿Y sabe adónde ha ido? -No, no lo sé. No me lo dijo. -Entiendo.

Scott acercó una silla y se sentó directamente frente al ayudante. Metió la mano en el bolsillo, sacó un paquete de cigarrillos, le ofreció uno a Félix, quien le dijo que no con la cabeza, y encendió el suyo, aspirando profundamente el humo. Dejó caer la cerilla al suelo.

-Bien, Félix -dijo-. Suponga que empezamos con esto.

Félix lo miró, dispuesto a complacerlo. Scott hizo una seña con la cabeza en dirección a la gran ventana y la cama con la figura inmóvil que había del otro lado. Trató de mantener el tono de voz tranquilo.

-¿Por qué no me dice exactamente qué está haciendo mi hijo en este lugar?

El taxi en el que viajaba Kate comenzó a reducir la velocidad en la Tercera Avenida con la calle Veintiocho y, cuando llegaron a la Treinta y dos, marchaba a velocidad de peatón. Confinada detrás de una mampara de plástico a prueba de balas, sentía oleadas de ansiedad

que le recorrían el cuerpo.

-¿Qué sucede? -le gritó al conductor.

Un ruso de edad avanzada que parecía llevar el peso del mundo sobre su cabeza inclinada se volvió y se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? Tal vez haya llegado un tipo importante a la ciudad. O tal vez haya ocurrido un accidente. El hombre se inclinó hacia la derecha, cogió un termo y se sirvió una taza de café humeante. Bebió un trago y luego volvió a mirar a través del parabrisas, indiferente. Kate se sintió invadida de pronto por una sensación de urgencia.

-Pero tengo prisa. ¿No hay otro camino? Esta vez el hombre ni siquiera se volvió.

-Señora, si quiere llegar a Roosevelt Island, sólo hay un camino. Tomo por Queensboro y vuelvo al punto de partida. Si voy por el Triborough hago el doble de recorrido. Mi consejo, inténtelo otro día.

Buscó el teléfono móvil en su bolso. Pulsó el dial de llamada automática al loft de Scott. El teléfono sonó y sonó, exactamente lo que había esperado. ¿A quién más podía llamar? ¿A la policía, a ese sargento... Paganelli? «No-seas absurda, ¿qué esperas, balbucear algo acerca de ambulancias, colores y pacientes desaparecidos y que él deje todo lo que tiene entre manos y te recoja en un coche patrulla y te lleve a Pinegrove para arrestar a Cleaver? ¡Ni en sueños! ¿Saramaggio? No seas ridícula. Ese tío te despidió de tu trabajo. Despedida no, suspendida. Hay una gran diferencia. Por lo que sabes, él podría formar parte de todo eso, sea lo que sea. Y aunque no fuera así, ¿piensas que él te creería? ¿Quién más queda? Nadie.»

Se percató, con una punzada de dolor, de que nunca se había sentido tan completa, abrumadoramente sola. Su corazón se aceleró, y sentía las palmas de las manos húmedas. La sensación dentro del taxi era claustrofóbica, sin espacio para los pies y con las ventanillas cerradas. Abrió una.

Entonces se dio una lección, una de las lecciones de su madre. «En momentos de crisis, debes respirar profundamente, no una vez, sino dos, tres, cuatro veces. Relajarte y pensar con claridad. Visualiza qué es lo que quieres hacer y luego hazlo. Nada de tonterías, nada de demoras, nada de compadecerse de uno mismo. Eso es para los débiles, no para nosotros, que somos de la helada Groenlandia.»

Comprobó el taxímetro, metió la mano en el bolso y encontró un billete de cinco dólares, que lanzó sobre el asiento del conductor.

-Quédese con el cambio -dijo, bajando del taxi.

El hombre se encogió de hombros y bebió otro trago de café.

Caminó dos manzanas y se metió en la boca de metro de la calle Treinta y cuatro. Podía bajarse en la Cincuenta y nueve, caminar un par de manzanas hacia el este y coger el funicular hasta la isla.

En la calle, caminando con un objetivo, haciendo algo, comenzó a sentirse mejor. Su madre siempre sabía lo que había que hacer para salir de un embrollo.

Scott acabó el cigarrillo al mismo tiempo que Félix su historia. El relato había sido desarticulado pero breve y conciso; de hecho, el auxiliar de laboratorio no parecía saber demasiado, más allá de que Tyler era «un paciente muy especial», en palabras de Cleaver, y que el médico parecía estar dispuesto a saltarse todas las reglas para mantenerlo con vida. Félix lo dijo con la ingenua esperanza de que Scott pudiese sentirse agradecido al oírlo.

Luego reconoció su complicidad en haber traído a Tyler desde el St. Catherine. Describió cómo había recibido una llamada de Cleaver a altas horas de la noche, cómo un amigo y él habían ido a Pinegrove a recoger la ambulancia y se habían puesto las chaquetas de médico siguiendo las instrucciones de Cleaver.

-¿Y no le pareció extraño, tener que salir de ese modo en plena noche? ¿Sacarlo de un hospital que estaba mejor equipado para tratarlo?

Félix se encogió de hombros con una expresión estúpida. De hecho, en aquel momento la situación le había molestado, y por esas mismas razones, aunque había tratado de no pensar

demasiado en ello.

-No, no tenía ninguna razón para pensar que algo no estaba bien. Aquí pasan muchas cosas raras.

-¿Como qué?

Félix le habló de los experimentos, del anciano que se estaba muriendo y de la mujer que afirmaba haberlo visto en el preciso momento de su muerte, aunque ambos estaban separados por toda la extensión del corredor del hospital. Le explicó la teoría de Cleaver acerca del ánima, el asiento del alma, y de su creencia de que residía en una región particular del cerebro donde podía ser registrada y medida como cualquier otra actividad eléctrica.

-¿Y qué me dice de eso? -Preguntó Scott, haciendo un gesto hacia la máquina y encendiendo otro cigarrillo-. ¿Qué es?

-Es un ERT. -¿Y...?

-Significa estimulador-receptor transcraneal. Se llama así porque interactúa con el cerebro en ambos sentidos, puede estimularlo para enviar mensajes hacia el interior y recibir los mensajes que salen de él.

Se volvió para mirar a Scott, como si el tema estuviese cerrado.

-¿Y para qué se utiliza? Veo que está diseñado para seres humanos. ¿Lo han usado con personas?

La expresión en el rostro de Félix le confirmó que había dado en el blanco.

-¿Pacientes? -preguntó Scott, casi sin poder creerlo. Nuevamente, lo supo. Había dado en el blanco, y menudo blanco. Apenas podía creer las profundidades a las que estaba llegando, las cosas monstruosas de las que Cleaver era capaz. Dio una calada al cigarrillo, tranquilamente, como si la conversación girase sobre la cosa más natural del mundo.

Félix dudó, como si se encontrase ante un dilema, y, cuando habló, las palabras salieron de su boca como si finalmente hubiese tomado una decisión.

-Sí, la hemos usado en pacientes. El doctor Cleaver dijo que era por el progreso del conocimiento humano, que algún día el mundo volvería la vista atrás sobre lo que estábamos haciendo y vería realmente de qué se trataba. Algo importante, algo audaz. Y dijo que, de todos modos, los pacientes no se darían cuenta de la diferencia, porque la mayoría de ellos ya estaban muy mal. Y dijo también que no les haría daño y, en cualquier caso, tenía formularios de consentimiento firmados por todos ellos, o sea, que todo era perfectamente legal.

-Comprendo. Y dígame una cosa, Félix, ¿la máquina funcionó? ¿Hubo problemas alguna vez?

-Funcionó.

A Scott no se le pasó por alto que Félix sólo había contestado la primera de las dos preguntas, no parecía dispuesto a hablar de los problemas; pero decidió no insistir en ese tema por el momento. Una nueva e inquietante idea había comenzado a apoderarse de él y no había espacio para nada más.

Volvió a bajar la máscara de un para disfrazar sus pensamientos.

-¿Alguna vez hizo funcionar usted la máquina, Félix? ¿La utilizó, digamos, con alguien mientras el doctor Cleaver no estaba aquí?

-No.

-Pero sabe cómo hacerlo, ¿verdad? Quiero decir, usted lo ayudó muchas veces, usted estaba aquí cuando él trabajaba con esta máquina.

La respuesta fue un sí a regañadientes.

Scott comenzó a pasearse por la habitación, fumando mientras caminaba. Estaba cogiendo velocidad, como una locomotora que se acerca a una curva colina abajo. -Bien, Félix, a mi modo de ver, y odio tener que ser yo quien se lo diga, está usted un verdadero aprieto. Está metido en un buen lío. Experimentar con pacientes, utilizar a seres humanos como conejillos de Indias... Me pregunto cómo se calificaría esa conducta según la ley; asalto con agravantes, como mínimo. Y eso suponiendo que a ninguno de los pacientes con los que estaban experimentando le quedaran lesiones permanentes, pero ¿quién sabe? Homicidio sin

premeditación, tal vez, conspiración para cometer un homicidio; un fiscal inteligente puede cambiar muchas cosas, ¿sabe? Un caso como éste tiene todos los números para convertirse en materia política e implicar al alcalde, incluso al gobernador. Yo diría que le esperan unos cuantos años entre rejas una vez que este caso llegue a la oficina del fiscal del distrito, y la prisión es un lugar donde un individuo como usted no lo pasaría nada bien. -Miró a Félix a los ojos con indiferencia, casi como si realmente no le importase-. Supongo que habrá oído las historias que se cuentan por ahí, no tengo que explicárselas.

Sentado en la silla, casi inmóvil, Félix parecía que iba a desmoronarse en cualquier momento. Su rostro estaba tenso, pálido. Scott había sabido cómo llegar al lugar adecuado. Y no estaba sembrando ninguna idea que ese pobre diablo no tuviese ya en su cabeza; sólo estaba agitando un poco el tiesto.

-¿Me sigue?

Félix asintió y lo miró, una mirada suplicante y patética, como si fuese un niño indefenso. Pero eso no despertaba absolutamente ninguna simpatía en Scott.

-Estoy indeciso -continuó-. Moralmente estoy obligado a entregarlo a las autoridades. Por otro lado, es mi hijo el que está en esa cama, y puedo decir, puedo verlo por la clase de hombre que es usted, que ha cuidado de él. Ha sido bueno con él, ¿verdad?

Félix asintió.

-Sí -dijo-. Así es. He hecho todo lo posible para que no sufriese.

-Bien, se lo agradezco, y eso me recuerda algo. Usted dijo que el doctor Cleaver sabía cómo medir el, ¿cómo lo llamó?, el ánima. Supongo que sólo puede medirla cuando se está moviendo de un lugar a otro, ¿verdad?

-Sí.

-Y tal vez cuando se mueve del interior al exterior del cuerpo. ¿Correcto?

-Sí.

-¿Y el doctor Cleaver hizo eso fuera de su cuerpo?

Félix no sabía cómo contestar a eso.

-No se preocupe. Sólo estoy preguntando -dijo Scott. -No lo sé.

-¿Está seguro?

-Sí. Pero creo... sé, a juzgar por las cosas que hemos hecho, las medidas que tomamos... que sí, eso fue lo que sucedió.

-¿Y qué era lo que estaban haciendo? -¿A qué se refiere?

-Quiero decir, ¿estaban tratando de recuperarla? Félix hizo una pausa y estuvo pensando tanto tiempo que parecía estar tratando de dar una respuesta veraz. -No estoy seguro, porque el doctor Cleaver no me contaba qué había detrás de muchas de las cosas que hacía; pero no, no lo creo. Creo que no estaba tratando tanto de recuperar el ánima como, ya sabe, de controlarla. Scott dio una última y larga calada al cigarrillo, luego lanzó la colilla al suelo y la aplastó con el pie. -Comprendo -dijo-. Y entonces esta máquina... supongo que la utilizaban para enviar a la gente al mismo lugar donde se encuentra ahora mi hijo, dondequiera que esté.

Félix asintió con cierta vacilación.

Scott se acercó a la máquina y la miró, moviendo la camilla arriba y abajo con una mano.

-¿Qué son estas cosas?

Señaló las cuencas para los ojos.

-Se encajan debajo de los párpados y cubren los ojos. Ésa es la forma en que son enviados algunos de los mensajes, mediante impulsos eléctricos que viajan a través del nervio óptico principal. Eso los lleva directamente al cerebro. Scott tocó el casco.

-¿Y esto recoge esos impulsos en el interior? -Sí.

Scott señaló el cronómetro. -¿Y esto?

-Le dice cuánto tiempo ha estado dentro. -¿Por qué hay una marca aquí?

-Es el límite de los siete minutos. No se puede estar ahí dentro más de siete minutos.

-¿Porqué?

-Porque el ordenador no puede controlar más que ese tiempo. Si te quedas más de siete minutos la máquina se estropea. Tu cerebro se fríe y te mueres.

-¿Está seguro de eso? -Completamente.

-Félix, algo me dice que tal vez sea culpable de algo más que de agresión...

Félix no contestó y desvió la mirada.

-Pero no debe preocuparse, su secreto está a salvo conmigo. Siempre que...

-¿Siempre que qué?

-Siempre que haga exactamente lo que yo le diga.

Se produjo un largo silencio mientras Scott cruzaba la habitación y echaba un vistazo a la pantalla de un ordenador. Acercó una silla y se sentó delante de la máquina, deslizó un teclado de debajo de la mesa, buscó el interruptor y lo encendió.

Finalmente, Félix habló con una voz que sonaba infantil.

-¿Y qué es lo que quiere que haga? -preguntó. -Creo que usted ya lo sabe, Félix. Venga, no es tan estúpido como quiere hacerme creer.

Scott se estaba tomando su tiempo. Una vez que la pantalla estuvo iluminada, introdujo la contraseña y luego comenzó a teclear con mucho cuidado, escribiendo un mensaje.

-¿Qué cree que quiero hacer? -preguntó Scott.

Félix habló lentamente, como si se mostrase reacio a pronunciar las palabras.

-Creo que quiere que yo use la máquina. Creo que quiere que lo envíe a ese lugar.

Scott lo miró y sonrió por primera vez.

-¿Lo ve? Ya se lo he dicho. No es tan estúpido, después de todo. -Envió el mensaje, se levantó y se acercó a la máquina.

Cleaver había registrado su nombre y estaba esperando a que el ordenador respondiera cuando se sintió inquieto sentado en aquella silla de respaldo duro. El dolor en el costado izquierdo no había desaparecido, de hecho, había empeorado. Ahora eran como trozos de cristal que le atravesaban el esternón desde un lugar muy profundo de la caja torácica. Pero haberse sentado no había servido de mucha ayuda; sólo conseguía hacer que se sintiera confinado.

Se levantó y comenzó a pasearse por la pequeña habitación. Desde una esquina, donde estaba acostado formando una gran masa de pelo gris, el mastín alzó la cabeza y lo observó con cautela.

Cleaver sentía una apremiante necesidad de hablar. Tal vez eso lo ayudaría a olvidar el dolor, a conseguir que desapareciera.

-No lo entiendo -dijo-. Quiero decir, al principio estaba bien. Casi podía sentir que era capaz de controlarlo. No podía conseguir que hiciera todo lo que yo quería, pero no era como esto... ahora esa cosa parece estar contra mí. Lo echa todo a perder. Juro que eso se ha metido en mi sistema y ha arruinado mis registros.

Quincy dejó de trabajar y miró a Cleaver.

-He notado que has dicho eso -dijo-. Hubiera pensado que dirías él. Hace un momento lo llamaste Tyler. -Bueno, sí, pero fue un error. Aún me resulta un poco difícil pensar que allí fuera hay una inteligencia humana.

Y mucho menos una que está poniendo patas arriba mi sistema. Quiero decir que tiene todo el ciberespacio para vagar por él.

-Pero es sólo ciberespacio, no lo olvides. Es un universo completamente diferente, es otro mundo de cargas eléctricas o estanterías repletas de un montón de cosas, incluyendo a todos los que han muerto alguna vez; al menos ésa es tu teoría, que yo recuerde. Y no lo olvides: tú fuiste quien lo puso allí.

-Lo sé -contestó Cleaver débilmente.

-Y eres tú quien pudo observar la partida del ánima, o como coño la llames, de aquel viejo. Y su reaparición ante la vieja, ¿verdad?

-Sí.

-Y eres tú quien ha estado enviando a todos esos jodidos pacientes chiflados al espacio exterior con tu jodida máquina... Mi jodida máquina, de hecho.

-Sí, bueno, no exactamente al espacio exterior; más bien al espacio interior.

-Lo que sea. Y eres tú quien está manteniendo con vida a ese pobre crío sólo para controlar de alguna manera lo que sucede en su mente.

-¿Y...?

-Lo que estoy diciendo es: ¿quién eres tú para empezar a plantear dudas en este punto?

Cleaver entendió lo que Quincy quería decir. Pero necesitaba seguir hablando. Estaba empezando á dar resultado, en los últimos minutos había dejado de estar pendiente de su corazón. Aunque fue precisamente este pensamiento el que hizo que volviese a ser consciente del dolor.

Su voz asumió un tono hipócrita, autocomplaciente. -Supongo que eso se debe a que soy un científico. Exijo pruebas, pruebas rigurosas, antes de suscribir algo que no puedo ver con mis propios ojos. Aun cuando se trate de algo que confirma mi propia teoría y que deseo con todo mi corazón que sea verdad.

El perro se levantó de pronto y comenzó a dar vueltas por la habitación con evidente nerviosismo.

Quincy lo llamó y cuando el perro no lo obedeció, suspiró y dejó los alicates sobre la mesa. Se levantó, arrastrando las patas de la silla sobre el suelo de madera, y fue a ver qué era lo que estaba molestando al animal.

Al hacerlo pasó junto a la pantalla del ordenador. Le echó un vistazo y lanzó un silbido.

-¡joder! -dijo, con un tono de auténtico asombro. Cleaver se detuvo de golpe, súbitamente nervioso. -¿Qué ocurre?

-Será mejor que vengas a ver esto.

Cleaver se acercó al escritorio, olvidando por un momento el dolor agudo en el pecho. En la pantalla podía leerse:

TYLER, AHORA VOY. PAPÁ.

Ambos se quedaron un momento en silencio. Quincy fue el primero en hablar.

-¿Qué interpretación le das?

-Es un mensaje. De su padre. Para él.

-Obviamente. Pero ¿desde dónde? ¿Cómo ha conseguido acceder al sistema? ¿Cómo piensa llegar hasta él, como dice?

Por una vez, Cleaver iba por delante de Quincy. Pero no tenía ganas de explicárselo todo: que él había deducido que, con la ayuda de esa mujer, el padre de Tyler estaba al corriente del experimento, que de alguna manera había conseguido la contraseña, que había ido al laboratorio instalado en el sótano de Pinegrove para tratar de contactar con su hijo, en el sitio que Cleaver había utilizado, y que ahora estaba a punto de embarcarse en un viaje en el interior del ERT, probablemente con la ayuda de Félix.

Cleaver no quería explicarle todo eso porque su propia mente ya corría a toda velocidad por un sendero sinuoso. Era un sendero que estaba plagado de peligros y obstáculos, pero que a su vez -tuvo que admitirlo mientras miraba la máquina-, había estado contemplando durante algún tiempo.

Scott se reclinó en la camilla y sintió el frío de la barandilla metálica en los hombros incluso a través de la camisa. Levantó las manos y las colocó por fuera, apoyándolas a los costados de la máquina. Sus dedos se deslizaron sobre la superficie brillante. No tardó en sentir una pátina de humedad y se dio cuenta de que era su propio sudor. Un indicio más del miedo que lo atenazaba, miedo a deslizarse dentro de la máquina, y la claustrofobia de quedar encerrado en el interior del cilindro metálico. Y luego, por supuesto, había también otro temor que superaba a todo lo demás y en el que ni siquiera quería pensar, temor de lo que pudiera

sucederle una vez que su mente fuera extraída del cuerpo y enviada al éter.

Se deshizo de ese pensamiento. En su situación, acostado en la máquina y a punto de ser introducido en ella, a punto de ser atado y quedar indefenso, el miedo era una emoción inútil y sólo podría distraerlo de su misión.

Sus manos. ¿Dónde debería ponerlas? ¿Entrelazadas sobre el pecho como un cadáver en un ataúd? Eso parecía bastante natural.

¿Cómo se llamaba ese lugar que estaba ahí fuera? ¿Universo paralelo? ¿Espacio mental? ¿Purgatorio, acaso? ¿El lugar adonde van a parar las almas perdidas convertidas en famosas por los poetas y los videntes? Muy pronto descubriría lo buenas que eran sus artes adivinatorias.

Félix no le indicaba demasiado bien qué debía hacer, lo cual no sirvió para que Scott se sintiera seguro. Ese hombre era un chapucero, eso había quedado muy claro, y hacía que todo resultara mucho más amenazador. ¿Qué pasaría si Félix hacía algo mal, bajaba la palanca equivocada, giraba el dial erróneo? Entonces Scott jamás viajaría al lugar adecuado, jamás sería capaz de encontrar a Tyler y llegar hasta él para traerlo de vuelta o, si no lo conseguía, al menos estar con él y consolarlo dondequiera que se encontrara.

Scott sentía los costados del casco contra las sienes. No encajaba con facilidad. Félix estaba tratando de colocárselo bien y sus dedos temblaban sin parar. Scott alzó las manos hasta la parte superior del casco y tiró de él hacia abajo con fuerza. Se acomodó limpiamente en su cabeza, como si fuese un jugador de fútbol americano, apretándole las orejas y, en la parte delantera, llegando hasta el borde de las cejas. Olía de una forma extraña, como una mezcla de cuero y sustancias químicas rociadas sobre una hoja de metal.

Ahora Félix estaba tratando de colocarle las cuencas metálicas en los ojos. Cogió el párpado superior del ojo derecho de Scott y lo levantó con la mano aún temblorosa. El mundo se convirtió en una mancha, pero Scott pudo ver el oscuro cuadrado metálico que se aproximaba a su globo ocular.

-Deje que lo haga yo -dijo Scott, apartándole las manos.

No había sido su intención ser brusco. En cierta manera, era consciente de una preocupación que había tratado de reprimir por todos los medios: en pocos minutos estaría a merced de ese asustado ayudante de laboratorio a quien acababa de amenazar con enviarlo a prisión, pero no tenía otra alternativa. Félix era el único que sabía cómo funcionaba esa máquina. Aun así, para Scott pesaba más una sensación de urgencia, y no podía permitirse ninguna demora.

Con mucho cuidado levantó las pestañas, usando la otra mano para bajar el contacto metálico hasta que tocó el globo ocular. El contacto disparó una bola de fuego y luego dardos de un intenso color rojo que perforaron la oscuridad. Colocó la tapa inferior sobre el metal y sintió que el casquete se expandía, cubriendo su ojo ocular tan estrechamente como una huevera y enviando otra lluvia de chispas rojas y amarillas que pasaron delante de su ojo cerrado como una lluvia de meteoros.

Presa del pánico, abrió el otro ojo. Félix se inclinaba sobre él, observándolo atentamente, la boca tensa en una mueca de concentración; Scott podía ver los óvalos oscuros de la nariz e incluso los diminutos pelos interiores que protegían los conductos. Percibió su aliento, rancio, pesado, caliente.

-Ahora vamos con el otro -dijo Scott.

Dio la orden consciente de que no era necesario, para sentir que era él quien controlaba la situación. Pero sus palabras sonaron vacilantes.

Nuevamente, levantó el párpado con los dedos, sintió la pieza de metal que invadía su globo ocular y se expandía hasta cubrirlo por completo y volvió a ver todos esos colores intensos: amarillos, rojos, incluso verdes. Ahora el mundo aparecía negro. Los brazos estaban sujetos a los lados con una gruesa correa que Félix ajustó aún más.

Scott yacía tendido en la camilla: aislado, solo, expuesto y atrapado. Se sentía tan indefenso como un recién nacido envuelto en una manta.

Oía a Félix que se movía alrededor de la máquina. Deseó que hablase, que le explicara lo que estaba haciendo, lo que sucedía. En un momento dado, incluso pensó que lo oía canturrear en voz apenas audible. Luego se dio cuenta de que se trataba del ruido de la máquina.

Oyó los pasos de Félix, que se acercaba a él. El auxiliar de laboratorio estaba de pie a su lado.

-Muy bien -dijo Félix-. Allá vamos.

La camilla comenzó a elevarse y Scott supo que estaba entrando en la boca de la máquina, lo sabía porque, de pronto, los sonidos de la habitación se apagaron como si procedieran de un lugar remoto y alcanzó a oír el remolino de pequeños sonidos resonando en la habitación. Su piel se tensó en el aire ausente. Estaba dentro de un túnel de viento en el que no había viento.

-Creo que es mejor si permanece inmóvil -dijo Félix.

Scott dedujo que estaba hablando en voz alta, pero las palabras sonaban lejanas, como si le estuviese hablando desde la cima de una colina.

-¡Allá vamos!

Y, súbitamente, se produjo un ruido agudo, como el de una piedra de afilar, que le llenó los oídos y pareció llenarle también los ojos, ya que llegaban hasta él oleadas de colores, alimentando la ilusión de que era él quien se movía, no ellos, y que iba aumentando la velocidad y atravesando el espacio como una nave espacial. Creyó sentir que la cámara se estremecía y la sensación de que estaba viajando era palpable, parecía real porque era real.

Y mientras dejaba el mundo atrás, viajando a través de un túnel que giraba delante de él como la espiral de un tornado o quizá el interior de un nido de avispas, ya que parecía tener la misma textura gris y fibrosa, oyó un sonido del mundo real; un sonido familiar como el tañido de una campana. Y tuvo justo el tiempo necesario y la presencia de ánimo para permitirse un último pensamiento reflexivo mientras se dirigía hacia la abertura del túnel, que le permitió identificar el sonido procedente del exterior de la máquina: era el timbre de un teléfono.

A continuación sintió una serie de impactos en los ojos. Le sorprendieron, procedentes de ninguna parte, pero no le hicieron daño. Todo lo que alcanzaba a ver eran bolas de luz. Se transformaban en olas que parecían chocar contra él, y cada una rompía y dejaba atrás un vacío de absoluta oscuridad. Las olas cobraban fuerza hasta que una de proporciones gigantescas se precipitó sobre él y se rompió separándose en fragmentos como los colores de un caleidoscopio. Los colores lo bañaron y lo atravesaron y también se alejaron. Parecían meteoritos multicolores de rocas incandescentes con colas amarillas, verdes y anaranjadas. Extrañamente, cuando parecían estar pasando a través de su cuerpo, no podía sentirlas.

La confusión que sentía Quincy comenzó a desaparecer como un manto de niebla que se disipa cuando se sentó ante su banco de trabajo y miró a Cleaver. El hombre parecía estar imbuido de un nuevo vigor, parecía saber lo que estaba ocurriendo y, por primera vez en mucho tiempo, Quincy sintió por él una especie de respeto. Tal vez no era accidental que fuera un científico que estaba a punto de hacer un descubrimiento importante -pensó Quincy-, tenía agallas y parecía saber lo que estaba haciendo.

Cleaver estaba pulsando una serie de números en el teléfono; los sabía de memoria y golpeaba los botones con deliberada intensidad.

Esperó con el auricular apoyado en la oreja. Entonces, cuando se estableció la comunicación, comenzó a hablar directamente sin molestarse en saludar.

Quincy sólo alcanzó a oír la parte foral de la conversación.

-¿Está ahí? -Una breve pausa-. Sabes muy bien a quién me refiero.

Otra pausa.

-Eso pensé. ¿Dónde está en este momento?

Cleaver alzó las cejas, aunque no podía decirse si era por la sorpresa o por alguna clase

de alegría contenida. ¡Ajá! -exclamó.

Repitió la frase varias veces y comenzó a pasearse en pequeños círculos, tanto como le permitía la extensión del cable del teléfono. Cada vez que se acercaba, Quincy comprobaba la creciente excitación dibujada en su rostro. -¿Y está ahí en este momento?

Otra pausa.

-¿Y cuántos minutos lleva? Una pausa más breve esta vez. -Bravo.

La palabra reservada para las divas de la ópera sonó divertida dirigida a un auxiliar de laboratorio, pero fue seguida de una catarata de palabras que hizo que todo encajara en su sitio.

-Te diré lo que debes hacer -dijo Cleaver-. Es la cosa más simple del mundo. Estás familiarizado con el cronómetro, sólo tienes que desactivar el plazo límite. Dejar que el reloj continúe funcionando. Él ni siquiera se dará cuenta.

Quincy no podía creer lo que estaba oyendo. Cleaver permaneció en silencio, pero sólo un momento. -Escucha, eso no puedes saberlo. No es lo mismo que sucedió con Benchloss. Él quiere salir ahí fuera, quiere encontrar a su hijo, sólo le estás dando más tiempo. Sé muy bien de lo que estoy hablando, y te estoy dando una orden directa. Quiero que lo hagas y punto.

Luego se produjo la pausa más larga de todas. -Exacto -dijo Cleaver y luego colgó el auricular con gran satisfacción-. Merece la pena tener un auxiliar de laboratorio en quien puedas confiar -indicó.

-¿He oído realmente lo que creo haber oído? -dijo Quincy.

-Tú no has oído nada -replicó Cleaver, quitándose la chaqueta y colgándola en el respaldo de la silla-. Y tampoco verás lo que estás a punto de ver.

Fue hasta la máquina ERT y apoyó mano en la parte superior.

-Nunca has usado esta máquina, ¿verdad? -preguntó.

Quincy negó con la cabeza. Tenía que admitir que sentía un ligero estremecimiento de excitación que crecía en algún lugar de sus entrañas.

-Apuesto a que te morías por hacerlo. ¿Quién sabe? Si juegas bien tus cartas, tal vez puedas. Como ahora, por ejemplo.

Cleaver sonrió con una extraña mueca que torció su boca hacia un lado y Quincy volvió a sentirse impresionado. «Realmente va a hacerlo -pensó-. Debo descubrirme ante este tío. No tiene miedo de experimentarlo en sí mismo y apostarlo todo a una sola carta.»

Al principio, Scott se sintió un poco aturdido y mareado por las luces y los colores brillantes que pasaban velozmente ante sus ojos. Y aquel ruido era como estar dentro de un barril de cerveza que rodaba por una autopista.

Trató de atenuar su temor. Apenas había comenzado a sentir que podía conseguirlo mediante un férreo ejercicio de voluntad cuando sucedió algo que eclipsó todo lo demás y eliminó al mismo tiempo toda noción de temor. Sucedió como si se hubiese producido un relámpago, o quizá un trueno, excepto que no hubo ruido, tampoco luz. Sentía que se elevaba y se desdoblaba de modo tal que percibió que estaba siendo vuelto del revés. Y a medida que su interior era proyectado hacia fuera, se elevó; una especie de neblina descendió sobre él o él se irguió para ir a su encuentro, como una montaña que comienza a ascender hasta que desaparece entre las nubes. Luego tuvo la sensación de que se estaba expandiendo, y pronto comenzó a romperse en partículas, cientos de ellas, miles, que comenzaron a separarse y alejarse a cámara lenta, extendiéndose horizontalmente, moviéndose hacia todas partes y cubriéndolo todo como una fina llovizna, alejándose cada vez más aunque sin disolverse, de modo que alcanzaron los rincones más remotos del horizonte en todas direcciones. No se detuvieron, sino que continuaron esparciéndose hasta que rodearon el mundo, y luego se elevaron hacia la atmósfera y el espacio, exterior y a través del frío, hasta que finalmente alcanzaron las estrellas e incluso las superaron, cada vez a mayor velocidad. Y eso era lo que había visto hacía apenas un momento, las luces brillantes que pasaban junto a él, los colores de las colas de los cometas. Sin dejar de expandirse, extendiéndose, solo en la oscuridad.

«¿Dónde lo encontraré? ¿Dónde estará?»

Librodot

Estaba acostado en la cama, o tal vez era Tyler quien se encontraba allí y él, Scott, le estaba contando la historia antes de dormir. No podía establecer la diferencia entre ellos; los límites se habían disuelto, él observaba la escena desde cerca, tal vez la puerta de la habitación, y, sin embargo, estaba dentro al mismo tiempo. El papel pintado de la pared... lo reconoció: caballos. ¿O acaso se trataba de monstruos?

De pronto, algo lo irritó, le quemó y le ampolló la piel. Se volvió y se agitó pero seguía allí, debajo de su cuerpo, pellizcándole la espalda, de modo que estiró la mano y lo cogió y lo sintió, algo duro en la mano.

Una piedra. La frotó.

Oyó su propia voz, relajante, suave, confortable, como había sonado una vez cuando contaba la historia de todas las noches, y mientras escuchaba las palabras familiares, pareció entrar en la historia, viviéndola al tiempo que la explicaba:

«Y entonces sucedió algo muy extraño. Al principio sintió calor y luego frío. Y después el calor disminuyó y el frío también. Y, finalmente, se sintió bien.»

Y, de pronto, la mansión se alzó ante él, más grande de lo que había imaginado, su fachada de una época anterior a la guerra civil centrada sobre cuatro altas y pulidas columnas corintias que se extendían hacia el cielo. Su superficie blanca brillaba con un tono rosado, como si reflejara el sol del crepúsculo. Los escalones también eran más altos, seis de ellos lo eran tanto que para subirlos necesitaba usar las manos. Miró a su alrededor. Detrás de él, las tablas del porche crujían. Un columpio -¿de dónde había salido eso?- se mecía suavemente con la brisa. No había nadie en él.

Pero Tyler podía estar allí. Lo sintió con una súbita oleada de certeza. Seguramente la mansión, conjurada por ambos todas las noches, junto a la cama, les pertenecía a los dos, a sus respectivas imaginaciones.

Apoyó la mano sobre el grueso picaporte de bronce y, aun sin hacerlo girar, la puerta se abrió de par en par como si alguien le hubiese dado un tirón desde dentro para luego desaparecer. El interior estaba oscuro, y al mirar hacia atrás por encima del hombro, vio que también estaba oscuro fuera, una oscuridad violácea sin rastros del sol, y los árboles, siempre de color verde oscuro, se mecían violentamente a causa del viento.

Solamente habían salido las estrellas. Orión.

Entró en la mansión. Su camino estaba iluminado por velas colocadas en grandes candelabros, de modo que podía ver perfectamente el corredor. Allí, a ambos lados, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, había una puerta tras otra. Moviéndose lentamente por el corredor, deslizándose en realidad, llegó a la primera puerta, la miró, pasó a otra y luego a la siguiente.

Se detuvo ante la tercera puerta y aferró el picaporte; cuando lo hizo girar, supo, con una mezcla de temor y anticipación, que había elegido la puerta correcta. Ésta se abrió sin esfuerzo, como si alguien estuviese tirando desde dentro.

Kate se acercó a Pinegrove con el corazón en la boca y sintió un estremecimiento al levantar la vista hacia el vetusto hospital. El edificio que tanto la había deprimido durante aquella primera visita tenía un aspecto inquietante al atardecer. La mayoría de las ventanas estaban a oscuras, el techo inclinado desaparecía en la oscuridad y la puerta principal se encontraba semioculta entre las sombras. Ni siquiera Charles Addams podría haber pintado un cuadro más tenebroso.

Todo había sucedido muy deprisa y no había tenido tiempo de planear una estrategia. No tenía idea de lo que haría si se encontraba con Cleaver; enfrentarse a él, probablemente, e insistir para que le dijese qué había pasado con Tyler. En realidad, sus pruebas eran escasas, sólo sabía que una ambulancia de Pinegrove se lo había llevado del hospital St. Catherine. No obstante, tendría que exigirle una explicación sin revelarle dónde había obtenido su información, o el portero tendría problemas. No era un plan infalible y lo sabía. De hecho, ni siquiera era un plan.

Librodot

Bien, tendría que improvisar. Su madre siempre le había dicho que era rápida tomando decisiones; ahora averiguaría si estaba en lo cierto.

Subió la escalera que llevaba a la puerta principal; seguramente estaría cerrada con llave. A la derecha había un timbre, pero no podía llamar; sería bastante complicado presentar su caso con energía y decisión si permanecía en el umbral de la puerta como una vendedora de productos Avon. LY qué pasaría si preguntaba por Cleaver y él no estaba allí?

Apoyó la mano sobre el pesado picaporte y estaba a punto de empujar cuando, abruptamente, la puerta se abrió hacia ella, casi derribándola. Recuperó el equilibrio y retrocedió con ella, pegándose a la pared y sosteniéndose del picaporte durante un momento. Oyó pasos que salían del edificio y bajaban la escalera y, asomándose por el borde de la puerta, vio la espalda de una mujer que se perdía en la oscuridad. Mantuvo el picaporte aferrado hasta que la mujer desapareció y luego entró rápidamente en el edificio.

Se encontró en la misma horrible sala de recepción que recordaba de su visita. El suelo estaba formado por pequeñas baldosas hexagonales, pero faltaban muchas de ellas, y había tantas que estaban rotas que el diseño de los mosaicos -alguna clase de escena portuaria- resultaba difícil de discernir. Miró nerviosamente a su alrededor. La escalera de enfrente estaba desierta, y también los corredores débilmente iluminados que recorrían ambos lados del edificio. Recordó que las oficinas principales se encontraban a la derecha y se dirigió hacia ese corredor, tratando de que sus pasos no resonaran en medio de aquel impresionante silencio. Pensó que alcanzaba a oír sonidos de protesta desde el extremo del otro corredor, los sonidos, imaginó, de los pacientes que eran obligados a acostarse. Era temprano para meterlos en la cama, pensó, pero probablemente los ayudantes querían quitárselos de encima.

Llegó a la oficina del administrador, que estaba a oscuras. Miró a través del cristal mate de la puerta y alcanzó a discernir los vagos perfiles de escritorios y sillas en el interior. Continuó su camino. La siguiente puerta correspondía a una oficina que tenía una única palabra escrita en el cristal de la pequeña ventana: «Historiales». Era la que estaba buscando. Si Tyler había sido trasladado a Pinegrove, seguramente habría un historial médico de él.

Hizo girar el pomo de la puerta. Estaba cerrada con llave, como había temido. La sacudió levemente pero no cedió. Se volvió y regresó al vestíbulo principal. Con suma cautela enfiló el otro corredor. Ahora el ruido que procedía del pabellón era más fuerte, casi un rugido. Estaba claro que algo había perturbado a los pacientes. Tal vez los ayudantes estuviesen allí, lo que para ella sería un golpe de suerte. Llegó a la sala de enfermeras y, como preveía, la encontró desierta. Echó un vistazo furtivamente a su alrededor: un escritorio, periódicos, un televisor encendido. El aire estaba impregnado de olor a marihuana. Abrió uno de los cajones del escritorio y encontró lo que buscaba. Una anilla con cinco llaves. La metió en el bolsillo y regresó por el corredor, atravesó el vestíbulo principal y llegó a la puerta ¿ la oficina de los archivos. Cuando probó la tercera llave, sintió que giraba suavemente en, la cerradura y la puerta se abrió. ¡Bien! Miró arriba y abajo del corredor, entró sigilosamente en la oficina y dejó la puerta entreabierta a sus espaldas.

Tuvo que esperar varios minutos hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Entonces, gracias a la luz que se filtraba desde el vestíbulo, vio los archivadores alineados contra una de las paredes. Pero la habitación estaba demasiado oscura como para que pudiese revisarlos y leer su contenido. Encima de uno de los pesados escritorios de madera había una lámpara con la pantalla verde y tanteó la base hasta encontrar el interruptor y encenderla. Un súbito túnel de luz invadió la habitación. Cogió una papelera, le dio la vuelta y la colocó sobre la lámpara, lo que hizo que el haz de luz se dirigiese hacia el suelo, formando un círculo y arrojando un brillo tenue sobre el resto. La habitación parecía casi acogedora.

Los archivadores estaban ordenados alfabéticamente con una letra garabateada con tinta. Siguió las letras hasta llegar a la H-M, luego cogió el tirador y abrió el cajón metálico. Las carpetas olían a moho y una nube de polvo se elevó de ellas. Había separadores en raíles oxidados y carpetas de papel manila escritos con la misma letra. El corazón le dio un vuelco; comprobó inmediatamente que ninguna de las carpetas parecía reciente. Y ninguna llevaba el

nombre de Tyler. Repasó todas las carpetas nuevamente, sólo para asegurarse. Tendría que buscar en otra parte.

Cerró el cajón y se sentó al escritorio, con la espalda hacia la puerta, abriendo los cajones y examinando su contenido. Todo estaba cubierto por una fina capa de polvo, y no había nada excepto las cosas que suelen encontrarse en los cajones: lápices, clips, juegos de llaves viejas, un tampón, fichas, papel de carta y otros objetos de oficina. Acababa de abrir el segundo cajón y estaba cogiendo una carpeta con correspondencia cuando oyó algo, un pequeño chasquido, como el sonido del gozne de una puerta o el de un tacón golpeando el suelo. Se quedó paralizada.

Una voz a sus espaldas balbuceó debido a la confusión: -¿Qué...? ¿Quién...? ¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo?

Descubrió con alivio que era la voz de una mujer. Se volvió lentamente, tanto para serenarse como para evitar cualquier movimiento brusco que pudiera alarmar a quienquiera que estuviese allí. Disponía de unos diez segundos para inventar una historia que resultara verosímil. «Diez segundos... mierda, ni siquiera diez minutos serían suficientes», pensó.

La mujer era joven y de espaldas anchas, con el pelo muy corto, en absoluto la clase de persona que Kate esperaba encontrar en ese lugar.

Ambas se miraron durante varios latidos.

-Soy la doctora Willet-dijo Kate, hablando pausadamente. No tuvo tiempo de decir nada más.

-He oído hablar de usted -respondió la joven. Kate estaba sorprendida.

-¿Sí? ¿Y cómo es eso? -Trabajo para el doctor Cleaver.

Kate sintió que se le erizaban los pelos al oír ese nombre y se preguntó si la mujer se habría dado cuenta. Hizo un gesto vago con la mano y dijo:

-Sólo estaba echando un vistazo.

Y mientras trataba de enfatizar la explicación mirando efectivamente a su alrededor, y veía que la joven fijaba la vista en la papelera que había encima de la lámpara, comprendió lo absurdo de la situación.

-Escuche, eh, por cierto, ¿cómo se llama? -Felicity. Felicity Barrington.

El hecho de dar su nombre y apellido hizo que, de pronto, sonara como una jovencita que trataba de mostrarse complaciente, aunque no actuara de ese modo.

-Felicity. -Kate pronunció el nombre claramente y con seguridad, tratando de llevar la voz cantante-. Intentaré explicárselo.

La joven se acercó al escritorio, quitó la papelera de la lámpara y volvió a colocarla en el suelo, revelando bajo el haz de luz que era muy guapa; luego cogió una silla y se sentó, cerca de Kate. Parecía un gesto, de intimidad que Kate encontró alentador.

-Sí -dijo-. Adelante.

-Muy bien -continuó Kate-. No tengo necesidad de decirle, o tal vez deba hacerlo, que aquí han estado ocurriendo cosas muy extrañas. Y creo que su doctor Cleaver está implicado en ello.

-¿Mi doctor Cleaver? Difícilmente podría considerarle mi doctor Cleaver.

Kate estaba asombrada.

-Entonces debo suponer que no le cae bien. -¿Caerme bien? Es un cabrón. ¿Responde eso a su pregunta?

No podía creer en su buena suerte. -Sí, Felicity, creo que sí.

Y sin necesidad de que se lo pidiese, Felicity le contó prácticamente todo lo que sabía, que era mucho: cómo había utilizado Cleaver a los pacientes para sus experimentos, cómo había empleado una máquina especial para separar sus cuerpos de sus mentes, cómo incluso uno de los pacientes había muerto en uno de los experimentos. Habló también de sus teorías excéntricas, sus hábitos de trabajo, incluso de su insomnio. Y especialmente sobre lo

detestable que era.

-Además de tratarme como a un felpudo -dijo ella finalmente. Luego miró a Kate fijamente y le hizo una pregunta-: Supongo que quiere delatarlo porque la despidió, ¿no es así?

-No, no exactamente. Quiero decir, sí, me gustaría pillarlo, pero ésa no es la única razón. Verá, estoy tratando de ayudar a un amigo, alguien cuyo hijo sufrió un terrible accidente y estaba en estado crítico y virtualmente muerto. Y creo que, hace un par de semanas, su cuerpo fue sacado del hospital St. Catherine y quizá trasladado a este lugar.

Kate miró a Felicity con una expresión esperanzada, preguntándose si ella sabría algo.

Y efectivamente lo sabía.

-Se refiere a Tyler -dijo Felicity rápidamente-. Está aquí, en el sótano.

No sabía cómo había llegado hasta allí. La puerta se abrió, eso era todo lo que recordaba. Luego se hizo la oscuridad y sintió que se deslizaba dentro de una especie de vacío o quizá un túnel, y ahora estaba allí. El día, la hora, el año, la estación, nada de eso podía saber. Pero tampoco nada de eso tenía importancia. El mundo donde se encontraba era intemporal.

Pero Scott sabía dónde estaba, y eso lo atemorizaba, lo asustaba profundamente; estaba en la cama, su vieja cama, acostado de espaldas, indefenso. ¿Era un niño otra vez? ¿Un adolescente? No podía decirlo, pero tampoco importaba, porque en cualquier caso el mundo que lo rodeaba lo hacía sentir como un niño, insignificante y desamparado. Todo lo que había a su alrededor parecía enorme y amenazador, objetos inanimados como su cómoda y las cortinas blancas que el aire agitaba dentro de la habitación. Eran siniestros. Y todos esos objetos -parecía (exagerado pensarlo de ese modo, pero lo percibía con una certeza que resultaba alarmante- estaban conspirando contra él.

Alguna vez había oído decir que la mente inconsciente no conoce el tiempo. ¡Un momento! Tal vez el hecho de recordar ese pensamiento significaba que no era un niño; después de todo, era la clase de pensamiento que sólo podía tener un adulto. La «mente inconsciente», ése ni siquiera es un concepto que un niño puede aprehender. Entonces quizá era mayor; no, mayor no, adulto.

Pero entonces ¿por qué se sentía tan indefenso?

¿Y de quién era esa cama en la que estaba tendido, en la que se sentía como si lo hubiesen atado a ella? ¿Acaso era la misma cama en la que hacía mucho tiempo se había acostado todas las noches, esperando oír el espeluznante grito de su madre y su respiración ronca, sosteniendo la fría cuchara que él usaría para mantenerle la boca abierta? Miró cautelosamente a su alrededor. La habitación estaba sumida en la penumbra, era difícil ver a través de la oscuridad. Los objetos eran poco más que formas, era imposible enfocarlos. Lo intentó entrecerrando los ojos, pero aun así no pudo conseguirlo. Aparentemente estaban en el lugar correcto, los muebles, los rectángulos oscuros de los cuadros colgados en las paredes. También estaba la estantería repleta de cómics, el viejo tocadiscos en el que solía escuchar a Tchaikovski y Beethoven a un volumen tan estridente que anulaba cualquier pensamiento. Pero ahora eran formas indefinidas, grandes manchones oscuros contra un fondo gris.

Hacía muchos años, tantos que ojalá pudiera olvidarlo. Pero no lo lograba. Cuando tenía catorce años, su madre había dejado de beber súbitamente. Scott no lo había sabido entonces, o si fue así, no lo recordaba. Todo lo que sabía era que se había metido en la cama en la habitación que había junto a la de él. Apenas podía moverse. Se había roto un dedo del pie al caerse por la escalera, y una escayola sucia le cubría el pie, abierta en la parte superior. Le habían colocado un clavo a través del dedo medio para mantenerlo levantado, sujeto a dos soportes verticales como si fuese una portería. El dedo estaba negro e hinchado. Se había infectado.

Fuera caía una lluvia helada, una tormenta inesperada que lo había cubierto todo de un brillo pringoso que reflejaba débilmente la luz. Era algo mágico y a la vez inquietante,

siniestro. Los árboles crujían cuando se agitaban bajo las fuertes ráfagas de viento, y sus ramas golpeaban y rascaban los cristales de las ventanas como dedos secos y marchitos. Las carreteras eran ríos helados, intransitables.

Scott estaba abajo cuando oyó que su madre lloraba.

Era un largo y débil gemido de dolor y temor que aumentó de intensidad y acabó en un sollozo. Algo golpeó el suelo, un cuerpo. Corrió a la habitación de su madre y la encontró tendida en el suelo de madera, vestida con el camisón, agitándose violentamente, la pesada escayola del pie golpeando con fuerza el suelo al ritmo de sus convulsiones. Su cabeza se movía de un lado a otro, el pelo estaba erizado, sus miembros se levantaban y caían pesadamente contra el suelo. Un hilo de saliva cruzaba su mejilla. Corrió escaleras abajo para llamar al médico, una llamada que le pareció eterna. Finalmente ella le atendió, una mujer severa que le dijo que mirase por la ventana. Él alzó la vista y vio el hielo que lo cubría todo -era imposible enviar una ambulancia, dijo ella-, y la mujer le dio unas instrucciones precisas: debía meterle una cuchara en la boca para evitar que se tragase la lengua, pues eso le provocaría la muerte. Entonces corrió nuevamente escaleras arriba; ahora su madre estaba inmóvil, tendida en el suelo con expresión confusa, los ojos muy grandes, mirándolo como si no lo conociera, preguntándose dónde estaba y qué había sucedido.

Aquella noche tuvo otros tres ataques, cada uno de ellos precedido por ese prolongado y angustioso lamento y seguido de esos largos momentos de olvido en los que le preguntaba dónde estaba y quién era él. A la mañana siguiente, la lluvia había conseguido derretir la capa de hielo. Se preparó el desayuno y se marchó al colegio. Cuando regresó a las cuatro de la tarde, su madre no estaba en casa. Más tarde, el médico llamó y le dijo que se encontraba en el hospital. Regresó cuatro días después, con los ojos abiertos -hacía meses que él no veía sus ojos tan abiertos- y el dedo curado.

Cuando pensaba en todo aquello, había una convulsión que estaba clavada en su memoria. Al irrumpir en su habitación, el perro le estaba ladrando, luego hundió sus dientes en el camisón y comenzó a tirar de él con tanta fuerza que Scott tuvo que apartarlo de una patada. Le golpeó con fuerza en las costillas. El animal huyó gimiendo y cuando, más tarde, se acercó a él debajo del sofá, le lanzó un gruñido. Regresó a su habitación y se quedó tendido en la cama, sosteniendo la cuchara, los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando. Puso un disco de Tchaikovski en el viejo tocadiscos, con el volumen muy bajo al principio, después más alto, luego muy alto.

Y ahora se veía allí, una figura pequeña y patética perdida en la enorme cama, en medio de la oscuridad y la música estridente. Podía mirarse a sí mismo, a su ser más joven. No sintió pena, sólo miedo, una vez más. Miedo de lo que estaba pasando y de lo que podía suceder. Además de una emoción que no podía describir y que parecía ser una mezcla de repulsión e incredulidad, y eso fue lo que probablemente lo salvó, porque imponía una distancia y le permitía quedarse a un lado y observar lo que estaba sucediendo con una notable indiferencia.

Y tuvo que preguntarse: acostado allí con la cuchara en la mano, esperando y escuchando la música a todo volumen, ¿había corrido realmente a atender a su madre durante cada ataque? Quizá alguna vez podría haber contestado a esa pregunta. Pero ahora lo había olvidado, si es que alguna vez lo había sabido realmente.

Volvió a escucharla, o creyó que la oía, pero pensándolo bien, eso no podía ser, ya que ella estaba en la planta baja, muy lejos, en la vieja y destartalada casa; era imposible que un sonido alcanzara a llegar desde ese lugar tan remoto. Los separaban al menos una docena de habitaciones. Pero él sabía que su madre estaba allí; podía sentirlo. Esa certeza le provocó un miedo tan intenso que lo dejó paralizado. Estaba tendido en la cama y no podía moverse, con la mente disparada, la sangre quemándole todo el cuerpo. Ella no vendría a por él, ¿verdad? Ella no le haría daño, ¿verdad? ¿A su propio hijo? Sintió un nudo en el pecho. Sabía que ella lo haría.

«Lo hará.»

Cogió el teléfono y llamó al médico. Le contestó una enfermera y fue a buscarlo; pasaron varios minutos. ¿Por qué tardaba tanto? Scott no podía hablar. Finalmente oyó la voz del médico, con un ligero y extraño acento inglés, de la lejana Europa, le habían dicho. ¡El médico, por fin! -¿Hola? ¿Hola?

Scott encontró su voz. Comenzó a hablar precipitadamente, explicándolo todo, lo que estaba sucediendo, su miedo, el peligro. Entonces lo oyó: el clic. El auricular elevándose en el aire, una especie de crujido. Su madre estaba en el teléfono de su habitación. Su voz apareció en la línea, nítida y cercana, tan razonable, tan segura.

-Doctor, no hay nada de que preocuparse, absolutamente nada. Estoy bien. Mi hijo ha estado teniendo esas horribles pesadillas, esos horribles pensamientos. Pero no le haré daño. No le haría daño a nadie.

Él pudo oír que el médico la creía, mostrando su comprensión. «¡Él la cree!»

Ella continuó hablando.

-Verá, doctor, estoy perfectamente bieeeeen...

Su voz se convirtió en un largo y angustioso gemido teñido con una pizca de risa, cada vez más agudo, rebotando como si estuviese en una cámara de resonancia. Después su madre colgó.

Luego comenzó a buscarlo, habitación por habitación, abriendo y cerrando las puertas con fuerza. Y él podía oírla, sentir que se acercaba. Sus pasos en la escalera, moviéndose cada vez más rápidamente, un momento de silencio cuando cruzaba a la otra habitación, luego otra puerta que se abría y se cerraba. Y otra. Ahora más fuerte. Cerca.

No había nada que él pudiera hacer; no podía encogerse en la cama. Tendría que ir hasta la puerta, enfrentarse a ella. Era la única manera en que podía esperar hacer lo que había venido a hacer. Reunió todo su valor, todo. Porque lo iba a necesitar.

Apartó lentamente las mantas, giró las piernas y bajó de la cama. Se puso en pie y caminó cautelosamente hacia la puerta, apoyándose contra ella. La tocó, sintiendo la presencia de su madre al otro lado, imaginándola allí y casi viendo el brillo de algo metálico en su mano, el cuchillo de carnicero, preparado para alzarse.

Apoyó la mano en el pomo, lo hizo girar y abrió la puerta.

Felicity iba delante mientras Kate y ella corrían escaleras abajo en dirección al sótano. A medio camino, Kate oyó que Felicity lanzaba una exclamación de sorpresa: pasos. Alguien que subía la escalera.

-¿Qué? ¿Adónde vas? -oyó que preguntaba Felicity. Ahora vio que estaba hablando con un joven alto que llevaba una bata de auxiliar de laboratorio. El hombre parecía nervioso.

-A ninguna parte... no -balbuceó-. Sólo me marchaba. -Bueno, tal vez deberías quedarte- dijo Felicity-. Quizá necesitemos tu ayuda.

-No puedo -contestó rápidamente.

Mientras continuaba subiendo la escalera, miró fijamente a Kate y luego pasó tan bruscamente junto a ella que la empujó contra la barandilla. Kate sintió el impulso de hacerle un placaje, pero su expresión de urgencia hizo que aumentara su ansiedad por encontrar a Tyler.

Algo no iba bien.

Adelantó a Felicity, abrió la puerta y entró en el corredor. Lo que hizo que se detuviera en seco. Apenas podía creer lo que veían sus ojos.

Allí estaba Tyler, tendido en la cama como había estado en el St. Catherine. Y parecía el mismo. Miró los monitores y el ordenador, y los leyó rápidamente con su ojo clínico. Era muy poco lo que había cambiado. Tyler estaba en coma, pero seguía con vida, o al menos no estaba completamente muerto. Las máquinas se encargaban de hacer todo el trabajo. Su corazón se emocionó al verle; todo ese tiempo, semanas, encerrado en su limbo privado. Cuando ese pensamiento se afianzó, su corazón le dio un vuelco por segunda vez, esta vez de ira hacia Cleaver. ¿Qué clase de salvaje era capaz de hacer una cosa así?

Sintió algo en el codo. Era Felicity, que la tocaba ligeramente, guiándola hacia la puerta abierta de otra habitación. Cuando cruzó el umbral, se quedó mirando sin dar crédito a sus ojos.

Allí había una máquina de grandes dimensiones, algo parecido a un aparato de resonancia magnética, y cuando se acercó vio los pies de una persona que estaba en su interior. Se acercó un poco más y miró dentro y vio a un hombre sujeto a una camilla con correas y con un casco grotesco que le cubría la cabeza y dos objetos redondos sobre los ojos.

Supo al instante de quién se trataba, y supo también que estaba en peligro.

Se volvió hacia Felicity. -¿Qué es esto? -preguntó.

-Un ERT, un estimulador-receptor transcraneal. Es un camino para llegar a la mente y estimularla y también, ya sabe, permite que se mueva... que se mueva fuera del cuerpo.

Kate la miró con incredulidad. Pero un segundo después todo encajó. Supo por qué Scott estaba dentro de esa máquina; él, igual que ella, había encontrado ese lugar y se había enterado de la existencia de esa máquina y ahora estaba tratando de encontrar a su hijo, o la menteespíritu de su hijo, para devolverla a su cuerpo. Debía de haber llegado muy poco antes que ella.

Siguió con la mirada fija en la máquina durante un momento, atónita... atónita de que existiera esa clase de aparato; no de que Scott lo estuviese usando. Observó sus facciones, lo poco que podía apreciar de su rostro debajo de esas gafas de metal. Tenía la boca torcida y la mandíbula apretada, quizá en un gesto de dolor o de miedo. Su cuerpo, aunque estaba atado con las correas, parecía contorsionarse. Permaneció con la mirada fija en Scott hasta que, con un esfuerzo de voluntad, consiguió serenarse y trató de pensar qué podía hacer. Era evidente que ese hombre joven que había huido era el responsable de haber puesto la máquina en funcionamiento. Y también era evidente que ellas tendrían que descubrir el modo de controlarla. Volvió a mirar a Felicity.

-¿Sabe cómo se maneja esta cosa?

Felicity, que también estaba mirando a Scott, la miró con los ojos como platos.

-Más o menos. He visto cómo lo hacían el doctor Cleaver y ese tipo que acaba de salir huyendo, Félix. He estado observando cuando lo hacían con los pacientes. Pero no puedo decir que realmente sé cómo se hace.

-¿Es muy complicado? Felicity parecía nerviosa. -No estoy segura -dijo. -Bien, supongo que estamos a punto de averiguarlo. -¿Y qué pasará si lo hacemos mal?

-Él ya está ahí dentro. De modo que tenemos que ayudarlo de todos modos, aunque sólo sea para sacarlo de ahí. -Eso es verdad.

Kate se acercó al panel de control y observó el conjunto de diales, botones y pantallas. La imagen de Scott dentro de la máquina aún estaba en su mente.

Cleaver no sentía miedo, sólo nerviosismo. El miedo era algo que había descartado en el preciso instante en que decidió entrar en la máquina; era una emoción inútil. Entereza, fuerza y curiosidad... ésas eran las compañeras deseadas para un científico que está a punto de iniciar un viaje hacia lo desconocido.

Quincy se había encargado de atarlo con las correas a la camilla y había ayudado a insertar los exploradores sobre los ojos, con un exceso de ansiedad para el gusto de Cleaver. Mientras estaba acostado en la camilla se preguntó qué pasaría si algo salía mal, cómo se sentiría, si le dolería. ¿Y qué haría Quincy? ¿Lo ayudaría si salía de la máquina medio muerto o convertido en un loco de atar? La cuestión le preocupaba porque estaba convencido de que a su joven colega él le importaba muy poco. Probablemente sólo había tres cosas que importarían a Quincy: cómo arreglar la máquina, cómo deshacerse del cuerpo y cómo conseguir que le pagaran.

Pero esos pensamientos no le hacían ningún bien. Cleaver no quería partir con una idea tan negativa, de modo que le hizo señas a Quincy para que se acercase, le pidió que se

Librodot

inclinara y se las arregló para alzar la mano lo suficiente, aun atada a su flanco, para encontrar el puño de su camisa y aferrarlo entre los dedos. Pero luego no supo qué decirle.

Intentó pensar en algo notable, una declaración para la historia, no algo tan obviamente elaborado de antemano como «Un pequeño paso para el hombre, un salto gigantesco para la humanidad»; algo que fuese auténtico, espontáneo. El problema era que no se le ocurría nada, nunca lo lograba en los momentos verdaderamente importantes.

-Bien -dijo-, ¿te asegurarás de controlar la marca de los siete minutos?

-Sí.

-No quiero salir demasiado cocido. Ja, ja. -Ja, ja.

Pensó que en la réplica de Quincy había una pizca de ironía. Pero no había nada que hacer; no se le ocurrió nada más que decir.

-Muy bien -dijo, soltando el puño del joven. -Muy bien -llegó la respuesta.

Cleaver sintió que la camilla se deslizaba hacia arriba y un segundo después lo engulló la boca de la máquina. Luego oyó el sonido de la puesta en funcionamiento. Le alarmó que fuese tan estridente; no sonaba así desde el exterior. De pronto comprendió que estaba experimentando con su cuerpo de un modo que nunca antes había hecho. Prácticamente podía sentir todas las partes del mismo: la pierna, el muslo, el hombro, la piel en el dorso de la mano, el vello del antebrazo... Qué milagro era el cuerpo humano; cómo podían coger los dedos algo al unísono, los músculos contraerse para levantar la pierna, cómo se replegaban los vasos sanguíneos profundamente en la piel cuando hacía frío y cómo las glándulas sudoríparas segregaban agua para refrescarla cuando hacía calor. ¡Qué destreza! ¡Qué arquitectura! ¿Por qué no había advertido nunca todos los diminutos e intrincados detalles, su ingenio? Sólo ahora que lo estaba abandonando era capaz de apreciarlo, de prestarle un poco de atención. «Típico», pensó. Y, salida de ninguna parte, la letra de una antigua canción pasó como un relámpago por su cabeza: «No echas de menos el agua hasta que tu pozo se ha secado».

¿Qué clase de pensamiento era ése? ¿Precisamente en ese momento no era capaz de pensar en algo profundo, no podía controlar su mente?

Y entonces, casi como para probar ese hecho, su mente pensó en algo que él jamás hubiese querido, ni en un millón de años. Era la imagen de ese chico, Tyler, de su ánima rebotando sin tregua en el espacio, como una suerte de Holandés Errante, sin descansar jamás, sin regresar nunca más al hogar. ¿Y si eso mismo le sucedía a él? ¿Qué pasaría si nunca regresaba? De pronto se le antojó un pensamiento terrorífico. ¿Por qué la mente habría de crear súbitamente ese pensamiento, a menos que ésta fuese perversa? Tal vez ésa fuese una posible explicación. Tal vez era el cuerpo, solamente el cuerpo, nuestro amigo verdaderamente fiel. ¿Por qué dejarlo atrás entonces?

Pero un momento... estaba sucediendo. Ahora su cuerpo estaba haciendo otra cosa, ¿o tal vez era su mente la que lo hacía?, no era fácil saberlo. Una parte de él se estaba quedando atrás, muy abajo -debía de ser su cuerpo-, y otra parte se estaba levantando y comenzaba a ascender, lentamente al principio y después a mayor velocidad, como un cohete dirigido hacia el espacio. Sentía el impacto de las estrellas, la luz que llegaba directamente a sus ojos, con tanta intensidad que le dolían, chocando directamente contra su cerebro. Llegaba a oleadas, una y otra vez, cada vez con mayor potencia.

Y entonces, de pronto, cesó.

Estaba flotando a la deriva en el espacio, como un astronauta sin cordón, girando como si fuese una hoja en una corriente de agua. La madre Tierra se alejaba en la distancia, aunque no podía verlo, sólo sentirlo. Y, al alzar la vista, alcanzó a ver la oscuridad que se levantaba, figuras oscuras que se movían lentamente, como en un sueño. Intentó enfocarlas, pero permanecieron como sombras indiscernibles. La luz era nebulosa, cargada de partículas, como si estuviese mirando a través de una estopilla. De hecho, sentía calor, un calor intenso. ¿Acaso el cohete había aterrizado en el sol? Tal vez era eso. Estaba en la superficie de un planeta extraño e hirviente o en un desierto en alguna parte, y sí, había una tormenta de arena que se

acercaba hacia él, oscureciendo su visión, taponando sus poros. Eso lo explicaba todo, la imposibilidad de ver, las figuras que se movían lentamente como abrumadas por una carga, la sensación de opresión de los rayos del sol. En algún lugar del Sahara. Una caravana de camellos, un mercado en Tombuctú.

Pero no, se equivocaba. No había ninguna tormenta de arena, tampoco caravanas de camellos, y esas figuras vagas... de hecho podía ver a través de ellas. Y no tenía calor, en absoluto. Al contrario, sentía frío, un frío helado. Se hizo un ovillo. Algo le entró en los ojos, en la nariz. No era arena lo que volaba por el aire, era nieve. Estaba en medio de una ventisca. No estaba en Tombuctú... pero ¿dónde?

¿Ciberia?

Su mente se echó a reír histéricamente ante el juego de palabras. Histéricamente porque ahora estaba asustado; sabía dónde no estaba, pero no dónde estaba. Su visión se aclaró ligeramente, como una cortina que se derrite, y comenzó a reconocer algunas de las figuras imprecisas en la tormenta de nieve. Y entonces supo dónde se encontraba. Se vio a sí mismo, de pie fuera de los dormitorios con la nieve hasta los tobillos, sintiendo el mareo nuevamente, preparándose para desmayarse ante la noticia de la muerte de su padre.

Cuando Scott abrió la puerta le sorprendió no encontrar ningún monstruo al otro lado. Su madre no estaba allí con su camisón raído, el pelo colgando en mechones húmedos sobre la frente. No había ningún cuchillo de carnicero en su mano.

No había nada.

Su pulso se normalizó y respiró profundamente, luego atravesó la puerta. Se encontraba en un corredor pintado de un blanco luminoso. Desde un extremo llegaba una luz intensa y su reflejo rebotaba en las paredes en una lluvia de rayos blancos que le herían los ojos. Bajó la vista. Le resultaba difícil incluso ver sus propios pies, pero de algún modo sabía que era alto y estaba completamente desarrollado, que se trataba de un adulto. Miró nuevamente las paredes y allí, extendiéndose delante de él, hasta donde alcanzaba la vista, había una puerta tras otra.

Él sabía que detrás de una de esas puertas estaba Tyler. Pero ¿en cuál de ellas?

Tenía que darse prisa. Podía sentir que en alguna parte, quizá podía oírlo, había un reloj en marcha, diciéndole que se le acababa el tiempo. ¿Cómo podía ser en este mundo intemporal?

«¿Qué puerta debo abrir?»

Se detuvo ante una de ellas, luego pasó a la siguiente, después avanzó hasta una tercera, una cuarta. Al llegar a la quinta, hizo girar el pomo, y al hacerlo lamentó la elección y deseó poder cambiarla, porque desde el interior surgía una niebla oscura. El manto neblinoso lo cubrió todo en cuestión de segundos y empañó la luz blanca hasta que se sintió perdido en medio de una espesa bruma. Oía un sonido apagado que surgía del interior de la habitación, un balbuceo o un gemido, y cuando entró se hizo más fuerte, aunque seguía siendo tan poco definido que no alcanzaba a ubicarlo. Aguzó la vista y, de pronto, pudo discernir un grupo de tenues figuras que se movían lentamente, como si flotasen, deslizándose a través de las capas de niebla como fantasmas.

Almas a la deriva. Psyche, la palabra griega para «hálito», también significa «alma», recordó de una remota clase de literatura antigua. El alma y la chispa de la vida son una y la misma. Qué extraño pensar en eso ahora, aunque había algo en el aspecto y el porte de esas figuras espectrales que le recordaban los mitos clásicos: Orfeo cruzando la laguna Estigia para adentrarse en el Hades en busca de su amada esposa Eurídice.

Las figuras no advirtieron su presencia, aunque ahora pasaban muy cerca de él, tan cerca que podría haberlas tocado si hubiera extendido la mano. Pero no lo hizo porque descubrió con horror que podía ver a través de ellas. Y, por primera vez, vio que había docenas de ellas, más que eso, multitudes, centenares, hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones.

Si estaba en el infierno, ¿dónde estaba su Virgilio, o su Beatriz?

Y, entonces, materializándose fuera del manto de niebla, una figura se destacó de entre todas las demás, y sólo ella pareció reparar en él. Lo miró directamente y él sintió que esa mirada se clavaba como una flecha en su corazón, porque él la conocía muy bien y, de alguna forma, había estado seguro de que la encontraría allí e incluso tal vez la había estado buscando a ella tanto como a Tyler.

No había ninguna duda al respecto, era ella, su Lydia, a quien había perdido hacía ya tanto tiempo. Sus hermosos rasgos eran los mismos: la nariz larga y recta, la frente amplia, los ojos almendrados y la barbilla perfectamente moldeada, pero parecían congelados. Aunque ella lo miraba y le indicaba con una leve inclinación de la cabeza que también lo había reconocido, sus rasgos formaban una máscara, de modo que Scott sintió que una sensación helada le recorría el cuerpo.

Lydia extendió la mano y él la cogió; estaba fría, tan fría como el hielo en las ramas de los árboles. Ella se volvió, sin soltarle la mano, y lo guió, y él no tuvo más alternativa que seguirla dócilmente, aunque en el fondo de su corazón sabía que el destino hacia el cual lo guiaba era su ruina.

Kate volvió a inclinarse sobre la entrada de la máquina y giró la cabeza para mirar al interior de la cámara donde estaba encerrado Scott. Trató nuevamente de leer su expresión, algo casi imposible porque sus ojos estaban cubiertos y ella lo miraba desde abajo. Aun así, tenía miedo de ver señales de angustia, las mejillas de Scott estaban contraídas y los dientes tan apretados que se destacaban nítidamente los músculos de la mandíbula.

No sabía qué hacer. ¿Debería tratar de sacarlo de la máquina, rescatarlo de dondequiera que su mente hubiese ido? ¿O debía permitir que continuara el viaje en el que se había embarcado para salvar a su hijo? ¿Qué era más peligroso, interrumpir su viaje a medio camino o permitir que su mente viajase hasta donde deseara? ¿Y qué pasaría si su mente llegaba tan lejos que ya nunca pudiera regresar?

Retrocedió y miró el grupo de máquinas. Allí había un cronómetro; no lo había visto antes. ¿Cómo era posible que le hubiera pasado por alto?

Consultó el reloj: tres minutos y diez segundos. El segundero se movía deprisa por la esfera. -¿Por qué está ese reloj ahí?

Felicity la miró con expresión confusa, siguió su mirada hasta el reloj y frunció el ceño. Era evidente que no lo sabía.

-¿Existe algún límite? -preguntó Kate.

-Tal vez. No lo sé. Nunca estuve aquí para ver el experimento completo. Lo único que sé es que, cuando veía al doctor Cleaver manejando la máquina, siempre parecía que tenía prisa. Siempre le daba órdenes a Félix a gritos. Ya sabe, haz esto, haz aquello, date prisa...

-¿Ellos ponían el reloj a una hora determinada? ¿Había un cronómetro? ¿Alguna alarma? ¿Alguna cosa... cualquier cosa?

-No lo sé.

Felicity se estaba poniendo nerviosa y su ansiedad era contagiosa.

-¿No sabe cómo parar esa máquina? -Preguntó Kate-. ¿Cómo sacarlo de ahí?

-Más o menos. Creo que hay que hacerlo todo a la inversa... eso es, básicamente.

Kate sintió que la confianza en aquella mujer se esfumaba rápidamente.

Volvió a mirar el reloj: tres minutos y cuarenta segundos.

Kate regresó a la máquina, apoyó una mano sobre ella y luego se inclinó para introducirla en la cámara. Palpó la correa que mantenía a Scott sujeto a la camilla y la siguió hasta un costado, donde estaba su mano. La cogió con la suya y la apretó.

Dudaba de que él siquiera pudiese sentirla, dondequiera que estuviese en aquel momento. Pero tal vez pudiera, y sólo tal vez, pensó, consiguiera que se sintiera un poco menos solo. Por el momento eso era todo lo que podía pensar en hacer.

Scott siguió a Lydia. Su mano era ingrávida, apenas una nube de humo apoyada en la suya, pero, de alguna manera, podía sentirla o imaginaba que podía sentirla, y eso era suficiente para guiarlo a través de las capas de niebla. Ahora se sentía aturdido y también ingrávido mientras la seguía.

El escenario cambiaba tan deprisa que le era imposible adaptarse a él. Un minuto hacía calor, al minuto siguiente hacía frío, y así sucesivamente, hasta que ya no pudo percibir la diferencia.

Finalmente llegaron a una pequeña puerta y, con un elegante movimiento del brazo, ella le indicó que entrase.

Él se agachó, luego se arrastró y la puerta se abrió sin hacer ningún ruido. Entró y se irguió. Estaba en una habitación de un blanco brillante: suelo de mármol blanco, paredes de mosaicos blancos, techo de yeso blanco. Refulgía con tanta intensidad como una estrella naciente, tan brillante que apenas podía ver. Sus ojos se acostumbraron lentamente al lugar y comenzó a reconocer un objeto en un rincón, un objeto largo y rectangular, algo que le resultaba familiar. Algo importante.

Lo miró fijamente, enfocándolo con las pupilas dilatadas, sin poder creer lo que veía.

Era... ¡era él! ¡Tyler!

Scott avanzó lentamente, con cautela, como si se estuviese acercando a un espejismo que pudiera desvanecerse en cualquier momento y convertirse en una mota insignificante, caminando hacia él. Sentía que se estaba moviendo sin esfuerzo pero muy lentamente, como si fuese un sueño. Finalmente, llegó a la cama y se quedó allí, mirando a su hijo, que yacía inmóvil. Tyler tenía la cabeza vendada; la sonda del suero penetraba en su brazo. Pero sus ojos estaban abiertos, agrandados por el miedo, y podía moverlos. Fijó la mirada en Scott y el miedo pareció remitir, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios y dio la impresión de relajarse súbitamente y lanzar un suspiro de alivio.

Cuando Scott lo vio no pudo contenerse. Se acostó junto a Tyler, lo acercó a él y lo envolvió en un abrazo. Le quitó las agujas del brazo y lo abrazó con tanta fuerza que pudo sentir el corazón latiendo contra su pecho, deprisa pero regularmente. Descubrió que el corazón de Tyler latía en perfecta sincronía con el suyo. Apoyó la cabeza junto a la de su hijo y pudo sentir el pulso a través de las vendas, latiendo en su sien, de modo que se inclinó y le quitó el vendaje, desenrollándolo como si fuese una cinta, y colocó su cabeza junto a la de Tyler. Imaginó que realmente podía sentir lo que pasaba allí dentro, y quizá no lo estaba imaginando, porque pronto incluso creyó estar teniendo los mismos pensamientos.

Ambos contemplaron la absoluta blancura que los rodeaba, una ventisca de pequeñas partículas blancas que llenaban la habitación como diminutas cenizas flotando en el espacio. Era casi doloroso mirarlas, una gruesa cortina blanca que caía delante de ellos y parecía apartarlos de todo lo demás.

De casi todo. Porque allí, en un rincón, las partículas se habían acumulado y se estaban volviendo grises y luego formaban una forma alargada, alta y solitaria. Ambos miraron fijamente hacia ese lugar y la forma se transformó en un sólido rectángulo sostenido por sus lados. Un marco de madera apareció alrededor de los bordes y luego se convirtió en la jamba de una puerta, y justo en el centro se hallaba lo que él sabía que estaría allí: una gran puerta de madera.

Y mientras miraba, sabiendo y temiendo lo que iba a suceder, la puerta se abrió. Tiró de la manta hasta la barbilla como si fuese un babero y se hundió en el colchón, de modo que sus ojos atisbaban apenas por encima del borde de la manta. Se quedó mirando y lo que vio allí en el umbral de la puerta, ahora de carne y hueso, era Lydia. Llevaba puesto un traje de chaqueta gris. Y lo miraba con una expresión intensa, lo que parecía ser una mezcla de amor y.,dolor. La parte inferior del rostro estaba cubierta por las sombras. Y mientras permanecía allí en la puerta, cambió ligeramente el peso del cuerpo hacia un lado y levantó lentamente el brazo derecho. Sus dedos estaban extendidos y se movían. ¿Estaba tratando de señalar algo? ¿Se estaba despidiendo de él? LO le estaba indicando que la siguiera?

De pronto pensó que lo sabía. De modo que los dos juntos, como si fuesen uno, comenzaron a levantarse. Había llegado el momento de ponerse en marcha, de seguirla, de ver adónde los conduciría.

Cleaver se derrumbó sobre la nieve y alzó la vista hacia los copos que caían sobre él como una lluvia de ceniza.

Sentado allí no sentía nada, absolutamente nada, ni miedo ni certeza ni frío ni ahogo, sólo cansancio. Estaba muy cansado, más allá del agotamiento.

Quería apoyar la cabeza sobre el banco de nieve, dormir sólo un momento, no mucho, nada más. Y entonces comenzó a cabecear un poco, luego se rehizo y alzó la cabeza súbitamente, porque de alguna manera sabía que hacer eso, rendirse, era peligroso, muy peligroso. Y, sin embargo, se sentía terriblemente soñoliento.

Ya no tenía frío, sólo estaba entumecido. No podía sentir sus miembros; trató de moverlos pero no pudo. Eran tan pesados que parecían estar atados a sus lados. Y, una vez más, comenzó a cabecear y luego el torso se inclinó hacia delante. Podía dormir, sólo unos minutos. Luego se despertaría, renovado, y entonces se pondría de pie y caminaría un poco más. Pero no ahora.

Su cuerpo comenzó a caer lentamente hacia un lado, como un árbol en el bosque. Pensó en interrumpir la caída, pero no pudo, y su cabeza golpeó con fuerza contra la nieve, lo bastante fuerte como para despertarlo por un instante, de modo que fue consciente, brevemente, del peligro. Abrió los ojos.

«No debería estar haciendo esto. No puedo dormirme aquí.»

Pero debía reconocer que era muy agradable permanecer acostado allí de ese modo, confortable. ¿Qué había de malo en dormir un poco? Ni siquiera hacía tanto frío. Volvió a cerrar los ojos y comenzó a flotar en el torbellino de nieve.

Y entonces oyó pasos. ¡Pasos! ¡Alguien que acudía en su rescate!

Él sabía quién era, sólo podía ser una persona. ¿Quién más saldría a buscarlo en medio de la peligrosa nieve? De modo que abrió los ojos e intentó levantar el brazo para indicar dónde se encontraba, pero no pudo hacerlo. No importaba; los pasos se dirigían hacia él. Su padre lo encontraría. Su padre lo salvaría. No moriría solo en ese lugar.

«Mi padre.»

Y los pasos se detuvieron justo delante de él. A medio metro de su cara. Reunió sus últimas reservas de fuerza, volvió la cabeza y alzó la vista. Y antes de que pudiese ver nada, sintió que lo levantaban, bruscamente, hasta dejarlo sentado sobre la nieve. Y entonces abrió los ojos y miró el rostro que estaba justo delante de sus ojos.

No era su padre. «No es mi padre.»

El rostro que vio mirándolo con algo más que una expresión de odio pertenecía a Benchloss.

Entonces pensó vagamente, como si estuviese en un sueño: «¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Qué está haciendo aquí?». Y luego, al alzar la vista, vio que Benchloss estaba haciendo algo: se desabrochaba la hebilla del cinturón con sus dedos largos y finos. Y levantando su mano a un costado como un predicador que desde el púlpito señala el camino del castigo eterno, tiró del cinturón a través de las presillas del pantalón tan rápidamente que pareció producir un sonido sibilante, como el sonido de un latigazo o de la respiración del demonio. Levantó la mano por encima de la cabeza, agitando el cinturón como si fuese un lazo y luego lo descargó con todas sus fuerzas.. Cleaver trató de protegerse la cara, pero descubrió que no podía levantar las manos, que estaban pegadas a sus lados. Sintió el mordisco del cinturón en la mejilla; alzó la vista y vio que estaba a punto de golpearlo otra vez, y ahora lo alcanzó en la

parte izquierda del pecho y le arrancó un trozo de piel al retirarse, y la correa de cuero volvió a caer sobre él una y otra vez, por todo el cuerpo, hasta que sintió que toda su carne había sido desgarrada y no era más que un pobre esqueleto descarnado. Luego Benchloss se agachó, lo sostuvo un momento y finalmente lo dejó. Se derrumbó sobre la nieve.

Benchloss; de todas las personas, tenía que ser él. Sintió que el sueño llegaba arrastrándose hacia él. Se hundió en la nieve, penetrando en ella como una brasa ardiente, tan profundamente que no tardó en cubrirlo por completo, y justo cuando desaparecía en un túnel de blancura, alcanzó a ver que estaba nevando. La nieve caía en todas partes y sobre todas las cosas. Era como mirar a través de unos largos binoculares blancos, todo parecía lejano y pequeño. Pronto sintió un enorme peso que le oprimía el pecho, manteniéndolo hundido y quitándole el aliento. Luego se sintió aturdido y, un momento después, ni siquiera eso, absolutamente nada, y el peso desapareció, de modo que tuvo la sensación de estar flotando hacia arriba. Iba a convertirse en una parte de todo lo que había allí, de todo lo que había existido alguna vez, incluyendo la nieve que continuaba cayendo en pequeños copos por todas partes.

Había llegado el momento de dormir el sueño eterno.

Kate estaba comenzando a ponerse frenética. No sabía qué hacer, cómo manejar esa máquina infernal, si debía intentar sacar a Scott de allí. Volvió a mirarlo; su rostro parecía haberse serenado un poco, hasta donde podía verlo. Miró otra vez el reloj: cuatro minutos y doce segundos. El segundero parecía haber aumentado la velocidad. Se sentó ante el teclado del ordenador.

-¿Funciona esto? -preguntó, mirando a Felicity.

La joven parecía haber sido cogida desprevenida y le devolvió una mirada inquisitiva. Kate la ignoró y pulsó la barra espaciadora. La pantalla cobró vida y pulsó las teclas rápidamente, una tras otra:

SCOTT, ¿SE ENCUENTRA BIEN?

Esperó un momento, sin saber muy bien si debía continuar escribiendo. ¿Debía esperar o no?

«¿Qué debo hacer?»

Y, de pronto, pensó en la exposición de Scott y en el sitio web y, siguiendo un impulso, se conectó al tablón de mensajes. Comprobó de inmediato que él no había respondido. En cambio vio algo allí, una de las fotografías de la colección. Lentamente -muy lentamente- se materializó en la pantalla, llegando en manchas de píxels que asumieron una forma reconocible y compusieron la fotografía que ella recordaba: allí estaba la cabaña del pescador, de tejas de madera gris, las tres figuras, el niño pequeño en el centro con las manos de sus padres apoyadas en sus hombros, su hermosa y brillante sonrisa llena de dientes, y encima de ellos, la figura tallada de una ballena.

Más teclas y otro clic del ratón. Ninguna respuesta. Salió del programa.

El reloj marcaba cinco minutos y cincuenta segundos. ¿Qué debía hacer?

Mientras avanzaba sin esfuerzo hacia Lydia, que estaba de pie en el umbral, Scott oyó su nombre. Alguien le estaba llamando sonoramente, casi sin aliento, y la misma hermosa voz quería saber si él se encontraba bien. Se detuvo un momento, sin saber cómo responder a esa llamada, porque la voz parecía llegar desde atrás. Se volvió, pero allí no había nadie. Cuando volvió a mirar hacia la puerta, vio que Lydia le hacía señas para que avanzara, ahora con cierta urgencia. No estaba seguro de si debía ir o no. Esa voz lo había frenado y había despertado en él algunas dudas. Miró a Tyler, a quien cogía de la mano. El chico trataba de avanzar, haciendo un esfuerzo para llevarlo hacia el oscuro umbral donde Lydia los estaba esperando. Scott dio un paso, luego otro.

Pero a medida que se acercaba sintió que se iba debilitando, le resultaba difícil caminar, y se sintió mareado. Lydia parecía estar retrocediendo, desapareciendo. Resultaba más difícil verla. Se retiraba hacia las sombras que había detrás de la puerta, sin dejar de mover la mano,

pero ahora estaba claro que no le estaba haciendo señas. Le estaba indicando que retrocediera, urgentemente, señalando una pequeña puerta blanca que acababa de aparecer.

Él no sabía qué hacer. La estaba perdiendo, pero era peligroso seguirla.

De modo que se volvió hacia Tyler y señaló la pequeña puerta blanca. Vio una expresión de asombro en ese rostro amado, pero insistió: debía atravesar esa pequeña puerta blanca. Su hijo le obedeció tristemente y Scott esperó a que estuviese a salvo. Luego se volvió para seguir a Lydia hacia un largo túnel blanco con una luz cegadora, y oyó un sonido estridente, como si detrás de él la habitación se estuviese derrumbando y todo fuese absorbido a través de la puerta junto con él.

Kate oyó un sonido dentro de la máquina y vio que Scott estaba luchando, tirando de las correas que lo sujetaban. Tenía la boca muy abierta, como si estuviese gritando, pero gemía débilmente, un sonido prolongado y quedo que la asustó porque parecía proceder de otra parte, de un lugar profundo y cavernoso.

Se levantó de la silla y se volvió hacia Felicity. -¡Basta, apague la máquina! -le ordenó-. Debemos sacarlo de ahí.

Miró el reloj. Seis minutos y cuarenta y cinco segundos.

Pero entonces oyó otro sonido, un sonido que apenas podía creer. Procedía de la habitación de Tyler, un cambio en el sonido regular de los monitores que se había vuelto tan monótono que casi no reparaban en él. Alzó la vista. Las máquinas estaban registrando una nueva clase de actividad, como si hubiesen encontrado resistencia, un súbito oleaje y crestas de espuma en lo que había sido un lago tranquilo como un espejo.

Corrió hacia él. «Se está muriendo», pensó. Y la invadió una intensa sensación de desesperanza. Scott había hecho tanto para intentar salvarlo, había arriesgado tanto y había viajado a un mundo desconocido para tratar de rescatarlo o, al menos, de que muriese con alguna finalidad, y ahora que algo así estaba ocurriendo, y Tyler finalmente estaba muriendo, sólo sintió desesperación. Comprendió que no había sabido cuánta fe había depositado en la resurrección de Tyler.

Entonces miró con más atención. Las máquinas que habían empezado a fallar eran las que estaban conectadas directamente al ordenador. Y las otras, las que controlaban la actividad directa del cerebro de Tyler, estaban volviendo a la vida. Miró al chico, que estaba tendido en la cama, buscando alguna señal, alguna confirmación, y sí: un lado de la cara se movía ligeramente; sus labios se retraían, como un maniquí pálido que resucitara. Uno de los párpados se agitaba levemente, luego el otro. Miró su pecho, subía y bajaba sin ayuda, inspirando y espirando más profundamente que antes. Un brazo se movió, los dedos de una mano se contrajeron para luego abrirse.

-Dios mío -exclamó Felicity, que se encontraba junto a ella, con los ojos fijos en el chico-. Creo que está... Es un milagro... pero creo que lo está haciendo solo. Creo que está saliendo del coma.

Para Kate, ver que Tyler volvía a la vida era una sensación indescriptible; descubrió con un sobresalto que, a pesar de todo lo que había sabido, pensado y sentido, Tyler nunca había sido una persona viva para ella.

Y entonces, desde detrás de ellas, llegó otro sonido: un sollozo, un jadeo... no era fácil identificar qué era en realidad. Pero la máquina ERT tenía un aspecto extraño. Todas las luces estaban encendidas, brillando como si hubiese sufrido un cortocircuito o algo parecido, y la pantalla del ordenador escupía una serie interminable de disparates.

Kate miró nuevamente el reloj: siete minutos y treinta y cinco segundos.

Corrió a mirar a Scott. Su rostro estaba tenso, impasible, demacrado, y su cuerpo estaba inmóvil. Le tocó una mano: estaba flácida, los dedos aún calientes pero sin vida.

El reloj: ocho minutos.

Llamó a Felicity y entre las dos bajaron la camilla, sacaron rápidamente a Scott de la máquina y le quitaron el casco. Kate vio algo en lo que no quiso pensar. Cuando le quitó los contactos oculares, extendiendo con cuidado los párpados para extraer las ventosas cóncavas,

los ojos de Scott tenían un aspecto extraño, las pupilas estaban dilatadas e inmóviles. Y, al liberar los párpados, los globos oculares se volvieron hacia arriba y los ojos se quedaron en blanco.

Lo levantó hasta dejarlo sentado, enlazó los brazos alrededor de su cintura y Felicity lo cogió por las piernas. Entre las dos lo sacaron de la camilla y lo colocaron sobre una de las mesas de metal. Kate le tomó el pulso, con tanto miedo que los dedos le temblaban, y por primera vez, todos sus instintos médicos la abandonaron. ¿Tenía pulso o no? No podía decirlo y estaba preocupada, el tiempo seguía corriendo.

Miró a Felicity.

-¿Sabe llevar a cabo la reanimación cardiopulmonar? -preguntó con voz temblorosa por la urgencia, al tiempo que comenzaba a ejercer presión con las manos sobre el pecho de Scott.

Felicity asintió. -Sí, sí -dijo.

-Bien. Quiero que la aplique. Pero primero ayúdeme a llevar esta mesa hasta allí.

Señaló el panel de control, luego levantó un extremo de la mesa mientras Felicity se encargaba del otro. El peso de Scott dificultaba tanto el movimiento que no pudieron hablar hasta que la mesa estuvo en su sitio.

-Pero ¿por qué? -preguntó Felicity.

-Porque hay algo que debe hacer al mismo tiempo -le ordenó Kate.

Dicho eso, Kate se tendió en la camilla, se colocó el casco y los contactos en los ojos. El metal se sentía inesperadamente caliente contra el ojo.

-¿Qué está haciendo? No lo entiendo -dijo Felicity. -Vuelva a poner la máquina en funcionamiento -le ordenó Kate.

Ella misma impulsó la camilla hacia el interior de la máquina. Sus siguientes palabras volvieron rebotadas hacia ella desde el tubo metálico.

-Si él pudo ir en busca de Tyler, tal vez yo pueda ir a buscarlo a él. Y haga lo que haga usted una vez que yo esté allí, no deje de atenderlo.

La espera se le antojó interminable, pero finalmente sintió que sucedía algo: una sensación extraña que comenzaba en sus ojos, el brillo de unas luces y el calor que penetraba directamente en su cerebro. Luego apareció lo que parecía ser una lluvia de meteoros y cometas con largas colas que se dirigían hacia ella, de modo que se habría agachado si hubiera podido mover la cabeza dentro del casco. Y finalmente, sintió que se elevaba, la sensación de que todo lo que la rodeaba comenzaba a ascender, hasta que se dio cuenta de que era ella quien estaba ascendiendo, o al menos una parte de ella, moviéndose hacia arriba y hacia fuera y luego extendiéndose horizontalmente de modo que parecía incorporar cada trozo del mundo.

Y no tenía miedo. No se sentía sola, percibía que su madre estaba en alguna parte cerca de ella e incluso su padre. Era extraño, ni siquiera lo había conocido, pero sentía que él también estaba allí, en alguna parte, al menos su presencia.

No podía seguir pensando. Era una viajera espacial sujeta con correas para el viaje, que ignoraba adónde podía llevarla el cohete, qué vería, dónde acabaría el trayecto. Trató de cerrar los ojos, pero no pudo. Colores, luces como relámpagos a su alrededor, la sensación de movimiento, la velocidad que aumentaba.

Y entonces abrió los ojos y vio a su madre. Le sonreía, de la misma forma en que siempre lo hacía cuando ella era joven; no estaba enfadada con ella. Luego se desvaneció y las luces cesaron y todo se aclaró, como la niebla que se levanta, y pensó que veía algo que era capaz de reconocer.

Una playa, el sonido del oleaje, la sensación de la arena en los pies. Un cielo claro y azul sobre su cabeza, un día perfecto con el sol que brillaba en todo su esplendor y hacía que resultara difícil ver por el efecto cegador de sus rayos. Pero la perspectiva cambió, como una cámara de cine que gira hacia un lado, y allí estaba, exactamente como ella la había imaginado, sólo que más hermosa.

Una sencilla cabaña de pescador con tejas de madera gris. Las ventanas estaban oscuras; las rosas trepaban por una espaldera; el techo que sobresalía ligeramente y proyectaba su sombra sobre la pared. Abajo, tres figuras en el porche, mirando al frente y sonriendo, los brazos apoyados y colgando sobre el otro: hombre, mujer y niño. Una trinidad, sólida, fuerte, vigilante, indestructible. Encima de ellos, donde ella sabía que estaría, la talla de una ballena.

Pero ¿quiénes eran ellos? Parpadeó. ¿Su padre y su madre de pie a cada lado, ella en medio de ambos, amada, segura? ¿Scott, Lydia y Tyler? No lo sabía. Los rostros estaban sumidos en las sombras.

Se acercó y se detuvo delante de ellos y extendió una mano. El hombre se movió y la cogió. Ella se sintió mareada, cayó hacia atrás y todo se oscureció.

Scott se encontraba al final del túnel. La luz que brillaba delante de él era tan intensa que parecía bañarlo con su calidez, anularlo en su abrazo. Buscó la mano de Lydia y la apretó. Ella sacudió la cabeza. Él se detuvo un momento, temeroso de seguir adelante. La luz era tentadora, pero Scott no quería responder a su llamada sin siquiera saber por qué.

Lydia se volvió lentamente, con elegancia. Su rostro era totalmente inexpresivo, pero al mirarla creyó advertir tristeza en él, un momento antes de que ella alzara la cabeza y se volviese otra vez y le soltara la mano y avanzara hacia la luz. ¿Debería seguirla?, se preguntó.

Y entonces sintió otra mano por detrás que lo sujetaba con una presión firme, una presión que parecía decirle en su fuerza obstinada: «No te dejaré marchar».

Felicity hizo lo que le habían ordenado. Siguió aplicando la reanimación cardiopulmonar, insuflando aire en los pulmones de Scott, levantándole los brazos para que lo expulsara, mucho después de haber sentido que ya no había ninguna esperanza. Practicaba la reanimación con toda la fuerza que podía reunir, incluso cuando sus brazos empezaron a dolerle, el pesimismo ralentizó el ritmo de sus movimientos.

Así que su sorpresa fue inmensa cuando aquel cuerpo hasta entonces inerte respondió súbitamente a sus esfuerzos, como si el motor hubiese arrancado después de varios intentos: una pequeña tos, un movimiento de la cabeza, las venas latiendo en las sienes. Scott permaneció tendido unos minutos, respirando sin ayuda, mientras ella retrocedía unos pasos para contemplar el milagro que había conseguido obrar.

Se sintió orgullosa de sí misma. Nunca antes había conseguido traer a alguien de la muerte.

Entonces recordó a Kate. Y fue rápidamente hasta la máquina y cogió la camilla para sacarla del tubo metálico. Le quitó cuidadosamente las ventosas metálicas de los ojos y acto seguido hizo lo propio con el casco.

Kate tardó unos segundos en volver ala realidad, casi como si hubiese estado sumida en un sueño muy profundo, aunque, cuando, comenzó a emerger de él, tenía una amplia sonrisa dibujada en los labios.

Epílogo

Saramaggio atrajo la mirada de Scott y la sostuvo durante varios segundos. Era un progreso notable en sí mismo. Durante varias semanas después de que Scott hubo regresado de lo que él llamaba «la tierra de los muertos», el neurocirujano apenas podía mirarlo a los ojos. Así de avergonzado se sentía de su papel en todo el asunto.

Pero eso era diferente. Era trabajo, un trabajo importante. Era fundamental que Scott comprendiera la importancia de lo que estaba explicando. Y por esa razón, no había alternativa, Saramaggio tenía que mirarlo fijamente a los ojos e inculcarle la lección. De otro modo, se había dicho a sí mismo, simplemente se negaría a llevar a cabo la operación.

-Tiene que entender -dijo, inclinándose sobre el escritorio en su despacho- que no tenemos ni idea de cómo quedará Tyler. Y cuando digo eso, es precisamente lo que quiero decir. Nadie ha pasado nunca por algo así. Él será diferente, es todo lo que sabemos. Cuán diferente, diferente en qué sentido... ni siquiera podemos predecirlo.

De modo que si usted abriga la esperanza de que seremos capaces de devolverle a Tyler, y recuperar a ese chico que usted tanto amaba exactamente tal como era... bueno, olvídelo. Por favor, quítese esa idea de la cabeza.

Cogió un lápiz e hizo tamborilear el extremo con la goma sobre el escritorio.

-¿Lo entiende? -preguntó para concluir.

Scott asintió y sonrió ligeramente. Estaba asombrado, igual que todo el mundo, de la transformación experimentada por Saramaggio. Aquel arribista arrogante y detestable había desaparecido. En su lugar había ahora un médico bueno, experimentado y, en ocasiones, compasivo. Kate había bromeado diciendo que el hombre había sufrido un «trasplante de personalidad». El cambio había sido tan profundo que la mayoría de la gente creía que probablemente duraría. El corredor de apuestas del hospital ofrecía dos a uno.

-Hay algunos indicios francamente alentadores -continuó Saramaggio. En ese punto debía ser cuidadoso, reprimir su optimismo, porque no quería avivar las llamas de una esperanza vana-. Las células madre están evolucionando bien en la colonia, de modo que ya disponemos de un número más que suficiente para el implante. Y hasta donde podemos asegurarlo, son células sanas. Y también Tyler, como ya sabe.

Esa parte era verdad y nunca dejaba de asombrarlo. Cuatro semanas después de haber regresado de dondequiera que hubiera estado -un coma, si se quería ser riguroso, o el limbo, el otro mundo, alguna clase de universo alternativo si se era proclive a las tendencias místicas-, el chico había experimentado una notable mejoría. Era capaz de moverse un poco en la cama y enfocar los ojos e incluso evidenciar signos de comprensión. El proceso de rehabilitación sería sin duda largo y exigente.

-¿Entiende entonces lo que está en juego en esta operación? -volvió a preguntar Saramaggio, cuidándose muy bien de no emplear la palabra procedimiento.

-Sí, lo entiendo -contestó Scott, sonando extrañamente formal, como alguien que está haciendo un voto matrimonial.

Lo entendía. Sabía que probablemente no recuperaría a Tyler tal como era antes del accidente. Pero deseaba tanto que volviese que sería incluso capaz de aceptar una pizca de él. Lo aceptaría y se sentiría agradecido por ello.

Saramaggio lo acompañó hasta la puerta del despacho y le rodeó los hombros con el brazo. Scott sintió que éste se tensaba en una especie de abrazo, lo máximo que el hombre podía hacer, dadas las circunstancias.

-Creo que será mejor que me prepare -dijo el cirujano. Sonrió a Scott, pero la sonrisa era un tanto forzada. Estaba nervioso-. Ya sabe adónde ir -añadió, y Scott dijo que sí, que lo sabía.

Scott le estrechó la mano. «No muy fuerte -se dijo reflexivamente-, tiene que operar» y se marchó. Bajó la escalera hacia la sala de espera.

Mientras se dirigía hacia allí pensó que era una suerte que Saramaggio hubiese podido conservar su licencia médica e incluso evitado una acusación formal. Sólo los testimonios de las autoridades del hospital, de Scott y Kate y de casi todos los demás implicados en el caso habían conseguido convencer al fiscal para que no presentara cargos criminales contra él. A cambio, Saramaggio había llegado a un acuerdo privado para realizar un servicio comunitario, una obligación que cumplía trabajando los fines de semana en una clínica de Greenwich, la cual no estaba demasiado lejos del campo de golf. «Bueno -pensó Scott con una sonrisa-, no puedes esperar que todo cambie.»

Félix no había tenido tanta suerte. Había sido declarado culpable de varios cargos, incluyendo homicidio por negligencia y conspiración para cometer homicidio por negligencia -la acusación habría sido incluso más grave si hubiera habido testigos de la muerte de Benchloss en el sótano de Pinegrove-, y recibió una condena de diez años que debía cumplir en una prisión del norte del estado. Si el caso hubiese llegado a juicio, la pena habría sido

Librodot

peor: cuatro días después de que se lo llevaran cojeando con cadenas en los tobillos y esposado, la policía fue al cementerio donde supuestamente habían enterrado el cuerpo de Tyler y exhumaron su ataúd. Dentro había un cuerpo, pero una rápida suposición y una comprobación en los historiales médicos revelaron que pertenecía a Benchloss. El sargento Paganelli estaba rojo como un tomate.

Quincy escapó por los pelos de ser acusado. Todo lo que había hecho, explicó, era construir las máquinas ERT, no las había utilizado para hacer experimentos con los pacientes en un asilo para enfermos mentales. De eso, y de todos los demás pecados, fue declarado responsable Cleaver. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que Cleaver era culpable. Pero con respecto a eso era muy poco lo que se podía hacer, porque no estaba en condiciones de afrontar un juicio, y no lo estaría tampoco en un futuro. Su estado había sido visible inmediatamente, segundos después de que Quincy lo hubo sacado de la máquina. Su rostro estaba inerte, congelado en una especie de mueca. Tenía los brazos apretados contra el pecho, como si tuviese frío o estuviera abrazándose para protegerse de algún horror. Podía moverse, pero no parecía tener ganas de hacerlo. De hecho, aunque estaba vivo, actuaba en todos los sentidos como si hubiese muerto durante su travesía hacia lo desconocido. Ahora paciente en Pinegrove, era el interno que presentaba el más extravagante de todos los síntomas. Desgreñado y murmurando sin cesar, permanecía inmóvil durante largos períodos de tiempo, períodos que cada vez duraban más, y tenía que ser recluido gran parte del tiempo. Llevaba siempre una camisa de fuerza porque, de otro modo, se rasgaría la carne con las uñas, aparentemente convencido de que tenía el cuerpo cubierto de gusanos. También creía que podía oler el proceso de putrefacción de su propia carne. Qué extraño, comentaban los miembros de la junta directiva de Pinegrove, que la institución tuviese en el mismo año a dos pacientes que sufrían el síndrome de Cotard, y que uno de ellos hubiera sido el encargado de tratar al otro.

Scott entró en la sala de espera. No había nadie más. Las mismas pinturas impersonales en las paredes, la mesa de café vieja y deteriorada, las revistas cuyas portadas estaban arrugadas por el uso. Se sobresaltó al ver todo eso otra vez, pero se adaptó rápidamente y no se sintió tan solo en su ansiedad. Era cierto, aunque Kate no estuviera con él. Ella había querido acompañarlo pero él había insistido para que no lo hiciera; quería que estuviese allí, en el quirófano, para que cuidase de Tyler. Tenía absoluta confianza en ella. Sólo ella sabría qué hacer si las cosas no iban bien, qué sería lo mejor para Tyler.

Kate también había cambiado después de su viaje a lo desconocido. Le contó a Scott cómo había tratado a su madre en los últimos meses de su enfermedad y había reconocido la carga de culpa que había llevado en su conciencia. Pero esa culpa parecía haber desaparecido y, en su lugar, sólo quedaban buenos recuerdos. Podía mirar a un gorrión y verlo tal como era, sin pensar en el pájaro que se había posado en su cabeza durante el funeral de su madre.

Mientras se paseaba por la sala de espera, Scott se sentía extrañamente optimista. No era un déjá vu. No era que estuviese completamente seguro de que Tyler saldría de la operación ileso. Se sentía diferente, casi fatalista, como se había sentido desde que había salido de la máquina y se recuperaba del tiempo pasado allí. Era difícil de describir. Cuando la gente le preguntaba -como hacía invariablemente-, se encontraba describiendo los meteoros que lo bombardeaban y el túnel de luz, y hablaba vagamente de que creía haber visto a Tyler. Excepto, por supuesto, cuando Kate y él hablaban de ello. Después de todo, iban a pasar el resto de sus vidas juntos, no importaba lo que pudiera pasar.

De modo que a ella le contó la verdad, que el viaje había sido inconmensurablemente más profundo, que Tyler y él habían atravesado alguna especie de Rubicón hasta llegar a los límites exteriores del mundo espiritual y allí habían descubierto la chispa de la creación, y que en ese fuego, cualquiera que fuese su origen -cielo o infierno, no podía decirlo-, sus dos almas se habían fusionado. Inmutablemente y para siempre. De modo que si no tenía a Tyler ahora, completamente, sabía que lo tendría, alguna vez, en alguna parte.

Y Kate lo creyó y supo que ella también estaría allí con ellos.

Aun así, continuó paseándose por la habitación, expectante.

Scott esperó durante horas; luego oyó la puerta que se abría y se volvió para ver que Kate entraba en la habitación, con el rostro enrojecido, y detrás de ella, Saramaggio.

Ambos se acercaron a él y Scott se dispuso a recibirlos, con la respiración súbitamente tranquila, los brazos a los costados.

Esperando.

FIN